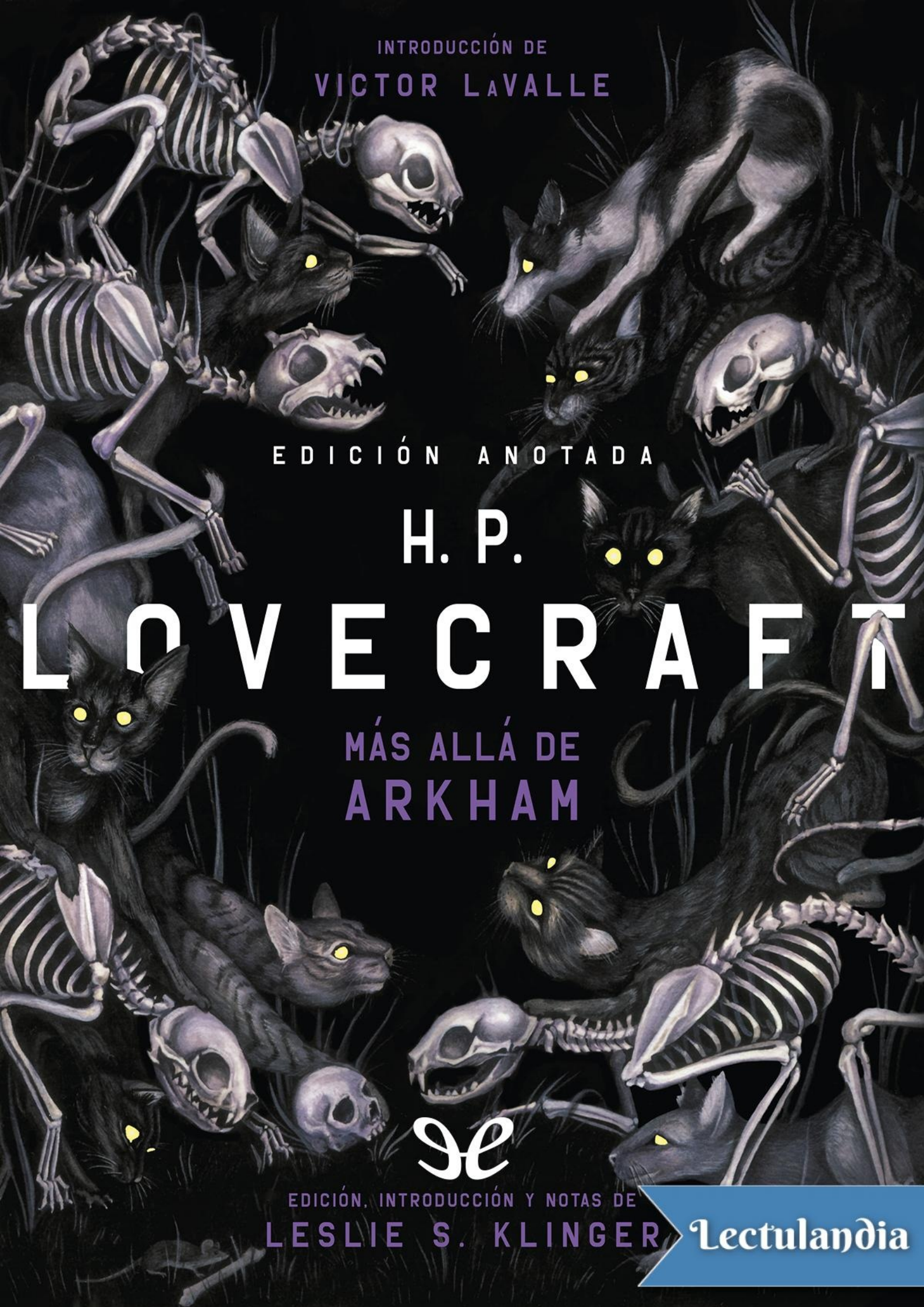


Lectulandia

Tras la publicación en 2017 de *H. P. Lovecraft anotado*, L. S. Klinger vuelve a reunir en un nuevo volumen veinticinco relatos más, así como una serie de revisiones y colaboraciones de Lovecraft con otros autores nunca antes publicadas. Entre ellas destacan «Las ratas en las paredes», una historia posterior a la Primera Guerra Mundial sobre los terrores del pasado, así como «El Horror de Red Hook», adaptado recientemente por Victor LaValle, introductor de la obra.

El exitoso editor L. S. Klinger revive a Lovecraft aclarando muchos puntos oscuros de la biografía y la literatura del autor (su método de escritura, sus vívidos sueños y los primeros borradores de las historias concebidas en su juventud), todo ello a partir de una laboriosa recopilación de datos históricos. Todos los relatos dan cuenta de la creatividad y la escritura innovadora del genio literario, a la vez que permiten vislumbrar el lado más personal de Lovecraft.

Con cientos de anotaciones e imágenes, *H. P. Lovecraft anotado. Más allá de Arkham* ofrece una imagen completa de los logros literarios de Lovecraft, lo que permite asegurar que ningún amante de su literatura querrá quedarse sin esta edición.

H. P. Lovecraft

H. P. Lovecraft anotado. Más allá de Arkham

ePub r1.0
Watcher 14-07-2023

Título original: *The New Annotated H. P. Lovecraft: Beyond Arkham*
H. P. Lovecraft, 2019
Traducción: Anónimo & Lucía Márquez de la Plata

Editor digital: Watcher
ePub base r2.1





Howard Phillips Lovecraft (1890-1937),
a la edad de cuarenta y cuatro años.

Índice de contenido

Cubierta

H. P. Lovecraft anotado. Más allá de Arkham

Introducción por Victor LaValle

Prólogo por Leslie S. Klinger

Nota del editor

Los relatos
- La cripta
- Polaris
- La transición de Juan Romero
- La maldición que cayó sobre Sarnath
- El Viejo Terrible
- Los gatos de Ulthar
- Hechos relativos al difunto Arthur Jermyn y su familia
- El templo
- Celephaïs
- Del más allá
- Ex Oblivione
- La búsqueda de Iranon
- El extraño
- Los otros dioses
- La música de Erich Zann
- El terror acechante
- Las ratas de las paredes
- Bajo las pirámides
- La casa evitada
- El horror de Red Hook
- Él
- Aire frío

La extraña casa elevada entre la niebla
El modelo de Pickman
La búsqueda en sueños de la ignota Kadath

Material adicional
Apéndice 1
Apéndice 2
Apéndice 3
Apéndice 4

Agradecimientos

Bibliografía citada

Sobre el autor

Notas

Acerca de las notas en esta edición digital

En esta edición digital de *H. P. Lovecraft anotado. Más allá de Arkham*, las Notas internas se han dividido en tres diferentes tipos:

- Las notas originales de Leslie S. Klinger que pueden o no contener a su vez también ligeras anotaciones del traductor siempre señaladas entre corchetes […]; [1] [*N. del T.:* etc… etc…], ejemplo:

> [1] [*N. del T.: ghouls*, en el original («gules» o «demonios necrófagos»)] La primera referencia de H. P. L., a los *ghouls* en su narrativa fue en 1921 (también aparecen mencionados [*N. del T:* simplemente como «demonios»] en «La ciudad sin nombre», en el volumen anterior, pp. 92-107). Will Murray sostiene, en «Lovecraft's Ghouls», *Crypt of Cthulhu* 14 (víspera de San Juan 1983). pp. 8-9, 27, que H. P. L. no sólo se inspiró en las raíces persas de la palabra (véase la n. 5 de «El modelo de Pickman», más adelante), sino que también basó su concepto de los gules en el mito de Anubis, el dios egipcio con cabeza de chacal que hace de guardián de los muertos (*ibid*., p. 9).

- Las notas enteramente atribuidas al traductor o traductora; estás no vienen entre corchetes, y son identificables por el símbolo del obelisco o daga doble ‡; [2‡] *N. del T.:* etc… etc…, ejemplo:

[2‡] *N. del T:* «M.» es la abreviatura del francés *Monsieur*, esto es, «señor».

- Las notas del Editor Digital que son identificables por un asterisco *****; [3*] Lorem ipsum dolor sit amet, etc… etc…, ejemplo:

[3*] En cursiva en el original. 「*Nota del editor digital.*」

Introducción[1‡]

por Victor LaValle

1

NO ESTOY AQUÍ para echar tierra encima de Lovecraft, sino para elogiarlo.

Algo así —mi elogio, este libro— le habría parecido una cosa totalmente de locos al propio Lovecraft. Inimaginable, a decir verdad. Al fin y al cabo, el hombre murió pensando que era un fracasado. Publicó un puñado de relatos cortos en revistas modestas para aficionados a la literatura de horror sobrenatural y fantástica. Ciertamente, nunca ganó suficiente dinero con sus obras como para vivir de la escritura. Casi ni le llegaba para pagar la factura de la luz o el agua. Y ahora estoy escribiendo una introducción para el *segundo* volumen de sus historias, publicado en este precioso y monumental cartoné, y repleto de esclarecedoras notas a cargo de Leslie S. Klinger.

Como vida de ultratumba, no está nada mal.

Al ser yo también escritor, tiendo a alegrarme por cualquiera de nosotros que alcanza semejante éxito, aunque el propio autor no esté vivo para disfrutarlo. Me hace pensar en Melville, que murió con la idea de que Moby Dick había sido un fracaso, o en Emily Dickinson, quien jamás llegaría a imaginarse cuántas almas se sentirían identificadas con sus poemas, la mayoría de los cuales no fueron publicados hasta después del fallecimiento de su autora.

De modo que estoy aquí para elogiar a Lovecraft, para rendirle homenaje a él y a sus imponentes obras. Pero antes de hacerlo, voy a dar un cierto rodeo. Si estáis ansiosos por leer sus historias, sentios libres de saltaros esta parte. Me sería imposible reprochároslo: esas historias son la razón de que todos estemos leyendo esto.

No obstante, si habéis decidido quedaros conmigo, me alegra que lo hayáis hecho. Para hablar de Howard, primero voy a tomar un desvío que conduce al norte del estado de Nueva York, y, durante un breve rato, voy a hablar del *Frankenstein* de Mary Shelley. Pero tened un poquito de paciencia. Aquí todos los caminos llevan a Lovecraft, tarde o temprano.

2

EL INSTITUTO HASTINGS se encuentra al norte de la ciudad de Nueva York, a media hora en coche. Es un centro independiente de investigación en bioética situado en una localidad llamada Garrison. Me habían invitado a participar en una mesa redonda que tenía por título «¿Qué nos puede enseñar *Frankenstein* sobre la vida en la era de la genética?». Me llovió de camino allí, y el cielo había adoptado un tono gris pétreo que resultaba apropiado para una tarde de debate en tomo a la clásica novela gótica de Mary Shelley. Es evidente que su obra ha perdurado, puesto que en 2018 se cumplió el ducentésimo aniversario de su publicación. Y, dado que estoy escribiendo esta introducción, debería estar claro que la narrativa de H. P. Lovecraft también lo ha hecho; aún no ha cumplido del todo los cien años, pero poco le falta. Pero ¿cuál es la razón? ¿Qué mantiene viva la creación de un escritor mientras la de otro termina desapareciendo de un modo tan inevitable como su carne?

Aquella tarde éramos tres los que participábamos en la mesa redonda: Charlotte Gordon —una historiadora que ha escrito una fascinante biografía de Mary Shelley y su madre, Mary Wollstonecraft—, Josephine Johnston —la directora de investigación del Instituto Hastings— y yo. La sala se llenó enseguida. ¿Quién iba a pensar que un coloquio sobre genética y *Frankenstein* atraería a tanta gente? Si soy sincero, me sentía un poco en inferioridad. La profesora Gordon es una historiadora galardonada con el premio del Círculo Nacional de Críticos Literarios a la mejor biografía de 2015, y la Sra. Johnston es presentada como «una experta en las repercusiones éticas, legales y políticas de las tecnologías biomédicas, especialmente las utilizadas en reproducción humana, psiquiatría, genética y neurociencia».

Yo, en cambio, invento historias.

La intervención de la Sra. Johnson, como uno se imaginaría, se centró claramente en la parte biomédica del coloquio. En particular, habló de una innovación llamada CRISPR. siglas en inglés de «repeticiones palindrómicas cortas agrupadas y regularmente interespaciadas». CRISPR es una técnica que

permite a los científicos hacer cambios en el genoma. Suena a algo sencillo, pero os ruego que os permitáis alucinar mientras lo pensáis: un puñado de científicos han descubierto el modo de reescribir el código genético de un ser vivo con el fin de impedir la manifestación de ciertos rasgos. Por ejemplo, la técnica CRISPR puede emplearse para modificar el ADN de los mosquitos de tal modo que no puedan transmitir enfermedades como la malaria. Con el tiempo, se podría llegar a reescribir el código genético humano para que males como el cáncer pudieran ser básicamente neutralizados. Un genetista chino afirma haber conseguido ya esto en dos niñas de corta edad.

Llegados a este punto, la ciencia-ficción corre el riesgo de verse superada por la ciencia.

3

SONARÁ EXTRAÑO, PERO mientras oía hablar de la técnica anterior me vino a la mente una historia de Lovecraft en particular, la famosa novela corta *En las montañas de la locura*. En dicha historia una raza de seres alienígenas llamados los Antiguos crearon otra raza de criaturas llamadas shoggoths, a las cuales trataban como mano de obra esclava. Lo realmente importante aquí son las ideas de innovación científica y experimentación genética, el hecho de que Lovecraft hubiera estado jugando con conceptos no demasiado alejados de la técnica CRISPR mucho antes de que cualquiera de los científicos que la idearon hubieran nacido siquiera. Aunque muchas veces se clasifique a Lovecraft como un escritor de terror o de ficción sobrenatural, uno de los cimientos de su visión artística es que, desde que era muy joven, sintió curiosidad por el mundo y practicó la ciencia como aficionado. Sabemos esto, en parte, porque compartía sus observaciones con sus amigos a través de su correspondencia.

Es de sobra conocido que Lovecraft tenía una intensa vida epistolar. Recibía cartas de amigos y admiradores, a las cuales él respondía con extensísimas misivas. Se le describe a menudo como una especie de ermitaño temeroso de) mundo exterior, pero me pregunto si no sería más acertado decir que, en su juventud, Lovecraft exploró el mundo con su intelecto, mientras su cuerpo permanecía en casa: una suerte de proyección astral.

No sorprende que las ciencias estuvieran arraigadas en su conciencia, considerando que a lo largo de su vida se dieron algunos de los mayores hitos de la ciencia moderna; como la teoría de la evolución de Darwin o la teoría de la relatividad general de Einstein, por citar sólo dos que tal vez hayáis oído mencionar. Y quizá más que de ninguna otra, Lovecraft se enamoraría

perdidamente de la astronomía y del estudio del espacio. Cuando era sólo un muchacho, publicaba él solo una revista llamada *The Rhode Island Journal of Astronomy*, por amor de Dios.

Mostraba asimismo una sed de conocimientos igual de grande por el pasado, cuanto más lejano, mejor. El Egipto de «Bajo las pirámides», *verbi gratia*, es un magnífico ejemplo de cuánta información es posible reunir sobre una parte del mundo y una civilización que, de seguro, uno jamás ha estado cerca de conocer personalmente. Incluso la Antártida surgida de la imaginación de Lovecraft revelaba una gran familiaridad con lo que en aquella época se sabía sobre ella. Era evidente que, desde una tierna edad, Lovecraft quería conocer y comprender este mundo.

Y sin embargo, muchos de nosotros cometemos un error muy común: pensar que la inteligencia erradica la ignorancia. Henry Ford trajo al mundo su Modelo T y la producción en masa del automóvil, pero también ayudó a difundir el mensaje de un texto verdaderamente maléfico: *Los protocolos de los sabios de Sión*. Demonios, ¡Henry Ford recibe de hecho una mención en el *Mein Kampf*!, en el cual Hitler se declara «un gran admirador» de Ford.

La brillantez nunca ha salvado a nadie de la intolerancia.

4

ME ENAMORÉ DE la obra de H. P. Lovecraft cuando tenía diez años. En 1982 el sello editorial Del Rey publicó sus relatos en una serie de libros en rústica con unas preciosas ilustraciones de cubierta vividamente sobrecogedoras. En una de ellas, un monje abre su túnica negra para revelar que su cuerpo es… ¡un esqueleto! Puede que ahora parezca ridicula, pero de niño aquella ilustración me encantaba. (Y me sigue encantando, para ser sincero).

Me llevé aquellos libros más por las cubiertas que por el autor. Es posible que hubiera oído antes el nombre de Lovecraft en alguna parte, quizá mencionado por Stephen King en *Danza Macabra*. Pero aquel nombre no significaba nada más para mí. «La extraña casa elevada entre la niebla», recogida en este volumen, es la primera historia suya que me impactó, según recuerdo. Antes de terminar siquiera el primer párrafo, ya me encontraba totalmente anonadado. Sólo habían hecho falta tres frases.

> Por las mañanas la bruma se eleva desde el mar junto a los acantilados que hay más allá de Kingsport. Asciende blanca y liviana desde las profundidades hasta donde flotan sus hermanas las nubes, preñada de sueños, pastos fríos y húmedos y cuevas de leviatanes. Y después, cuando la lluvia estival cae quedamente sobre los empinados tejados de los poetas, las nubes esparcen

> pedazos de esos sueños, a fin de que los hombres no vivan sin el rumor de los antiguos y extraños secretos y prodigios que los planetas se cuentan solamente entre ellos en mitad de la noche.

La última parte —«secretos y prodigios que los planetas se cuentan solamente entre ellos en mitad de la noche»— me produjo verdaderos escalofríos. El tono recuerda un poco al famoso párrafo inicial de *La maldición de Hill House*. Esa fue la impresión que me produjo. Lovecraft recibe muchos palos por tener una prosa un tanto inflada, ¿pero qué registro emocional utilizaríais *vosotros* para hablar de los secretos que se cuentan los planetas entre sí?

Mi yo de diez años estaba listo para todo aquello: la intensa angustia, las oleadas de locura y el terror de la insignificancia humana. Hay ciertos escritores con los que uno debe encontrarse cuando se es joven o de lo contrario nunca nos embrujarán como es debido. Algunos dirían que ello se debe a que un lector adulto deja de ver el atractivo de esos *pulps*[2‡] al madurar, pero en mi opinión eso es una sandez. Yo diría, en cambio, que cuando uno es niño la imaginación está abierta a todo. En la edad adulta llamamos a su estrechamiento «madurez», pero a mí esto no me parece precisamente un triunfo. Por el contrario, yo intento aún abrazal la valentía de esa actitud abierta, si bien reconozco que efectivamente cada vez es más difícil. En mi niñez, sin embargo, aceptaba sin problemas cualquier idea imaginativa.

Lo que pretendo decir con todo esto es que Howard Phillips Lovecraft y su obra me cautivaron.

Y no soy ni mucho menos el único que ha pasado por lo mismo.

Lovecraft no se convirtió en uno de los padres de la literatura de horror contemporánea por casualidad. Y mi amor por él se mantuvo incólume hasta que tuve más o menos quince años. Algo extraño sucedió cuando volví a leerlo en aquella etapa de mi vida. Había aspectos de su obra que antes simplemente no había advertido, pero que como lector (ligeramente) más maduro ya no podía ignorar.

Me di cuenta de que H. P. Lovecraft había sido un racista.

En este volumen se puede hallar una muestra perfecta de ello: «Las ratas de las paredes». El relato podría sintetizarse así: nadie debería indagar demasiado en su pasado familiar, ya que en él se esconden verdades terribles; un tema nada infrecuente en la obra de Lovecraft. A los diez años, había disfrutado de esta historia sin el menor problema, pero esta vez ya no era un niño. Y con quince, caí realmente en la cuenta de cómo se llamaba el gato del narrador: *«Nigger-Man»*[3‡].

¿Qué?

¿Pero qué cojones me estás contando?

Recuerdo, claramente, que cerré el libro y me quedé mirando aquella vieja cubierta de Del Rey, preguntándome si el texto de mi ejemplar había sido manipulado de algún modo. Aquel gato no podía haberse llamado siempre así. Era imposible que se me hubiera pasado por alto, sobre todo si consideramos que el nombre aparece, según mis cuentas, ¡diecinueve malditas veces!

Al terminar mi relectura, me sentía hecho polvo. Apenas me había fijado en la trama, el estilo o el tono del relato. En esta ocasión el único horror de la historia era aquel gato. Y cuando a continuación leí *En las montañas de la locura*, no pude evitar percatarme de que no era con los shoggoths, esa raza de esclavos creados mediante ingeniería genética, con quienes el narrador empalizaba. Por el contrano, parecía simpatizar con los Antiguos, cuyos esclavos, en algún momento del pasado remoto, se habían rebelado y resistido a su situación de sometimiento. Me sentía traicionado de una forma tan profunda como las catacumbas bajo la casa de «Las ratas de las paredes».

Al poco tiempo, me topé con una obra de juventud de Lovecraft, un poema escrito en sus años mozos. Se titulaba: «De la creación de los negros».

Así es.

De modo que, con quince años, dejé de leer a H. P. Lovecraft.

Si alguna vez has sentido pasión por un autor o autora, o el efecto de su imaginación en tu ADN, sabrás lo que significa darle completamente la espalda a un escritor al que adoras. Y comprenderás el dolor que sentí al tirar aquellos libros de Del Rey a la basura.

5

OBVIAMENTE, AL FINAL volví a leer a Lovecraft; pero me llevó décadas conseguirlo. Seguí viéndolo con desprecio aun cuando devorase la obra de acólitos suyos como Fritz Leiber, Roben Bloch o Ramsey Campbell, por citar a tres de mis favoritos. En sus historias se apreciaba en gran medida la influencia del viejo maestro, pero dicha influencia no era total. No incluía lo peor de ella.

Poco después empecé a leer a otros escritores inspirados por aquellos tres gigantes, y luego a otros que siguieron la misma estela, hasta que al final yo también pasé a ser uno de ellos, un escritor del género. Aunque llevara décadas sin leer las historias de Lovecraft, era imposible no percibir su impronta. En cierto modo, yo encarnaba uno de los motivos más clásicos de Lovecraft: un hombre de ascendencia impura, con una imperfección en la raíz

de su árbol genealógico. Pero al enfrentarme a la realidad de la imperfección de Lovecraft, me desvié del guion habitual. Descubrir dicha realidad no me volvió loco.

No obstante, me sigue cabreando.

Esto me lleva otra vez de vuelta al Instituto Hastings, a la charla sobre la tecnología CRLSPR. Esta técnica se ha promocionado. con razón, como uno de los avances más importantes de la historia de la ciencia. No supone ninguna exageración decir que la capacidad de modificar nuestro genoma para eliminar de él enfermedades potencialmente mortales constituye un auténtico triunfo de la inteligencia humana. Imagino que una innovación semejante habría dejado impresionado a Lovecraft.

Y, con todo, esta tecnología dará pie sin duda a la aparición de «bebés de diseño». Niños con códigos genéticos elegidos a la carta, con características seleccionadas por sus padres de una lista antes de su nacimiento. ¿Qué atributos se valorarán, y cuáles se eliminarán? ¿Y cómo es que muchas imperfecciones humanas han resultado ser una bendición? Ahora veo los géneros literarios como organismos vivos, que no dejarán de existir, desarrollarse y evolucionar mientras haya escritores que los practiquen y les insuflen vitalidad.

Una forma de lidiar con un escritor como Lovecraft es, de hecho, utilizar la técnica CRISPR para eliminarlo del canon. Retirar sus obras de la historia de la literatura de horror cósmico. Al margen de la imposibilidad de materializar esta idea, pensemos en todo lo que perderíamos: «Del más allá», «El extraño», «La música de Erich Zann», «El modelo de Pickman», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath…* y eso por citar solamente unos cuantos de los relatos que se recogen en este volumen, con lo cual no tocaríamos siquiera sus historias de los Mitos. Así que, de acuerdo, admitamos que es imposible neutralizarlo.

Pero no me entendáis mal, no estoy diciendo que sus historias sean tan meritorias que tengamos que resignamos a convivir con sus otras facetas. Es fácil decirle a la gente «deja ya de darle tanta importancia» cuando no se es uno de los atacados. De modo que, si no podemos eliminarlo del canon, si rechazamos construir una tradición literaria a la carta, ¿qué opción nos queda?

Incluir los relatos de Lovecraft, junto con una saludable crítica de los mismos.

Nunca se podrá borrar a Lovecraft de la historia, pero aquellos que rechazan o intentan silenciar cualquier crítica contra él y contra su obra son

tan ridículos como los negacionistas del cambio climático. Tanto unos como otros te dicen que no creas lo que ven tus ojos, que estos te engañan.

No obstante, estoy aquí para aseguraros que no es necesario hacer esa elección. Se puede adorar algo, adorar a alguien, *y a la vez* criticarlo. En eso consiste la madurez. *H. P. Lovecraft anotado. Más allá de Arkham* mantiene el alto nivel de calidad de su predecesor, y el contexto que proporciona Klinger resulta a partes iguales instructivo y tremendamente divertido; hecho este que no debería sorprender a nadie que conozca ya su trabajo.

Las historias de Lovecraft seguirán vivas mientras despierten fascinación en nosotros. ¿Pero quiénes somos *nosotros*? Un grupo de lectores tan diverso que seguramente el propio Howard jamás lo creería posible. Que este sea el mayor halago que se le pueda hacer a un escritor y a su obra: que su atractivo e influencia superen con mucho las más ambiciosas expectativas del artista.

Prólogo

por Leslie S. Klinger

Más de ochenta años después de su muerte a la edad de cuarenta y siete años, Howard Phillips Lovecraft sigue ejerciendo influencia en la cultura popular y literaria de Norteamérica. La NecronomiCon, una convención bianual que se lleva a cabo en su amada Providence, Rhode Island. celebra el duradero legado de Lovecraft y el género literario que él defendía. De las miles de cartas que escribió a una amplia variedad de familiares y amigos, se han ido publicando cada vez más, y en 2016 apareció una edición *variorum*[4‡] de su narrativa completa, a cargo de S. T. Joshi, que permite a los estudiosos leer las versiones de sus relatos que el propio Lovecraft prefería. Libros inspirados por su obra —y en el caso de la novela de Paul La Farge *The Night Ocean* (2017), por su vida— pueblan las listas de *best-sellers*. Providence ha instalado una placa en homenaje a su hijo predilecto, y hay en marcha un plan para erigir una estatua en su honor.

Con todo, el legado de Lovecraft sigue siendo tan complejo como siempre. En 2016, las estatuillas de los Premios World Fantasy dejaron de tener su aspecto porque sus ideas y peroratas racistas resultaban ofensivas para muchos de los galardonados. Las opiniones raciales de Lovecraft quedan completamente de manifiesto en muchas de las historias incluidas aquí, como «El Viejo Terrible» y «El horror de Red Hook», relatos ambos que retratan de forma negativa a las poblaciones inmigrantes de comienzos del s. XX. El gato del narrador de «Las ratas de las paredes» tiene un nombre ofensivo por su carácter racista, y «Hechos relativos al difunto Arthur Jermyn y su familia»

trata el mestizaje racial, hacia el cual Lovecraft manifestaba repugnancia. Es importante reconocer el racismo de Lovecraft, no sólo porque refleje ideas por desgracia demasiado comunes en la época en que escribió, sino también porque la fuerza de algunas de sus historias proviene, en parte, de su arraigado miedo por el cruce entre las razas.



H. P Lovecraft Memorial Square, en la intersección de las calles Angell y Prospect Street, Providence, 2015. Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.

De forma igualmente importante, su visión del mundo estaba determinada por su vida solitaria. Es posible interpretar que relatos como «El extraño», probablemente el más fascinante de toda su obra desde el punto de vista psicológico, o «La música de Erich Zann», una historia dolorosamente hermosa sobre personas que viven aisladas de la sociedad, son un reflejo de la soledad que sentía el propio Lovecraft. Alguien que estudiara su vida, no obstante, descubriría rápidamente que era un hombre con muchos más matices de lo que podría dar a entender la visión que predomina de él. Hay quien lo tiene simplemente por un misántropo ermitaño, incómodo con la modernidad de los Estados Unidos y el avance del país hacia una sociedad más diversa y científicamente avanzada. En lo que respecta a su vida solitaria, si bien nunca pisó la mitad oeste de los Estados Unidos o Norteamérica, realizó numerosas visitas a amigos y poblaciones lejanas de la Costa Este y el sur del país, así como un viaje a Quebec, y se carteó con muchísima gente.

Lovecraft tampoco era un misántropo total. Mantuvo claramente un amplio círculo de amigos, incluyendo a unos cuantos judíos, pese a que, como es sabido, vilipendiase a «la raza judía». Lovecraft era capaz de mantener relaciones personales con judíos que se habían *integrado* en la sociedad y no hacían hincapié en sus diferencias religiosas, como Sonia Greene, una comerciante judía con la que estuvo casado por una breve temporada, y el poeta y crítico Samuel Loveman, de quien fue íntimo amigo. Aun así, algunas de sus ideas políticas y filosóficas, como su apoyo a la eugenesia y su rechazo del mestizaje entre grupos étnicos, se parecían mucho a las del partido nazi, y las cartas de Lovecraft revelan claramente su estrechez de miras y su escasa tolerancia hacia la gente de color o de origen étnico diferenciado. En historias como «El horror de Red Hook» y «Él» se aprecia de forma patente la aversión de Lovecraft por Nueva York, ciudad en la que vivió rodeado de ese tipo de multitudes.

Como cabría esperar, las posturas de Lovecraft fueron cambiando con el tiempo, y dichos cambios aparecen reflejados en sus relatos. Si bien nunca iba a sentirse cómodo en una ciudad multicultural como Nueva York —sus dos años de exilio allí concluyeron con el grito triunfante: «¡YO SOY PROVIDENCE!»— parece que terminó por admitir que las poblaciones homogéneas podían engendrar debilidad además de fuerza. Ello resulta evidente en sus últimas historias, como por ejemplo *En las montañas de la locura*, en la cual la desaparición de los Primordiales puede verse como un signo de la fragilidad del sistema esclavista que había establecido su cultura.

Las reacciones de Lovecraft a los avances de la ciencia parecen haber ido cambiando también con el tiempo. En un principio, tuvo miedo del caos y los horrores inherentes a las verdades recientemente descubiertas por la astronomía y la física, y una historia como «Del más allá» puede interpretarse como una advertencia de los riesgos del progreso científico. No obstante. Lovecraft acabó reconociendo el potencial de las nuevas teorías formuladas por Einstein y otros, y relatos como «El horror de Dunwich» y *En las montañas de la locur*a, por ejemplo, sugieren una confianza implícita en los científicos, si bien no en las opiniones de sus instituciones oficiales.

Lovecraft nació en Providence en el año 1890, siendo el único hijo de Winfield Scott Lovecraft y Sarah Susan Phillips Lovecraft. Su padre fue internado en un manicomio local en 1893 —probablemente debido a una demencia provocada por la sífilis— y Lovecraft fue criado por su madre, sus tías y su abuelo en un ambiente refinado pero venido a menos. Aunque fue a escuelas públicas. H. P. L. fue un niño precoz, estudiante de filología y

literatura clásicas desde muy pequeño, y fascinado por la ciencia. Las muestras más antiguas que se conocen de su narrativa son de cuando tenía siete años; escribió su primer relato *vendible* con quince, aunque no se publicó hasta 1918. En 1906, empezó a colaborar con el periódico local con una columna de astronomía, y los primeros poemas que publicó aparecieron en otro diario en 1912. Aun así, no llegó a alcanzar ningún éxito económico como escritor. Sus primeras historias, publicadas antes de 1923. aparecieron en revistas de aficionados, y no fue hasta el citado año cuando comenzó a vender relatos a *Weird Tales*, una revista *pulp* que pagaba poco, pero cuyos lectores hacían un matrimonio perfecto con los temas de Lovecraft. Este se convirtió en la mayor estrella de la revista, y en 1924 incluso le ofrecieron ser su editor.

El padre de Lovecraft había fallecido en 1898; en 1919. su madre fue internada en el mismo manicomio que había albergado a su padre. Tras la muerte de Sarah, en 1921, los horizontes de Lovecraft se ampliaron. Conoció a su futura esposa, Sonia Greene, en una convención de periodistas aficionados en Boston, y se mudó con ella a Nueva York tras el matrimonio de ambos en 1924. La experiencia fue desastrosa desde el primer momento; Lovecraft estaba fuera de su elemento en Nueva York, viéndose incapaz de encontrar trabajo y sintiéndose completamente incómodo con su entorno; esta perspectiva encuentra expresión en la historia «Él», incluida en páginas posteriores. Mientras la carrera de H. P. L. zozobraba, Sonia se trasladó a Cincinatti un año después por motivos de trabajo, y nunca volvieron a vivir juntos como marido y mujer. En 1926, Lovecraft se mudó de regreso a Providence, donde compartiría casa con su tía. Al morir esta en 1932, se fue a casa de otra tía, con la cual viviría hasta su propio fallecimiento en 1937 por culpa de un cáncer.

Durante treinta años, Lovecraft escribió montones de historias, junto con tres novelas cortas, docenas de poemas y miles de cartas. Aun así, en el momento de su muelle, su obra era prácticamente desconocida fuera del círculo que formaban sus amigos y los lectores de *Weird Tales*. Una o dos de sus historias habían aparecido en antologías dirigidas al gran público, y otra se había publicado en un cuaderno de edición limitada. No se hizo ninguna recopilación de su obra hasta 1939, año en que dos amigos suyos —el prolífico escritor August Derleth y el editor y escritor de ciencia-ficción Donald Wandrei— fundaron Arkham House y publicaron *The Outsider and Others*. La obra de Lovecraft, sin embargo, contenía mucho más —y era mucho más chocante— que los típicos monstruos de ojos hundidos,

angustiados hombres musculosos, mujeres desnudas presa de serpenteantes ataduras y extraños seres encapuchados que poblaban las cubiertas de *Weird Tales*, y con los cuales se le ha relacionado. A medida que Arkham House fue publicando más y más obras de H. P. L. en forma de libro durante las décadas de los cuarenta y los cincuenta, los críticos empezaron a fijarse en su trabajo y en el género de la *Weird fiction*, y llegados los noventa, el aprecio por su obra se había extendido ya mucho más allá de su pequeño grupo original de adeptos. Puede que el culmen de su fama lo señalara la publicación en 2005 de una edición de su narrativa completa en la colección Library of America, a cargo del exitoso novelista de terror Peter Straub.

La decisión por parte de la editorial W. W. Norton de incluir un volumen de los relatos de Lovecraft en su afamada serie de clásicos anotados fue otro momento culminante. *H. P. Lovecraft anotado*, publicado en 2014[5‡] y recibido con entusiasmo tanto por la comunidad lovecraftiana como por el público general, contenía veintidós historias ambientadas en torno a la ciudad ficticia de Arkham (Massachusetts), el valle del río Miskatonic y las actividades de la Universidad Miskatonic. Los relatos incluidos en ese volumen se encuadran perfectamente además en los llamados «Mitos de Cthulhu», una invención del círculo de amigos y admiradores de Lovecraft, perpetuada por sus imitadores en sus propios relatos «lovecraftianos».

No obstante, hay muchas otras historias merecedoras de atención en la producción de Lovecraft, entre ellas algunas de sus favoritas. Durante su truncada carrera. Lovecraft escribió setenta y un relatos, algunos de ellos simples fragmentos, que aparecen recogidos en la lista del apéndice 2[1]. También ayudó en varias «revisiones», o colaboraciones con otros autores[2]. Este volumen reúne otras veinticinco historias de Lovecraft, que se omitieron del primer volumen únicamente porque no hacen mención de Arkham ni del río Miskatonic (o su universidad). Algunas de ellas son versiones tempranas de ideas que desarrollaría con más detalle a medida que fue madurando; otras reflejan su búsqueda de un estilo propio como escritor, y varias recogen intentos de registrar, hasta donde le permitió la memoria, vívidos sueños.

Las historias de este volumen fueron producto de la primera mitad de la carrera de Lovecraft. La primera de ellas, «La cripta», escrita en 1917 cuando contaba veintisiete años, puede ser considerada su primera creación madura; la última. *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*, escrita entre 1926 y 1927. no llegó a publicarse durante su vida y representa su última tentativa seria dentro del género fantástico. Después de este último relato, la narrativa de Lovecraft se centró más en lo que posteriormente se vería como los

comienzos de la ciencia-ficción, explorando su concepción del «horror cósmico». A lo largo del periodo de diez años que abarca este libro, vemos a Lovecraft experimentar con su arte hasta llegar a ser un maestro del mismo. Escribió relatos ambientados en tierras oníricas. como «Polaris» o «Celefais», que guardan un fuerte parecido —completamente casual, en realidad— con las historias de fantasía de Lord Dunsany, cuya obra descubrió después de haber creado las suyas propias. También escribió historias como «El templo» y «Aire frío» en las que copió deliberadamente el estilo de Edgar Allan Poe, cuyo trabajo admiraba profundamente. La producción literaria de H. P. L. incluyó narraciones pseudocientíficas como «Del más allá» —hoy consideradas ejemplos de los primeros tiempos de la ciencia-ficción— y cuentos puramente fantásticos como «Los gatos de Ulthar» y «Los otros dioses». Estas creaciones reflejan un artista en plena evolución, que amplía su paleta de colores.

En este volumen hay obras geniales. August Derleth consideraba «El extraño» la mejor creación de Lovecraft, y muchos críticos coinciden en que la complejidad y profundidad psicológica de su narrador prácticamente mudo (el cual no es el único personaje de Lovecraft desprovisto de la capacidad del habla) hacen de ella uno de los mayores logros de H. P. L. «La música de Erich Zann» era uno de los dos relatos que más le gustaban a Lovecraft de todos los que había escrito, junto con «El color que cayó del cielo» (el cual puede encontrarse en el volumen anterior). «El horror de Red Hook», a pesar de sus desagradables connotaciones racistas, y «El modelo de Pickman», evocadoramente ambientado en la bohemia Boston, y centrado en los gules y otros habitantes de un inframundo desconocido e incognoscible, han encandilado a multitud de aficionados a la fantasía oscura. Y hay quien considera «Las ratas de las paredes» el mejor relato de horror puro de Lovecraft, a la manera de dos de sus autores favoritos: M. R. James y Arthur Machen.

En el prólogo del primer volumen titulado *H. P. Lovecraft anotado* es posible encontrar un repaso más detallado de la vida de Lovecraft, así como de su carrera literaria y del recibimiento que tuvo su obra por parte de la crítica. Las historias de estos dos volúmenes dan al lector una idea muy completa de los logros alcanzados por Lovecraft como escritor. Espero que, juntos, ambos ayuden al lector a entender, tal como lo describió Joyce Carol Oales, «la incalculable influencia [de Lovecraft] en las siguientes generaciones de escritores de terror»[3].

Nota del editor

El primer volumen de *H. P. Lovecraft anotado* tomaba como base versiones «definitivas» de los relatos de Lovecraft que habían sido preparadas por S. T. Joshi y publicadas por Barnes & Noble en 2011 en una edición integral[6‡]. Posteriormente, Joshi ha preparado una edición *variorum* que presenta de forma detallada todas las variantes existentes del texto «definitivo», extraídas de múltiples fuentes distintas. Esta edición *variorum* hace una comparación entre los manuscritos originales de Lovecraft, sus versiones mecanografiadas, las primeras ediciones publicadas, las reediciones aparecidas posteriormente en *Weird Tales* y, en algunos casos, las revisiones que el propio Lovecraft hizo de sus historias al preparar aquel tipo de reediciones. Por desgracia, como dichas historias no se recopilaron en ningún libro hasta después de su fallecimiento. Lovecraft no pudo elaborar sus propias versiones definitivas de ellas. Las recogidas en este volumen, no obstante (excepto cuando se indique lo contrario), representan el mejor acercamiento posible a la visión del propio Lovecraft, de acuerdo con el criterio del Sr. Joshi. He de agradecer profundamente a este último no sólo que me cediera el texto de los relatos en formato electrónico, sino también que se mantuviera continuamente en contacto conmigo por correo a fin de pulir dicho texto para la versión final de las historias.

Como material adicional para el lector, este volumen incluye una breve cronología de la vida y la carrera de Lovecraft, una tabla que recoge todos sus relatos en el orden en que fueron escritos y un exclusivo índice geográfico en el que figuran todos los nombres de los lugares mencionados en sus historias (entre los cuales, por supuesto, hay muchos inventados). Aunque desde 2014 han aparecido nuevos cómics, libros y películas lovecraftianos, no he hecho

una actualización de los apéndices presentes en el volumen anterior de *H. P. Lovecraft anotado* que hablaban de esos temas. Aun así, sí he incluido en este una bibliografía suplementaria.

Las historias de la presente antología, las cuales fueron escritas hace más de noventa años, reflejan una era desaparecida hace ya mucho tiempo. Lovecraft, además, utilizaba de manera consciente un estilo literario anticuado, arcaico incluso. En consecuencia, al igual que en el volumen anterior, las notas que he incluido pueden clasificarse en tres categorías: definiciones, contexto histórico y cultural, y contradicciones internas de la narración. Aunque el inestimable Sr. Joshi ya había anotado previamente algunas de las historias que aquí se recogen, he consultado otras fuentes del conjunto de la comunidad lovecraftiana con idea de tomar en consideración distintos puntos de vista. No obstante, el lector no encontrará aquí el tipo de análisis llevado a cabo por eruditos lovecraftianos de perfil más académico como Donald R. Burleson, Dirk W. Mosig, Robert H. Waugh o Gavin Callaghan. He reprimido el impulso de aplicar técnicas psicoanalíticas o deconstructivas a la obra de Lovecraft, prefiriendo abordar los relatos como un emocionante entretenimiento.

Mi objetivo es, como siempre, enriquecer la experiencia de lectura de los trabajos del autor. He planteado algunos interrogantes en relación con las historias en los casos en que estas resultan ambiguas, y también, cuando he podido, he añadido explicaciones dirigidas a aclarar las intenciones del escritor. H. P. Lovecraft no necesita mi ayuda para aterrorizar al lector, pero, si consigo atraer nuevos visitantes a su cámara de los horrores cósmicos, me sentiré encantado.

LOS RELATOS

La cripta[1]

«La cripta» es la primera historia que H. P. L escribió en la edad adulta. Algunos la consideran el primero de sus relatos de «transferencia mental» (entre los cuales pueden incluirse ejemplos posteriores como «Al otro lado de la barrera del sueño». El caso de Charles Dexter Ward *o «El ser del umbral»): otros sostienen en cambio que la intención es que creamos que se trata únicamente de una representación de un caso de locura. La historia. que delata la fascinación de Lovecraft por la Inglaterra de tiempos pasados, se desarrolla en un intenso crescendo hasta alcanzar una conclusión intrigante y ambigua.*

Sedibus ut saltem placidis in morte quiescam.

—VIRGILIO[2]

Al relatar las circunstancias que han conducido a mi reclusión en este sanatorio para dementes, soy consciente de que mi situación actual generará lógicas dudas en lo que respecta a la veracidad de mi historia. Constituye un hecho desafortunado que la mayor parte de la humanidad posea una visión mental demasiado limitada para juzgar con paciencia e inteligencia aquellos fenómenos aislados, advertidos y percibidos únicamente por unos pocos con gran sensibilidad psíquica, que resultan ajenos a su experiencia ordinaria. Los hombres dotados de un intelecto más abierto saben que no existe distinción clara entre lo real y lo irreal, que todas las cosas se nos presentan como lo hacen en virtud de los delicados medios físicos y mentales a través de los cuales adquirimos conciencia de ellas; pero el prosaico materialismo de la mayoría tacha de locura los atisbos de otras realidades que logran traspasar el velo generalizado del empirismo palpable.

Me llamo Jervas Dudley, y he sido desde mi más tierna infancia un soñador y un visionario. Debido a mi origen sumamente acaudalado, que me libera de la necesidad de ganarme la vida, y a mi temperamento, que me incapacita para los estudios formales y las formas de esparcimiento de mis conocidos, siempre he vivido en universos apartados del mundo visible,

pasando mi niñez y adolescencia sumergido en libros antiguos y casi olvidados, y vagando por los campos y pequeños bosques de los alrededores de mi ancestral casa familiar. No creo que lo que leí en aquellos libros y vi en aquellos campos y bosques fuera lo mismo que lo que otros niños leían y veían allí; pero no he de hablar mucho acerca de esto, puesto que una explicación detallada solamente confirmaría esas crueles calumnias acerca de mi inteligencia que a veces oigo susurrar a los silenciosos cuidadores que me rodean. Para mis propósitos, es suficiente con que haga una narración de los hechos sin analizar sus causas.

He dicho que he vivido apartado del mundo visible, pero no que lo haya hecho en soledad, pues esto es algo imposible para cualquier ser humano; ya que, al faltarle la compañía de los vivos, este recurre inevitablemente a la de cosas que no están vivas, o que han dejado de estarlo. Cerca de mi casa hay una singular hondonada boscosa, en cuyas profundidades crepusculares he pasado la mayor parte de mi tiempo, leyendo, pensando y soñando. Los primeros pasos de mi infancia los di bajando por sus musgosas laderas, y las primeras fantasías de mi juventud se entretejieron en torno a sus robles grotescamente retorcidos. Llegué a conocer muy bien a las dríades[3] dueñas de aquellos árboles, y he presenciado muchas veces sus arrebatados bailes en las noches de luna menguante, bajo la luz que se filtraba a duras penas entre las ramas. Mas no he de hablar ahora ahora de estas cosas. Hablaré únicamente de la solitaria cripta que hay escondida en el rincón más oscuro de aquellas frondosas laderas: la cripta abandonada de los Hyde, una antigua y eminente familia cuyo último descendiente directo ya había sido enterrado entre sus tenebrosos recovecos muchas décadas antes de que yo naciera.

El panteón subterráneo al que me refiero es de viejo granito, desgastado y descolorido por las nieblas y la humedad de generaciones. La construcción, que fue excavada en la ladera de la hondonada, es visible únicamente desde su propia entrada. La puerta, una pesada e imponente losa de piedra, cuelga de unas herrumbrosas bisagras de hierro, y permanece rígidamente *entreabierta* de un modo extrañamente siniestro por medio de unas cadenas y candados de hierro de enorme grosor, de acuerdo con una horripilante costumbre de hace medio siglo[4]. La morada de la estirpe cuyos vástagos se hallan allí enterrados había coronado en su día la pendiente que alberga la cripta, pero hacía mucho tiempo que había sido pasto de un incendio provocado por la caída de un rayo. Los habitantes más ancianos de la región hablan a veces en voz baja e inquieta de la tormenta de medianoche que destruyó la lúgubre mansión, aludiendo a una —según sus palabras— «ira

divina» de un modo que en años posteriores acrecentaría vagamente la intensa fascinación que desde siempre había sentido por aquel sepulcro sumido en las sombras del bosque. En el fuego había perecido un solo hombre. Cuando el último de los Hyde fue enterrado en aquel lugar de quietud y penumbra, la triste urna con sus cenizas había llegado desde una tierra distante a la cual se había retirado la familia tras la quema de su mansión. Ya no queda nadie que deposite flores ante el pórtico de granito, y son pocos los que están dispuestos a enfrentarse a las descorazonadoras sombras que parecen rondar de manera extrañamente persistente junto a aquellos bloques de piedra desgastados por la lluvia y la humedad.

Nunca olvidaré la tarde en que di por primera vez con aquel lugar de reposo eterno parcialmente escondido. Fue a mediados de verano, cuando la alquimia de la naturaleza transmuta el paisaje silvano en una vívida masa de verdor prácticamente homogénea; cuando los sentidos se ven casi embriagados por embravecidos mares de húmedo follaje y por los aromas sutilmente indefinibles que emanan de la tierra y la vegetación. En semejante entorno la mente pierde la perspectiva; el tiempo y el espacio se vuelven insustanciales e irreales, y ecos de un olvidado pasado prehistórico redoblan insistentemente en la conciencia embelesada. Yo había estado todo el día deambulando por las místicas arboledas de la hondonada, pensando en cosas que no hace falta mencionar y conversando con entes que no necesito nombrar. A mis diez años de edad, había visto y oído muchas maravillas desconocidas para el vulgo, y era curiosamente maduro en ciertos aspectos. Cuando, al abrirme paso entre dos densos y espinosos matorrales, me encontré de repente con la entrada de la cripta, no sabía qué era lo que había descubierto. Los oscuros bloques de granito, la puerta tan curiosamente entreabierta y las tallas fúnebres labradas sobre el arco de entrada no suscitaron en mí ningún pensamiento de carácter luctuoso o sobrecogedor. Yo sabía y había imaginado muchas cosas sobre tumbas y sepulcros, pero debido a mi peculiar temperamento se me había impedido tener cualquier tipo de contacto directo con cementerios. La extraña construcción granítica en aquella ladera boscosa para mí no era más que un motivo de interés y conjeturas; y su frío y húmedo interior, el cual escudriñé en vano a través del hueco que habían dejado tentadoramente abierto en la entrada, no contenía para mí ningún matiz de muerte o descomposición. Fue, no obstante, en aquel momento de curiosidad cuando nació el deseo profundamente irracional que me ha conducido al terrible estado de reclusión en que me hallo. Espoleado por una voz que debía de provenir del espantoso corazón del bosque, tomé la

decisión de adentrarme en la seductora oscuridad a pesar de las gruesas cadenas que me impedían el paso. A la menguante luz del atardecer, probé por tumos a sacudir los oxidados escollos, con la intención de abrir del todo la puerta de piedra, y a intentar deslizar mi menudo cuerpo por el hueco que ya se me ofrecía, mas ninguno de aquellos planes dio resultado. Si bien en un principio había sentido curiosidad, ahora me dominaba la desesperación; y cuando finalmente regresé a mi hogar al irse aproximando el anochecer, juré a los cien dioses del bosque que algún día, *costase lo que costase*, hallaría por fuerza un modo de acceder a esas negras y gélidas profundidades que parecían estar llamándome. El médico de barba entrecana que se pasa todos los días por mi habitación le dijo una vez a una de mis visitas que esta decisión señaló el inicio de una lamentable monomanía; pero dejaré que sean mis lectores quienes juzguen al respecto una vez que conozcan todos los hechos.

Pasé los meses siguientes a mi descubrimiento entregado a inútiles intentos de forzar el complicado candado de la cripta entreabierta, así como a cautelosas indagaciones sobre la naturaleza y la historia de la construcción. Gracias a los oídos típicamente receptivos de la niñez, averigüé muchas cosas, si bien mi hermetismo habitual me disuadió de compartir con nadie mi información o mi determinación. Merece la pena mencionar quizá que no me sorprendí ni asusté lo más mínimo al enterarme de cuál era la naturaleza de la cripta. Mis ideas relativamente singulares acerca de la vida y la muerte me habían hecho asociar de forma vaga la fría arcilla con el cuerpo dotado de vida, y tenía la sensación de que la gran y siniestra familia de la mansión calcinada estaba representada de algún modo en el interior de la pétrea construcción que pretendía explorar. Las historias que oí murmurar sobre la celebración en tiempos pasados de ritos extraños y fiestas impías en la antigua casa solariega reavivaron poderosamente el interés que sentía por la cripta, delante de cuya puerta me pasaba horas y horas cada día. En una ocasión introduje una vela por la angosta rendija de la entrada, pero lo único que conseguí ver del interior fue un tramo descendente de húmedos escalones de piedra. El olor que salía de allí me repugnaba, pero al mismo tiempo ejercía sobre mí una poderosa atracción. Tenía la sensación de haberlo percibido antes, en un pasado tan remoto que me resultaba imposible de recordar; anterior incluso a la tenencia por mi parte del cuerpo que hoy poseo.

Un año después de haber contemplado la cripta por primera vez, encontré una carcomida traducción de las *Vidas*[5] de Plutarco en el desván lleno de libros de mi casa. Al leer la vida de Teseo, me impresionó mucho el pasaje

que habla de la gran roca bajo la cual el joven héroe habría de encontrar los objetos que simbolizaban su destino, cuando fuera lo bastante mayor para levantar el enorme peso de la piedra[6]. Esta leyenda tuvo el efecto de disipar mi profunda impaciencia por entrar en la cripta, pues me hizo pensar que aún no había llegado el momento propicio para ello. Con el tiempo, me dije, desarrollaría una fuerza y un ingenio que me permitirían abrir con facilidad aquella puerta firmemente sujeta con cadenas; pero hasta entonces lo mejor era que me conformara con lo que parecía ser la voluntad del hado.

En consecuencia, mis vigilias junto al frío y húmedo pórtico se volvieron menos frecuentes, y dediqué gran parte de mi tiempo a actividades distintas aunque igualmente extrañas. A veces me levantaba de forma muy silenciosa por la noche, y salía de casa sin hacer ruido para pasear por los cementerios y lugares de enterramiento de los que mis padres me habían mantenido alejado. No soy capaz de decir qué hacía allí, pues ahora no estoy seguro de la realidad de ciertas cosas; pero sé que en los días que seguían a tales vagabundeos nocturnos solía asombrar a quienes me rodeaban con el conocimiento que exhibía sobre temas prácticamente olvidados desde hacía muchas generaciones. Hubo una ocasión, después de una de aquellas noches, en que escandalicé a la comunidad con una extravagante idea relacionada con el entierro del acaudalado y célebre Sr. Brewster, una histórica figura local que había recibido sepultura en 1711 y cuya lápida de pizarra, la cual tenía grabadas unas tibias y una calavera[7], estaba desmoronándose poco a poco. En un momento de imaginación infantil, no sólo juré que el sepulturero, el buen Simpson, había robado los zapatos de hebillas plateadas, las medias de seda y los calzones de satén[7‡] del fallecido antes de enterrarlo, sino también que el propio caballero en cuestión, no del todo inanimado, se había girado dos veces en su ataúd cubierto de tierra el día después del sepelio.

Con todo, la idea de entrar en la cripta nunca se alejó de mi mente, viéndose alentada, de hecho, por el inesperado hallazgo genealógico de que mi propia ascendencia materna poseía al menos un ligero vínculo con la familia supuestamente extinta de los Hyde. Además de ser el último representante de mi estirpe paterna, era también el último miembro de este linaje más antiguo y misterioso. Empecé a pensar que la cripta *me pertenecía*, y a aguardar con ardiente entusiasmo el momento en que pudiera franquear aquella puerta de piedra y bajar por aquella oscura escalera cubierta de limo. Adquirí entonces el hábito de *escuchar* con gran atención frente al pórtico ligeramente entreabierto, eligiendo las silenciosas horas que rodean la medianoche como momento favorito de mis extrañas vigilias. Para cuando

cumplí la mayoría de edad, ya había abierto un pequeño claro en la zona de matorral que había delante de la mohosa fachada en la ladera, permitiendo que la vegetación circundante rodeara y cubriera aquel espacio como si fueran las paredes y la cubierta de un cenador silvestre. Esa enramada era mi templo, la puerta bloqueada mi altar, y allí solía pasar el tiempo tumbado en el musgoso suelo, cavilando sobre ideas extrañas y soñando con cosas también extrañas.

La noche de la primera revelación hacía un calor sofocante. Debí de quedarme dormido por el cansancio, pues tuve la clara sensación de estar despertando en el momento en que oí *las voces.* No sé muy bien si hablar de sus tonos y acentos; no diré nada acerca de *su naturaleza*, pero sí que presentaban ciertas diferencias sorprendentes en su vocabulario, pronunciación y maneras de expresarse. En aquel misterioso coloquio parecía tener representación cada variedad del dialecto de Nueva Inglaterra, desde las exóticas sílabas de los colonos puritanos hasta la precisa retórica de hace cincuenta años; si bien me di cuenta de aquel hecho únicamente *a posteriori.* En el momento, a decir verdad, mi atención estaba centrada en otro fenómeno; uno tan efímero que no podría jurar que sucediera en realidad. Tuve la fugaz impresión de que, mientras me despertaba, alguien había apagado a toda prisa *una luz* en el interior del panteón subterráneo. No creo que me sintiera alarmado o atónito por ello, pero sé que esa noche me vi enorme y permanentemente *cambiado.* Al volver a casa fui de manera muy directa a un podrido arcón del desván, dentro del cual encontré la llave que al día siguiente abrió con facilidad la barrera que durante tanto tiempo había asaltado infructuosamente.

Fue a la suave y difusa luz de la media tarde cuando entré por primera vez en la cripta de aquella ladera desierta. Me sentía hechizado, y el corazón me saltaba en el pecho con una exultación que apenas soy capaz de describir. Cuando cerré la puerta tras de mí y descendí por la goteante escalera a la luz de la única vela que llevaba, parecía conocer ya el camino; y aunque la vela chisporroteaba con el asfixiante hedor del lugar, me sentía singularmente cómodo en aquel húmedo ambiente sepulcral. Al mirar a mi alrededor, contemplé muchas losas.de mármol, encima de las cuales descansaban féretros o restos de féretros. Algunos de ellos estaban cerrados e intactos, pero otros se habían desintegrado prácticamente por completo, dejando solamente sus asas y placas plateadas en medio de unos curiosos montones de polvo blanquecino. En una de las placas leí el nombre de *sir* Geoffrey Hyde, quien había llegado desde Sussex en 1640[8] y fallecido aquí unos años más tarde.

En un llamativo recoveco de la cámara había un ataúd vacío y bastante bien conservado, adornado además con un único nombre que me provocó al mismo tiempo una sonrisa y un escalofrío. Un extraño impulso hizo que me subiera a la amplia losa, apagara la vela y me tumbara dentro de la caja desocupada.

Al llegar la gris claridad del alba, salí con paso tambaleante de la cripta y volví a bloquear la puerta con las cadenas y el candado. Había dejado de ser el joven que era, pese a que sólo veintiún inviernos hubieran hecho estremecer mi cuerpo. Los vecinos más madrugadores del pueblo que me vieron de camino a casa me miraron de un modo extraño, y se maravillaron de las procaces muestras de diversión que advirtieron en alguien cuya vida, según se sabía, era sobria y solitaria. No me presenté ante mis padres hasta después de un largo sueño reparador.

A partir de entonces visité la cripta todas las noches, viendo, oyendo y haciendo cosas que no he de recordar nunca. Mi forma de hablar, siempre susceptible a las influencias de mi entomo, fue lo primero en verse afectado por el cambio; y el arcaísmo que de repente adquirió mi lenguaje no tardó en ser motivo de comentarios. Posteriormente se deslizó en mi comportamiento un insólito descaro y temeridad, hasta que sin ser consciente de ello acabé por poseer los modales de un hombre de mundo a pesar de mi vida de recogimiento. Mi lengua anteriormente silenciosa se volvió locuaz, desplegando la gracia natural de un Chesterfield[9] o el inmoral cinismo de un Rochester[10]. Hacía gala de una peculiar erudición que no tenía absolutamente nada que ver con los extravagantes conocimientos monacales que había estudiado en mi infancia, y llenaba las guardas de mis libros con fluidos epigramas improvisados que hacían recordar a Gay[11], Prior[12] y los más vivaces ingenios y poetastros del periodo augústeo[13]. Una mañana mientras desayunaba a punto estuve de buscarme la ruina al declamar en un tono a todas luces concupiscente una efusiva expresión de alborozo orgiástico al estilo dieciochesco, una muestra de picardía georgiana jamás recogida en libro alguno, que decía más o menos así:

Venid, amigos, con vuestras jarras de cerveza,
y brindemos por el presente antes de que fenezca;
apilad en vuestros platos montañas de carne,
pues con comida y bebida es menester solazarse.
De modo que llenad los vasos.
pues en la vida estamos de paso;
¡por nadie brindarás cuando de gusanos seas pasto!

Anacreonte[14] *tenía la nariz colorada, según dicen;*
¿pero qué importa eso, si así uno canta y ríe?

¡Mal rayo me parta! Más vale estar colorado, pero vivo,
que muerto la mitad del año… ¡y blanco como un lirio!
Así pues. Betty, querida mía,
ven ahora a regalarme tus caricias;
en el infierno ¡no hay mozas tan lindas!

El joven Harry, que se sostiene derecho a duras penas,
no tardará en perder la peluca y caer bajo la mesa;
pero llenad vuestras copas, y convidad al de al lado,
¡mejor bajo la mesa que muerto y enterrado!
Por tanto, bromead y divertios
al tiempo que bebéis hasta el ahíto;
a dos metros bajo tierra ¡os costará más reíros!

¡Que el diablo me lleve! De dar un paso apenas soy capaz,
¡y que me aspen si puedo mantenerme en pie, o vocalizar!
Oíd, posadero, decidle a Betty que traiga una silla;
¡probaré a irme a casa un ralo, pues no está mi costilla!
De modo que échame una mano
o, si no, me caeré rodando;
aun así, con estar vivo, ¡ya me siento ufano![15]

Fue más o menos por aquel entonces cuando desarrollé mi miedo actual al fuego y las tormentas. Si bien antes esas cosas me producían indiferencia, ahora albergaba por ellas un terror indescriptible, y corría a esconderme en los rincones más recónditos de la casa cada vez que el cielo amenazaba con hacer un despliegue eléctrico. Uno de los sitios que más me gustaba frecuentar durante el día era el sótano en ruinas de la mansión que se había quemado, el cual solía imaginarme tal como había sido cuando estaba intacto. En una ocasión asusté a un vecino del pueblo al guiarlo con absoluta seguridad hasta un subsótano poco profundo, cuya existencia al parecer conocía a pesar de que el lugar había permanecido oculto y olvidado durante muchas generaciones[16].

Finalmente, ocurrió lo que tanto tiempo llevaba temiendo. Mis padres, alarmados por el cambio producido en el comportamiento y el aspecto de su único hijo, comenzaron a espiar mis movimientos con tierna preocupación. acción que amenazaba con tener nefastas consecuencias. Yo no le había hablado a nadie de mis visitas a la cripta, y había mantenido celosamente en secreto mi fascinación por ella desde que era niño; pero entonces me vi obligado a proceder con cautela cada vez que me internaba en el laberíntico seno de la hondonada boscosa, a fin de despistar a cualquier posible perseguidor. Siempre llevaba la llave de la cripta colgada de un cordón alrededor del cuello, sin que nadie más lo supiera. Y nunca sacaba del sepulcro subterráneo nada de lo que encontraba mientras me hallaba entre sus paredes.

Una mañana en que salía de la húmeda cripta, mientras aseguraba la cadena de la puerta con pulso no excesivamente firme, vi en un matorral aledaño la temida cara de un hombre que me estaba observando. No había duda de que el fin estaba cerca, puesto que mi enramada había sido descubierta y el propósito de mis salidas nocturnas revelado. El hombre no se acercó a mí, de modo que volví a casa a toda prisa con la intención de escuchar a hurtadillas lo que pudiera contarle a mi angustiado padre. ¿Estaban mis estancias más allá de la puerta asegurada con cadenas a punto de ser expuestas al mundo? Imaginen mi feliz asombro, pues, cuando oí cómo el espía informaba a mi padre con un cauteloso susurro de que yo *había pasado la noche en la enramada frente a la cripta,* mirando fijamente con ojos velados por el sueño la estrecha abertura de la puerta entreabierta con el candado. ¿Qué milagro había provocado semejante equívoco en mi espía? Pasé entonces a estar convencido de que me protegía algún agente sobrenatural. Envalentonado por esta circunstancia providencial, reanudé mis visitas a la cripta con absoluta despreocupación, seguro de que nadie era capaz de verme entrar en ella. Durante una semana saboreé al máximo los placeres del acogedor ambiente del osario, los cuales no he de describir, y entonces sucedió *aquello,* y me trajeron a este detestable lugar donde reina el pesar y la monotonía.

No debería haberme aventurado a salir esa noche, pues las nubes estaban teñidas de truenos y una diabólica fosforescencia se elevaba del pestilente y frondoso pantano en el fondo de la hondonada. La llamada de los muertos, además, era diferente. En vez de la cripta de la ladera, era el sótano calcinado en lo alto de aquella pendiente el que me llamaba por medio de las invisibles señas de su espíritu guardián. Cuando salía de un bosquecillo en mitad de la llanura, a medio camino de las ruinas, contemplé a la neblinosa luz de la luna algo que en cierto modo siempre había imaginado que vería. La mansión, desaparecida hacía un siglo, erguía una vez más su señorial altura ante mi vista embelesada, con todas sus ventanas resplandeciendo por el brillo de innumerables velas. Por el largo camino que llevaba hasta su puerta subían los carruajes de la alta burguesía bostoniana, al tiempo que, a pie, llegaba desde las mansiones vecinas una numerosa colección de petimetres de caras empolvadas. Yo me mezclé con aquel gentío, aunque sabía que mi lugar estaba con los anfitriones más que con los invitados. Dentro de la casona había música, risas y vino por todas partes. Reconocí varias caras, pero me habría sido más fácil hacerlo si hubieran estado arrugadas o devoradas por la muerte y la descomposición. En medio de una multitud alocada y atolondrada,

yo era el más alocado y desinhibido de todos. De mis labios salían torrentes de alegres blasfemias[17], y mis escandalosas ocurrencias no respetaban ley alguna, fuese de Dios, el hombre o la naturaleza. De repente, un trueno, que retumbó con más fuerza incluso que el barullo del canallesco jolgorio, hendió el tejado mismo de la mansión e hizo enmudecer de miedo a la ruidosa concurrencia. Rojas lenguas de llamas y ráfagas de calor abrasadoras envolvieron la casa, y los asistentes a la fiesta, aterrorizados por el advenimiento desde el cielo de una calamidad que parecía trascender los límites de la caótica naturaleza, salieron huyendo y gritando de la casa. Yo fui el único que permaneció allí, clavado a mi asiento por un pánico abrumador como jamás había sentido. Y entonces un segundo horror se apoderó de mi alma. Si moría calcinado, ¡mi cuerpo convertido en cenizas resultaría dispersado a los cuatro vientos y nunca sería enterrado en la cripta de los Hyde! ¿No había allí un ataúd preparado para mí? ¿Acaso no tenía derecho a descansar por toda la eternidad entre los descendientes de *sir* Geoffrey Hyde? ¡Sí! Reclamaría la herencia que me correspondía en la muerte, aunque mi alma tuviera que buscar a través de las eras otra morada corpórea que la representara encima de aquella losa vacía en el recoveco de la cripta. *¡Jervas Hyde* nunca correría la misma suerte aciaga que Palinuro[18]!



«Rojas lenguas de llamas y ráfagas de calor abrasadoras envolvieron la casa». *Weird Tales* 7 (enero 1926) (ilustrador: Andrew Brosnatch).

Cuando la ilusión de la casa en llamas se desvaneció, me vi gritando y forcejeando como un loco entre los brazos de dos hombres, uno de los cuales era el espía que me había seguido hasta la cripta. Estaba lloviendo a mares, y en el horizonte meridional se divisaban relámpagos que muy poco tiempo antes habían pasado por encima de nuestras cabezas. Mi padre, con el rostro surcado de dolor, me miraba sin hacer nada mientras yo pedía a voz en grito que me enterraran en la cripta, exhortando con frecuencia a mis captores a que me trataran con la mayor suavidad posible. Un círculo ennegrecido en el suelo del sótano en ruinas revelaba la violenta caída desde los cielos de un rayo; y desde ese punto un grupo de vecinos curiosos equipados con faroles examinaban de cerca una pequeña caja de antigua factura que la descarga había sacado a la luz. Tras cesar en mi forcejeo inútil y carente ya de sentido, me quedé mirando cómo los curiosos inspeccionaban el tesoro que habían encontrado, y se me permitió tomar parte en sus descubrimientos. La caja, cuyos cierres se habían roto por culpa del rayo que la había desenterrado, contenía muchos papeles y objetos de valor; pero yo sólo tenía ojos para una de aquellas cosas. Era una miniatura de porcelana de un joven con una peluca de bolsa[19] de elegantes rizos que tenía grabadas las iniciales «J. H».. Su rostro era tal que, al mirarlo, bien podría haber estado observando mi reflejo en un espejo.

Al día siguiente me trajeron a esta habitación con barrotes en las ventanas, pero me he mantenido al corriente de ciertas cosas gracias a un anciano sirviente corto de alcances, al cual tenía apego de niño y le encanta pasear por el cementerio como a mí. Lo que me he atrevido a contar de mis experiencias dentro de la cripta sólo me ha reportado sonrisas compasivas. Mi padre, que me visita a menudo, dice que no llegué a cruzar la puerta bloqueada por cadenas en ningún momento, y jura que, cuando examinó su herrumbroso candado, nadie lo había tocado desde hacía cincuenta años. Afirma incluso que todo el pueblo estaba al tanto de mis excursiones a la cripta, y que me habían observado muchas veces mientras dormía en la enramada frente a la lúgubre fachada, mirando fijamente con ojos entreabiertos la estrecha abertura que conduce al interior. No dispongo de ninguna prueba tangible que refute tales afirmaciones, dado que perdí la llave del candado en el forcejeo de aquella noche de horror. Mi padre desdeña las extrañas cosas del pasado que aprendí durante esas reuniones nocturnas con los muertos, al considerarlas fruto de una vida entera de omnívoro curioseo entre los antiguos libros de la biblioteca familiar. De no haber sido por mi viejo sirviente Hiram, a estas alturas ya estaría completamente convencido de mi locura.

Pero Hiram, leal hasta el final, ha mantenido su fe en mí y hecho aquello que me impele a hacer pública al menos una parte de mi historia. Hace una semana forzó el candado que mantiene la puerta de la cripta perpetuamente entreabierta, y descendió con un farol al interior de sus tenebrosas profundidades. Encima de una losa situada en un recoveco encontró un viejo ataúd vacío cuya deslustrada placa contiene una sola palabra: *«Jervas»*. En ese ataúd y en esa cripta me han prometido que seré enterrado.

Polaris[1]

H. P. L. entreteje sus conocimientos de astronomía en un atractivo misterio inspirado por un sueño que tuvo: ¿quién es el soñador y quién el sueño? El estilo de Lovecraft presenta aquí un parecido asombroso con el de Lord Dunsany (Edward Plunkett [1878-1957]), cuya obra tanto impresionó a H. P. L., aunque este no la leyera hasta el otoño de 1919. Es probable que tanto Lovecraft como Dunsany se vieran influidos por «Sombra: una parábola» (1835) y «Silencio: una fábula» (1838) de Edgar Allan Poe, «poemas, sin duda, en todos los sentidos de la palabra salvo en el métrico —escribió H. P. L—, [que] deben su fuerza por igual a la cadencia sonora y a la imaginería visual»[2].

Por la ventana norte de mi dormitorio se filtra el misterioso resplandor de la estrella polar[3]. Allí brilla inmóvil a lo largo de las lentas y espantosas horas de oscuridad. Y en los meses de otoño, cuando los vientos del norte gimen y maldicen, y los árboles de hojas rojas del pantano se murmuran cosas en la madrugada bajo la cornuda luna menguante, me siento junto al marco de la ventana y observo la estrella. Desde las alturas se precipita la centelleante Casiopea[4] a medida que se desgranan las horas, al tiempo que el Carro[8‡] se eleva pesadamente por detrás de los árboles del pantano que se cimbrean empapados en neblina bajo el viento de la noche. Justo antes del alba se ve palpitar el iris rojizo de Arcturus[5] en lo alto del cementerio que corona el altozano, y Coma Berenices[6] titila de forma inquietante allá lejos en el misterioso oriente; mas la estrella polar continúa observándome con malicia desde el mismo punto del negro firmamento, parpadeando horriblemente como un ojo enloquecido que se esforzara en transmitir algún extraño mensaje, pero que únicamente recordara, no obstante, que una vez tuvo un mensaje que transmitir. En ocasiones, cuando el cielo se nubla, consigo dormir.

Recuerdo con claridad la noche de la gran aurora[7], cuando rieló sobre el pantano aquella espeluznante luz demoníaca. Tras los haces de luz vinieron la nubes, y después el sueño.

Y fue bajo una cornuda luna menguante que vi la ciudad por primera vez. Yacía quieta y somnolienta en un curioso altiplano que se abría entre extraños montes. De pálido mármol eran sus murallas y sus torres, sus columnas, cúpulas y pavimentos. En las calles marmóreas había columnas del mismo material, con capiteles esculpidos a imagen y semejanza de adustos hombres barbados. El aire era cálido y estaba en calma. Y en lo alto, a apenas diez grados del cénit, brillaba aquella vigilante estrella polar[8]. Contemplé la ciudad durante un largo tiempo, pero el día no llegó. Cuando la roja Aldebarán[9], que parpadeaba a baja altura en el cielo sin ponerse nunca, hubo recorrido un cuarto de la circunferencia del horizonte, vi luz y movimiento en las casas y en las calles. De las viviendas salieron figuras extrañamente ataviadas con túnicas, pero a la vez de apariencia noble y familiar; y a la luz de la cornuda luna menguante aquellos hombres conversaron sobre cosas sabias en una lengua que era capaz de entender, a pesar de que no se parecía a ninguna que hubiera conocido. Y cuando la roja Aldebarán hubo recorrido lentamente más de la mitad de la circunferencia del horizonte, retomaron la oscuridad y el silencio.

Cuando desperté, ya no era el mismo de antes. Tenía grabada en la memoria la visión de aquella ciudad, y en el fondo de mi ser había surgido otro recuerdo más vago, de cuya naturaleza no estaba seguro en aquel momento. A partir de entonces, en las noches nubosas en que lograba dormir, comencé a ver la ciudad a menudo; unas veces bajo aquella cornuda luna menguante, y otras bajo los tórridos rayos amarillos de un sol que no se ponía y que, en vez de ello, daba vueltas en el cielo casi a ras del horizonte[10]. Y en las noches despejadas, la estrella polar me observaba de manera más maliciosa que nunca.

Con el tiempo acabé por preguntarme cuál podía ser mi papel en la ciudad de aquel curioso altiplano entre extraños montes. Pese a haberme contentado en un principio con observar la escena como una ubicua presencia incorpórea, sentí deseos entonces de definir mi relación con ella y de manifestar mis opiniones entre los serios hombres que conversaban a diario en las plazas públicas. Me dije: «Esto no es un sueño, pues ¿de qué manera podría demostrar que es menos real que esa otra vida en la casa de piedra y ladrillo al sur del siniestro pantano y del cementerio del altozano, donde la estrella polar me espía cada noche por la ventana?».

Una noche, mientras atendía a la conversación en la gran plaza llena de estatuas, noté un cambio; y me di cuenta de que tenía al fin forma corpórea, y de que no era ningún extraño en las calles de Olathoé[11], situada en el

altiplano de Sarkis, entre los montes Noton y Kadifo nek[12]. Era mi amigo Alos quien hablaba, y sus palabras me resultaban profundamente gratas, dado que eran las palabras de un verdadero hombre y un patriota. Esa noche había llegado la noticia de la caída de Daikos y del avance de los inutos[13]: diabólicos bárbaros achaparrados y amarillos que cinco años atrás habían surgido de las ignotas tierras de poniente con la determinación de saquear los confines de nuestro reino y de someter finalmente a asedio nuestras ciudades. Al haber tomado ya las poblaciones fortificadas al pie de las montañas, ahora tenían vía libre hasta el altiplano, a menos que cada ciudadano lograse resistir con la fuerza de diez hombres, puesto que aquellos seres achaparrados eran poderosos en las artes de la guerra y no conocían los escrúpulos de honor que disuadían a los altos hombres de ojos grises de Lomar de emprender despiadadas conquistas.

Alos, mi amigo, era el comandante de todas las fuerzas del altiplano, y en él residía la última esperanza de nuestra nación. En esta ocasión, habló de los peligros a los que habríamos de enfrentamos, y exhortó a los hombres de Olathoë. los más bravos de toda Lomar, a seguir las tradiciones de sus ancestros, los cuales, al verse obligados a emigrar al sur desde Zobna por el avance del gran manto helado (del mismo modo que nuestros descendientes deberán abandonar un día la tierra de Lomar). habían barrido valerosa y victoriosamente a los peludos y caníbales gnophkehs de largos brazos que se interponían en su camino. Alos se negó a que yo tomara parte como guerrero en la contienda, puesto que era de constitución débil y dado a extraños desmayos en situaciones de tensión y apuro. Mi vista, sin embargo, era la más aguda de la ciudad, a pesar de las largas horas que dedicaba cada día al estudio de los Manuscritos Pnakóticos[14] y las sabias enseñanzas de nuestros padres zobnarianos; de modo que mi amigo, que no deseaba condenarme a la inacción, me recompensó con un deber cuya importancia no era en modo alguno inferior. Me destinó a la atalaya de Thapnen. donde haría las veces de ojos de nuestro ejército. En caso de que los inutos intentaran tomar la ciudadela por el angosto paso a espaldas del monte Noton, y sorprender así a la guarnición, yo debía encender la almenara que pondría en alerta a los soldados de guardia y salvaría la ciudad del inminente desastre.

Subí a la torre yo solo, dado que en los pasos de las estribaciones no se podía prescindir de ningún hombre de cuerpo robusto. Tenía la cabeza harto embotada de excitación y fatiga, pues llevaba muchos días sin dormir: pero mi determinación era firme, ya que amaba mi tierra natal de Ixtmar y la

marmórea ciudad de Olathoë que se alza entre los montes llamados Noton y Kadifonek.

Mientras me encontraba en la estancia más alta de la torre, divisé la cornuda luna menguante, cuya roja y siniestra silueta resplandecía trémulamente a través de los vapores que flotaban sobre el lejano valle de Banof. Y por una abertura en la cubierta VI centellear la pálida estrella polar, que palpitaba como si tuviera vida propia y me observaba maliciosamente como un diablo tentador. Y me pareció que su espíritu me susurraba pérfidos consejos, sumiéndome delicadamente en una traidora somnolencia por medio de una detestable promesa cadenciosa que no paraba de repetir:

> Duerme, centinela, hasta que las esferas
> por veintiséis mil primaveras hayan girado, y yo retorne
> al punto donde hoy brilla mi orbe[15].
> Otras estrellas se elevarán al cabo del tiempo
> hasta el eje del firmamento:
> estrellas que aquietan y que producen
> un olvido misericordioso y dulce;
> sólo cuando mi ciclo se haya completado
> llamará, turbador, a tu puerta el pasado.

Vana fue mi lucha contra el sopor, durante la cual intenté relacionar aquellas extrañas palabras con ciertos conocimientos astrales que había aprendido en los Manuscritos Pnakóticos. Después de varios pesados cabeceos, la somnolencia terminó por vencerme; y la siguiente vez que levanté la vista, fue dentro un sueño, en el que la estrella polar me sonreía burlonamente en las alturas a través de una ventana, por encima de los horribles árboles bamboleantes de un pantano onírico. Y sigo soñando todavía.

Algunas veces grito frenéticamente presa de la vergüenza y la desesperación, mientras ruego a los seres que me rodean en mi sueño que me despierten, antes de que los inutos se deslicen sigilosamente por el paso que hay a espaldas del monte Noton y ataquen por sorpresa la ciudadela; mas esos seres son demonios, pues se ríen de mí y me dicen que no estoy soñando. Se mofan de mí mientras duermo, y mientras el achaparrado enemigo amarillo está quizás acercándose silenciosamente hacia nosotros. He faltado a mi deber, traicionado a la ciudad marmórea de Olathoë y quebrantado de forma flagrante la confianza de Alos, mi amigo y comandante. Pero estas sombras de mi sueño siguen burlándose de mí. Dicen que la tierra de Lomar sólo existe en mis fantasías nocturnas; que en esas regiones donde la estrella polar brilla a gran altura y la roja Aldebarán bordea con lentitud el horizonte no ha habido

nada salvo hielo y nieve durante miles de años, y ningún hombre excepto esos hombrecillos achaparrados y amarillos, malogrados por el frío, a los que llaman «esquimales»[16].

Y mientras me retuerzo en la agonía de mis remordimientos, desesperado por salvar la ciudad que a cada momento que pasa corre mayor peligro, e intentando inútilmente despertar de este sueño antinatural en el que habito una casa de piedra y ladrillo al sur de un siniestro pantano y de un cementerio sobre un altozano, la estrella polar, maléfica y espantosa, me observa con malicia desde el mismo punto del negro firmamento, parpadeando horriblemente como un ojo enloquecido que se esforzara en transmitir algún extraño mensaje, pero que únicamente recordara, no obstante, que una vez tuvo un mensaje que transmitir.

La transición de Juan Romero[1]

Este relato permaneció inédito en vida de Lovecraft, probablemente por decisión del autor. Según parece, Lovecraft no se lo enseñó a nadie hasta 1932, cuando permitió que su amigo de catorce años (y posterior albacea literario) R. H. Barlow[2] *lo pasara a máquina. En estas primeras historias de juventud —entre las cuales figuran «Dagón» y «Al otro lado de la barrera del sueño», incluidas en el primer volumen— vemos a H. P. L. experimentar con distintos estilos. En esta narración en particular, continúa explorando la idea de presentar una trama sobrenatural sobre un telón de fondo realista: una idea que materializaría a la perfección en «La llamada de Cthulhu» y* En las montañas de la locura.

No es mi deseo hablar de los hechos que tuvieron lugar en la mina Norton los días 18 y 19 de octubre de 1894. Mi sentido del deber para con la ciencia es lo único que me impele a recordar, en estos postreros años de mi vida, escenas y sucesos llenos de un terror que me resulta mucho más agudo porque no soy enteramente capaz de definirlo. No obstante, creo que antes de que llegue mi hora debería contar lo que sé de la —llamémosla así— transición de Juan Romero.

No es necesario que refiera para la posteridad mi nombre y origen; de hecho, pienso que es mejor que no lo haga, pues uno deja atrás su pasado cuando emigra de forma imprevista a los Estados Unidos o las colonias[3]. Además, lo que fui en su día no es en absoluto relevante para mi narración, exceptuando quizás el hecho de que, durante el tiempo que pasé en la India sirviendo en las fuerzas armadas[4], me sentía más a gusto entre los gurús nativos de barba blanca que entre mis compañeros oficíales. No era poco lo que había ahondado en el extraño saber de Oriente cuando me sobrevinieron las desgracias que motivaron mi nueva vida en el vasto Oeste norteamericano: una vida en la que me pareció conveniente adoptar un nombre —el que actualmente utilizo— muy común y que no tiene ningún significado especial.

En el verano y otoño de 1894 vivía en las inhóspitas extensiones de los montes Cactus[5], empleado como peón común en la célebre mina Norton,

cuyo descubrimiento por un anciano prospector unos años antes había transformado el desierto prácticamente deshabitado que era la región circundante en un sórdido hervidero de vida. Una caverna aurífera, situada a gran profundidad bajo una laguna de montaña, había hecho a su venerable descubridor más rico de lo que jamás había soñado, y constituía ahora el emplazamiento de unas amplias operaciones de excavación de galerías por parte de la compañía a la que finalmente había sido vendida. Se habían hallado nuevas grutas, y la producción de metal amarillo era extremadamente abundante, de tal forma que un inmenso y heterogéneo ejército de mineros trabajaba afanosamente día y noche en los numerosos túneles y cavidades en la roca. El superintendente, un tal Sr. Arthur, comentaba a menudo el carácter singular de las formaciones geológicas locales, haciendo conjeturas sobre la probable extensión de la red de cuevas, así como valoraciones sobre el futuro de aquel titánico proyecto de minería. Consideraba que aquellas cavernas auríferas eran resultado de la acción del agua, y creía que no faltaba mucho para abrir un acceso a la última de ellas.

Juan Romero entró a trabajar en la mina Norton no mucho después de mi llegada y contratación. Romero, uno más de un gran tropel de mexicanos desaliñados que se habían visto atraídos hasta el lugar desde el país vecino. llamaba la atención en un principio únicamente por sus rasgos; los cuales, pese a ser claramente propios de un piel roja, destacaban no obstante por la claridad de su color y la finura de sus formas, siendo enormemente distintas a las del *greaser* o payute típico de la región[6]. Resulta curioso que, a pesar de ser tan diferente del común de los indios hispanizados y salvajes, Romero no daba la impresión de tener ni una sola gota de sangre caucásica. Era al antiguo y noble azteca[7], y no al conquistador castellano o al pionero norteamericano, a quien uno creía ver con la imaginación cuando el silencioso peón se levantaba a primera hora del día y contemplaba fascinado la lenta salida del sol sobre las colinas del este, mientras estiraba los brazos hacia el astro como si estuviese llevando a cabo algún rito cuya naturaleza él mismo no alcanzara a comprender. Aun así, excepto por su cara. Romero no inspiraba la más mínima idea de nobleza. Sucio e ignorante, se sentía a gusto entre los demás mexicanos de piel oscura, dado que (según me contaron más tarde) provenía de un tipo de ambiente extremadamente humilde. Lo habían encontrado de niño en una tosca choza de montaña, siendo el único superviviente de una epidemia que había asolado mortalmente la zona. Cerca de la choza, junto a una fisura bastante inusual en la roca se habían hallado tendidos dos esqueletos recientemente descamados por los buitres que, según cabía

suponer, constituían lo único que había quedado de sus padres. Nadie recordaba la identidad de estos últimos, y la mayoría olvidó pronto que habían existido alguna vez. De hecho, el desplome de la choza de adobe y el cierre de la fisura en la roca a causa de una avalancha posterior habían contribuido a borrar del recuerdo aquella escena. Debido a que se había criado con un cuatrero mexicano que le había dado su nombre, Juan se diferenciaba en muy poco de sus congéneres.

El apego que Romero manifestaba hacia mí surgió sin duda gracias al curioso y antiguo anillo hindú[8] que yo llevaba puesto cuando no estaba trabajando. De su naturaleza, y del modo en que llegó a mi posesión, no puedo hablar. Representaba mi último vínculo con un capítulo de mi vida cerrado para siempre, y le tenía un gran aprecio. No tardé en advertir que aquel mexicano de aspecto peculiar también sentía interés por él, pues lo observaba con una expresión que eliminaba cualquier sospecha de simple codicia. Sus arcaicos jeroglíficos[9] parecían despertar algún tipo de reminiscencia en su iletrado pero despierto intelecto, aunque era imposible que hubiera visto cualquier alhaja parecida anteriormente. A las pocas semanas de su llegada, Romero se comportaba ya conmigo como un leal sirviente, pese al hecho de que yo no era más que un simple minero. Nuestra conversación era forzosamente limitada. Él apenas chapurreaba el inglés, mientras que yo había descubierto que mi español oxoniense[10] era bastante diferente del dialecto hablado por aquel peón de Nueva España.

El suceso que me dispongo a relatar no vino antecedido de nada que lo presagiara. A pesar del interés que Romero me había producido, y del efecto peculiar que mi anillo había tenido en él, creo que ninguno de nosotros se esperaba en lo más mínimo lo que estaba por venir cuando se llevó a cabo la gran voladura. Ciertos factores geológicos habían determinado una extensión de la mina por medio de la apertura de un pozo vertical y descendente en la parte más profunda de la zona excavada, y la convicción del superintendente de que sólo se encontraría roca sólida había llevado a la colocación de una ingente carga de dinamita. Romero y yo no teníamos nada que ver con estos trabajos, de ahí que nos enteráramos por boca de otros de la aparición de circunstancias extraordinarias. La carga, más fuerte quizá de lo estimado, parecía haber hecho temblar toda la montaña. La sacudida había roto en pedazos las ventanas de las casuchas en su falda, y tirado al suelo a los mineros que se encontraban en las galerías más cercanas a la explosión. Jewel Lake[11], un asentamiento ubicado encima del lugar del suceso, se levantó como una nave sobre un mar en tempestad. Al inspeccionar el sitio de la

detonación, se descubrió que ahora se abría bajo él un nuevo abismo de profundidad indeterminada; uno tan monstruoso que ninguna plomada disponible era capaz de medirlo en toda su hondura, ni ninguna linterna de iluminarlo. Desconcertados, los excavadores fueron a hablar con el superintendente, quien ordenó que llevaran a la sima cuerdas de gran longitud, y que las unieran y descolgaran sin cesar por ella hasta que dieran con el fondo.

Al cabo de poco tiempo los obreros informaron al superintendente de su fracaso. Firme pero respetuosamente, le manifestaron su negativa a regresar al abismo, y, de hecho, a seguir trabajando en la mina hasta que este último fuese sellado. Era obvio que se estaban enfrentando a algo que escapaba a su experiencia, ya que, hasta donde ellos alcanzaban a determinar, aquel precipicio era infinito. El superintendente no les reprochó su actitud. En lugar de ello, reflexionó a fondo, e hizo muchos planes para la jomada siguiente. El tumo de noche no entró a trabajar ese día.

A las dos de la mañana un coyote solitario comenzó a aullar lúgubremente en la montaña. Desde alguna parte del recinto de la explotación, un perro ladró en respuesta; bien al coyote, bien a alguna otra cosa. Se estaba formando una tormenta sobre los picos de la sierra, y nubes de formas extrañas se deslizaban de un modo horrible sobre la borrosa mancha de luz celeste que señalaba los intentos de la gibosa luna**[12]** de atravesar varias capas de cirroestratos con sus fúlgidos rayos. Fue la voz de Romero, desde la litera situada encima de la mía, lo que me despertó; una voz excitada y tensa, cargada de una vaga expectación que no fui capaz de comprender**[9‡]**:

—¡Madre de Dios!… el sonido… ese sonido… ¡oiga usted! ¿Lo oye usted?… Señor, ¡ESE SONIDO!

Yo me quedé escuchando, mientras me preguntaba a qué sonido se refería. Era capaz de oír al coyote, al perro y también la tormenta; entre los cuales esta última se estaba empezando a imponer, a medida que el viento iba aullando de forma cada vez más furiosa. A través de la ventana del barracón se veían relámpagos. Repitiendo los sonidos que había oído, pregunté al nervioso mexicano:

—¿El coyote? ¿El perro? ¿El viento?

Pero Romero no contestó. Y luego comenzó a susurrar en tono sobrecogido:

—El ritmo, señor…, el ritmo de la tierra… ¡ESE LATIDO BAJO EL SUELO!

Y entonces yo también lo oí; lo oí y me estremecí, sin saber por qué. De las profundidades abisales de la tierra llegaba un sonido —un ritmo, tal como había dicho el peón— que. pese a resultar apenas perceptible, se escuchaba con más claridad incluso que el perro, el coyote y la creciente tormenta. Era inútil intentar describirlo, ya que su naturaleza hacía imposible dicha tarea. Recordaba quizás al rumor cadencioso y distante de los motores de un gran transatlántico, tal como se percibía desde la cubierta, pero no era tan mecánico; no estaba tan desprovisto de vida y conciencia. Entre todas sus cualidades, lo que más me impresionó fue su *lejanía* bajo la tierra. A mi mente acudieron de golpe fragmentos de un pasaje de Joseph Glanvill que Poe ha citado con formidable efecto:



«Los conquistadores», ilustración extraída de M, D. Coxhead, *Romance of History: Mexico: With 12 Reproductions in Color of Original Drawings by J. H Rohinson*, J. Lang (ed.), Nueva York. Frederick A. Stokes Company, colección Romance of History, 1909.

> … la inmensidad, profundidad e inescrutabilidad de las obras divinas, *las cuales encierran en sí mayor hondura que el pozo de Demócrito*[13].

De repente, Romero se levantó de un salto de su litera, se paró frente a mí un instante para observar el curioso anillo en mi mano, que relucía de un modo extraño con los relámpagos, y luego se quedó mirando fijamente hacia

el pozo de acceso a la mina. Yo también me levanté, y ambos permanecimos inmóviles un rato, aguzando el oído mientras el misterioso ritmo parecía ir adquiriendo un timbre cada vez más orgánico. A continuación, de un modo aparentemente ajeno a nuestra voluntad, empezamos a caminar hacia la puerta, cuyas sacudidas a causa del fuerte viento transmitían una reconfortante sensación de realidad terrenal. El monótono canto de las profundidades —pues eso era ahora lo que parecía ser el sonido— se escuchaba cada vez con más fuerza y claridad; y sentimos un impulso irresistible de salir a la tormenta y dirigirnos acto seguido a la negra boca del pozo.

No nos cruzamos con ningún ser vivo, dado que los hombres del tumo de noche habían sido dispensados de sus labores y se encontraban con toda seguridad en el asentamiento de Dry Gulch[14], vertiendo rumores siniestros al oído de algún tabernero adormilado. En la cabaña del vigilante, no obstante, brillaba un pequeño cuadrado de luz amarilla, como un ojo guardián. Yo me pregunté vagamente cómo habría afectado al vigilante aquel sonido rítmico; pero Romero había acelerado el paso, así que lo seguí sin detenerme.

Al bajar por el inclinado pozo, el sonido de las profundidades adquirió decididamente un carácter más heterogéneo. Se me antojaba horriblemente parecido a una especie de ceremonia oriental, con tambores y cantos monocordes entonados por múltiples voces. He vivido mucho tiempo en la India, como el lector ya sabe. Romero y yo atravesamos diversas galerías horizontales y descendimos por varias escaleras de mano sin apenas vacilación alguna, avanzando siempre en dirección al objeto de nuestra atracción, pero invadidos en todo momento por un miedo y una reluctancia cargados de lastimosa impotencia. En un momento dado creí haber perdido el juicio cuando, al preguntarme cómo podía estar alumbrado nuestro avance en ausencia de farol o vela alguna, me di cuenta de que el antiguo anillo que llevaba en el dedo estaba resplandeciendo de un modo extraño e inquietante, irradiando un pálido brillo a través del aire húmedo y denso que nos rodeaba.

Fue sin previo aviso que Romero, tras descender con cuidado por una de las numerosas y toscas escaleras de mano, echó a correr y me dejó solo. Un nuevo matiz de desenfreno en el sonido de los cantos y tambores, apenas perceptible para mí, había afectado de un modo sorprendente al peón; y este, profiriendo un grito enloquecido, se lanzó a la carrera sin guía alguna por la oscura caverna. Lo oí chillar una y otra vez por delante de mí, mientras avanzaba dando torpes traspiés por las partes llanas y bajaba como un loco por las desvencijadas escaleras. Y, pese a lo asustado que me encontraba,

retuve suficiente capacidad de percepción como para notar que sus voces, en las ocasiones en que eran articuladas, no correspondían a ningún lenguaje que yo conociera. La mezcla habitual de mal español y peor inglés se había visto sustituida por ásperos pero impresionantes polisílabos, de los cuales sólo me resultaba mínimamente familiar un vocablo que repetía a menudo de forma estentórea; *«Huitzilopotchli»*[15]. Más tarde recordaría sin ninguna duda haber visto esa palabra en las obras de un gran historiador; y me estremecería al caer en la cuenta.

El punto culminante de aquella espantosa noche fue confuso pero bastante breve, y se inició en el misino momento en que llegué a la caverna final del recorrido. De la oscuridad que tenía justo ante mí brotó un último alarido del mexicano, al cual se sumó un coro de sonidos irreconocibles que jamás soportaría volver a escuchar. En aquel momento me pareció como si todos los horrores y monstruosidades ocultos de la tierra hubieran adquirido el don del habla en un intento de enloquecer a la raza humana. Al tiempo que aquello ocurría, la luz de mi anillo se apagó, y vi frente a mí un nuevo y trémulo resplandor procedente de un vacío que se abría a escasos metros de mis pies. Había llegado a la sima, la cual estaba brillando con una luz rojiza, y se había tragado de manera evidente al pobre Romero. Tras acercarme, me asomé al borde de aquel abismo de profundidad insondable, que era en aquel momento un fragoroso y horrendo pandemonio de llamas danzantes. Al principio no observé nada más que una masa de hirviente luminosidad; pero entonces unas figuras, todas ellas infinitamente lejanas, comenzaron a destacarse en la confusión, y vi… ¿era aquello Juan Romero?… *¡Dios santo!, ¡no me atrevo a decir lo que vi!*… Una fuerza del cielo, que vino en mi ayuda, hizo desaparecer aquellas visiones y sonidos en un estruendo semejante al de dos universos que chocaran en el espacio. Entonces sobrevino el caos, y conocí la paz del olvido.

Apenas sé cómo continuar, dado el carácter tan singular de las circunstancias involucradas; pero lo haré como mejor sepa, sin intentar diferenciar siquiera entre lo real y lo aparente. Cuando desperté, me encontraba a salvo en mi litera y la roja claridad del amanecer era visible en la ventana. El cuerpo sin vida de Juan Romero estaba tendido sobre una mesa a cierta distancia, y rodeado por un grupo de hombres, entre ellos el médico del campamento. Los hombres estaban discutiendo la extraña muerte del mexicano mientras dormía; una muerte aparentemente relacionada de algún modo con el terrible rayo que había golpeado y sacudido la montaña. No se apreciaba causa directa de la misma, y una autopsia no logró descubrir

ninguna razón por la que Romero no hubiera de estar vivo. Algunos fragmentos de conversación indicaban sin lugar a dudas que Romero y yo no habíamos salido del barracón en toda la noche, y que ninguno de los dos había estado despierto durante la espantosa tormenta que había azotado las montañas Cactus. Dicha tormenta, según decían algunos hombres que se habían aventurado a bajar al interior de la mina, había causado importantes derrumbes en las galerías, y cegado además por completo la profunda sima que tanta aprensión había generado el día anterior. Cuando le pregunté al vigilante qué sonidos había oído antes de la caída del fortísimo rayo, mencionó un coyote. un perro y el furioso viento de las montañas; nada más. Y yo no dudé de su palabra.

A la reanudación del trabajo, el superintendente Arthur escogió a unos cuantos hombres especialmente dignos de confianza para llevar a cabo algunas investigaciones en tomo al lugar donde había aparecido el abismo. Si bien la idea no les entusiasmaba precisamente, estos obedecieron, y se practicó una honda perforación en aquel punto. Los resultados fueron sumamente curiosos. El techo de la sima, tal como se veía cuando se encontraba abierta, no tenía en modo alguno un gran grosor, y sin embargo ahora las perforadoras de los investigadores se toparon con lo que parecía ser una extensión ilimitada de roca compacta. Al no encontrar ninguna otra cosa, ni siquiera oro, el superintendente renunció a sus pretensiones; pero a veces, cuando está pensando sentado ante su escritorio, su rostro esboza un gesto furtivo de perplejidad.

Hay otro hecho curioso. La mañana después de la tormenta, al poco de despertar, reparé en la inexplicable ausencia del anillo hindú de mi dedo. Le había tenido un gran aprecio, pero aun así experimenté una sensación de alivio por su desaparición. Si uno de mis compañeros mineros se apropió de él, debe de haber sido muy hábil a la hora de venderlo, pues a pesar de los anuncios de búsqueda y de un registro policial el anillo no volvió a aparecer jamás. En cierto modo, dudo que fuera robado por manos humanas, pues en la India se me revelaron muchas cosas extrañas.

Mi opinión de toda aquella experiencia varía según el momento. A plena luz del día, y en la mayoría de las estaciones, tiendo a pensar que la mayor parte de ella no fue más que un sueño; pero algunas veces durante el otoño, hacia las dos de la mañana cuando los vientos y los animales aúllan lúgubremente, se escucha un detestable rumor cadencioso que surge a inconcebible profundidad bajo tierra… y pienso que la transición de Juan Romero fue una ciertamente terrible.

La maldición que cayó sobre Sarnath[1]

A finales de 1919. tras haber asistido a una conferencia de Lord Dunsany. Lovecraft empezó a leer muchas de sus obras. Algunos críticos menosprecian este relato al considerarlo una imitación de las fantasías de Dunsany, no obstante lo cual, las creaciones de Lovecraft han cosechado mucha más atención que los originales de su precursor. Al igual que en «Polaris», Lovecraft creó aquí un colorido tapiz de dioses, tierras y pueblos que, con el tiempo, acabaría por integrar firmemente en sus detalladas «Tierras del Sueño».

Hay en la tierra de Mnar[2] un vasto y plácido lago en el cual no vierte sus aguas ningún arroyo y que en ningún arroyo desagua. Hace diez mil años se alzaba a orillas de él la grandiosa ciudad de Sarnath[3]. pero allí donde estaba ya no hay nada.

Se dice que en los años inmemoriales en que el mundo era joven, antes de que los hombres de Sarnath llegaran a la tierra de Mnar. había otra ciudad junto al lago: la pétrea ciudad gris de Ib[4], que era tan antigua como el propio lago y estaba habitada por seres nada agradables de contemplar. Sumamente extraños y horribles eran aquellos seres, como lo son en verdad casi todos los que pueblan un mundo aún rudimentario y a medio formar. Está escrito en los cilindros de arcilla de Kadatheron[5] que los seres de Ib eran de un color tan verde como el lago y como las nieblas que de él emanan; tenían ojos saltones, labios flácidos y protuberantes y curiosas orejas, pero carecían de voz. También está escrito que llegaron una noche desde la luna envueltos en una neblina; ellos, el vasto lago de aguas plácidas y la pétrea ciudad gris de Ib. Sea como fuere, es seguro que rendían culto a un ídolo de piedra verdemar esculpido a imagen y semejanza de Bokrug, el gran lagarto acuático, ante el cual bailaban de un modo horrible en las noches de luna gibosa. Y está escrito en los papiros de Ilamek[6] que un día descubrieron el fuego, y que a partir de entonces acompañaron con él muchas de sus ceremonias. Pero, con todo, no hay muchas crónicas que hablen de estos moradores, porque vivieron en

tiempos muy antiguos, y el hombre es joven y sabe poco de los seres del pasado más arcaico.

Al cabo de muchos eones los hombres llegaron a la tierra de Mnar; pastores de piel oscura con sus lanudos rebaños, que construyeron Thraa[7], Ilarnek y Kadatheron a orillas del serpenteante río Ai. Y ciertas tribus que eran más audaces que las demás siguieron adelante hasta llegar al borde del lago, y allí levantaron Sarnath en un punto en el cual se encontraron metales preciosos en la tierra.

Aquellas tribus nómadas pusieron las primeras piedras de Sarnath no muy lejos de la ciudad de Ib, y se maravillaron enormemente de los seres que en ella moraban. Pero en su asombro había mezclado odio, pues no les parecía correcto que seres con semejante aspecto caminaran por el mundo de los hombres al anochecer. Y tampoco les gustaban las extrañas esculturas que remataban los monolitos grises de Ib, ya que su inmensa antigüedad les resultaba sobrecogedora. Por qué aquellos seres y esculturas seguían existiendo después de tantísimo tiempo, llegando incluso a conocer la llegada del hombre, nadie lo sabe; a no ser que fuera porque la tierra de Mnar es muy tranquila, y se halla enormemente alejada de prácticamente todas las demás tierras de la vigilia y del sueño.

Cuanto más contemplaban los hombres de Sarnath a los seres de Ib, más crecía su odio, y no ayudaba a templar este último que aquellos seres les parecieran débiles, y blandos como la gelatina al contacto con sus piedras, lanzas y flechas. De modo que un día los guerreros jóvenes de Sarnath, sus honderos, lanceros y arqueros, marcharon en dirección a Ib y dieron muerte a todos los habitantes de la misma, tras lo cual tiraron sus extraños cuerpos al lago empujándolos con largas lanzas, pues no deseaban tocarlos con las manos desnudas. Y como los tallados monolitos grises de Ib les repugnaban, los arrojaron también a las aguas del lago, mientras se preguntaban, por el enorme trabajo que conllevó la tarea, cómo habían conseguido traer las piedras desde tan lejos, como sin duda había ocurrido, dado que no hay ninguna que se le parezca en toda la tierra de Mnar ni en las regiones vecinas.

Así pues, de la antiquísima ciudad de Ib no se dejó nada en pie excepto el ídolo de piedra verdemar esculpido a imagen y semejanza de Bokrug, el lagarto acuático, el cual se llevaron con ellos a Sarnath los jóvenes guerreros como un símbolo de su conquista sobre los antiguos dioses y los seres de Ib, y como un signo de su poderío en la tierra de Mnar. Pero la noche después de que el ídolo fuera instalado en el templo debió de ocurrir algo terrible, pues sobre las aguas del lago se vislumbraron unas misteriosas luces, y al llegar la

mañana las gentes de Sarnath descubrieron que el ídolo había desaparecido y que el sumo sacerdote Taran-Ish había sido encontrado muerto en el suelo, como fulminado por un miedo indescriptible. Y antes de morir, Taran-Ish había grabado sobre el altar de crisolita con trazos burdos y temblorosos el signo de la MALDICIÓN.

Después de Taran-Ish hubo muchos sumos sacerdotes en Sarnath, mas el ídolo de piedra verdemar no fue encontrado jamás. Y transcurrieron muchos siglos, durante los cuales Sarnath prosperó enormemente, de tal modo que sólo los sacerdotes y las ancianas recordaban lo que Taran-Ish había grabado sobre el altar de crisolita. Entre Sarnath y la ciudad de Ilamek surgió una ruta de caravanas, y los metales preciosos que se extraían de la tierra se intercambiaban por otros metales, telas exóticas, joyas, libros, útiles de artesanía y toda clase de lujos conocidos por las gentes que viven a lo largo del serpenteante río Ai y más allá. De esta forma, Sarnath creció en poder, saber y hermosura, y envió ejércitos a someter y conquistar las ciudades vecinas; y con el tiempo se sentaron en un trono levantado en Sarnath los reyes de toda la tierra de Mnar y de muchas otras regiones limítrofes.

Maravilla del mundo y orgullo de toda la humanidad era Sarnath la magnífica. De pulido mármol del desierto eran sus murallas, con trescientos codos de altura y setenta y cinco de grosor, de tal forma que los carros de guerra podían cruzarse cuando los hombres los conducían por su parte alta. Teman quinientos estadios[8] cumplidos de longitud, y estaban abiertas solamente por el lado que daba al lago, donde un malecón de piedra verdosa frenaba las extrañas olas que se levantaban cada año en el día en que se celebraba la destrucción de Ib. En Sarnath había cincuenta calles que se extendían desde el lago hasta las puertas de las caravanas, y otras cincuenta que se cruzaban con ellas. Estaban pavimentadas de ónice, salvo aquellas por las que pasaban los caballos, camellos y elefantes, que lo estaban de granito. Y las puertas de Sarnath eran tantas como extremos tenían las calles que se extendían tierra adentro, siendo cada una de ellas de bronce, y hallándose flanqueadas por figuras de leones y elefantes esculpidos en algún tipo de piedra cuyo origen los hombres habían olvidado ya. Las casas de Sarnath eran de ladrillo vidriado y calcedonia, cada una con su propio jardín tapiado y su estanque cristalino. Estaban construidas con extraño arte, pues ninguna otra ciudad tenía casas como aquellas; y los viajeros llegados de Thraa, Ilamek y Kadatheron se quedaban asombrados al ver las relucientes cúpulas que las coronaban.

Pero más asombrosos aún eran los palacios y los templos, y también los jardines que había construido el antiguo rey Zokkar. Había un sinfín de palacios, el más humilde de los cuales superaba en grandiosidad a cualquiera en Thraa, Ilamek o Kadatheron. Eran tan altos que a las personas en su interior les parecía encontrarse a veces a cielo abierto, mas cuando eran iluminados con antorchas empapadas en aceite de Dothur, sus paredes revelaban inmensos murales de reyes y ejércitos, de un esplendor a un tiempo inspirador y pasmoso para quien los contemplaba. Innumerables eran las columnas de los palacios, todas de mármol tintado, y talladas con motivos de incomparable belleza. Y en la mayor parte de los palacios los suelos eran mosaicos de berilo, lapislázuli, sardónice, carbunclo y otros materiales exquisitos, dispuestos de tal modo que el observador podía tener la impresión de estar caminando sobre alfombras de las más raras flores. Y había asimismo fuentes, que lanzaban agradables chorros de agua perfumada emplazados con ingenioso arte. Mas el palacio que eclipsaba a todos los demás era el de los reyes de Mnar y las tierras adyacentes. Sobre un par de leones de oro agazapados descansaba el trono, muchos escalones por encima del reluciente suelo; y había sido tallado a partir de un solo bloque de marfil, aunque no hay ningún hombre en el mundo que sepa de dónde podría haber venido un bloque tan colosal. En aquel palacio había también numerosas galerías, y muchos anfiteatros donde leones, hombres y elefantes luchaban unos con otros para entretenimiento de los reyes. A veces los anfiteatros se inundaban con agua transportada desde el lago en inmensos acueductos, y en tales ocasiones se representaban emocionantes batallas navales, o combates entre nadadores y mortíferas bestias marinas.

Altos y asombrosos eran los diecisiete templos con forma de torre de Sarnath, erigidos con una brillante piedra multicolor desconocida en cualquier otra parte. Mil codos de altura tenía el más grande de todos ellos, en el cual vivían los sumos sacerdotes con una magnificencia apenas inferior a la de los reyes. En su base había salas tan inmensas y espléndidas como las de los palacios, donde se congregaban multitudes que acudían a adorar a Zo-Kalar, Tamash y Lobon, los dioses más venerados de Sarnath, cuyos altares envueltos en incienso recordaban a los tronos de los monarcas. Y las imágenes de aquellas tres divinidades no eran como las de las demás, pues su aspecto era tan real que se podía jurar que eran los propios dioses en persona, dignos y barbados, los que permanecían sentados en los tronos de marfil. Y en lo alto de una escalera interminable de brillante circón estaba la cámara de la torre, desde la cual los sumos sacerdotes dominaban la ciudad, las llanuras y

el lago durante el día; y observaban la críptica luna y misteriosos planetas y estrellas, y sus reflejos en el lago, por la noche. Era allí donde se celebraba el viejo rito arcano de aborrecimiento a Bokrug, el lagarto acuático, y donde descansaba el altar de crisolita en el cual Taran-Ish había grabado con burdos trazos el signo de la MALDICIÓN.

Igualmente maravillosos eran los jardines construidos por el antiguo rey Zokkar. En el centro de Sarnath se hallaban, abarcando un gran espacio y rodeados por un muro de gran altura. Y se encontraban cubiertos por una imponente cúpula de cristal, a través de la cual brillaban el sol, la luna, las estrellas y los planetas cuando estaba despejado, y de la cual se suspendían fulgentes imágenes de los mismos cuerpos celestes cuando no lo estaba. En verano, los jardines se refrescaban con olorosas brisas creadas hábilmente por medio de abanicos, y en invierno se caldeaban con fogatas escondidas, de tal forma que en aquellos jardines siempre era primavera. Por ellos corrían pequeños riachuelos sobre lechos de bruñidos guijarros, que atravesaban verdes prados y parterres de muchos colores, y estaban cruzados por multitud de puentes. Muchas eran las cascadas a lo largo de su curso, y muchos también los estanques bordeados de lirios en que se vertían y ensanchaban. Por los riachuelos y estanques se deslizaban cisnes blancos, a la vez que el sonoro canto de diversas aves exóticas armonizaba con la melodía de las aguas. En ordenadas terrazas se levantaban las verdes riberas, adornadas aquí y allá con enramadas de plantas trepadoras y de hermosas y fragantes flores, así como con asientos y bancos de mármol y pórfido. Y había muchos pequeños santuarios y templetes donde uno podía descansar o rezar a dioses menores.

Cada año se celebraba en Sarnath el día de la destrucción de Ib, fiesta en la cual abundaba el vino, la música, el baile y la diversión. Se rendían entonces grandes tributos a los espíritus de los guerreros que habían aniquilado a aquellos extraños y antiguos seres, y la memoria de estos últimos y de sus dioses arcaicos era ridiculizada por danzantes y laudistas que portaban coronas de rosas procedentes de los jardines de Zokkar; y los reyes solían contemplar el lago desde sus palacios y maldecir los huesos de los muertos que yacían en su fondo. Al principio, a los sumos sacerdotes no les habían agradado estas celebraciones, ya que sus antecesores les habían transmitido extraños relatos de cómo había desaparecido el ídolo de piedra verdemar, y de cómo Taran-Ish había muerto de miedo tras dejar una advertencia. Y decían que en algunas ocasiones, desde su elevada torre, veían luces bajo las aguas del lago. Pero como pasaron muchos años sin que se

produjera ninguna calamidad, incluso los sacerdotes empezaron a reír, maldecir y sumarse a las orgías de los festejantes. De hecho, ¿no habían celebrado ellos mismos a menudo, en su alta torre, el viejo rito arcano de aborrecimiento a Bokrug, el lagarto acuático? Y mil años de riquezas y placeres vivió Sarnath, maravilla del mundo y orgullo de toda la humanidad.

Espléndida más allá de lo imaginable fue la conmemoración del milésimo aniversario de la destrucción de Ib. Había estado hablándose de ella durante una década en la tierra de Mnar, y al aproximarse la fecha llegaron a Samath, a lomos de caballos, camellos y elefantes, hombres de Thraa, Ilamek y Kadatheron, y de todas las ciudades de Mnar y las regiones de allende. En la noche señalada había levantados frente a las murallas de mármol pabellones de príncipes y tiendas de viajeros, y las canciones de los alegres festejadores resonaban por toda la costa del lago. En el interior de su salón de banquetes se hallaba recostado Nargis-Hei, el rey, ebrio de vino añejo de las cavas de la conquistada Pnath[9], y rodeado de nobles en pleno banquete y de esclavos presa de gran apuro. Se degustaron muchos manjares exóticos en aquel festín: pavos reales de las islas de Nariel en el océano Medio, cabritos de los lejanos alcores de Implan, talones de camellos del desierto Bnázico[10], frutos secos y especias de los bosques de Cydathria, y perlas de las playas de Mtal disueltas en vinagre de Thraa. De salsas había un número incalculable, preparadas por los cocineros más linos de toda la tierra de Mnar y ajustadas al paladar de cada uno de los invitados. Pero de entre todas las viandas las más apreciadas eran los grandes pescados del lago, cada uno de ellos de enorme tamaño y servido en una fuente de oro con incrustaciones de rubíes y diamantes.

Mientras el rey y sus nobles se daban un festín en el palacio, y admiraban el plato cumbre que los esperaba en sus fuentes de oro, otros hacían lo propio en otras partes de la ciudad. En la torre del gran templo los sacerdotes estaban de celebración, y en los pabellones al otro lado de las murallas se divertían los príncipes de tierras vecinas. Y fue el sumo sacerdote Gnai-Kah el primero en ver las sombras que descendieron de la luna gibosa al interior del lago, y también la abominable neblina verde que surgió de él para subir al encuentro de la luna y envolver en un velo siniestro las torres y cúpulas de la condenada Sarnath. A partir de ese momento los que se encontraban en las torres y al otro lado de las murallas observaron luces extrañas en el agua, y vieron que la roca gris llamada Akurion, que solía alzarse muy por encima de ella cerca de la orilla, se encontraba prácticamente sumergida. Y el miedo creció de manera vaga pero veloz, de tal modo que los príncipes de Ilamek y la lejana Rokol

desmontaron y recogieron sus tiendas y pabellones y partieron hacia el río Ai, aunque apenas supieran la razón de su partida.

Entonces, cerca de la medianoche, todas las puertas de bronce de Sarnath se abrieron de golpe y dejaron salir una muchedumbre enloquecida que oscureció la llanura, de tal suerte que todos los príncipes y viajeros llegados de otras tierras huyeron aterrados. Pues en las caras de aquella multitud se apreciaba una locura nacida de un horror insoportable, y en sus bocas había palabras tan terribles que ninguno de los que las oyeron se detuvieron a comprobar su veracidad. Hombres con ojos desorbitados por el miedo chillaban acerca de lo que habían visto en el salón del banquete del rey, donde a través de las ventanas ya no se distinguían las figuras de Nargis-Hei, sus nobles y sus esclavos, sino una horda indescriptible de mudos seres verdosos de ojos saltones, labios flácidos y protuberantes y curiosas orejas; seres que bailaban de un modo horrible, al tiempo que sostenían entre sus garras fuentes de oro con incrustaciones de rubíes y diamantes que contenían extrañas llamas. Y los príncipes y los viajeros, mientras huían de la condenada ciudad de Sarnath a lomos de caballos, camellos y elefantes, miraron una vez más el lago preñado de neblina y vieron que la roca gris llamada Akurion estaba sumergida del todo.

Por toda la tierra de Mnar y las regiones adyacentes se propagó la historia de quienes habían huido de Sarnath, y las caravanas dejaron de buscar aquella ciudad maldita y sus metales preciosos. Pasó mucho tiempo antes de que algún viajero fuera allí, e incluso entonces, sólo los intrépidos y valientes hijos de la distante Falona se atrevieron a hacer el viaje; jóvenes aventureros de cabellos rubios y ojos azules, que no están emparentados en modo alguno con los hombres de Mnar. Aquellos hombres viajaron hasta el lago para ver Sarnath, en efecto; pero, si bien encontraron el vasto y plácido lago en sí, y la roca gris llamada Akurion que se alza muy por encima de él cerca de la orilla, no vieron la ciudad maravilla del mundo y orgullo de toda la humanidad. Donde antaño se habían elevado murallas de trescientos codos[11] y torres aún más altas, ahora lo único que se extendía allí era la pantanosa costa, y, donde en su día habían vivido cincuenta millones de personas, ahora sólo se arrastraba allí el verde y detestable lagarto acuático. Incluso las minas de metales preciosos habían desaparecido, pues la MALDICIÓN había caído sobre Sarnath.

No obstante, se descubrió semienterrado entre los juncos un curioso ídolo de piedra verdemar; un ídolo extremadamente antiguo cubierto de algas y esculpido a imagen y semejanza de Bokrug, el gran lagarto acuático. Aquel

ídolo fue instalado en el templo mayor de Ilarnek, y adorado a partir de aquel día en las noches de luna gibosa por toda la tierra de Mnar.

El Viejo Terrible[1]

Esta historia de H. P. L. —la primera ambientada de forma explícita en Nueva Inglaterra, en la localidad ficticia de Kingsport— combina ciertos elementos dunsanianos (por ejemplo, un robo que no sale como se esperaba) con algunas pinceladas de magia y mitología. Aunque es el más corto de los relatos importantes de Lovecraft, la figura del Viejo Terrible tiene mucha fuerza y vuelve a aparecer en obras posteriores. El relato expresa también de manera poco sutil el retorcido deseo de Lovecraft de que se produzca una limpieza étnica en Nueva Inglaterra.

Angelo Ricci, Joe Czanek y Manuel Silva[2] tenían planeado hacerle una visita al Viejo Terrible. Este anciano vive completamente solo en una casa muy antigua de Water Street, cerca del mar[3], y según se dice es extremadamente rico y decrépito, lo cual constituye una situación sumamente atractiva para quienes ejercen la profesión de los Sres. Ricci, Czanek y Silva; pues dicha profesión no era otra menos digna que el robo.

Los habitantes de Kingsport[4] dicen y piensan muchas cosas del Viejo Terrible que por lo general lo mantienen a salvo de las atenciones de caballeros como el Sr. Ricci y sus colegas, a pesar del hecho prácticamente seguro de que esconde una fortuna de magnitud indeterminada en algún rincón de su vetusto y poco ventilado domicilio. Se trata, en verdad, de una persona muy extraña, de la cual se cree que fue en su día capitán de clíperes[5] en la Compañía de las Indias Orientales; tan vieja que nadie recuerda cuándo fue joven, y tan taciturna que pocos conocen su verdadero nombre. Entre los retorcidos árboles del jardín delantero de su añosa y destartalada casa mantiene una curiosa colección de piedras de gran tamaño, agrupadas y pintadas de una forma rara que hace que parezcan ídolos de algún templo perdido del Oriente. Esta colección ahuyenta a la mayoría de los jovenzuelos que disfrutan burlándose del Viejo Terrible a cuenta de su larga y blanca cabellera y barba, o rompiendo las ventanas de pequeños cuarterones de su vivienda con proyectiles malintencionados; pero hay otras cosas que asustan a

la gente curiosa de más edad que en ocasiones se acerca sigilosamente a la casa para fisgonear a través de los polvorientos cristales. Estas personas cuentan que en una mesa de un cuarto apenas amueblado de la planta baja hay una gran cantidad de botellas extrañas, con un trocito de plomo suspendido de un cordel a la manera de un péndulo dentro de cada una. Y aseguran que el Viejo Terrible habla a estas botellas, dirigiéndose a ellas por nombres tales como Jack, Cara Cortada, Tom *el Largo*, Joe *el Español*, Peters y oficial Ellis, y que cada vez que le dice algo a una botella, el pequeño péndulo de plomo de su interior oscila claramente de un modo concreto como en respuesta a las palabras del anciano. Aquellos que han sido testigos de estas peculiares conversaciones del alto y enjuto Viejo Terrible nunca vuelven a espiarlo. Pero Angelo Ricci, Joe Czanek y Manuel Silva no eran vecinos de Kingsport de pura cepa; pertenecían a esa nueva y heterogénea casta extranjera que habita en los márgenes del selecto círculo de la vida y las tradiciones de Nueva Inglaterra[6], y veían al Viejo Terrible simplemente como un anciano torpe y prácticamente indefenso, que no podía andar sin ayuda de su nudoso bastón, y cuyas frágiles manos temblaban lastimosamente. En realidad sentían mucha pena a su manera por aquel viejo solitario y sin amigos al que todo el mundo evitaba y al cual todos los perros ladraban de un modo especial. Pero los negocios son los negocios, y, para un ladrón que siente devoción por su oficio, es difícil resistirse a la estimulante oportunidad que representa un hombre sumamente viejo y desvalido que no tiene cuenta alguna en el banco y que, cuando va a la tienda del pueblo a comprar lo poco que necesita para vivir, paga con monedas españolas de oro y plata acuñadas dos siglos atrás.



La «Guarida del Pirata» (nº 116 de Front Street, Marblehead, Massachusetts). en 2017. Philip A. Shreffler sugiere en su libro *The H. P. Lovecraft Companion* que este edificio fue el que inspiró la casa de «El Viejo Terrible» Sin embargo. Lovecraft no conocía bien Marblehead en el momento de escribir el relato.

Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.

Los Sres, Ricci, Czanek y Silva eligieron la noche del 11 de abril para hacer su visita. El Sr. Ricci y el Sr. Silva irían a ver al pobre y venerable anciano, en tanto el Sr. Czanek esperaba a que salieran con su supuesto cargamento metálico dentro de un coche cubierto en Ship Street, junto a la puerta de la alta tapia trasera del jardín de su anfitrión. El deseo de evitar explicaciones innecesarias en caso de una súbita intromisión policial fue lo que hizo que planearan abandonar el lugar de aquel modo silencioso y discreto.

Tal como habían acordado, los tres oportunistas fueron a la casa por separado con el fin de evitar cualquier sospecha maliciosa posterior. Los Sres. Ricci y Silva se reunieron en Water Street junto a la puerta principal del anciano, y, aunque no les gustaba la forma en que la luz de la luna[7] iluminaba las piedras pintadas al pasar entre las ramas sarmentosas de los nudosos y retorcidos árboles, tenían cosas más importantes en las que pensar que en simples supersticiones sin fundamento. Temían que la tarea de soltarle la lengua al Viejo Terrible respecto a dónde escondía el oro y la plata pudiera resultar desagradable, pues los lobos de mar son notablemente tercos y contumaces. Aun así, era un hombre muy mayor y frágil, y había dos visitantes. Los Sres. Ricci y Silva tenían mucha experiencia en el arte de hacer hablar a personas reticentes, y los gritos de un anciano desvalido y excepcionalmente mayor son fáciles de amortiguar. Así que se acercaron a la única ventana iluminada y oyeron al Viejo Terrible hablando como un niño con sus botellas y péndulos. Después se pusieron unos antifaces y llamaron educadamente a la despintada puerta de roble.

La espera se le hizo muy larga al Sr. Czanek mientras se revolvía inquieto en el interior del coche cubierto que aguardaba junto a la puerta trasera del Viejo Terrible en Ship Street. Era un hombre especialmente blando de corazón, y no le habían gustado los horribles gritos que había oído salir de la vieja casa justo después de la hora fijada para el golpe. ¿Acaso no les había dicho a sus colegas que trataran al pobre capitán con la mayor delicadeza posible? Observaba aquella estrecha puerta de roble en mitad de la alta tapia cubierta de hiedra con gran nerviosismo. Miraba el reloj a menudo, y se extrañaba por el retraso. ¿Había muerto el viejo antes de revelar dónde escondía su tesoro, haciendo necesaria una búsqueda a fondo? Al Sr. Czanek no le hacía gracia estar esperando tanto tiempo a oscuras en un lugar como aquel. Entonces sintió unos pasos o golpecitos quedos en el caminito al otro lado de la puerta, oyó a alguien descorrer torpe pero suavemente el oxidado

pestillo y vio abrirse hacia dentro la pesada y estrecha hoja de madera. Y a la pálida y tenue luz de la única farola que había en la calle, el Sr. Czanek trató de vislumbrar qué habían sacado sus colegas de aquella casa siniestra que se alzaba con aire amenazador tan sólo unos metros más atrás. Al mirar, sin embargo, no vio lo que había esperado ver: pues no eran en absoluto sus colegas quienes estaban allí, sino sólo el Viejo Terrible, silenciosamente apoyado en su nudoso bastón y sonriendo de una forma espantosa. El Sr. Czanek nunca se había fijado en el color de los ojos de aquel hombre; vio entonces que eran amarillos[8].

En los pueblos se genera un revuelo considerable por cosas de escasa importancia; de ahí que la gente de Kingsport hablara durante toda la primavera y el verano de aquel año de los tres cuerpos imposibles de identificar, rajados de manera atroz como por multitud de alfanjes, y horriblemente desfigurados como por taconazos de muchas botas crueles, que la marea trajo hasta la costa. Y algunas personas comentaron incluso cosas tan triviales como el coche que había aparecido abandonado en Ship Street, o ciertos gritos especialmente inhumanos, probablemente de algún animal perdido o ave migratoria, oídos esa noche por los vecinos que se encontraban despiertos. No obstante, al Viejo Terrible no le interesaban en lo más mínimo aquellos chismorreos pueblerinos. Era un hombre reservado por naturaleza, y cuando uno es viejo y frágil se vuelve doblemente reservado. Además, un capitán de navío tan mayor tiene que haber sido testigo de montones de cosas mucho más perturbadoras en los lejanos días de su olvidada juventud[9].

Los gatos de Ulthar[1]

En este relato dunsaniano que habla de la justicia divina (uno de los favoritos de Lovecraft dentro de su producción), el autor transmite parte de su propio amor por los gatos, tejiendo además una historia ambientada en lo que más tarde sería parte de su decorado imaginario, el mundo circunvecino de las Tierras del Sueño, con personajes que volverían a aparecer posteriormente en otras narraciones. Algunos han tratado de incluir esta historia en los llamados «Mitos de Cthulhu», pero los dioses que salen aquí parecen estar emparentados sólo de forma muy lejana con las terribles figuras que uno encuentra en relatos como «La llamada de Cthulhu» y «El morador de las tinieblas».

Se dice que en Ulthar[2], que se encuentra más allá del río Skai, está prohibido matar a los gatos; y ello no me resulta extraño, en verdad, cuando observo al que ronronea sentado frente al fuego de mi chimenea, pues el gato es un ser enigmático, y cercano a cosas extrañas que son invisibles para el hombre. Es el alma del antiguo Ægyptus[3], y portador de historias de ciudades perdidas en Meroë[4] y Ofir[5]. Pertenece al linaje de los reyes de la selva, y es heredero de los secretos de la siniestra y milenaria Africa. Es primo de la Esfinge, y habla su lenguaje; pero tiene más años que ella, y recuerda cosas que esta ha olvidado.

Antes de que sus habitantes prohibieran que se pudiera matar a ningún gato, en Ulthar vivían un viejo campesino[6] y su mujer que se deleitaban atrapando y eliminando a los gatos de sus vecinos. Desconozco por qué lo hacían; de no ser porque muchos detestan oír maullar a los gatos por la noche, y se resienten de que estos correteen sigilosamente por sus patios y jardines al ponerse el sol. No obstante, sea cual fuere el motivo, aquel viejo y su mujer disfrutaban cazando y matando a todos los gatos que se acercaban a su casucha; y, por algunos de los ruidos que se oían al caer la noche, muchos lugareños tenían la impresión de que lo hacían de un modo extremadamente peculiar. Estos, sin embargo, no hablaban de esas cosas con el viejo y su esposa, tanto por la expresión que los dos solían llevar en sus rostros ajados

como por lo tenebrosamente escondida que estaba su casita bajo unos robles de enormes copas situados al fondo de un descuidado jardín. En realidad, por mucho que los poseedores de gatos odiaran a aquellos extraños vecinos, el miedo que les tenían era aún mayor que su inquina, y en vez de recriminarles su brutal comportamiento asesino, se limitaban a procurar que ninguna de sus queridas mascotas o ratoneros se alejara en dirección a la apartada casucha que se levantaba bajo aquellos árboles sombríos. Cuando por culpa de un inevitable descuido se echaba en falta a algún gato, y se oían ciertos ruidos después del anochecer, el dueño afectado se lamentaba con impotencia, o bien se consolaba dando gracias al Destino por que no hubiera sido uno de sus hijos el así desaparecido; pues los habitantes de Ulthar eran gente sencilla, y no sabían de dónde habían venido todos los gatos en un principio.

Un día llegó a las estrechas calles adoquinadas de Ulthar una caravana de extraños nómadas procedentes del sur. Tenían la piel oscura[7], y no se parecían a los demás viajeros errantes que pasaban por el pueblo dos veces al año. En el mercado leían la buenaventura a la gente a cambio de algunas monedas, y compraban alegres abalorios a los comerciantes. Nadie sabía de qué tierra procedían aquellos nómadas; pero se vio que eran dados a pronunciar misteriosas oraciones, y que tenían pintados en los costados de sus carromatos extrañas figuras con cuerpos humanos y cabezas de gato, halcón, camero o león. Y el líder de la caravana llevaba puesto un tocado con dos cuernos y un curioso disco entre ellos.

Había en esta singular caravana un niño que no tenía padre ni madre, sino sólo un pequeño gatito negro al que profesar cariño. La peste había sido cruel con él. pero le había dejado aquel peludo animalito para mitigar su pena; y, cuando uno es muy joven, puede hallar un gran alivio en las animadas travesuras de un gatito negro. De modo que el muchachito, al cual sus congéneres de piel oscura llamaban Menes, sonreía más a menudo de lo que lloraba cuando se sentaba a jugar con su gracioso gatito en la escalerilla de un carromato pintado de forma rara.

A la tercera mañana de la estancia de los nómadas en Ulthar, Menes no consiguió encontrar a su gatito por ninguna parte; y mientras sollozaba sonoramente en el mercado, ciertos lugareños le hablaron del viejo y su esposa. y de los ruidos que se oían por la noche. Al escuchar aquellas cosas, sus sollozos se vieron sustituidos por la reflexión, y finalmente por la plegaria. El niño extendió los brazos hacia el sol y oró en una lengua que ningún lugareño fue capaz de entender; aunque, naturalmente, estos tampoco pusieron mucho esfuerzo en su intento de entenderla, dado que su atención

estaba centrada principalmente en el cielo y en las singulares formas que las nubes estaban adoptando. Resultó algo muy extraño, mas cuando el jovencito pronunció su súplica parecieron formarse en lo alto vagas y nebulosas figuras de seres exóticos; de animales híbridos cuyas testas portaban discos flanqueados por cuernos a modo de coronas. La naturaleza abunda en ilusiones parecidas, capaces de impresionar a los fantasiosos.

Esa noche los nómadas se marcharon de Ulthar, y nadie volvió a verlos jamás. Y los vecinos se inquietaron al darse cuenta de que era imposible encontrar a ningún gato en todo el pueblo. En cada hogar había desaparecido el gato que tan bien conocían; gatos grandes y pequeños, negros, grises, a rayas, amarillos y blancos. El viejo Kranon, el burgomaestre, dijo convencido que los nómadas de piel oscura se habían llevado a los felinos en venganza por la muerte del gatito de Menes. y maldijo a la caravana y al niño. Pero Nith, el delgado escribano, afirmó que el viejo campesino y su esposa eran sospechosos más probables, dado que su odio hacia los gatos era bien conocido y cada vez más osado. Aun así. nadie se atrevió a ir a quejarse a la siniestra pareja; ni siquiera cuando el pequeño Atal, el hijo del posadero[8], juró haber visto al anochecer a todos los gatos de Ulthar en aquel detestable jardín bajo los árboles, dando vueltas alrededor de la casita con paso lento y solemne, y de dos en dos, como si estuvieran llevando a cabo algún insólito rito animal. Los lugareños no sabían hasta qué punto podían creer a un muchacho tan joven; y aunque temían que la maligna pareja hubiera atraído a los galos por medio de algún embrujo con intención de malarios, prefirieron no llamar a capítulo al viejo campesino hasta que lo encontraran fuera de su oscuro y repulsivo jardín.

Así pues, Ulthar se fue a dormir llena de una ira estéril; y cuando la gente despertó al alba… ¡hete aquí que todos los gatos habían regresado a su hogar habitual! Grandes y pequeños, negros, grises, a rayas, amarillos y blancos, no faltaba ninguno. Los felinos presentaban un aspecto muy rollizo y lustroso, y ronroneaban con sonora satisfacción. Los ciudadanos comentaron el suceso unos con otros, con no poco asombro. El viejo Kranon insistió de nuevo en que habían sido los nómadas de piel oscura quienes se los habían llevado, dado que los gatos no regresaban vivos de la casita del viejo campesino y su mujer. Aun así, hubo algo en lo que todos coincidieron: que era extremadamente curioso que ninguno de los animales hubiera querido comerse su ración de carne o beberse su platillo de leche. Y durante dos días enteros los lustrosos gatos de Ulthar no tocaron su comida, limitándose

únicamente a dormitar de manera perezosa junto al fuego de la chimenea, o bien al sol.

Pasó una semana entera antes de que los lugareños se percataran de que no se veía ninguna luz en las ventanas de la casita bajo los árboles al anochecer. Entonces el flaco Nith señaló que nadie había visto al viejo campesino ni a su esposa desde la noche en que los gatos habían desaparecido. Al cabo de otra semana, el burgomaestre, considerando que era parte de su deber, decidió enfrentarse a sus miedos y hacer una visita a la extrañamente silenciosa vivienda, aunque tuvo el cuidado de llevar consigo a Shang el herrero y Thul el cantero como testigos. Y cuando echaron abajo la frágil puerta de la casita lo único que encontraron fue esto: los restos de dos cuerpos humanos tendidos en el suelo de tierra —de los cuales sólo habían dejado los huesos— y una cierta cantidad de extraños escarabajos andando por los oscuros rincones del lugar.

Después de aquello se produjeron muchas conversaciones entre los habitantes de Ulthar. Zath, el pesquisidor[10‡], discutió largamente con Nith, el delgado escribano, y Kranon, Shang y Thul recibieron una avalancha de preguntas. Incluso el pequeño Atal, el hijo del posadero, fue interrogado a fondo, tras lo cual recibió un dulce a modo de compensación. Hablaron del viejo campesino y su mujer; de la caravana de nómadas de piel oscura; del pequeño Menes y su gatito negro; de la plegaria de Menes y del aspecto del cielo durante dicha plegaria; de lo que los gatos estaban haciendo la noche en que la caravana se fue. y de lo que se descubrió dos semanas después en la casita bajo los tenebrosos árboles del repulsivo jardín.

Y al final los vecinos del pueblo aprobaron esa ley singular de la que hablan los comerciantes en Hatheg y sobre la cual los viajeros intercambian opiniones en Nir[9]: concretamente, que en Ulthar está prohibido matar a los gatos[10].

Hechos relativos al difunto Arthur Jermyn y su familia[1]

Un tema habitual de la narrativa de Lovecraft es el peso inexorable de la herencia y de los pecados ancestrales en la generación actual. Lovecraft temía ciertamente ser portador de la locura de sus propios padres (ambos murieron, como se recordará, en el mismo manicomio), y se sintió impelido a escribir una y otra vez sobre la carga abrumadora del pasado en relatos como «Las ratas de las paredes» y El caso de Charles Dexter Ward. *En la presente historia, combina dicho tema con otro que hallaría una expresión magistral en «La llamada de Cthulhu»: ¡a veces es mejor permanecer en la ignorancia!*

I.

LA VIDA ES una cosa espantosa, y de las sombras que subyacen tras lo que conocemos de ella emergen demoníacos atisbos de la realidad que la vuelven en ocasiones mil veces más horrenda. Es posible que la ciencia, cuyas espeluznantes revelaciones resultan ya angustiosas[2], sea la causante última del exterminio de nuestra especie —si es que realmente constituimos una especie distinta a las demás—, pues no habría mente humana capaz de soportar los insospechados horrores que aquella tiene reservados para nosotros en caso de que los expusiera al mundo en su totalidad[3]. Si supiéramos lo que somos, haríamos lo mismo que hizo *sir* Arthur Jermyn una noche: rociarse de queroseno y prender fuego a su ropa. Nadie guardó sus restos carbonizados en una urna ni levantó monumento alguno en su memoria, ya que se encontraron ciertos papeles, y una cierta *cosa* dentro de una caja, que hicieron que la gente quisiera olvidarlo todo. Algunos de los que conocieron a Arthur Jermyn se niegan a reconocer que haya existido jamás.

Jermyn salió al páramo y se prendió fuego tras ver esa *cosa* que había llegado de Africa dentro de una caja. Fue dicha *cosa*, y no su peculiar aspecto personal, lo que le hizo poner fin a su vida. Muchos habrían detestado vivir en caso de haber poseído los particulares rasgos de Arthur Jermyn, pero este había sido poeta y un erudito, de modo que no le había dado importancia a

aquello. Llevaba el estudio en la sangre, puesto que su bisabuelo, el baronet *sir* Robert Jermyn. había sido un eminente antropólogo[4], mientras que su trastatarabuelo[11‡] *sir* Wade Jermyn, uno de los primeros exploradores de la región del Congo[5], había escrito con gran erudición acerca de sus tribus, animales y supuestas antigüedades. De hecho, el viejo *sir* Wade había poseído una pasión por el estudio que rayaba prácticamente en la obsesión, de tal forma que sus chocantes conjeturas respecto a la existencia de una civilización prehistórica de hombres blancos en el Congo le habían hecho ser objeto de numerosas burlas al publicarse su libro *Observaciones en las diversas partes del Africa*[6]. En 1765 este intrépido explorador había sido intentado en un asilo para dementes de Huntingdon[7].

En todos los Jermyn anidaba la locura, y la gente se alegraba de que no hubiera muchos de ellos[8]. El tronco familiar no había echado ramas, y Arthur era su último representante. De no haberlo sido, quién sabe qué habría hecho cuando llegó esa *cosa*. Los Jermyn nunca tuvieron un aspecto del todo normal: había algo raro en ellos; no obstante lo cual, era en Arthur en quien dicha impresión era más acusada, y los viejos retratos familiares en la mansión Jermyn mostraban rostros bastante apuestos antes de ios tiempos de *sir* Wade. No hay duda de que la locura empezó con el explorador, cuyas delirantes historias acerca de África deleitaban y aterrorizaban a un tiempo a su reducido número de amistades. Se percibía en su colección de trofeos y especímenes, que no eran del tipo que una persona normal habría reunido y conservado, y se manifestaba de forma llamativa en el aislamiento serrallesco en que mantenía a su esposa. Esta última, según había explicado él, era hija de un comerciante portugués que había conocido en Africa, y no veía con agrado las costumbres inglesas. La mujer lo había acompañado en su regreso a Inglaterra —junto con el bebé de ambos, que había nacido en Africa— tras el segundo y más largo de sus viajes, y se había ido también con él en el tercero y último, del cual nunca volvió. Nadie había llegado a verla nunca de cerca, ni siquiera los criados, pues había tenido un temperamento violento y singular. Durante su breve estancia en la mansión Jermyn, había ocupado un ala apartada de la casa, y sido atendida únicamente por su esposo. *Sir* Wade, de hecho, había sido extremadamente peculiar en las atenciones que dedicaba a su familia, ya que, cuando regresó a Africa, solamente permitió que cuidara a su joven hijo una repulsiva mujer negra de Guinea. Al volver de allí, tras la muerte de *lady* Jermyn, él mismo asumió personalmente el cuidado del niño, sin ayuda de nadie.

Con todo, era lo que *sir* Wade contaba, especialmente cuando se hallaba ebrio, lo que llevó principalmente a que sus amigos acabaran por pensar que se había vuelto loco. En una era racional como el siglo XVIII, resultaba poco aconsejable que un hombre hablara de cosas disparatadas y escenas insólitas contempladas en el Congo a la luz de la luna; de los gigantescos muros y pilares de una ciudad olvidada, cubiertos de enredaderas y en proceso de desmoronamiento, y de escaleras de piedra húmedas y silenciosas que se hunden interminablemente en la oscuridad de cámaras del tesoro abisales y catacumbas inconcebibles. Y era especialmente desaconsejable desvariar acerca de los seres que acaso podían rondar por un lugar como aquel; de criaturas que eran hijas por igual de la selva y de aquella ciudad impíamente arcaica —criaturas fabulosas que incluso un Plinio[9] podría describir con escepticismo—; cosas que podrían haber surgido después de que los grandes simios hubieran invadido la ciudad moribunda de los muros y los pilares, las cámaras subterráneas y las tallas inquietantes. Mas después de haber regresado a casa por última vez. *sir* Wade solía hablar de aquellas cosas con un entusiasmo estremecedoramente anormal, sobre todo tras tomarse la tercera copa en La Cabeza del Caballero[10]: jactándose de lo que había descubierto en la selva y de cómo había morado entre unas ruinas terroríficas que nadie más conocía. Y había terminado hablando de los seres de la ciudad de un modo que hizo que se lo llevaran al manicomio. Cuando lo encerraron en aquella habitación de ventanas enrejadas de Huntingdon. apenas había parecido lamentar su situación, pues su mente divagaba de forma curiosa. Desde que su hijo había empezado a dejar atrás sus primeros años de infancia, *sir* Wade había ido desarrollando poco a poco un creciente desagrado por su hogar, hasta que había terminado por tenerle un aparente pavor. La Cabeza del Caballero se había convertido en su segunda casa, y cuando lo internaron, expresó una vaga gratitud, como si de este modo le estuvieran protegiendo. Tres años más tarde falleció.

El hijo de Wade Jermyn, Philip, era una persona tremendamente peculiar. A pesar del enorme parecido físico con su padre, su aspecto y su conducta eran tan toscos, en muchos aspectos, que todo el mundo lo evitaba sin excepción. Si bien no heredó la locura que algunos temían, era profundamente estúpido, así como propenso a breves arrebatos de violencia incontrolable. Era menudo de cuerpo, pero extremadamente fuerte, y poseía una agilidad increíble. Doce años después de haber heredado el título familiar se casó con la hija de su guardabosques, una persona de extracción gitana según dicen; pero antes de que naciera su único vástago, Philip se alistó en la armada como

marinero raso, hecho que colmó el rechazo generalizado hacia él que sus hábitos y su mal casamiento habían iniciado. Al término de la guerra en Norteamérica[11], se oyó hablar de que se había enrolado en un buque mercante dedicado al comercio de esclavos africanos, y de que tenía cierta fama de forzudo y escalador prodigioso; no obstante, acabó desapareciendo una noche cuando su barco se encontraba frente a las costas del Congo.

En el hijo de *sir* Philip Jermyn la ya reconocida peculiaridad familiar dio un giro extraño y fatídico. Roben Jermyn, quien era alto y bastante apuesto, y poseía algo así como una misteriosa gracia oriental a pesar de ciertas desproporciones físicas de carácter leve, empezó en la vida como investigador. Fue el primero en estudiar de una manera científica la ingente colección de reliquias que su desequilibrado abuelo había traído de Africa, y en hacer tan célebre el apellido familiar en el mundo de la etnología como ya lo era en el de la exploración. En 1815 *sir* Robert contrajo matrimonio con una hija del séptimo vizconde de Brightholme, y posteriormente fue bendecido con tres hijos, de los cuales el mayor y el menor nunca fueron vistos en público a causa de ciertas anomalías físicas y mentales. Entristecido por estas desgracias familiares, el científico buscó alivio en el trabajo, y emprendió dos largas expediciones al corazón de Africa. En 1849, su segundo hijo Nevil, una persona especialmente repulsiva que parecía aunar la hosquedad de Philip Jermyn con la altivez de los Brightholme, se fue de casa con una vulgar bailarina; una acción que, no obstante, se le perdonó cuando regresó a la mansión Jermyn al año siguiente. Lo hizo viudo y con un hijo recién nacido, Alfred, quien habría de ser en su día el padre de Arthur Jermyn.

Según los amigos de *sir* Robert Jermyn, fue esta serie de tribulaciones lo que trastornó su mente, aunque es probable que la causa del desastre fueran simplemente unas muestras de folclore africano. El anciano estudioso había estado recopilando leyendas de las tribus onga[12] próximas a la zona en que su abuelo y él habían llevado a cabo sus exploraciones, esperando hallar algún tipo de explicación para las delirantes historias que hablaban de una ciudad perdida habitada por unos misteriosos seres híbridos. Ciertos elementos comunes en los insólitos papeles de su perturbado ancestro apuntaban a que la imaginación de este podía haberse visto excitada por algunos mitos nativos. El 19 de octubre de 1852. el explorador Samuel Seaton[13] visitó la mansión Jermyn con un cuaderno de notas que había recopilado entre los onga. creyendo que ciertas leyendas acerca de una ciudad gris de simios blancos gobernada por un dios pálido podían resultarle útiles al etnólogo. Es probable que durante la conversación aportara muchos más detalles, cuya naturaleza

nunca se conocerá al desencadenarse de repente una espantosa serie de tragedias. Cuando *sir* Robert Jermyn salió de su biblioteca, lo hizo dejando tras de sí el cadáver estrangulado del explorador, y. antes de que pudieran contenerlo, logró acabar con la vida de sus tres hijos: los dos que nadie había visto y aquel que se había escapado de casa. Nevil Jermyn murió defendiendo con éxito a su propio hijo de dos años, a quien el anciano había incluido al parecer en su enloquecido plan homicida. El propio *sir* Robert. tras varios intentos reiterados de suicidio y un obstinado rechazo a articular palabra alguna, murió de apoplejía durante su segundo año de confinamiento.

Sir Alfred Jermyn se convirtió en baronet antes de haber cumplido cuatro años, pero sus gustos nunca estuvieron a la altura de su título. A los veinte se unió a un grupo de artistas de *music-hall,* y a los treinta y seis abandonó a su esposa e hijo para irse con un circo ambulante estadounidense**[14]**. Su muerte fue sumamente repulsiva. Entre los animales presentes en la exhibición con la que viajaba había un macho de gorila enorme de un color más claro de lo habitual; una bestia sorprendentemente dócil que gozaba de mucho aprecio entre la *troupe.* Alfred Jermyn sentía una especial fascinación por aquel gorila, y los dos solían observarse a menudo el uno al otro durante largos ratos a través de los barrotes que los separaban. Al final Jermyn pidió y obtuvo permiso para adiestrar al animal, asombrando tanto al público como a sus compañeros del circo con su éxito. Una mañana en Chicago, mientras el gorila y Alfred Jermyn estaban ensayando un número de boxeo extraordinariamente hábil, el primero asestó un golpe más fucile de la habitual que hirió tanto el cuerpo como la dignidad del domador aficionado**[15]**. De lo que sucedió a continuación, los integrantes de «El mayor espectáculo del mundo»**[16]** prefieren no hablar. No esperaban oír a *sir* Alfred Jermyn emitir un estridente grito inhumano, ni tampoco verlo agarrar a su torpe oponente con ambas manos, lanzarlo al suelo de la jaula y tratar de morder su peluda garganta como un endemoniado. Aquello cogió desprevenido al gorila, pero no por mucho tiempo, y, antes de que el domador titular pudiese hacer nada, el cuerpo que en su día había pertenecido a un baronet era ya irreconocible.



Cartel del circo Barnum & Bailey (1900).

II.

ARTHUR JERMYN ERA hijo de *sir* Alfred Jermyn y una cantante de *music-hall* de origen desconocido. Cuando el esposo y padre abandonó a su familia, la madre se llevó al niño a la mansión Jermyn. donde no quedaba ya nadie que pudiera poner objeciones a su presencia. La mujer tenía cierta idea de en qué debía consistir la dignidad de un noble, de modo que se aseguró de que su hijo recibiera la mejor educación que unos recursos limitados podían proporcionar. La fortuna familiar era ahora tristemente escasa, y la mansión Jermyn había caído en un lamentable estado de deterioro, pero el joven Arthur adoraba el viejo edificio y cuanto en él había. Era diferente a todos los Jermyn que le habían precedido. pues Arthur era un poeta y un soñador. Algunas de las familias vecinas que habían oído historias acerca de la invisible mujer portuguesa del viejo *sir* Wade Jermyn comentaron que la sangre latina de esta debía de estar manifestándose; pero la mayoría de la gente se limitó a burlarse de la sensibilidad del muchacho hacia la belleza, atribuyéndosela a su madre artista, quien carecía de reconocimiento social. La delicadeza poética de

Arthur Jermyn resultaba más curiosa si cabe debido a la extrañeza de su aspecto. La mayoría de los Jermyn habían poseído una apariencia ligeramente rara y repelente, pero el caso de Arthur llamaba realmente la atención. Es difícil decir a qué recordaba exactamente su figura, pero su expresión, su ángulo facial y la longitud de sus brazos hacían estremecerse de repulsión a todo el que lo veía por primera vez.

Era el intelecto y la personalidad de Arthur Jermyn lo que compensaba su aspecto. Culto y talentoso, se graduó con los más altos honores en Oxford, y todo parecía apuntar a que redimiría la fama intelectual que arrastraba su familia. Si bien su forma de ser 1c hacía inclinarse más por la poesía que por la ciencia, tenía intención de continuar el trabajo de sus antepasados en el campo de la etnología y las antigüedades africanas, aprovechando la verdaderamente maravillosa, aunque extraña, colección de *sir* Wade. Utilizaba a menudo su rica imaginación para especular sobre la civilización prehistórica en la que el trastornado explorador había creído con tanto convencimiento. y no paraba de fabularse historias acerca de la silenciosa ciudad de la selva que mencionaban las notas y los pasajes más delirantes de este último. Sentía una curiosa mezcla de terror y atracción por las vagas alusiones referentes a una innominada e insospechada raza de híbridos selváticos, y hacía conjeturas respecto al posible origen de semejante fantasía en tanto trataba de sacar algo en claro de los datos más recientes recabados por su bisabuelo y Samuel Seaton entre los onga.

En 1911, tras la muerte de su madre, *sir* Arthur Jermyn decidió dar el paso último y definitivo en sus investigaciones. Tras vender una parte de su propiedad para conseguir el dinero necesario, preparó una expedición y zarpó hacia el Congo. Después de llegar a un acuerdo con las autoridades belgas**[17]** para que le proporcionaran un grupo de guías, pasó un año en el territorio de los onga y los kaliri**[18]**, y allí descubrió una información que superó sus más altas expectativas. Entre los kaliri había un viejo jefe llamado Mwanu que, además de una memoria magnífica, poseía también un extraordinario nivel de inteligencia y de interés por las antiguas leyendas. Este venerable anciano confirmó todas las historias que Jermyn había oído y añadió otra propia acerca de la ciudad de piedra y los simios blancos, tal como le había sido relatada a él.

Según Mwanu, la ciudad gris y los seres híbridos ya no existían, pues habían sido aniquilados por los belicosos n'bangu**[19]** muchos años atrás. Esta tribu, tras destruir la mayor parte de las construcciones y matar a los seres, se había llevado consigo a la diosa disecada que había constituido el objetivo de

su correría: la simiesca diosa blanca a la que los extraños seres adoraban y que según la creencia local representaba a una hembra que había reinado como princesa entre aquellos seres. Mwanu no tenía la más mínima idea de lo que podían haber sido aquellas simiescas criaturas de piel blanca, pero se figuraba que eran los constructores de la ciudad en ruinas. Jermyn fue incapaz de formarse ninguna conjetura, pero gracias a una indagación detenida logró recabar una leyenda sumamente pintoresca de la diosa disecada.

La princesa simia, se decía, se había convertido en la consorte de un gran dios blanco que había llegado del oeste. Ambos habían reinado juntos sobre la ciudad durante un tiempo, pero cuando tuvieron un hijo los tres se marcharon. El dios y la princesa habían regresado al cabo de un tiempo, y a la muerte de esta última su divino esposo había momificado el cuerpo y lo había instalado dentro de un enorme templo de piedra, donde era adorado. Luego se había marchado solo. La leyenda parecía tener tres versiones a partir de este punto. Según una de ellas no ocurrió nada más, salvo que la diosa disecada pasó a ser un símbolo de supremacía para aquella tribu que la poseyera. Esa era la razón de que los n'bangu se la hubieran llevado. Una segunda versión decía que el dios había regresado y muerto a los pies de la venerada imagen de su esposa. Una tercera hablaba de que el hijo había vuelto allí, ya como un hombre adulto —o simio, o dios, según lo que fuera—, aunque sin ser consciente de su identidad. Decididamente, los imaginativos negros habían explotado al máximo los posibles hechos, fueran cuales fuesen, que pudieran esconderse tras aquellas extravagantes leyendas.

A Arthur Jermyn ya no le cabía ninguna duda de que la ciudad de la selva descrita por *sir* Wade existía de verdad; y apenas se sorprendió cuando, a comienzos de 1912, dio con lo que quedaba de ella. Su tamaño seguramente había sido exagerado, no obstante lo cual, las piedras desperdigadas por el lugar demostraban que no se había tratado de una simple aldea de negros. Por desgracia. fue imposible encontrar ninguna talla, y el carácter modesto de la expedición impidió que se pudieran acometer trabajos de desobstrucción del único pasadizo visible que parecía descender a la red de cámaras subterráneas que había mencionado *sir* Wade. Se habló de los simios blancos y la diosa disecada con todos los jefes tribales de la región, pero hubo de ser un europeo quien ampliara la información ofrecida por el viejo Mwanu. *M.* Verhaeren**[12‡]**, un agente belga asignado a un remoto puesto comercial del Congo, no sólo creía poder localizar la diosa disecada, de la cual había oído hablar vagamente. sino también conseguirla, dado que los antaño poderosos n'bangu eran ahora súbditos obedientes del Gobierno del rey Alberto**[20]**, y

con sólo un poco de persuasión se les podía inducir a separarse de la horripilante deidad que se habían llevado. Cuando Jermyn zarpó hacia Inglaterra, por consiguiente, lo hizo con la felicísima perspectiva de que en cuestión de unos meses recibiría una reliquia etnológica de incalculable valor que confirmaría la historia más delirante de su trastatarabuelo; es decir, la más delirante que él conocía. Cabía la posibilidad de que los campesinos de los alrededores de la mansión Jermyn hubieran oído historias más disparatadas, transmitidas por antepasados suyos que habían escuchado a *sir* Wade en tomo a las mesas de La Cabeza del Caballero.

Arthur Jermyn aguardó muy pacientemente a que llegara la esperada caja de *M.* Verhaeren, y fue estudiando mientras tanto con creciente diligencia los manuscritos dejados por su trastornado ancestro. Comenzó a sentir una afinidad más estrecha con *sir* Wade, y también a buscar rastros de la vida personal de este en Inglaterra, así como de sus hazañas africanas. Los relatos orales relativos a su misteriosa y solitaria mujer habían sido numerosos, pero no quedaba ningún vestigio tangible de su estancia en la mansión familiar. Jermyn se preguntó qué circunstancia había provocado o permitido una obliteración así, y llegó a la conclusión de que la locura del marido había sido la causa principal. Según recordaba, se decía que su trastatarabuela había sido la hija de un comerciante portugués afincado en África. Sin duda, las experiencias transmitidas por el padre y el conocimiento superficial que la propia hija tenía del continente negro habían hecho que la mujer desdeñara las historias de *sir* Wade acerca de lo que se ocultaba en el interior de aquella tierra, algo que un hombre como él seguramente no habría perdonado. Ella había muerto en África, tras ser quizás arrastrada allí por un esposo decidido a demostrar lo que había contado. Mas cuando Jermyn se dejaba llevar por estas cavilaciones, no podía evitar sonreír por su inutilidad, siglo y medio después de la muerte de sus dos extraños progenitores.

En junio de 1913. llegó una carta de *M.* Verhaeren en la que se comunicaba el hallazgo de la diosa disecada. Se trataba, según el belga, de un objeto sumamente extraordinario; uno imposible de clasificar para nadie que no fuera un experto. Si la imagen correspondía a un ser humano o a un simio era algo que sólo un científico podía determinar, y dicho proceso de determinación se vería enormemente dificultado por el mal estado de la misma. El tiempo y el clima del Congo no son buenos para las momias, sobre todo si su preparación es tan deficiente como parecía ser el caso en esta ocasión. Alrededor del cuello de la criatura se había encontrado una cadena de oro con un guardapelo vacío decorado con un escudo de armas: sin duda un

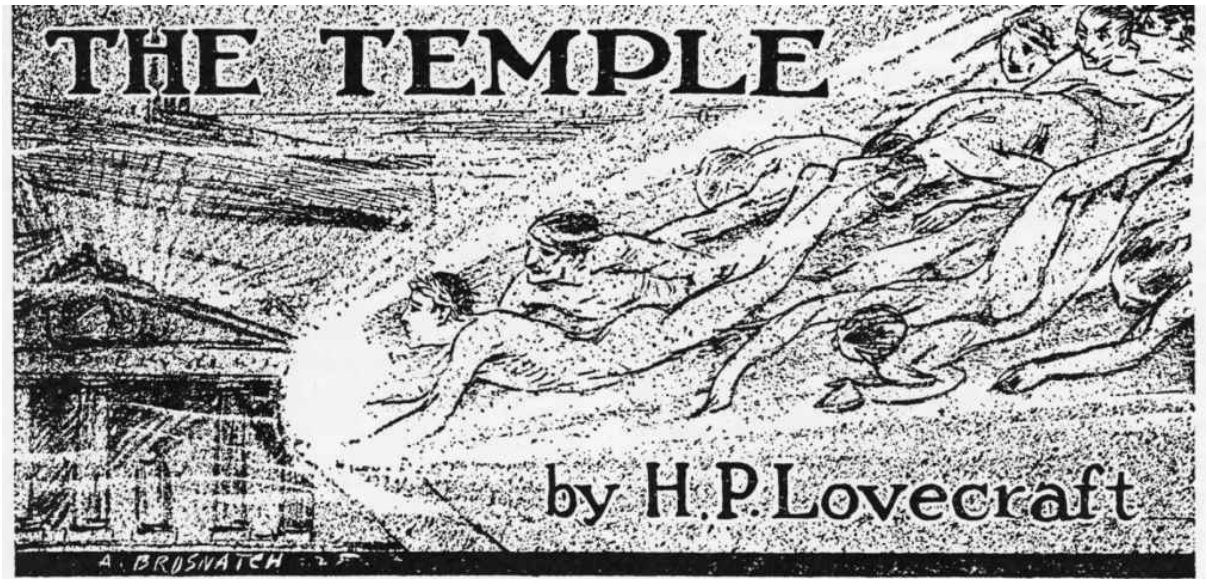
recuerdo de algún viajero desventurado, que los n'bangu habían cogido y colgado al cuello de su diosa como amuleto. Al hablar del contorno de la cara de la momia, *M.* Verhaeren insinuaba la existencia de un caprichoso parecido; o, más bien, expresaba una divertida curiosidad por saber qué impresión le causaría a su corresponsal. No obstante, su interés científico era demasiado grande como para malgastar mucho espacio en frivolidades. La diosa disecada, escribía el belga, llegaría debidamente embalada alrededor de un mes después de la recepción de la carta.

La caja que contenía el objeto se entregó en la mansión Jermyn a primera hora de la tarde del 3 de agosto de 1913, siendo trasladada inmediatamente a la amplia sala que albergaba la colección de especímenes africanos organizada por *sir* Robert y Arthur. Es posible reconstruir lo que sucedió a continuación gracias sobre todo a los testimonios de los criados y a cosas y papeles examinados posteriormente. De los diversos relatos que se han dado de los hechos, el más detallado y congruente es el del viejo Soames, el mayordomo de la familia. Según este hombre, merecedor de toda confianza, *sir* Arthur Jermyn mandó salir a todo el mundo de la sala antes de abrir la caja, aunque el hecho de que se le oyera emplear de inmediato el martillo y el escoplo revela que no demoró ni un segundo la operación. Después se hizo el silencio durante un rato; Soames no sabe decir con exactitud por cuánto tiempo, pero es seguro que no había transcurrido aún un cuarto de hora cuando se escuchó aquel horrible grito, proferido sin ninguna duda por el propio Jermyn. Un instante después el hombre salió de la sala, corriendo con desesperación hacia la puerta principal de la mansión como si lo persiguiera algún terrible enemigo. La expresión en su rostro —el cual ya era bastante horrendo de por sí— era indescriptible. Cuando se encontraba ya cerca de la puerta principal pareció pensar en algo, y dio media vuelta en su huida, desapareciendo finalmente por las escaleras que bajaban al sótano. Los criados estaban completamente anonadados, y se quedaron mirando desde la cabecera de la escalera, pero su señor no volvió arriba. Lo único que subió desde las estancias subterráneas de la mansión fue un olor a queroseno. Al caer la noche se oyó un ruido en la puerta que daba acceso al patio desde el sótano, y un mozo de cuadra vio a Arthur Jermyn, empapado de pies a cabeza en reluciente queroseno y apestando a dicho fluido, salir a hurtadillas por ella y desaparecer en el oscuro páramo que rodeaba la casa. Entonces, en un clímax de horror supremo, todos fueron testigos del final. Una chispa apareció en mitad del páramo; una llama se elevó, y una columna de fuego humana levantó los brazos hacia el cielo. La casa de Jermyn había dejado de existir.

El hecho de que los restos carbonizados de Arthur Jermyn no fueran recuperados y enterrados tiene su origen en lo que se descubrió después; principalmente, lo que había en la caja. La diosa disecada era una cosa nauseabunda, ajada y carcomida, pero se trataba con claridad de un simio blanco de alguna especie desconocida. menos peluda que cualquier otra de la que se tuviera constancia, e infinitamente más cercana al ser humano —de un modo sobrecogedor en extremo—. Una descripción detallada resultaría bastante desagradable, pero es necesario mencionar dos detalles especialmente llamativos, pues concuerdan de un modo repugnante con ciertas notas de las expediciones africanas de *sir* Wade Jermyn y con las leyendas congoleñas relativas al dios blanco y la princesa simia. Los dos detalles en cuestión son los siguientes: el escudo de armas que decoraba el guardapelo dorado en tomo al cuello de la criatura era el de la familia Jermyn, y la jocosa insinuación de *M.* Verhaeren alusiva a la existencia de un cierto parecido en aquella cara apergaminada era aplicable de una forma vívida, espantosa y antinaturalmente horrible a nada más y nada menos que el sensible Arthur Jermyn, trastataranieto de *sir* Wade Jermyn y una esposa desconocida. Ciertos miembros del Real Instituto Antropológico[21] quemaron aquella cosa y luego tiraron el guardapelo a un pozo, y algunos de ellos se niegan a admitir que Arthur Jermyn haya existido jamás.

El templo[1]

Al igual que «Dagón», este relato combina el escenario de la Gran Guerra con atisbos de un pasado remoto de la humanidad (y quizá también de otras especies). También de igual manera que en «Dagón», Lovecraft mezcla aquí una serie de sucesos de apariencia realista con un elemento sobrenatural de carácter insidioso. Aunque hay quienes encuentran torpe su retrato del oficial de marina prusiano, Lovecraft da vida hábilmente a un interesante narrador cuyo talante rígido confiere de por sí mayor fuerza a la inesperada conclusión de la historia.



Weird Tales 6. 3 (septiembre 1925) (ilustrador: Andrew Brosnatch).

(Manuscrito hallado en la costa de Yucatán[2]).

Hoy, 20 de agosto de 1917[3], yo, Karl Heinrich, Graf von Altberg-Ehrenstein, capitán de corbeta en la Armada Imperial alemana[4] y comandante del submarino *U-29*[5], deposito la presente botella y documento en un punto del océano Atlántico para mí desconocido, pero situado probablemente cerca de los 20° de latitud norte y 35° de longitud oeste[6], donde mi nave reposa inutilizada sobre el lecho marino. Lo hago porque es mi deseo exponer ciertos hechos inusuales ante la sociedad; algo que con toda

probabilidad no viviré para poder realizar personalmente, dado que las circunstancias en que me hallo son tan amenazantes como extraordinarias y han acarreado no sólo la inutilización irremediable del *U-29*, sino también el desgaste de mi férrea voluntad germánica de un modo sumamente desastroso.



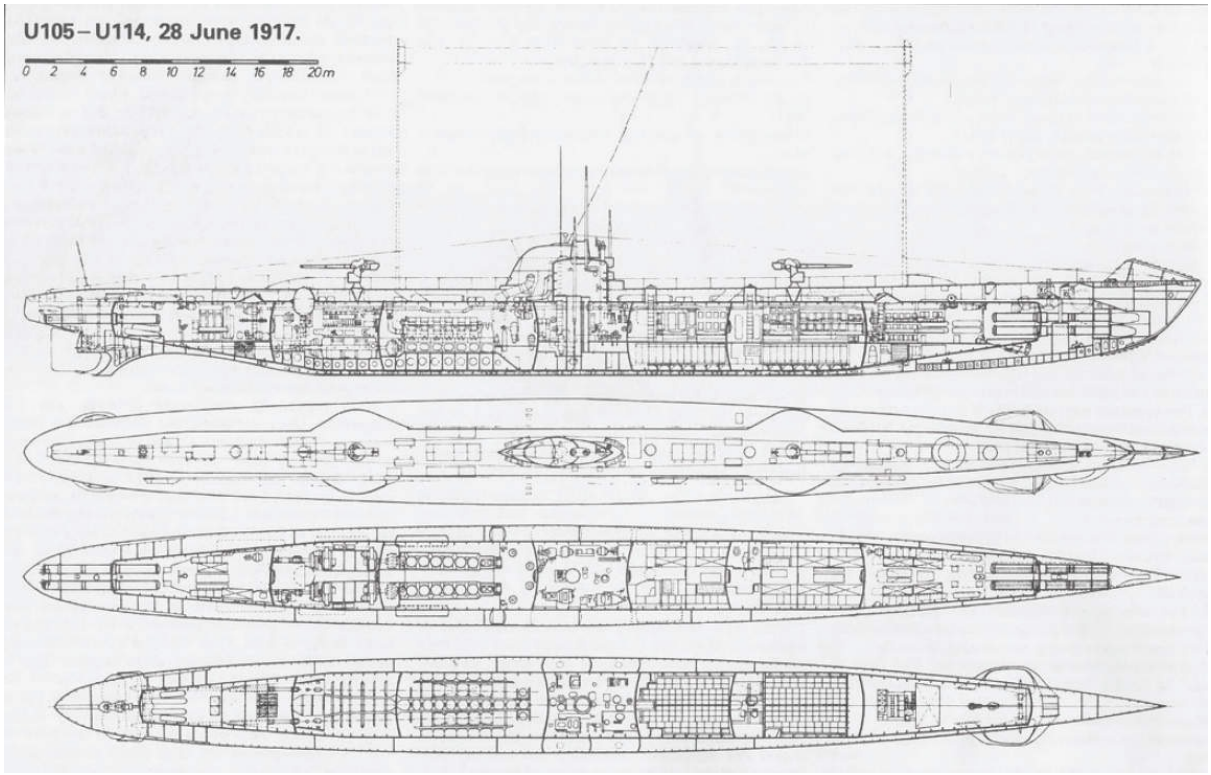
Estación de Witienbergplatz, en Berlín.

La larde del 18 de junio[7], tal como se comunicó por radio[13‡] al *U-61*[8], en ruta hacia Kiel[9], torpedeamos el carguero británico *Victory*[10], que viajaba de Nueva York a Liverpool, en el punto 45° 16’ de latitud norte y 28° 34’ de longitud oeste[11], y permitimos que la tripulación abandonara la nave en botes con el fin de obtener unas buenas imágenes cinematográficas para los archivos del almirantazgo. La nave se fue a pique de forma bastante pintoresca, con la proa por delante y la popa levantándose a gran altura sobre el agua mientras el casco descendía verticalmente hasta el fondo del mar con enorme rapidez. Nuestra cámara no perdió detalle, y lamento que un rollo de película tan magnífico no vaya a llegar jamás a Berlín. Después de filmar hundimos los botes salvavidas con nuestras armas y nos sumergirnos[12].

Cuando subimos a la superficie hacia el anochecer encontramos el cuerpo de un marinero en la cubierta, con sus manos curiosamente agarradas a la barandilla. El pobre infeliz era joven, bastante moreno y muy bien parecido; probablemente un italiano o griego que había formado piule sin duda de la tripulación del *Victory*. Era evidente que había tratado de ponerse a salvo en

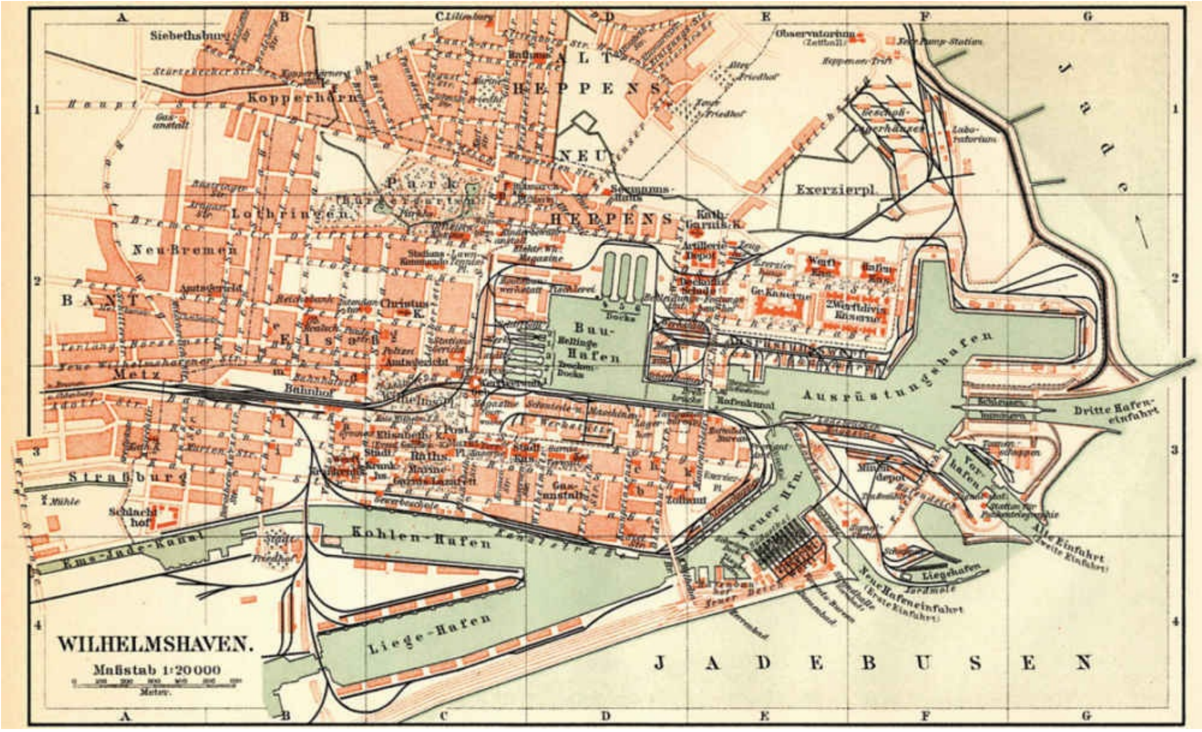
la misma nave que se había visto obligada a destruir la suya: otra víctima más de la injusta guerra de agresión que los perros[13] ingleses están llevando a cabo contra la Patria. Nuestros hombres lo registraron buscando algún recuerdo, y encontraron en el bolsillo de su chaqueta un trozo de marfil tallado sumamente extraño que representaba la cabeza de un joven locado con una corona de laurel. Mi camarada el teniente Klenze creía que la pieza tenía una gran antigüedad y valor artístico, de modo que se la quitó a los hombres para quedársela él. Cómo había llegado aquello a manos de un simple marinero era algo que ni Klenze ni yo fuimos capaces de imaginar.

En el momento de arrojar el muerto al agua ocurrieron dos incidentes que generaron un gran revuelo entre la tripulación. Los ojos del hombre habían estado cerrados, pero se abrieron bruscamente al mover y arrastrar el cuerpo hasta la barandilla, y muchos parecían albergar la idea delirante e inquietante de que habían estado mirando de manera fija y burlona a Schmidt y Zimmer mientras estos se encontraban inclinados sobre el cadáver. El contramaestre[14] Müller, un hombre mayor que habría tenido más cabeza de no haber sido un supersticioso cerdo alsaciano[15], se puso tan nervioso por esa impresión que se quedó mirando el cuerpo en el agua; y juró que. tras hundirse este un poco, lo había visto recoger sus miembros en una postura natatoria y alejarse a toda velocidad bajo las olas en dirección al sur. A Klenze y a mí no nos agradaban estas demostraciones de ignorancia pueblerina, y reprendimos con severidad a los hombres, especialmente a Müller.

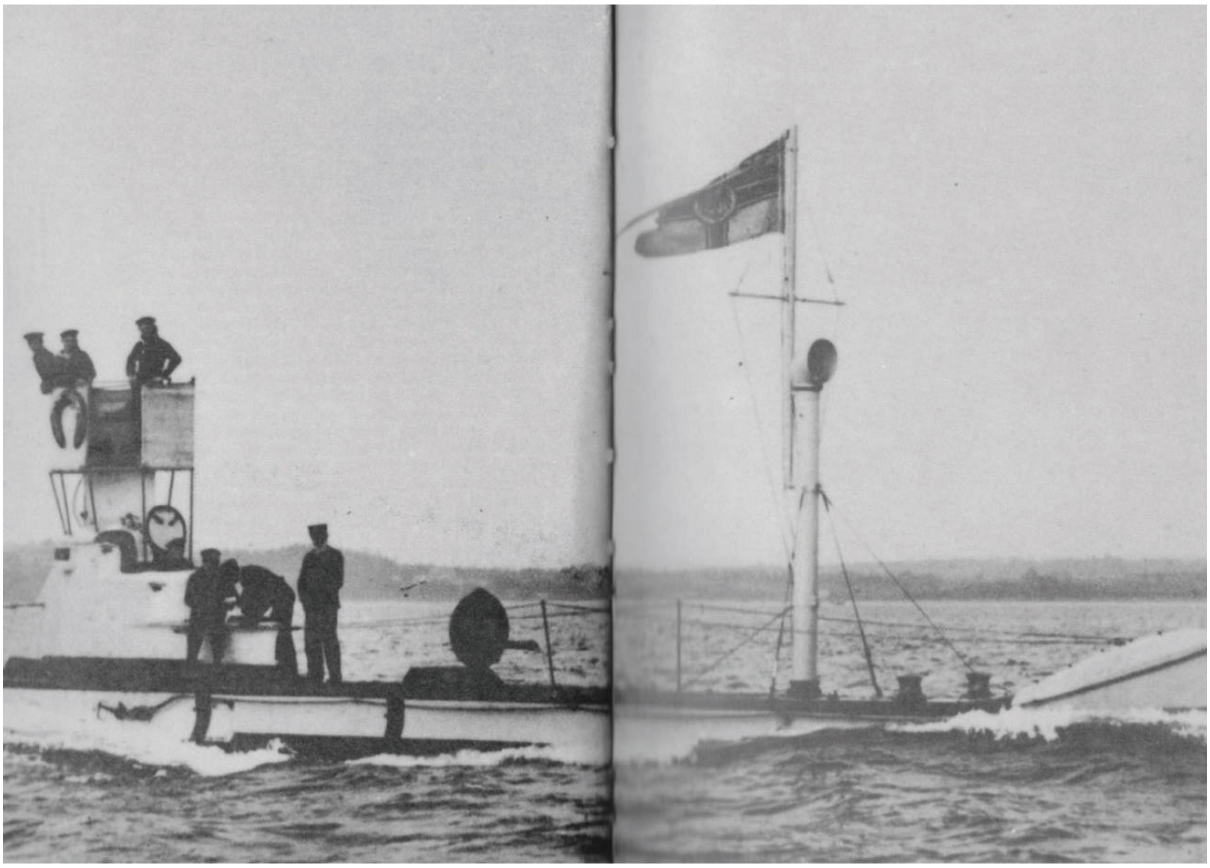


¿Los planos del submarino alemán *U-29*?

Al día siguiente se generó una situación muy problemática debido a la indisposición de varios miembros de la tripulación. Era evidente que estaban viéndose afectados por la tensión nerviosa derivada de nuestra prolongada travesía, y habían sufrido pesadillas. Varios parecían bastante aturdidos y desorientados, por lo que, tras asegurarme de que no estaban fingiendo su debilidad, los dispensé del cumplimiento de sus funciones. La mar se encontraba un tanto agitada, de modo que descendimos a una profundidad en la cual las olas generasen menos problemas. Nuestra situación allí era relativamente tranquila, a pesar de una corriente en dirección sur un tanto desconcertante que no conseguimos identificar en nuestras cartas oceanógraficas. Los gemidos de los marineros enfermos eran decididamente molestos; pero, como no parecían estar desmoralizando al resto de la tripulación, no recurrimos a medidas extremas. Nuestros planes eran mantener la posición e interceptar al *Dacia*[16], un transatlántico mencionado en un informe por agentes en Nueva York.



Plano de Wilhelmshaven (Alemania), 1905.



Fotografía del submarino alemán *U-1*.

Cuando empezó a atardecer subimos a la superficie, y encontramos la mar menos picada. En el horizonte septentrional se divisaba el humo de un buque de güeña, pero la distancia a la que nos encontrábamos y nuestra capacidad de inmersión hacía que estuviéramos fuera de peligro. Lo que más nos preocupaba eran los desvarios del contramaestre Müller, que se iban volviendo más y más demenciales a medida que anochecía. Se comportaba de una manera odiosamente infantil, y hablaba incoherentemente de algún espejismo que creía haber visto: cadáveres que pasaban flotando bajo el agua frente a los ojos de buey; cuerpos muertos que lo miraban fijamente, y que reconocía a pesar del abotargamiento como personas que había visto morir durante algunas de nuestras victoriosas hazañas alemanas. Y, según decía, su líder era el joven que habíamos encontrado y arrojado al mar. Todo aquello resultaba muy truculento y anormal, de modo que encerramos a Müller con grilletes e hicimos que fuera severamente azotado. Al resto de la tripulación no le agradó este castigo, pero era necesario mantener la disciplina. También rechazamos la petición de un grupo de delegados encabezado por el marinero Zimmer de que la curiosa cabeza de marfil fuera arrojada al mar.

El 20 de junio, los marineros Bohm y Schmidt. que habían estado enfermos el día anterior, enloquecieron violentamente. Lamenté entonces que nuestra dotación de oficiales no incluyera ningún médico, pues todas las vidas alemanas son sumamente valiosas; no obstante, los constantes desvarios de los dos acerca de una terrible maldición subvertían en extremo la disciplina, de modo que se tomaron medidas drásticas. La tripulación aceptó el hecho con gesto hosco, pero aquello pareció calmar a Müller, quien a partir de ese momento no nos dio ningún problema. Lo liberamos a última hora del día, y el contramaestre retomó silenciosamente sus tareas.

Durante la siguiente semana todos estuvimos muy nerviosos, esperando la llegada del *Dada*. La tensión se vio agravada por la desaparición de Müller y Zimmer. quienes sin duda se habían suicidado como resultado de los temores que habían parecido atormentarlos, aunque nadie los había visto saltar por la borda. Yo me alegré bastante de haberme librado de Müller, pues incluso su silencio había tenido un efecto negativo en la tripulación. Ahora nadie parecía tener ganas de hablar, como si ocultaran algún miedo. Muchos estaban enfermos, pero ninguno armaba revuelo. El clima de tensión acabó por crispar al teniente Klenze, quien se irritaba por las cosas más nimias; como el grupo de delfines que se congregaba alrededor del *U-29* en cada vez mayor número, y el aumento de la intensidad de esa comente en dirección sur que no aparecía en nuestra carta oceanográfica.

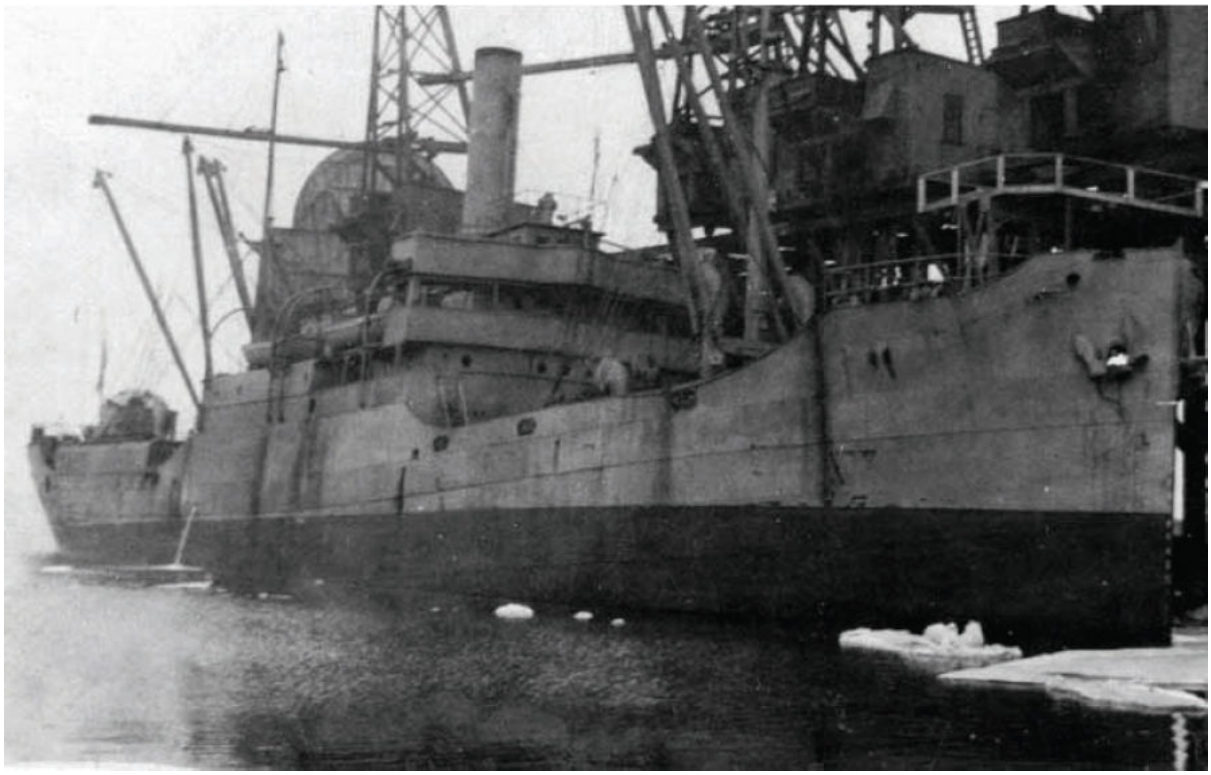
Al final se hizo patente que no habíamos conseguido encontrarnos con el *Dada*. Los fracasos así no son infrecuentes, y el sentimiento general era más de agrado que de decepción, pues entonces debíamos regresar a Wilhelmshaven[17]. La tarde del 28 de junio viramos la nave en dirección noreste, y, a pesar de algunos enredos bastante cómicos con el grupo de delfines inusualmente numeroso que nos rodeaba, no tardamos en estar en camino.

La explosión en la sala de máquinas a las 2 p. m. nos cogió totalmente por sorpresa. No se había advertido ningún defecto en la maquinaria ni ningún descuido en la marinería, mas de improviso una colosal sacudida recorrió la nave de extremo a extremo. El teniente Klenze fue corriendo hasta la sala de máquinas, encontrándose el tanque de combustible y la mayor parte de la maquinaria destrozados, y a los ingenieros Raabe y Schneider muertos en el acto. De repente, nuestra situación había pasado a ser realmente grave, ya que, si bien los regeneradores químicos de aire[18] estaban intactos, y a pesar de que podíamos utilizar los aparatos a bordo para hacer subir y bajar la nave y abrir las escotillas mientras aguantaran los compresores de aire y las baterías eléctricas, habíamos perdido la capacidad de propulsar o guiar el submarino[19]. Buscar un rescate en los botes salvavidas habría sido ponemos en manos de enemigos excesivamente resentidos con nuestra gran nación alemana, y la radio no había conseguido ponemos en contacto con otro submarino de la Armada Imperial desde el hundimiento del *Victory*.

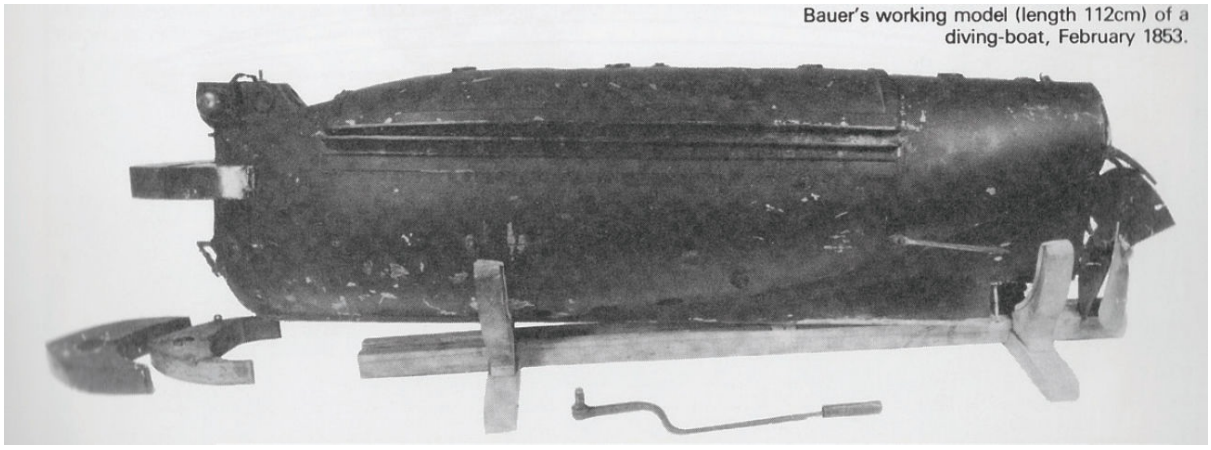
Desde el momento del accidente hasta el día 2 de julio, la corriente nos arrastró de forma constante hacia el sur sin que supiéramos prácticamente qué hacer, y sin que nos topáramos tampoco con ninguna otra nave. Los delfines seguían nadando en círculos alrededor del *U-29*: una circunstancia un tanto llamativa teniendo en cuenta la distancia que habíamos recorrido. La mañana del 2 de julio avistamos un buque de guerra con la bandera estadounidense, y la tripulación se vio presa de una gran agitación debido a su deseo de rendirse. Al final el teniente Klenze no tuvo más remedio que disparar a un marinero llamado Traube que pedía de un modo particularmente violento que se llevara a cabo aquel acto tan poco alemán. Esto acalló temporalmente a la tripulación, y nos sumergimos sin ser vistos.

La tarde siguiente apareció una densa bandada de aves marinas procedente del sur, y el océano empezó a encresparse de forma ominosa. Tras cerrar las escotillas, permanecimos a la espera hasta que nos dimos cuenta de que debíamos sumergimos o, de lo contrario, quedaríamos a merced de la creciente marejada. La presión del aire y la electricidad estaban menguando, y

queríamos evitar todo uso innecesario de los escasos recursos mecánicos a nuestra disposición, pero en este caso no había elección. No nos sumergimos mucho, y cuando al cabo de varias horas la mar se serenó, decidimos volver a la superficie. En ese momento, sin embargo, surgió un nuevo problema, pues la nave se negó a responder al timón pese a todos los esfuerzos de nuestros mecánicos. A medida que el miedo crecía entre la tripulación debido a aquel confinamiento subacuático, algunos de los marinos empezaron a murmurar otra vez acerca de la pequeña talla de marfil del teniente Klenze; no obstante, la visión de una pistola semiautomática logró apaciguarlos. Manteníamos a aquellos infelices lo más entretenidos que podíamos, poniéndolos a trabajar en la reparación de la maquinaria aun cuando sabíamos que era un esfuerzo inútil.



Un buque de guerra construido en los EEUU, el USS *Lake Forest*, puesto posteriormente en servicio por la Marina británica con el nombre de SS *War Fox*.



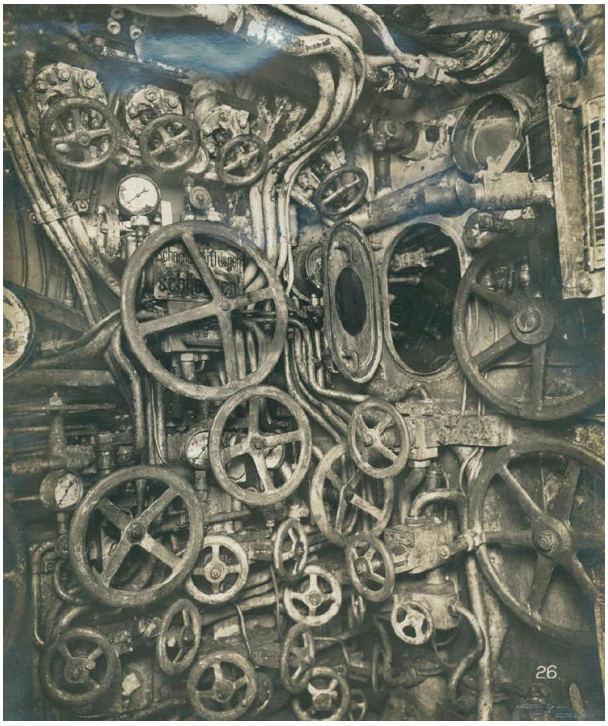
Maqueta del submarino de Bauer. 1853.

Klenze y yo dormíamos normalmente a horas distintas; y fue mientras yo lo hacía, en tomo a las 5 a. m. del día 4 de julio, cuando se desató el motín general. Los seis despreciables marineros que quedaban, sospechando que estábamos perdidos, habían montado violentamente en cólera debido a nuestra negativa a rendimos al acorazado yanqui dos días antes, y estaban inmersos en un delirio de maldiciones y destrucción. Bramaban como los animales que eran, y rompían los instrumentos y el mobiliario de forma indiscriminada, gritando tonterías tales como que la pequeña talla de marfil estaba maldita y que el cadáver de aquel joven moreno los había mirado y se había alejado nadando. El teniente Klenze parecía paralizado e incapaz de reacción alguna, tal como cabía esperar de un blando y afeminado renano**[20]**. Disparé a los seis marineros, pues no había otra opción, y después me aseguré de que ninguno de ellos seguía vivo.

Nos deshicimos de los cuerpos a través de las dobles escotillas, quedándonos solos en el *U-29.* Klenze parecía muy nervioso, y bebía mucho. Se decidió que trataríamos de sobrevivir tanto como fuera posible aprovechando la gran cantidad de provisiones y el suministro químico de oxígeno, ninguno de los cuales había sufrido daños por culpa de las bufonadas de aquellos marineros despreciables. Nuestras brújulas, indicadores de profundidad y otros instrumentos de precisión habían quedado destruidos, de tal modo que en adelante nuestros cálculos serían meramente estimativos, basándolos en nuestros relojes, el calendario y la velocidad aparente de la nave, deducida a partir de los objetos que pudiéramos ver a través de los ojos de buey o la torre de mando. Por suerte, contábamos con baterías eléctricas que todavía podían utilizarse durante mucho tiempo, tanto para la iluminación interior como para el reflector de búsqueda. Empleábamos este último a menudo para examinar el entomo de la nave, pero lo único que veíamos eran

delfines nadando en la misma dirección en que nos empujaba la corriente. Yo sentía un cierto interés científico por aquellos delfines, pues aunque el *Delphinus delphis* común es un mamífero cetáceo, incapaz de subsistir sin aire, observé atentamente a uno de aquellos nadadores durante dos horas y no vi variación alguna en su estado de inmersión.

Con el paso del tiempo Klenze y yo llegamos a la conclusión de que la corriente seguía arrastrándonos hacia el sur, al tiempo que nos hundíamos más y más. Tomábamos buena nota de la fauna y flora marina, y leíamos mucho sobre el tema en los libros que me había llevado conmigo para los ratos libres. No pude evitar observar. sin embargo, los inferiores conocimientos científicos de mi compañero. No tenía una mente prusiana, sino que era dado a figuraciones y especulaciones sin ningún valor. La realidad de nuestra próxima muerte lo había afectado de manera curiosa, y acostumbraba a rezar con arrepentimiento por los hombres, mujeres y niños que habíamos enviado al fondo del mar, olvidando que toda acción es noble si se hace por el Estado alemán. Pasado un tiempo acabó visiblemente trastornado, mirando su pequeña talla de marfil durante horas e inventándose historias fantásticas sobre las cosas perdidas y olvidadas que había bajo el mar. Algunas veces, a modo de experimento psicológico, lo animaba a continuar con aquellas divagaciones y escuchaba sus interminables citas poéticas y sus leyendas sobre barcos hundidos. Sentía mucha lástima por él, pues no me agrada ver sufrir a un compatriota; pero habría preferido morir en compañía de otro hombre. Yo sentía orgullo de mí mismo, dado que sabía que la Patria reverenciaría mi memoria y que mis hijos serían educados para ser alemanes como yo.



Sala de control del submarino alemán *U-110*.[1*]

El 9 de agosto vislumbramos el fondo del océano, y lo inspeccionamos con el potente haz de luz del foco reflector. Era una vasta llanura ondulante, cubierta en su mayor parte de algas marinas y salpicada de conchas de pequeños moluscos. Aquí y allá había objetos de aspecto mucilaginoso y forma desconcertante, enlutados con algas e incrustados de percebes, que en opinión de Klenze debían de ser barcos antiguos yaciendo en sus tumbas. Había algo que lo tenía desconcertado: un promontorio de materia sólida que sobresalía del lecho del océano casi metro y medio en su cúspide; de algo más de medio metro de ancho, con laterales planos y caras superiores lisas que convergían en un ángulo muy obtuso. Yo dije que era un afloramiento rocoso, pero a Klenze le pareció distinguir tallas en su superficie. Al cabo de un rato empezó a temblar, y se alejó de la escena como si estuviera asustado; la única explicación que supo dar, sin embargo, fue que se encontraba abrumado por la enormidad, oscuridad, lejanía, antigüedad y misterio de los abismos oceánicos. Mi compañero tenía la cabeza embotada por el cansancio, pero yo soy alemán en cualquier situación, y me percaté con rapidez de dos cosas: que el *U-29* estaba soportando maravillosamente bien la presión abisal y que los curiosos delfines seguían a nuestro alrededor, incluso a una profundidad en la que la mayoría de los naturalistas consideran imposible la existencia de organismos altamente evolucionados. Que había sobreestimado previamente nuestra profundidad, estaba seguro de ello; pero aun así debíamos de

encontramos a suficiente distancia de la superficie como para que los anteriores fenómenos resultaran extraordinarios. Nuestra velocidad en dirección sur, calculada tomando como referencia el fondo oceánico, era más o menos la misma que había estimado a partir de los organismos junto a los que pasábamos en cotas superiores.

A las 3:15 p. m. del 12 de agosto, el pobre Klenze enloqueció por completo. Había estado en la torre de mando utilizando el foco reflector cuando lo vi entrar de un brinco en el compartimento biblioteca donde yo estaba sentado leyendo, y su rostro lo delató de inmediato. Recojo aquí lo que dijo, subrayando las palabras que pronunció con más énfasis: «¡Es *él*! ¡Es *él*! ¡Le oigo! ¡Debemos irnos! Mientras hablaba, cogió su queña talla de marfil de la mesa, se la guardó en el bolsillo y me agarró del brazo en un intento de arrastrarme escalera arriba hasta la cubierta. Comprendí al instante que pretendía abrir la escotilla para salir conmigo del submarino, una ocurrencia suicida y homicida para la cual apenas me encontraba preparado. Mientras me aferraba a mi asiento e intentaba calmarlo, Klenze se puso más violento, al tiempo que decía: «Ven ahora, no esperes a más tarde; es mejor arrepentirse y ser perdonado que desobedecer y ser castigado». Probé entonces a cambiar de plan, y en vez de intentar tranquilizarlo le dije que estaba loco, lamentablemente trastornado. Pero él no se inmutó, y gritó: «¡Si estoy loco, doy gracias por ello! ¡Que los dioses se compadezcan de aquel cuya insensibilidad es capaz de hacerle conservar la cordura hasta el espantoso final! ¡Ven y sé un loco mientras *él* aún nos llama de manera misericordiosa!».

Este arranque pareció aliviar su estado de tensión mental, dado que al terminar adoptó una actitud mucho más apacible, preguntándome si le dejaría ir solo en caso de no querer acompañarlo. Lo tuve claro en el acto. Klenze era alemán, pero nada más que un simple y vulgar renano; y ahora también un loco potencialmente peligroso. Si accedía a su petición de suicidio, me libraría inmediatamente de alguien que ya no era un camarada, sino una amenaza. Le pedí que me diera la pequeña talla de marfil antes de irse, pero ello suscitó en él una risa tan inquietante que no me atreví a insistir. Le pregunté entonces si quería dejar algún recuerdo o un mechón de cabello para su familia en Alemania, por si me rescataban, pero él se rio otra vez de aquella manera extraña. De modo que, mientras Klenze subía la escalera, yo fui adonde estaban las palancas de control, y tras dejar pasar un tiempo oportuno accioné el mecanismo que lo envió a su muerte. Tras comprobar que ya no se encontraba en la nave, inspeccioné los alrededores del submarino con

el reflector en un intento de verlo por última vez, dado que quería averiguar si la presión del agua lo aplastaría, tal como en teoría debía ocurrir, o si su cuerpo no se vería afectado por ella, como era el caso de aquellos extraordinarios delfines. Con todo, no conseguí dar con mi difunto camarada, pues los delfines estaban densamente apelotonados en tomo a la torre de mando, bloqueando totalmente mi visión.

Aquella tarde lamenté no haber sustraído subrepticiamente la pequeña talla de marfil del bolsillo del pobre Klenze mientras se marchaba, pues su recuerdo me tenía fascinado. No lograba apartar de mis pensamientos aquella hermosa y joven cabeza con su corona de hojas, a pesar de mi naturaleza poco artística. Sentía también no tener a nadie con quien conversar. Klenze, pese a no estar a mi altura intelectual, era mucho mejor que nadie. No dormí bien esa noche, y me pregunté cuándo llegaría exactamente mi fin. No cabía duda de que mis posibilidades de rescate eran bastante escasas.

A la mañana siguiente subí a la torre de mando y acometí las habituales exploraciones con el reflector. Hacia el norte la vista era básicamente la misma que en los cuatro días transcurridos desde que habíamos avistado el fondo, pero me percaté de que el *U-29* se movía ahora más despacio. Cuando giré el haz de luz. hacia el sur, vi que el lecho oceánico frente a la nave descendía ahora con una acusada pendiente, y que presentaba unos bloques de piedra curiosamente regulares en ciertos puntos, dispuestos como si siguieran patrones definidos. La nave no empezó a descender inmediatamente al mismo ritmo que el fondo marino, de modo que enseguida me vi obligado a ajustar el reflector para poder apuntar el haz de luz prácticamente en vertical. La brusquedad del cambio provocó la desconexión de un cable, un percance que me entretuvo inevitablemente con muchos minutos de reparaciones; pero al final el chorro luminoso volvió a brotar, inundando el valle marino debajo de mí.

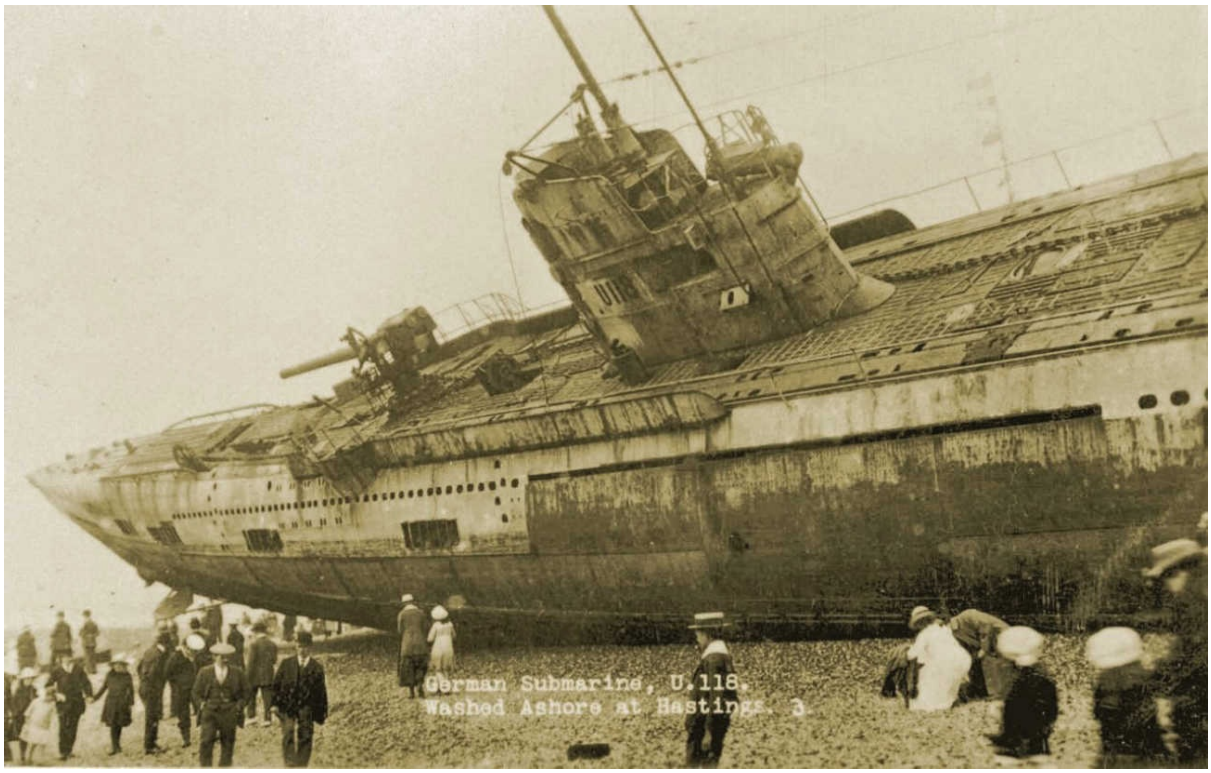
No soy dado a arrebatos emocionales de ningún tipo, pero mi asombro fue enorme cuando vi lo que había revelado aquel resplandor eléctrico. Mas, con todo, siendo como soy un hombre educado en la mejor *Kultur* de Prusia, no debería haberme asombrado, pues tanto la geología como la mitología hablan de que se han producido grandes transposiciones de tierras en zonas oceánicas y continentales. Lo que vi fue un amplio e intricado conjunto de edificios en ruinas, todos de arquitectura magnífica aunque indeterminada, y en estados de conservación variables. La mayoría parecían hechos de mármol, reluciente en su blancura bajo el haz del reflector; y su distribución general correspondía a la de una gran ciudad en el fondo de un estrecho valle, con numerosos

templos y villas dispersos en las empinadas laderas que lo rodeaban. Había cubiertas desplomadas y columnas rotas, pero el lugar conservaba aún un aire de esplendor inmemorial que nada era capaz de borrar.

Al verme frente a frente con la Atlántida[21] que yo había considerado previamente un mito en gran medida, me sentí el más entusiasta de los exploradores. Por el fondo de aquel valle había corrido en su día un río, ya que al examinar el paisaje con más detenimiento distinguí restos de puentes y malecones de piedra y mármol, así como terrazas y diques antaño verdeantes y hermosos. La emoción que me invadía me había vuelto casi tan idiota y sentimental como el pobre Klenze, por lo que tardé un buen rato en advertir que la corriente en dirección sur había cesado por fin, permitiendo al *U-29* descender lentamente a tierra sobre la ciudad sumergida tal como lo haría un aeroplano en la superficie. Me llevó un tiempo, asimismo, darme cuenta de que el extraño grupo de delfines había desaparecido.

Unas dos horas más tarde el sumergible estaba posado en una explanada adoquinada próxima a la rocosa pared del valle. A un lado podía ver la ciudad entera extendiéndose pendiente abajo desde la explanada hasta la antigua orilla del río; al otro, a una distancia asombrosamente corta, tenía ante mí la fachada profusamente ornamentada y perfectamente conservada de un gran edificio, a todas luces un templo, que había sido excavado en la roca viva. Respecto al estilo artístico original de esta construcción titánica sólo puedo hacer conjeturas. La fachada, de inmensa magnitud, parece cubrir un único espacio continuo, pues sus ventanas son numerosas y están repartidas por gran parte de su superficie. En el centro se abre de par en par una gran puerta, a la cual se llega por una impresionante escalinata, y que está rodeada por exquisitas tallas en relieve que recuerdan a figuras humanas inmersas en una bacanal. En primer plano destacan las grandes columnas y el friso, todos decorados con esculturas de indescriptible belleza que representan de manera obvia escenas bucólicas idealizadas, así como procesiones de sacerdotes y sacerdotisas que portan extraños objetos ceremoniales en adoración a un dios resplandeciente. El arte es de una perfección sumamente extraordinaria, de inspiración mayormente helénica, pero extrañamente original; transmite una sensación de terrible antigüedad, como si se tratara del antecesor más remoto, en vez del más inmediato, del arte griego. Y no me cabe ninguna duda de que cada detalle de esta gigantesca creación fue esculpido a partir de la roca virgen de nuestro planeta. Es evidente que forma parte de la pared del valle, aunque me resulta imposible imaginar cómo se pudo excavar su vasto interior. Quizá comenzaron a hacerlo aprovechando una caverna, o una serie

de ellas. Ni el paso de las eras ni la inmersión han causado menoscabo alguno en la prístina grandiosidad de este templo sobrecogedor —pues no puede tratarse de otra cosa—, y hoy, después de miles de años, continúa inviolado e inmaculado en medio de la noche y el silencio sin fin de una sima oceánica.



Pecio del submarino alemán *U-118*.

Soy incapaz de calcular el número de horas que pasé contemplando la ciudad sumergida con sus edificios, arcos, estatuas y puentes, así como el colosal templo con su belleza y misterio. Aunque sabía que mi muerte estaba cerca, me devoraba la curiosidad, e inspeccioné ansiosamente la fachada con el rayo del reflector. El haz de luz me permitió descubrir muchos detalles, pero se negó a revelar nada al otro lado del enorme umbral del templo labrado en la roca; y al cabo de un rato apagué la corriente, consciente de la necesidad de ahorrar energía. Los rayos eran ahora visiblemente más tenues de lo que lo habían sido durante las semanas que la nave había viajado a la deriva. Entonces, como avivados por la próxima falta de luz. mis deseos de explorar los acuosos secretos de la ciudad se intensificaron. ¡Yo, un alemán, debía ser el primero en hollar aquellos caminos olvidados desde hacía eones!

Saqué un traje de buzo de metal articulado**[14‡]** para inmersiones a alta profundidad, comprobé su estado e hice algunas pruebas con la linterna y el regenerador de aire. A pesar de las dificultades que tendría para operar las escotillas dobles yo solo, me veía capaz de vencer todos los obstáculos con

mis habilidades científicas, e incluso de caminar en persona por aquella ciudad muerta.

El 16 de agosto efectué una salida del *U-29* y recorrí laboriosamente las ruinosas y enlodadas calles que conducían al antiguo río. No encontré ningún esqueleto ni otros restos humanos, pero sí recabé una gran cantidad de información arqueológica de esculturas y monedas. De esto no puedo hablar ahora, salvo para expresar mi estupor por la existencia de una cultura en el cénit de su gloria en unos tiempos en que los cavernícolas vagaban por Europa y el Nilo discurría hasta el mar sin ser visto por ningún hombre. Otros, guiados por esta carta, si es que es hallada alguna vez. deberán desvelar los misterios que yo sólo puedo dar a entrever. Regresé a la nave cuando mis baterías eléctricas empezaron a perder potencia, decidido a explorar el templo de roca al día siguiente.

El día 17, cuando mi impulso de esclarecer el misterio del templo se había vuelto aún más apremiante, me sobrevino una gran decepción; pues descubrí que los materiales necesarios para recargar la linterna se habían estropeado durante el motín de aquellos cerdos en el mes de julio. Mi rabia era infinita; mas, aun así, mi sensatez germana me prohibió aventurarme sin estar preparado en un interior totalmente a oscuras que podía resultar ser la guarida de algún monstruo marino indescriptible, o bien un laberinto de cuyos serpenteantes corredores no conseguiría salir jamás. La única opción que me quedó fue encender el debilitado reflector del *U-29* y, con su ayuda, remontar la escalinata del templo para estudiar las tallas de la fachada. El haz de luz entraba por la puerta en un ángulo ascendente, y me asomé al interior para ver si era capaz de vislumbrar algo; sin embargo, todo fue en vano. Ni siquiera se alcanzaba a ver el techo; y aunque me adentré un par de pasos más allá del umbral tras comprobar con una vara que había suelo firme, no me atreví a ir más lejos. Es más. por primera vez en mi vida supe lo que era el terror. Empecé a darme cuenta de cómo habían surgido algunos de los ataques de desazón del pobre Klenze. ya que cuanta más atracción ejercía el templo sobre mí, más intenso y ciego era el pavor que me infundían sus abismos acuosos. A mi vuelta al submarino, apagué las luces y me quedé sentado a oscuras, pensando. Había que reservar ya la electricidad para casos de emergencia.

El sábado 18 lo pasé en completa oscuridad, atormentado por pensamientos y recuerdos que amenazaban con quebrar mi voluntad alemana. Klenze había perdido el juicio y perecido antes de que llegáramos a este siniestro vestigio de un pasado malsanamente remoto, y me había aconsejado

acompañarlo. ¿Estaba el destino, en verdad, manteniéndome cuerdo únicamente para atraerme de manera irresistible a un fin más horrible e impensable de lo que cualquier hombre ha sido capaz de concebir en sus pesadillas? Claramente, mis nervios estaban siendo puestos muy a prueba, y debía apartar de mí estas impresiones propias de hombres más débiles que yo.

La noche del sábado no logré conciliar el sueño, y encendí las luces sin importarme las consecuencias. Era un fastidio que la electricidad no fuera a durar más que las reservas de aire y comida. Volví a plantearme la eutanasia, y comprobé el estado de mi semiautomática. Hacia la mañana debí de quedarme dormido con las luces encendidas, dado que ayer por la tarde me desperté en mitad de la oscuridad, encontrándome con que las baterías estaban agotadas. Prendí entonces varias cerillas seguidas, y lamenté terriblemente la imprevisión que nos había hecho gastar hacía mucho las pocas velas que llevábamos a bordo.

Tras extinguirse la última cerilla que me atreví a utilizar, me quedé sentado a oscuras en un silencio casi total. Mientras cavilaba sobre mi inevitable fin. repasé mentalmente los acontecimientos precedentes y empecé a pensar algo —una idea hasta entonces latente— que habría hecho estremecerse a un hombre más débil y supersticioso que yo: *la cabeza del dios resplandeciente que aparece en las esculturas del templo de roca es igual que ese trozo de marfil tallado que el marinero muerto trajo del mar y que el pobre Klenze llevó de vuelta a él.*

Esta coincidencia me dejó un poco aturdido, pero no entré en pánico. Sólo las mentes inferiores se apresuran a dar explicación a los fenómenos singulares y complejos mediante el primitivo atajo de lo sobrenatural. La coincidencia resultaba extraña, pero yo era una persona demasiado racional como para relacionar circunstancias que no admiten ninguna conexión lógica, o como para establecer cualquier tipo de vínculo misterioso entre los desastrosos sucesos que habían llevado desde el hundimiento del *Victory* hasta mi grave situación actual. Notando que me hacía falta más descanso, me tomé un sedante para poder dormir un poco más. Mi estado de tensión se reflejó en mis sueños, pues me pareció oír gritos de personas que se estaban ahogando, y ver caras muertas que se apretaban contra los ojos de buey del sumergible. Y entre esas caras muertas estaba el rostro vivo y burlón del joven encontrado con la pequeña talla de marfil.

He de tener cuidado con cómo relato mi despertar de hoy, porque me encuentro muy alterado, y hay muchas alucinaciones inevitablemente entremezcladas con la realidad. Desde el punto de vista psicológico, mi caso

resulta de lo más interesante, y siento que no pueda ser estudiado científicamente por una autoridad alemana competente. Lo primero que sentí al abrir los ojos fue un deseo irresistible de visitar el templo de roca; un deseo que crecía a cada momento, pero que. aun así, intenté resistir automáticamente recurriendo a un cierto miedo que actuaba en sentido opuesto. A continuación me asaltó una percepción luminosa en medio de la oscuridad provocada por el agotamiento de las baterías, y me pareció detectar una especie de resplandor fosforescente en el agua a través del ojo de buey que daba al templo. Esto despertó mi curiosidad, ya que no sabía de ningún organismo abisal capaz de emitir una luminiscencia como aquella. Pero antes de que pudiera investigar experimenté una tercera sensación que, a causa de su irracionalidad, me hizo dudar de la objetividad de cualquier cosa que mis sentidos pudieran percibir. Se trataba de una ilusión auditiva; una percepción de un sonido rítmico y melódico, como algún tipo de canto o himno coral desenfrenado pero hermoso, que llegaba del exterior a través del casco completamente impenetrable al ruido del *U-29.* Convencido de la anormalidad de mi estado psicológico y nervioso, encendí unas cuantas cerillas y me serví una buena dosis de una solución de bromuro sódico, lo cual pareció calmarme hasta el punto de hacer desaparecer la ilusión auditiva. La fosforescencia se mantuvo, no obstante, y me costó reprimir un impulso infantil de asomarme al ojo de buey para buscar su origen. Parecía horriblemente real, y en cuestión de poco tiempo fui capaz de distinguir gracias a ella los familiares objetos que me rodeaban, así como el vaso vacío de bromuro sódico del que no había tenido previamente ninguna impresión visual en el sitio donde lo había dejado. Esta última circunstancia me hizo reflexionar, y crucé el compartimento para tocar el vaso, el cual se encontraba, efectivamente, en el sitio donde me había parecido verlo. Ahora sabía que la luz era real, o bien parte de una alucinación tan persistente y consistente que no podía esperar acabar con ella; de modo que, abandonando toda resistencia, subí a la torre de mando con intención de buscar el agente luminoso. ¿No cabía quizá la posibilidad de que se tratara en realidad de otro submarino que ofreciera esperanzas de rescate?

Bien está que el lector no acepte nada de lo que viene a continuación como una realidad objetiva, pues, debido a que los hechos trascienden las leyes naturales, estos han de ser necesariamente creaciones subjetivas e irreales de mi mente agotada. Cuando alcancé la torre de mando descubrí que la luminosidad general del mar era mucho menor de lo que había esperado. No se percibía ninguna fosforescencia animal o vegetal en las inmediaciones

del submarino, y la ciudad que se extendía pendiente abajo hasta el río era invisible en la oscuridad. Lo que sí vi no fue nada espectacular, grotesco ni aterrador, pero acabó con la poca confianza en mi consciencia que aún tenía; *dado que la puerta y las ventanas del templo submarino excavado en la ladera rocosa brillaban claramente con un resplandor titilante, como el que produciría un inmenso fuego encendido sobre un altar en sus profundidades*[22].

Los hechos posteriores son confusos. Mientras miraba de hito en hito la puerta y las ventanas misteriosamente iluminadas, me asaltaron las más extravagantes visiones; tan extravagantes que no soy capaz de describirlas siquiera. Me pareció distinguir cosas dentro del templo, algunas de las cuales se movían y otras no; y creí oír de nuevo el canto irreal que había llegado flotando hasta mí al despertar. Y por encima de todo aparecieron pensamientos y temores relacionados principalmente con el joven salido del mar, así como con la pequeña talla de marfil cuya imagen estaba reproducida en el friso y las columnas del templo que tenía frente a mí. Pensé en el pobre Klenze, y me pregunté en qué lugar descansaría su cuerpo, junto con aquella talla que se había llevado de regreso al mar. Me había advertido de algo, y yo no le había hecho caso; pero era un renano sin carácter que se volvió loco por problemas que un prusiano era capaz de soportar con facilidad.

El resto es muy simple. Mi impulso de visitar el templo y entrar en él se ha convertido un inexplicable e imperioso mandato imposible de rechazar a la larga. Mi propia voluntad alemana ya no controla mis actos, y el libre albedrío sólo es posible en adelante en cuestiones menores. Una locura así fue la que empujó a Klenze a su muerte, al salir sin escafandra ni protección alguna al océano; pero yo soy un prusiano y un hombre con sentido común, y aprovecharé hasta el final la poca voluntad que me quede. Cuando entendí que debía ir al templo, preparé el traje de buzo, el casco y el regenerador de aire para poder ponérmelos sin perder un segundo, y acto seguido comencé a escribir este apresurado relato con la esperanza de que llegue algún día a manos de la humanidad. Meteré el manuscrito en una botella cerrada herméticamente y se lo confiaré al mar en el momento en que deje para siempre el *U-29*.

No tengo miedo, ni siquiera de las profecías del trastornado Klenze. Lo que he visto no puede ser real, y sé que esta locura mía me conducirá en el peor de los casos a la asfixia, cuando se me acabe el aire. La luz que veo dentro del templo es un puro espejismo, y moriré con serenidad, como un alemán, en sus negras y olvidadas profundidades. Esta risa demoníaca que

oigo mientras escribo proviene únicamente de mi propio cerebro debilitado. De modo que me pondré con cuidado el traje de buzo y subiré audazmente por la escalinata hasta el interior de ese santuario primordial; ese silencioso secreto de aguas insondables y años incontables.

Celefaïs[1]

La historia de Kuranes —un hombre que ansia encontrar la tierra de los sueños— podría ser desechada como otro cuento dunsaniano escrito por H. P. L. para satisfacer sus propios anhelos, uno en el cual un joven desaparece en un mundo de fantasía. Se aborda un tema similar tanto en «La llave de plata», una historia escrita seis años más tarde en la que aparece el alter ego *de Lovecraft Randolph Carter, como en* La búsqueda en sueños de la ignota Kadath, *escrita justo después de «La llave…», y en la cual salen Carter y Kuranes. Lovecraft, sin embargo, parece haberse dado cuenta en ambos relatos de que no es el mundo de los sueños lo que anhela, sino —como descubren Carter y Kuranes— la juventud perdida en sí.*

En un sueño Kuranes vio la ciudad del valle, y la costa más allá, y el pico nevado que domina el mar. y las galeras pintadas de colores alegres que zarpan del puerto hacia regiones distantes donde el mar toca el cielo. Fue también en un sueño donde adquirió el nombre de Kuranes, pues la gente lo llamaba por otro distinto cuando estaba despierto. Quizá fue normal que soñara que tenía un nuevo nombre, dado que era el último de su linaje y vivía solo entre los indiferentes millones de habitantes de Londres, por lo que no había muchas personas que le hablaran y le recordaran quién había sido. Había perdido su dinero y sus tierras, y no sentía ningún interés por las costumbres de la gente que lo rodeaba, pues prefería soñar y escribir acerca de sus sueños. Sus escritos eran objeto de burla por parle de aquellos a los que se los enseñaba, así que al cabo de un tiempo dejó de enseñarlos, y, finalmente, de escribir. Cuanto más se aislaba del mundo a su alrededor, más maravillosos se volvían sus sueños; y habría sido un esfuerzo completamente inútil tratar de describirlos sobre el papel. Kuranes no era una persona de su tiempo. y no pensaba igual que otras que practicaban la escritura. En tanto que estas se esforzaban por despojar a la vida de las ornamentadas vestiduras del mito, a fin de mostrar en toda su desnuda fealdad lo horrible que es la existencia, Kuranes perseguía solamente la belleza. Cuando la realidad y la experiencia no se la mostraron, la buscó en la fantasía

y la ilusión, y la encontró muy cerca de él, entre los nebulosos recuerdos de las historias y los sueños de la infancia.

No hay muchas personas que sean conscientes de qué maravillas se revelan ante ellos en los cuentos y ensueños de su juventud; ya que, cuando de niños escuchamos y soñamos, nuestras capacidades mentales no están totalmente desarrolladas, y, cuando intentamos recordar en la edad adulta, el veneno de la vida nos ha vuelto ya prosaicos y ha embotado nuestra imaginación. Pero algunos de nosotros nos despertamos en mitad de la noche con extrañas visiones de colinas y jardines encantados, de fuentes que cantan bajo el sol, de esplendorosos acantilados que se inclinan sobre mares murmurantes, de llanuras que se extienden hasta ciudades durmientes de bronce y piedra, y de misteriosos grupos de héroes que cabalgan blancos corceles engualdrapados[15‡] por las márgenes de tupidos bosques; y entonces sabemos que nos hemos asomado a través de las puertas de marfil a ese mundo de maravillas que era nuestro antes de ser sabios e infelices.

Kuranes se topó con el viejo mundo de su niñez de un modo sumamente inesperado. Había estado soñando con la casa en la que nació: la gran casa de piedra cubierta de hiedra en la que habían vivido trece generaciones de sus antepasados, y donde había tenido la esperanza de morir. Brillaba la luna, y Kuranes había salido sin hacer ruido de la casa para recorrer la fragante noche estival, atravesando los jardines, bajando las terrazas, pasando junto a los enormes robles de los terrenos familiares y enfilando el largo camino de tierra blanca hasta el pueblo. Este último parecía muy antiguo, roído por los bordes como la luna que había empezado a menguar, y Kuranes se preguntó si los tejados a dos aguas de las pequeñas casas escondían sueño o muerte. En las calles crecían largas briznas de hierba, y los cristales de las ventanas que las flanqueaban estaban, o bien rotos, o bien velados como ojos de mirada vacua. Kuranes no se había entretenido en el lugar, sino que había seguido andando a paso lento como si alguien lo estuviera llamando hacia algún destino. No se atrevió a desobedecer la llamada por miedo a que resultara ser tan ilusoria como las ansias y aspiraciones de la vigilia, las cuales no conducen a ninguna parte. Se había sentido impelido a bajar por un camino que salía de la calle del pueblo en dirección a los acantilados del estrecho, y había llegado al fin del universo; al precipicio y al abismo donde el pueblo y el mundo entero desaparecían abruptamente hundiéndose en el vacío sin eco del infinito, y donde incluso el firmamento era una negra bóveda tenebrosa de la cual se hallaban ausentes la cuarteada luna y las parpadeantes estrellas. La fe le había impulsado a seguir adelante, lanzándose por el precipicio y zambulléndose en

el abismo, donde había caído incesantemente como si flotara, pasando junto a oscuros sueños informes nunca soñados; esferas débilmente resplandecientes que podrían haber sido sueños parcialmente soñados, y carcajeantes cosas aladas que parecían mofarse de los soñadores de todos los mundos. Entonces pareció abrirse una grieta en la oscuridad frente a Kuranes, y este vio la ciudad del valle relumbrando muy por debajo de él, con el mar y el cielo al fondo y una montaña coronada de nieve no lejos de la costa.

Kuranes había despertado en el mismo momento en que vio la ciudad, pero supo por su fugaz visión que esta no era otra que Celefaïs, en el valle de Ooth-Nargai[2] más allá de las colinas de Tanaria, donde su espíritu había vivido durante la eternidad de una hora una tarde de verano largo tiempo atrás, en una ocasión en que se había escabullido de su niñera y dejado que la cálida brisa marina lo adormeciera mientras miraba las nubes desde el acantilado cercano al pueblo. Más tarde había protestado, cuando lo habían encontrado, despertado y llevado a casa, ya que justo en el momento en que lo habían arrancado de los brazos de Morfeo se disponía a embarcarse en una galera dorada con destino a esas atrayentes regiones donde el mar loca el cielo. Y en esta ocasión se sintió igual de molesto por haber despertado, pues había vuelto a encontrar su ciudad fabulosa después de cuarenta años de hastío.

No obstante, tres noches después Kuranes regresó a Celefaïs. Al igual que la vez anterior, soñó primero con el pueblo que estaba dormido o muerto, y con el abismo a través del cual se ha de caer flotando silenciosamente; después volvió a aparecer la grieta, y Kuranes contempló los centelleantes minaretes de la ciudad, y vio las gráciles galeras ancladas en las azules aguas del puerto, y observó cómo se mecían con la brisa marina los *ginkgos* del monte Aran[3]. Pero esta vez no fue arrancado de su sueño, y, como un ser alado, descendió lentamente sobre la verdeante ladera de una colina hasta que sus pies se posaron al fin con suavidad en la hierba. Había regresado en efecto al valle de Ooth-Nargai y a la esplendorosa ciudad de Celefaïs.

Kuranes descendió la colina caminando entre hierbas aromáticas y flores brillantes; cruzó el borboteante Naraxa pasando por el pequeño puente de madera en el que hacía tantos años había grabado su nombre, y atravesó la susurrante arboleda que lo separaba del gran puente de piedra junto a las puertas de la ciudad. Todo estaba igual que antaño; ni las murallas de mármol se hallaban descoloridas ni las bruñidas estatuas de bronce en lo alto de ellas habían perdido su lustre. Y Kuranes comprobó que no tenía por qué temer que las cosas que conocía hubieran desaparecido, pues incluso los centinelas

apostados en los muros de la ciudad eran los mismos y seguían tan jóvenes como los recordaba. Cuando entró en la ciudad, traspasando sus puertas de bronce y recorriendo sus calles pavimentadas de ónice, los mercaderes y los conductores de camellos lo saludaron como si nunca se hubiera ido; y lo mismo pasó en el templo turquesa de Nath-Horlhath, donde los sacerdotes tocados con coronas de orquídeas le dijeron que en Ooth-Nargai no existe el tiempo, sólo una juventud perpetua[4]. Kuranes paseó después por la calle de los Pilares hasta el malecón, donde se congregaban los comerciantes y marinos, y forasteros llegados de las regiones donde el mar toca el cielo. Permaneció allí largo rato contemplando las brillantes aguas del puerto, donde las ondas del mar centelleaban bajo un sol desconocido y las galeras procedentes de tierras lejanas surcaban livianamente las olas. Y también estuvo mirando el monte Aran que se elevaba regiamente desde la costa, con sus faldas coloreadas de verde por los árboles que en ellas se mecían y con su blanca cumbre rozando el ciclo.

Kuranes sintió más deseos que nunca de viajar en una galera hasta los lugares lejanos sobre los cuales había oído tantas historias curiosas, de modo que volvió a buscar al capitán que había aceptado llevarlo tantos años atrás. Encontró a aquel hombre. Athib, sentado en el mismo cofre de especias en el cual había estado sentado la primera vez. y el capitán no parecía ser consciente de que hubiera transcurrido el más mínimo tiempo. Luego los dos hombres fueron en bote hasta una galera fondeada en el puerto, y tras impartir órdenes a los remeros zarparon hacia el agitado mar Cerenerio[5] que conduce hasta el cielo. Durante varios días se deslizaron de manera ondulante por sus aguas, hasta que por fin alcanzaron el horizonte, donde el mar toca el cielo. Al llegar allí la galera no se detuvo en absoluto, sino que continuó su viaje flotando tranquilamente por el azul de la bóveda celeste entre algodonosas nubes teñidas de rosa. Y a gran distancia bajo la quilla del barco Kuranes alcanzó a ver tierras desconocidas y ríos y ciudades de incomparable belleza, que se extendían de manera indolente bajo un sol cuya luz. nunca parecía disminuir ni desaparecer. Al cabo de un tiempo Athib le dijo que estaban llegando al final de su viaje, y que pronto arribarían al puerto de Serannian, la ciudad de mármol rosa de las nubes[6], la cual se levanta en esa costa etérea donde el viento del oeste desemboca en el cielo; pero nada más divisarse la más alta de las cinceladas torres de la ciudad se oyó un ruido procedente de algún punto del espacio azul, y Kuranes despertó entonces en su buhardilla de Londres.

Durante muchos meses después de aquello Kuranes buscó en vano la maravillosa ciudad de Celefaïs y sus galeras celestes; y, pese a que sus sueños lo condujeron a muchos lugares preciosos y desconocidos, ninguna de las personas con las que se encontró supo decirle cómo encontrar Ooth-Nargai, más allá de las colinas de Tanaria. Una noche pasó volando por encima de unas montañas sombrías donde se vislumbraban fogatas solitarias y muy dispersas, y curiosos rebaños de animales lanudos cuyos mansos portaban cencerros tintineantes; y en el confín más agreste de esta región montuosa, uno tan remoto que pocos hombres podían haber llegado a verlo, encontró una muralla o calzada elevada de piedra terriblemente antigua que se extendía en zigzag por las crestas y valles; demasiado gigantesca para haber sido erigida por manos humanas, y tan larga que era imposible alcanzar a ver ninguno de sus extremos[7]. Pasando por encima de aquella muralla llegó a la cenicienta luz del amanecer a una tierra de pintorescos jardines y cerezos, y al salir el sol contempló un despliegue tan hermoso de flores blancas y rojas, prados y frondas verdes, caminos blancos, arroyos diamantinos, lagunas azules, puentes labrados y pagodas de tejados rojos que, del puro deleite, se olvidó por un instante de Celefaïs. Pero volvió a acordarse de ella mientras caminaba por un sendero de tierra blanca hacia una de las pagodas, y habría preguntado por ella a las gentes de aquella tierra si no se hubiera encontrado con que allí no había gente ninguna, sólo pájaros, abejas y mariposas. Otra noche Kuranes subió interminablemente por una húmeda escalera de caracol hecha de piedra, y llegó hasta la ventana de una torre desde la cual se dominaba una inmensa llanura y un río iluminados por la luna llena; y en la silenciosa ciudad que se extendía desde la orilla del río le pareció distinguir algunos elementos o trazados que le eran familiares. Habría descendido a la ciudad a preguntar el camino a Ooth-Nargai de no haber brotado de algún lugar remoto más allá del horizonte una terrorífica aurora chisporroteante que reveló el estado de ruina y decrepitud de la ciudad, el estancamiento de las aguas llenas de juncos del río y la quietud fúnebre que imperaba en aquella tierra, tal como lo había hecho desde que el rey Kynaratholis había retornado de sus conquistas y se había encontrado con la venganza de los dioses.

Así pues, Kuranes buscó inútilmente la prodigiosa ciudad de Celefaïs y sus galeras que navegan hasta Serannian en el cielo, viendo en tanto muchas maravillas y escapando de milagro en una ocasión del sumo sacerdote que no debe ser descrito, el cual lleva una máscara de seda amarilla tapándole el rostro y mora completamente solo en un monasterio de piedra prehistórico en la desierta y gélida meseta de Leng[8]. Con el tiempo las deprimentes

interrupciones diurnas comenzaron a generarle tal impaciencia que empezó a comprar drogas con objeto de alargar sus periodos de sueño. El hachís[9] fue de gran ayuda, y una vez lo envió a una región del espacio donde los objetos no tienen forma, y donde unos gases resplandecientes estudian los secretos de la existencia. Y un gas de color violeta[10] le reveló que aquella región del espacio se encontraba más allá de lo que él llamaba el infinito. El gas no había oído hablar nunca de planetas u organismos, y reconoció a Kuranes simplemente como un ser procedente del infinito en el cual existen la materia, la energía y la gravitación. Kuranes estaba ya desesperado por regresar a la ciudad salpicada de minaretes de Celefaïs, de modo que aumentó sus dosis de drogas; pero al final se le acabó el dinero, y no pudo comprar más. Entonces un día de verano lo echaron de su buhardilla, y Kuranes deambuló sin nimbo por las calles hasta que acabó cruzando un puente y llegó a un lugar donde las casas estaban cada vez más desperdigadas. Y fue en aquel lugar donde su deseo se vio cumplido al encontrarse con el cortejo de caballeros que había ido allí desde Celefaïs para llevarlo de vuelta a la ciudad, donde viviría ya por siempre jamás.

Apuestos caballeros eran, montados a lomos de caballos ruanos y ataviados con brillantes armaduras y tabardos en tejido de oro que lucían curiosos blasones; y tan numerosos, que Kuranes casi los confundió con un ejército. El líder de los caballeros le dijo, no obstante, que habían sido enviados en su honor, dado que había sido él quien había creado Ooth-Nargai en sus sueños, motivo por el cual iba a ser designado gobernante supremo del reino por toda la eternidad. A continuación le dieron a Kuranes un caballo y lo pusieron a la cabeza de la cabalgada. y entonces todos echaron a galopar majestuosamente por las colinas de Surrey en dirección a la tierra en la que habían nacido Kuranes y sus ancestros. Fue algo muy extraño, pero a medida que los jinetes avanzaban parecían viajar atrás en el tiempo; pues cada vez que pasaban por un pueblo a la luz del atardecer encontraban únicamente casas y aldeanos como los que podrían haber visto Chaucer[11] y hombres anteriores a él, y en ocasiones avistaban caballeros montados en corceles que iban acompañados de pequeños grupos de sirvientes. Cuando comenzó a anochecer los jinetes apretaron el paso, hasta que al poco tiempo galopaban surcando asombrosamente el aire como si volaran. Con las primeras luces del alba, llegaron al pueblo que Kuranes había visto lleno de vida en sus años de infancia, y dormido o muerto en sus sueños. En esta ocasión lo encontró como antaño, y los lugareños más madrugadores saludaron con reverencias a los jinetes cuando estos bajaron ruidosamente por la calle del pueblo y se

metieron por el camino que termina en el abismo del sueño. Kuranes se había lanzado anteriormente a aquel abismo sólo de noche y se preguntaba qué aspecto tendría durante el día, por lo que se hallaba muy expectante mientras la columna se aproximaba al borde del mismo. Justo cuando esta última estaba remontando al galope la cuesta que conducía hasta el precipicio. de algún punto del este surgió una deslumbrante luz dorada que ocultó todo el paisaje tras un telón refulgente. El abismo era ahora una hirviente vorágine de esplendorosos tonos rosados y cerúleos, y un coro invisible de voces rompió a cantar con exultación mientras el séquito de caballeros saltaba por el precipicio a lomos de sus monturas y caía flotando con gracilidad entre nubes centelleantes y destellos argénteos. Los jinetes cayeron de aquel modo en un descenso interminable, mientras sus corceles rasgaban el éter con los cascos como si estuvieran galopando sobre arenas doradas; y luego los vapores luminosos se abrieron para revelar un intenso resplandor: el brillo de la ciudad de Celefaïs, y la costa más allá, y el pico nevado que domina el mar, y las galeras pintadas de colores alegres que zarpan del puerto hacia regiones distantes donde el mar toca el cielo.



Geoffrey Chaucer, retratado por un pintor desconocido del siglo XVII.

Y Kuranes reinó desde aquel día sobre Ooth-Nargai y todas las tierras del sueño de los alrededores, dando audiencia unas veces en Celefaïs y otras en Serannian, la ciudad esculpida en las nubes. Todavía reina allí, y seguirá

haciéndolo felizmente por siempre jamás, aunque al pie de los acantilados de Innsmouth[12] las mareas del estrecho hubieran jugado de manera burlona con el cuerpo de un vagabundo que había cruzado el pueblo semidesierto al amanecer dando traspiés; habían jugado con él y lo habían lanzado contra las rocas cercanas a la mansión cubierta de hiedra de Trevor Towers[13], donde un cervecero millonario notoriamente obeso y particularmente desagradable disfruta de la atmósfera de extinta nobleza que desprende su adquisición.

Del más allá[1]

Lovecraft experimenta de nuevo en esta ocasión con la «ficción científica» —la proto ciencia-ficción —, con la cual ya había probado suerte en el relato de 1919 «Al otro lado de la barrera del sueño». La historia, fuertemente basada en los textos de física que estaba leyendo su autor, trata de dejar sentado que la ciencia puede revelar y revelará universos inconcebibles para la raza humana. Al mismo tiempo, encontramos aquí una primera manifestación de lo que acabaría conociéndose como el «horror cósmico» de Lovecraft: el descubrimiento de que el universo está plagado de mortíferos seres alienígenas que se muestran fundamentalmente indiferentes hacia la humanidad. Este es el primer relato del autor ambientado en Providence, un lugar elegido quizá por su carácter intrínsecamente prosaico.

Inconcebiblemente horrible era el cambio que se había producido en mi mejor amigo, Crawford Tillinghast. No lo había visto desde aquel día, dos meses y medio antes, en que me había revelado cuál era el objetivo al que se encaminaban sus investigaciones en los campos de la física y la metafísica; el día en que había respondido a mis sobrecogidas y casi aterradas objeciones echándome de su laboratorio y de su casa en un arrebato de ira fanática. Yo sabía con anterioridad que se pasaba entonces la mayor parte del tiempo encerrado en el laboratorio de la buhardilla con esa maldita máquina eléctrica, comiendo poco e impidiendo el paso incluso a los criados; pero no se me había pasado por la cabeza que un breve periodo de diez semanas pudiera cambiar y desfigurar así a ningún ser humano. No resulta agradable ver a un hombre robusto enflaquecer súbitamente, y es peor incluso cuando la flácida piel se vuelve biliosa o cenicienta; los ojos hundidos, ojerosos y extrañamente brillantes; la frente arrugada y venosa, y las manos trémulas y presas de espasmos. Y si a esto se le añade un repulsivo desaliño, un alocado desbarajuste en la vestimenta, unas espesas greñas oscuras blancas en las raíces y una descontrolada barba totalmente cana sobre un rostro antes bien afeitado, el efecto final resulta muy impactante. Pero tal era el aspecto de Crawford Tillinghast la noche en que aquel mensaje suyo parcialmente

incoherente me llevó hasta su puerta tras mis semanas de exilio; tal el espectro que temblaba mientras me dejaba entrar, vela en mano, y echaba miradas furtivas a su espalda como si temiera alguna presencia invisible en aquella antigua y solitaria casa apartada de Benevolent Street[2].

Que Crawford Tillinghast hubiera terminado estudiando ciencia y filosofía fue un error. Estas materias se le deberían dejar al investigador frío y desapasionado, pues ambas presentan dos alternativas igualmente trágicas para el hombre sensible y dinámico: desesperación si fracasa en sus indagaciones, y terrores inenarrables e inimaginables si tiene éxito en ellas. Tillinghast había sido una víctima del fracaso, triste y solitaria; pero en aquel momento supe, experimentando unos temores propios que me revolvieron, que ahora era víctima del éxito. Yo mismo se lo había advertido diez semanas antes, de hecho, cuando salió con su historia de lo que creía estar a punto de descubrir. Se había encontrado eufórico y exaltado en aquella ocasión, hablando en un tono agudo y poco natural, aunque siempre pedante:

—¿Qué sabemos —había dicho entonces— del mundo y el universo que nos rodea? Nuestros medios de recepción sensoria] son ridiculamente escasos; y nuestra percepción de lo que hay a nuestro alrededor, extremadamente limitada. Unicamente vemos las cosas tal como estamos diseñados para verlas, y no podemos hacernos una idea de su naturaleza absoluta. Pretendemos entender la infinita complejidad del cosmos por medio de cinco pobres sentidos, pero otros seres, dotados de una variedad más amplia, eficaz o simplemente distinta de ellos, no sólo podrían ver de un modo muy diferente las cosas que vemos, sino también percibir y estudiar mundos enteros compuestos de materia, energía y vida que se encuentran al alcance de la mano, pero que no somos capaces de detectar con los sentidos que tenemos[3]. Siempre he creído que esos mundos misteriosos e inaccesibles existen a apenas un paso de nosotros, y ahora creo haber hallado un modo de derribar las barreras que nos separan de ellos. No estoy bromeando. En menos de veinticuatro horas esa máquina próxima a la mesa generará unas ondas capaces de actuar sobre órganos sensoriales no identificados que subsisten en nosotros como atrofiadas o rudimentarias estructuras vestigiales. Esas ondas expondrán a nuestra vista muchas cosas desconocidas para el hombre, así como varias desconocidas para cualquier tipo de vida orgánica tal como nosotros la entendemos. Veremos esas cosas a las que aúllan los perros en la oscuridad, y aquellas que hacen aguzar el oído a los gatos después de medianoche. Veremos esas cosas, y otras que no ha contemplado aún ningún

ser viviente. Atravesaremos el tiempo, el espacio y las dimensiones, y sin movemos del sitio nos asomaremos al fondo de la creación.

Cuando Tillinghast dijo todo aquello yo protesté, porque lo conocía lo suficientemente bien como para que sus palabras me dieran más miedo que risa; pero no hubo manera de hacerle entrar en razón, y me echó de casa. Ahora su actitud seguía siendo la misma, pero su deseo de hablar se había impuesto al resentimiento y me había enviado un imperioso mensaje con una letra que apenas había sido capaz de reconocer. Cuando entré en la casa de aquel amigo tan repentinamente metamorfoseado en una gárgola temblorosa, me vi contagiado de ese terror que daba la sensación de acechar en cada sombra. Las aserciones y convicciones expresadas diez semanas antes parecían haber cobrado forma en la oscuridad que se extendía más allá del pequeño radio de luz de la vela, y la voz ahora cavernosa de mi anfitrión me hizo sentir asqueado. Deseé que los criados estuvieran allí, así que no me hizo gracia oír de labios de mi amigo que todos se habían marchado tres días antes. Me resultó extraño que el viejo Gregory, cuando menos, hubiera abandonado a su señor sin decírselo a un amigo de lealtad tan contrastada como la mía. Había sido él quien me había dado toda la información que tenía de Tillinghast después de que me hubiera rechazado coléricamente.

No obstante, mi creciente curiosidad y fascinación hizo que todos mis miedos pasaran enseguida a un segundo plano. Qué quería exactamente Crawford Tillinghast de mí en aquel momento era algo que sólo podía conjeturar, pero no me cabía ninguna duda de que tenía algún secreto o descubrimiento formidable que comunicarme. Antes había puesto reparos a sus antinaturales indagaciones en lo inconcebible; pero, ahora que había tenido claramente éxito hasta cierto punto, casi compartía su entusiasmo, por terrible que pareciese el precio de su triunfo. Atravesando la vacua oscuridad de la casa, seguí escaleras arriba la vela que sostenía con pulso inestable aquella temblorosa parodia de un hombre. La corriente parecía estar desconectada, y, cuando le pregunté a mi guía, dijo que era por un motivo concreto:

—Sería demasiado… no me atrevería —musitó también a continuación. Me fijé de un modo particular en aquel nuevo hábito de ir murmurando, pues no era propio de él hablar solo. Entramos en el laboratorio de la buhardilla, y vi aquella odiosa máquina eléctrica, que resplandecía con una enfermiza y siniestra luminosidad violeta. Estaba conectada a una potente batería, pero no parecía estar recibiendo corriente, dado que recordaba que durante su fase experimental el aparato había ronroneado y petardeado cuando se encontraba

en funcionamiento. En respuesta a mi pregunta, Tillinghast masculló que aquel resplandor permanente no era eléctrico en ningún sentido que yo fuera capaz de entender.

A continuación me sentó cerca de la máquina, quedando esta a mi derecha, y activó un interruptor situado en algún punto bajo el cúmulo de bombillas que la coronaba. Comenzó entonces el petardeo acostumbrado, el cual se transformó después en un chirrido y acabó convertido en un zumbido tan suave que uno creería que se había hecho otra vez el silencio. De forma simultánea la luminosidad aumentó, luego disminuyó de nuevo y finalmente adquirió un color o una mezcla de colores pálidos y extraordinarios que no era capaz de identificar ni de describir. Tillinghast, que me había estado observando. advirtió mi expresión de desconcierto.

—¿Sabes qué es eso? —susurró—. Es el ultravioleta. —Mi sorpresa le hizo soltar una extraña risita—. Creías que el ultravioleta era invisible, y lo es; pero ahora puedes verlo, y junto con él muchas otras cosas normalmente ocultas a nuestros ojos.

»¡Escúchame! Las ondas de esa cosa están despertando un millar de sentidos latentes en nosotros; sentidos que hemos heredado de una evolución de eones desde el estado de electrones aislados hasta el de seres humanos orgánicos. He visto la realidad, y tengo intención de mostrártela. ¿Te preguntas qué aspecto tendrá? Voy a decírtelo. —Tillinghast se sentó entonces justo delante de mí, apagando la vela de un soplido y mirándome a los ojos de un modo espantoso—. Tus órganos sensoriales normales (primero el oído, me imagino) captarán buena parte de las sensaciones, dado que están estrechamente relacionados con los órganos inactivos. Después percibirás otras. ¿Has oído hablar de la glándula pineal?[4] Me río yo de los ignorantes endocrinólogos: son todos unos advenedizos[5] ingenuos, como los freudianos. Esa glándula es nuestro órgano sensorial más perceptivo, según he descubierto. Resulta que funciona de un modo similar a nuestros ojos, transmitiendo imágenes al cerebro. Si tu estructura fisiológica es normal, así es como deberías percibir la mayoría de ellas… la mayoría de manifestaciones del más allá, me refiero.

Recorrí con la mirada la inmensa buhardilla con su oblicua pared sur, tenuemente iluminada por rayos que el ojo común no ve. Los rincones más alejados estaban completamente sumidos en sombras, y todo el lugar había adquirido un vago carácter irreal que ocultaba su naturaleza e invitaba a la imaginación a simbolismos y fantasmagorías. Durante el ralo que Tillinghast estuvo callado, tuve la impresión de hallarme en un enorme e increíble templo

consagrado a dioses largo tiempo olvidados; en algún tipo de edificio con innumerables columnas de piedra negra que se elevaban desde un suelo de losas húmedas hasta una altura incierta más allá del alcance de mi vista. La imagen fue muy vívida durante unos segundos, pero luego fue dando paso poco a poco a una ilusión más horrible: la de una soledad total y absoluta en un espacio infinito donde no se veía ni escuchaba nada. Allí solamente parecía haber un vacío, y nada más, y sentí un miedo pueril que me incitó a sacar del bolsillo del pantalón el revólver que siempre llevaba conmigo durante las horas de oscuridad desde aquella noche en que me habían atracado en East Providence[6]. A continuación, desde los confines más remotos de la lejanía, aquel sonido fue cobrando presencia con suavidad. Era infinitamente débil, sutilmente vibrante e inequívocamente musical, pero poseía un timbre indescriptiblemente demencial que producía un efecto similar al de una delicada tortura en todo mi cuerpo. Percibí sensaciones como las que uno experimenta al rayar sin querer un cristal esmerilado. Al mismo tiempo surgió una especie de corriente de aire frío que parecía estar soplando desde la dirección de la que provenía el lejano sonido. Mientras permanecía expectante y en vilo, advertí que tanto este último como la corriente de aire estaban intesificándose; hecho que me produjo una extraña sensación, como si me encontrase atado a un par de raíles por los cuales se estuviera aproximando una gigantesca locomotora. Comencé a hablarle a Tillinghast, y al hacerlo, todas aquellas percepciones fuera de lo común se desvanecieron bruscamente. Volví a ver únicamente a mi amigo, la máquina resplandeciente y la habitación en penumbra. Tillinghast sonreía repulsivamente en dirección al revólver que yo había sacado casi sin darme cuenta, pero me encontraba seguro, por su expresión, de que había visto y oído tantas cosas como yo, si no mucho más. Le describí en voz baja lo que había experimentado, y él me pidió que me mantuviera lo más callado y receptivo posible.

—No te muevas —me advirtió—, pues a la luz de estos rayos, además de ver, también podemos ser vistos. Te conté que los criados se habían ido, pero no dije cómo. Fue culpa de esa ama de llaves idiota: encendió las luces en el piso de abajo después de haberle avisado que no lo hiciera, y los cables captaron vibraciones por resonancia. Debió de ser espantoso: pude oír los gritos aquí arriba a pesar de todo lo que estaba viendo y oyendo en otra dirección, y resultó bastante horrible encontrar después esos montones de ropa vacía tirados por la casa. El de la Sra. Updike apareció cerca del interruptor del vestíbulo… por eso sé que le dio. Se los llevó a todos. Pero, mientras no nos movamos, nosotros estamos relativamente a salvo. Recuerda

que estamos tratando con un mundo terrible en el cual nos encontramos prácticamente indefensos… ¡Silencio!

La impresión conjunta de la revelación y la súbita orden me provocó una especie de parálisis, y el terror que sentía hizo que mi mente se abriera nuevamente a las percepciones que provenían de lo que Tillinghast llamaba «el más allá». Esta vez me vi sumido en una vorágine de sonidos y movimiento, con imágenes confusas bailando ante mis ojos. Distinguía de manera borrosa el contorno de la habitación, pero de algún punto del espacio parecía estar brotando un bullente río de nubes o figuras irreconocibles que atravesaban el sólido tejado por un punto situado delante y a la derecha de mí. Luego entrevi nuevamente la ilusión del templo, pero en esta ocasión las columnas ascendían hasta un océano de luz flotante, del cual descendió un rayo cegador que acabó cruzándose con el río nebuloso que había visto antes. Después la escena adquirió un aspecto casi caleidoscópico, y me pareció estar de algún modo a punto de disolverme o de perder mi forma sólida en aquella confusión de imágenes, sonidos y otras percepciones sensoriales no identificadas. Hubo una visión fugaz en concreto que siempre recordaré. Me pareció contemplar por un instante un pedazo de firmamento desconocido lleno de brillantes esferas giratorias, y a medida que la imagen se fue alejando vi que esos soles radiantes dibujaban una constelación o galaxia con forma definida: una forma que era la cara distorsionada de Crawford Tillinghast. En otro momento noté cómo aquellas enormes figuras animadas pasaban a escasos centímetros de mí, y algunas veces atravesaban mi cuerpo supuestamente sólido, caminando o flotando a la deriva; y creí ver a Tillinghast observándolas, como si sus sentidos mejor entrenados fueran capaces de percibirlas visualmente. Recordé entonces lo que había dicho de la glándula pineal, y me pregunté qué vería con ese ojo preternatural.

De repente, yo mismo pasé a tener una especie de visión aumentada. Además del caos de luces y sombras apareció una imagen que, pese a su vaguedad, poseía una consistencia y persistencia rudimentarias. Resultaba, de hecho, un tanto familiar, ya que la parte anormal se superponía sobre la escena normal y tangible de un modo muy similar a una película que estuviera siendo proyectada sobre el telón pintado de un cine. Veía el laboratorio de la buhardilla, la máquina eléctrica y la fea estampa de Tillinghast frente a mí, pero en todo el espacio que quedaba sin ocupar por objetos materiales conocidos no había un centímetro libre. Figuras indescriptibles tanto vivas como de otro tipo se entremezclaban en una abominable babel, y alrededor de cada cosa mundana había mundos enteros de entes extraños y

desconocidos[7]. Daba la impresión asimismo de que todas las cosas conocidas formaban parte de la composición de otras desconocidas, y viceversa. Destacando entre la masa de entes vivientes había grandes monstruosidades gelatinosas de un vivo color negro que sacudían su fofa mole al ritmo de las vibraciones de la máquina. Se encontraban presentes en un número repulsivamente abundante, y, para mi horror, vi que estaban montadas unas sobre otras, y que eran seres semifluidos que podían pasar unos a través de otros y a través de los objetos que nosotros consideramos sólidos. Aquellas cosas no paraban nunca de moverse, y parecían flotar continuamente de acá para allá con algún propósito perverso. A veces parecían devorarse unas a otras, abalanzándose el atacante sobre su víctima y borrándola de la vista en un instante. Estremeciéndome de terror, creí saber entonces qué había causado la desaparición de los pobres sirvientes, y no conseguí apartar aquellas cosas de mi mente cuando traté por todos los medios de centrar mi atención en otras características del mundo que se esconde a nuestro alrededor, y que ahora era capaz de ver. Tillinghast, no obstante, me había estado observando, y estaba diciendo:

—¿Las ves? ¿Las ves? ¿Ves esas cosas que flotan y se bambolean a tu alrededor y a través de ti en cada instante de tu vida? ¿Ves los seres que forman aquello que los hombres llaman el aire puro y el cielo azul? ¿Acaso no he conseguido derribar la barrera? ¿No te he mostrado mundos que nadie más ha visto? —Oí sus gritos a través del espantoso caos, y miré aquel rostro enloquecido, tan desagradablemente pegado al mío. Sus ojos eran pozos ardientes. y ambos me estaban atravesando con una mirada que entonces vi que traslucía un rencor incontenible. La máquina, mientras tanto, zumbaba de forma odiosa.

—¿Crees que fueron esas cosas bamboleantes las que acabaron con los criados? ¡Son inofensivas, imbécil! Pero los sirvientes han desaparecido, ¿no es así? Intentaste detenerme; me desanimaste cuando necesitaba todo el ánimo posible; te asustaba la realidad del cosmos, maldito cobarde, ¡pero ahora te tengo atrapado! ¿Qué se llevó por delante a los criados? ¿Qué les hizo gritar de forma tan desesperada?… No lo sabes, ¿eh? ¡Pronto lo sabrás! Mírame… escucha lo que digo… ¿acaso crees que verdaderamente existen cosas tales como el tiempo y el espacio? ¿Piensas que existen la forma o la substancia? ¡Te aseguro que he descubierto recónditos confines que tu pequeño cerebro es incapaz de imaginar! He visto más allá de los límites del infinito y arrastrado hasta aquí a demonios de las estrellas… He puesto bajo mi yugo a las sombras que viajan de un mundo a otro para sembrar la muerte

y la locura… El espacio es mío, ¿me oyes? Ahora hay cosas que me persiguen… esas cosas que devoran y hacen desaparecer…, pero sé cómo esquivar su encuentro. Es a ti a quien cogerán, igual que cogieron a los sirvientes. ¿Te revuelves en tu silla, estimado amigo? Ya te avisé que era peligroso moverse. Te he salvado el cuello hasta ahora al advertirte que te estuvieras quieto; lo he hecho con el fin de que vieras más cosas y me escucharas. Si te hubieras movido, hace ya largo rato que te habrían cazado. No te preocupes, no te harán daño. A los criados no se lo hicieron; fue la visión de mis animalitos lo que hizo gritar así a esos pobres infelices. No son bonitos de contemplar, ya que vienen de sitios donde los cánones estéticos son… muy distintos. La desintegración es un proceso totalmente indoloro, te lo aseguro; pero quiero que los veas. Yo estuve a punto de hacerlo, pero supe frenarme a tiempo. ¿No sientes curiosidad? ¡Siempre he tenido claro que no eras un científico! Estás temblando, ¿eh? ¿Tiemblas de emoción por ver a los seres primordiales que he descubierto? En tal caso, ¿por qué no te mueves? ¿Estás cansado? Bien, no te preocupes, amigo mío, porque ya están llegando… ¡Mira! ¡Mira ahí, maldito!… Está justo sobre tu hombro izquierdo…

Lo que queda por contar es muy poco, y es posible que lo hayas leído ya en los periódicos. La policía oyó un disparo en la vieja casa de los Tillinghast, y allí fue donde nos encontró; a Tillinghast muerto y a mí inconsciente. Me detuvieron porque tenía el revólver en la mano, pero me soltaron al cabo de tres horas, tras descubrir que lo que había acabado con Tillinghast había sido una apoplejía y comprobar que mi disparo había ido dirigido a la perniciosa máquina que yacía ahora irremediablemente destrozada en el suelo del laboratorio. No revelé mucho de lo que había visto, ya que temía que el investigador forense[16‡] se mostrara escéptico; pero, por el evasivo resumen que le hice, el doctor me dijo que no había duda de que había resultado hipnotizado por aquel loco vengativo y homicida.

Ojalá pudiera creer a aquel doctor. Mis frágiles nervios mejorarían si fuese capaz de librarme de esos pensamientos que ahora no puedo evitar tener acerca del aire y el cielo que me rodean. Siempre noto una incómoda presencia a mi alrededor, y algunas veces me asalta la terrible y escalofriante sensación, cuando estoy cansado. de que algo me persigue. Lo que me impide creer al doctor es este simple hecho: que la policía nunca encontró los cuerpos de los criados que, según afirma, fueron asesinados por Crawford Tillinghast.

Ex oblivione[1][2*]

A juzgar por su fecundidad literaria en aquellos días, cuesta creer que a los treinta años, la edad con la que probablemente escribió este poema en prosa, Lovecraft albergara el mismo hastío vital del narrador. Aun así, en su ensayo «En defensa de Dagón», perteneciente más o menos a la misma época, decía: «No hay nada mejor que el olvido, dado que en él no existen los sueños frustrados». Hay que considerar que estos pensamientos relativamente sombríos eran los de un hombre que estaba ensayando un punto de vista filosófico, dado que Lovecraft estaba experimentando por primera vez cómo era vivir al margen de la dominante influencia de su madre, entonces hospitalizada.

Cuando ya estaba en los últimos días, y las feas insignificancias de la existencia comenzaban a volverme loco como esas pequeñas gotas de agua que los torturadores dejan caer sin cesar sobre un punto concreto de la anatomía de sus víctimas, amaba el luminoso refugio del sueño. En mis aventuras oníricas encontraba un poco de la belleza que había buscando inútilmente en la vida, mientras deambulaba por antiguos jardines y bosques encantados.

Una noche en que soplaba una suave brisa perfumada, oí la llamada del sur y navegué lánguidamente durante una eternidad bajo un firmamento desconocido.

Otra noche en que llovía blandamente, descendí con suavidad un tenebroso río subterráneo a bordo de una falúa, hasta llegar a otro mundo de árboles iridiscentes y rosas sempiternas sumido en un crepúsculo purpúreo.

Y en otra ocasión anduve por un valle esplendoroso que conducía a bosques y ruinas umbríos, y acabé frente a un muro inmenso tapizado de vetustas enredaderas verdes y traspasado por una pequeña puerta de bronce.

Caminé por aquel valle muchas veces, y en cada una de ellas me detenía más tiempo en esa penumbra espectral donde los enormes árboles se enroscaban y retorcían de manera grotesca y la tierra gris se extendía húmeda entre un tronco y otro, dejando ver en ocasiones piedras mohosas de templos

enterrados. Y la meta de mis fantasías era siempre ese muro inmenso cubierto de enredaderas con la pequeña puerta de bronce en él.

Al cabo de un tiempo, a medida que los días se iban volviendo cada vez menos soportables debido a su insustancialidad y monotonía, empecé a inducirme a menudo un plácido sopor narcótico durante el cual recorría el valle y aquellos bosques sombríos y me preguntaba cómo podría convertirlos en mi morada eterna, de tal modo que no necesitara volver penosamente a un mundo gris despojado de interés y nuevos colores. Y cuando contemplaba la pequeña puerta en aquel muro inmenso, tenía el presentimiento de que al otro lado de ella se escondía un reino de ensueño del cual, una vez dentro de él, ya no habría regreso posible.

Así pues, cada noche en mis sueños me afanaba en hallar el cerrojo oculto de la puerta en el antiguo muro cubierto de hiedra, a pesar de que se hallaba extremadamente bien escondido. Y me decía a mí mismo que el reino al otro lado del muro, además de más duradero, era también más hermoso y radiante que aquel.

Entonces, una noche, encontré en la ciudad onírica de Zakarion un papiro amarillento lleno de reflexiones de sabios de las tierras del sueño que habían morado en dicha ciudad en tiempos remotos, y cuya sapiencia era demasiado ingente como para que hubieran podido nacer en el mundo real. En él se recogían muchas cosas relacionadas con el mundo de los sueños, y entre ellas estaba el conocimiento de un valle esplendoroso y de un bosque sagrado con templos, así como de un alto muro atravesado por una pequeña puerta de bronce. Al ver aquello, supe que se refería a los lugares que había estado frecuentando, de modo que seguí leyendo con detenimiento el ajado papiro.

Algunos de los sabios decían cosas espléndidas de las maravillas que había al otro lado de la puerta sin retorno, pero otros hablaban en cambio de horror y decepción. No sabía a cuáles creer, pero aun así ansiaba cada vez más franquear la entrada a aquella tierra desconocida para no regresar jamás; puesto que no hay nada más atrayente que la incertidumbre y el misterio, ni nuevo horror en potencia que pueda ser más terrible que la tortura diaria de lo cotidiano. De modo que, cuando averigüé cuál era la droga que abriría la puerta y me haría pasar al otro lado, decidí tomarla la siguiente vez que despertara.

Anoche ingerí el narcótico y me dejé llevar en brazos de Morfeo hasta el valle esplendoroso y los bosques umbríos; y cuando llegué esta vez al antiquísimo muro, vi que la pequeña puerta de bronce se hallaba entreabierta. De más allá del umbral surgía un resplandor que iluminaba de un modo

extraño los enormes árboles retorcidos y las partes visibles de los templos enterrados, y yo me dejé arrastrar hacia él como transportado por una música inaudible, ansioso por ver las radiantes maravillas del reino del cual ya nunca habría de volver.

Mas cuando la puerta se abrió más a mi paso y el hechizo de la droga y el sueño me hizo atravesarla, supe que todas las maravillas y visiones fantásticas habían llegado a su fin; pues en aquel nuevo reino no había tierra ni mar alguno, sino únicamente el vacío cegador de un desolado espacio sin límites[2]. De modo que, más feliz de lo que jamás me había atrevido a soñar, me fundí de nuevo con aquel infinito primordial de límpido olvido del cual la perversa existencia me había arrancado por un breve y desolador instante.

La búsqueda de Iranon[1]

Este es un relato básicamente triste, que contrarresta en muchos sentidos historias esperanzadoras como «Celefaïs» o, posteriormente, «La llave de plata». A diferencia de Kuranes o Randolph Carter, Iranon fracasa en su búsqueda de la felicidad en una tierra de los sueños perdida, y, al final, pierde también la fe en sí mismo y en su nobleza innata. Al igual que en «Polaris», H. P. L. representa ese mundo de fantasía no como un lugar donde la dicha está asegurada, sino más bien como uno en el que la auténtica naturaleza de cada persona acaba saliendo a la luz.

A la granítica ciudad de Teloth llegó el joven en su deambular, coronado con hojas de vid, con el cabello rubio brillante de mirra y su toga purpúrea rasgada por las zarzas del monte Sidrak situado al otro lado del antiguo puente de piedra. Los hombres de Teloth son morenos y adustos, y viven en casas cuadradas; y frunciendo el ceño preguntaron al joven de dónde venía y cómo se llamaba, así como cuán grande era su fortuna. De modo que el joven respondió: —Me llamo Iranon y vengo de Aira, una ciudad lejana de la cual conservo sólo vagos recuerdos, pero que intento volver a encontrar. Canto canciones que aprendí en esa ciudad, y me dedico a crear belleza con las cosas que recuerdo de mi niñez. Mi riqueza se compone de pequeños recuerdos y sueños, y de esperanzas a las cuales canto en jardines en las noches en que la luna inspira ternura y el viento del oeste hace temblar los botones de loto.

Cuando los hombres de Teloth escucharon estas cosas se pusieron a cuchichear entre sí; pues, pese a que en la ciudad de granito nadie ríe ni canta, en los días de primavera sus adustos habitantes elevan a veces la mirada a las colinas Kartianas y piensan en los laúdes de la distante Oonai de los cuales han oído hablar a los viajeros. Y al reflexionar sobre esto, le pidieron al forastero que se quedara y cantara en la plaza trente a la Torre de Mlin, aunque no les gustase el color de su andrajosa toga, ni la mirra de su cabello, ni su corona de hojas de vid ni la juventud de su esplendorosa voz. Esa noche

Iranon cantó, y mientras lo hacía un anciano se puso a rezar y un ciego dijo ver una aureola en torno a la cabeza del aedo[17‡]. Pero la inmensa mayoría de los hombres de Teloth bostezó, algunos se rieron y otros se fueron a dormir, dado que Iranon no contó nada que fuera de utilidad, y se limitó a hablar en su canción de sus recuerdos, sueños y esperanzas:

—Recuerdo el anochecer, la luna y canciones entonadas en voz baja, y también la ventana junto a la cual me acunaban hasta que me dormía. Y al otro lado de la ventana estaba la calle de la que llegaban aquellas luces doradas, y en donde las sombras bailaban sobre casas de mármol. Recuerdo el cuadrado de luz que la luna dibujaba en el suelo, una luz que era distinta a cualquier otra, y las visiones que danzaban en sus rayos cuando mi madre me arrullaba. Y recuerdo también el sol de la mañana brillando con fuerza sobre las coloridas colinas en el verano, y el fresco aroma de las flores en el viento del sur que hacía cantar a los árboles.

»¡Oh, Aira, ciudad de mármol y berilo, cuán numerosas son tus maravillas! ¡Cómo amaba las cálidas y fragantes arboledas más allá del hialino[2] Nithra, y la cascada del menudo Kra, que discurría por el verdeante valle! En aquellas arboledas y ese valle los niños tejían guirnaldas para regalárselas unos a otros, y al anochecer yo tenía extraños ensueños bajo los yaths[18‡] de la montaña, mientras veía debajo de mí las luces de la ciudad y el arqueado Nithra, donde se reflejaba una franja de estrellas.

»Y en la ciudad había palacios de mármol veteado y tintado, con cúpulas de oro y frescos en las paredes, y con verdes jardines provistos de estanques cerúleos y fuentes cristalinas. Yo solía jugar en los jardines y meterme en los estanques, y me echaba y soñaba a menudo entre las pálidas llores bajo los árboles. Y algunas veces al atardecer subía la larga y escarpada calle que conducía hasta la ciudadela y la alta explanada, y desde allí contemplaba Aíra, la mágica ciudad de mármol y berilo, espléndidamente envuelta en un manto de llamas doradas.

»Largo tiempo te he extrañado. Aira, pues yo era muy joven cuando marchamos al exilio; pero mi padre era tu soberano y yo he de volver de nuevo a ti, dado que así lo ha decretado el Destino. Siete reinos enteros he recorrido buscándote, y algún día yo reinaré sobre tus bosques y jardines, y tus calles y palacios; y cantaré para hombres que reconocerán las cosas a las que canto, y no se reirán ni me darán la espalda. Pues yo soy Iranon, quien fuera príncipe de Aira.

Esa noche los habitantes de Teloth dieron alojamiento al forastero en una cuadra, y por la mañana un arconte[3] fue a decirle que se dirigiera al

establecimiento de Athok el zapatero, a fin de ponerse allí a su servicio como aprendiz.

—Pero yo soy Iranon, y mi vocación es cantar —dijo él—. No tengo ánimos para dedicarme al oficio de zapatero.

—Todo el mundo tiene que trabajar en Teloth —respondió el arconte—, pues así lo dicta la ley. —Entonces Iranon replicó a su vez:

—¿Por qué trabajáis? ¿Acaso no lo hacéis para vivir felices? Y si trabajáis únicamente para poder trabajar más, ¿cuándo hallaréis la felicidad? Trabajáis para vivir, mas ¿no está hecha la vida de belleza y canciones? Y si no permitís que haya aedos entre vosotros, ¿qué recompensa tiene vuestro duro esfuerzo? El trabajo sin canciones es como un cansado viaje sin fin. ¿No sería más grata la muerte? —El arconte, sin embargo, no entendió aquellas palabras, y reprendió al forastero con hosquedad:

—Eres un joven extraño, y no me agrada tu rostro ni tu voz. Lo que dices es una blasfemia, ya que los dioses de Teloth han decretado que el trabajo es bueno. Ellos nos han prometido que alcanzaremos un paraíso radiante al morir, donde disfrutaremos de un descanso eterno y una serenidad inmaculada, en la cual no habrá pensamientos ni belleza que aflijan la mente o la mirada de nadie. Así pues, ve a ver a Athok el zapatero o márchate de la ciudad antes del anochecer. Todo el mundo tiene que trabajar aquí, y cantar es una necedad.

De modo que Iranon salió de la cuadra y se puso a andar por las angostas calles de piedra entre las tristes casas cuadradas de granito, buscando algún verdor en el ambiente primaveral. Mas en Teloth no había nada verde, pues todo estaba hecho de piedra. Los hombres tenían gestos ceñudos en el rostro, pero al lado del dique de piedra que bordea el perezoso río Zuro había sentado un niño de ojos melancólicos que escrutaba las aguas en busca de ramitas verdes que hubieran sido arrastradas desde las colinas por la impetuosa crecida de los arroyos. Y el niño le dijo:

—¿No eres tú ese de quien hablan los arcontes. aquel que busca una apartada ciudad en un bello reino? Me llamo Romnod, y soy hijo de habitantes de Teloth, pero las costumbres de esta ciudad de granito aún no han calado en mí, y todos los días ansio ver las cálidas arboledas y las lejanas tierras donde reinan la belleza y las canciones. Más allá de las colinas Kartianas se encuentra Oonai, la ciudad de los laúdes y el baile, de la cual los hombres hablan en susurros y dicen que es a un tiempo hermosa y terrible. Allí viajaría yo si fuera lo bastante mayor para hallar el modo, y allí deberías ir tú si quieres cantar y lograr que los hombres te escuchen. Vayámonos de la

ciudad de Teloth y viajemos juntos entre las colinas de la primavera. Tú me enseñarás cómo recorrer los caminos, y yo escucharé tus canciones al anochecer, cuando una a una las estrellas traen sueños a la mente de los soñadores. Y podría ocurrir por ventura que Oonai, la ciudad de los laúdes y el baile, sea incluso la hermosa Aira que buscas, pues se dice que no has visto Aira desde hace mucho tiempo, y los nombres cambian a menudo. Vayamos a Oonai, oh, Iranon de los cabellos de oro. donde los hombres reconocerán nuestos anhelos y nos recibirán como a hermanos, y nunca se reirán ni torcerán el gesto por lo que digamos. —E Iranon respondió:



«Más allá de las colinas Kartianas se encuentra Oonai, la ciudad de los laúdes y el baile». *Weird Tales* 33, 3 (marzo 1939) (ilustrador: Virgil Finlay).

—¡Que así sea, pequeño!; si alguien en esta ciudad de piedra ansia la belleza, ha de poner rumbo a las montañas y más allá, y yo nunca te dejaría aquí penando junto a las perezosas aguas del Zuro. Mas no pienses que el gozo y la comprensión moran justo al otro lado de las colinas Kartianas ni en ningún otro lugar que uno pueda hallar viajando durante un día, un año o un lustro[4]. Mira: cuando yo era un niño como tú. vivía en el valle de Narthos a

orillas del gélido Xari, donde nadie quería escuchar mis sueños; y me dije que cuando creciera iría a Sinara en la vertiente sur y cantaría en el mercado para sus sonrientes conductores de dromedarios. Mas cuando fui a Sinara me encontré con que estos últimos eran personas ebrias y procaces, y vi que sus canciones no se parecían a las mías, así que descendí el Xari en una falúa hasta Jaren, la de las murallas de ónice. Y los soldados de Jaren se rieron de mí y me echaron de la ciudad, por lo que acabé vagando sin rumbo hasta llegar a muchas otras. He visto Stethelos, que se encuentra al pie de la gran catarata, y he contemplado la ribera pantanosa en la que antaño se alzaba Sarnath[5]. He estado en Thraa, Ilamek y Kadatheron, situadas a orillas del serpenteante río Ai, y he vivido durante largo tiempo en Olathoë, en el reino de Lomar[6]. Pero, si bien algunas veces ha habido gente que me ha escuchado, siempre ha sido poca, y sé que sólo me espera un caluroso recibimiento en Aira, la ciudad de mármol y berilo donde mi padre reinó. Será Aira, por tanto, la ciudad que buscaremos, aunque no estaría de más visitar la lejana y dichosa Oonai, la cual podría ser efectivamente Aira, si bien no lo creo. La belleza de Aira escapa a la imaginación, y nadie puede hablar de ella sin embeleso, mientras que con respecto a Oonai los camelleros hacen comentarios desdeñosos en voz baja.

Iranon y el pequeño Romnod se marcharon de Teloth al ponerse el sol. y durante mucho tiempo recorrieron las verdes colinas y los frescos bosques sin saber muy bien qué ruta tomar. El camino era escabroso y poco conocido, y nunca parecían encontrarse más cerca de Oonai, la ciudad de los laúdes y el baile; pero al anochecer, cuando salían las estrellas. Iranon cantaba acerca de Aira y sus maravillas y Romnod lo escuchaba, así que ambos eran felices en cierto modo. Comían frutas y bayas rojas en abundancia, y no advertían el paso del tiempo, pese a que debieron de transcurrir muchos años. El pequeño Romnod ya no era tan pequeño, y hablaba con voz profunda en vez de aguda, mas Iranon nunca cambiaba, y engalanaba sus cabellos dorados con hojas de vid y aromáticas resinas halladas en los bosques. Y así fue como un día sucedió que Romnod parecía más mayor que Iranon. a pesar de que aquel había sido muy pequeño cuando este lo había encontrado en Teloth. sentado en el dique de piedra que bordea el perezoso río Zuro y atento a la posible aparición en sus aguas de remitas verdes.

Una noche de luna llena los viajeros llegaron a la cima de una montaña y divisaron a sus pies las innumerables luces de Oonai. Los campesinos les habían dicho que estaban cerca, e Iranon supo entonces que aquella no era Aira, su ciudad natal. Las luces de Oonai no se parecían a las de esta última,

pues eran fuertes y deslumbrantes, mientras que las luces de Aira brillan de manera tan suave y mágica como lo hacía la luz de la luna junto a la ventana en la que la madre de Iranon lo acunaba cantándole hasta que se dormía. Pero Oonai era una ciudad donde reinaban los laúdes y el baile, así que Iranon y Romnod descendieron la abrupta ladera con el fin de encontrar hombres que disfrutaran con las canciones y los sueños. Y cuando entraron en la ciudad hallaron personas con guirnaldas de rosas al cuello, que iban divirtiéndose de casa en casa y estaban asomadas a las ventanas y los balcones, que escucharon las canciones de Iranon y le aplaudieron y tiraron flores cuando acabó de cantar. Entonces Iranon creyó por un instante haber encontrado a una gente que compartía su manera de pensar e incluso de sentir, aun cuando la ciudad no fuera ni una centésima parte igual de bella que Aira.

Cuando llegó el amanecer Iranon miró a su alrededor con consternación, ya que a la luz del sol las cúpulas de Oonai no eran doradas, sino grises y deprimentes. Y a los hombres de Oonai se los veía pálidos por la diversión y aturdidos por el vino, con un aspecto muy distinto a) de los radiantes habitantes de Aira. Pero como aquella gente le había lanzado flores y había aclamado sus canciones Iranon se quedó, y con él Romnod, quien disfrutaba con el jolgorio de la ciudad y llevaba prendidos en su oscuro cabello rosas y mirto**[19‡]**. Iranon cantaba muchas noches para los festejantes, pero siempre del mismo modo, engalanado únicamente con su corona de hojas de vid de las montañas y evocando las calles de mármol de Aira y el hialino Nithra. Cantó también en los salones decorados con frescos del monarca de Oonai, desde una tarima de cristal levantada sobre un suelo que era un gran espejo; y al hacerlo trajo ensoñaciones a la imaginación de quienes lo estaban oyendo hasta que el pavimento dio la impresión de reflejar bellas reminiscencias de un tiempo antiguo, en vez de los rostros enrojecidos por el vino de los participantes en el banquete que hacían llover rosas sobre el aedo. Y el rey ordenó a este último que guardara su andrajosa púrpura, y lo vistió de satén y tejido de oro, con anillos de jade verde y pulseras de marfil tintado; y le dio aposento en una alcoba dorada y adornada con tapices, cuya cama de fina madera labrada tenía un dosel y un cobertor de seda con bordaduras de flores. Y así vivió Iranon en Oonai, la ciudad de los laúdes y el baile.

No se sabe cuánto tiempo pasó Iranon en Oonai, pero un día el rey llevó a palacio a unos bailarines del desierto Liranio que ejecutaban frenéticas danzas giratorias y a unos flautistas atezados de la ciudad oriental de Drinen, y a partir de entonces los festejantes lanzaron sus rosas no tanto a Iranon como a los bailarines y flautistas. Y día a día, el Romnod que había sido un niño en la

granítica ciudad de Teloth se fue volviendo un hombre más ordinario y enrojecido por efecto del vino, hasta que poco a poco fue soñando cada vez menos, y escuchando con menor deleite las canciones de Iranon. Pero aunque Iranon estaba triste, no dejó de cantar, volviendo a narrar cada noche sus sueños acerca de Aira, la ciudad de mármol y berilo. Entonces, durante una velada, el colorado y ahora orondo Romnod profirió un violento estertor mientras se hallaba reclinado entre las floridas sedas de su triclinio y murió retorciéndose, mientras Iranon, pálido y esbelto, cantaba para sí en un rincón apartado. Y cuando Iranon hubo llorado sobre la tumba de Romnod y esparcido sobre ella ramitas verdes como las que solían gustarle a su amigo, se despojó de sus sedas y oropeles y se marchó de Oonai, la ciudad de los laúdes y el baile olvidado por todos, vestido únicamente con la andrajosa púrpura con la que había llegado y coronado con frescas hojas de vid procedentes de las montañas.

Hacia el sol poniente se alejó Iranon sin rumbo, buscando aún su tierra natal, y también hombres que comprendieran y apreciaran sus canciones y sus sueños. En todas las ciudades de Cydathria y en las tierras situadas más allá del desierto Bnázico[7] sus viejas canciones y su andrajosa toga purpúrea fueron objeto de burla de niños risueños; pero Iranon se mantenía eternamente joven, y llevaba coronas de hojas sobre sus dorados cabellos mientras cantaba acerca de Aira, alegría del pasado y esperanza del futuro.

Así fue como una noche llegó a la casucha de un viejo pastor, sucio y encorvado, que cuidaba de unos rebaños de ovejas ñacas en una ladera pedregosa que se elevaba sobre un pantano de arenas movedizas. Y a este hombre, como a tantos otros. Iranon le preguntó;

—¿Sabrías decirme dónde puedo encontrar Aira, la ciudad de mármol y berilo, donde discurre el hialino Nithra y la cascada del menudo Kra canta a valles verdeantes y a colinas pobladas de yaths[8]? —Y el pastor, al oír aquello, lanzó una larga mirada de extrañeza a Ira— non, como si estuviese recordando algo vivido hacía mucho tiempo, y se fijó en cada una de las líneas del rostro del desconocido, en su pelo dorado y en su corona de hojas de vid. Pero era un hombre muy viejo, y negó con la cabeza a la vez que respondía:

—Oh, extraño, sí que he oído antes el nombre de Aira, así como los otros que has mencionado; pero acuden a mi memoria desde una época muy remota, desde la cual han transcurrido largos años. Los oí en mi juventud de labios de un compañero de juegos, hijo de un pordiosero, que era dado a curiosas ensoñaciones y acostumbraba a inventar largas historias que

hablaban de la luna, las flores y el viento del oeste. Solíamos reírnos de él, pues lo conocíamos desde la cuna, pese a que él creía ser hijo de un rey. Era bien parecido, casi como tú, pero no paraba de decir insensateces y cosas extrañas; y se escapó cuando era pequeño para encontrar a alguien que se prestara con agrado a escuchar sus canciones y sueños. ¡Cuántas veces me habrá cantado sobre reinos que nunca han existido y cosas que nunca podrán existir! Hablaba mucho de Aira; de Aira y el río Nithra, y de la cascada del menudo Kra. Allí decía siempre que había vivido antes como un príncipe, aun cuando aquí lo conocíamos desde la cuna. Pero jamás ha habido una ciudad de mármol llamada Aira, y tampoco nadie que pueda hallar deleite en canciones extrañas, salvo en los sueños de mi antiguo compañero de juegos Iranon, que se fue para no volver.

Y a la luz del crepúsculo, mientras las estrellas salían una a una y la luna proyectaba sobre el pantano un resplandor similar al que un niño ve temblar en el suelo cuando es acunado por la noche hasta que se duerme, se adentró caminando en las mortíferas arenas movedizas un hombre muy anciano con una andrajosa toga púrpura y una corona de hojas de vid marchitas, que miraba al horizonte como si estuviera contemplando las cúpulas doradas de una hermosa ciudad donde los sueños son comprendidos. Esa noche algo joven y bello murió en el mundo antiguo[9].

El extraño[1]

De todas las historias que componen la considerable producción de Lovecraft, «El extraño» es posiblemente la que ha sido sometida a mayor análisis. Ha sido estudiada desde una perspectiva biográfica y psicoanalítica, y se la ha considerado un ataque a la religión, una expresión de ideas filosóficas, una crítica al progreso y una representación de «angustia homosexual»[2]*. Con todo, ninguna de estas interpretaciones resulta totalmente satisfactoria, y Lovecraft fue ambiguo respecto a sus intenciones. Diez años después de haber escrito el relato, Lovecraft dijo desdeñosamente de él que era una simple imitación de Poe. Aun así, quizá por su misma plasticidad, muchos ¡o ven como su mejor relato corto, y poco después de su fallecimiento, August Derleth y Donald Wandrei lo eligieron para encabezar el título de la primera antología que se publicó de su obra,* The Outsider and Other Stories *(1937).*

> Aquella noche el barón soñó con un sinfín de infortunios; y todos sus nobles invitados, con fantasmas y visiones de brujas, demonios y gusanos devoradores, sufrieron largas pesadillas[3].
>
> —KEATS

Desdichado es aquel al que los recuerdos de la niñez le inspiran únicamente temor y tristeza. Desventurado quien rememora horas solitarias en inmensas y lóbregas estancias con tapices descoloridos y desquiciantes hileras de libros antiguos, o evoca sobrecogidas vigilias en bosques crepusculares de árboles grotescos, gigantescos y llenos de enredaderas que agitan silenciosamente ramas retorcidas en las alturas. Tal fue el destino que me adjudicaron los dioses; a mí, el confundido, el desencantado; el menesteroso, el desolado. Y sin embargo me doy extrañamente por contento, y me aferro desesperadamente a esos recuerdos marchitos, cuando mi memoria amenaza por un instante con revivir *aquellos otros*.

Lo único que sé del lugar en que nací es que el castillo era tremendamente antiguo y extremadamente horrible. Estaba lleno de pasadizos oscuros, y tenía altos techos en los que el ojo sólo alcanzaba a ver sombras y telas de araña.

Las piedras de sus ruinosos corredores parecían encontrarse siempre repugnantemente húmedas, y había un hedor detestable por todas partes, como de generaciones enteras de cadáveres apilados[4]. Todo estaba siempre a oscuras, así que de vez en cuando solía encender velas y contemplar fijamente su llama para hallar alivio; y fuera tampoco llegaba la luz del sol, dado que los imponentes árboles crecían muy por encima de la torre más alta accesible. Había una torre negra que sobrepasaba las copas de los árboles elevándose hasta el cielo desconocido, pero estaba parcialmente en ruinas y no se podía subir a ella, excepto por medio de una escalada prácticamente imposible por la pared vertical, piedra a piedra.

Debí de vivir en aquel lugar durante años, pero me resulta imposible calcular el número. Debía de haber seres que atendieran mis necesidades, y sin embargo soy incapaz de recordar que hubiera nadie más aparte de mí, ni nada vivo que no fueran las silenciosas ratas, murciélagos y arañas. Quienquiera que me criara, pienso, tenía que ser increíblemente mayor, ya que la primera imagen que recordaba de una persona de carne y hueso era la de algo que se parecía a mí de un modo caricaturesco, pero que presentaba un aspecto deformado, ajado y decrépito como el castillo. No había nada grotesco a mis ojos en los huesos y esqueletos que se encontraban diseminados por algunas de las criptas de piedra excavadas a gran profundidad entre los cimientos, pues asociaba de manera extravagante aquellas cosas con mi realidad cotidiana, y las consideraba más naturales que las coloridas ilustraciones de seres vivientes que encontraba en muchos de los mohosos libros del castillo; libros de los cuales aprendí todo lo que sé. No hubo ningún maestro que me exhortara al estudio ni me orientara, y no recuerdo oír ninguna voz humana durante todos aquellos años, ni siquiera la mía; ya que, si bien había leído acerca de la facultad del habla, nunca se me había ocurrido intentar ponerla en práctica[5]. Mi aspecto era igualmente una cuestión que jamás me había planteado, dado que no había espejos en el castillo, y simplemente. de manera intuitiva, me consideraba semejante a las juveniles figuras que veía dibujadas y pintadas en los libros. Como recordaba tan pocas cosas, tenía la noción de que era joven.

Solía tumbarme a menudo fuera, bajo los mudos y tenebrosos árboles al otro lado del pestilente foso, y soñar despierto durante horas sobre lo que leía en los libros; y me imaginaba anheloso entre alegres multitudes en el soleado mundo que había más allá de aquel bosque infinito. Una vez. intenté escapar de él. pero cuanto más me alejaba del castillo, más densas eran las sombras y más siniestramente terrorífica la atmósfera que me rodeaba. de modo que

regresé corriendo como alma que lleva el diablo por miedo a extraviarme en un laberinto de silenciosas tinieblas.

Así pues, soñé y esperé a lo largo de interminables crepúsculos, aunque no sabía qué era lo que estaba esperando. Entonces, sumido en aquella sombría soledad, mi ansia de luz se volvió tan desesperada que ya no pude seguir de brazos cruzados, y levanté mis manos en un gesto suplicante hacia la ruinosa torre negra que se elevaba por encima del bosque hasta el cielo desconocido. Y al final resolví escalar aquella torre, aunque corriera el peligro de precipitarme al vacío; dado que era preferible ver el cielo por un instante y perecer antes que vivir sin contemplar jamás la luz del día.

En medio de la húmeda penumbra subí la vetusta y gastada escalera de piedra hasta alcanzar el punto en el que se interrumpía, y a partir de ahí continué el ascenso aferrándome peligrosamente a pequeños asideros que remontaban la pared. Espantoso y aterrador era aquel solitario cilindro de roca sin escaleras; tenebroso, decrépito y desolado, y siniestro a causa de los sobresaltados murciélagos de alas silenciosas que revoloteaban en su interior. Pero más espantosa y aterradora aún era la lentitud de mi ascensión; ya que, por más que subía, la oscuridad por encima de mí no disminuía un ápice, lo cual hizo que me invadiera un nuevo escalofrío de inquietante y arcaica naturaleza. Sentí un estremecimiento al preguntarme por qué seguía sin ver claridad alguna, y habría mirado hacia abajo de haberme atrevido. Supuse que la noche se me había echado inesperadamente encima. y busqué a tientas con una mano el alféizar de alguna ventana, con idea de asomarme al exterior para intentar calcular la altura a la que había llegado; mas no encontré nada.

De pronto, tras una terrorífica eternidad escalando a ciegas aquel mortífero precipicio cóncavo, noté que daba con la cabeza en algo sólido, y supe que debía de haber alcanzado la cubierta de la torre, o por lo menos el suelo de algún tipo de estancia intermedia. En medio de la oscuridad, levanté una mano y examiné la barrera, descubriendo que estaba hecha de piedra y que era inamovible. Acometí entonces un recorrido potencialmente fatal de la circunferencia de la torre, agarrándome a cualquier asidero que pudiera proporcionar la limosa pared; hasta que. palpando la barrera con la mano, encontré por fin un punto en el que cedía, y entonces reanudé mi terrible ascensión, empujando esa losa o trampilla con la cabeza dado que necesitaba ambas manos para subir. No apareció ninguna luz al otro lado, y cuando mis manos llegaron más arriba supe que mi escalada había concluido por el momento, dado que aquella losa constituía la trampilla de un hueco que conducía a una superficie de piedra horizontal de mayor diámetro que la torre

inferior: el suelo, sin duda, de alguna clase de atalaya espaciosa de techo alto. Subí trepando con cuidado a través del hueco, y traté de impedir que la pesada losa se cerrase de nuevo sobre él; mas fracasé en el intento. Los estremecedores ecos de su caída llegaron a mis oídos al tiempo que me desplomaba exhausto en el suelo de piedra. Con todo, esperaba poder levantarla otra vez cuando fuese necesario.

Creyendo encontrarme entonces a una altura extraordinaria, muy por encima de las detestables ramas del bosque, me levanté del suelo con esfuerzo y busqué a tientas alguna ventana en la estancia, a fin de tener la oportunidad de ver por primera vez el firmamento, la luna y las estrellas acerca de los cuales había leído. No obstante, me vi decepcionado en todas direcciones, dado que lo único que encontré fueron unas enormes repisas de mármol que albergaban unas repulsivas cajas oblongas de un tamaño inquietante. Mis cavilaciones se acrecentaron, y me pregunté qué antiquísimos secretos podían morar en aquel elevado aposento aislado durante tantos eones del resto del castillo. Entonces mis manos dieron de repente con una salida: una rugosa puerta de piedra extrañamente cincelada. Cuando intenté abrirla, la encontré firmemente cerrada; pero, con un súbito y hercúleo despliegue de fuerza, vencí todos los obstáculos y tiré de ella hasta tener el paso libre. En ese momento, me invadió el éxtasis más absoluto que he conocido jamás; ya que, brillando plácidamente al otro lado de una ornamentada reja de hierro, y en lo alto de una corta escalera de piedra ascendente que arrancaba desde la puerta que acababa de descubrir, estaba la radiante luna llena, la cual no había visto jamás excepto en sueños, así como en vagas visiones que no me atrevía a llamar recuerdos.

Figurándome que había llegado a la mismísima cúspide del castillo, empecé a remontar a toda prisa el pequeño tramo de escaleras que había más allá de la puerta; pero el oscurecimiento de la luna provocado por una nube me hizo tropezar, y seguí subiendo a tientas con paso más lento en medio de la negrura. Esta era aún muy intensa cuando alcancé la reja, la cual probé a mover. Descubrí que se podía abrir, pero no lo hice por miedo a caer desde la asombrosa altura a la que había llegado en mi ascensión. Entonces, salió la luna.

No hay sorpresa más terrible que la que provoca lo extremadamente inesperado y lo grotescamente increíble. Jamás en mi vida había experimentado nada que me hubiera suscitado un terror comparable a lo que contemplé en ese momento, junto con las extrañas maravillas que aquella visión sugería. La visión en sí fue tan simple como pasmosa, pues consistió

simplemente en lo siguiente: en lugar de un vertiginoso panorama de copas de árboles vistas desde una altitud colosal, al otro lado de la reja se extendía a ras de suelo en todas direcciones nada menos que *una masa de tierra firme*, adornada de manera variopinta por losas de mármol y columnas, y ensombrecida por una antigua iglesia de piedra cuya aguja en ruinas relucía a la luz de la luna de un modo fantasmal.

Sin ser totalmente consciente de mis actos, abrí la reja y salí con paso tambaleante a un camino de gravilla blanca que se alejaba en dos direcciones. Mi mente, pese a su estado de aturdimiento y confusión, todavía albergaba unas ansias desesperadas de luz, y ni siquiera el fantástico prodigio que había tenido lugar podía detener mi avance. No sabía ni me importaba si lo que estaba viviendo era un delirio, un sueño o un embrujo; estaba decidido a posar mi mirada sobre escenas radiantes de luminosidad y alegría a cualquier precio. No tenía ni idea de quién o qué era yo, ni de en qué lugar podía encontrarme; pero a medida que continué avanzando a trompicones fui adquiriendo conciencia de una especie de recuerdo latente pavoroso que hacía que mi recorrido no fuera del todo casual. Pasando bajo un arco, salí de aquella zona de losas y columnas y deambulé por el campo, siguiendo a ratos el camino visible, pero también alejándome curiosamente de él otras veces para atravesar prados en los que sólo la aparición ocasional de algunas ruinas revelaba la existencia en otros tiempos de una senda ya olvidada. En un momento dado crucé a nado un río impetuoso, en el cual unos escombros cubiertos de musgo hablaban de un puente desaparecido hacía ya largo tiempo.

Debieron de pasar más de dos horas antes de que llegara al lugar al que parecía dirigirme: un antiguo castillo cubierto de hiedra en un terreno poblado de espesos bosques; un sitio que me resultaba enloquecedoramente familiar, aunque también terrible y desconcertantemente extraño. Vi que el foso estaba lleno, y que algunas de las torres que tan bien conocía habían sido demolidas; al tiempo que había otras alas nuevas para confusión del observador. En lo que me fijé, no obstante, con sumo placer e interés fue en las ventanas abiertas, por las cuales escapaba una luz radiante y esplendorosa y una algarabía enormemente festiva y alegre. Tras acercarme a una de ellas me asomé al interior y vi a un grupo de personas, vestidas de una forma ciertamente rara, que se divertían y charlaban animadamente unas con otras. Aparentemente, era la primera vez que oía hablar a nadie, y sólo podía intuir vagamente lo que decían. Algunas de las caras tenían semblantes que parecían

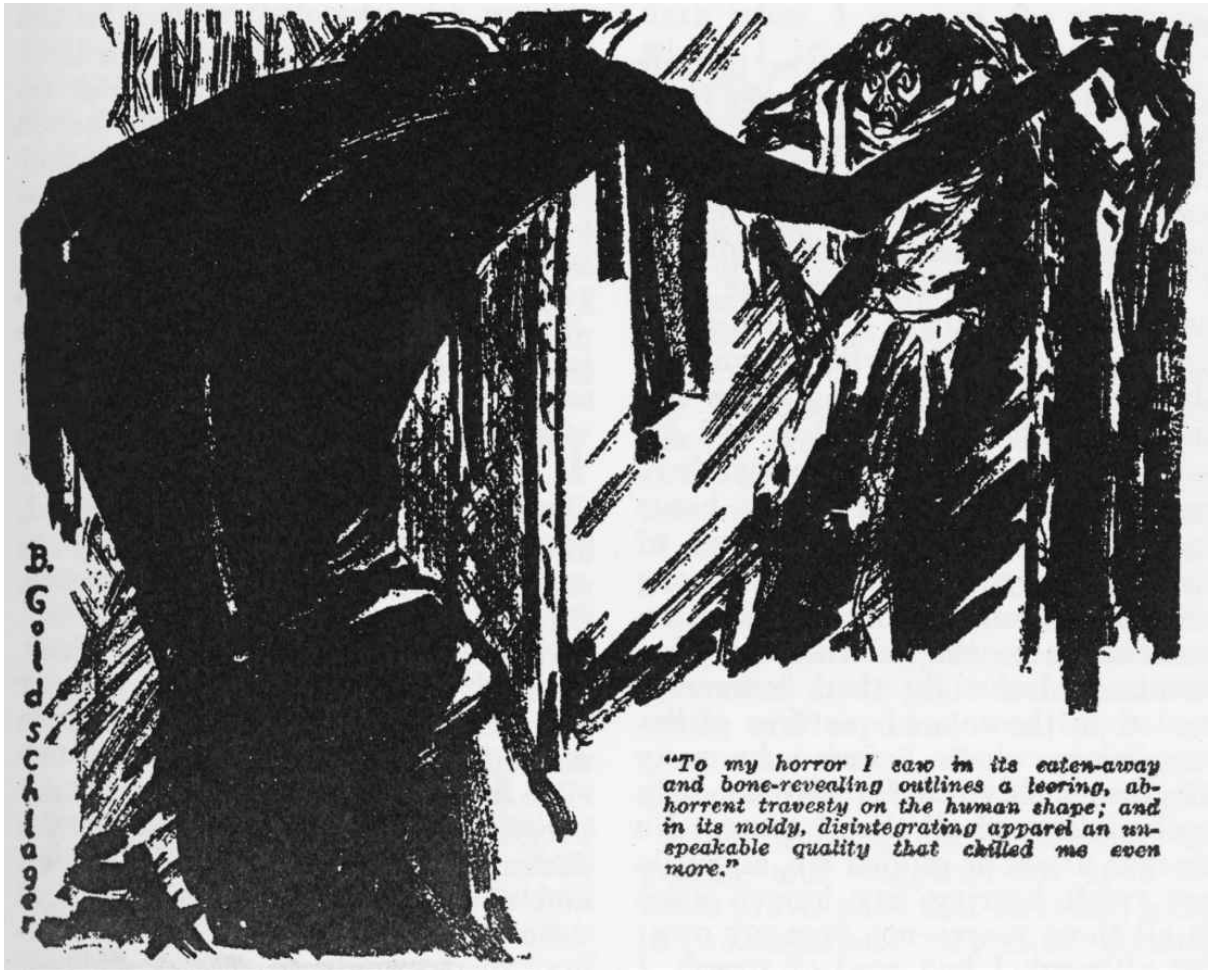
traer a mi memoria recuerdos increíblemente remotos[6], mientras que otras resultaban completamente ajenas para mí.

Pasé entonces a través de aquella ventana baja al interior de la sala vivamente iluminada, pasando asimismo con ello de mi único momento de prometedora esperanza a mi más honda crisis de desolación y desengaño. La pesadilla no se hizo esperar, ya que nada más entrar se dio de inmediato una de las expresiones de emoción humana más terroríficas que había llegado a imaginar jamás. Cuando apenas había cruzado el alféizar, se abatió sobre toda la gente allí reunida un miedo espantosamente atroz que transformó cada rostro en una mueca de terror y arrancó de prácticamente todas las gargantas los gritos más horribles. Todo el mundo salió en desbandada. y en medio del griterío y el pánico varias personas se desmayaron y fueron llevadas a rastras por sus compañeros mientras huían como locos. Muchos se taparon los ojos con las manos y emprendieron una torpe carrera a ciegas en su precipitada escapatoria, tirando muebles y dándose de bruces con las paredes antes de que pudieran alcanzar una de las numerosas puertas de la sala.

Los gritos fueron sobrecogedores; y mientras me encontraba solo y aturdido en la brillante estancia, escuchando cómo sus ecos se extinguían, me estremecí al pensar en lo que podría estar acechando furtivamente a mi alrededor. A primera vista la sala parecía encontrarse desierta, pero al aproximarme a una de las estancias adyacentes me pareció detectar una presencia en ella, un indicio de movimiento más allá de un arco dorado que daba paso a otra sala bastante parecida. Al irme acercando al arco empecé a percibir la presencia con mayor claridad; y entonces, con el primer y último sonido que he proferido en toda mi existencia —una espantosa ululación que me provocó un asco casi tan profundo como su perniciosa causa—, contemplé de manera total y aterradoramente vívida la inconcebible, indescriptible e inmencionable monstruosidad que con su mera aparición había transformado una alegre concurrencia en una estampida de enloquecidos fugitivos.

Ni siquiera sé dar una idea de su aspecto, pues aquel ser era una mezcla de todo lo que es impuro, inquietante, desagradable. anormal y detestable. Era el macabro espectro de la podredumbre, la decrepitud y la desolación; el pútrido y chorreante eidolon[7] de la revelación enfermiza; el terrible desvelamiento de aquello que la tierra misericordiosa debería mantener siempre oculto. Sabe Dios que aquel ser no era de este mundo —al menos, ya no—, y sin embargo distinguí para mi horror en las roídas y descamadas líneas de su figura una perversa y abominable parodia de la forma humana; y en su mohoso atuendo casi deshecho, un matiz inmencionable que me heló aún más la sangre.

Me quedé prácticamente paralizado, pero no hasta el punto de no hacer un débil intento de huida: un torpe paso hacia atrás que no logró romper el hechizo al que aquel monstruo mudo e indescriptible me tenía sometido. Mis ojos, embrujados por los globos vidriosos que los miraban repulsivamente de hito en hito, se negaban a cerrarse; aunque, gracias a Dios, estaban nublados y sólo revelaban al terrible ser de manera borrosa tras la conmoción inicial. Traté de levantar la mano para bloquear la visión de aquella cosa, pero tenía los nervios tan entumecidos que mi brazo no pudo cumplir plenamente mi deseo. El intento, no obstante, bastó para hacerme perder el equilibrio; de tal suerte que me vi forzado a dar varios pasos tambaleantes hacia adelante para no caerme. Mientras lo hacía, me di cuenta de manera súbita y angustiosa de la *cercanía* de aquel despojo, cuya horrible respiración apagada creí alcanzar a oír. Al borde de la locura, me vi capaz no obstante de interponer una mano para protegerme de la fétida aparición que me acosaba a tan corta distancia; y entonces, en un cataclísmico momento de infinita pesadilla e infernal casualidad, *mis dedos tocaron la putrefacta garra extendida del monstruo bajo el arco dorado*[8].



«Distinguí para mi horror en las roídas y descamadas líneas de su figura una perversa y abominable parodia de la forma humana; y en su mohoso atuendo casi deshecho, un matiz inmencionable que me heló aún más la sangre».
Weird Tales 7, 4 (abril 1926) (ilustradora: Belle Goldschlager).

No grité, pero lodos los maléficos demonios[9] que surcan el viento de la noche lo hicieron por mí cuando en ese mismo momento se abatió sobre mi mente una fugaz, avalancha de recuerdos asoladores. En aquel instante supe cómo había sido todo; recordé lo que había más allá del espantoso castillo y los árboles, y reconocí el cambiado edificio en el que entonces me hallaba; y, lo más terrible de todo, también reconocí la impía abominación que se alzaba ante mí, mirándome por el rabillo del ojo, mientras apartaba mis sucios dedos de los suyos.

Pero en el universo no sólo hay aflicción, también un bálsamo; y ese bálsamo es el nepente[10]. En el infinito horror de aquel instante olvidé lo que me había horrorizado, y el torrente de funestos recuerdos desapareció en un caos de imágenes reverberantes. Como si me hallara en un sueño, salí corriendo de aquel maldito y enorme castillo embrujado y huí silenciosa y velozmente a la luz de la luna. Cuando regresé al jardín de la iglesia salpicado de losas de mármol y bajé por la escalera, me encontré con que la trampilla de piedra resultaba inamovible; aun así. ello no me entristeció, pues detestaba el antiguo castillo y sus árboles. Ahora surco el viento de la noche junto con los amigables demonios burlones, y juego durante el día entre las catacumbas de Nefrén-Ka[11] en el inaccesible y desconocido valle de Hadoth[12] a orillas del Nilo. Tengo claro que la luz no es para mí. excepto la de la luna que alumbra las rocosas tumbas de Neb, ni tampoco ninguna alegría, salvo la de los innominados banquetes de Nitocris[13] bajo la Gran Pirámide; y sin embargo, en mi nuevo desenfreno y libertad, casi me resulta grata la amargura de vivir apartado del mundo.

Pues aunque el nepente ha aliviado mi dolor, siempre tengo presente que soy un extraño; alguien que no pertenece a este siglo y cuyo lugar no está entre quienes son aún hombres. Lo he sabido desde el momento en que extendí los dedos hacia la abominación que se encontraba en el interior de aquel gran marco dorado; desde que extendí los dedos y toqué *una fría y rígida superficie espejada*[14].

Los otros dioses[1]

En esta sencilla parábola sobre el precio de la arrogancia, Lovecraft recupera unos personajes y un escenario que ya había comenzado a dibujar en «Los gatos de Ulthar», y que examinaría con mucho más detalle en La búsqueda en sueños de la ignota Kadath. *La historia, de tono dunsaniano, destaca por sus detalles del particular universo de H. P. L., así como por la descripción que este hace de la insignificancia de los dioses de la Tierra.*

En la cima de la montaña más alta del mundo moran los dioses de la Tierra, y no permiten a ningún hombre decir que los ha visto. Antaño vivían en montes menos elevados, pero los habitantes de las llanuras solían escalar sus rocosas y nevadas laderas, obligando con ello a los dioses a retirarse a cumbres cada vez más altas, hasta que hoy ya sólo les queda la mayor de ellas. Cuando se marcharon de sus antiguos hogares se llevaron consigo todo rastro de su existencia; salvo en una ocasión, según dicen, en que dejaron una efigie esculpida en la pared de una montaña a la cual llamaban Ngranek[2].

Hoy, sin embargo, se han retirado a la ignota Kadath[3] en el yermo helado, donde ningún hombre se adentra; y se han vuelto más severos, al no disponer de ningún pico más alto al que huir ante su llegada. Y si bien antes toleraban que los hombres los desplazaran de sus hogares, ahora les prohíben acercarse a ellos o, si lo hacen, abandonarlos jamás. Es una suerte que los hombres no conozcan la existencia de Kadath en el yermo helado, o de lo contrario tratarían imprudentemente de escalar sus laderas.

A veces, cuando sienten añoranza de sus antiguos hogares, los dioses de la Tierra visitan en mitad de la silenciosa noche las cumbres en que otrora vivían, y lloran dulcemente mientras intentan jugar como antaño en sus recordadas laderas. Los hombres han sentido caer las lágrimas de los dioses desde la nevada cúspide de Thurai[4], aunque pensaron que era lluvia; y han oído asimismo sus suspiros en los lastimeros vientos matutinos de Lerion[5].

En barcos de nubes acostumbran a viajar los dioses, y los campesinos sabios tienen leyendas que les hacen evitar ciertos picos eminentes en las noches nubosas, dado que los dioses ya no son indulgentes como en tiempos pasados.

En Ulthar[6], que se encuentra más allá del río Skai, vivió una vez un anciano que ansiaba contemplar a los dioses de la Tierra; un hombre que había estudiado a fondo los siete crípticos libros de Hsan[7], y que estaba familiarizado con los Manuscritos Pnakóticos[8] de la remota y helada tierra de Lomar, Su nombre era Barzai el Sabio, y los lugareños hablan de cómo subió a una montaña la noche del extraño eclipse.

Barzai sabía tanto de los dioses que era capaz de anticipar sus idas y venidas, y adivinaba tal cantidad de sus secretos que él mismo estaba considerado un semidiós. Había sido él quien había recomendado sabiamente a los habitantes de Ulthar la aprobación de su singular ley que prohibía matar a los gatos[9], y el primero en decirle al joven sacerdote Atal[10] adonde van los gatos negros a medianoche en la víspera de San Juan[11]. Barzai era un profundo conocedor de los mitos sobre los dioses de la Tierra, y había empezado a albergar el deseo de contemplar sus rostros. Creía que su vasto conocimiento arcano de los dioses podía protegerlo de su ira, así que decidió subir hasta la cumbre de la alta y rocosa Hatheg— Kla una noche en que sabía que los dioses estarían allí.

Hatheg-Kla se encuentra muy lejos en el pedregoso desierto que hay más allá de Hatheg y le dio su nombre, y se yergue como una estatua de granito en un templo silencioso. Alrededor de su cumbre siempre revolean nieblas tristes, pues las nieblas son los recuerdos de los dioses, y estos amaban Halheg-Kla cuando vivían en ella en los días de antaño. Los dioses de la Tierra visitan a menudo Halheg-Kla en sus barcos hechos de nubes, vertiendo pálidos vapores sobre las laderas mientras bailan nostálgicamente en lo alto de la montaña a la clara luz de la luna. Los habitantes de Hatheg dicen que escalar Halheg-Kla siempre es algo poco sensato, y que hacerlo en las noches en que pálidos vapores ocultan la cima y la luna supone una muerte segura; pero Barzai no hizo caso a sus advertencias cuando llegó desde la cercana Ulthar en compañía del joven sacerdote Atal, que era su discípulo. Atal era hijo de un simple posadero, y a veces tenía miedo; el padre de Barzai, sin embargo, había sido un landgrave[12] que residía en un antiguo castillo, de modo que por las venas del sabio no corrían supersticiones vulgares, y simplemente se reía de los temerosos campesinos.

Barzai y Atal abandonaron Hatheg para adentrarse en el pedregoso desierto a pesar de las plegarias de los campesinos, y hablaron de los dioses

de la Tierra junto a sus fogatas nocturnas. Caminaron durante muchos días, y desde la lejanía avistaron la imponente Hatheg— Kla con su aureola de nieblas tristes. Al decimotercer día alcanzaron el solitario pie de la montaña, y Atal expresó sus temores. Pero Barzai era sabio y anciano y no tenía miedo, así que lideró audazmente la ascensión de aquella ladera que no había sido escalada por hombre alguno desde los tiempos de Sansu, del cual se habla con espanto en los mohosos Manuscritos Pnakóticos.

La ruta que tomaron para subir era escabrosa, y también peligrosa por sus profundas grietas, precipicios y piedras sueltas. Al cabo de un tiempo se volvió más fría y se llenó de nieve, de tal modo que Barzai y Atal resbalaban y tropezaban con frecuencia mientras ascendían trabajosamente ayudándose con bastones y hachas. Finalmente el aire comenzó a enrarecerse, el cielo cambió de color y a los escaladores empezó a coslarles más respirar; pero aun así siguieron subiendo con gran esfuerzo, maravillándose por la extrañeza del paisaje y estremeciéndose al pensar en qué sucedería en la cumbre cuando saliera la luna y los pálidos vapores se extendieran. A lo largo de tres días ascendieron más, más y más en dirección al techo del mundo; y luego acamparon, a la espera de que la luna se cubriera de nubes.

Durante cuatro noches no apareció ninguna, y la luna brilló con frialdad a través de las tristes y tenues nieblas que envolvían la silenciosa cúspide. Entonces, la quinta noche, que era noche de luna llena, Barzai divisó al norte unas nubes lejanas, y permaneció despierto junto con Atal para observar su acercamiento. Las espesas nubes se deslizaron majestuosamente por el cielo, aproximándose con pausada lentitud, extendiéndose alrededor de la cúspide de la montaña y ocultando la cumbre y la luna de la vista de los dos escaladores que presenciaban la escena desde mucho más abajo. Ambos estuvieron observando durante una hora, mientras los vapores se arremolinaban y el velo de nubes se iba condensando y agitando cada vez más. Barzai sabía muchas cosas de los dioses de la Tierra, y aguzó el oído tratando de escuchar ciertos sonidos, pero Atal. que sentía el frío helador de los vapores y el temor reverencial que inspiraba la noche, estaba aterrado. De modo que cuando Barzai reanudó la ascensión, y le hizo señas de manera impaciente para que le siguiera, su discípulo tardó un buen rato en ir detrás de él.

Los vapores eran tan densos que dificultaban la subida, y Atal, a pesar de haber seguido finalmente a su maestro, apenas era capaz de distinguir la silueta gris de este sobre la borrosa ladera a la nublada luz de la luna. Barzai avanzaba con rapidez muy por delante de su discípulo, y, a despecho de su

edad, parecía escalar con más facilidad que él, sin temer la gran inclinación de la escarpa —que empezaba a volverse demasiado pronunciada para cualquiera que no fuese un hombre fuerte e intrépido— ni detenerse ante anchas grietas oscuras que Atal apenas era capaz de saltar. Y así ascendieron los dos febrilmente pasando sobre rocas y simas, resbalando y dando traspiés, y sintiéndose en ocasiones sobrecogidos por la enormidad y el horrible silencio de los tétricos pináculos de hielo y los mudos despeñaderos de granito que poblaban el lugar.

De repente, Barzai desapareció de la vista de Atal, tras haber salvado un espantoso risco que parecía sobresalir de la montaña y bloquear el ascenso para cualquier escalador que no estuviera siendo guiado por los dioses. Atal se encontraba mucho más abajo, pensando qué haría al llegar a aquel punto de la ladera, cuando se percató con curiosidad de que ahora había más luz a su alrededor, como si la despejada cumbre iluminada por la luna que servía a los dioses de lugar de reunión se hallara ya muy cerca. Y al seguir trepando hacia el prominente risco y el brillante cielo se vio asaltado por miedos terribles como no había experimentado jamás en su vida. Después oyó a través de la niebla la voz del invisible Barzai, que gritaba con desaforado deleite:

—¡He oído a los dioses! ¡He oído a los dioses cantando de gozo en Hatheg-Kla! ¡Barzai el Profeta conoce las voces de los dioses de la Tierra! La niebla es tenue y la luna brilla con fuerza, ¡y yo veré a los dioses bailando con desenfreno en Hatheg-Kla, el amado hogar de su juventud! La sabiduría de Barzai lo ha vuelto más poderoso que los dioses de la Tierra, y los hechizos y barreras de estos son inútiles contra su voluntad. Barzai verá a los dioses, a los misteriosos y orgullosos dioses de la Tierra. ¡Aquellos que rechazan con desdén que los hombres los contemplen!

Atal no alcanzaba a oír las voces que escuchaba Barzai, pero se encontraba ya cerca del risco, escrutando su superficie en busca de asideros. Entonces volvió a oír la voz de su maestro, esta vez en un tono más estridente:

—La niebla es muy fina, y la luna proyecta sombras sobre la ladera; los dioses de la Tierra dan voces desaforadas. y temen la llegada de Barzai el Sabio, cuyo poder es mayor que el suyo… La difusa claridad tiembla y se agita mientras los dioses bailan a contraluz, y yo contemplaré sus danzantes figuras, saltando y aullando en el radiante plenilunio… La luz es ahora más tenue, y los dioses están asustados…

Mientras Barzai gritaba estas cosas Atal notó un inquietante cambio en el ambiente, como si las leyes de la Tierra estuvieran viéndose sometidas a otras

más poderosas; pues, si bien la pendiente era ahora más escarpada que nunca, la escalada resultaba ahora tremendamente sencilla, de tal suerte que el prominente risco apenas resultó ser un obstáculo cuando Atal llegó hasta él y subió peligrosamente por su pared convexa casi sin dificultad. La luz de la luna se había ensombrecido de un modo extraño, y mientras ascendía como un rayo a través de la niebla, Atal oyó a Barzai el Sabio gritar en medio de la penumbra:

—La luna se ha oscurecido, y los dioses bailan en las tinieblas; el terror llena los cielos, pues se ha abatido sobre la luna un eclipse no vaticinado en libro alguno de hombres o dioses[13]… Una magia desconocida está actuando en Hatheg-Kla, dado que los gritos de los aterrorizados dioses se han tomado en risas, y las heladas laderas de la montaña se elevan interminablemente y a toda velocidad hacia el negro firmamento hacia el cual me precipito… ¡Ah! ¡Al fin! *¡Estoy viendo a los dioses de la Tierra en la mortecina claridad!*

Y entonces, a la vez que ascendía vertiginosamente por paredes inconcebiblemente escarpadas sin ningún esfuerzo. Atal oyó en la oscuridad una risa detestable, entremezclada con un grito como ningún hombre ha oído jamás, salvo en el Flegetonte[14] de las pesadillas más inenarrables; un grito en el que, concentrados en un único y terrible instante, reverberó todo el horror y la angustia de una vida atormentada:

—¡Los *otros* dioses! ¡Los *otros* dioses! ¡Los dioses de los infiernos exteriores que protegen a los débiles dioses de la Tierra!… ¡No mires!… ¡Márchate!… ¡Cierra los ojos!… ¡Cierra los ojos! La venganza de los abismos infinitos… Esa sima maldita y abominable[15]… Dioses de la Tierra, dioses misericordiosos…, *¡estoy cayendo hacia el cielo!*

Y mientras Atal cerraba los ojos y se tapaba los oídos y trataba de sallar hacia abajo en contra de la espantosa fuerza que tiraba de él hacia desconocidas alturas, en Hatheg-Kla retumbó ese terrible trueno que despertó a los buenos campesinos de las llanuras y a los honrados habitantes de Hatheg, Nir y Ulthar, y que les hizo observar admirados a través de las nubes aquel extraño eclipse lunar que ningún libro había vaticinado. Y cuando la luna salió por fin, Atal se descubrió ileso en las nevadas faldas de la montaña, sin que se viera por ninguna parte a los dioses de la Tierra, ni tampoco a los *otros* dioses.

En los mohosos Manuscritos Pnakóticos se dice que Sansu no encontró nada cuando subió al Hatheg-Kla en los tiempos en que el mundo era joven; nada excepto silencioso hielo y roca. Pero cuando los hombres de Ulthar, Nir y Hatheg vencieron completamente sus miedos y escalaron aquella ladera

embrujada durante el día en busca de Barzai el Sabio, descubrieron grabado en la piedra desnuda de la cumbre un curioso símbolo ciclópeo de cincuenta codos de ancho, como si la roca hubiera sido hendida por un cincel de proporciones titánicas. Y aquel símbolo se parecía a uno que ciertos eruditos han logrado distinguir en esas estremecedoras secciones de los Manuscritos Pnakóticos que resultan ilegibles por su terrible antigüedad. Eso fue lo que encontraron.

Barzai el Sabio no apareció jamás, ni tampoco fue posible convencer al santo sacerdote Atal de que orase por el descanso de su alma. Las gentes de Ulthar, Nir y Hatheg, además, temen desde entonces los eclipses, y rezan por la noche cuando pálidos vapores impiden ver la cima de la montaña y la luna. Y entretanto los dioses de la Tierra bailan nostálgicamente por encima de las nieblas de Hatheg-Kla, pues saben que no tienen nada que temer; y les encanta viajar hasta allí desde la ignota Kadath en sus barcos de nubes para jugar a la manera de antaño, tal como hacían cuando la Tierra era joven y los hombres no eran dados a escalar hasta lugares inaccesibles.

La música de Erich Zann[1]

Al igual que «El extraño», «La música de Erich Zann» ha sido objeto de un gran número de estudios y debates. El propio H. P. L. tenía una excelente opinión de esta historia, y fue una de las pocas por las que la crítica lo elogió en vida. El relato, basado en parte en un sueño, ha sido interpretado como una exploración de la psique profunda del propio Lovecraft, dado que el narrador conduce al lector hasta el corazón extraño y desconocido de una ciudad tras cruzar un río lóbrego que hace las veces de linde o frontera. La historia, que representa según algunos una huida del horror cósmico, y se ambienta en un lugar que ni siquiera el narrador es capaz de identificar, tiene en su ambigüedad su principal punto fuerte.



Weird Tales 5, 5 (mayo 1925) (ilustrador: Andrew Brosnalch).

He estudiado mapas de la ciudad con sumo cuidado, pero nunca he vuelto a encontrar la *rue* d'Auseil[2]. No han sido sólo mapas modernos, pues soy consciente de que los nombres cambian. Por el contrario, he indagado a fondo acerca de todos los vestigios del pasado en el lugar, y he explorado personalmente cada parte de la ciudad, fuera cual fuera su nombre, que pudiera corresponderse con la calle que yo conocí como la *rue* d'Auseil. No obstante, a pesar de todos mis esfuerzos, la humillante realidad es que soy incapaz de encontrar la casa, la calle o siquiera el barrio donde, durante los últimos meses de mi precaria vida como estudiante de metafísica en la universidad, oí la música de Erich Zann.

Que me falle la memoria es algo que no me sorprende. considerando que mi salud, física y mental, se vio gravemente alterada durante el tiempo que pasé hospedado en la *rue* d'Auseil; aunque sí recuerdo que no llevé allí a ninguno de mis escasos conocidos. No obstante, que no consiga dar de nuevo con el sitio resulta al mismo tiempo curioso y desconcertante, dado que se encontraba a menos de media hora andando de la universidad y se caracterizaba por una serie de peculiaridades que difícilmente podría olvidar cualquier persona que hubiera estado allí alguna vez. Con todo, nunca he conocido a nadie que haya visto la *rue* d'Auseil.

La calle se encontraba al otro lado de un lóbrego río bordeado de almacenes, con vertiginosas paredes de ladrillo y ventanas sucias, y cruzado por un enorme y pesado puente de piedra oscura. El curso de aquel río siempre estaba sumido en sombras, como si el humo de las fábricas cercanas no dejara pasar nunca la luz del sol. También desprendía unos fétidos efluvios que no he olido en ninguna otra parte y que tal vez algún día me ayuden a localizarlo, puesto que sería capaz de reconocerlos en un instante. Más allá del puente había unas estrechas calles adoquinadas y surcadas por raíles; y luego venía la cuesta, suave al principio, pero increíblemente pronunciada después, que uno encontraba al llegar a la *rue* d'Auseil.

Jamás en mi vida he visto otra calle tan angosta y empinada como aquella. Era prácticamente un barranco, impracticable para cualquier vehículo, que constaba de tramos de escalera en varias partes de su recorrido y que terminaba arriba del todo en un elevado muro cubierto de hiedra. Tenía un pavimentado desigual, compuesto en algunos trechos por losas de piedra, en otros por adoquines y en otros más por una tierra desnuda salpicada de una agonizante vegetación gris verdosa[3]. Las casas eran altas e increíblemente

antiguas, tenían tejados a dos aguas y se inclinaban de forma peligrosa hacia atrás, hacia delante y hacia los lados. En algunos puntos, un par de ellas situadas frente a frente, e inclinadas ambas en dirección a sus fachadas, llegaban prácticamente a tocarse en el centro de la calle como un arco; cosa que. por supuesto, impedía que gran parte de la luz del sol alcanzara la calle que había debajo. También había unos cuantos pasadizos elevados que conectaban por alto las casas de uno y otro lado.

Los residentes de aquella calle me causaron una impresión extraña. Al principio pensé que se debía a que eran gente callada y reservada, pero más tarde concluí que el motivo era que todos parecían ser muy viejos. No sé cómo llegué a instalarme en una calle así, pero no estaba yo en mi juicio cuando me mudé a ella. Había estado viviendo en muchos sitios sórdidos, de los cuales siempre habían acabado echándome por falta de dinero; hasta que finalmente di con aquella precaria casa de huéspedes de la *rue* d'Auseil que llevaba el paralítico Blandot. Era el tercer edificio desde el extremo superior de la calle, y el más alto con diferencia de todos los que había en ella.

Mi habitación estaba en el cuarto piso, y era la única ocupada en él. ya que casi no había inquilinos en el edificio. La misma noche de mi llegada oí una música extraña proveniente de la buhardilla con techo a dos aguas que tenía justo encima, y al día siguiente le pregunté al viejo Blandot acerca de ella. Me dijo que se trataba de un anciano violagambista[4] alemán, un hombre mudo y excéntrico que firmaba con el nombre de Erich Zann[5] y era miembro de una orquestina de baja estofa que actuaba en funciones nocturnas; y después añadió que el deseo de Zann de locar por la noche a la vuelta del teatro era el motivo de que hubiera elegido aquella buhardilla alta y aislada, cuya única ventana, situada en el hastial de la fachada, era el único punto en toda la calle desde el cual era posible ver el paisaje que había más allá del muro en el que terminaba la cuesta.

En lo sucesivo oí a Zann tocar todas las noches, y, pese a que no me dejaba dormir, el carácter extraño de su música me tenía hechizado. Aun no siendo yo una persona que supiera mucho de aquel arte, estaba seguro no obstante de que las armonías del anciano no guardaban relación alguna con ninguna otra música que yo hubiera oído anteriormente; por lo que concluí que se trataba de un compositor dotado de un genio insólito. Cuanto más lo escuchaba tocar, más fascinado estaba, hasta que al cabo de una semana decidí conocer a aquel hombre.

Una noche, cuando volvía de su trabajo, intercepté a Zann en el pasillo de la escalera y le dije que tenía ganas de conocerlo y de oírle tocar en persona. Se trataba de un hombrecillo enjuto y encorvado que vestía ropa gastada, con los ojos azules, una cara grotesca que recordaba a la de un sátiro y una cabeza prácticamente calva; y, al dirigirme a él en un primer momento, pareció indignado y asustado. No obstante, mi evidente cordialidad terminó por ablandar al anciano, quien, a regañadientes, me indicó con un gesto que lo siguiera por las oscuras, rechinantes y desvencijadas escaleras que conducían al último piso. Su habitación, una de las dos únicas que ocupaban aquella buhardilla de techos sumamente inclinados, estaba en el lado oeste de la casa, el más cercano al alto muro que constituía el extremo superior de la calle. Poseía un tamaño muy grande, y parecía más grande aún a causa de lo extraordinariamente vacía y descuidada que estaba. No tenía más mobiliario que una estrecha cama de hierro, un sucio lavabo, una mesa pequeña, una librería de grandes dimensiones, un atril de música metálico y tres sillas de estilo anticuado. Había partituras apiladas de forma desordenada por el suelo. Las paredes eran de listones de madera, y probablemente no habían visto nunca un enlucido; al tiempo que la abundancia de polvo y telarañas hacía que el lugar pareciera más abandonado que habitado. Era evidente que el reino de belleza de Erich Zann se encontraba en algún mundo lejano de la imaginación.

Mientras me invitaba a tomar asiento mediante señas, el anciano mudo cerró la puerta, echó el gran pestillo de madera y encendió una vela para aumentar la iluminación de la otra que había traído consigo. Después sacó la viola *da gamba* de su apolillada funda y, cogiéndola, se sentó en la menos incómoda de las sillas. No utilizó el atril, y aun así. sin ofrecerme opción alguna y tocando de memoria, me embelesó durante más de una hora con compases que no había oído nunca antes en mi vida, y que debían de haber sido compuestos por él mismo. Describir su naturaleza exacta es imposible para alguien poco versado en el arte de la música. Eran una especie de fuga, con pasajes recurrentes de un tipo sumamente cautivador; pero lo que me llamó la atención de ellos es que no contenían ninguna de las extrañas melodías que había oído desde mi habitación en otras ocasiones.

Aquellas melodías se habían quedado grabadas a fuego en mi memoria, y las había tarareado y silbado vagamente para mí mismo muchas veces; de modo que, cuando el músico dejó descansar al fin su arco, le pregunté si tendría la amabilidad de tocar algunas de ellas. En cuanto empecé a formular mi petición, el arrugado rostro satiresco perdió la aburrida placidez que había

presentado durante el recital, pareciendo manifestar de nuevo esa curiosa mezcla de aprensión y enfado que había advertido en él en el momento de abordarlo. Durante un segundo me sentí inclinado a emplear la persuasión, dado que no consideraba los vaivenes de la senilidad algo digno de ser tenido demasiado en cuenta; e incluso traté de poner en situación a mi anfitrión silbando algunas de las melodías que había escuchado la noche anterior. No obstante, cambié de idea al cabo de un instante, ya que. en cuanto el mudo violagambista reconoció la melodía que yo estaba silbando, el semblante se le crispó repentinamente con una expresión que escapaba a cualquier tipo de análisis y su larga y gélida mano huesuda salió disparada hacia mi boca al objeto de taparla y silenciar la burda imitación. Al mismo tiempo, hizo una nueva demostración de su excentricidad al lanzar una mirada asustada hacia la solitaria ventana encortinada, como si temiera que algún intruso pudiera entrar por ella; una mirada que resultaba más absurda todavía al pensar que, debido a la gran altura a la que se encontraba, la buhardilla era inaccesible desde todos los tejados adyacentes, siendo aquella ventana, según me había dicho el portero, el único punto de la empinada calle desde el cual se podía otear lo que había más allá del muro que la coronaba.

La mirada del anciano me hizo recordar aquel comentario de Blandot, y de forma un tanto caprichosa me entraron ganas de asomarme a contemplar aquel amplio y vertiginoso panorama de tejados iluminados por la luna y luces urbanas que se extendía al otro lado de la cima de la colina y que, de toda la gente que vivía en la *rue* d'Auseil, sólo aquel músico malhumorado podía ver. Yo me levanté para ir a la ventana, con intención de descorrer aquellas cortinas anodinas; y entonces el mudo inquilino se me echó encima de manera más furiosa y alarmada que antes, señalándome esta vez la puerta con la cabeza mientras trataba por todos los medios de arrastrarme hasta ella nerviosamente con ambas manos. Completamente indignado con mi anfitrión, le ordené entonces que me soltara, diciéndole que me iría de inmediato. El anciano relajó su presa, y al ver mi cara de enfado y agravio su propio enojo pareció remitir. Me apretó de nuevo el brazo con más fuerza, pero esta vez de manera amistosa, haciéndome tomar asiento; y a continuación se acercó con aire triste hasta la desordenada mesa, donde se puso a escribir largo y tendido con un lápiz en el forzado francés propio de un extranjero.

La nota que finalmente me entregó era una petición de indulgencia y perdón. Zann decía en ella que era un hombre viejo y solitario, aquejado de aprensiones y trastornos nerviosos poco corrientes relacionados con su música y con otras cosas. Le había gustado tocar para mí, y quería que lo visitara en

otra ocasión, y que no tuviera en cuenta sus excentricidades. Aun así, el anciano no soportaba interpretar sus extrañas armonías delante de otros, ni oír a otros hacer lo propio: y tampoco aguantaba que nadie tocara nada en su habitación. Antes de nuestra conversación del pasillo no había sido consciente de que yo podía oírle tocar desde mi habitación, y me pidió entonces que, si no era mucha molestia, hablara con Blandot para trasladarme a otra más abajo donde no se le escuchara por las noches. Él se encargaría de cubrir la diferencia en el precio del alquiler, según decía en su nota.

Mientras descifraba sentado su deplorable francés, mi actitud hacia al anciano se volvió más condescendiente. Aquel hombre era víctima de dolencias físicas y nerviosas, igual que yo; y mis estudios de metafísica me habían enseñado a ser generoso con los demás. En medio del silencio se oyó un leve ruido procedente de la ventana —el viento de la noche debía de haber sacudido la contraventana—, y por alguna razón aquello me hizo dar un respingo casi tan fuerte como el que dio Erich Zann. Cuando hube terminado de leer, le estreché la mano a mi anfitrión y me fui de allí en buenos términos. Al día siguiente Blandot me dio otra habitación más cara en el segundo piso, situada entre las de un prestamista de avanzada edad y la de un respetable tapicero. En el tercer piso no había nadie.

No tardé mucho en descubrir que el entusiasmo de Zann por mi compañía no era tan grande como había parecido mientras me persuadía de dejar mi habitación del cuarto. No me pidió que volviera a visitarlo, y se mostraba incómodo y tocaba con desgana cuando lo hacía. Esto era siempre por la noche; los días se los pasaba durmiendo, y se negaba a recibir a nadie. Mi simpatía por él no creció, pero aun así la buhardilla y esa música extraña parecían ejercer en mí una rara fascinación. Albergaba un curioso deseo de asomarme a aquella ventana para otear por encima del muro los relucientes tejados y pináculos que debían de extenderse cuesta abajo a lo largo de la invisible ladera contraria. En una ocasión subí a la buhardilla cuando Zann se encontraba lucra, tocando en el teatro, pero la puerta estaba cerrada con llave.

Lo que sí conseguí hacer fue oír a escondidas los recitales nocturnos del mudo anciano. Al principio solía subir de puntillas hasta el cuarto piso, donde estaba mi antigua habitación, pero después reuní el valor suficiente para remontar el quejumbroso tramo final de la escalera hasta la buhardilla. Allí en el estrecho pasillo, frente a aquella puerta cerrada y con el ojo de la cerradura tapado, escuchaba a menudo sonidos que me llenaban de un terror indefinible: ese terror que inspiran los portentos enigmáticos y los misterios siniestros. No es que los sonidos fueran horribles —pues no lo eran—, sino que contenían

vibraciones que no evocaban nada que existiese sobre la faz de este planeta y que. en ciertos momentos, adquirían un carácter sinfónico cuya pertenencia a un único intérprete me resultaba casi inconcebible. Erich Zann era definitivamente un genio con un talento desbordante. Con el paso de las semanas, su manera de tocar se volvió más frenética, al tiempo que el anciano músico iba adquiriendo un aspecto cada vez más demacrado y un carácter más huraño que daba lástima ver. Ahora se negaba a recibirme fuera cual fuese el momento. y me evitaba siempre que nos encontrábamos en la escalera.

Entonces, una noche en que me encontraba escuchando frente a su puerta, oí los chirridos de la viola intensificarse hasta acabar convertidos en una caótica babel de sonidos; una infernal barahúnda que me habría llevado a dudar de mi precaria cordura de no haber llegado hasta mis oídos desde el otro lado de aquella puerta infranqueable una lastimosa prueba de que el horror era real: el espantoso grito inarticulado que sólo un mudo es capaz, de proferir, y que surge únicamente en momentos de pavor o angustia sumamente terribles. Llamé a la puerta varias veces, pero no obtuve respuesta. Después me quedé esperando a oscuras en el pasillo, tiritando de frío y miedo, hasta que sentí los débiles esfuerzos del pobre músico por levantarse del suelo con ayuda de una silla. Creyendo que acababa de recobrar el conocimiento tras un desmayo, llamé otra vez a la puerta. a la vez que decía en voz alta quién era para así tranquilizarlo. Oí a Zann ir a trompicones hasta la ventana de guillotina, cerrar la contraventana y bajar la hoja, para después acercarse del mismo modo hasta la puerta, la cual abrió de manera tambaleante a fin de dejarme entrar. Esta vez su alegría por tenerme allí era genuina, puesto que el crispado rostro se le iluminó con alivio mientras trataba de agarrarse a mi chaqueta igual que lo haría un niño a las faldas de su madre.

Temblando patéticamente, el anciano me hizo tomar asiento en una silla mientras él se desplomaba en otra, junto a la cual su viola y su arco yacían tirados en el suelo de forma descuidada. El hombre permaneció un rato sentado sin hacer nada, cabeceando de manera extraña. pero dando la ligera y paradójica impresión de estar escuchando de manera muy atenta y aterrada. Seguidamente pareció quedarse tranquilo, y yendo hasta una silla junto a la mesa escribió una breve nota, me la dio y luego regresó a la mesa, donde se puso a escribir de nuevo rápidamente y sin parar. La nota me imploraba que por amor del Cielo, y por ver satisfecha mi curiosidad. esperase donde estaba mientras él preparaba una completa descripción en alemán de todos los

portentos y horrores que lo atormentaban. Y yo esperé, en tanto el lápiz del mudo anciano se movía frenéticamente.

Fue quizá una hora más tarde, mientras yo seguía esperando y las hojas escritas de manera febril continuaban amontonándose, cuando vi a Zann dar un respingo como si hubiera percibido un indicio de algo sobrecogedoramente horrible. No había duda de que estaba mirando la ventana encortinada, y escuchando en actitud temblorosa. Entonces yo mismo creí oír un sonido; pero no se trataba de un sonido horrible, sino de una nota musical sumamente grave C infinitamente lejana, que parecía indicar que había alguien tocando algún instrumento en una de las casas de alrededor, o bien en alguna vivienda al otro lado del alto muro por encima del cual nunca había tenido ocasión de mirar. El efecto sobre Zann fue terrible, pues, soltando el lápiz, se levantó bruscamente de la silla, cogió la viola y empezó a hender el silencio nocturno con las melodías más frenéticas que yo había oído salir jamás de su arco, a excepción de cuando había estado escuchando al otro lado de la puerta cerrada.

Sería inútil describir la manera de tocar de Erich Zann aquella espantosa noche. Me horrorizó más que cualquiera de las otras veces en que lo había escuchado a escondidas, porque ahora podía ver la expresión de su cara, y tuve ocasión de darme cuenta de que esta vez la razón de que tocara así era un terror absoluto. Estaba intentando hacer ruido; ahuyentar alguna cosa o ahogar algún sonido. No alcanzaba a imaginar de qué se trataba, aunque tenía el presentimiento de que debía de ser algo espantoso. Zann continuó tocando de manera cada vez más prodigiosa, delirante e histérica, pero conservando hasta el final los rasgos de suprema genialidad que yo sabía que aquel extraño anciano poseía. Reconocí el aire: era una desenfrenada danza húngara muy popular en los teatros, y durante un segundo cavilé que aquella era la primera vez que oía a Zann interpretar una pieza de otro compositor.

Los chillidos y chirridos de aquella viola furiosa eran cada vez más y más intensos y más y más frenéticos. El músico sudaba a chorros de un modo pasmoso y se retorcía como un mono, mirando en todo momento la ventana encortinada con cara de desesperación. Sus arrebatados compases casi lograron evocarme vagas figuras de sátiros y bacantes que bailaban y daban vueltas enloquecidamente a través de hirvientes abismos de nubes, humo y rayos. Y entonces me pareció oír una nota más estridente y sostenida que no venía de la viola: una nota tranquila, pausada, firme y burlona que llegaba desde algún punto lejano al oeste.

En ese momento la contraventana empezó a verse sacudida por un ululante vendaval que se había levantado en el exterior de la casa como en respuesta al furioso recital del interior. La chillona viola de Zann se superó entonces a sí misma, emitiendo sonidos que jamás había creído posible que dicho instrumento pudiera emitir. La contraventana se sacudió más fuerte, se soltó y empezó a dar golpes contra la ventana. Entonces el cristal se rompió de un modo escalofriante bajo los persistentes impactos, y el gélido viento entró con fuerza en la habitación, haciendo chisporrotear las velas y revolviendo las hojas de papel que estaban encima de la mesa; aquellas en las que Zann había empezado a poner por escrito su horrible secreto. Miré entonces al anciano, y vi que se encontraba completamente enajenado. Sus ojos azules, desorbitados y vidriosos, miraban a la nada, y su frenética interpretación se había transformado en una ciega y mecánica saturnal irreconocible que ninguna pluma sería capaz siquiera de describir mínimamente.

Una ráfaga de viento, más fuerte que las demás, arrambló de pronto con las hojas manuscritas y se las llevó volando hacia la ventana. Yo salí corriendo desesperadamente en su persecución, pero escaparon a través de los destrozados cristales antes de que pudiera llegar hasta ellos[6]. Entonces recordé mi anterior deseo de otear el paisaje desde aquella ventana; la única en la *rue* d'Auseil desde la cual se podía ver la bajada al otro lado del muro y la ciudad que se extendía al pie de ella. La noche era muy oscura, pero las luces de la ciudad siempre estaban ahí brillando, así que pensé que las divisaría entre la lluvia y el viento. No obstante, cuando miré desde aquella ventana del hastial, la más alta en toda la calle, mientras las velas chisporroteaban y la enloquecida viola aullaba al unísono con el viento nocturno, no vi ninguna ciudad desplegada debajo de mí. ni tampoco ninguna luz acogedora que brillase en calles recordadas, sino únicamente la negrura del espacio infinito; un espacio inimaginado que bullía con vida propia y con su propia música, y que no tenía parecido alguno con nada que hubiera en la tierra. Y, en tanto yo lo contemplaba paralizado de terror, el viento apagó las dos velas que alumbraban aquella vieja buhardilla a dos aguas, dejándome sumido en una cruda e impenetrable oscuridad con un caótico pandemonio frente a mí y con la locura demoníaca de aquella viola aullante a mi espalda.

Yo retrocedí tambaleándome en medio de la negrura, sin manera de encender ninguna luz, chocando contra la mesa, tirando una silla y, por fin, avanzando a tientas hasta el lugar en el que las tinieblas gritaban estridentemente con una música sobrecogedora. Salvar mi vida y la de Erich

Zann era algo que al menos podía intentar, fueran cuales fueran las fuerzas a las que me estuviera enfrentando. En un momento dado me pareció notar que me rozaba una cosa gélida, y yo grité, mas mi grito se perdió entre los chillidos de aquella espantosa viola. De pronto, surgiendo de la oscuridad, el arco del instrumento me golpeó en su desenfrenado vaivén aserrante, y entonces supe que me encontraba cerca del músico. Palpé el aire frente a mí. toqué el respaldo de la silla de Zann y, seguidamente, hallé su hombro y lo zarandeé, en un intento de hacerle volver en sí.

El hombre, sin embargo, no reaccionó, y la viola siguió chillando sin aflojar un ápice. Llevé la mano hasta su cabeza, cuyo mecánico cabeceo fui capaz de detener, y le grité al oído que teníamos que huir de aquellas desconocidas criaturas de la noche. Pero él ni respondió ni rebajó el frenesí de su indescriptible música, en tanto unas extrañas corrientes de viento parecían recorrer velozmente toda la buhardilla en medio de la negrura y el estridente caos. Cuando mi mano tocó su oreja, me estremecí, aunque no supe por qué; no hasta que no palpé su petrificado rostro: un rostro frío y rígido como el hielo, que no respiraba, y cuyos ojos vidriosos y desorbitados miraban inútilmente al vacío. Y entonces, tras encontrar por algún milagro la puerta y el gran pestillo de madera, huí como loco de aquella cosa de ojos vítreos sentada en la oscuridad, así como del malsano aullido de aquella maldita viola cuya furia se estaba redoblando en el momento en que me lancé escaleras abajo.

Descender saltando, flotando, volando por aquellas interminables escaleras, a través de la oscura casa; salir corriendo como un poseso a la angosta, empinada y vetusta costana llena de tramos de escalera y casas peligrosamente inclinadas; bajar con ruidosas zancadas por escalones y adoquines hasta las calles de más abajo y el pútrido río encajonado entre almacenes; cruzar jadeando el enorme y sombrío puente hasta las amplias y salutíferas calles y bulevares que nos son familiares: todos ellos recuerdos vagos e imprecisos, pero terribles, que se aferran a mi memoria[7]. Y recuerdo también que no soplaba el más mínimo viento, que la luna brillaba en el cielo y que las luces de la ciudad centelleaban por doquier.

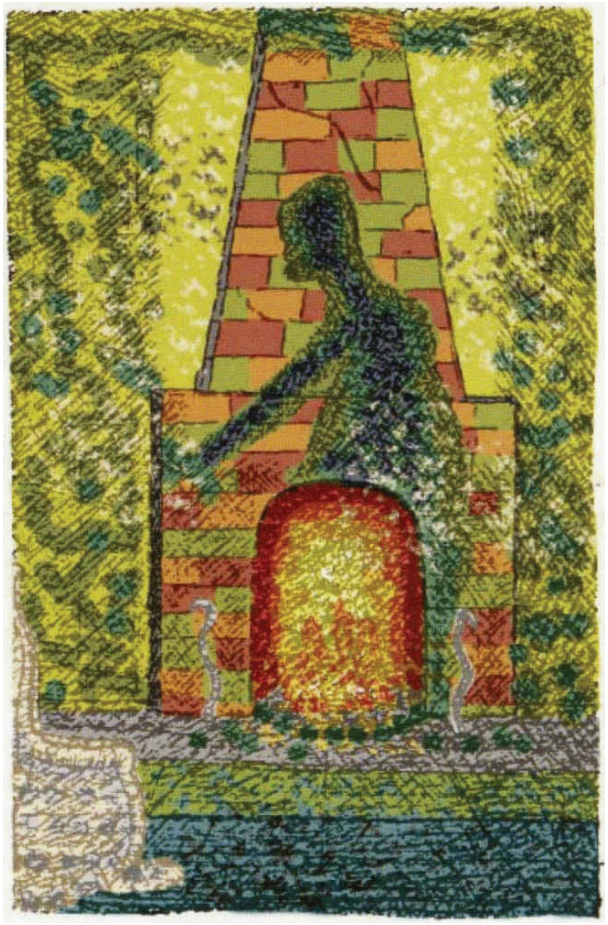
A pesar de mis búsquedas e investigaciones sumamente cuidadosas, no he logrado volver a encontrar la *rue* d'Auseil desde entonces. Aunque no es algo que lamente por completo; ni ello ni la pérdida en abismos inimaginables de esas hojas escritas con letra apretada que eran lo único que podría haber dado explicación a la música de Erich Zann.

El terror acechante[1]

Lovecraft escribió «El terror acechante» por entregas para satisfacer las exigencias del editor de la publicación en la cual el relato vio la luz por primera vez. En esta historia, que contiene muchos de los elementos típicos del clásico relato de terror sobrenatural —una mansión abandonada, una montaña solitaria, avistamientos extraños y rumores—, H. P. L. aborda de nuevo su característico tema de la degeneración hereditaria, de antiguos horrores afrontados desde el presente, como los que se relatan en «Hechos relativos al difunto Arthur Jermyn y su familia» y «Las ratas de las paredes». Al igual que «Al otro lado de la barrera del sueño», «El terror acechante» está ambientado en las montañas Catskill, en la zona sudeste del estado de Nueva York. Si bien Lovecraft nunca llegó a visitarlas, su buen conocimiento de la región queda patente en «Al otro lado de la barrera del sueño»[2]*, de 1919. La soledad de las Catskill despertó la imaginación de Lovecraft, convirtiendo estas en un lienzo sobre el cual pintó otro ejemplo moralizante de una familia transformada por el aislamiento y la hibridación racial en abominaciones.*



Cubierta de «El terror acechante», en *Adventure Comics*, 1991 (ilustrador: Cariello).



«La sombra en la chimenea», *Home Brew* 2, 6 (enero 1923) (ilustrador: Clark Ashton Smith; publicado con autorización de CASiana Enterprises, the Literary Estate of Clark Ashton Smith).

I. LA SOMBRA EN LA CHIMENEA

SE OÍAN TRUENOS la noche que fui a la mansión abandonada en lo alto del monte Tempest[3] con el fin de encontrar el terror que allí acechaba. No me encontraba solo, pues en aquellos días ese amor por lo grotesco y lo terrible que ha tornado el periplo de mi existencia en una continua búsqueda de cosas horripilantes en la literatura y en la vida real no iba unido a la falta de prudencia. Me acompañaban dos musculosos hombres de confianza a los que había hecho venir llegado el momento; hombres con los que llevaba mucho tiempo colaborando en el curso de mis horribles investigaciones por razón de sus particulares aptitudes físicas.

Habíamos salido discretamente del pueblo con el fin de evitar a los reporteros que todavía pululaban por la zona después de la inquietante ola de pánico que la había asolado un mes antes: un pánico provocado por un sigiloso y mortífero horror de pesadilla. Más tarde, pensaba. quizá podrían serme de ayuda; pero no quería tenerlos alrededor en ese momento. ¡Ojalá les hubiera dejado participar en la búsqueda, de tal suerte que no hubiera tenido

que guardar el secreto yo solo durante tanto tiempo!; cosa que hice por miedo a que el mundo me tachara de loco o a que él mismo enloqueciera, como resultado de las terribles implicaciones de aquel asunto. Ahora que me dispongo a revelarlo de todos modos, a fin de que su constante presencia en mis pensamientos no adquiera dimensiones patológicas, desearía no haberlo ocultado nunca; pues nadie excepto yo sabe qué clase de terror acechaba en aquella desolada montaña fantasmagórica.

Cubrimos los kilómetros de bosques y colinas antediluvianos a bordo de un pequeño automóvil, hasta que la frondosidad de la ascendente ladera del monte nos obligó a continuar a pie. De noche, y sin las acostumbradas marabuntas de investigadores, el campo presentaba un aspecto más siniestro de lo habitual, por lo que, en muchos momentos, sentimos la tentación de encender los faros de carburo[4] del vehículo aun cuando ello pudiera atraer la atención de alguien. Aquel paisaje tenía un aspecto malsano tras el ocaso, y creo que me habría percatado de ello incluso en caso de que no hubiera sido consciente de la terrorífica y amenazante monstruosidad que allí se escondía. Los animales salvajes brillaban por su ausencia, pues son prudentes cuando la muerte avizora. Los vetustos árboles marcados por los rayos parecían antinaturalmente grandes y retorcidos, y el resto de la vegetación anormalmente espesa y descontrolada, al tiempo que unos curiosos terraplenes y montículos en aquella tierra plagada de malas hierbas y fulguritas[5] recordaban a serpientes y calaveras humanas que hubieran adquirido proporciones gigantescas[6].

El terror había estado acechando en el monte Tempest durante más de un siglo, algo de lo que me enteré enseguida al leer en los periódicos los diversos relatos de la catástrofe que atrajo por primera vez la atención del mundo hacia aquella región. El lugar es una elevación apartada y solitaria en esa parte de las Catskill donde en su día penetró de manera débil y pasajera la civilización holandesa[7], dejando tras de sí al retirarse sólo un puñado de mansiones en ruinas y una degenerada población rural que habita lastimosos aldeorrios levantados en las faldas de cerros aislados. Las personas normales apenas visitaban la zona antes de la creación de la policía estatal, e incluso en nuestros días es raro que los agentes se dejen caer por allí durante sus patrullas. Aun así, el terror del monte Tempest es una vieja leyenda muy conocida en todos los pueblos de los alrededores, al ser uno de los principales temas abordados en la simple conversación de los pobres y mugrientos mestizos que, de tanto en tanto, salen de los valles donde viven para

intercambiar cestas tejidas a mano por aquellos artículos básicos de primera necesidad que ellos mismos no son capaces de cultivar, criar o fabricar.



«La mansión Martense». *Home Brew* 2., 6 (enero 1923) (ilustrador: Clark Ashton Smith; publicado con autorización de CASiana Enterprises, the Literary Estate of Clark Ashton Smith).

El terror acechante tenía su guarida en la abandonada y evitada mansión Martense, propiedad que coronaba la alta elevación de suaves laderas cuya propensión a ser blanco de frecuentes tormentas le había hecho ganarse el nombre de monte Tempest[20‡]. Durante más de cien años la antigua casona de piedra rodeada de bosques había sido objeto de rumores increíblemente delirantes y monstruosamente espantosos: rumores que hablaban de un silencioso y mortífero honor colosal que salía a cazar en las noches de verano. Con gimoteante insistencia, los aldeanos contaban historias acerca de un

demonio que hacía presa en los viajeros que andaban solos por los caminos después del anochecer, llevándoselos consigo o dejándolos pavorosamente desmembrados a dentelladas; y hablaban al mismo tiempo entre susurros de rastros de sangre que llevaban hasta la alejada mansión. Algunos decían que los truenos hacían salir al terror acechante de su morada, mientras que otros afirmaban que estos eran su rugido.

Nadie que no viviese en aquellas apartadas zonas rústicas había creído jamás estas historias variopintas y contradictorias, con sus inconsistentes y extravagantes descripciones de ese demonio apenas vislumbrado: con todo, no había un solo granjero o lugareño que dudara de que la mansión Martense se encontraba habitada por algún espíritu macabro. La historia de la región impedía albergar tales dudas, aun cuando ninguno de los investigadores que habían visitado la construcción tras escuchar algún relato particularmente vívido de labios de los aldeanos hubiese encontrado jamás pruebas de que allí morase ningún fantasma. Las abuelas referían extraños mitos acerca del espectro de la mansión Martense: mitos relacionados con la propia familia Martense, la rara disimilitud hereditaria entre sus ojos[8], la larga e insólita historia del linaje, y el asesinato que había maldecido a este último.

El espanto que me llevó a viajar hasta el lugar fue una súbita y pasmosa confirmación de las leyendas más disparatadas de aquellos montañeses. Una noche de verano, tras una tormenta inusitadamente violenta, la región entera se vio despertada por una estampida de aldeanos que no podía ser consecuencia de una simple alucinación. Aquellas lastimosas hordas de lugareños relataron con grandes voces y gemidos el innominable horror que se había abatido sobre ellos, y nadie puso en duda sus palabras. No habían llegado a verlo, pero habían oído salir de uno de sus aldeorrios unos gritos tales que se encontraban convencidos de que el lugar había sido víctima de un letal y sigiloso azote.

Al llegar la mañana unos cuantos vecinos y agentes de la policía estatal siguieron a los temblorosos montañeses hasta el lugar donde estos decían que había sobrevenido la mortífera calamidad; y allí, ciertamente, reinaba la muerte. La tierra sobre la cual se había levantado uno de los asentamientos de aquellos aldeanos se había hundido al caer un rayo, destruyendo con ello varias de sus malolientes casuchas; sin embargo, sobre estos daños materiales se superponía una devastación orgánica que hacía que aquellos parecieran nimios en comparación. De unos setenta y cinco lugareños que habían habitado seguramente en aquel lugar, no se veía vivo a un solo individuo. La removida tierra estaba cubierta de sangre y despojos humanos que reflejaban

con extremada claridad los estragos producidos por unos dientes y garras demoníacos, aunque no había ningún rastro visible que se alejara del escenario de la carnicería. Que algún terrible animal debía de haber sido el responsable fue algo en lo que todo el mundo estuvo de acuerdo enseguida; y ninguna lengua revivió en ese momento la acusación de que unas muertes misteriosas como aquellas constituían simplemente el tipo de asesinatos sórdidos que acostumbraban a producirse en comunidades decadentes. Al menos, no hasta que se descubrió que había aproximadamente unos veinticinco miembros de la población estimada que no estaban presentes entre los fallecidos, e incluso entonces resultó difícil explicar cómo cincuenta individuos habían podido morir asesinados a manos de un grupo compuesto por la mitad de dicho número. El hecho, en cualquier caso, era que durante una noche de verano un rayo había caído del cielo aniquilando a todos los habitantes de una aldea; habitantes cuyos cuerpos se encontraban horriblemente destrozados, desganados y semidevorados.

Los conmocionados vecinos de la región relacionaron inmediatamente aquel horror con la embrujada mansión Martense, a pesar de que los dos lugares se encontraban a más de cinco kilómetros de distancia el uno del otro. Los agentes de policía se mostraron más escépticos al respecto, incluyendo la mansión en sus investigaciones de forma meramente tangencial y eliminándola por completo de ellas tras encontrarla totalmente abandonada. La gente del campo y los pueblos de la zona, sin embargo, registró la propiedad con infinito cuidado, no dejando piedra por remover en toda la casa, escarbando con palos el fondo de charcas y arroyos, sacudiendo arbustos y peinando de arriba abajo los bosques aledaños. Mas todo fue en vano; el sanguinario horror que había azotado la aldea no había dejado más rastro que el de la propia destrucción en sí.

Al segundo día de batida los periódicos abordaron el asunto de manera exhaustiva, y sus reporteros invadieron el monte Tempest. Los diarios describían lo ocurrido con todo lujo de detalles, e incluían numerosas entrevistas con el fin de aclarar la leyenda del horror de la mansión tal como la relataban las abuelas de la zona. En un primer momento seguí la noticia sin demasiado interés, dado que soy un sibarita de lo truculento; pero una semana más tarde percibí una atmósfera en torno al caso que me provocó un extraño hormigueo, así que el 5 de agosto de 1921 me registré entre los reporteros que abarrotaban el hotel de Lefferts Corners[9], el pueblo más cercano al monte Tempest y la base de operaciones oficial del dispositivo de búsqueda. Al cabo de otras tres semanas, la dispersión de los reporteros me permitió acometer

una terrible exploración basada en las minuciosas indagaciones y reconocimientos en que había estado ocupado mientras tanto.

Así pues, esa noche de verano, mientras se oían truenos retumbar a lo lejos, salí de un automóvil parado en la ladera del monte Tempest y remonté a pie en compañía de dos hombres annados el último trecho salpicado de montículos que nos separaba de la cima, iluminando con el haz de una linterna eléctrica los fantasmales muros grises que empezaban a aparecer entre los gigantescos robles que se levantaban frente a nosotros. En medio de aquella fúnebre soledad nocturna, y bajo la débil e inquieta luz de mi linterna, la enorme y cuadrada mole de la mansión ofrecía velados indicios de cosas terroríficas que el día no era capaz de revelar; aun así, no vacilé en mi avance, ya que había ido allí férreamente decidido a comprobar una hipótesis. Yo creía que los truenos hacían salir a aquel mortífero demonio de algún aterrador escondrijo, y, ya se tratara de un ente sólido o de una pestilencia vaporosa, tenía intención de verlo.

Había registrado a fondo aquellas ruinas con anterioridad. de modo que tenía claro el plan a seguir y había escogido como puesto de vigilancia la vieja habitación de Jan Martense, a cuyo asesinato las leyendas rurales de la región daban un lugar tan notorio y temible. Albergaba un sutil presentimiento de que el aposento de esta antigua víctima era el más idóneo para mis objetivos. La estancia. que medía seis por seis metros de lado, contenía al igual que las otras habitaciones algunos restos de basura que habían sido muebles en su día. Se encontraba en el primer piso, en la esquina sudoriental de la casa, y contaba con una ventana inmensa en su lado este y otra estrecha en el sur, ambas carentes ya de cristales o contraventanas. Enfrente de la ventana de mayor tamaño había una chimenea de estilo holandés con azulejos decorados con escenas bíblicas, que representaban la historia del hijo pródigo[10]; y, empotrada en la pared contraria a la ventana estrecha, una cama de grandes dimensiones.

Mientras los truenos amortiguados por la espesura circundante iban sintiéndose cada vez más cerca, preparé todos los detalles de mi plan. Primero até al alfeizar de la ventana grande, dispuestas en paralelo a lo largo de él, tres escaleras de cuerda que había llevado conmigo y que sabía que daban a parar un sitio adecuado del jardín, pues lo había comprobado previamente. Luego los tres arrastramos desde otra habitación el armazón de una amplia cama de columnas, que colocamos pegada de costado a la ventana. Tras cubrirla con ramas de abeto, los tres nos tumbamos en ella con las semiautomáticas sacadas, dos descansando mientras el tercero vigilaba. Fuera cual fuera la

dirección por la que viniera el demonio, disponíamos de una vía de escape. Si salía del interior de la casa, teníamos las escaleras de la ventana; si llegaba desde fuera, la puerta y las escaleras. No pensábamos, a juzgar por los precedentes, que fuera a perseguirnos hasta muy lejos ni siquiera en el peor de los casos.

Yo hice guardia desde la medianoche hasta la una en punto, hora en que me entró un fuerte sueño a despecho de la siniestra atmósfera de la casa, la ventana desprotegida y la tormenta cada vez más cercana. Me encontraba entre mis dos compañeros, estando George Bennett del lado de la ventana y William Tobey del de la chimenea. Bennett se había quedado dormido, tras haber sufrido aparentemente la misma somnolencia extraña que me estaba afectando a mí, así que le asigné a Tobey la siguiente guardia a pesar de que incluso él estaba dando cabezadas. Resulta curioso que yo hubiera permanecido tan atento a la chimenea durante la mía.

El creciente fragor de los truenos debió de ejercer algún efecto en mis sueños, pues tuve visiones apocalípticas durante el breve rato que pasé dormido. Hubo un momento en que medio desperté, probablemente porque el compañero junto a la ventana me había echado un brazo sobre el pecho mientras se agitaba en brazos de Morfeo. No me encontraba lo bastante despierto como para ver si Tobey estaba ocupándose de vigilar, tal como le había encomendado, pero experimenté una clara inquietud a ese respecto. Jamás en mi vida me había sentido tan intensamente oprimido por la presencia del mal. Después debí de quedarme otra vez dormido, pues recuerdo haber emergido bruscamente de un caos fantasmagórico en el momento en que la noche adquirió un cariz aterrador, al llenarse de unos gritos como nunca antes había oído o imaginado.

En aquellos alaridos lo más profundo del miedo y la agonía humanos trataba de alcanzar de forma desesperada y enloquecida las ebánicas puertas del olvido. Desperté en medio de una locura desquiciada y de un simulacro de diabolismo, en tanto aquella fóbica y cristalina angustia se retiraba reverberando hacia abismos inconcebibles. Todo estaba a oscuras, pero supe por el espacio vacío a mi derecha que Tobey ya no se encontraba allí —sólo Dios sabía dónde—. Sobre mi pecho reposaba todavía el pesado brazo del otro durmiente a mi izquierda.

Fue en ese instante cuando cayó aquel rayo devastador que hizo temblar toda la montaña, iluminó los rincones más oscuros del antiquísimo bosque e hizo astillas al más viejo y venerable de sus retorcidos árboles. Entonces, en medio del fogonazo infernal de una monstruosa bola de fuego, el durmiente se

levantó de forma sobresaltada mientras la deslumbrante luz que entraba por la ventana proyectaba nítidamente su sombra en la chimenea que se elevaba desde el negro hogar del cual yo no había apartado la mirada en ningún momento. Que aún siga vivo y cuerdo es un milagro que no alcanzo a comprender; y el motivo de ello es que la sombra visible en aquella chimenea no era la de George Bennett ni la de ningún otro ser humano, sino la de una blasfema aberración salida de los cráteres más profundos del infierno: una abominación informe e inenarrable que ninguna mente sería capaz de asimilar plenamente y ninguna pluma de describir siquiera en parte. Un segundo después me encontraba solo en aquella maldita mansión. temblando y farfullando cosas ininteligibles. George Bennett y William Tobey habían desaparecido sin dejar el más mínimo rastro, ni siquiera de un forcejeo. Y nunca se ha vuelto a saber nada de ellos.

II. UN ALMA PERDIDA EN LA TORMENTA

DESPUÉS DE LA espantosa experiencia en aquella mansión rodeada de bosques me pasé varios días postrado en la habitación de mi hotel de Lefferts Corners. presa de agotamiento nervioso. No sé muy bien cómo conseguí llegar hasta el automóvil, ponerlo en marcha y regresar al pueblo sin que nadie me viera, pues lo único que recuerdo con claridad son árboles titánicos de brazos enmarañados, truenos que retumbaban demoníacamente en la distancia y sombras carónticas[11] que se extendían sobre los bajos montículos que salpicaban y veteaban la región.

Mientras cavilaba obsesiva y temblorosamente sobre aquella turbadora silueta proyectada en la chimenea, me di cuenta de que había conseguido vislumbrar al fin uno de los horrores supremos de la tierra, uno de esos desconocidos azotes de los vacíos cósmicos a los cuales alcanzamos a oír de vez en cuando escarbando diabólicamente en los más lejanos confines del espacio, pero de los que nos hallamos misericordiosamente a salvo gracias a nuestra limitada visión. Apenas me atrevía a analizar o a dar un nombre a la sombra que había visto. Aquella noche había habido algo entre la ventana y yo. pero me daban escalofríos cada vez que no lograba reprimir el impulso instintivo de clasificarlo. Si tan sólo hubiera gruñido, aullado o emitido una risilla burlona… incluso eso habría servido para atenuar el infinito horror que inspiraba. Pero había sido tan silencioso… Había tenido un pesado brazo o pata delantera apoyado en mi pecho… Obviamente, se trataba de un ser vivo, o que había estado vivo en su día… Jan Martense, el antiguo ocupante de la habitación que habíamos invadido, estaba enterrado en el cementerio que

había cerca de la mansión… Tenía que encontrar a Bennett y a Tobey, si es que seguían con vida… ¿Por qué se los había llevado a ellos, y me había dejado a mí para el final?… La somnolencia era tan abrumadora, y mis sueños tan horribles…

Me di cuenta enseguida de que debía contarle mi historia a alguien o no podría seguir soportándolo. Había tomado ya la determinación de continuar con la búsqueda del terror acechante, ya que. en mi imprudente ignorancia, la incertidumbre me parecía algo peor que averiguar la verdad, por terrible que resultara ser esta última. Así pues, resolví mentalmente cuál era el mejor camino a seguir; a quién debía elegir para mis confidencias, y cómo dar con aquella cosa que había hecho desaparecer a dos hombres y proyectado una sombra de pesadilla.

La gente con la que había tenido más relación en Lefferts Corners habían sido los afables reporteros, de los cuales aún quedaban varios por allí, recabando los últimos ecos de la tragedia. Decidí escoger un compañero entre ellos, y cuanto más lo pensaba, más me inclinaba por elegir a Arthur Munroe, un hombre delgado y atezado de unos treinta y cinco años de edad cuya educación, gusto, inteligencia y temperamento parecían señalarlo sin ningún lugar a dudas como una persona alejada de ideas y experiencias convencionales.

Una tarde a principios de septiembre, Arthur Munroe escuchó mi historia. Lo vi bien dispuesto a ello e interesado desde el primer momento, y, una vez concluido mi relato, analizó y trató el asunto con suma perspicacia y buen juicio. Su recomendación, por otra parte, fue eminentemente práctica, dado que me aconsejó aplazar las investigaciones en la mansión Martense hasta que dispusiéramos de antecedentes históricos y geográficos más detallados. A propuesta suya, recorrimos la región de arriba abajo buscando información sobre la terrible familia Martense, y encontramos a un hombre que conservaba un diario maravillosamente revelador que había pertenecido a antepasados suyos. También hablamos largo y tendido con aquellos de los detestables montañeses mestizos que no habían huido impulsados por el terror y la confusión a laderas más remotas, y acordamos que antes de abordar la tarea culminante —la inspección definitiva y a fondo de la mansión a la luz de su azaroso pasado— llevaríamos a cabo un reconocimiento igual de definitivo y exhaustivo de los lugares conectados con las diversas tragedias de las que hablaban las leyendas de los aldeanos locales.

Si bien los resultados de este reconocimiento no fueron muy esclarecedores en un primer momento, la tabulación que hicimos de los

mismos pareció revelar una tendencia bastante significativa; a saber, que el número de sucesos horribles denunciados era con diferencia mucho mayor en zonas que, o bien se encontraban relativamente próximas a la casa evitada, o estaban conectadas con ella por extensiones de aquel bosque malsanamente lujuriante. Es cierto que se daban algunas excepciones; de hecho, la espantosa masacre que había llamado la atención de todo el mundo se había producido en un terreno sin árboles alejado tanto de la mansión como de cualquier zona boscosa conectada con ella.

En lo que respecta a la naturaleza y el aspecto del terror acechante, no conseguimos sacar nada en claro de los asustados y estúpidos chabolistas, pues se referían a él al mismo tiempo como una serpiente y un gigante, un demonio del trueno y un murciélago, y un buitre y un árbol andante. Sí que consideramos, sin embargo, que teníamos motivos para suponer que se trataba de una criatura viviente enormemente sensible a las tormentas eléctricas; y, si bien algunas historias concretas daban a entender que era un ser alado, nosotros pensábamos que su aversión hacia los espacios abiertos hacía más probable la teoría de la locomoción terrestre. Lo único realmente incompatible con esta última postura era la rapidez con la que el ser debía de haberse desplazado de un sitio a otro a fin de poder llevar a cabo todas las atrocidades que se le atribuían.

Cuando llegamos a conocerlos mejor, los aldeanos nos parecieron curiosamente entrañables en muchos aspectos. Eran criaturas simples, víctimas de una ligera caída en la escala evolutiva debido a su infortunada ascendencia y a su aislamiento embrutecedor. Les daban miedo los forasteros, pero poco a poco se fueron acostumbrando a nosotros, llegando a sernos de gran ayuda cuando inspeccionamos todos los matorrales y echamos abajo todos los tabiques de la mansión en nuestra búsqueda del terror acechante. Cuando les pedimos que nos ayudaran a encontrar a Bennett y a Tobey se quedaron verdaderamente consternados, ya que, si bien deseaban ayudarnos, albergaban la seguridad de que aquellas dos víctimas del terror acechante habían dejado nuestro mundo de una forma tan definitiva como sus propios congéneres desaparecidos. Que muchos de ellos habían sido asesinados y raptados, tal como los animales salvajes habían sido exterminados mucho tiempo atrás, era algo de lo que, por supuesto, estábamos plenamente convencidos; de modo que aguardamos con aprensión a que se produjera alguna nueva tragedia.

Para mediados de octubre, nuestra falta de progresos nos tenía desconcertados. Como habíamos tenido noches despejadas no se había

producido ninguna agresión demoníaca, y la exhaustividad de nuestras infructuosas batidas de la mansión y del campo casi nos había llevado a pensar que el terror acechante era en realidad una fuerza incorpórea. Temíamos que pudiera producirse un enfriamiento del tiempo que interrumpiera nuestra búsqueda. ya que todos estábamos de acuerdo en que el demonio permanecía generalmente inactivo durante el invierno. Así pues, había una cierta urgencia y desesperación en nuestro último reconocimiento a la luz del día del aldeorrio atacado por el horror: un aldeorrio ahora abandonado debido a los miedos de sus antiguos habitantes.

El malhadado asentamiento no había tenido nombre, pero llevaba mucho tiempo enclavado en una quebrada desprovista de árboles pero al abrigo, no obstante, de dos elevaciones llamadas respectivamente Cone Mountain**[12]** y Maple Hill**[13]**. Se hallaba más próximo a esta última que a la primera, de tai forma, de hecho, que algunas de las toscas viviendas habían sido excavadas en su falda. Desde el punto de vista geográfico, se encontraba unos tres kilómetros al noroeste de la base del monte Tempest, y a cinco de la mansión rodeada de robles. De la distancia entre la aldea y la mansión, tres kilómetros y medio largos eran campo completamente raso: una llanura de superficie relativamente uniforme, excepto por algunos de aquellos montículos alargados y serpenteantes, y cubierta de hierba y maleza dispersa como única vegetación. En vista de esta topografía, habíamos acabado concluyendo que el demonio debía de haber alcanzado el asentamiento a través de Cone Mountain, pues una prolongación boscosa de aquella eminencia se extendía en dirección sur hasta llegar casi a tocarse con el espolón más occidental del monte Tempest; y situamos de manera concluyente el origen de la brutal alteración del terreno en un corrimiento de tierras iniciado en Maple Hill. siendo un alto árbol solitario y astillado de su ladera el punto donde había caído el rayo que había convocado al demonio.

En lo que respecta a la vigésima vez o más que Arthur Munroe y yo examinamos minuciosamente cada centímetro de la violentada aldea, ambos nos encontrábamos invadidos por un cierto desánimo, unido a unos vagos temores que eran nuevos para nosotros. Aun tratándose de una situación en la que las cosas aterradoras e increíbles eran algo habitual, resultaba profundamente inquietante encontrarse con un escenario tan completamente carente de pistas después de unos sucesos de tal magnitud como los que allí se habían producido, y los dos íbamos de acá para allá bajo el plomizo y cada vez más oscuro cielo con ese trágico afán sin rumbo que resulta de un sentimiento conjunto de inutilidad y necesidad de acción. Nuestro escrutinio

fue seriamente minucioso: volvimos a entrar en cada una de aquellas casuchas. a buscar cuerpos en cada vivienda excavada en la falda del cerro, a peinar cada metro plagado de zarzas de la ladera circundante intentando encontrar alguna guarida o cueva, mas todo ello sin ningún resultado. Y aun así, como he dicho, nos rondaban de forma amenazadora vagos temores desconocidos, como si desde lo alto de aquellas cumbres gigantescos grifos con alas de murciélago nos avizorasen furtiva y maliciosamente con ojos abadónicos[14] que hubieran contemplado los abismos que inundan el cosmos.



«Gigantescos gritos con alas de murciélago». *Home Brew* 3, I (febrero 1923) (ilustrador Clark Ashton Smith, publicado con autorización de CASiana Enterprises, the Literary Estate oí Clark Ashton Smith).



«En el monte Tempest». *Home Brew* 2, 6 (enero 1923) (ilustrador: Clark Ashton Smith; publicado con autorización de CASiana Enterprises, the Literary Estate of Clark Ashton Smith).

Con el avance de la tarde la visibilidad se fue reduciendo de manera gradual, y entonces oímos el rumor de una tormenta que estaba formándose sobre el monte Tempest. Aquel ruido, en semejante lugar, naturalmente nos sobresaltó, si bien menos de lo que lo habría hecho si el sol se hubiera ocultado ya. Dada nuestra situación, esperamos fervientemente que la tormenta se prolongara hasta bien entrada la noche, y, empujados por esa esperanza, abandonamos nuestra desorientada búsqueda en la falda de Maple Hill a fin de dirigirnos a la aldea habitada más cercana, con intención de reunir a un grupo de montañeses que nos sirviera de ayuda en la investigación. A pesar de su carácter asustadizo, unos pocos de los jóvenes

del lugar se vieron lo suficientemente motivados por nuestro protector liderazgo como para prometer que nos proporcionarían tal ayuda.

No obstante, apenas iniciado el regreso, se abatió sobre nosotros una cortina de lluvia torrencial tan intensa y cegadora que se volvió prioritario encontrar un lugar donde guarecerse. La extremada negrura del cielo, casi nocturna, nos hacía avanzar a patéticos trompicones, pero guiados por los frecuentes relámpagos y nuestro detallado conocimiento de la aldea no tardamos mucho en alcanzar la cabaña más impermeable de todas las que la formaban: una heterogénea mezcla de troncos y tablones cuya puerta aún en pie y cuya única y diminuta ventana miraban ambas a Maple Hill. Tras atrancar la puerta al entrar para resguardamos de la furia del viento y la lluvia, colocamos en su sitio la rudimentaria contraventana cuya ubicación recordábamos gracias a nuestras repetidas búsquedas. Resultaba tétrico estar allí sentados en cajas desvencijadas completamente a oscuras, pero nos pusimos a fumar en pipa y encendíamos las linternas de vez en cuando. También veíamos brillar a veces los rayos por entre las rendijas de las paredes; la tarde era tan increíblemente oscura que hacía que cada destello se percibiera de forma sumamente vívida.

La tormentosa vigilia me recordó de un modo escalofriante aquella espantosa noche en el monte Tempest. Mis pensamientos se centraron en esa extraña duda que no había dejado de atormentarme desde que tuviera lugar la pesadilla, y de nuevo volví a preguntarme por qué el demonio, al acercarse a los tres hombres que hacían guardia, bien desde la ventana o desde el interior de la casa, había comenzado por los hombres de cada lado y dejado al de en medio para el final, momento en que aquella titánica bola de fuego lo había ahuyentado. ¿Por qué no se había llevado a sus víctimas en el orden lógico, siendo yo el segundo desde cualquier dirección por la que hubiera venido? ¿Con qué clase de largos tentáculos cazaba a sus presas? ¿O es que acaso sabía que yo era el líder del grupo y tenía reservado para mí un destino peor que el que habían corrido mis compañeros ?

Mientras me hallaba sumido en estas cavilaciones, como si hubiera sido algo dramáticamente preparado de antemano para acrecentarlas, cayó en las cercanías de la cabaña un terrible rayo, al cual siguió el estruendo de un desprendimiento de tierra. De forma simultánea, el fiero viento arreció en un demoníaco *crescendo* ululante. Estábamos seguros de que el solitario árbol de Maple Hill había sido alcanzado otra vez, y Munroe, levantándose de su caja, se acercó a la diminuta ventana para determinar los daños. Cuando retiró la contraventana el viento y la lluvia entraron en la cabaña aullando de forma

ensordecedora, de modo que no era capaz de oír lo que decía mi compañero; pero me mantuve a la espera mientras él se asomaba para tratar de sondear aquel pandemonio de la naturaleza.

De manera gradual, el amaine del viento y la dispersión de aquella oscuridad fuera de lo común indicaron que la tormenta había pasado. Yo había albergado la esperanza de que durara hasta bien entrada la noche para facilitar nuestra búsqueda, pero un rayo de sol que se estaba colando a mi espalda por un agujero en la pared acabó con aquella posibilidad. Sugiriéndole a Munroe que más valía buscar alguna otra fuente de iluminación incluso en caso de que se produjeran nuevos aguaceros, desatranqué y abrí la tosca puerta de la cabaña. Fuera de ella, el terreno se había convertido en un extraordinario barrizal lleno de charcos, salpicado de montones de tierra fresca procedentes del leve desprendimiento de tierra; mas no vi nada que justificara el interés con el que mi compañero seguía silenciosamente asomado a la ventana. Tras cruzar el interior de la cabaña hasta donde se encontraba, le puse una mano en el hombro; pero Munroe no reaccionó. Entonces, al tiempo que lo sacudía en actitud jocosa y le hacía girarse hacia mí, sentí cómo me cortaban la respiración los asfixiantes zarcillos de un honor canceroso cuyas raíces se extendían hasta eras infinitamente remotas y hasta los insondables e incomprensibles abismos de esa noche que anida más allá del tiempo.

Pues Arthur Munroe estaba muerto. Y en lo que quedaba de su abierta y semidevorada cabeza ya no había ninguna cara.

III. QUÉ HABÍA SIDO AQUEL FULGOR ROJIZO

LA TORMENTOSA NOCHE del 8 de noviembre de 1921 me encontraba cavando a solas como un idiota en la tumba de Jan Martense, acompañado de un farol que proyectaba sombras espectrales. Había empezado a cavar a primera hora de la tarde al ver que se avecinaba una tormenta, y una vez que hubo oscurecido, y la tormenta se hubo desatado sobre el espeso y demencialmente enmarañado follaje, me alegré de haberlo hecho.

Creo que me encontraba parcialmente trastornado por los acontecimientos que habían tenido lugar desde el día 5 de agosto: aquella sombra demoníaca de la mansión, la tensión y la frustración general, y lo ocurrido en la aldea durante una tormenta de octubre. Después de aquello, cavé una tumba para alguien cuya muerte no alcanzaba a comprender. Sabía que otros tampoco la comprenderían, así que les dejé creer que Arthur Munroe se había extraviado. Lo buscaron, pero no encontraron nada. Los aldeanos tal vez habrían

entendido lo que había pasado, pero no me atreví a asustarlos más. Yo. por mi parte, parecía extrañamente insensibilizado. Aquella conmoción en la mansión Martense me había afectado mentalmente de algún modo, y mi sola obsesión era dar con un horror que había adquirido una envergadura catastrófica en mis pensamientos: una búsqueda que, debido a la suerte corrida por Arthur Munroe, me había jurado a mí mismo que sería discreta y solitaria.

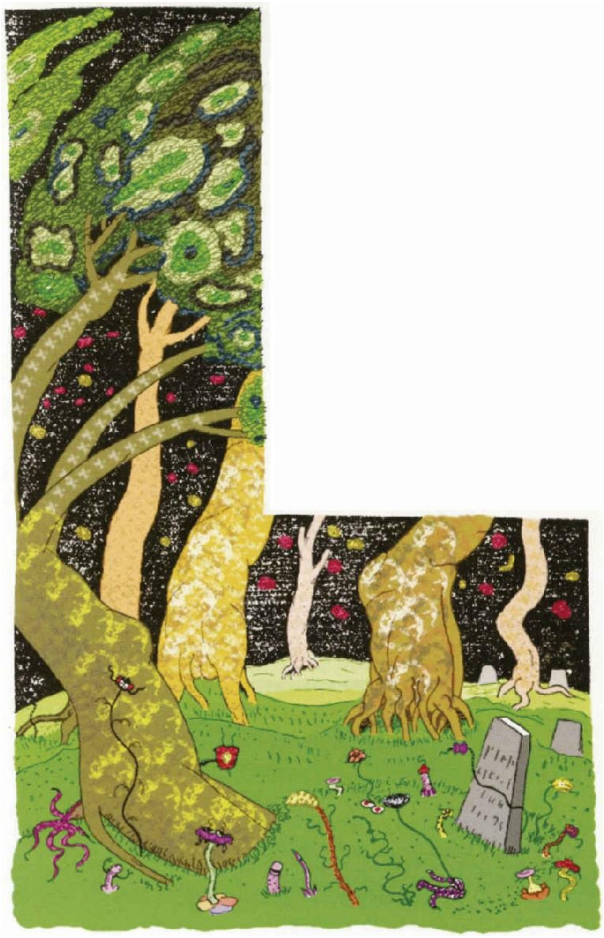


«Tras cruzar el interior de la cabaña hasta donde se encontraba, sacudí su hombro en actitud jocosa». *Home Brew* 3, I (febrero 1923) (ilustrador: Clark Ashton Smith; publicado con autorización de CASiana Enterprises, the Literary Estate of Clark Ashton Smith).

Ya sólo el escenario de mi excavación habría bastado para inquietar a cualquier persona corriente: siniestros árboles prehistóricos de impío tamaño, edad y grotesquidad se alzaban maliciosamente por encima de mí como columnas de algún infernal templo druídico, amortiguando el retumbar de los truenos, acallando el cortante viento y dejando pasar muy poca lluvia. Más allá de los mellados troncos que había detrás de ellos, iluminadas por los relámpagos que se filtraban tenuemente entre el ramaje, se erguían las pétreas y húmedas paredes cubiertas de hiedra de la mansión abandonada, mientras que un poco más cerca se encontraba el desierto jardín holandés[21‡], cuyos paseos y parterres estaban infestados por una vegetación blanquecina, fungosa, fétida y desbordante sobre la cual nunca se posaban los rayos directos del sol. Y situándose en primer término estaba el cementerio, cuyos árboles deformes lanzaban demencialmente sus ramas al aire mientras sus raíces desplazaban losas no consagradas y succionaban el veneno de lo que hubiera debajo de ellas. De tanto en tanto, bajo el pardo manto de hojas que se pudrían y descomponían en la oscuridad de aquel bosque antediluviano, alcanzaba a distinguir los siniestros contornos de algunos de esos montículos achaparrados que caracterizaban aquella región acribillada por los rayos.

Había sido la historia lo que me había conducido hasta aquella tumba arcaica, dado que, en verdad, no me quedó otra cosa a la que aferrarme después de que todo lo demás hubiera acabado tomándose una burla diabólica. Ahora creía que el terror acechante no era un ser corpóreo, sino un fantasma de fauces lobunas que se desplazaba transportado por los rayos nocturnos. Y creía también, debido a la gran cantidad de historias y leyendas locales que Arthur Munroe y yo habíamos descubierto en nuestras investigaciones, que aquel fantasma era el de Jan Martense, quien había fallecido en 1762; de ahí que me encontrara cavando como un idiota en su tumba.

La mansión Martense había sido construida en 1670 por Gerrit Martense, un rico mercader de Nueva Ámsterdam[15] que detestaba el nuevo orden impuesto por los británicos en la colonia y que se había construido aquel magnífico domicilio en una remota cumbre boscosa cuya inmaculada soledad e inusual paisaje le habían agradado. La única decepción importante con que se había encontrado en aquel emplazamiento era la relativa a la gran frecuencia con la cual se producían allí fuertes tormentas en verano. Al elegir la colina y construir su mansión, *mynheer*[22‡] Martense había tomado aquellos reiterados accesos de furia de la naturaleza por una circunstancia excepcional de ese año, pero con el tiempo se dio cuenta de que el lugar tendía de un modo especial a sufrir tales fenómenos. Al final, tras descubrir que aquellas tormentas resultaban perjudiciales para su salud, Martense terminó acondicionando un sótano de la casa en el cual poder refugiarse de su violentísimo fragor.

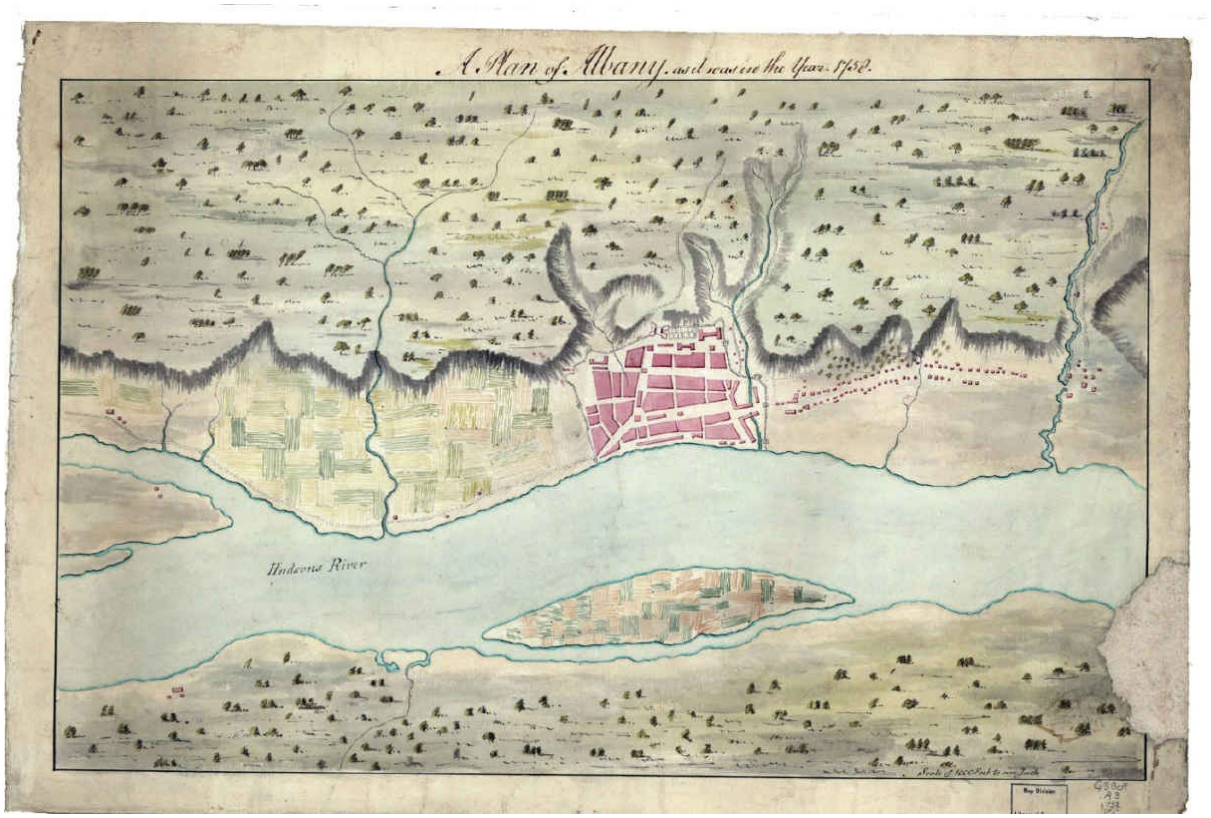


«En primer término estaba el cementerio». *Home Brew* 3, 2 (marzo 1923) (ilustrador Clark Ashton Smith; publicado con autorización de CASiana Enterprises, the Literary Estate of Clark Ashton Smith).

En lo que se refiere a los descendientes de Gerrit Martense, la información disponible es más reducida, dado que a todos ellos se les crió en el odio a la civilización inglesa, siendo educados para que evitaran el trato con aquellos colonos que sí la aceptaban. Habían llevado una vida de extrema reclusión, y la gente decía que su aislamiento los había vuelto lentos de palabra y de entendimiento. Todos ellos presentaban en su aspecto una peculiar disimilitud hereditaria entre sus ojos, siendo generalmente uno de ellos azul y el otro marión. Sus contactos sociales se fueron reduciendo paulatinamente, hasta que al final empezaron a casarse y procrear con los numerosos sirvientes que vivían en la propiedad. Muchos miembros de la atestada familia degeneraron, se trasladaron al otro lado del valle y se mezclaron con la población mestiza de la cual habrían de salir posteriormente los lastimosos aldeanos de la región. El resto de los Martense, entre tanto, habían seguido viviendo de manera huraña en su mansión ancestral, volviéndose cada vez más herméticos y

taciturnos, y desarrollando además una particular sensibilidad nerviosa hacia las frecuentes tormentas de la zona.

La mayoría de esta información empezó a conocerse más allá del monte Tempest gracias al joven Jan Martense, quien se alistó en el ejército colonial, por algún tipo de inquietud, cuando llegaron noticias al lugar de la celebración de la Convención de Albany[16]. Fue el primero de los descendientes de Gerrit en ver mundo, o al menos buena parte de él; y cuando regresó en 1760, al cabo de seis años de campaña[17], sufrió el odio de su padre, tíos y hermanos cual si se tratara de un extraño, pese a tener la misma disimilitud entre sus ojos que los demás Martense. Jan había dejado atrás las rarezas y prejuicios de su familia, y, al mismo tiempo, las tormentas del monte ya no lo embriagaban como antaño. Por el contrario, aquel enlomo lo deprimía; y, en cartas dirigidas a un amigo suyo en Albany, el joven hablaba a menudo de que tenía planes de abandonar el techo paterno.



Plano de Albany en 1758.

En la primavera de 1763 Jonathan Gifford, el amigo albaniano de Jan Martense, comenzó a preocuparse ante la falta de noticias de su corresponsal, especialmente en vista de la situación y las discusiones que se estaban produciendo en la mansión Martense. Decidido a visitar a Jan personalmente, el hombre se adentró en las montañas a caballo. Su diario dice que llegó al

monte Tempest el 20 de septiembre, y que encontró la mansión en un estado de gran deterioro. Los hoscos miembros de ojos extraños de la familia Martense —cuyo sucio aspecto animal le horrorizó— le dijeron con voz gutural y entrecortada que Jan había muerto. Insistían en que le había caído un rayo el otoño anterior; y ahora yacía enterrado detrás del descuidado jardín hundido[23‡]. Los Martense enseñaron al visitante la tumba: un trozo de tierra desnuda, sin nada que indicara el uso que se le había dado. Algo en el comportamiento de los Martense suscitó en Gifford un sentimiento de aversión y recelo, y una semana más tarde este volvió pertrechado con pala y zapapico a fin de investigar la sepultura. Encontró lo que esperaba —un cráneo aplastado cruelmente como por violentos golpes—, así que a su regreso a Albany acusó abiertamente a los Martense del asesinato de su pariente.

No había pruebas suficientes de ello, pero la historia se extendió rápidamente por la región, y a partir de entonces los Martense fueron condenados al ostracismo. Todo el mundo se negaba a tener trato con ellos, y su apartada mansión era evitada como si se tratara de un lugar maldito. De algún modo la familia se las arregló para salir adelante sin ayuda de nadie, viviendo de lo que producían sus terrenos; pues las luces que algunas veces se divisaban desde colinas distantes atestiguaban su presencia continuada en el monte. Aquellas luces se vieron hasta 1810, pero hacia los últimos años ya de forma muy rara.

Mientras tanto fueron apareciendo una serie de leyendas horribles en torno a la mansión y la montaña. La gente puso mucho más cuidado en evitar el lugar, y lo envolvió en cada rumor fantástico que el acervo popular fue capaz de proveer. Nadie volvió a acercarse a él hasta 1816, año en que los aldeanos se percataron de que las luces ya no se encendían nunca. Un grupo de ellos fue entonces a investigar la casa, hallándola desierta y parcialmente en ruinas.

Como no había ningún esqueleto en el lugar ni en sus cercanías, supusieron que los Martense no se habían extinguido. sino que se habían marchado; parecían haberse ido de la casa varios años antes, y los cobertizos levantados de forma improvisada junto a las paredes del edificio revelaban lo numeroso que había llegado a ser el clan en los tiempos previos a su emigración. Este había sufrido además una profunda involución cultural, tal como demostraba el ruinoso estado del mobiliario y la desparramada vajilla de plata, los cuales debían de haber llevado mucho tiempo sin usarse en el momento en que sus dueños se fueron. Con todo, pese a la marcha de los

temidos Martense, el miedo hacia la mansión embrujada se mantuvo; y llegó a volverse muy intenso con la aparición de nuevas y extrañas historias entre los degenerados montañeses. La casa permaneció en lo alto del monte: abandonada, evitada y relacionada con el vengativo fantasma de Jan Martense. Y allí seguía todavía la noche en que me encontraba cavando en la tumba de este último.

He dicho con anterioridad que estuve entregado a esta prolongada tarea «como un idiota», y así fue realmente, en objeto y método. El ataúd de Jan Martense resultó desenterrado en muy poco tiempo —ahora contenía únicamente polvo y nitro—, pero en mi furor por exhumar su fantasma seguí ahondando de manera torpe e irracional en la fosa donde había sido sepultado. Sabe Dios lo que esperaba encontrar; lo único que yo pensaba era que estaba cavando en la tumba de un hombre cuyo fantasma salía a cazar por las noches.

Es imposible decir qué monstruosa profundidad había alcanzado en el momento en que la pala, seguida instantes después por mis pies, atravesó la tierra bajo estos últimos. El hecho, en aquellas circunstancias, fue algo aterrador; puesto que la existencia de un espacio subterráneo en aquel lugar venía a confirmar de un modo terrible mis delirantes teorías. La pequeña caída había apagado el farol, pero saqué una linterna de bolsillo y vi que una pequeña galería horizontal se extendía indefinidamente en ambas direcciones. Era lo bastante grande como para que un hombre adulto pudiera deslizarse por ella a rastras; y. pese a que ninguna persona en su sano juicio lo habría intentado en aquel momento, mi febril determinación por descubrir al terror acechante hizo que me olvidara del peligro, de la sensatez, y de la higiene. Tras escoger la dirección que iba hacia la casa, me metí de forma temeraria por la estrecha galería, avanzando ciega y rápidamente como una lombriz, y encendiendo muy de tanto en tanto la linterna que iba empujando por delante de mí.

¿Qué palabras son capaces de describir el espectáculo de un hombre perdido en las abismales entrañas de la tierra; escarbando, retorciéndose, resollando, arrastrándose con desesperación por circunvoluciones subterráneas de una negrura inmemorial sin tener conciencia ninguna del tiempo, la seguridad personal, la dirección o un objetivo concreto? Hay algo espantoso en todo ello, pero eso es lo que hice. Lo hice durante tanto tiempo que la vida quedó reducida a un recuerdo lejano, y pasé a ser uno más entre los topos y los gusanos que habitan las tenebrosas profundidades. De hecho, fue únicamente por accidente que, después de arrastrarme durante una

eternidad, golpeé mi ya olvidada linterna de tal modo que se encendió, iluminando de forma inquietante aquella galería de endurecida tierra margosa que se extendía y curvaba frente a mí.

Cuando ya llevaba un buen rato arrastrándome de este modo —por lo que las pilas se encontraban ya bastante agotadas— el pasadizo torció bruscamente hacia arriba, alterando con ello mi modo de avance. Y de improviso, al levantar la vista, vi relucir a lo lejos dos diabólicos reflejos de mi agonizante linterna: dos reflejos que brillaban con un fulgor funesto e inconfundible, y que despertaron en mí recuerdos enloquecedoramente nebulosos. Yo me paré en el acto, pero me faltó seso para retroceder. Aquellos ojos empezaron a acercarse, mas del ser al que ambos pertenecían sólo acerté a distinguir una garra. ¡Pero qué garra! Entonces oí llegar desde la superficie un lejano retumbo que reconocí. Era uno de aquellos violentos truenos de la montaña, exacerbado hasta un paroxismo de furia —yo debía de llevar un buen rato subiendo durante mi avance, de tal modo que la superficie se encontraba ya bastante cerca—. Y mientras el trueno reverberaba sordamente en el interior de la galería, aquellos ojos se mantuvieron clavados en mí con fiera vacuidad.

Gracias a Dios, en aquel momento no sabía a qué ser pertenecían, o de lo contrario me habría dado un infarto allí mismo. En cualquier caso, me salvó el mismo trueno que lo había hecho aparecer, pues tras una tensa y espeluznante pausa brotó del invisible cielo uno de aquellos rayos que con tanta frecuencia caían en la montaña, cuyos efectos había percibido aquí y allá en forma de hendiduras de tierra desplazada y fulguritas de diversos tamaños. Con furia ciclópea[18], la descarga hendió la tierra que había justo encima de aquel abismo abominable, cegándome y ensordeciéndome, pero sin llegar a dejarme completamente inconsciente.



«Los ojos y la garra». *Home Brew* 3, 2 (marzo 1923) (ilustrador: Clark Ashton Smith; publicado con autorización de CASiana Enterprises, the Literary Estate of Clark Ashton Smith).

En medio del caótico derrumbe y deslizamiento de tierra subsiguiente, me debatí con impotencia tratando de abrirme camino hacia la superficie, hasta que al fin el tacto de la lluvia en mi cabeza me tranquilizó y vi que había emergido en un punto que me era familiar: una empinada pendiente desarbolada en la vertiente sudoccidental del monte. Una serie de fucilazos iluminó el revuelto terreno y los restos del bajo y curioso montículo que hasta hacía poco se había extendido en la dirección de la ladera desde su boscosa parte superior, pero nada en aquella confusión revelaba el punto concreto por el que había conseguido salir de las mortíferas catacumbas. Mi cerebro se encontraba tan revuelto y agitado como aquella tierra, y en esc momento,

mientras veía aparecer un lejano fulgor rojizo al sur de donde me encontraba, apenas alcanzaba a comprender el horror que había vivido.

No obstante, cuando dos días más tarde los aldeanos me contaron qué había sido aquel fulgor rojizo, experimenté un espanto más terrible que el que me habían provocado la galería del montículo, los ojos y la garra; y ello se debió a las sobrecogedoras implicaciones de su relato. En otro aldeorrio situado a algo más de treinta kilómetros de distancia, segundos después de que hubiera caído el rayo que me había hecho salir a la superficie, se había desatado el pánico cuando una cosa indescriptible se había abalanzado sobre el frágil tejado de una cabaña desde lo alto de un árbol que se elevaba por encima de ella. Aquella cosa había cometido una atrocidad, pero los frenéticos aldeanos le habían prendido fuego a la cabaña antes de que escapase; y había estado cometiendo aquella atrocidad en el mismo momento exacto en que la tierra se había derrumbado sobre aquel .ser de la garra y los ojos.

IV. EL HORROR EN LOS OJOS

NO PUEDE HABER nada normal en la mente de alguien que, sabiendo lo que yo sabía de ios horrores de Tempest Mountain, iría solo a buscar el tenor que allí acechaba. El hecho de que al menos dos de las encamaciones de aquel terror hubieran sido destruidas no constituía sino una escasa garantía de seguridad mental y física en aquel Aqueronte[19] de sucesos diabólicos y multiformes; mas a pesar de ello proseguí mi búsqueda con más ahínco incluso, al tiempo que los acontecimientos y las revelaciones se volvían cada vez más monstruosos.

Cuando me enteré, al cabo de dos días de mi aterradora exploración a rastras de aquella galería de los ojos y la garra, de que una cosa se había cernido aviesamente sobre una cabaña a treinta kilómetros de distancia en el mismo instante en que aquellos ojos me miraban con ferocidad, sentí un terror prácticamente convulsivo; pero aquel terror se encontraba entremezclado con tal asombro y fascinación por lo grotesco que casi llegaba a ser una sensación placentera. En ocasiones, cuando uno se encuentra sumido en una pesadilla en la que fuerzas invisibles le hacen a uno dar vueltas vertiginosamente sobre los edificios de extrañas ciudades desiertas próximas a la sonriente sima de Nis[20], resulta un alivio e incluso un goce gritar a pleno pulmón y dejarse arrastrar por el espantoso y fatal vórtice onírico al interior de cualquier abismo insondable que se abra ante nosotros. Y tal fue el caso con la pesadilla en vida de la cual el monte Tempest era escenario; el descubrimiento de que

dos monstruos habían rondado el lugar despertó en mí a la postre un ansia febril por ahondar en la tierra misma de aquella región maldita y desenterrar con mis manos desnudas el mortífero horror que acechaba maliciosamente desde cada centímetro de su ponzoñoso suelo.

En cuanto pude visité la tumba de Jan Martense y cavé de nuevo inútilmente en el mismo lugar de la vez anterior. Un amplio hundimiento del terreno había borrado todo rastro del pasadizo subterráneo, al tiempo que la lluvia había arrastrado tal cantidad de tierra de vuelta al interior de la fosa que no sabía hasta qué profundidad había cavado el primer día. También hice un difícil viaje hasta el lejano aldeorrio donde habían quemado vivo a aquel monstruo sanguinario: un esfuerzo que se vio escasamente recompensado. Entre las cenizas de la malhadada cabaña encontré varios huesos, pero ninguno que pareciera pertenecer al monstruo. Los aldeanos me dijeron que el ser había acabado con la vida de una sola víctima; pero consideré que se equivocaban a este respecto, dado que, al lado del cráneo completo de un ser humano, apareció un fragmento óseo distinto que parecía ciertamente haber formado parte de otro cráneo humano en algún momento. Si bien la veloz caída del monstruo había tenido testigos, nadie supo decir qué aspecto tenía; aquellos que habían llegado a verlo fugazmente se referían a él simplemente como «un demonio». Al inspeccionar el gran árbol en el que había estado al acecho, no logré distinguir ninguna marca particular. Intenté encontrar algún rastro que se adentrara en el oscuro bosque, pero esta vez no pude soportar la visión de aquellos troncos malsanamente descomunales, ni tampoco la de esas enormes raíces serpenteantes que se retorcían de forma tan malévola antes de hundirse en la tierra.

Mi siguiente paso fue volver a registrar con extrema minuciosidad la aldea abandonada en la que la muerte más se había cebado, y en la cual Arthur Munroe había visto algo que no había vivido para describir. Si bien mis infructuosos reconocimientos previos ya habían sido extraordinariamente concienzudos, ahora tenía nuevos datos que comprobar, ya que mi horrible exploración de la galería bajo la tumba de Jan Martense me había convencido de que al menos uno de los avatares de la monstruosidad había sido una criatura subterránea. Esta vez, el día 14 de noviembre, mi búsqueda se centró mayormente en las partes de las laderas de Cone Mountain y Maple Hill que dan al desgraciado aldeorrio, y dediqué especial atención a la tierra suelta de la zona de este último promontorio en la cual se había producido el desprendimiento.

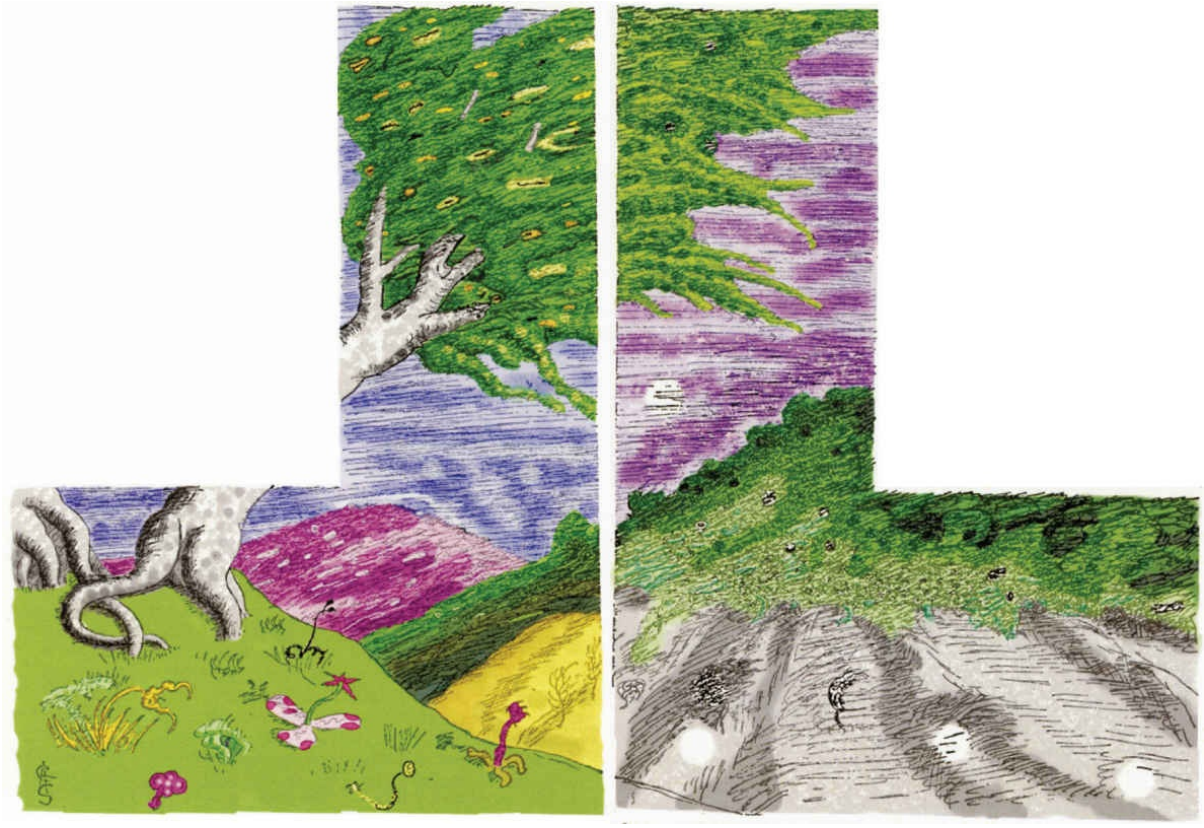
La tarde de mi inspección no produjo ningún hallazgo, y al llegar el anochecer me encontraba en lo alto de Maple Hill oteando la aldea, así como el monte Tempest más allá del valle. Había habido una puesta de sol preciosa, y entonces salió la luna, prácticamente llena y derramando un mar de luz plateada sobre la llanura, la distante ladera del monte y los pequeños y curiosos montículos que se levantaban aquí y allá. Era una plácida escena arcádica[21], pero, como sabía lo que ocultaba, me producía un sentimiento de aversión. No soportaba ver aquella luna burlona, aquella llanura hipócrita, aquel monte pustuloso ni esos siniestros montículos. A mis ojos todo parecía encontrarse corrompido por una infección repugnante, e inspirado por una perniciosa alianza con fuerzas ocultas y retorcidas.

Al poco rato, mientras contemplaba abstraído el panorama iluminado por la luna, mi mirada se vio atraída por un aspecto extraño en la naturaleza y disposición de un cierto elemento topográfico. Pese a no disponer de ningún conocimiento preciso de geología, los curiosos montículos de la región habían despertado mi interés desde el primer momento. Me había fijado en que se encontraban diseminados de un modo bastante amplio alrededor del monte Tempest, aunque eran menos numerosos en la llanura que en las cercanías de la propia cima de la altura. donde la glaciación había encontrado sin duda en tiempos prehistóricos una oposición más débil a sus llamativos y fantásticos caprichos. En aquel momento, a la luz de aquella luna baja que proyectaba inquietantes sombras alargadas, tuve la fuerte impresión de que los diversos puntos y líneas del sistema de montículos guardaban una particular relación con la cúspide del monte Tempest. Aquella cima constituía de manera innegable un centro desde el cual las líneas o hileras de puntos se extendían indefinida e irregularmente en dirección radial como si la enfermiza mansión Martense hubiera tendido visiblemente a su alrededor unos terroríficos tentáculos[22]. La idea de unos apéndices semejantes provocó en mí un misterioso estremecimiento, así que me paré a analizar los motivos de mi creencia de que aquellos montículos eran fenómenos glaciales.

Cuanto más analizaba dicha creencia, menos firme se volvía, y entonces comenzaron a asaltar mi ahora receptiva imaginación grotescas y horribles analogías basadas tanto en aspectos superficiales como en mi experiencia subterránea. Antes de que me diese cuenta, me encontraba diciéndome a mí mismo frases frenéticas e inconexas: «¡Dios mío!… Es como una topera… el maldito lugar debe de estar surcado de galerías subterráneas… ¿pero cuántas?… aquella noche en la mansión… se llevaron primero a Bennett y a Tobey… por cada lado de nuestro grupo…». Luego me vi cavando como un

desquiciado en el montículo que se extendía más cerca de mí; cavando de forma desesperada y temblorosa, pero casi alborozada; cavando y lanzando al fin un grito de indeterminada emoción en el momento en que di con un estrecho pasadizo o galería idéntico a aquel por el cual me había arrastrado esa otra noche abominable.

Después recuerdo echar a correr, pala en mano; una horrenda carrera a la luz de la luna atravesando praderas salpicadas de montículos y salvando aberrantes precipicios en embrujadas laderas cubiertas de bosque; saltando, chillando, jadeando y brincando en dirección a la terrible mansión Martense. Recuerdo cavar de un modo irracional por todo el sótano invadido de zarzas, a fin de encontrar el corazón y centro de aquel maligno universo de montículos; y también cómo me reí después, cuando di con el pasadizo: el agujero en la base de la vieja chimenea, donde crecía aquella maleza espesa que proyectaba sombras extrañas a la luz de la vela que por casualidad había tenido conmigo. Qué quedaba aún allí abajo en aquel hormiguero infernal, acechando y aguardando a que los truenos lo despertaran, no lo sabía. Dos habían muerto; cabía la posibilidad de que aquello hubiera acabado con el terror, al cual había vuelto a considerar de nuevo un ente definido, viviente y corpóreo. Aun así. todavía conservaba aquella ardiente determinación por llegar al fondo de su misterioso secreto.



«Aquella cima constituía de manera innegable un centro desde el cual las líneas o hileras de puntos se extendían en dirección radial». *Home Brew* 3, 3 (abril 1923) (ilustrador: Clark Ashton Smith; publicado con autorización de CASiana Enterprises, the Literary Estate of Clark Ashton Smith).

Mis indecisas cavilaciones sobre si debía explorar inmediatamente y en solitario el pasadizo con la linterna o bien intentar reunir un grupo de aldeanos para la tarea se vieron interrumpidas al cabo de un rato por una súbita ráfaga de viento procedente del exterior que apagó la vela y me dejó sumido en la más completa oscuridad. La luz de la luna había dejado de filtrarse entre las grietas y hendiduras del techo, y entonces oí con una fatídica sensación de alarma el rumor siniestro y significativo de una tormenta que se aproximaba. Al punto, un confuso montón de imágenes evocadas invadió mi mente, haciéndome retroceder a tientas hasta el rincón más apartado del sótano. A pesar de ello, no aparté la vista ni por un solo instante de la horrible abertura en la base de la chimenea; y entonces empecé a tener visiones fugaces de los resquebrajados ladrillos y de la malsana maleza, cuando el tenue brillo de los relámpagos comenzó a traspasar el bosque de alrededor y a iluminar las grietas en la parte superior de las paredes. Una mezcla de miedo y curiosidad me consumía por momentos. ¿Qué haría aparecer la tormenta… si es que quedaba algo que pudiera convocar? Orientándome gracias a la luz de un relámpago, me agazapé detrás de un espeso matorral, a través del cual podía observar a escondidas la abertura de la chimenea.

Si hay misericordia en el Cielo, algún día borrará de mi mente consciente lo que vi en aquel lugar y me permitirá vivir mis últimos años en paz. Ahora ya no soy capaz de dormir por las noches, y he de tomar sedantes cuando se escuchan truenos. Llegó de manera repentina y sin previo aviso: un correleo demoníaco como de ratas desde profundidades remotas e inimaginables, unos perturbadores resuellos y gruñidos ahogados, y después, saliendo de aquel agujero en la base de la chimenea, una explosión de vida infecta y multitudinaria; una repugnante riada de carroña viviente engendrada por la oscuridad que provocaba un espanto más abrumador que las más terribles evocaciones de locura y morbosidad humanas. Salió deslizándose del negro agujero como una borboteante, bullente y palpitante masa de serpientes, extendiéndose como una plaga séptica y escapando atropelladamente del sótano por cada vía de salida posible; surgiendo a raudales de allí para desperdigarse por aquellos malditos y tenebrosos bosques y sembrar el terror, la locura y la muerte.

Sabe Dios cuántos había… debían de ser miles. Ver aquel torrente pululante a la débil e intermitente luz de los relámpagos resultaba sobrecogedor. Cuando su número disminuyó lo bastante como para poder

distinguir los confusamente como seres individuales, vi que eran pequeños simios o demonios peludos, enanos y deformes; monstruosas y diabólicas caricaturas de la familia de los monos. Eran terriblemente silenciosos: apenas se oyó un chillido cuando uno de los engendros más rezagados se giró con la agilidad que confiere la experiencia para devorar a su modo habitual a un compañero más débil; compañero cuyos despojos, a la postre, fueron rapiñados y engullidos con babeante deleite por otros tantos. Entonces, a pesar del aturdimiento provocado por el miedo y el asco que sentía, mi curiosidad morbosa se impuso; y en el momento en que la última de aquellas monstruosidades salía deslizándose de aquel inframundo de desconocida pesadilla saqué mi pistola semiautomática y le asesté un tiro al abrigo de un trueno.



«Extendiéndose como una plaga séptica». *Home Brew* 3, 3 (abril 1923) (ilustrador: Clark Ashton Smith; publicado con autorización de CASiana Enterprises, the Literary Estate of Clark Ashton Smith).

Estridentes, deslizantes y torrenciales sombras de viscosa locura carmesí que se perseguían unas a otras por interminables corredores ensangrentados de un fucilante[23] cielo púrpura… fantasmagorías informes y mutaciones

caleidoscópicas de un macabro paisaje recordado; bosques de monstruosos y henchidos robles con raíces serpenteantes que se retorcían y succionaban jugos innominables de una tierra infestada por millones de demonios caníbales; montículos tentaculados que palpaban la noche desde focos subterráneos de poliposa perversión… demcnciales resplandores intermitentes sobre maléficos muros cubiertos de hiedra y demoníacas arcadas invadidas de vegetación fungosa… Doy gracias al cielo por el instinto que me guió de manera inconsciente a la región donde habitan los hombres; hasta el tranquilo pueblo que dormía bajo las plácidas estrellas del cielo que se iba aclarando[24].

Al cabo de una semana me había recuperado lo suficiente como para pedir que enviaran desde Albany una cuadrilla de hombres que volase la mansión Martense y toda la cumbre del monte Tempest con dinamita; que cegara todas las galerías bajo los montículos que consiguieran descubrir, y que destruyera ciertos árboles gigantescos cuya misma existencia parecía constituir un insulto a la razón. Una vez que hicieron todo esto, fui capaz de dormir un poco; pero jamás llegaré a conocer el verdadero descanso mientras recuerde el nefando secreto del terror acechante. Es algo que me atormentará, pues ¿quién puede asegurar que el tenor ha sido completamente exterminado y que no existen fenómenos similares a lo largo y ancho de todo el mundo? Sabiendo lo que yo sé, ¿quién puede pensar en las ignotas cavernas de la tierra sin sentir un horrible pavor ante ciertas posibilidades futuras? No puedo ver un pozo ni una boca de metro sin sufrir un escalofrío… ¿por qué no encuentran los médicos nada que consiga hacerme dormir, o que calme realmente mi ansiedad cuando hay truenos?



«Eran sombras deslizantes de locura carmesí». *Weird Tales* 11, 6 (junio 1928) (ilustrador: Hugh Rankin).

Lo que vi a la luz de mi linterna después de haber abatido a aquella cosa indescriptible que se había quedado rezagada fue algo tan simple que no transcurrió prácticamente ni un segundo antes de que encajara las piezas y entrase en delirio. La cosa era nauseabunda: una especie de gorila repugnante de afilados colmillos amarillos y un pelaje enmarañado y blancuzco. Era el culmen de la degeneración de los mamíferos; el horrendo resultado de una procreación, multiplicación y alimentación caníbal que se había desarrollado lejos de la vista del resto del mundo, en la superficie y debajo de ella; la encamación total del caos depredador y el terror cercenante que acecha a espaldas de la vida. El ser me había mirado mientras agonizaba, y sus ojos habían presentado el mismo rasgo extraño que caracterizaba aquellos otros ojos que me habían contemplado fijamente en la galería subterránea despertando vagos recuerdos. Un ojo era azul, el otro marrón. Eran los ojos de los Martense, aquellos de los que hablaban las viejas leyendas; y entonces

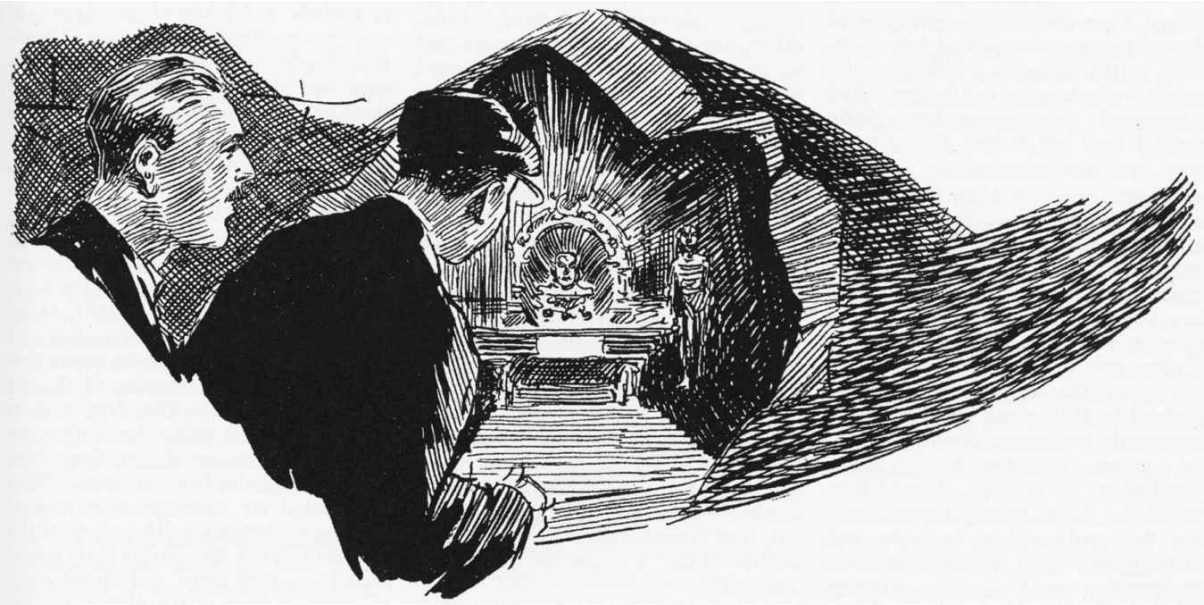
supe en una cataclísmica oleada de mudo honor qué había sido de aquella familia desaparecida: la terrible casa de los Martense, a la cual los truenos hacían enloquecer.

Las ratas de las paredes[1]

El arrogante narrador de «Las ratas de las paredes» se propone descubrir el legado de su familia, y termina hallando un secreto siniestro que no sospechaba en modo alguno. En este relato, H. P. L. combinó algunas leyendas de Inglaterra con ideas propias sobre la degeneración y el atavismo —la reaparición de rasgos hereditarios—. Las despreocupadas alusiones del narrador a su propio racismo y al de su familia revelan las opiniones del propio Lovecraft. La crítica psicoanalítica ha señalado que el descenso del narrador a las estancias bajo la casa representa un viaje a su pasado y al interior de su mente, donde descubre la locura que le estaba esperando[2]*. El propio H. P. L. reconoció que la historia era «demasiado horrible para la delicada sensibilidad de un público alimentado a base de finos bocados»*[3]*. Aun así, insistió en sus intentos de vender el relato, cosa que al final consiguió, publicándolo en* Weird Tales*. Ya se considere la historia un estudio psicológico o una narración de manifestaciones objetivas de horrores, su perturbadora conclusión no será fácil de olvidar.*

El 16 de julio de 1923 me mudé a Exham Priory[4] después de que el último de los obreros hubiera concluido su trabajo. La restauración había supuesto una tarea ingente, pues poco quedaba ya de la abandonada mole salvo un ruinoso esqueleto; no obstante lo cual, dado que se trataba del hogar ancestral de mi familia, no dejé que ningún gasto me disuadiera de mi propósito[5]. El lugar llevaba deshabitado desde el reinado de Jacobo I[6], cuando una tragedia de una naturaleza sumamente horrible, pero en gran parte misteriosa, había acabado repentinamente con la vida del señor de la casa, con la de cinco de sus hijos y con la de varios sirvientes, y envuelto en un halo de sospecha y terror al tercero de los vástagos, antepasado directo mío y único superviviente del aborrecido linaje. Con la incriminación de este heredero absoluto por el asesinato, la propiedad había regresado a manos de la Corona, y el acusado no había hecho el más mínimo intento de exculparse a sí mismo o de recuperar su patrimonio. Presa de algún horror más terrible que el de la conciencia o la ley, y habiendo manifestado únicamente un desesperado deseo por apartar el antiguo edificio de su vista y su memoria, el undécimo barón Exham[7], Walter de la Poer, huyó a Virginia,

y allí fundó la familia que llegado el siglo siguiente ya había pasado a ser conocida como los Delapore[8].



Weird Tales 3, 3 (marzo 1924) (ilustrador desconocido).

Exham Priory había permanecido desocupada, pese a haber sido adjudicada tiempo después a la familia Norrys[9] y muy estudiada debido a su peculiar arquitectura compuesta: una arquitectura que comprendía unas torres góticas[10] levantadas sobre una infraestructura de origen sajón o románico[11], cuyos cimientos a su vez eran de un estilo o mezcla de estilos más antiguos: romano, e incluso druídico o el címrico[12] de los pobladores originales de la región, si es que las leyendas son ciertas. Estos cimientos eran algo muy singular, pues se encontraban unidos por uno de sus lados a la roca viva del precipicio calizo desde cuyo borde el castillo dominaba un yermo valle situado cinco kilómetros al oeste de la pequeña localidad de Anchester[13]. Los arquitectos y los amantes de las antigüedades adoraban visitar aquella extraña reliquia de siglos ya olvidados, pero las gentes de la región la detestaban. La habían odiado cientos de años atrás, cuando mis antepasados vivían allí, y seguían odiándola hoy, cubierta bajo el musgo y el moho resultantes del abandono. Yo no había pisado Anchester en mi vida antes de descubrir que provenía de una familia maldita. Y esta semana los obreros han dinamitado Exham Priory, y están trabajando en borrar todo rastro de sus cimientos.

Yo siempre había conocido los datos básicos relacionados con mi ascendencia, junto con el hecho de que mi primer antepasado norteamericano había llegado a las colonias rodeado de extraños rumores. De los detalles, sin

embargo, no había tenido información ninguna, debido a la continua política de discreción mantenida por los Delapore. A diferencia de los dueños de las plantaciones vecinas, nosotros rara vez presumíamos de tener cruzados, u otros héroes medievales o renacentistas, entre nuestros antepasados; y tampoco había ninguna historia ancestral que se transmitiera de generación en generación, exceptuando lo que pudiera haber escrito en el sobre lacrado que en los tiempos anteriores a la Guerra de Secesión[14] cada cabeza de familia dejaba a su hijo mayor para que fuera abierto a su fallecimiento. Los honores que valorábamos eran aquellos que habíamos alcanzado desde nuestro viaje al Nuevo Mundo; los honores de un orgulloso y respetable, aunque un tanto huraño y reservado, linaje de Virginia.

Durante la guerra nuestra fortuna resultó destruida y toda nuestra existencia cambió debido a la quema de Carfax[15], nuestro hogar a orillas del río James[16]. Mi abuelo, que era una persona de edad avanzada, había perecido en el atroz incendio, y con él el sobre que nos unía a todos con nuestro pasado. Hoy puedo recordar aquel fuego igual que cuando lo contemplé en su día con siete años, con los soldados de la Unión lanzando vítores, las mujeres gritando y los negros rezando y dando alaridos[17]. Mi padre se hallaba en el frente, defendiendo Richmond[18], y después de muchas formalidades, mi madre y yo conseguimos que nos permitieran atravesar las líneas para reunirnos con él. Una vez terminada la guerra los tres nos trasladamos al norte, de donde era oriunda mi madre; y yo alcancé la edad adulta, la madurez y finalmente la riqueza como un frío yanqui. Ni mi padre ni yo llegamos a descubrir nunca el contenido de aquel sobre que debíamos haber heredado, y, cuando me metí de lleno en el anodino mundo empresarial de Massachusetts, perdí todo interés en los misterios que obviamente se ocultaban en el remoto origen de mi árbol familiar. De haber sospechado su naturaleza, ¡con qué gusto habría dejado Exham Priory a sus musgos, murciélagos y telas de araña!

Mi padre murió en 1904, pero sin ningún mensaje que legarme a mí o a mi único hijo, Alfred, un niño de diez años que había perdido a su madre[19]. Fue este muchacho quien invirtió el sentido del flujo de información familiar, pues, si bien yo únicamente podía ofrecerle conjeturas en tono de broma en lo referente a nuestro pasado, él me habló a mí por carta de unas leyendas ancestrales sumamente interesantes cuando la reciente guerra le hizo viajar a Inglaterra en 1917 como oficial de aviación. Los Delapore, al parecer, tenían una historia llamativa y tal vez siniestra, ya que un amigo de mi hijo, el Cap. Edward Norrys del Real Cuerpo Aéreo[20], vivía en Anchester cerca de la

antigua residencia familiar y le había contado algunas supersticiones campesinas cuyo carácter asombroso y disparatado pocos novelistas serían capaces de igualar. El propio Norrys no las tomaba en serio, desde luego, pero divertían a mi hijo y constituían un lema atractivo para las cartas que me enviaba. Fueron estas leyendas las que hicieron que me interesara definitivamente por mi herencia transatlántica, y las que motivaron que me decidiera a adquirir y restaurar la antigua inorada familiar, la cual Norrys le había enseñado a Alfred en su pintoresco estado de abandono y ofrecido conseguir para él por una suma sorprendentemente razonable, al ser su propio tío el actual dueño de aquel terreno.

Compré Exham Priory en 1918, pero me vi distraído prácticamente de inmediato de mis planes de restauración por el regreso de mi hijo como un lisiado inválido. Durante los dos años que vivió estuve entregado en cuerpo y alma a su cuidado, llegando a dejar incluso la dirección de mi empresa en manos de unos socios. En 1921, al verme afligido y sin propósito en la vida, un fabricante retirado que se encontraba ya lejos de su juventud, decidí entretenerme durante los años que me restaran con mi nueva posesión. Cuando fui a visitar Anchester en diciembre me acogió como invitado el Cap. Norrys, un joven rollizo y afable que había tenido a mi hijo en alta estima, y cuya ayuda me procuré a fin de recabar planos y detalles que sirvieran de guía en la próxima restauración. La contemplación del edificio en sí no me produjo ninguna emoción especial, al tratarse de un tambaleante montón de ruinas medievales cubiertas de líquenes y plagadas de nidos de grajos que se encontraban suspendidas peligrosamente al borde de un precipicio y que estaban desprovistas de suelos u otros elementos interiores a excepción de las paredes de piedra de las torres anexas.

A medida que fui reuniendo información poco a poco sobre el aspecto del edificio en los tiempos en que mi antepasado lo había abandonado más de tres siglos atrás, empecé a contratar obreros para su reconstrucción. Me vi obligado en lodos los casos a buscarlos en poblaciones distintas a la más próxima al lugar, ya que los habitantes de Anchester albergaban un miedo y una aversión hacia él que rayaban lo inverosímil. Este sentimiento era tan intenso que a veces se transmitía a los trabajadores venidos de fuera, hecho que provocó numerosas deserciones; al tiempo que su alcance parecía incluir tanto al edificio en sí como a la antigua familia que lo había ocupado.

Mi hijo me había contado que la gente lo había evitado un poco durante sus visitas debido a que era un De la Poer, y ahora yo me vi sutilmente rehuido por la misma razón, hasta que logré convencer a los campesinos de

que apenas sabía nada de mi herencia. Aun así siguieron teniéndome una hosca antipatía[21], por lo que me vi obligado a recabar la mayor parte de las historias locales por mediación de Norrys. Tal vez lo que la gente no era capaz de perdonar era que hubiera ido allí a restaurar un símbolo tan abominable para ellos; dado que, de forma racional o no, tenían Exham Priory por nada menos que un nido de demonios y hombres lobo.

Después de atar cabos entre las historias que Norrys recopiló para mí, y de complementarlas con los trabajos de varios eruditos que habían estudiado las ruinas, llegué a la conclusión de que Exham Priory se levantaba en el mismo emplazamiento de un templo prehistórico: una construcción druídica o antedruídica que debía de haber sido contemporánea de Stonehenge[22]. Que allí se habían celebrado ritos indescriptibles era algo que pocos dudaban, y existían desagradables leyendas que hablaban de la transferencia de estos ritos al culto a Cibeles[23] que los romanos habían introducido. Ciertas inscripciones aún visibles en el subsótano del edificio presentaban caracteres tan inconfundibles como «DIV… OPS… MAGNA. MAT…»[24]. un epígrafe dedicado a la Magna Maler, aquella cuyo siniestro culto había estado en su día vanamente prohibido a los ciudadanos romanos. Anchester había sido el campamento de la tercera legión de Augusto[25], tal como atestiguan numerosos restos, y se decía que el templo de Cibeles era espléndido y rebosaba de adoradores que practicaban nefandas ceremonias siguiendo los mandamientos de un sacerdote frigio[26]. Las historias decían además que el ocaso de la antigua religión no había acabado con las orgías en el templo, sino que los sacerdotes habían seguido viviendo en la nueva fe sin ningún cambio real. Se decía asimismo que los ritos no habían desaparecido junto con el poder romano. y que algunos sajones[27] habían ampliado lo que aún quedaba del templo y le habían dado el trazado básico que este había conservado a partir de entonces, conviniéndolo en el centro de un culto temido en media heptarquía[28]. Una crónica[29] del año 1000 d.C. aproximadamente alude al lugar como un sólido edificio de piedra que albergaba a una extraña y poderosa orden monástica, y que se hallaba rodeado por una extensa huerta que no necesitaba de muros para mantener alejado a un asustado populacho. Los daneses[30] no habían llegado a destruirlo, aunque después de la conquista normanda debió de entrar en una terrible decadencia, puesto que no hubo ningún impedimento cuando Enrique III otorgó el terreno a mi antepasado, Gilbert de la Poer, el primer barón Exham, en 1261[31].

No existen leyendas siniestras relativas a mi familia antes de esta fecha, pero algo extraño debió de suceder entonces. En una crónica se hace

referencia a que un De la Poer estaba «maldito por Dios» en 1307, al tiempo que las leyendas locales solamente tenían cosas ominosas y desesperadamente aterradoras que decir del castillo que se erigió sobre los cimientos del antiguo templo y monasterio. Las historias que se contaban en las casas por la noche eran de un tipo sumamente truculento, y resultaban más espantosas aún tanto por su temerosa renuencia a entrar en detalles como por su carácter turbiamente evasivo. Aquellas historias representaban a mis ancestros como una estirpe de demonios al lado de los cuales Gilles de Retz[32] y el Marqués de Sade[33] parecerían los mayores principiantes, e insinuaban de manera susurrante su responsabilidad por algunas desapariciones que se habían producido a veces entre los habitantes del pueblo a lo largo de varias generaciones.

Los peores elementos, al parecer, eran los barones y sus herederos directos; o, por lo menos, eran los que más cuchicheos suscitaban. Se decía que, si uno de tales herederos presentaba inclinaciones más sanas de lo habitual, a menudo sufría una muerte prematura y misteriosa a fin de dejar su lugar a otro vástago más representativo del linaje. Parecía existir una secta en su seno, presidida por el cabeza de familia y en ocasiones limitada únicamente a unos pocos de sus miembros. Más que la ascendencia, era la forma de ser lo que a todas luces constituía la base de aquella secta, dado que varios de sus integrantes habían entrado en la familia por la vía del matrimonio. *Lady* Margaret Trevor de Cornualles, esposa de Godfrey. el segundo hijo del quinto barón, llegó a ser la peor pesadilla de los niños de la región, así como la diabólica protagonista de una antigua balada particularmente horripilante que aún no ha sido olvidada del todo en las zonas próximas a la frontera con Gales. También en otra balada se recuerda, ilustrando no obstante un caso distinto, la espantosa historia de *lady* Mary de la Poer, quien al poco tiempo de desposarse con el e*arl* de Shrewsfield resultó asesinada por este último y su madre: un crimen tras el cual el sacerdote al que ambos feminicidas confesaron aquello que no se atrevían a contar al resto del mundo los absolvió y les dio su bendición.

Estos mitos y canciones, por muy normales que fueran en un entorno vulgarmente supersticioso, me provocaban un gran rechazo. Su persistencia, así como su adscripción a tantos y tantos de mis ancestros, resultaba especialmente incómoda; al tiempo que las imputaciones de monstruosas costumbres me recordaban con desagrado al único escándalo conocido entre mis parientes más directos: el caso de mi primo, el joven Randolph Delapore

de Carfax, quien a su regreso de la guerra mexicano-estadounidense[34] se había ido a vivir entre los negros y convertido en un sacerdote vudú[35].

Mucho menos perturbadoras para mí eran las historias de tipo más vago que hablaban de gemidos y aullidos escuchados en el yermo valle azotado por el viento al pie del precipicio calizo; del pestilente olor a cadáver que se percibía tras las lluvias de primavera; de la chillona y agonizante cosa blanquecina que el caballo de *sir* John Clave había aplastado una noche en mitad de un campo solitario[36], y del sirviente que se había vuelto loco debido a algo que había visto en el castillo a plena luz del día. Todas estas cosas eran manidos cuentos de fantasmas, y yo, por aquel entonces, un escéptico declarado. Las historias referentes a desapariciones de campesinos eran menos susceptibles de desestimación, aunque tampoco resultaban particularmente significativas habida cuenta de las costumbres medievales. Husmear en terreno vedado conllevaba la muerte, y más de una cabeza decapitada había sido exhibida públicamente en los baluartes —hoy desaparecidos— que rodeaban Exham Priory.

Algunas de aquellas historias eran extremadamente pintorescas, y me hacían desear haber aprendido más mitología comparada en mi juventud. Existía la creencia, por ejemplo, de que una legión de demonios con alas de murciélago celebraba aquelarres todas las noches en el castillo; una legión cuyo sustento podía explicar la desproporcionada abundancia de hortalizas vulgares que se cosechaban en su enorme huerta. Y la más vívida de todas aquellas tabulaciones era la dramática historia de las ratas: la plaga de obscenas alimañas que había surgido en estampida del castillo tres meses después de la tragedia que la había condenado al abandono; la flaca, inmunda y hambrienta plaga que había arrasado todo lo que había encontrado a su paso y devorado aves de corral, gatos, perros, cerdos, ovejas e incluso dos desventurados seres humanos antes de agotar su furia. Existe toda una serie de historias diferentes centradas en aquella plaga de roedores imposible de olvidar, puesto que esta se diseminó entre las casas del pueblo y trajo consigo diversas calamidades y horrores[37].

Tales eran las leyendas con que me vi bombardeado mientras trataba de llevar a cabo, con la obstinación típica de un anciano, la tarea de reconstruir el hogar de mis antepasados. No ha de imaginarse ni por un instante que estas historias conformaban mi principal entorno psicológico; ya que, por otro lado, recibía constantes ánimos y elogios por parte del Cap. Norrys. así como también de los estudiosos del pasado que me rodeaban y ayudaban. Una vez acabado el trabajo, más de dos años después de su inicio, contemplé las

grandes habitaciones. las paredes pandadas en madera, los techos abovedados, las arqueadas ventanas con parteluces[24‡] y las amplias escaleras con un orgullo que compensaba plenamente el inmenso coste de aquella restauración. Todos los rasgos propios de la arquitectura del Medievo habían sido hábilmente reproducidos, y las partes nuevas se fundían perfectamente con los muros y cimientos originales. El hogar ancestral de mis padres había sido reconstruido, y me encontraba deseoso de rectificar por fin la terrible fama local del linaje del cual yo era el último representante. Me instalaría en aquella casa de forma permanente y demostraría que un De la Poer (pues había adoptado nuevamente la grafía original del apellido) no tenía por qué ser necesariamente un monstruo. Es posible que mi sensación de comodidad se viera incrementada por el hecho de que. aunque Exham Priory tuviera una decoración medieval, su interior fuese en verdad completamente nuevo y estuviese libre tanto de viejas alimañas como de viejos fantasmas.

Como ya he dicho, me mudé a la casa el 16 de julio de 1923. El resto de sus ocupantes lo conformaban siete criados y nueve gatos, especie esta última por la que siento un particular afecto. El mayor de todos mis felinos. Negrito[38], tenía siete años y se había venido al castillo conmigo desde mi hogar en Bolton, Massachusetts[39]. Los demás había ido acumulándolos durante el tiempo que había estado alojado con la familia del Cap. Norrys, mientras tenía lugar la restauración del castillo. Los cinco primeros días disfrutamos de una rutina sumamente plácida, durante la cual me dediqué mayormente a compilar de manera ordenada información relativa al pasado de mi familia. Había logrado reunir para entonces algunas historias muy detalladas de la tragedia y huida final de Walter de la Poer, suceso que, me figuraba, podía ser el tema tratado en el documento hereditario perdido en el incendio de Carfax. Mi antepasado, al parecer, fue acusado con mucha razón de haber asesinado mientras dormían a todos sus familiares y criados en la casa —menos a cuatro cómplices entre el servicio— unas dos semanas después de haber hecho un impactante hallazgo que cambió radicalmente su comportamiento[40], pero que, salvo de manera implícita, no reveló a persona alguna excepto tal vez a los sirvientes que lo habían ayudado y que habían huido después adonde nadie pudiera atraparlos.



Richmond (Virginia) tras la quema de la ciudad, 1805.

Esta matanza deliberada, entre cuyas víctimas se habían contado un padre, tres hermanos y dos hermanas, fue perdonada en buena medida por los vecinos del pueblo, y tratada por las autoridades con tal laxitud que su perpetrador escapó indemne, entre honores y sin ocultar su identidad a Virginia; siendo la opinión general cuchicheada entre las gentes que mi antepasado había purgado aquella tierra de una maldición inmemorial. Qué descubrimiento había provocado un acto tan terrible era algo que apenas podía conjeturar siquiera. Walter de la Poer debía de llevar años conociendo los siniestros rumores que rodeaban a su familia, así que dichas habladurías no podían haber sido el motivo de su extraño impulso. ¿Había sido testigo, entonces, de algún terrible rito ancestral, o tropezado con algún símbolo espantoso y revelador en el propio castillo o en sus alrededores? De él se decía que había sido un joven tímido y apacible cuando vivía en Inglaterra. En Virginia había parecido más alguien angustiado y aprensivo que amargado o encallecido. Otro aventurero de noble cuna, Francis Harley de Bellview[41], lo había descrito en su diario como un hombre de una rectitud, honorabilidad y sensibilidad sin precedentes.

El 22 de julio se produjo el primer incidente, el cual, pese a haber sido tomado a la ligera en su momento, adquiere una significación preternatural al relacionarlo con los acontecimientos que tuvieron lugar posteriormente. Fue

algo tan trivial como para resultar casi inapreciable, y es imposible que me hubiera lijado en ello en aquellas circunstancias; pues se ha de tener presente que dado que me encontraba en un edificio prácticamente nuevo y recién construido salvo por sus paredes, y rodeado por un personal doméstico mentalmente equilibrado, cualquier aprensión debería haber sido absurda a pesar del entorno. Lo que más tarde recordé fue simplemente lo siguiente; que mi viejo gato negro, cuyos estados de ánimo tan bien conozco, se encontraba indudablemente alerta e inquieto hasta un punto completamente impropio de su forma de ser; paseándose nervioso y alterado de habitación en habitación, y olisqueando constantemente las paredes que habían formado parte de la antigua construcción gótica. Me doy cuenta de lo manido que suena esto —como ese perro recurrente de las historias de fantasmas que siempre gruñe antes de que su amo vea a la figura cubierta por la sábana—, mas aun así no puedo dejar de pensar en ello.

Al día siguiente un criado se quejó de que todos los gatos de la casa se encontraban muy intranquilos. Vino a verme a mi estudio, una habitación en el ala oeste del primer piso provista de una alta bóveda de arista, un oscuro panelado en madera de roble y una triple ventana gótica con vistas a) precipicio de roca caliza y al desolado valle: y, al mismo tiempo que hablaba, vi la figura azabache de Negrito deslizándose sigilosamente a lo largo de la pared occidental y arañando los nuevos paneles que cubrían la piedra del antiguo castillo. Le dije al hombre que debía de estar saliendo algún olor o emanación particular de la vieja sillería; imperceptible para los sentidos humanos, pero capaz de excitar los sensibles órganos olfativos de los gatos incluso a través de los paneles de madera que la cubrían. Yo creía realmente en aquella explicación, y cuando el hombre planteó la posibilidad de que pudiera haber ratones o ratas, yo le dije que no había habido ratas allí desde hacía trescientos años, y que sería incluso harto difícil encontrar ratones de campo de las tierras de alrededor en el interior de aquellos altos muros, por los cuales, hasta donde se sabía, nunca se habían metido. Esa tarde fui a visitar al Cap. Norrys, y me aseguró que sería algo absolutamente sorprendente que el castillo se hubiera visto infestado por ratones de campo de un modo tan repentino e inaudito.



Stonehenge.



Estatua de la diosa Cibeles en Madrid.
Fotografía de Carlos Delgado, CC-BY-S.A, 3.0.

Aquella noche, prescindiendo como de costumbre de mi ayuda de cámara, me retiré a la alcoba de la torre oeste que había escogido como propia, a la cual se accedía desde el estudio por una escalera de piedra y un corto pasadizo que habían sido, respectivamente, parcial y enteramente restaurados. Se trataba de una habitación circular, de techo muy alto y sin paneles de madera en las paredes, las cuales, no obstante, se hallaban decoradas con unos tapices de Arrás que yo mismo había elegido en Londres. Tras cerciorarme de que Negrito estaba conmigo, cerré la pesada puerta gótica y me fui a acostar alumbrado por las bombillas eléctricas de la estancia tan hábilmente diseñadas para parecer velas, hasta que al fin apagué la luz y me acomodé en la cama de madera tallada con dosel, con mi viejo gato en su sitio habitual echado sobre mis pies. No había corrido las cortinas, así que me quedé mirando la estrecha ventana que tenía enfrente, la cual daba al norte. Una aurora boreal iluminaba tenuemente el cielo, y la fina tracería de la ventana se recortaba sobre él de manera agradable.

Debí de caer plácidamente dormido en algún momento, dado que recuerdo tener la clara sensación de haber salido de unos extraños sueños en el instante

en que el gato abandonó con un violento respingo su tranquila posición. Lo vi a la débil luz de la aurora, con la cabeza echada hacia delante, las patas delanteras apoyadas en mis tobillos y las traseras extendidas hacia atrás. Tenía la vista totalmente clavada en un punto de la pared situado un poco al oeste de la ventana; un punto que no parecía tener nada de especial a mis ojos, pero hacia el cual dirigí entonces toda mi atención. Y al hacerlo, supe que Negrito no estaba alterado sin motivo. Si el tapiz se movió realmente o no es algo que no sé decir. Yo creo que sí lo hizo, de forma muy leve. Pero lo que sí puedo jurar es que detrás de él oí un débil y claro correteo como de ratas o ratones. Un segundo después el gato se había abalanzado de lleno sobre el tapiz que ocultaba la pared, haciendo caer al suelo con su peso la sección atacada y dejando expuesto un húmedo y antiguo muro de piedra; arreglado aquí y allá por los restauradores, y desprovisto de cualquier rastro de roedores intrusos. Negrito empezó entonces a correr de un lado a otro junto a aquella parte del muro, arañando el tapiz caído y tratando a veces, por lo que parecía, de introducir una pata entre la pared y el suelo de roble. Sin embargo, no encontró nada, y al cabo de un rato el animal regresó cansinamente a su sitio sobre mis pies. Yo no me había movido, pero esa noche no pude volver a conciliar el sueño.

Por la mañana interrogué a todos los sirvientes, y descubrí que ninguno de ellos había advertido nada inusual a excepción de la cocinera, que recordó lo que había hecho un gato que había estado descansando en la repisa de su ventana. Aquel gato había emitido un largo maullido gutural a alguna hora indeterminada de la noche, despertando a la cocinera a tiempo de que esta lo viera salir decididamente como una flecha por la puerta abierta escaleras abajo. Aquel mediodía lo pasé dormitando, y al llegar la tarde volví a visitar al Cap. Norrys, quien se mostró extremadamente interesado por lo que le estuve contando. Los extraños incidentes —tan insignificantes y al mismo tiempo tan curiosos— le resultaron atrayentes en virtud de su carácter pintoresco y le hicieron rememorar varias leyendas de fantasmas de la región. Estábamos verdaderamente perplejos de que hubiera ratas en el castillo, y Norrys me dejó unas cuantas trampas y verde de París[42], los cuales, a mi regreso, hice colocar a los sirvientes en varios puntos estratégicos de la casa.

Como tenía mucho sueño, me fui a la cama temprano, pero aun así me vi acosado por sueños de un tipo sumamente horrible. En ellos, me pareció estar contemplando desde una inmensa altura una gruta sumida en la penumbra, y anegada de inmundicia hasta la rodilla, en la que un porquero de barba blanca y aspecto diabólico dirigía con su cayado a un rebaño de bestias fofas y

fungosas[43] cuyo aspecto me llenó de una repugnancia inenarrable. Entonces, justo en el momento en que el porquero se detenía y asentía satisfecho con la cabeza al observar su labor, una inmensa tromba de ratas cayó como un aguacero sobre el pestilente abismo y empezó a devorar tanto a las bestias como al hombre.



Frigios (ilustración de *Nouveau Larousse*).

Desperté súbitamente de esta terrorífica visión por los movimientos de Negrito, quien había estado durmiendo como de costumbre echado sobre mis pies. Esta vez no tuve que investigar el origen de sus gruñidos y bufidos, ni del miedo que le hacía clavar las ganas en mi tobillo, sin ser consciente de su efecto; pues las paredes del aposento vibraban por todos lados con un ruido nauseabundo; un susurrante y repulsivo correteo de gigantescas ratas hambrientas. Ya no había ninguna aurora boreal que permitiera ver si se

movía el tapiz —cuya sección caída había vuelto a colgar en su sitio—, pero aun así, el miedo que sentía no era tan intenso como para impedirme encender la luz.

Cuando las bombillas iluminaron súbitamente la estancia VI que el tapiz entero estaba sacudiéndose de un modo espantoso, haciendo que sus un tanto peculiares dibujos ejecutaran una singular danza macabra. Aquel movimiento cesó prácticamente de inmediato, y con él el ruido. Tras saltar fuera de la cama, toqué el tapiz con el largo mango de un calentador de cama que tenía cerca, y levanté una de sus secciones para ver qué había detrás. Pero allí no había nada salvo el remendado muro de piedra, e incluso el gato se había relajado, al no percibir ya ninguna presencia anormal. Cuando examiné la trampa circular que había sido colocada en la habitación, vi que habían saltado todos los resortes de sus bocas, aunque no quedaba ningún rastro de aquello que había sido atrapado y que después había conseguido escapar.

Seguir durmiendo ya no era una opción, de modo que, tras encender una vela, abrí la puerta y salí al pasadizo en dirección a las escaleras hacia mi estudio, con Negrito siguiéndome a corta distancia. No obstante, antes de llegar a los antiguos escalones de piedra, el gato salió disparado por delante de mí y bajó por ellos a toda velocidad, desapareciendo de mi vista. Cuando yo mismo me encontraba bajando, advertí de repente unos ruidos en la gran habitación al pie de la escalera: ruidos de una naturaleza inconfundible. Las paredes revestidas con paneles de roble eran un invisible hervidero de ratas, que correteaban de un lado a otro en agitado tropel mientras Negrito trataba frenéticamente de perseguirlas con la rabia de un cazador confundido. Al llegar a la habitación, encendí la luz, lo cual no hizo desaparecer el ruido esta vez. Las ratas continuaron con su alboroto, moviéndose en estampida con tal fuerza y claridad que al final me fue posible asignar una dirección concreta a sus movimientos. Aquellas criaturas, en número aparentemente inagotable, se encontraban enfrascadas en una monstruosa migración desde alturas impensables hasta algún lugar bajo el castillo situado, quizás, a inconcebible profundidad.

En ese momento oí pasos en el corredor, y un segundo después dos sirvientes abrieron la pesada puerta. Estaban registrando la casa en busca de lo que fuera que había sumido a todos los gatos de la casa en un violento pánico y les había hecho bajar precipitadamente varios tramos de escalera para sentarse, maullando, frente a la puerta cerrada que llevaba al subsolano. Les pregunté si habían oído a las ratas, pero contestaron negativamente. Y cuando me giré para dirigir su atención hacia los ruidos tras los paneles, me di

cuenta de que estos habían cesado. Acompañado de los dos hombres, bajé entonces a la puerta del subsótano, pero me encontré con que los gatos ya se habían dispersado. Más tarde tomaría la decisión de explorar la cripta bajo el castillo, pero en ese momento me limité a hacer una ronda para revisar las trampas. Todas habían saltado, pero todas se encontraban también vacías. Tras asegurarme de que los felinos y yo habíamos sido los únicos en oír a las ratas, me fui al estudio y permanecí allí sentado hasta el amanecer; reflexionando profundamente, y repasando en mi cabeza cada leyenda, por pequeña que fuera, que había descubierto acerca del edificio en que vivía.

Dormí un poco por la mañana, cómodamente reclinado en el único sillón de lectura que mi plan de decoración medieval no había conseguido eliminar. Luego telefoneé al Cap. Norrys. quien vino para ayudarme a explorar el subsótano. No encontramos absolutamente nada nocivo en él, pero no pudimos evitar estremecernos al recordar que aquella cripta había sido construida por manos romanas. Todos y cada uno de sus bajos arcos y sólidos pilares eran de ese estilo; no del decadente románico de los torpes sajones, sino del austero y armonioso clasicismo de la era de los césares. De hecho, las paredes abundaban en inscripciones sobradamente conocidas por los estudiosos del pasado que en tantas y tantas ocasiones habían inspeccionado el lugar; cosas como: «P.GETAE. PROP […] TEMP […] DONA […]» y «L. PRAEC […] VS […] PONTIFI […] ATYS […]»[44].

La referencia a Atis me causó un escalofrío, dado que había leído a Catulo y sabía algo de los espantosos ritos de aquel dios del Oriente, cuyo culto estaba tan entremezclado con el de Cibeles[45]. Norrys y yo, a la luz de nuestras lámparas, tratamos de interpretar los extraños y casi borrados dibujos presentes en ciertos bloques de piedra irregularmente rectangulares que eran considerados altares según la opinión general: mas no conseguimos sacar nada en claro de ellos. Recordamos que los estudiosos pensaban que uno de aquellos motivos, una especie de sol radiante[46], apuntaba a un origen prerromano, lo cual parecía indicar que aquellos altares habían formado parte de algún templo más antiguo situado en el lugar —y dedicado quizá a deidades autóctonas— y que los sacerdotes del Imperio simplemente habían seguido usándolos. En uno de los bloques había unas manchas marrones que sembraron preguntas en mi mente[47]. El mayor de ellos, ubicado en el centro de la estancia, presentaba características en su cara superior que lo relacionaban con el fuego, probablemente con la incineración de ofrendas.

Ese era el tipo de cosas que uno podía ver en aquella cripta frente a cuya puerta los gatos habían estado maullando lúgubremente, y en la cual Norrys y

yo decidimos en ese momento pasar la noche. Los sirvientes bajaron al lugar unos divanes, tras lo cual les dimos instrucciones de no hacer caso a los gatos hicieran lo que hicieran por la noche. También dejamos que Negrito se quedara con nosotros, tanto por la ayuda que pudiera brindar como por su simple compañía. Decidimos mantener la gran puerta de roble —una reproducción moderna, con rendijas de ventilación— firmemente cerrada; y, una vez que nos hubimos ocupado de todo esto, nos acostamos con las lámparas aún encendidas a esperar cualquier acontecimiento que pudiera presentarse.

La cripta se encontraba a gran profundidad en los cimientos del castillo, así como, sin ningún lugar a dudas, muy abajo en la pared del prominente precipicio calizo que dominaba el desolado valle. Que era allí adonde se había dirigido aquel inexplicable tropel de ratas, estaba seguro de ello, aunque el porqué era algo que se me escapaba. Mientras nos hallábamos allí tumbados en actitud expectante, vi ocasionalmente entremezclada mi vigilia con sueños a medio formar de los que me despertaban los inquietos movimientos del gato que estaba echado sobre mis pies. Estos sueños no eran normales, sino horriblemente parecidos al que había tenido la noche anterior. Vi de nuevo la gruta en penumbra, y al porquero con sus innombrables bestias fungosas que se revolcaban en inmundicias; y al fijarme en estas últimas, me pareció verlas de manera más cercana y clara, hasta tal punto de que casi era capaz de distinguir los fofos rasgos de sus caras. Entonces logré distinguir los de una de ellas… y desperté soltando tal grito que mi mascota se levantó sobresaltada, a la vez que el Cap. Norrys, que no se había dormido, se echaba a reír de forma bastante sonora. Quizá Norrys se habría reído aún más —o puede que menos— si hubiera sabido lo que me hizo gritar; pero yo mismo no lo recordaría hasta más tarde. A menudo los mayores horrores provocan que la memoria se bloquee de forma misericordiosa.

Norrys me despertó en cuanto comenzaron los fenómenos extraños, viéndome arrancado del mismo sueño aterrador por su suave zarandeo y su exhortación a que escuchase a los gatos. Y, ciertamente, había mucho que escuchar, dado que al otro lado de la puerta cerrada en lo alto de la escalera de piedra estaba teniendo lugar una verdadera pesadilla de maullidos y arañazos felinos, mientras Negrito, ignorando completamente a sus congéneres de fuera, correteaba con excitación delante de las desnudas paredes de piedra, tras las cuales yo oía la misma babel de ratas en desbandada que me había perturbado la noche anterior.

Brotó entonces en mi corazón un agudo terror, pues aquellas eran anomalías que nada normal podía explicar de forma satisfactoria. Aquellas ratas, si no eran creaciones de una locura que solamente compartíamos los gatos y yo, debían de estar abriéndose paso y deslizándose por muros romanos que yo había creído bloques macizos de roca caliza… a no ser quizá que la acción del agua durante más de diecisiete siglos hubiera excavado sinuosas galerías que los cuerpos de los roedores hubieran despejado y ensanchado… Pero, aun siendo este el caso, ello no empequeñecía aquel fantasmagórico horror; puesto que, si las alimañas eran reales, ¿por qué no oía Norrys su asqueante alboroto? ¿Por qué me instaba a mirar a Negrito y a escuchar a los gatos ai otro lado de la puerta, y por qué hacía absurdas y vagas conjeturas respecto al posible motivo de su excitación?

Para cuando conseguí decirle, del modo más racional que pude, lo que creía estar oyendo, me dio la impresión de que el ruido del correteo se perdía a lo lejos, a todavía *mayor profundidad*, muy por debajo de aquel subsótano en las entrañas de la tierra, hasta que el risco entero bajo mis pies pareció estar lleno de ratas carroñeras. Norrys no se mostró tan escéptico como yo había esperado, pareciendo hallarse por el contrario profundamente turbado. Me hizo entonces un gesto para indicarme que los gatos de la puerta habían cesado en su escándalo, como si hubieran dado a las ratas por perdidas. Negrito, en cambio, estaba sufriendo un nuevo arrebato de nerviosismo, arañando frenéticamente en derredor la parte baja del gran altar de piedra en el centro de la estancia, que quedaba más cerca del diván de Norrys que del mío.

Mi miedo a lo desconocido era en aquel momento muy grande. Algo increíble había tenido lugar, y vi que el Cap. Norrys. un hombre más joven, corpulento y presumiblemente más materialista por naturaleza que yo, se encontraba igual de impactado —quizá debido a su larga y estrecha familiaridad con las leyendas de la región—. Por de pronto no fuimos capaces de hacer otra cosa que observar al viejo gato negro mientras este rascaba el pie del altar con cada vez menos energía, al tiempo que levantaba de tanto en tanto la cabeza y maullaba hacia mí con ese tono persuasivo que empleaba cuando quería que yo le hiciera algún favor.

Norrys acercó entonces una lámpara al altar y examinó el sitio en el que Negrito estaba rascando con la pata, arrodillándose silenciosamente y raspando los líquenes de siglos que unían el enorme bloque prerromano al suelo teselado. No encontró nada, pero justo cuando se disponía a abandonar sus esfuerzos yo reparé en una circunstancia trivial que me hizo estremecer,

aunque no apuntara a nada más que a lo que yo ya me había imaginado. Se la señalé a Norrys, y ambos observamos su casi imperceptible manifestación con la mirada fija que provoca la fascinación y aceptación de un hallazgo. Se trataba sólo de lo siguiente: que la llama de la lámpara colocada junto al altar estaba oscilando de forma leve pero inequívoca por culpa de una corriente de aire que no había recibido antes, y que provenía sin ningún lugar a dudas de las rendijas abiertas entre el sucio y el altar en el punto donde Norrys estaba raspando los líquenes.

Los dos pasamos el resto de la noche en el bien iluminado estudio, discutiendo con nerviosismo qué debíamos hacer a continuación. El descubrimiento de que bajo aquella mole maldita había alguna cripta más profunda aún que el subterráneo romano más hondo que se conocía —una cripta insospechada por los curiosos anticuarios de tres siglos— habría sido suficiente para entusiasmarnos incluso sin ningún trasfondo siniestro. Dadas las circunstancias, nuestra fascinación era doble, así que nos paramos a considerar si debíamos desistir de nuestra búsqueda y abandonar para siempre el castillo por supersticiosa cautela, o bien satisfacer nuestra sed de aventuras y enfrentarnos a los horrores que tal vez nos aguardaban en aquellas ignotas profundidades, fueran cuales fueran. Al llegar la mañana habíamos convenido ya tomar una opción intermedia, y decidido ir a Londres a reunir un grupo de arqueólogos y científicos capaces de hacer frente al misterio. Habría que mencionar que antes de marchamos del subsótano hicimos un infructuoso intento de mover el altar central, el cual ya ambos identificábamos como la puerta a un nuevo abismo de terror indescriptible. Qué secretos habría de revelar dicha puerta era algo que tendrían que descubrir hombres más sabios que nosotros.

Durante muchos días en Londres, el Cap. Norrys y yo presentamos nuestras experiencias, conjeturas e historias de leyenda a cinco destacadas autoridades; hombres todos ellos de los que cabía esperar que respetaran cualquier revelación familiar que pudieran dar de sí futuras exploraciones. Encontramos a casi todos ellos poco inclinados a burlarse de nuestro caso, mostrándose en cambio hondamente interesados y francamente receptivos. Apenas es necesario nombrarlos, pero puedo decir que entre ellos estaba *sir* William Brinton, cuyas excavaciones en la Tróade[48] entusiasmaron en su día a prácticamente el mundo entero. Cuando todos nos subimos al tren con destino a Anchester, me sentí como si estuviera a punto de toparme con terribles revelaciones; una sensación que se vio simbolizada por la atmósfera

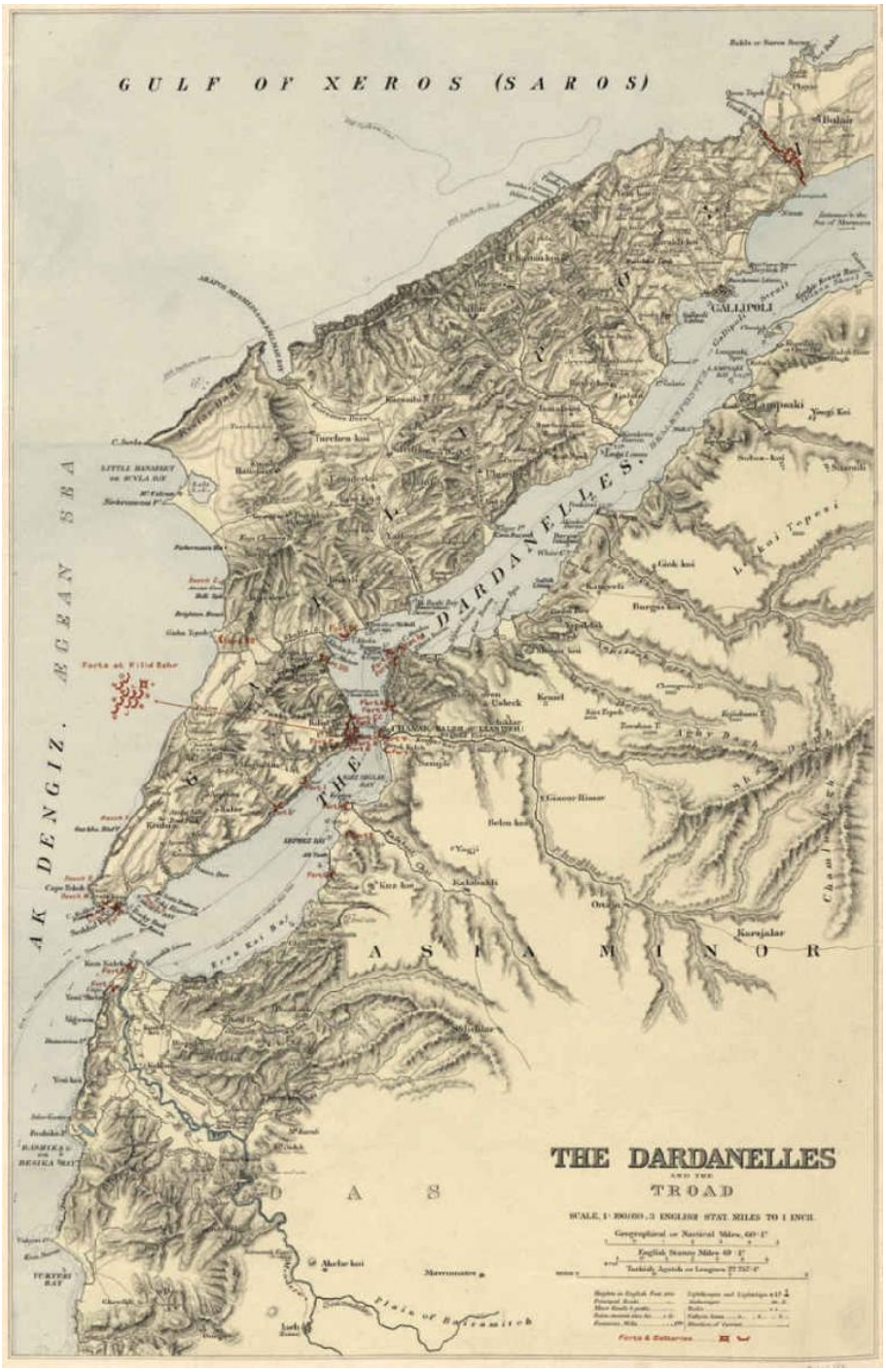
de duelo, entre los muchos estadounidenses que iban a bordo, provocada por la inesperada muerte del presidente al otro lado del globo[49].

Llegamos a Exham Priory la noche del 7 de agosto, y una vez allí los sirvientes me aseguraron que no había ocurrido nada inusual. Los gatos, incluido el viejo Negrito, habían estado completamente tranquilos; y no había saltado ni una sola de las trampas colocadas por la casa. Pensábamos iniciar nuestras exploraciones al día siguiente, en espera de lo cual asigné habitaciones bien equipadas a todos mis invitados. Yo, por mi parte, me fui a acostar a mi alcoba de la torre, con Negrito echado encima de mis pies. Caí dormido enseguida, pero me asaltaron horrendas pesadillas. Tuve una visión de un banquete romano como el de Trimalción[50], en el cual había algo horrible en una fuente tapada; y después se presentó ese detestable sueño recurrente sobre el porquero y su sórdida manada en la gruta penumbrosa. No obstante, cuando desperté ya era pleno día, y los ruidos que se oían en la casa eran todos normales. Las ratas, reales o fantasmales, no habían perturbado mi sueño, y Negrito seguía aún plácidamente dormido. Al bajar, descubrí que en el resto de la casa había reinado la misma tranquilidad; una situación que uno de los sabios reunidos —un tipo llamado Thornton, que se dedicaba al estudio de lo paranormal— atribuyó de manera bastante absurda al hecho de que ya me había sido mostrado aquello que ciertas fuerzas querían mostrarme.

Todo estaba ya listo, y a las once de la mañana nuestro grupo de siete hombres, pertrechados con potentes reflectores eléctricos y herramientas de excavación, bajó hasta el subsótano y cerró la puerta con cerrojo. Negrito venía con nosotros, ya que los investigadores no veían motivos para desdeñar su excitabilidad y se encontraban, a decir verdad, deseosos de que estuviera presente en caso de que se dieran extrañas apariciones de roedores. Apenas dedicamos tiempo a examinar las inscripciones romanas y los misteriosos dibujos del altar, pues tres de los sabios ya los habían visto y todos estaban al tanto de sus características. Prestamos atención mayormente al importante altar central, y antes de que hubiera transcurrido una hora, *sir* William Brinton ya había conseguido inclinarlo hacia atrás por medio de una extraña especie de contrapeso.

Quedó entonces al descubierto algo tan horrible que nos habría dejado abrumados si no hubiéramos estado ya mentalmente preparados para ello. Al otro lado de una abertura prácticamente cuadrada en el suelo teselado, desparramados sobre un tramo de escalones de piedra tan enormemente desgastados que eran poco más que un plano inclinado en su parte central, había una espeluznante colección de huesos humanos o semihumanos.

Aquellos que seguían agrupados en forma de esqueletos presentaban posturas de terror pánico, y todos ellos estaban cubiertos por marcas de dientes de roedores. Los cráneos mostraban signos de poco menos que idiocia total, cretinismo[51] o una primitiva morfología semisimiesca. Por encima de los escalones horrendamente alfombrados de huesos se arqueaba un pasadizo descendente aparentemente excavado en la roca viva, y por el cual circulaba una corriente de aire: no una súbita ráfaga de aire mefítico como el que surge de una cripta sellada, sino una fresca brisa provista de una cierta salubridad. No estuvimos mucho rato parados, y empezamos a abrir un pasillo en la escalera apartando los huesos entre escalofríos. Entonces *sir* William, al examinar las paredes del pasadizo, hizo la curiosa observación de que este último, a juzgar por la dirección de ios golpes de pico, debía de haber sido excavado *desde abajo*.



Un mapa de las colonias griegas en el oeste de Asia Menor durante la Edad Oscura (o Periodo Geométrico, ss. XI-VIII a.C.) que muestra la Tróade (Biblioteca del Congreso de los EEUU, Sección de Geografía y Mapas).

He de ser ahora muy cuidadoso, y elegir bien mis palabras.

Tras bajar unos cuantos escalones abriéndonos camino entre aquellos huesos roídos vimos que había luz más adelante: no una fosforescencia de naturaleza mística, sino una luz. diurna que sólo podía estar filtrándose a través de fisuras ocultas en la pared del precipicio que dominaba el desolado valle. Que aquellas fisuras hubieran pasado desapercibidas desde el exterior

apenas resultaba sorprendente, puesto que, además de que el valle se encontraba completamente deshabitado, el risco era tan alto y saliente que únicamente un aeronauta habría sido capaz de estudiar su pared en detalle. Lo que vimos a continuación, tras bajar unos pocos peldaños más, nos robó literalmente la respiración; tanto es así que Thornton, el parapsicólogo, llegó incluso a desmayarse en los brazos del atónito hombre que se encontraba a su espalda. Norrys, con su rollizo rostro completamente blanco y flácido. simplemente dejó escapar un grito inarticulado; mientras que lo que yo hice, según creo, fue dar una bocanada o siseo de asombro y taparme los ojos. El hombre que tenía detrás —el único del grupo que me sobrepasaba en edad— soltó un manido «¡Dios mío!» con la voz más rota que jamás había oído en mi vida. De siete hombres cultivados, el único que mantuvo la compostura fue *sir* William Brinton; algo que, si cabe, habla más en su favor, dado que iba abriendo la marcha y debió de ser el primero en ver aquello.



Un cretino, pintado por Leopold Müller, 1819.

Se trataba de una gruta de enorme altura sumida en la penumbra, que se extendía más lejos de lo que podía alcanzar la vista de cualquiera; un mundo subterráneo de misterio ilimitado y horribles evocaciones[52]. Dentro de ella había edificaciones y otros restos arquitectónicos: en una terrorífica ojeada, vi un extraño grupo ordenado de túmulos[53], un primitivo círculo de monolitos,

unas ruinas romanas provistas de una pequeña cúpula, una gigantesca y achaparrada construcción de tiempos de los sajones, y un antiguo edificio inglés de madera; todos los cuales, no obstante, se veían empequeñecidos por el macabro espectáculo que ofrecía la superficie general del terreno. En un radio de varios metros alrededor de la escalera se extendía una demencial maraña de huesos humanos, o. al menos, tan humanos como los que plagaban los escalones. Cubrían el suelo como un mar espumoso, algunos de ellos disgregados, pero otros total o parcialmente articulados como esqueletos; estos últimos invariablemente en posturas que hablaban de un frenesí demoníaco, bien combatiendo a alguna amenaza, bien agarrando a otras figuras con intención caníbal.

Cuando el Dr. Trask, el antropólogo, se agachó para determinar la raza a la que pertenecían aquellos cráneos, se topó con una degenerada mezcolanza que lo dejó completamente desconcertado. La mayor parte de ellos correspondían a especímenes que se encontraban por debajo del hombre de Piltdown[54] en la escala evolutiva, pero que eran definitivamente humanos en todos los casos. Muchos eran de tipo más evolucionado, y unos pocos pertenecían a ejemplares sumamente desarrollados y dotados de una gran sensibilidad. Todos los huesos habían sido roídos, mayormente por ratas, pero también en parte por otros integrantes de aquella horda semihumana. Mezclados con ellos había numerosos huesecillos de ratas: miembros caídos de la mortífera legión que había puesto fin a aquella larga epopeya.

Me sorprende que cualquiera de nosotros lograra sobrevivir a aquel espantoso día de descubrimientos con su cordura intacta. Ni Hoffmann[55] ni Huysmans[56] llegaron a imaginar un escenario más terriblemente increíble, más frenéticamente repugnante o más góticamente grotesco que aquella gruta penumbrosa en la cual los siete nos adentramos con paso tambaleante, encontrándonos con una revelación tras otra, e intentando no pensar por el momento en los hechos que debían de haber tenido lugar allí trescientos, mil. dos mil o diez mil años antes. Era la antesala del infierno, y el pobre Thornton volvió a desmayarse cuando Trask le aseguró que algunos de los seres dueños de aquellos esqueletos habían sido seguramente cuadrúpedos a lo largo de las últimas veinte generaciones o más.

El horror fue en aumento a medida que comenzamos a interpretar los restos arquitectónicos. Los seres cuadrúpedos —con alguna que otra incorporación ocasional perteneciente a la clase bípeda— habían sido mantenidos en rediles de piedra, de los cuales debían de haber terminado escapando, presa de un delirio provocado por el hambre o el miedo a las ratas.

Había habido grandes manadas de ellos, cebadas de manera evidente con las vulgares hortalizas cuyos restos era posible encontrar como una especie de forraje emponzoñado en el fondo de unos enormes comederos de piedra de tiempos prerromanos. Ahora sabía por qué mis antepasados habían tenido una huerta tan descomunalmente grande; ¡ojalá fuera capaz de olvidarlo! Sobre la finalidad de aquellos rebaños no me hizo falta preguntar.

Sir William, durante la inspección que llevó a cabo de las ruinas romanas con su foco reflector, tradujo en voz alta el rito más espantoso que jamás he conocido; y nos informó acerca de la dieta del culto antediluviano que los sacerdotes de Cibeles encontraron a su llegada y acabaron mezclando con su propio credo. Norrys. pese a haberse curtido en las trincheras, no pudo evitar salir mareado del edificio inglés. Este último era una carnicería y cocina —cosa que el capitán ya se esperaba—; pero fue demasiado para él ver típicos utensilios culinarios ingleses en un lugar como aquel, así como leer típicos *graffiti* ingleses en sus paredes, algunos grabados en fechas tan recientes como el año 1610[57]. Yo no fui capaz de entrar en aquel edificio: aquel cuyas diabólicas actividades sólo había conseguido detener la daga de mi antepasado Walter de la Poer.

Donde sí me atreví a entrar fue en la achaparrada construcción sajona, cuya puerta de roble se había caído, y allí encontré una sobrecogedora hilera de diez celdas de piedra provistas de barrotes oxidados. Tres tenían ocupantes, todos esqueletos de especímenes altamente evolucionados, y en el huesudo índice de uno de ellos descubrí un sello con el escudo de armas de mi familia. *Sir* William halló una cámara subterránea con celdas mucho más antiguas bajo la capilla romana, pero esas se encontraban vacías. Debajo de ellas había una cripta de reducida altura que albergaba cajas llenas de huesos ceremoniosamente colocados, algunas de las cuales presentaban terribles inscripciones paralelas grabadas en latín, griego y la lengua de Frigia. El Dr. Trask, entretanto, había abierto uno de los túmulos prehistóricos, y sacado a la luz cráneos que eran poco más humanos que el de un gorila, y que tenían grabados unos ideogramas indescriptibles. Mientras todo esto ocurría, mi gato se estuvo paseando con silenciosa indiferencia por todo aquel dantesco escenario. En un momento dado, lo vi horriblemente sentado en lo alto de una montaña de huesos, y me pregunté qué secretos podían esconderse tras sus ojos amarillos.

Tras asimilar de manera un tanto superficial las terroríficas revelaciones de aquel lugar sumido en la penumbra —y prefigurado de una forma tan espantosa por mi sueño recurrente— dirigimos nuestra atención hacia las

tenebrosas y aparentemente infinitas profundidades de la caverna donde ningún rayo de luz filtrado del exterior era capaz de penetrar. Nunca sabremos qué invisibles mundos estigios se abren más allá de la corta distancia a la que nos adentramos, pues se decidió que era mejor para la humanidad no conocer tales secretos. No obstante, había muchas cosas a mano en las que absorber nuestra atención, ya que antes de que nos hubiéramos alejado mucho los reflectores revelaron aquella detestable infinidad de fosas en las que las ratas se habían alimentado a placer, y cuya súbita falla de rellenado había llevado a la voraz legión de roedores primero a atacar a los famélicos rebaños de ganado que aún seguían vivos y después a escapar en violento tropel del castillo en aquella histórica orgía de devastación que los campesinos jamás podrán olvidar.

¡Dios santo! ¡Qué visión la de aquellas negras fosas de despojos con huesos serrados y mordisqueados y cráneos abiertos! ¡Aquellas simas de pesadilla atestadas de huesos de pitecántropos[58], celtas, romanos e ingleses acumulados durante incontables siglos de impiedades! Algunas de ellas estaban llenas, sin que nadie pudiera decir cuán profundas habían sido en su día. Otras eran abismos sin fondo incluso a la luz. de nuestros reflectores, hallándose pobladas de fantasías innombrables. ¿Qué pasaba —pensé— con las desafortunadas ratas que tropezaban con aquellas trampas en sus exploraciones a ciegas de aquel horripilante Tártaro?

En un momento dado sufrí un resbalón al borde de una de aquellas fosas horriblemente enormes, y por un instante experimenté un miedo arrebatador. Debía de llevar un buen rato abstraído en mis pensamientos, pues había perdido de vista a todos los demás miembros del grupo excepto al rollizo Cap. Norrys. Entonces llegó un sonido desde aquella infinita e impenetrablemente oscura lejanía que me pareció reconocer, y vi a mi viejo gato negro pasar raudo junto a mí como un alado dios egipcio[59], directo hacia el abismo sin límites de lo desconocido. Con todo, no tardé en salir detrás de él, pues un segundo más tarde ya no tenía ninguna duda. Se trataba del fantasmagórico correteo de aquellas ratas del averno, siempre a la búsqueda de nuevos horrores, y decididas a conducirme más y más lejos hasta alcanzar incluso esas cavernas dentadas del centro de la tierra en las que Nyarlathotep[60], el dios loco carente de rostro, aúlla ciegamente en la oscuridad al son de la música de dos flautistas imbéciles e informes.

La luz de mi reflector se extinguió, pero aun así seguí corriendo. Oía voces, maullidos y ecos, pero el sonido de aquel impío e insidioso correteo fue subiendo lentamente en intensidad hasta ahogar todos los demás;

subiendo lentamente, de la misma manera que un cadáver rígido y abotargado sube a la superficie de un río oleaginoso que fluye bajo innumerables puentes de ónice hasta verter en un mar negro y pútrido. Algo chocó conmigo; algo blando y rollizo. Seguramente habían sido las ratas: esa viscosa, gelatinosa y hambrienta legión que se da festines con la carne de los muertos y de los vivos… ¿Por qué no iban a devorar las ratas a un De la Poer igual que un De la Poer devora cosas prohibidas?… La guerra devoró a mi hijo, malditos sean todos… y los yanquis devoraron Carfax con llamas, quemando al abuelo Delapore y el secreto familiar…¡No, no. te digo que ese porquero diabólico de la gruta en penumbra *no soy yo*! ¡Y la cara rechoncha de aquella criatura fofa y fungosa *no era* la de Edward Norrys! ¿Quién dice que soy un De la Poer? ¡El sobrevivió, pero mi hijo no!… ¿Debería un Norrys poseer las tierras de un De la Poer?… ¡Te digo que es cosa de vudú!… aquella serpiente moteada… ¡Maldito seas, Thornton, ya te enseñaré yo a desmayarte por lo que hace mi familia!… ¡Voto a Christo, suçio perro, que ia te enseñaré a desfallesçer assì!… *wolde ye swynke me thilke wys?*[61]… *¡Magna Mater! ¡Magna Mater!… Atys*[62]… *Día ad aghaidh 's ad aodann… agus bas duç nach ort! Dhonas 's dholas ort, agus leat-sa!*[63]… *Ungl… ungl… rrrlh… chchch*[64]…

Eso es lo que aseguran que dije cuando me encontraron en medio de la oscuridad al cabo de tres horas, agachado sobre el rechoncho cuerpo semidevorado del Cap. Norrys mientras mi propio gato saltaba y lanzaba sus zarpas contra mi cuello. Ahora han volado Exham Priory, se han llevado a Negrito de mi lado y me han encerrado en esta habitación con barrotes de Hanwell[65] mientras cuchichean con temor acerca de mi herencia y experiencias. Thornton se encuentra en la habitación de al lado, pero no me dejan hablar con él. También están tratando de ocultar casi todos los hechos relacionados con el castillo. Cuando menciono al pobre Norrys me acusan de haber cometido un acto espantoso, pero han de saber que yo no lo hice. Han de saber que fueron las ratas: esas escurridizas ratas cuyo correteo nunca me permitirá conciliar el sueño; esas diabólicas ratas que se deslizan rápidamente tras el acolchado de esta habitación y me atraen a las profundidades de la tierra, hacia horrores más terribles de los que jamás he conocido; esas ratas que ellos nunca oyen; las ratas, las ratas de las paredes.



El Manicomio de Hanwell, *ca*. 1890.

Bajo las pirámides[1]

No está claro si el germen de la idea de este relato surgió de su presunto coautor, Harry Houdini, o fue enteramente invención de H. P. L., pero los temas que en él se desarrollan son completamente lovecraftianos. Ambientada en un Egipto meticulosamente detallado en su historia y geografía, la historia insinúa que la actual ciudad de El Cairo no es más que una delgada fachada bajo la cual se oculta un tenebroso abismo poblado por seres verdaderamente incomprensibles para la humanidad. Houdini, en público un hombre entregado a la aventura con arraigada fama de racionalista y en privado una figura permanentemente envuelta en el misterio, es el narrador perfecto para este relato.

I.

EL MISTERIO LLAMA al misterio. Desde que mi nombre empezó a ser conocido en todo el mundo como el de un ejecutor de inexplicables proezas escénicas, me he tropezado con historias y hechos extraños que la gente ha relacionado con mis intereses y actividades por mor de mi profesión[2], y que han sido, dependiendo del caso, banales e irrelevantes, profundamente dramáticos y fascinantes, origen de experiencias inquietantes y peligrosas, o motivo de amplias investigaciones científicas e históricas por mi parte. He relatado y seguiré relatando muchos de esos episodios con total libertad[3]; pero hay uno en concreto del cual hablo con gran renuencia, y que ahora me dispongo a contar sólo después de un insistente aluvión de peticiones por parte de los editores de esta revista, quienes habían oído vagas referencias al mismo de labios de otros miembros de mi familia.

Este asunto hasta ahora confidencial se encuentra relacionado con una visita de tipo no profesional que hice hace catorce años a Egipto; y han sido varias las razones que me han llevado a evitarlo. En primer lugar, soy reacio a utilizar en beneficio propio ciertos hechos y circunstancias inequívocamente reales que obviamente las miríadas de turistas que se agolpan alrededor de las pirámides desconocen y que las autoridades de El Cairo han mantenido en secreto con gran diligencia, dado que es imposible que no sepan nada de ellos. En segundo lugar, no me agrada relatar un incidente al cual mi extraordinaria imaginación debió de hacer seguramente un gran aporte. Sin duda, lo que vi

—o creí ver— no ocurrió en realidad, y ha de ser considerado más bien una consecuencia tanto de mis por entonces recientes lecturas de egiptología como de las especulaciones en tomo a este tema que mi entorno lógicamente suscitaba. Estos evocadores estímulos, potenciados por la angustia de un hecho ya bastante terrible de por sí, fueron sin duda el origen del horror en el cual culminó aquella grotesca noche ocurrida hace ya tanto tiempo.



«Encerrado con los faraones», tal como se tituló «Bajo las pirámides». *Weird Tales* 4, 2 (mayo-junio-julio 1924) (ilustrador desconocido).



Houdini (Ehrich Weiss), su madre (Cecilia Steiner Weiss) y su esposa (Hess), *ca.* 1907.

En enero de 1910, había finalizado un contrato profesional en Inglaterra y firmado otro para llevar a cabo una gira por teatros australianos. Como había dejado tiempo de sobra para hacer el viaje, decidí aprovecharlo al máximo en el tipo de peregrinación que más me interesa; de modo que, acompañado por mi esposa[4], crucé el continente europeo de norte a sur siguiendo un ameno itinerario improvisado y, al llegar a Marsella, me embarqué en el vapor *Malwa* de la P. & O. con destino a Puerto Saíd[5]. Desde allí me proponía visitar los principales lugares históricos del Bajo Egipto antes de partir finalmente hacia Australia.

La travesía fue agradable, y se vio animada por muchos de esos divertidos episodios que le acontecen a un mago profesional cuando no está trabajando. Mi intención en un primer momento había sido mantener mi nombre en secreto, a fin de poder disfrutar de un viaje tranquilo; sin embargo, me vi empujado a traicionarme a mí mismo por culpa de un compañero prestidigitador cuyas ansias de sorprender a los pasajeros con trucos mediocres despertaron en mí la tentación de repetir y superar su actuación de un modo que acabó por completo con mi incógnito. Menciono el suceso por las consecuencias que este tendría finalmente: consecuencias que debería

haber previsto antes de revelarle mi identidad a un montón de turistas a punto de desperdigarse por todo el valle del Nilo. Lo que conseguí con ello fue anunciar mi llegada a todos los demás lugares a los que fui a continuación, además de privamos a mi esposa y a mí del plácido anonimato que habíamos anhelado. A pesar de estar viajando en busca de curiosidades, me vería obligado en no pocas ocasiones a dejarme observar como si yo mismo fuera una especie de raro monumento.

Habíamos ido a Egipto en pos de lo pintoresco y lo sobrecogedoramente misterioso, pero apenas encontramos nada de eso cuando el barco se fue acercando con cuidado a Puerto Saíd y desembarcó a los pasajeros en pequeños botes. Dunas bajas de arena, boyas mecidas por las olas en aguas poco profundas y una ciudad aburridamente europea sin nada de interés excepto la gran estatua de De Lesseps nos dieron ganas de pasar a cosas que valieran más la pena. Tras un poco de discusión, decidimos continuar inmediatamente el viaje hasta El Cairo y las pirámides, y después ir de allí a Alejandría a fin de coger el barco a Australia y ver cualquier monumento grecorromano que la antigua metrópolis pudiera ofrecer.



Estación de trenes de El Cairo, 1920

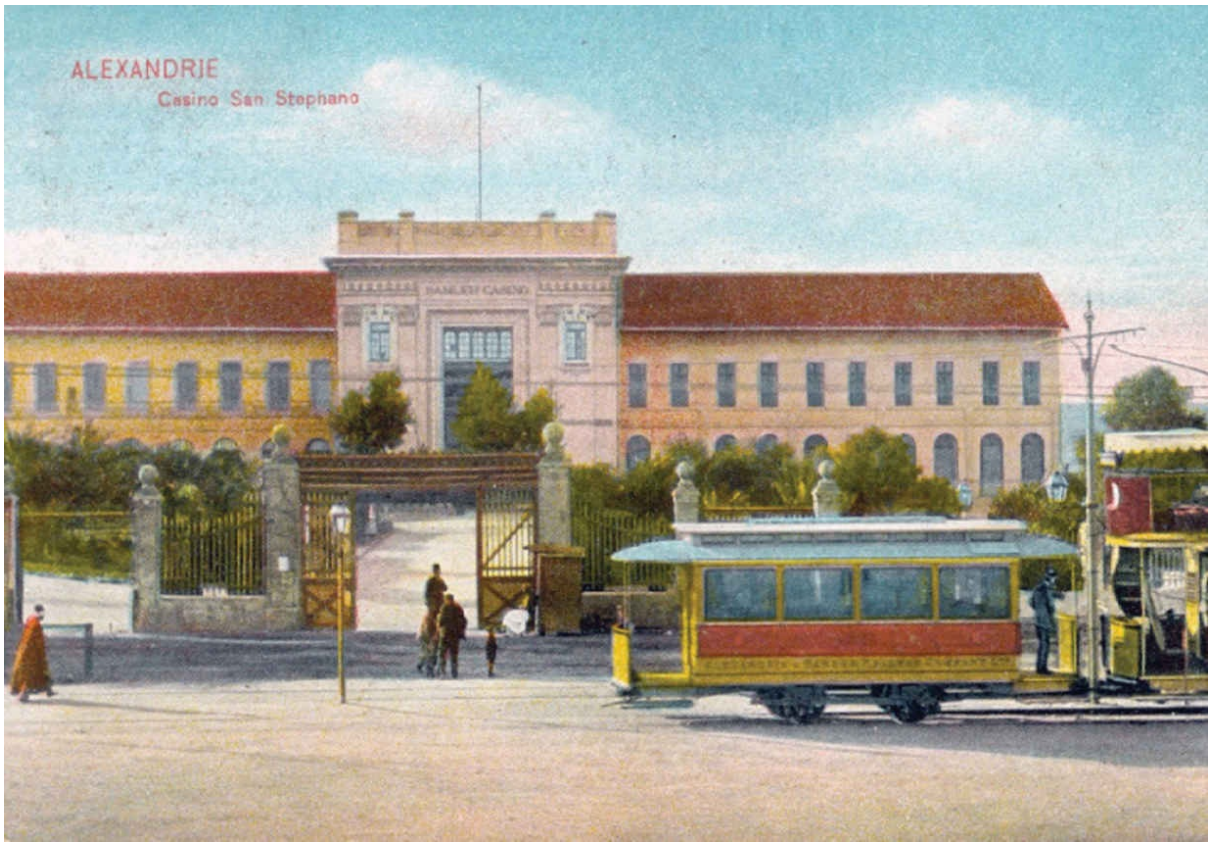


Alejandría, 1924.

El viaje en tren fue relativamente soportable, y llevó solamente cuatro horas y media. Vimos una gran parte del canal de Suez[6], cuyo trazado seguimos hasta Ismailía[7], y luego tuvimos un primer contacto con el Antiguo Egipto cuando avistamos brevemente el restaurado canal de agua dulce del Imperio Medio. Entonces divisamos al fin El Cairo, brillando trémulamente a través de la creciente penumbra del anochecer: una parpadeante constelación que se transformó en un intenso resplandor a nuestra llegada a la gran Gare Centrale.

Pero una vez más nos aguardaba una decepción, ya que. quitando los trajes y la multitud, todo lo que veíamos era europeo. Un prosaico paso subterráneo nos condujo a una plaza abarrotada de carruajes, taxis y tranvías, y que ofrecía un aspecto esplendoroso gracias a las luces eléctricas que brillaban en sus altos edificios; al tiempo que el mismo teatro donde en una ocasión me habían pedido vanamente que actuara, y al cual iría más tarde como espectador, había cambiado recientemente su nombre por el de «American Cosmograph»[8]. Hicimos noche en el Hotel Shepherd[9]. al cual llegamos en un taxi que recorrió a toda velocidad una serie de amplias calles flanqueadas por elegantes edificios; y en medio del impecable servicio de su restaurante, sus ascensores y sus lujos mayormente angloamericanos el misterioso Oriente y el pasado inmemorial se antojaban algo muy lejano.

El día siguiente, sin embargo, nos lanzó de un modo delicioso al corazón de *Las mil y una noches;* y en las sinuosas calles y exóticas vistas de El Cairo, el Bagdad[10] de Harún al-Rashid[11] pareció retomar a la vida. Siguiendo nuestra guía Baedeker[12], nos habíamos dirigido hacia el este pasando por los jardines de Ezbekiyeh[13] y la Muski[14] en busca de la ciudad vieja, y pronto nos vimos en manos de un escandaloso cicerone[15] que —a pesar de lo que sucedería después— era indudablemente un experto en su oficio. Sólo más tarde caería en la cuenta de que debería haber solicitado un guía oficial en el hotel. Aquel hombre, un tipo bien afeitado, de voz particularmente cavernosa y relativamente aseado que tenía cara de faraón[16] y se hacía llamar «Abdul Reis el Drogman». parecía tener mucha influencia sobre otros individuos de su misma clase; aunque posteriormente la policía declarase no conocerlo dando a entender que «Reis» era simplemente una manera de referirse a cualquier figura de autoridad, al tiempo que «Drogman». de forma obvia, no era más que una burda modificación de la palabra que designaba a un guía turístico; dragomán.



Pasajeros apeándose en el casino San Stefano de Alejandría (Egipto), *ca*. 1920.

Abdul nos llevó a ver maravillas que hasta entonces sólo habíamos hallado en los libros y en nuestros sueños.

El propio casco antiguo de El Cairo es en sí un libro de cuentos y un sueño: laberintos de callejuelas que evocan secretos fragantes; balcones y miradores cubiertos de arabescos que llegan prácticamente a tocarse por encima de las calles adoquinadas; masas de árabes que se desplazan tumultuosamente entre extraños gritos, látigos restallantes, carros que traquetean, tintineos de monedas y asnos rebuznadores; caleidoscopios de túnicas, velos, turbantes y feces polícromos; aguadores y derviches, perros y gatos, adivinos y barberos; y, de manera predominante, las voces quejumbrosas de los mendigos ciegos acuclillados en los rincones, y el sonoro canto de los muecines desde los alminares que se recortan delicadamente en un cielo de un inmutable e intenso color azul.

Los techados bazares apenas resultaban menos cautivadores, pese a su mayor tranquilidad. Especias, perfumes, incienso, abalorios, alfombras, sedas y enseres de latón; el viejo Mahmoud Suleimán sentado con las piernas cruzadas entre sus frascos de aspecto pegajoso, mientras unos jóvenes machacan semillas de mostaza en el ahuecado capitel de una antigua columna clásica —un capitel romano de orden corintio, procedente quizá de la cercana Heliópolis, donde Augusto estacionó una de sus tres legiones egipcias—[17]. La antigüedad comienza a mezclarse con el exotismo. Luego vinieron las mezquitas y el museo; todos los cuales vimos, intentando que nuestro deleite arábigo no sucumbiera al oscuro encanto del Egipto faraónico que los tesoros de incalculable valor del museo desprendían. Aquel debía ser el clímax de nuestra visita, así que de momento nos concentramos en las medievales maravillas sarracenas de los califas cuyas grandiosas mezquitas-mausoleos forman una reluciente y fabulosa necrópolis al borde del desierto de Arabia.



Un jardín de camino a Heliópolis (Egipto), 1878.

Finalmente Abdul nos llevó por la *sharia* Mohammed Alí[18] hasta la antigua mezquita del sultán Hasán[19] y la puerta fortificada de Bab-el-Azab[20], más allá de la cual un corredor amurallado asciende hasta la imponente ciudadela que construyó con piedras de pirámides olvidadas el mismísimo Saladino. Estaba atardeciendo cuando subimos a lo alto de aquel risco, dimos una vuelta alrededor de la moderna mezquita de Mohammed Alí y oteamos desde el vertiginoso parapeto la enigmática ciudad de El Cairo, con sus cúpulas labradas, sus gráciles minaretes y sus jardines de aspecto llameante bañados por los dorados rayos del sol. A lo lejos descollaba la gran cúpula romana del nuevo museo; y más allá de ella —al otro lado del críptico y amarillo Nilo que es madre de eones y dinastías— acechaban las amenazantes arenas del desierto Líbico, ondulantes, iridiscentes y malignamente preñadas de misterios aún más arcaicos. El rojo sol se estaba hundiendo ya por el horizonte, trayendo consigo el frío implacable del crepúsculo egipcio; y mientras el astro se encontraba suspendido en el borde del mundo como aquel antiguo dios de Heliópolis —Ra-Horajty, «el Sol del Horizonte»[21]—, vimos recortarse sobre su fuego bermellón la negra silueta de las pirámides de Guiza, cuyas tumbas paleogeicas[25‡] ya contaban mil años de historia cuando Tutankamón subió a su dorado trono en la lejana Tebas[22]. En ese momento, tuvimos claro que nuestra exploración de El Cairo sarraceno había llegado a su fin, y que necesitábamos saborear los misterios más profundos del Egipto primordial: la negra Khem[23] de Ra y

Amón, de Isis y Osiris[24]. A la mañana siguiente fuimos a visitar las pirámides, atravesando a bordo de una victoria[25] el gran puente del Nilo con sus leones de bronce[26], la isla de Gezira con sus enormes ébanos de Oriente[27] y el puente inglés de menor tamaño que cruzaba a la ribera oeste. Tomamos el camino que bajaba hacia el sur junto al río. pasando entre grandes hileras de ébanos y por delante del enorme Jardín Zoológico hasta llegar al arrabal de Guiza, donde, desde nuestra visita, ya se ha construido un nuevo puente a la ciudad propiamente dicha. Seguidamente. alejándonos del río por la *sharia* El-Haram[28], atravesamos una zona de acequias cristalinas y destartaladas aldehuelas de lugareños hasta que frente a nosotros se alzaron majestuosamente los objetos de nuestra búsqueda, surgiendo de entre la niebla de la mañana y dibujando réplicas invertidas en los charcos de las cunetas. En verdad, tal como Napoleón les había dicho a sus soldados en aquel lugar, cuarenta siglos nos contemplaban.



El desierto Líbico (África). Fotografía de Roberdan, CC-BY-S.A. 2.0.



Una panorámica de las pirámides de Guiza (Egipto) tomada desde un globo, 1904.



Una vista aérea de los jardines de Ezbekiyeh tomada desde un globo, 1904.

El camino comenzó entonces a ascender bruscamente. hasta que al fin llegamos al punto donde debíamos cambiar de vehículo, situado entre la parada del tranvía y el Hotel Mena House[29]. Abdul Reis, que se encargó competentemente de comprar nuestras entradas para visitar las pirámides, parecía tener un arreglo con unos agobiantes, vociferantes y desagradables beduinos que vivían en un poblado de casas de barro a cierta distancia de allí y asaltaban de manera muy molesta a todos los turistas, dado que los mantuvo bastante bien a raya y consiguió un excelente par de camellos para nosotros;

tras lo cual él mismo se subió a un asno y asignó el manejo de nuestros animales a un grupo de hombres y muchachos que resultaban más caros que útiles. La extensión que había que atravesar era tan pequeña que apenas hacían falta los camellos, pero aun así no lamentamos haber añadido aquella incómoda forma de viajar por el desierto a nuestra experiencia.



Festival veneciano en el Nilo frente al Palacio de Gezira en honor del jediva Ismail en 1869.



El Jardín Zoológico de El Cairo, *ca.* 1930.



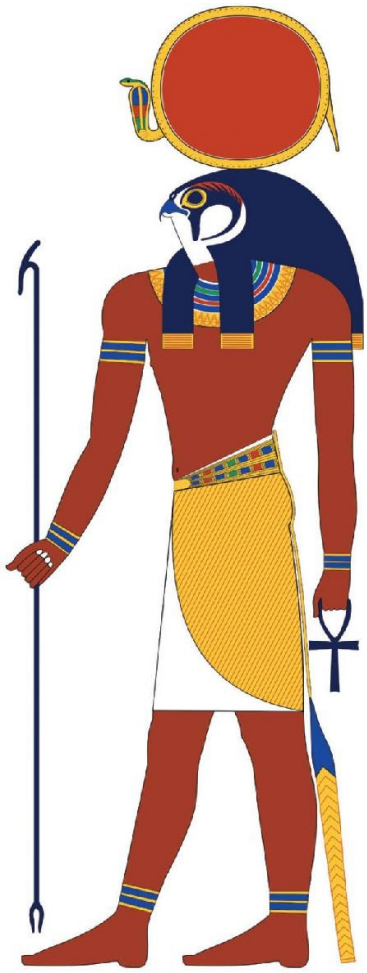
Mezquita de Mohammed Alí, en El Cairo.
Fotografía de Ahmed Ragheb 97, CC-BY-S.A. 3.0.



La mezquita del sultán Hasán, El Cairo (Egipto).

Las pirámides se yerguen sobre una elevada meseta rocosa, formando una agrupación junto a la más septentrional de las necrópolis reales y aristocráticas construidas en los alrededores de la desaparecida capital de Mentís, la cual se encontraba en el mismo lado del Nilo, algo al sur de Guiza, y floreció entre el 3400 y el 2000 a.C. La mayor de las pirámides, que es también la más próxima al camino de acceso actual, fue construida por el rey

Keops o Jufu en torno al 2800 a.C.[30], y se alza más de 140 metros en vertical. Alineadas en dirección sudoeste, desde ella se encuentran sucesivamente la segunda pirámide —que fue erigida una generación después por el rey Kefrén[31] y, pese a ser un poco más pequeña, parece incluso mayor al estar sobre un terreno más elevado— y la mucho más reducida tercera pirámide del rey Micerino, construida alrededor del 2700 a.C. Cerca del borde de la meseta y exactamente al este de la segunda pirámide, con un rostro probablemente modificado para formar un colosal retrato de Kefrén. su regio restaurador, se yergue la monstruosa Esfinge; muda, sardónica y dueña de un saber inmemorial que antecede a la humanidad.



Ra-Horajty.



Howard Carter examinando el sarcófago del rey Tutankamón, 1923.

Hay pirámides y restos de pirámides de menor categoría repartidos por diversos puntos, y toda la meseta se encuentra llena de tumbas subterráneas de dignatarios de rango inferior a la realeza. Estas se hallaban señaladas originariamente por mastabas; construcciones de piedra con forma de escalón levantadas alrededor de los profundos pozos funerarios, similares a las que se encuentran en otras necrópolis menfitas y de las cuales la Tumba de Perneb conservada en el Museo Metropolitano de Nueva York constituye un buen ejemplo[32]. En Guiza, sin embargo, todas estas edificaciones visibles han sido barridas por el tiempo y el pillaje; y los pozos excavados en la roca, bien llenos de arena, bien vaciados por los arqueólogos, son ya el único testimonio que queda de su antigua existencia. Conectada con cada tumba había una capilla en la que sacerdotes y parientes ofrendaban comida y oraciones al espíritu *ka* o esencia vital del difunto. Las tumbas pequeñas tienen sus capillas dentro de sus mastabas o superestructuras de piedra, pero las capillas mortuorias de las pirámides, donde yacían los faraones, eran templos separados, cada uno de ellos al este de su pirámide correspondiente y conectados por una calzada elevada a otro enorme templo de acceso o propileo situado en el borde de la meseta.

El templo de acceso que conduce a la segunda pirámide, el cual se halla prácticamente enterrado en las movedizas arenas, se abre como un túnel al sudeste de la Esfinge. El peso de la tradición le ha dado el nombre de «Templo de la Esfinge»; y tal vez resulte acertado llamarlo así, si es que la gigantesca imagen representa en efecto a Kefrén, el constructor de la segunda pirámide. Circulan leyendas desagradables de cómo era la Esfinge antes de Kefrén; pero fueran cuales fueran sus antiguos rasgos, el monarca los sustituyó por los suyos con el propósito de que los hombres pudieran mirar aquel coloso sin temor. Fue en el gran templo de acceso donde se encontró la estatua de diorita a tamaño natural de Kefrén que hoy alberga el Museo de El Cairo; una estatua frente a la cual me quedé maravillado y sobrecogido cuando la contemplé. No sé con seguridad si el edificio ha sido ya totalmente excavado, pero en 1910 la mayor parte de él se encontraba bajo tierra, con una pesada reja en su entrada que cerraban por la noche. A cargo de las obras estaban unos alemanes, por lo que es posible que la guerra u otras cosas hayan interrumpido su trabajo. A la vista de mi experiencia y de ciertos rumores beduinos desacreditados o desconocidos en El Cairo, daría mucho por saber qué se ha descubierto de un cierto pozo situado en una galería transversal en la cual se hallaron unas estatuas del faraón curiosamente yuxtapuestas a otras de babuinos.



El «Museo de El Cairo», siendo exactos, el Museo Egipcio de El Cairo (Egipto).



El camino, según lo íbamos recorriendo aquella mañana montados en nuestros camellos, torció bruscamente pasando por delante de las casetas de madera de la policía, la oficina de correos y las tiendas de comestibles y *souvenirs* a nuestra izquierda, y enfiló hacia el sudeste trazando una cerrada curva que escaló la meseta rocosa y nos dejó frente a frente con el desierto al socaire de la Gran Pirámide. Pasando junto a ciclópeos sillares, rodeamos su cara oriental y contemplamos un valle de pirámides más pequeñas que se extendía ante nuestros ojos, más allá de las cuales el inmortal Nilo relucía al este y el desierto eterno brillaba con luz trémula al oeste. Las tres pirámides principales se alzaban imponentes a poca distancia: la mayor, despojada de su revestimiento y mostrando su cuerpo interior de grandes bloques de piedra, pero las otras, conservando en varios puntos la cobertura colocada con esmero que les había proporcionado un aspecto liso y pulido en su día.

Al cabo de un breve rato bajamos en dirección a la Esfinge y tomamos asiento silenciosamente bajo el hechizo de aquellos terribles ojos sin vida. En su enorme y pétreo pecho distinguimos vagamente el emblema de Ra-Horajty, el dios con cuya imagen la Esfinge había sido confundida durante una de las últimas dinastías; y, a pesar de que la arena cubría la lápida situada entre sus grandes patas, recordamos lo que Tutmosis IV había grabado en ella y el sueño que este había tenido cuando era príncipe[33]. La sonrisa de la Esfinge nos causó entonces una vaga desazón, haciéndonos pensar en esas leyendas referentes a pasadizos subterráneos bajo la monstruosa criatura que descendían y descendían hasta alcanzar profundidades que nadie se atrevía a insinuar; profundidades asociadas a misterios más remotos que el Egipto dinástico que excavamos, y que guardan una siniestra relación con la persistencia de aberrantes dioses zoocéfalos en el antiguo panteón nilótico. Fue también en ese momento cuando me hice una pregunta ociosa cuya horrible importancia no habría de revelarse hasta muchas horas después.

Otros turistas comenzaron entonces a alcanzarnos, por lo que seguimos adelante hasta el soterrado Templo de la Esfinge, cincuenta metros al sudeste; edificio que he citado anteriormente como el majestuoso pórtico de acceso a la calzada elevada que conduce a la capilla mortuoria de la segunda pirámide en la meseta. La mayor parte de el seguía aún sepultado en la arena, y aunque desmontamos y bajamos por un pasadizo recientemente despejado hasta su corredor de alabastro y su gran sala columnada, me dio la impresión de que Abdul y el guarda alemán de la excavación no nos habían enseñado todo lo que era posible ver allí. A continuación hicimos el circuito habitual de la

meseta, viendo de cerca la segunda de las pirámides y las peculiares ruinas de su capilla mortuoria al este; la tercera pirámide con sus pequeños satélites meridionales y su ruinosa capilla oriental; las tumbas y túneles excavados en la roca de las dinastías IV y V, y la famosa Tumba de Campbell[34], cuya sombría fosa se hunde 16 metros en la tierra hasta un siniestro sarcófago que uno de nuestros camelleros limpió de arena tras descolgarse vertiginosamente por la pared con una cuerda.



La Gran Esfinge de Guiza y, bajo ella, la «Estela del Sueño». Fotografía de Chanel Wheeler, CC-BY-S.A. 2.0.

Asaltó entonces nuestros oídos un griterío que provenía de la Gran Pirámide, donde unos beduinos estaban acosando a un grupo de turistas con ofrecimientos de guiarlos hasta la cúspide, o. si no. de demostrarles lo rápido que podían subir solos hasta allí y volver. Se dice que la mejor marca en tales ascensos y descensos es de siete minutos, pero muchos vigorosos lugareños e hijos de lugareños nos aseguraron que eran capaces de reducirla a cinco si se les proporcionaba el necesario incentivo de una generosa propina. No recibieron dicho incentivo, pero sí dejamos que Abdul nos llevara a lo alto de

la pirámide, logrando con ello una vista de una grandiosidad sin precedentes que incluía no sólo la lejana y centelleante El Cairo con su coronada ciudadela y sus colinas teñidas de oro y violeta al fondo, sino también todas las pirámides del área de influencia menfita, desde Abu Roash al norte hasta Dashur al sur[35]. La pirámide escalonada de Sakkara[36], que señala la evolución de la baja mastaba a la auténtica pirámide, resultaba clara y seductoramente visible en la arenosa distancia. Fue cerca de este monumento de transición donde se encontró la famosa Tumba de Perneb, más de 640 kilómetros al norte del rocoso valle tebano en el que duerme Tutankamón[37]. De nuevo me vi obligado a guardar silencio de puro sobrecogimiento. La perspectiva de semejante antigüedad, y de los secretos que cada arcaico monumento parecía albergar y custodiar, hizo que me invadiera una reverencia y una sensación de inmensidad como nunca antes había experimentado.



La entrada a la pirámide de Abu Roash.

Debido al cansancio de nuestra ascensión, y a la irritación que nos provocaban los insistentes beduinos, cuyas acciones parecían ir en contra de todas las normas del buen gusto, eliminamos de la visita la trabajosa parte de entrar por los abarrotados pasadizos de cualquiera de las pirámides, aunque vimos a varios de los turistas más resueltos prepararse para el asfixiante y lento recorrido por el interior del más imponente de los monumentos a Keops. No obstante, cuando despachamos a nuestra escolta local —previo excesivo pago por sus servicios— y regresamos con Abdul Reis a El Cairo bajo el sol de la tarde a bordo del carruaje, nos arrepentimos un poco de la omisión que habíamos hecho. ¡Corrían rumores tan fascinantes acerca de esos pasadizos inferiores de las pirámides que no figuraban en las guías de viajes…!; pasadizos cuyas entradas habían sido apresuradamente bloqueadas y ocultadas por los taciturnos arqueólogos que las habían descubierto y

empezado a explorar. Naturalmente, tales rumores no parecían tener en buena medida ningún fundamento, pero resultaba curioso pensar en la insistencia con la que se prohibía a los visitantes entrar en las pirámides de noche, o visitar las galerías más profundas de la Gran Pirámide o su cripta. Quizás en este último caso lo que se temía era el efecto psicológico: el efecto sobre el visitante de sentirse sepultado bajo una gigantesca montaña de sólidos bloques de piedra, y unido a la vida que conoce apenas por un simple conducto; uno por el cual sólo puede pasar con gran dificultad, y que podría verse bloqueado por cualquier tipo de accidente o intención perversa. Todo aquello resultaba tan misterioso y atrayente que tomamos la decisión de visitar nuevamente la meseta de las pirámides en cuanto hubiera ocasión. Para mí, sin embargo, tal ocasión llegó mucho antes de lo esperado.

Esa misma tarde, como los demás miembros de nuestro grupo se sentían un poco fatigados tras el agotador programa del día. salí solo a dar un paseo con Abdul Reis por el pintoresco barrio árabe. Aunque ya lo había visto de día, quería admirar sus callejones y bazares a) anochecer, hora a la que vívidas sombras y suaves reflejos luminosos realzaban el encanto y la atmósfera de cuento del lugar. Si bien el gentío local estaba menguando, este era todavía muy ruidoso y numeroso cuando nos tropezamos con un puñado de beduinos que andaban de jarana por el Suken-Nahhasin. o bazar de los cobreros. Su aparente líder, un joven insolente con facciones toscas y un fez[38] descaradamente ladeado, se fijó un poco en nosotros, y a todas luces reconoció con no mucha simpatía a mi competente pero ciertamente arrogante y burlón guía. Se me ocurrió que quizá le molestaba aquella curiosa reproducción de la media sonrisa de la Esfinge que tantas veces yo mismo había observado con divertida irritación en su semblante, o puede que la cavernosa y sepulcral resonancia de la voz de Abdul no fuera de su agrado. Sea como fuere, el intercambio de palabras oprobiosas para con los respectivos ancestros de cada uno se volvió muy enérgico; y no pasó mucho tiempo antes de que Alí Ziz, como oí que llamaban a aquel extraño cuando no era por peores nombres, empezase a tirar con violencia de la túnica de Abdul, una acción que no tardó en verse correspondida de igual modo, llevando a una fogosa refriega en la que ambos combatientes perdieron sus preciados sombreros y habrían llegado a una situación más grave aún si yo no hubiera intervenido antes y los hubiera separado por la fuerza.

Mi intromisión, aparentemente mal recibida en un primer momento por ambas partes, consiguió al final que se estableciera una tregua. Cada beligerante refrenó su furia y se colocó bien el atuendo en actitud hosca; y

entonces, adoptando una solemnidad tan profunda como repentina, los dos hicieron un curioso pacto de honor que, según me enteré poco después, constituye una costumbre muy antigua en El Cairo; un pacto para resolver sus diferencias por medio de una pelea a puñetazos en lo alto de la Gran Pirámide a la madrugada, mucho después de que el último turista noctámbulo hubiera abandonado el lugar. Cada duelista debía reunir un grupo de padrinos, y el asunto habría de empezar a medianoche, desarrollándose a lo largo de varios asaltos de la manera más civilizada posible. En toda aquella planificación había muchas cosas que despertaron mi interés. La pelea en sí prometía ser única y espectácular, y, al mismo tiempo, la idea de presenciar esa escena en lo alto de aquella vetusta mole que dominaba la antediluviana meseta de Guiza a la luz de la pálida luna de la madrugada atraía cada ápice de mi imaginación. Ante una petición por mi parte, Abdul se mostró sumamente dispuesto a admitirme en su grupo de padrinos, de modo que durante el resto de aquellas últimas horas de la tarde y primeras de la noche lo acompañé a diversos antros en los barrios más incivilizados de la ciudad —principalmente al noreste del Ezbekiyeh—, donde reunió uno por uno a una selecta y temible cuadrilla de sociables rufianes como cortejo pugilístico.

Poco después de las nueve, nuestro grupo, montado en asnos con nombres tan regios o de reminiscencias tan turísticas como «Ramsés», «Mark Twain», «J. P. Morgan» o «Minnehaha». atravesó con paso lento los laberintos de calles de la parte oriental y occidental de la ciudad, cruzó el turbio Nilo arbolado de mástiles por el puente de los leones de bronce y avanzó tranquilamente a medio galope entre los ébanos del camino a Guiza. El viaje llevó algo más de dos horas, hacia el final de las cuales nos cruzamos con los últimos turistas que iban de regreso, saludamos al último tranvía en dirección al centro y nos quedamos a solas con la noche, el pasado y la luna espectral.

Divisamos entonces las inmensas pirámides al final del ancho camino, envueltas en una vaga aura atávica y macabramente amenazadora de la cual no parecía haberme percatado durante el día. Hasta la más pequeña de ellas tenía un aire ligeramente espeluznante; pues ¿acaso no había sido en dicha pirámide donde habían enterrado viva a la reina Nitocris durante la dinastía VI; la astuta reina Nitocris, quien en una ocasión había invitado a todos sus enemigos a un banquete en un templo bajo el Nilo, y los había ahogado abriendo las compuertas del rio[39]? Recordé entonces que los árabes susurran cosas de Nitocris, y que evitan la tercera pirámide durante ciertas fases de la luna. Seguramente era en aquella reina en quien Thomas Moore estaba pensando cuando escribió algo que los barqueros menfitas solían murmurar:

La ninfa subterránea que habita
entre alhajas a oscuras y maravillas escondidas:
¡la señora de la pirámide![40]

Aunque llegábamos pronto, Alí Ziz y su grupo iban por delante de nosotros, pues vimos sus asnos recortados sobre la desértica meseta en Kafr-el-Haram[41]: un sórdido asentamiento árabe, cercano a la Esfinge, hacia el cual nos habíamos desviado en vez. de seguir el camino habitual hasta el Mena House, donde alguno de los adormilados e ineficientes policías podrían habernos visto y dado el alto. En el poblado, donde los sucios beduinos tenían camellos y asnos guardados en las tumbas subterráneas de los cortesanos de Kefrén como si de cuadras se trataran, fuimos guiados ladera arriba por entre las rocas y a través de la arenosa meseta hasta alcanzar la Gran Pirámide, por cuyas deterioradas paredes los árabes treparon de manera ansiosa mientras Abdul Reis se ofrecía innecesariamente a ayudarme con la escalada.

Como la mayor parte de los viajeros saben, la verdadera cúspide de esta construcción se erosionó hace ya largo tiempo, dejando una plataforma razonablemente plana de doce metros de lado. En este extraño pináculo se formó un cuadrilátero de boxeo, y al cabo de unos momentos la sardónica luna del desierto asistió con gesto malicioso a una pelea que, excepto por el timbre de los gritos que se escuchaban en torno al *ring*, podría haber tenido lugar perfectamente en algún pequeño club deportivo de los Estados Unidos. Mientras la contemplaba, me dio la impresión de que en ella no faltaban algunas de nuestras prácticas menos deseables, ya que cada golpe, finta y defensa revelaba a mi mirada no desprovista de experiencia una voluntad de «dilatar» la pelea. Aun así, esta terminó pronto, y, a pesar de mis dudas respecto a los métodos, sentí una especie de orgullo personal cuando Abdul Reis fue declarado vencedor.

La reconciliación fue increíblemente rápida, y, en medio de las canciones, la fraternización y los brindis que vinieron después, me resultó difícil de entender que hubiera llegado a producirse una pelea. Curiosamente, el foco de atención parecía estar más centrado en mí que en los antagonistas; y deduje de mis rudimentarios conocimientos de árabe que estaban hablando de mis números de escapismo, en los que me liberaba de toda clase de ataduras y encierros, de un modo que indicaba no sólo un sorprendente conocimiento de mi persona, sino también una clara hostilidad y escepticismo hacia mis proezas escénicas. Poco a poco fui cayendo en la cuenta de que la antigua magia de Egipto no desapareció sin dejar rastros, y de que entre los *fellahin*[42] han sobrevivido clandestinamente retazos de extraños saberes

arcanos y prácticas sacerdotales, a tal punto que la destreza de un *hahwi* o mago extranjero resulta molesta y es puesta en cuestión. Pensé entonces en lo mucho que se parecía mi guía de voz cavernosa Abdul Reis a un antiguo sacerdote egipcio, un faraón o una sonriente Esfinge… y me surgieron algunas preguntas.

De repente se produjo un hecho que en un instante demostró lo acertado de mis reflexiones y me hizo maldecir la estupidez por la cual había aceptado los sucesos de aquella noche como algo distinto a la engañosa y aviesa «trampa» que en ese momento evidenciaron ser. Sin previo aviso, e indudablemente en respuesta a alguna imperceptible señal de Abdul. todo el grupo de beduinos se abalanzó sobre mí. y tras sacar unas gruesas cuerdas me ataron enseguida tan firmemente como nunca en mi vida lo había estado, ya fuese en el escenario o fuera de él. En un primer momento traté de resistirme, pero de inmediato VI que un solo hombre no tenía nada que hacer contra una horda de más de veinte bárbaros nervudos. Tenía las manos amarradas por detrás de la espalda, las rodillas dobladas hasta donde daban de sí y las muñecas y tobillos firmemente ligados entre sí con férreas cuerdas. Luego me metieron en la boca una asfixiante mordaza y me vendaron los ojos con fuerza. Entonces. mientras los árabes se echaban mi cuerpo a los hombros e iniciaban un bamboleante descenso de la pirámide, oí las burlas de mi antiguo guía Abdul, quien se mofaba y regodeaba con su cavernosa voz. y me aseguraba que dentro de poco mis «poderes mágicos» se verían puestos a prueba de un modo sin precedentes que eliminaría rápidamente cualquier egotismo que pudiera haber adquirido por mi triunfo sobre todos los desafíos presentados por América y Europa. Egipto —me recordó— es muy antiguo, y está lleno de misterios recónditos y fuerzas arcaicas que ni siquiera los expertos de hoy, cuyos artilugios habían fracasado tan invariablemente en atraparme, son capaces de concebir.

No sé decir lo lejos que me llevaron, ni en qué dirección, pues las circunstancias en su conjunto impedían la formación de cualquier estimación precisa. Tengo claro, no obstante, que no pudo ser una gran distancia, dado que los beduinos que cargaban conmigo avanzaron en todo momento a paso normal, y durante un tiempo sorprendentemente corto, además. Es esta desconcertante brevedad la que me hace prácticamente estremecerme cada vez que pienso en Guiza y su meseta; pues angustia pensar siquiera mínimamente en la cercanía a las rutas turísticas corrientes de lo que allí existía entonces y debe de existir todavía.

La maligna aberración de la que hablo no se puso de manifiesto en un primer momento. Tras depositarme sobre una superficie que reconocí como arena en lugar de roca, mis captores me pasaron una cuerda alrededor del pecho y me arrastraron unos pocos metros hasta un agujero en el suelo de bordes irregulares, por el cual me descolgaron acto seguido con enorme rudeza. Durante una aparente eternidad, descendí golpeándome contra las pedregosas paredes de un estrecho túnel vertical excavado en la roca que tomé por uno de los numerosos pozos funerarios de la meseta hasta que su prodigiosa y casi increíble profundidad me privó de toda base para mis conjeturas.

El horror de la experiencia fue aumentando con el lento transcurrir de los segundos. Era tan grotesca la idea de que cualquier descenso a través de roca maciza pudiera prolongarse durante tanto tiempo sin llegar al mismísimo núcleo del planeta —o de que cualquier cuerda fabricada por el hombre pudiera ser tan larga como para tenerme suspendido en aquellas impías profundidades del inframundo aparentemente insondables— que resultaba más sencillo dudar de mis excitados sentidos que aceptarla. Incluso ahora dudo de la realidad de mis impresiones, pues sé bien lo engañosa que se vuelve la noción del tiempo cuando una o más de las capacidades perceptivas o circunstancias habituales de la existencia se ven eliminadas o alteradas. No obstante, estoy bastante seguro de que todavía conservaba una conciencia clara en ese momento, y de que al menos no estaba añadiendo ningún fantasma pleno de la imaginación a una representación mental ya bastante espantosa en su realidad, y explicable por un tipo de ilusión cerebral en la cual las alucinaciones propiamente dichas se encontraban casi completamente ausentes.

Pero todo esto no fue lo que causó mi primer desmayo. Mi terrible y sobrecogedora experiencia fue una acumulación gradual de horrores, y el primero de los que estaban por llegar fue un aumento muy perceptible en mi ritmo de descenso. Ahora estaban soltando aquella cuerda infinitamente larga con gran rapidez, y, a medida que bajaba por el pozo a toda velocidad, me iba raspando cruelmente con sus escabrosas y angostas paredes. Tenía la ropa hecha jirones, y notaba cómo me corrían gotas de sangre por todo el cuerpo, incluso a pesar del creciente e insoportable dolor. Mis fosas nasales, además, se vieron invadidas por una pestilencia apenas definible: un incipiente olor a humedad y a moho que resultaba curiosamente distinto a cualquier otro que hubiera percibido nunca, y que tenía débiles matices de especias e incienso que le conferían un toque burlón.

Entonces llegó el cataclismo mental. Fue algo horrible, tan espantoso que resulta imposible describirlo con claridad, porque fue un horror circunscrito a lo más hondo de mi ser. carente de cualquier detalle susceptible de descripción; el paroxismo de las pesadillas y el epítome de lo diabólico. Todo ocurrió con apocalíptica y demoníaca rapidez: en un momento dado me encontraba cayendo agónicamente por aquel estrecho pozo de tortura provisto de innumerables dientes, y al siguiente me hallaba volando a ciegas a través de los abismos del infierno, balanceándome libre y velozmente a través de kilómetros y kilómetros de un húmedo espacio infinito; elevándome vertiginosamente hasta inmensos pináculos de gélido éter, y después bajando en picado y sin aliento hasta voraces nadires[26‡] de aire nauseabundo y enrarecido… ¡Doy gracias por la fortuna que desterró en el olvido esas fieras furias de la consciencia que empezaban a trastornar mis facultades mentales y que intentaban desgarrar mi espíritu como arpías! Ese pequeño respiro, pese a su brevedad, me dio la fuerza y la cordura necesarias para soportar esas sublimaciones aún mayores de pánico cósmico que acechaban y chillaban bestialmente en el futuro que me aguardaba.

II.

VOLVÍ EN MÍ de manera muy paulatina tras aquel vuelo sobrenatural por el espacio estigio. El proceso fue infinitamente doloroso, y se vio turbado además por sueños delirantes en los que mi situación de atadura y amordazamiento halló singular representación. La naturaleza precisa de estos sueños era muy clara mientras los estaba experimentando, pero se volvió difusa en mi memoria prácticamente nada más despertar, y no tardó en verse reducida a una vaguísima reminiscencia debido a los terribles acontecimientos —reales o imaginarios— que vinieron después. Soñé que me tenía apresado una gran y horrible zarpa; una peluda zarpa amarilla de cinco uñas que había surgido de la tierra para aplastarme y sepultarme. Y cuando me paré a pensar qué era aquella zarpa, me pareció que se trataba de Egipto. En mi sueño, echaba la vista atrás a los sucesos de las semanas precedentes y me veía atraído y enredado poco a poco, sutil e insidiosamente, por algún diabólico espectro necrófago de la antigua nigromancia nilótica; un espectro que ya habitaba Egipto antes de que lo hiciera el hombre, y que seguirá habitándolo cuando este haya desaparecido.

Contemplé el horror y la malsana antigüedad de Egipto, y también la macabra alianza que este siempre ha mantenido con las tumbas y los templos de los muertos. Vi procesiones fantasmales de sacerdotes con cabezas de

toros, halcones, gatos e íbises; procesiones fantasmales que marchaban interminablemente por laberintos subterráneos y avenidas de propileos[43] titánicos al lado de los cuales el hombre es como una mosca, y que ofrecían sacrificios innombrables a dioses indescriptibles. Colosos de piedra desfilaban en una noche eterna, guiando manadas de androesfinges[44] sonrientes hasta las orillas de inmóviles ríos de brea que se prolongaban sin fin. Y detrás de todo aquello VI la inefable malignidad de la necromancia primordial, negra y amorfa, persiguiéndome ansiosa y torpemente en la oscuridad con el propósito de sofocar el alma que había osado hacer burla de ella al emularla. En mi dormido cerebro cobró forma un melodrama de siniestro odio y persecución, y vi a la oscura alma de Egipto señalándome y llamándome con susurros inaudibles; atrayéndome, engañándome con el oropel y el glamur de una envoltura sarracena, pero tirando de mí sin cesar hacia las catacumbas y horrores demencialmente antiguos de su muerto y abismal corazón faraónico.

Después las caras que aparecían en el sueño adquirieron semblanza humana, y vi a mi guía Abdul Reis ataviado con las vestiduras de un rey y exhibiendo la mueca desdeñosa de la Esfinge en el rostro. Y supe que ese rostro era el de Kefrén el Grande, aquel que erigió la segunda pirámide, reesculpió la faz de la Esfinge a su propia imagen y construyó ese titánico templo de acceso cuyos innumerables corredores los arqueólogos creen haber sacado a la luz con sus excavaciones en las misteriosas arenas y la silenciosa roca. Entonces miré la larga. delgada y rígida mano de Kefrén; la misma mano que había visto en la estatua de diorita del Museo de El Cairo —la estatua que habían encontrado en el terrible Templo de la Esfinge—, y me asombré de no haber gritado cuando la vi en el cuerpo de Abdul Reis… ¡Esa mano! Estaba terriblemente fría, y me estaba aplastando; era el frío y la opresión del sarcófago… la gelidez y la constricción del Egipto inmemorial… Era el tenebroso Egipto de las necrópolis en sí… esa zarpa amarilla… y esas historias que se cuentan en voz baja acerca de Kefrén…

Con todo, en ese momento comencé a despertar —o, cuando menos, a entrar en un estado de sueño menos profundo que el inmediatamente precedente—. Recordé la pelea en lo alto de la pirámide, a los traicioneros beduinos y su ataque, mi aterrador descenso atado a la cuerda a través de aquel pozo interminable y mi vertiginoso balanceo y vuelo por un gélido espacio vacío que hedía a podredumbre. Advertí que ahora me encontraba tendido sobre un húmedo suelo de roca, y que las ataduras que me tenían amarrado seguían clavándose en mi carne con la misma fuerza que antes. Hacía mucho frío, y me pareció notar una débil corriente de aire maloliente

que pasaba por donde me encontraba. Los cortes y magulladuras que me habían provocado las irregulares paredes del pozo me dolían de forma angustiosa; un dolor intensificado por una cierta acritud en la débil corriente de aire que añadía un matiz de escozor o quemazón, de tal manera que el simple hecho de ponerme boca arriba bastó para hacer que todo mi cuerpo se viera sometido a una punzante e indecible agonía. Al darme la vuelta sentí un tirón desde arriba, por lo que concluí que la cuerda con la cual me habían bajado hasta allí seguía llegando hasta la superficie. No tenía la menor idea de si los árabes aún la sujetaban o no, como tampoco la tenía de a qué profundidad me hallaba bajo tierra. Sabía que la oscuridad que me rodeaba era total o casi total, dado que por la tela que me cubría los ojos no se filtraba ningún rayo de luna; pero no tenía suficiente confianza en mis sentidos como para aceptar que el largo tiempo durante el cual me había parecido estar descendiendo fuese una prueba de que me hallara a honduras abisales.

Dado que tenía claro al menos que me encontraba en un espacio de considerable extensión accesible desde la superficie por un agujero en la roca situado encima de mí, conjeturé sin mucha convicción que era posible que mi prisión fuera la capilla enterrada que daba acceso a la pirámide del antiguo faraón Kefrén —el Templo de la Esfinge—; quizá algún corredor interior que los guías no me habían enseñado durante mi visita de la mañana, y del cual podría salir con facilidad si era capaz de dar con la entrada enrejada. Sería una búsqueda larga y laberíntica. pero no peor que otras situaciones similares de las cuales había tenido que encontrar el modo de escapar en el pasado. El primer paso era liberarme de mis ataduras, de la mordaza y de la venda que me tapaba los ojos: algo que sabía que no me resultaría muy complicado, dado que, durante mi larga y variada carrera como exponente del escapismo, hombres más diestros e ingeniosos que aquellos árabes habían intentado ya inmovilizarme con todo tipo de cadenas y grilletes sin haber logrado jamás vencer mis métodos.

Se me ocurrió entonces que los árabes podrían estar esperándome a la entrada del templo, con idea de atacarme, si percibían algún indicio de mi probable evasión de las ligaduras como el que proporcionaría cualquier agitación clara de la cuerda que seguramente estaban sujetando —todo ello suponiendo, desde luego, que el lugar en el cual me encontraba confinado fuera realmente el Templo de la Esfinge de Kefrén—, El agujero en el techo que comunicaba directamente con el exterior, dondequiera que se ocultase, no podía estar muy lejos de la entrada cercana a la Esfinge por la que hoy en día se accede normalmente al templo; si es que no se encontraba en verdad a

escasa distancia de ella en la superficie, dado que el área que conocen los visitantes no es ni mucho menos enorme. Aunque no había visto ningún agujero parecido durante mi peregrinación de aquel día. sabía que ese tipo de cosas pasan fácilmente desapercibidas entre las cambiantes arenas. Al cavilar sobre estas cuestiones mientras me encontraba tendido y atado sobre aquel suelo de roca, casi olvidé los horrores del profundo descenso y el cavernoso balanceo colgado de la cuerda que me habían sumido en la inconsciencia hacía tan poco tiempo. En ese momento sólo pensaba en burlar a los árabes, y en consecuencia decidí desprenderme de mis ataduras lo más rápido posible evitando cualquier tirón de la cuerda suspendida que pudiera delatar una tentativa de liberación eficaz o incluso problemática.

No obstante, era más fácil decirlo que hacerlo. Los primeros ensayos dejaron claro que era imposible conseguir gran cosa sin moverse de manera considerable, así que no me sorprendí cuando, después de un forcejeo especialmente enérgico con mis ligaduras, noté cómo la cuerda empezaba a caer enroscándose y amontonándose a mi alrededor y encima de mí. Obviamente, pensé, los beduinos habían percibido mis movimientos y soltado su extremo de la cuerda, para luego, sin duda, dirigirse a toda prisa a la entrada propiamente dicha del templo con el fin de tenderme una emboscada asesina. La perspectiva no era agradable, pero me había enfrentado a situaciones peores en mi juventud sin acobardarme, y tampoco iba a hacerlo ahora. Lo primero que debía hacer por el momento era liberarme de mis ataduras, y después confiar en el ingenio para escapar sano y salvo del templo. Es curiosa la absoluta convicción con la que había acabado por creer que me encontraba en el antiguo templo de Kefrén junto a la Esfinge, a apenas una corta distancia de la superficie.

Tal convicción se derrumbó por completo, y todos mis temores originales relativos a profundidades preternaturales y misterios demoníacos se vieron revividos, debido a una circunstancia cuyo horror y significatividad fue en aumento al mismo tiempo que fraguaba mi calmado plan. He contado que la cuerda caía amontonándose a mi alrededor y encima de mí. Pues bien: lo que percibí entonces fue que esta seguía amontonándose de un modo completamente imposible para una cuerda de longitud normal. Fue cayendo cada vez más deprisa hasta que acabó tomándose una avalancha de cáñamo, acumulándose en el suelo como una montaña y enterrándome parcialmente bajo sus anillos más y más numerosos por momentos. No tardé en verme completamente sepultado y falto de aire a medida que las crecientes circunvoluciones iban cubriéndome y ahogándome. Estaba otra vez al borde

de perder el sentido, y traté inútilmente de combatir una amenaza terrible e ineluctable. No se trataba simplemente de que me estuvieran torturando hasta niveles insoportables para la resistencia humana, o de que parecieran estar extrayéndome lentamente la vida y el aire bajo el peso descomunal de aquella cuerda; era el conocimiento de lo que implicaba su longitud antinatural, y la consciencia de que en aquel momento debía de encontrarme rodeado de Dios sabe qué abismos desconocidos e inmensurables de las entrañas de la tierra. Mi interminable descenso y mi vuelo oscilante por ese espacio espectral debían de haber sido reales, pues; y aún ahora debía de encontrarme postrado e indefenso en algún ignoto mundo subterráneo próximo al corazón del planeta. Aquella confirmación tan súbita de una situación sumamente horrenda resultó insoportable para mí, y por segunda vez caí misericordiosamente en la inconsciencia.

Cuando digo que caí en la inconsciencia, no quiero decir que fuera un desvanecimiento libre de sueños. Por el contrario, mi ausencia de la realidad consciente estuvo caracterizada por visiones de una monstruosidad absolutamente inenarrable. ¡Oh, Dios…! ¡Ojalá no hubiera leído tantas cosas de egiptología antes de viajar a aquella tierra, que es la fuente de toda la oscuridad y todos los terrores! Aquel segundo desmayo inundó de nuevo mi dormida mente con escalofriantes iluminaciones acerca del país y sus arcaicos secretos, de tal suerte que. por alguna detestable casualidad, mis sueños giraron en tomo a las ideas que allí se tenían antiguamente sobre los muertos y su vida espiritual y corporal en el más allá tras ser enterrados en esas misteriosas tumbas que. más que sepulturas, eran casas para ellos. A través de escenas oníricas que es bueno que no recuerde, evoqué la manera peculiar y minuciosa en que los egipcios construían sus sepulcros, así como las creencias extremadamente singulares y terroríficas que determinaban dicha construcción.

El pueblo egipcio estaba obsesionado con la muerte y los muertos. Concebían una resurrección literal del cuerpo, motivo por el cual lo momificaban con extremo cuidado y preservaban todos los órganos vitales en vasos canopos instalados junto al cadáver. Al mismo tiempo. además de en el cuerpo, creían en otros dos aspectos: el alma, que después de ser pesada y aprobada por Osiris pasaba a morar en la tierra de los bienaventurados, y el misterioso y trascendental *ka* o esencia vital, que vagaba tanto por el mundo superior como el inferior de un modo horrible, exigiendo a veces acceso al cuerpo momificado; consumiendo los alimentos que le traían a la capilla mortuoria los sacerdotes y familiares más devotos, y de vez en cuando —

según se decía con temor— ocupando su cuerpo o el doble de madera siempre enterrado junto a él y saliendo sigilosa y perniciosamente de su sepulcro con propósitos particularmente repulsivos.

Esos cuerpos han yacido en el interior de sus suntuosas tumbas durante miles de años, mirando con ojos vidriosos al infinito cuando el *ka* no les visitaba y aguardando el día en que Osiris les devolverá este último y el alma y hará salir a las yertas legiones de los muertos de sus lugares de reposo sepultados por la arena[45]. Este renacimiento había de ser glorioso; pero, dado que no todas las almas eran aprobadas ni todas las tumbas se mantenían invioladas, era de esperar que aparecieran ciertos engendros grotescos y aberraciones demoníacas. Aún hoy los árabes hablan en murmullos de reuniones impías y malsanas ceremonias de adoración en olvidadas estancias subterráneas en las que sólo los invisibles y etéreos *ka* y las momias desprovistas de alma pueden adentrarse sin perjuicio alguno.

Tal vez las leyendas más siniestramente espeluznantes sean aquellas que hacen referencia a ciertos productos perversos de artes sacerdotales decadentes: momias híbridas creadas por medio de la unión antinatural de torsos y miembros humanos con cabezas de animales a imitación de los dioses del Antiguo Egipto. Sus animales sagrados han sido momificados a lo largo de todas las eras de su historia, con el fin de que toros, gatos, íbises, cocodrilos y otras criaturas pudieran retornar algún día a una vida más dichosa. Pero sólo en tiempos decadentes mezclaron sus sacerdotes a un hombre y un animal en la misma momia; sólo en tiempos decadentes en los que ya no comprendían los derechos y prerrogativas del *ka* y el alma. No se habla de qué fue de esas momias híbridas —al menos en público—, y es seguro que ningún egiptólogo ha encontrado jamás una. Las habladurías de los árabes son sumamente delirantes, y no se les puede dar completa credibilidad. Insinúan incluso que el antiguo faraón Kefrén —el de la Esfinge, la segunda pirámide y el cavernoso templo que da acceso a ella— mora en algún profundo lugar bajo tierra en compañía de su esposa, la diabólica reina Nitocris, gobernando sobre momias que no son humanas ni animales.

Fue con esto con lo que soñé —con Kefrén, su consorte y sus extrañas legiones de cadáveres híbridos—, y ese es el motivo de que me alegre de no recordar con claridad las escenas de mi fantasía onírica. Mi visión más horrible tenía relación con una pregunta ociosa que me había hecho el día anterior al contemplar el gran enigma esculpido del desierto y pensar con qué profundidades ignotas podía estar quizá secretamente conectado el templo tan próximo a este último. Esa pregunta, tan inocente y caprichosa en aquel

momento, adquirió en mi sueño un significado frenética e histéricamente enloquecedor… ¿qué colosal y abominable aberración había servido originalmente de modelo a la Esfinge?

Mi segundo despertar —si es que lo fue— constituye un recuerdo de un espanto tan absoluto que ninguna otra experiencia en mi vida —salvo una cosa que vino después— puede comparársele; y ha sido una vida plena y llena de más aventuras que la de la mayoría de los demás hombres. Recordarán que había perdido la consciencia mientras estaba siendo sepultado por una cascada de cuerda en caída libre cuya enormidad revelaba la terrible profundidad a la que me hallaba. Entonces, cuando recobré el sentido, noté que aquel peso había desaparecido del todo; y al darme la vuelta me di cuenta de que. si bien todavía me encontraba atado, amordazado y con los ojos vendados, alguien o algo había retirado por completo la asfixiante avalancha de cáñamo que me había estado aplastando. Fui advirtiendo las implicaciones de esta situación, naturalmente, sólo de forma gradual; pero aun así creo que estas me habrían hecho perder otra vez el conocimiento si para entonces no hubiera alcanzado tal estado de agotamiento emocional que ningún nuevo honor podía suponer una gran diferencia. Me encontraba allí solo… ¿con qué?

Antes de que pudiera torturarme con ninguna reflexión más, o hacer ningún nuevo intento de liberarme de mis ataduras, se reveló una circunstancia adicional. Un dolor que no había sentido anteriormente atravesaba mis brazos y piernas, y parecía hallarme cubierto por una profusión de sangre reseca que mis anteriores corles y abrasiones no habían podido suministrar. Mi pecho, además, parecía acribillado por un centenar de heridas, como si algún gigantesco y maligno ibis hubiera estado picoteándolo. No cabía duda de que el ser que había retirado la cuerda era hostil, y había empezado a causarme terribles lesiones cuando por alguna razón se vio impelido a cesar en su ataque. A pesar de todo, en ese momento mis emociones eran claramente las opuestas a las que uno esperaría. En vez de hundirme en un pozo de desesperación sin fondo, aquello hizo renacer mi valentía y me incitó a la acción, puesto que ahora creía que las fuerzas malignas eran seres de carne y hueso a los que un hombre intrépido podía enfrentarse en igualdad de condiciones.

Impulsado por esta idea volví a tirar de mis ligaduras, y utilicé la pericia de toda una vida para liberarme tal como ya había hecho en tantas otras ocasiones rodeado del brillo de los focos y el aplauso de enormes multitudes. Los familiares detalles del proceso comenzaron a absorber mi atención, y

ahora que la larga cuerda ya no estaba, volví a creer hasta cierto punto que aquellos horrores incomparables habían sido alucinaciones después de todo, y que jamás había habido ningún pozo aterrador, ningún abismo descomunal ni ninguna cuerda interminable. ¿Me encontraba al final en el templo de Kefrén junto a la Esfinge, y habían entrado los solapados árabes en él de manera sigilosa para torturarme mientras yacía indefenso? En cualquier caso, debía liberarme. Dejad que me ponga en pie libre de ataduras y mordaza, y con los ojos abiertos para captar cualquier luz trémula que pudiera llegar débilmente de cualquier parte, ¡y realmente podría llegar a disfrutar de un enfrentamiento contra pérfidos y malvados enemigos!

No sé decir cuánto tiempo me llevó desprenderme de mis ligaduras. Debió de ser más que en mis números de escapismo, ya que me encontraba herido, agotado y debilitado por las experiencias que había pasado. Cuando me vi finalmente libre, y aspirando hondas bocanadas de un aire gélido, húmedo y de matices repulsivos que resultaba más horrible aún cuando se respiraba sin el filtro que habían proporcionado la mordaza y los bordes del trozo de tela sobre mis ojos, descubrí que me hallaba demasiado agarrotado y fatigado como para moverme de inmediato. De modo que me quedé allí tendido por un tiempo indeterminado, intentando estirar un cuerpo retorcido y lacerado, y tratando de atisbar por todos los medios algún rayo de luz que pudiera darme una pista de dónde me encontraba.

Fui recuperando la fuerza y la flexibilidad gradualmente, pero mis ojos no vieron nada. Al ponerme en pie de forma tambaleante miré con detenimiento en todas direcciones. mas solamente encontré una profunda negrura tan intensa como la que había experimentado cuando tenía los ojos tapados. Probé a mover las piernas, las cuales tenía encostradas de sangre bajo mis destrozados pantalones, y vi que podía caminar; no obstante lo cual, fui incapaz de decidir hacia dónde ir. Era evidente que no debía andar sin rumbo, arriesgándome con ello a alejarme de la entrada que buscaba, de modo que me paré a fijarme en la dirección de la fría y fétida corriente de aire con olor a natrón[46] que no había dejado de notar en ningún momento. Tras reconocer que su lugar de origen podía ser la entrada al abismo, traté persistentemente de seguir la pista de dicho punto de referencia y caminar continuamente hacia él.

Antes había llevado encima una caja de cerillas e incluso una pequeña linterna, pero, por supuesto, los bolsillos de mi rasgada y sacudida ropa se habían visto vaciados hacía ya mucho tiempo de todos los objetos de peso que transportaban. Conforme fui avanzando cautelosamente en medio de la

oscuridad, la corriente se volvió más fuerte y desagradable, hasta que al final me pareció nada menos que un chorro tangible de detestable vapor que brotaba a raudales de alguna abertura, como el humo del genio que salió de la tinaja del pescador en ese cuen to oriental[47]. Oriente… Egipto… en verdad, ¡aquella oscura cuna de la civilización era una lítente sin igual de honores y prodigios inenarrables! Cuanto más cavilaba acerca de la naturaleza de aquel viento subterráneo, mayor era mi sensación de desasosiego; ya que. si bien —pese a su olor— había buscado su punto de origen considerándolo cuando menos una pista indirecta para hallar una salida al exterior, ahora veía claramente que esa emanación hedionda no podía componerse en fracción alguna del limpio aire del desierto Líbico ni tener en absoluto ninguna relación con él, sino que debía de ser esencialmente una cosa vomitada por siniestros abismos aún más profundos que aquel en el que me hallaba. De modo que ¡había estado yendo en dirección equivocada!

Tras un momento de reflexión decidí no volver sobre mis pasos. Si me alejaba de la corriente de aire no tendría ningún punto de referencia, pues el relativamente llano suelo de roca carecía de cualquier configuración distintiva. Sin embargo, si seguía la extraña corriente de aire, sin duda llegaría a una abertura de algún tipo, desde cuyo umbral podría quizá bordear poco a poco las paredes hasta alcanzar el lado contrario de aquel ciclópeo recinto, en el cual era imposible orientarse de otro modo. Era perfectamente consciente de que mi plan podría no funcionar. Me daba cuenta de que aquel lugar no era una de las partes del templo de Kefrén que los turistas conocían, y se me ocurrió que quizá era desconocido incluso para los arqueólogos, y que los curiosos y perversos árabes que me habían encerrado podían haber dado con él simplemente por casualidad. De ser así, ¿existiría alguna salida a las partes conocidas del templo o al exterior?

A decir verdad, ¿qué pruebas tenía en ese momento de que me hallara realmente en el Templo de la Esfinge? Por un instante volvieron a asaltarme todas las descabelladísimas conjeturas que se me habían pasado por la cabeza, y reflexioné sobre aquella vívida mezcla de impresiones: el descenso, la suspensión en el aire, la cuerda, mis heridas y los sueños que realmente sólo habían sido sueños. ¿Era aquel el final de mi vida? O, de hecho, ¿sería una suerte quizá que me llegara el fin en aquel momento? No pude encontrar respuesta a ninguna de mis preguntas, y simplemente seguí adelante hasta que el destino me sumió en la inconsciencia por tercera vez. En esta ocasión no soñé nada, pues el incidente fue tan sorpresivo que su impacto expulsó todo pensamiento consciente o subconsciente de mi cerebro. Al dar un traspié por

culpa de un inesperado escalón descendente en un punto donde la desagradable corriente de aire se había vuelto lo bastante fuerte como para ofrecer una resistencia física real, me precipité de cabeza por una oscura y enorme escalera de piedra en una profunda caída a ciegas absolutamente espantosa.

Que volviera a respirar alguna vez es testimonio de la vitalidad inherente del robusto organismo humano. A menudo rememoro aquella noche y percibo algo verdaderamente cómico en esas repetidas pérdidas de consciencia; desvanecimientos cuya sucesión no me recordó en su momento sino a los vulgares melodramas cinematográficos de la época. Naturalmente, cabe la posibilidad de que nunca se produjeran, y de que todos los elementos de aquella pesadilla subterránea no fueran más que los ensueños de un prolongado coma que se inició con la conmoción de mi descenso a aquel abismo y terminó con el sanador bálsamo del aire del desierto y del sol naciente que me encontró tendido sobre las arenas de Guiza frente al rostro sardónico y teñido de arrebol de la Gran Esfinge.

Prefiero creer esta última explicación hasta donde soy capaz de hacerlo, de ahí que me alegrara cuando la policía me dijo que la reja de la entrada al templo de Kefrén había aparecido abierta y que. de hecho, sí que existía una grieta de proporciones considerables en una esquina de la parte que aún seguía enterrada. Y también me alegré cuando los médicos dictaminaron que mis heridas eran meramente las que cabría esperar como resultado de que me hubieran atado, vendado los ojos y bajado por un pozo, hubiera forcejeado con mis ligaduras y caído una cierta altura —tal vez a una depresión de la galería interior del templo—, me hubiera arrastrado hasta la reja de la puerta principal y la hubiera forzado para escapar, y otras experiencias similares… un diagnóstico sumamente tranquilizador. Y sin embargo sé que tiene que haber más de lo que parece a primera vista. Mi recuerdo de aquel crudo descenso al abismo es demasiado vívido como para desdeñarlo; y es extraño que nadie haya sido capaz nunca de encontrar a un hombre que responda a la descripción de mi guía Abdul Reis el Drogman: el guía de voz sepulcral cuya fisonomía y sonrisa eran como las del rey Kefrén.

Pero me he apartado del hilo de la narración, quizá con la vana esperanza de eludir el relato de ese incidente final; aquel que de entre todos los que tuvieron lugar es con mayor certeza una alucinación. Con todo, he prometido referirlo, y yo no rompo mis promesas. Cuando recobré —o me pareció recobrar— el sentido después de aquella caída por las tenebrosas escaleras de piedra, me encontré tan solo y tan a oscuras como antes. La fetidez de la

comente de aire, que ya había sido bastante desagradable en un primer momento, se había vuelto ahora terrible; no obstante lo cual, a aquellas alturas me había acostumbrado suficientemente a ella como para poder soportarla con estoicismo. Comencé a arrastrarme aturdido en dirección contraria al lugar del que provenía el hediondo soplo, y con mis manos ensangrentadas percibí los bloques colosales de un inmenso pavimento. En un momento dado me golpeé la cabeza con un objeto duro, y al palparlo descubrí que se trataba de la base de una… una columna de increíble enormidad, cuya superficie estaba cubierta por gigantescos jeroglíficos cincelados que eran fácilmente perceptibles al tacto. Tras reanudar mi avance a rastras, encontré otras columnas titánicas separadas entre sí por distancias incomprensibles, y entonces me percaté repentinamente de algo que captó totalmente mi atención y que debía de haber estado oyendo de forma subconsciente desde mucho tiempo antes de que dicho sentido lo detectara plenamente.

Desde algún abismo aún más profundo en las entrañas de la tierra llegaban ciertos sonidos, claros y acompasados, que no se parecían a nada que yo hubiera escuchado en mi vida. Percibí de manera casi intuitiva que eran de naturaleza muy arcaica y decididamente ceremonial, y mis abundantes lecturas sobre egiptología me llevaron a asociarlos con la flauta, la sambuca**[48]**, el sistro**[49]** y el tímpano**[50]**. En sus rítmicos silbos, bramidos, sonajeos y golpes aprecié la insinuación de un terror que excedía todos los terrores conocidos en el mundo; un terror curiosamente alejado del miedo personal, y que adoptaba la forma de una especie de compasión objetiva hacia nuestro planeta por que albergara en sus profundidades horrores tales como los que debían de ocultarse tras aquellas cacofonías egipánicas**[27‡]**. Los sonidos crecieron en intensidad, y me pareció que se estaban aproximando. Entonces —y que los dioses de todos los panteones se unan para evitar que mis oídos vuelvan a escuchar otra vez algo semejante— empecé a oír, débilmente y a lo lejos, el pesado, malsano y milenario caminar de aquellos seres en procesión.

Resultaba espantoso que unas pisadas tan diferentes se movieran tan perfectamente a compás. Aquel desfile de las monstruosidades más ocultas de la tierra debía de ser posible gracias a impíos millares de años de práctica… seres que avanzaban con paso sigiloso, repiqueteante, erguido, acechante, estrepitoso, bamboleante, reptante… y todos al aborrecible y disonante son de aquellos instrumentos burlones. Y entonces… ¡que Dios mantenga esas leyendas árabes lejos de mi memoria! Las momias sin alma… el lugar de reunión de los *ka* errantes… las legiones de ultratumba de los faraones,

malditas durante cuarenta siglos… las momias híbridas que marchan a través de las criptas de ónice de las profundidades más recónditas de la tierra con el rey Kefrén y su demoníaca reina Nitocris a la cabeza…

Los pesados pasos se fueron acercando… ¡que el Cielo me libre del sonido de esos pies, zarpas, pezuñas, patas y garras en el momento en que sus ecos comenzaron a cobrar nitidez! En los confines de aquella infinita extensión pavimentada sumida en las tinieblas una pequeña luz titiló temblorosamente al fétido viento, y yo me resguardé tras la enorme circunferencia de una columna ciclópea a fin de poder esquivar por un tiempo el horror que avanzaba hacia mí con un sinfín de sigilosos pies atravesando gigantescos hipóstilos[51] de una naturaleza inhumanamente pavorosa y aversivamente arcaica. Las trémulas luces aumentaron en número, y el ruido de las pisadas y aquella música cadenciosa y discordante cobraron una intensidad enfermiza. Bajo la anaranjada y temblorosa claridad comenzó a perfilarse un escenario tan pétreamente sobrecogedor que me dejó sin respiración, imponiéndose el puro asombro incluso a la repulsión y al miedo. Basas de columnas cuyos fustes se elevaban más allá de donde alcanzaba la vista… simples pedestales de cosas en comparación con las cuales la Torre Eiffel debía de parecer algo insignificante… jeroglíficos tallados por manos imposibles de imaginar en cavernas donde la luz del sol solamente puede ser una leyenda remota…

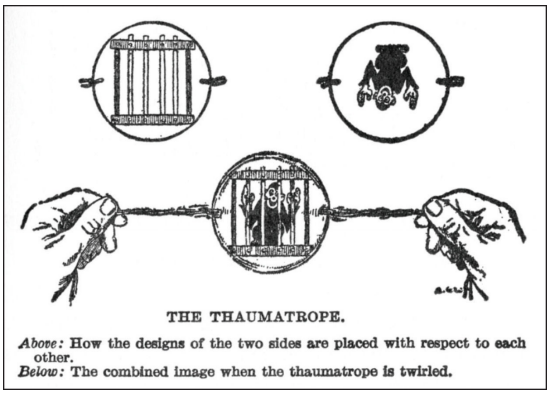
A los seres que marchaban en procesión no quise mirarlos directamente: una firme decisión que tomé al oír el crujido de sus articulaciones y el mortecino silbido de su apestosa respiración por encima de la música y las pisadas de aquellas legiones de ultratumba. Di gracias de que no hablaran, pero…, ¡Dios mío!, sus titilantes antorchas habían comenzado a proyectar sombras en la superficie de aquellas inmensas columnas. ¡Que el Cielo me proteja! Los hipopótamos no deberían tener manos humanas que portaran antorchas…; ni los hombres, cabezas de cocodrilo…

Busqué un modo de alejarme de aquella escena, pero las sombras, los sonidos y la pestilencia se extendían por todas partes. Entonces recordé algo que solía hacer cuando de niño sufría pesadillas en las que conservaba cierta lucidez, y empecé a repetir mentalmente: «¡Es sólo un sueño! ¡Es sólo un sueño!». Pero no sirvió de nada, así que me limité a cerrar los ojos y rezar… o, al menos, eso es lo que creo que hice, pues en las visiones uno nunca está seguro, y tengo claro que aquello no pudo ser otra cosa. Me pregunté si volvería a pisar alguna vez el mundo real, y en ocasiones abría los ojos con cuidado para ver si lograba distinguir alguna otra cosa en el lugar aparte de

aquel viento de penetrante olor pútrido, aquellas columnas que se elevaban sin fin y aquellas sombras taumatrópicamente[52] grotescas y aberrantemente horribles. Ahora reinaba en él un intenso y chisporroteante resplandor de antorchas cuyo número no dejaba de crecer, y, a menos que aquel hipogeo infernal careciera completamente de paredes, de seguro vería a no mucho tardar alguna de ellas, o bien algún elemento arquitectónico fijo que me sirviera de punto de referencia. Con todo, no pude evitar cerrar los ojos otra vez al percatarme de la ingente cantidad de seres que estaban congregándose… y también cuando alcancé a ver fugazmente una cosa en concreto que marchaba con paso firme y solemne y que no tenía cuerpo por encima de la cintura.



La Torre Eiffel, en el corazón de la Exposición Universal de París de 1900.



Un taumatropo del siglo XIX.



Un anuncio de un «zoótropo».

Un siniestro y ululante clamor gutural o estertor agónico hendió entonces el aire —aquel aire sepulcral inundado de mefíticas vaharadas de nafta y betún— en un coro unánime de la macabra legión de blasfemias híbridas. Mis ojos, que se habían abierto presa de una perversa conmoción, contemplaron por un instante una escena que ningún ser humano podría imaginar siquiera sin ser víctima de un ataque de pánico y postración nerviosa. Los seres habían desfilado ceremoniosamente en una dirección: aquella de la que soplaba el pestilente viento, y hacia la cual la luz de las antorchas proyectaba las sombras de las cabezas inclinadas de las momias… o de las cabezas inclinadas de aquellas que tenían cabeza. Estaban dirigiendo sus oraciones a una enorme y tenebrosa abertura miasmática que se elevaba hasta casi más allá de donde alcanzaba la vista, y que, según pude observar, se encontraba flanqueada por dos gigantescas escaleras dispuestas en ángulo recto cuyos extremos se perdían a lo lejos en la oscuridad: una de las cuales era sin duda aquella por la que me había precipitado.

Las dimensiones del agujero se encontraban totalmente en proporción con las de las columnas: una casa normal habría desaparecido totalmente en sus negras profundidades, y cualquier edificio público de tamaño corriente habría podido pasar con facilidad a través de él. Ocupaba una superficie tan vasta que era imposible alcanzar a ver todo su contorno de un solo golpe de vista…; vasta, espantosamente oscura y penetrantemente hedionda… Los seres estaban tirando cosas justo delante de aquella enorme gruta de Polifemo[53]; claramente sacrificios u ofrendas religiosas, a juzgar por sus gestos. Kefrén era su líder: el burlón rey Kefrén o el guía Abdul Reis, quien iba coronado con un *pshent*[54] dorado y entonaba incesantes palabras ceremoniales con la cavernosa voz de los muertos. Junto a él estaba arrodillada la hermosa reina

Nitocris, a la cual vi de perfil por un instante, fijándome en que tenía la mitad derecha de la cara semidevorada por las ratas u otros seres necrófagos. Y volví a cerrar los ojos cuando advertí qué era lo que aquellos muertos estaban tirando como ofrendas a la fétida abertura o su posible deidad tutelar.

Se me ocurrió que, a juzgar por lo elaborado de aquella ceremonia, la deidad oculta debía de ser una de considerable importancia. ¿Se trataba de Osiris, de Isis? ¿De Horus, de Anubis? ¿O quizá de otro gran Dios de los Muertos desconocido de una posición aún más central y eminente? Hay una leyenda que cuenta que se erigieron terribles altares y colosos en honor a un gran dios misterioso antes de que las divinidades conocidas recibieran adoración…

En ese momento, mientras me armaba de valor para presenciar el éxtasis y las adoraciones sepulcrales de aquellos seres innombrables, me vino súbitamente a la cabeza la idea de escapar. El lugar se encontraba sumido en la penumbra, y las columnas, envueltas en densas sombras. Con todas las criaturas de aquella cáfila de pesadilla abstraídas en su espeluznante arrebatamiento, quizá tuviera una mínima oportunidad de deslizarme sigilosamente hasta el lejano pie de una de las escaleras y subir por ella sin ser visto, confiando en que el destino y mi habilidad me libraran de los peligros de los niveles superiores. Dónde me hallaba era algo que ni sabía ni me había puesto a meditar seriamente, y por un instante me pareció gracioso estar planeando una cuidadosa huida de una escena que sabía que formaba parte de un sueño. ¿Me encontraba en alguna insospechada cámara secreta bajo el templo de Kefrén, aquel que ha sido insistentemente llamado durante generaciones el Templo de la Esfinge? Era incapaz de adivinarlo, no obstante lo cual decidí regresar a la vida y a la consciencia si mi ingenio y mis músculos me permitían llegar a lo alto de aquella escalera.

Arrastrándome sobre el vientre, inicié el angustioso viaje hacia el pie de la escalera de la izquierda, que parecía ser la más accesible de las dos. No soy capaz de describir los incidentes y sensaciones de aquel recorrido, pero es posible hacerse una idea de ellos si se piensa en lo que me vi obligado a observar atentamente a la temblorosa luz de aquellas malignas antorchas a fin de evitar que me descubriesen. Tal como ya he dicho, el pie de la escalera se perdía a lo lejos en la oscuridad, como no podía ser de otro modo para ascender sin ningún giro hasta el vertiginoso rellano antepechado que había encima de la colosal abertura. Ello hizo que la última parte de mi recorrido a rastras se desarrollara a cierta distancia del maloliente rebaño, no obstante lo

cual, el espectáculo siguió helándome la sangre incluso en los momentos en que estaba teniendo lugar en un punto muy alejado a mi derecha.

Finalmente conseguí llegar a la escalera y empecé a subir; manteniéndome pegado a la pared, en la cual observé ornamentos de un tipo sumamente horrible, y confiando en pasar desapercibido gracias al extasiado interés con el que aquellas monstruosidades estaban contemplando la hedionda abertura y las ímpías ofrendas alimenticias que habían tirado al suelo frente a ella. Pese a tratarse de una escalera enorme y empinada, construida con gigantescos bloques de pórfido como si hubiera sido diseñada para los pies de un gigante, la ascensión se me hizo prácticamente interminable. El terror a ser descubierto y el dolor que el nuevo ejercicio había despertado en mis heridas se juntaron para hacer de aquella penosa subida una experiencia de angustioso recuerdo. Mi intención en un principio, una vez que hubiera llegado al rellano, era continuar inmediatamente el ascenso por cualquier tramo superior de escalera que pudiera arrancar desde allí, sin detenerme a echar un último vistazo a las cadavéricas abominaciones que rascaban el suelo con sus patas y hacían genuflexiones unos veinte o veinticinco metros más abajo. Sin embargo, una súbita repetición de aquel atronador clamor gutural o estertor agónico a coro, lanzado cuando ya prácticamente había llegado a lo alto de la escalera sin que —según evidenciaba su ritmo ceremonial— se tratara de un grito de alarma por mi descubrimiento, me hizo detenerme y asomarme cautelosamente por el antepecho.

Las monstruosidades estaban aclamando a algo que había surgido por la nauseabunda abertura para tomar la horripilante comida que se le ofrecía. Era algo bastante pesado y voluminoso, incluso visto desde mi altura; algo amarillento y peludo, y que se movía como por espasmos. Era tan grande, quizá, como un hipopótamo de buen tamaño, pero tenía una forma muy peculiar. No parecía tener cuello, sino cinco cabezas greñudas que brotaban en hilera de un torso más o menos cilindrico: la primera muy pequeña, la segunda bastante grande, la tercera y la cuarta iguales y las más grandes de todas, y la quinta relativamente pequeña, aunque no tanto como la primera. De estas cabezas brotaban unos curiosos tentáculos rígidos que hacían presa ávidamente en las desmesuradas cantidades de comida inenarrable depositadas frente a la abertura. De tanto en tanto el ser daba un brinco, y a veces se retiraba al interior de su guarida de un modo muy extraño. Su forma de moverse era tan inexplicable que me quedé mirándolo con fascinación,

deseando que saliera de manera más visible del cavernoso escondrijo que había debajo de mí.

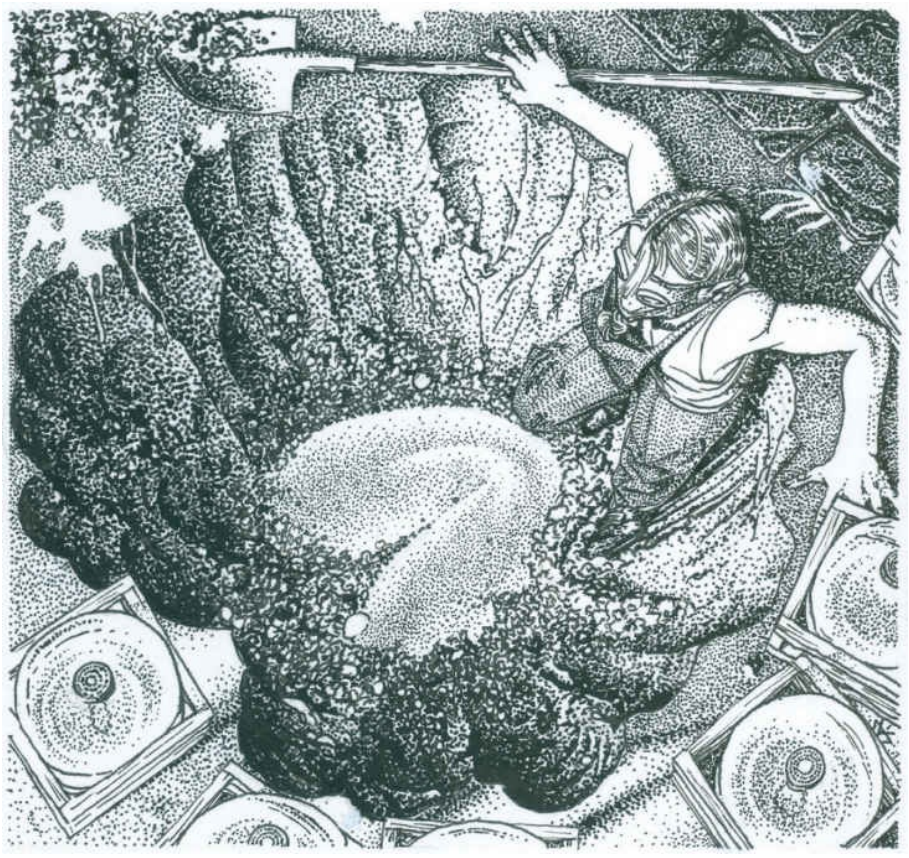
Y entonces efectivamente salió… salió y, al ver aquello, yo me giré y hui hacia la oscuridad subiendo por la escalera que ascendía a mi espalda; hui inconscientemente remontando escalones, rampas y escaleras de mano hacia los cuales no me guió vista ni lógica humana alguna: objetos estos que me veo obligado a relegar al mundo de los sueños a falta de cualquier tipo de confirmación en sentido contrario. Debió de tratarse de un sueño, o si no el amanecer nunca me habría encontrado con vida sobre las arenas de Guiza frente al rostro sardónico y teñido de arrebol de la Gran Esfinge.

¡La Gran Esfinge! ¡Dios mío!… esa pregunta ociosa que me había hecho aquella mañana felizmente soleada… ¿qué inmensa y detestable aberración había representado originalmente la escultura? Maldita sea la visión, fuera o no en un sueño, que me reveló aquel horror supremo: el misterioso Dios de los Muertos, aquel que relame sus colosales mandíbulas en el abismo insospechado y es alimentado con espeluznantes bocados por absurdos seres sin alma que no deberían existir. Ese monstruo de cinco cabezas que salió de la abertura… ese monstruo de cinco cabezas tan grande como un hipopótamo… el monstruo de cinco cabezas… y esa cosa de la cual este último era simplemente su pata delantera…

Sin embargo, sobreviví, y sé que aquello no fue más que un sueño[55].

La casa evitada[1]

Aunque a primera vista parezca una historia típica de casas embrujadas basada en ley endas vampíricas locales y ambientada en una vivienda real de Providence, «La casa evitada» descubre a Lovecraft inventando esencialmente su propia versión de dichas historias. En ella, al igual que en «El horror de Dunwich», «La llamada de Cthulhu» y En las montañas de la locura, *se produce un cara a cara entre la ciencia y lo sobrenatural. Una narración meticulosa y detallada va desarrollándose* in crescendo *hasta alcanzar un clímax espantosamente verosímil. Aunque el relato fue rechazado inicialmente por* Weird Tales, *al final salió publicado en la revista varios años después de la muerte de Lovecraft.*



«La casa evitada». Cubierta de *Lovecraft Sludies* 35 (otoño 1996) (ilustrador: Jason Eckhardt; publicado con autorización).

I.

INCLUSO EL MAYOR de los horrores rara vez se encuentra falto de ironía. En algunas ocasiones dicha ironía tiene que ver directamente con la propia naturaleza de los hechos, mientras que en otras va unida solamente a la relación fortuita de estos últimos con ciertas personas y lugares. Esta segunda categoría se ve magníficamente ilustrada por un caso que tuvo lugar en la anciana ciudad de Providence, donde a finales de los años cuarenta Edgar Allan Poe pasó frecuentes temporadas durante su infructuoso cortejo de aquella talentosa poetisa, la Sra. Whitman[2]. Poe paraba generalmente en la Mansión House[3] de Benefit Street —la antigua Golden Ball Inn, una fonda cuyo techo dio cobijo a Washington, Jefferson y Lafayette—, y su ruta de paseo favorita llevaba hacia el norte por la misma calle hasta la casa de la Sra. Whitman y el vecino jardín en pendiente de la Iglesia de St. John[4], cuya escondida extensión de lápidas del siglo XVIII despertaba en él una peculiar fascinación[5].

La ironía es la siguiente: durante este paseo, tantas veces repetido, el maestro supremo de lo terrible y lo extraño se veía obligado a pasar por delante de una casa en particular situada en el lado oriental de la calle: una construcción lúgubre y anticuada encaramada en la empinada ladera de la colina, con un gran jardín descuidado que se remontaba a una época en la cual la zona era en parte campo abierto[6]. No parece que Poe escribiera ni hablara nunca acerca de esta casa, ni existe tampoco prueba alguna de que llegara siquiera a fijarse en ella. Y sin embargo, para dos personas en posesión de cierta información, aquella casa iguala o supera en horror a las fantasías más delirantes del genio que tantas veces pasó por delante de ella sin saberlo, alzándose como un símbolo descamado y acechante de todo lo que es indescriptiblemente horrible.

La casa era —y de hecho todavía es— de las que atraen la atención de los curiosos. El edificio, que en un principio había sido de manera total o parcial una casa de granja, se ajustaba al típico estilo colonial neoinglés de mediados del siglo XVIII: esa arquitectura aburguesada que suele caracterizarse por un tejado a dos aguas, dos pisos y un desván sin buhardillas, una puerta de tipo georgiano y un panelado interior dictado por la evolución del gusto en la época. La casa miraba al sur. con uno de sus hastiales enterrado hasta las ventanas del primer piso en la ascendente ladera oriental de la colina y el otro expuesto hasta los cimientos en el lado que daba a la calle. Había sido construida, hacía más de siglo y medio, justo después de que el camino que atravesaba esa zona en particular fuera sustituido por otro más recto y nivelado, pues Benefit Street —o Back Street, como se llamaba originalmente

— se trazó en un principio como un sendero que serpenteaba entre los cementerios de los primeros colonos, y que fue arreglado para hacerlo más recto únicamente cuando el traslado de los cuerpos al Cementerio del Norte[7] posibilitó acortar el camino de un modo decente atravesando las antiguas parcelas familiares.

Al principio, la pared oeste de la casa había estado situada a unos seis metros de la vía. en lo alto de una escarpada pendiente cubierta de hierba; sin embargo, un ensanchamiento de la calle llevado a cabo más o menos en época de la guerra de Independencia eliminó la mayor parte del espacio de separación, dejando los cimientos al descubierto de tal modo que hubo que levantar una pared de ladrillo a la altura del sótano, dotando esta profunda habitación de una fachada a la calle con una puerta y dos ventanas sobre el nivel del suelo, cerca de la nueva vía de tránsito público. Cuando hace un siglo se construyó la acera, desapareció el espacio de separación que aún quedaba; y Poe, en sus paseos, debía de haber visto únicamente una pared vertical de ladrillo de color gris apagado, alineada con la acera y coronada a una altura de tres metros por la antigua mole revestida de tejuelas de la casa propiamente dicha.

El rústico terreno de la propiedad se extendía de manera muy profunda colina arriba, casi hasta Wheaton Street[8]. El espacio al sur de la casa, lindante con Benefit Street, se encontraba naturalmente a una altura muy superior al nivel de la acera, formando una terraza delimitada por un alto muro de contención hecho de húmeda piedra musgosa y atravesado por un empinado y estrecho tramo de escaleras que conducía entre dos paredes como por un cañón hasta la parte superior, la cual se componía de una extensión de césped llena de calvas, chorreantes tapias de ladrillo y un descuidado jardín, cuyas desarmadas urnas de cemento, oxidadas teteras caídas de trípodes hechos con palos nudosos y similar parafernalia realzaban la deteriorada puerta principal con su montante roto, sus podridas pilastras jónicas y su carcomido frontón triangular.



La catedral episcopal de St. John (n.° 271 de North Main Street, Providence), en 2012. Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.



El n.° 135 de Benefit Street (Providence), en 2010 (¿la auténtica «casa evitada»?). Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.

Lo que oía decir en mi juventud de la casa evitada era simplemente que la gente que vivía en ella moría en alarmante número. Ese había sido el motivo, según me contaron, por el cual los propietarios originales se habían ido de ella unos veinte años después de haberla construido. Era una vivienda claramente insalubre, quizá debido a la humedad y los hongos del sótano, al enfermizo olor que reinaba en toda la casa, a las corrientes de aire de los pasillos o a la calidad del agua que se extraía de su pozo. Todo esto ya era bastante perjudicial de por sí. y lo único a lo cual se daba credibilidad entre las personas a las que yo conocía. Sólo los cuadernos de notas de mi tío el Dr.

Elihu Whipple[9], un estudioso del pasado de la región, me revelaron finalmente las conjeturas de tipo más vago y siniestro que habían dado forma a un trasfondo de creencias populares entre la servidumbre y la gente humilde de los tiempos de antaño; conjeturas que nunca llegaron a extenderse muy lejos, y que fueron en gran medida olvidadas cuando Providence creció hasta convertirse en una metrópoli de población cambiante y moderna.

El hecho general es que la parte sensata de la comunidad nunca creyó que la casa estuviera realmente «embrujada» en modo alguno. No había historias de ruidos de cadenas, corrientes de aire frío, luces que se apagaban solas o caras en las ventanas circulando de forma generalizada. Los más extremistas decían a veces que la casa «traía mala suerte», pero ni siquiera ellos pasaban de ahí. Lo que realmente nadie podía discutir era que en ella moría una proporción espantosamente elevada de gente; o, siendo más precisos, *había muerto* una proporción espantosamente elevada de gente, dado que, después de unos extraños sucesos que habían tenido lugar hacía más de sesenta años, la vivienda había quedado abandonada debido a la pura imposibilidad de encontrar a alguien que quisiera alquilarla. Aquellas personas no habían fallecido todas de manera repentina por una causa concreta; más bien parecía que su vitalidad había sido minada insidiosamente, de tal suerte que cada una de ellas había sufrido una muerte prematura originada por cualquier predisposición a la debilidad que pudiera haber tenido de forma natural. Y aquellas que no habían muerto habían presentado en diverso grado una especie de anemia o consunción, y en ocasiones un deterioro de las facultades mentales, que no dejaba en buen lugar la salubridad de la vivienda. Las casas vecinas, ha de añadirse, no parecían tener en absoluto aquel efecto pernicioso.



El Cementerio del Norte (North Burial Ground, Providence).
Fotografía de Kenneth C. Zirkel, CC-BY-S.A. 4.0.

Esto era lo que yo sabía antes de que mis insistentes preguntas llevaran a mi tío a enseñarme las notas que finalmente nos embarcaron a ambos en nuestra espantosa investigación. En mi niñez la casa evitada se encontraba vacía, y en aquella eminente terraza ajardinada donde los pájaros nunca se posaban mucho rato había viejos árboles estériles de aspecto retorcido y sobrecogedor, una hierba alta y extrañamente pálida, y una maleza horriblemente amorfa. Los chiquillos solíamos invadir el lugar, y aún puedo recordar el terror juvenil que este me producía; no sólo por el carácter malsanamente extraño de su siniestra vegetación, sino también por la inquietante atmósfera y olor de la ruinosa casa, cuya abierta puerta principal traspasábamos a menudo en busca de emociones fuertes. Las ventanas de pequeños cuarterones estaban rotas en su mayoría, y un indescriptible aire de desolación flotaba en tomo al precario panelado. las poco firmes contraventanas interiores, el despegado papel pintado, el desconchado enlucido, las desvencijadas escaleras y los pedazos de muebles rotos que aún quedaban allí. El polvo y las telas de araña aportaban su propio toque terrorífico; y valiente era sin duda el muchacho que subía voluntariamente la escalera de mano que llevaba al desván. una enorme y alargada estancia de

paredes enlistonadas, iluminada solamente por unas ventanitas parcialmente cegadas y llena de un denso amasijo de arcones, sillas y ruecas que un sinfín de años de acumulación de telarañas habían amortajado y festoneado hasta transformarlos en unos monstruosos bultos de pesadilla.

Pero, a pesar de todo, el desván no era la parte más estremecedora de la casa. Era el frío y húmedo sótano el que por alguna razón nos producía mayor repulsión, aunque estuviera completamente por encima del nivel del suelo por el lado de la calle y separado de la bulliciosa acera tan sólo por una delgada puerta y un muro de ladrillo traspasado por ventanas. Apenas sabíamos si visitarlo una y otra vez con fascinación espectral o si evitarlo por el bien de nuestras almas y de nuestra cordura. En primer lugar, el mal olor de la casa era allí más intenso que en cualquier otra parte, y en segundo, no nos gustaba el aspecto de las masas de hongos blancos que algunas veces brotaban en los días lluviosos de verano de su duro suelo de tierra. Dichos hongos, grotescamente similares a la vegetación que crecía fuera en el jardín, tenían unas formas verdaderamente horribles: parodias detestables de setas venenosas y pipas de indio[10] como no habíamos visto jamás en ningún otro sitio. Se pudrían con gran rapidez, y al llegar cierto momento se volvían ligeramente fosforescentes, por lo que la gente que pasaba de noche junto a la casa hablaba a veces de que se veían brillar luces fantasmagóricas tras los rotos cristales de las malolientes ventanas del sótano.

Mis amigos y yo jamás pisábamos aquel sótano de noche —ni siquiera cuando el espíritu de Halloween se apoderaba de nosotros de forma más entusiasta—, pero podíamos detectar aquella fosforescencia en algunas de nuestras visitas diurnas, especialmente cuando el día era oscuro y húmedo. También había algo más sutil que a menudo creíamos percibir; una cosa muy extraña que, con todo, era a lo sumo una insinuación. Me refiero a una especie de dibujo blanquecino que aparecía vagamente perfilado en el suelo de tierra: una difusa y cambiante capa de moho o nitro que en ocasiones creíamos distinguir entre las dispersas masas de hongos, cerca de la enorme chimenea de la cocina del sótano. A veces teníamos la impresión de que aquella mancha presentaba un asombroso parecido con una silueta humana encogida sobre sí misma, aunque generalmente no se daba tal parecido y muchas veces no había ninguna capa blanquecina en absoluto. Una cierta tarde lluviosa en la que esta ilusión había parecido increíblemente clara, y en la que. además, yo había creído distinguir una especie de fina y rielante exhalación amarillenta elevándose de la mancha nitrosa en dirección a la oscura chimenea, le hablé a mi tío del asunto. Él sonrió al oír esta extraña ocurrencia, pero me dio la

impresión de que su sonrisa traslucía una cierta familiaridad. Tiempo después me enteré de que en algunas de las antiguas y disparatadas historias de la gente vulgar figuraba una idea parecida; una idea que hablaba asimismo de figuras macabras y amenazadoras que se aparecían en el humo de la gran chimenea, y de raras formas adoptadas por algunas de las sinuosas raíces arbóreas que se abrían paso entre los débiles cimientos de la casa hasta alcanzar el sótano.

II.

MI TÍO NO me enseñó las notas y datos que había reunido acerca de la casa evitada hasta que llegué a la edad adulta. El Dr. Whipple era un médico sensato y conservador de la vieja escuela, y, pese a todo el interés que albergaba hacia el lugar, no deseaba fomentar ideas de tipo antinatural en una mente juvenil. Su propia opinión del caso, que sostenía simplemente que la vivienda y su emplazamiento poseían características claramente insalubres, no tenía nada de antinatural; pero el doctor se daba cuenta de que el mismo carácter pintoresco que despertaba su propio interés haría aparecer en la fantasiosa mente de un muchacho todo tipo de evocaciones horripilantes.

El doctor era un caballero soltero, de pelo cano, bien afeitado y chapado a la antigua, así como un destacado historiador local, que en multitud de ocasiones había quebrado lanzas con custodios de la tradición tan polémicos como Sidney S. Rider[11] y Thomas W. Bicknell[12]. Vivía con un criado en una casa de estilo georgiano, con aldaba y una escalera con barandilla de hierro, que se erguía inquietantemente en equilibrio en la empinada cuesta de North Court Street[13] junto al antiguo patio y edificio de ladrillo que había sido sede de la asamblea colonial; aquel en el que su abuelo —un primo del Cap. Whipple. el célebre corsario que prendió fuego a la goleta armada de Su Majestad *Gaspée* en 1772[14]— había votado en sesión plenaria a favor de la independencia de la colonia de Rhode Island el 4 de mayo de 1776[15]. Las paredes de su húmeda biblioteca de techo bajo, provista de un panelado de color blanco que olía a moho, un grueso panel decorativo tallado sobre la chimena y ventanas de pequeños cuarterones ensombrecidas por enredaderas, albergaban las reliquias y documentos de su añeja familia, entre los cuales había un gran número de alusiones siniestras a la casa evitada de Benefit Street. Ese lugar pestífero no queda lejos de allí, dado que Benefit pasa justo por encima del viejo capitolio, extendiéndose como una cornisa por la ladera de la escarpada colina en dirección a cuya cima fue creciendo el asentamiento original.

Cuando mi insistente asedio y llegada a la madurez consiguieron arrancarle por fin a mi tío la atesorada información que yo buscaba, se reveló ante mí una crónica bastante extraña. A pesar del carácter prolijo, estadístico y monótonamente genealógico de parte del material, todo él estaba impregnado de principio a fin por un horror siniestro y persistente y una malignidad preternatural, un denominador común que me causó una impresión mayor aún que la que le había producido al buen doctor. Había hechos aislados que guardaban entre sí asombrosos paralelismos, y detalles aparentemente irrelevantes que encerraban un sinfín de posibilidades aterradoras. Una nueva y ardiente curiosidad fue creciendo en mí, en comparación con la cual la que había sentido en mi juventud resultaba pobre y rudimentaria. La primera revelación me llevó a una investigación exhaustiva, y a la postre a aquella búsqueda estremecedora que tan desastrosas consecuencias tuvo para mí y los míos; dado que mi tío acabó insistiendo en unirse a esta última, y después de una cierta noche en aquella casa no salió de ella conmigo. Me siento solo sin ese hombre afable cuya larga existencia estuvo llena únicamente de honor, virtud, buen gusto, benevolencia y erudición. He levantado una urna de mármol en su memoria en el cementerio de la Iglesia de St. John —el lugar que Poe adoraba—: ese escondido bosquecillo de sauces gigantescos de la colina, donde las tumbas y las lápidas se mantienen silenciosamente acurrucadas entre la vetusta mole de la iglesia y las casas y los muros de contención de Benefit Street.

La historia de la casa, que se iniciaba en medio de un confuso mar de fechas, no dejaba ver ningún indicio siniestro en tomo a su construcción ni tampoco en relación con la próspera y honorable familia que la había construido. No obstante, desde el primer momento quedó claro que se encontraba tocada por el infortunio, hecho este que pronto adquiriría una aciaga relevancia. Las cuidadosamente recopiladas anotaciones de mi tío empezaban con la construcción de la vivienda en 1763, un punto central que venía seguido de una insólita cantidad de detalles. Los primeros habitantes de la casa evitada, al parecer, habían sido William Harris[16] y su mujer Rhoby Dexter, junto con sus hijos Elkanah, nacido en 1755; Abigail, nacida en 1757; William (hijo), nacido en 1759, y Ruth, nacida en 1761. Harris era un acaudalado mercader y navegante, dedicado al comercio con las islas del Caribe y vinculado a la firma de Obadiah Brown y sus sobrinos[17]. Tras la muerte de Brown en 1761, la nueva compañía de Nicholas Brown y Cía. le hizo capitán del bergantín *Prudence* -una nave de 120 toneladas construida en

Providence—; empleo este que le permitió construir la nueva casa que había deseado tener desde su casamiento.

El lugar que había elegido para ello —una parte recientemente arreglada de la nueva y elegante Back Street, una calle que se extendía a lo largo de la ladera de la colina por encima de la abarrotada zona de Cheapside[18]— ofrecía todo lo que uno podía desear, y la casa estaba a la altura de lo que el emplazamiento exigía. Harris no escatimó un solo centavo de sus moderados recursos en su construcción, y, una vez terminada, se apresuró a instalarse en ella antes del nacimiento de un quinto hijo que la familia esperaba. Dicho hijo, un niño, llegó en diciembre; pero nació muerto. Y tampoco nacería ningún niño vivo en esa casa durante un siglo y medio.



Cheapside (Providence), *ca.* 1903.

El abril siguiente los hijos del matrimonio contrajeron una enfermedad, y Abigail y Ruth murieron antes de que terminara el mes. El Dr. Job Ives determinó que el mal era algún tipo de fiebre infantil, si bien otros manifestaron que se trataba más bien de una afección consuntiva o enervante. En cualquier caso, parecía ser contagiosa; ya que Hannah Bowen, uno de los

dos miembros del servicio, murió a causa de ella al junio siguiente. Eli Liddeason, el otro criado, se quejaba constantemente de que se sentía falto de fuerzas, y habría regresado a la granja de su padre en Rehoboth[19] de no ser por su repentino apego hacia Mehitabel Pierce, la mujer que había sido contratada en sustitución de Hannah. El hombre murió un año después; un año ciertamente triste, pues fue también el de la muerte del propio William Harris por culpa de una debilidad ocasionada por el clima de Martinica[20], una isla en la cual su ocupación le había hecho pasar periodos considerables de tiempo durante la década anterior.

La viuda Rhoby Harris nunca se recuperó del golpe que supuso para ella la muerte de su esposo, y el fallecimiento de su primogénito Elkanah dos años más tarde representó el golpe de gracia a su cordura. En 1768 fue víctima de un tipo leve de demencia, y a partir de entonces quedó recluida en el piso superior de la casa[21] después de que su hermana mayor soltera, Mercy Dexter, se hubiera ido a vivir con ellos para hacerse cargo de la familia. Mercy era una mujer huesuda y poco agraciada dotada de una gran fortaleza física, pero aun así su salud empeoró visiblemente desde el momento de su llegada. Sentía una gran devoción por su desdichada hermana, así como un cariño especial por el único sobrino que le quedaba, William, el cual había pasado de ser un bebé robusto a un muchacho larguirucho y enclenque. Aquel mismo año murió Mehitabel, y el otro criado, Preserved Smith, se marchó sin dar ninguna explicación coherente, o, por lo menos, aduciendo únicamente unas historias disparatadas y la queja de que la casa tenía un olor desagradable. Durante un tiempo Mercy no fue capaz de encontrar más empleados domésticos, dado que las siete muertes y el caso de locura, todos ellos ocurridos en un lapso de cinco años, habían hecho que empezaran a circular por las casas esos rumores que tiempo después acabarían volviéndose tan extraños. Aun así. al final la mujer consiguió contratar nuevos sirvientes de fuera de la ciudad: Ann White. una mujer malhumorada natural de esa parte de North Kingstown que hoy constituye el municipio independiente de Exeter[22], y un competente hombre de Boston llamado Zenas Low.

La primera persona que dio forma definida a las siniestras habladurías de la gente fue Ann White. Mercy debería haber sabido que no era conveniente contratar a nadie de la zona de Nooseneck Hill[23]. pues aquel apartado reducto rural era entonces, al igual que hoy. un foco de supersticiones sumamente inquietantes. En una fecha tan reciente como 1892, una comunidad de Exeter desenterró un cadáver y quemó ceremoniosamente su corazón a fin de impedir una serie de presuntas visitas sobrenaturales que

estaban afectando a la salud pública y a la tranquilidad de la región[24], por lo que es posible imaginar cómo se veían allí las cosas en 1768. La lengua de Ann estuvo perniciosamente activa, y a los pocos meses Mercy la despidió y cubrió su puesto con una fiable, agradable y robusta mujer de Newport, Maria Robbins.

La pobre Rhoby Harris mientras tanto, sumida en su locura, verbalizaba ensueños e imaginaciones de lo más espantoso. A veces sus gritos se volvían insoportables, y durante largos periodos acostumbró a proferir estridentes horrores que hacían necesario que su hijo se fuera a vivir un tiempo con un primo del niño, Peleg Harris, en Presbyterian Lane[25], cerca del nuevo edificio de la universidad. El estado del chico parecía mejorar después de estas visitas, y si Mercy hubiera tenido tanta sensatez como buenas intenciones, le habría dejado quedarse de forma permanente en casa de Peleg. Qué cosas gritaba exactamente la Sra. Harris en sus violentos arrebatos es algo que el acervo popular duda en decir; o, mejor dicho. que refiere a través de unos testimonios de tal extravagancia que se invalidan a sí mismos en virtud de su total absurdidad. Pues suena absurdo, desde luego, oír que una mujer instruida meramente en los rudimentos de la lengua francesa vociferase a menudo durante horas en una forma vulgar e idiomática de dicho idioma, o que la misma persona, quien se encontraba aislada y vigilada. se quejara desaforadamente de que un ser de mirada penetrante le clavaba los dientes y la mordisqueaba. En 1772 murió Zenas, el criado, y cuando la Sra. Harris se enteró de la noticia se echó a reír con un espantoso deleite completamente impropio de ella. Al año siguiente ella misma falleció, y fue enterrada en el Cementerio del Norte junto a su esposo.



North Kingstown (Rhode Island), *ca.* 1925-1930.



La vista desde College Hill en 1990, mirando hacia el este, con Last Providence al fondo. Fotografía por cortesía de Will Hart.

Al estallar el conflicto con Gran Bretaña en 1775, William Harris, pese a sus dieciséis años escasos y su débil constitución, consiguió alistarse en el ejército de observación comandado por el general Greene[26], momento a partir del cual disfrutaría de una progresiva mejora de su salud y aumento de su prestigio. En 1780. siendo capitán de las fuerzas de Rhode Island destacadas en Nueva Jersey bajo el mando del coronel Angell[27], William conoció y se casó con Phebe Hetfield de Elizabethtown[28], a la cual trajo a Providence después de haber sido licenciado de manera honrosa al año siguiente.

El regreso del joven soldado no fue un acontecimiento plenamente feliz. La casa, es cierto, se encontraba todavía en buenas condiciones, y la calle había sido ensanchada y cambiada de nombre de Back Street a Benefit Street; pero el cuerpo antaño recio de Mercy Dexter había sufrido un triste y curioso deterioro, de tal suerte que ahora la mujer era una lastimosa figura encorvada de voz apagada y desconcertante palidez: unos rasgos extrañamente compartidos hasta cierto punto por la única criada que quedaba en la casa. María. En el otoño de 1782 Phebe Harris dio a luz a una hija que nació muerta, y el día 15 del mayo siguiente Mercy Dexter se despidió de una vida provechosa, austera y virtuosa.

William Harris, completamente convencido al fin de la naturaleza radicalmente malsana de su morada, tomó entonces medidas para abandonarla y clausurarla de manera permanente. Tras procurarse un alojamiento provisional para su esposa y él en la recién abierta Golden Ball Inn, dispuso la construcción de una casa nueva y mejor en Westminster Street, en la parte de

la ciudad que estaba en plena expansión al otro lado del Gran Puente[29]. Allí, en 1785. nació su hijo Dutee; y allí vivió la familia hasta que la invasión del comercio los empujó a regresar otra vez al otro lado del río y la colina hasta Angell Street[30], donde el difunto Archer Harris construyó su suntuosa pero horrenda mansión de tejado amansardado[28‡] en 1876. William y Phebe sucumbieron ambos a la epidemia de liebre amarilla de 1797, pero Dutee fue criado por su primo Rathbone Harris, el hijo de Peleg.



El n.° 276 de Angell Street (Providence) en 2014, identificado por Philip A. Shreffler en su libro *The H. P Lovecraft Companion* como la «suntuosa pero horrenda mansión de tejado amansardado». Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.

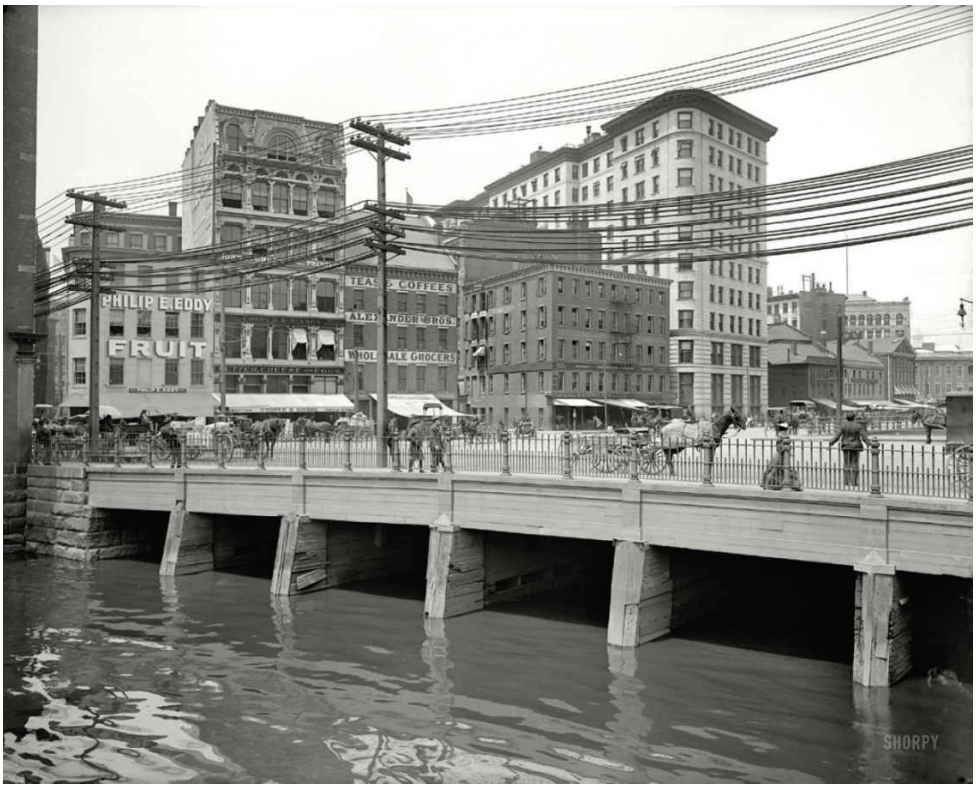
Rathbone era un hombre práctico, y alquiló la casa de Benefit Street pese a los deseos de William de mantenerla desocupada. Consideraba que era su obligación para con su pupilo el sacar el máximo provecho de todos los bienes del muchacho, y no le preocupaban las muertes y enfermedades que habían ocasionado tantos cambios de ocupantes en la casa, ni tampoco la cada vez mayor aversión con la que la gente la veía en general. Es probable que únicamente se sintiera irritado cuando, en 1804, el ayuntamiento le mandó fumigar la vivienda con azufre, brea y goma alcanfor debido a la muerte de cuatro personas; un suceso muy comentado, y causado presumiblemente por los últimos coletazos de la epidemia de fiebre amarilla. Según alegó el concejo, la construcción desprendía un olor enfermizo.

El propio Dutee tampoco se preocupó mucho por la casa, pues creció hasta convertirse en corsario y sirvió con distinción en el *Vigilant* bajo el

mando del Cap. Cahoone[31] en la guerra de 1812[32]. Volvió de ella ileso, se casó en 1814 y fue padre esa memorable noche del 23 de septiembre de 1815 en la que un gran temporal[33] hizo que las aguas de la bahía cubrieran media ciudad y arrastrasen una alta balandra hasta la parte alta de Westminster Street, de tal forma que sus mástiles casi llegaron a tocar las ventanas de la casa de Harris en simbólico reconocimiento de que el recién nacido, Welcome, era hijo de un hombre de mar.



Paisaje en los alrededores de Elizabethtown (N. J.), pintura al óleo de Régis François Gignoux (1847).



El puente de Crawford Street, conocido también como el «Gran Puente» (Providence), en 1906. La construcción fue eliminada en la década de 1990.

Welcome no sobrevivió a su padre, pero vivió lo suficiente como para perecer de forma gloriosa en la batalla de Fredericksburg de 1862[34]. Para él y para su hijo Archer la casa evitada no fue nada más que un incordio prácticamente imposible de alquilar, quizá por culpa del malsano olor a humedad generado por tantas décadas de abandono. De hecho, nunca más fue posible hacerlo después de una serie de muertes que alcanzaron su punto culminante en 1861; unos hechos que tendieron a caer en el olvido con el revuelo de la guerra. Hasta que le conté mi experiencia, Carrington Harris. el último heredero del apellido familiar, conocía la vivienda únicamente como una construcción abandonada y un tanto pintoresca rodeada de leyendas. Había pensado en tirarla abajo y construir un bloque de apartamentos en el terreno, pero después de escuchar mi historia decidió dejarla en pie, instalar cañerías para el agua y ponerla en alquiler. Y hasta la fecha no ha tenido ningún problema para encontrar inquilinos. El horror ya no está.



La tormenta de 1815, en una ilustración del libro *The Providence Plantations for 250 years* (1886).

III.

BIEN PUEDE IMAGINARSE lo hondamente impactado que me dejó la historia de la familia Harris. Me pareció que en aquella crónica continua anidaba un mal persistente que no tenía parangón con nada que yo conociera en la naturaleza; un mal claramente conectado con la casa y no con la familia. Esta impresión se vio confirmada por la variada y menos sistemática colección de documentos de mi tío: leyendas transcritas de habladurías que circulaban

entre empleados domésticos, recortes de periódico. copias de certificados de defunción expedidos por colegas médicos y cosas por el estilo. No espero poder dar cuenta y razón de todo este material, pues mi tío era un investigador incansable del pasado que albergaba un profundo interés por la casa evitada, pero sí puedo mencionar varios aspectos prevalentes que llaman la atención por su recurrencia en un gran número de testimonios de diversas fuentes. Por ejemplo: prácticamente todas las habladurías de los sirvientes coincidían en atribuir al fungoso y maloliente *sótano* de la casa una influencia maligna absolutamente preeminente. Algunos de ellos se habían negado a utilizar la cocina existente en dicho espacio —especialmente Ann White—, y por lo menos tres leyendas bien detalladas hacían referencia a las extrañas formas de aspecto cuasihumano o diabólico que adquirían las raíces de los árboles y las manchas de moho en esa parte de la casa. Estos últimos relatos me interesaban profundamente a consecuencia de lo que yo mismo había visto en mi juventud, pero tenía la sensación de que casi todo su valor había quedado enmascarado en cada caso por añadidos procedentes de historias locales de fantasmas de tipo común y corriente.

Era Ann White, con sus supersticiones traídas de Exeter, quien había propagado la leyenda más extravagante y al mismo tiempo más invariable: aquella que decía que bajo la casa debía de encontrarse enterrado uno de esos vampiros —los muertos que conservan su forma corporal y se alimentan de la sangre o el aliento de los vivos— cuyas horrendas legiones mandan sus cuerpos o espíritus a cazar por las noches. Para destruir a un vampiro, según cuentan las abuelas, es necesario exhumarlo y quemar su corazón, o al menos atravesarle dicho órgano con una estaca; y la obstinada insistencia de Ann en que se llevara a cabo una búsqueda bajo el sótano había sido una de las principales razones que habían conducido a su despido.

Así y todo, sus historias contaban con una amplia audiencia, y el hecho de que la casa se levantara realmente sobre unos terrenos antaño dedicados a fines funerarios hacía que la gente estuviera aún más dispuesta a aceptarlas. Para mí su interés no dependía tanto de esta última circunstancia como de la manera particularmente apropiada en que encajaban con ciertas otras cosas: la queja del criado desertor Preserved Smith, quien había trabajado en la casa antes que Ann y no había oído hablar nunca de ella, de que algo le «succionaba el aliento» por las noches; los certificados de defunción de las víctimas de fiebre amarilla de 1804, expedidos por el Dr. Chad Hopkins, que señalaban que las cuatro personas fallecidas se habían encontrado inexplicablemente exangües, y los crípticos pasajes de los delirios de la pobre

Rhoby Harris en los que se quejaba de que una presencia semiinvisible de ojos vidriosos la mordía con sus afilados dientes.

A pesar de que no albergo ninguna superstición infundada, estos hechos despertaron en mí una sensación extraña, que se vio intensificada por un par de recortes de periódico muy separados en el tiempo alusivos a unas muertes que habían tenido lugar en la casa evitada —uno del *Providence Gazette and Country-Journal*[35] del 12 de abril de 1815 y el otro del *Daily Transcript and Chronicle*[36] del 27 de octubre de 1845—, cada uno de los cuales exponía en detalle una circunstancia terriblemente espeluznante cuya duplicidad resultaba pasmosa. Parece ser que en ambos casos la persona moribunda, en 1815 una delicada anciana que se apellidaba Stafford y en 1845 una maestra de escuela de mediana edad llamada Eleazar Durfee, experimentó una horrible transformación que le hizo adquirir una mirada vidriosa y feroz e intentar morder el cuello del médico que la atendía. Con todo, más desconcertante aún era el suceso que había puesto fin al alquiler de la casa: una serie de muertes por anemia precedidas de una locura progresiva durante la cual el enfermo solía intentar acabar taimadamente con las vidas de sus parientes por medio de incisiones en el cuello o en las muñecas.

Estos hechos habían tenido lugar entre 1860 y 1861, justo cuando mi tío acababa de empezar a ejercer la medicina, y antes de partir para el frente oyó hablar mucho del caso a algunos colegas de profesión más experimentados. Lo realmente inexplicable era el modo en que las víctimas —gente ignorante, pues era imposible ya alquilarle aquella casa hedionda y ampliamente evitada a nadie más— solían farfullar maldiciones en francés, una lengua que no podían haber estudiado en grado alguno. Aquello recordaba a lo que le había ocurrido a la pobre Rhoby Harris casi un siglo antes, e impresionó a mi tío hasta tal punto que comenzó a recabar información sobre la historia de la casa tras haber escuchado, algún tiempo después de su regreso de la guerra, los relatos de primera mano de los Dres. Chase y Whitmarsh. Yo alcanzaba a ver, en verdad, que mi tío había dedicado profundas reflexiones al lema, y que se alegraba de mi propio interés en él: un interés comprensivo y libre de prejuicios que le permitía hablar conmigo de cuestiones ante las cuales otros simplemente se habrían reído. Su imaginación no había volado tan lejos como la mía, pero a mi tío le parecía que la casa resultaba excepcional por sus posibilidades imaginativas y que constituía una notable fuente de inspiración en el ámbito de lo grotesco y lo macabro.

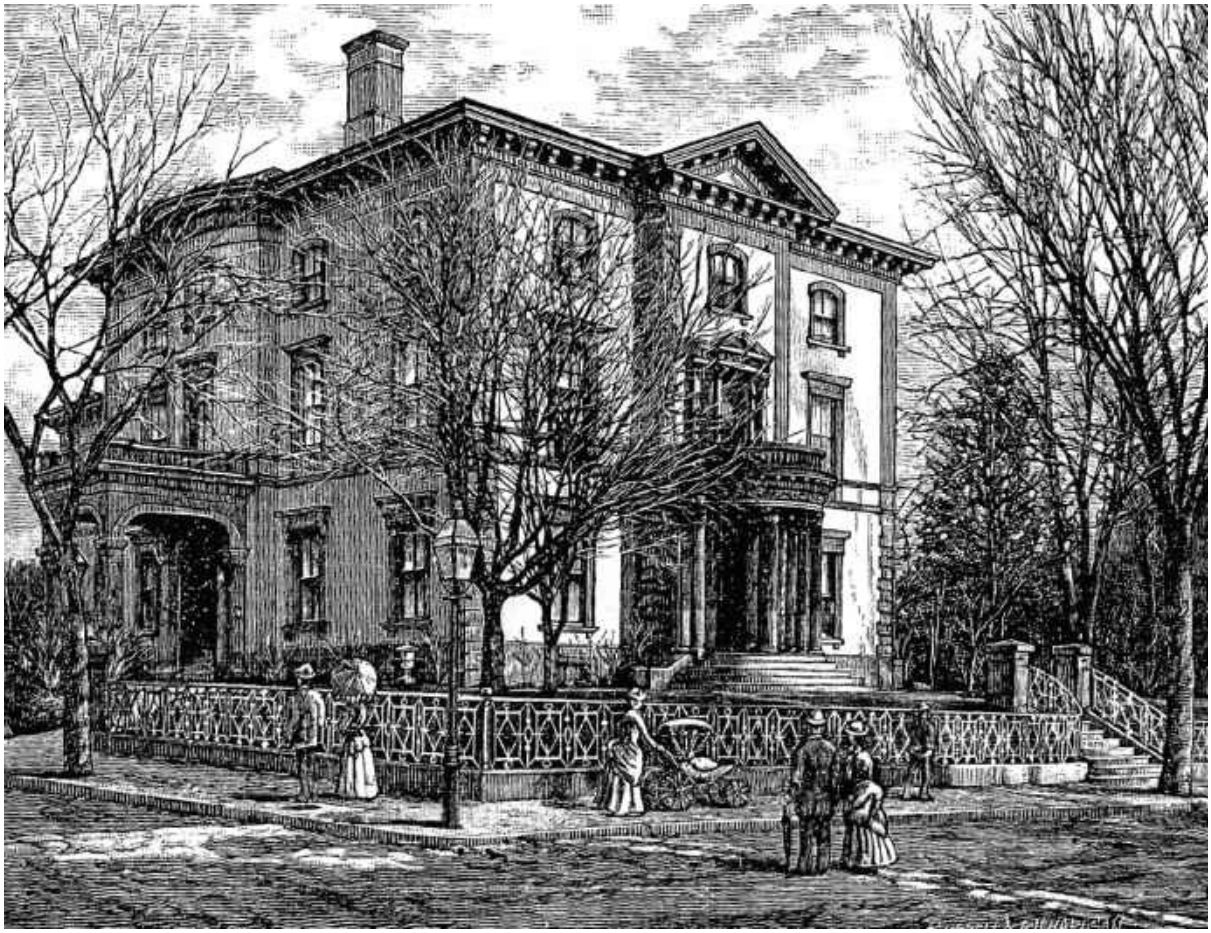
Yo, por mi parte, estaba dispuesto a tomarme todo aquel tema con profunda seriedad, y me puse de inmediato no sólo a examinar las pruebas de

mi tío, sino también a acumular tantas otras como pudiera. Hablé con el anciano Archer Harris, el propietario de la casa por aquel entonces, muchas veces antes de su muerte en 1916; y obtuve de él y de su hermana soltera Alice, que también seguía aún viva, una corroboración fidedigna de toda la información que mi tío había reunido sobre su familia. No obstante, cuando les pregunté qué relación podía tener la casa con Francia o su lengua, confesaron hallarse tan francamente perplejos y desinformados como yo. Archer no sabía nada de aquella cuestión, y el único aporte que pudo hacer la Srta. Harris fue que una antigua alusión oída por su abuelo, Dutee Harris, podría haber arrojado quizás un poco de luz sobre ella. El viejo marinero, que había sobrevivido a la caída en combate de su hijo Welcome por dos años, no había conocido personalmente la leyenda, pero recordaba que su primera niñera, Maria Robbins, parecía haber estado enigmáticamente al tanto de algo que podría haber conferido una inquietante importancia a los delirios en francés de Rhoby Harris, esos que tantas veces había oído ella durante los últimos días de esa desventurada mujer. María había vivido en la casa evitada desde 1769 hasta la marcha de la familia en 1783, y había visto morir a Mercy Dexter. En una ocasión la niñera le había hablado de manera vaga al pequeño Dutee de una circunstancia un tanto peculiar relacionada con los últimos momentos de vida de Mercy; pero el niño había olvidado enseguida todo el asunto, excepto que se trataba de algo peculiar. La nieta, además, recordaba incluso aquello con gran dificultad. Su hermano y ella no estaban tan interesados en la casa como el hijo de Archer, Carrington, el actual propietario, con quien hablé después de mi experiencia.

Una vez extraída toda la información posible de la familia Harris, centré mi atención en los antiguos archivos y escrituras municipales con un afán más intenso que el que mi tío había demostrado a veces en la misma tarea. Lo que deseaba conseguir era una historia completa de los terrenos de la casa desde los tiempos de sus primeros ocupantes en 1636; o incluso antes, si lograba descubrir alguna leyenda india de los narragansett[37] que proporcionase tal información. Encontré, en un primer momento, que el lugar había formado parte de la larga franja de terreno que se le había concedido originalmente a John Throckmorton[38] para construir su casa; una de muchas similares que arrancaban junto al río en Town Street y se extendían colina arriba y más allá de la cima hasta una linde que se corresponde aproximadamente con la actual Hope Street. El terreno de Throckmorton, por supuesto, había sido dividido posteriormente en muchas parcelas distintas; y dediqué diligentes esfuerzos a localizar la parte de él a través de la cual se había hecho pasar tiempo después

Back o Benefit Street. Un rumor decía, de hecho, que había sido el cementerio de los Throckmorton; pero cuando examiné con más cuidado los archivos descubrí que todas las tumbas de este último habían sido trasladadas en una fecha muy temprana al Cementerio del Norte en el camino oeste a Pawtucket.

Entonces me topé de repente —por una rara casualidad, pues no formaba parte del conjunto principal de documentos y podría habérseme pasado fácilmente por alto— con algo que suscitó en mí el más grande de los entusiasmos, dado que cuadraba con varias de las partes más extrañas del asunto. Era el registro del arrendamiento, en 1697, de una pequeña extensión de terreno a un tal Etienne Roulet y su esposa. El eslabón francés había aparecido al fin —eso, y un horror más sutil que aquel nombre evocó desde las partes más recónditas de mis extrañas y heterogéneas lecturas—, así que me puse a estudiar de manera febril el plano de la localidad tal como había sido antes del acortamiento y transformación de Back Street en una calle parcialmente recta entre 1747 y 1758. Descubrí algo que ya me esperaba hasta cierto punto: que donde actualmente se levantaba la casa evitada los Roulet habían tenido su cementerio, en la parte de atrás de una casita baja con desván, y que no existía registro alguno de que aquellas tumbas se hubieran trasladado a otra parte. El documento, de hecho, concluía de un modo muy confuso, por lo que me vi obligado a registrar de arriba abajo tanto la Sociedad Histórica de Rhode Island[39] como la Biblioteca Shepley[40] antes de poder dar con alguna historia local a la cual el nombre de Etienne Roulet me concediera acceso. Finalmente encontré algo: algo de una importancia tan gigantesca —si bien imprecisa— que empecé inmediatamente a explorar el sótano de la casa evitada con nueva y ansiosa minuciosidad.



La mansión Lippitt de Hope Street (Providence) en una ilustración de Welcome Arnold Greene para *The Providence Plantations for 250 Years* (1886).

Al parecer, los Roulet habían llegado en 1696 desde East Greenwich[41], subiendo por la costa oeste de la bahía de Narragansett. Eran hugonotes procedentes de Caude[42], y habían encontrado mucha oposición antes de que los concejales de Providence les permitieran establecerse en la localidad. La impopularidad los había perseguido en East Greenwich, población a la que habían viajado en 1686, tras la revocación del Edicto de Nantes, y se rumoreaba que los motivos de la aversión hacia la familia iban más allá de los simples prejuicios raciales y nacionales, o de las disputas por tierras que involucraban a otros colonos franceses con los ingleses en rivalidades que ni siquiera el gobernador Andros[43] era capaz de apaciguar. Pese a todo, su ferviente protestantismo —demasiado ferviente, murmuraban algunos— y su evidente situación de penuria al ser prácticamente expulsados del pueblo bahía abajo habían suscitado la compasión de los líderes de la localidad, donde finalmente se concedió refugio a los forasteros; y al atezado Etienne Roulet, quien estaba menos capacitado para la agricultura que para la lectura de libros extraños y el dibujo de raros diagramas, se le dio un empleo

administrativo en el almacén que Pardon Tillinghast tenía en su muelle de Town Street[44], en el extremo sur de la colonia. Con todo, tiempo después se habían producido unos disturbios de algún tipo en la colonia —quizá cuarenta años más tarde, tras la muerte del viejo Roulet—, y nadie parecía haber sabido nada de la familia después de aquello.

Durante un siglo y más, parece ser, se había recordado perfectamente a los Roulet y hablado a menudo de ellos como una fuerte alteración en la tranquila vida de un puerto de Nueva Inglaterra. El hijo de Etienne, Paul, un tipo hosco cuyo comportamiento imprevisible seguramente había provocado los disturbios que borraron todo rastro de la familia, era motivo particular de especulaciones; y, aunque Providence no llegó a experimentar nunca la histeria contra la brujería de sus vecinos puritanos, las viejas del lugar insinuaban sin reparo alguno que aquel hombre ni rezaba sus oraciones cuando correspondía ni las dirigía al objetivo al que debían ir; lodo lo cual había servido de base sin duda para la leyenda conocida por Maria Robbins. Qué relación tenía esto con los delirios en francés de Rhoby Harris y de otros habitantes de la casa evitada era algo que sólo la imaginación o un futuro descubrimiento podía determinar. Me pregunté cuántos de aquellos que habían conocido las leyendas eran conscientes de aquella otra conexión con lo terrible que mis amplias lecturas me habían proporcionado; ese siniestro episodio en los morbosos anales del horror que habla del infame *Jacques Roulet de Caude*, quien fue condenado a muerte en 1598 por ser un endemoniado, pero a quien después el Parlamento de París salvó de la hoguera y encerró en una casa de locos. Lo habían encontrado cubierto de sangre y despojos en medio de un bosque, poco después de que un niño hubiera sido asesinado y despedazado por un par de lobos[45]; uno de los cuales había sido visto alejándose de forma apresurada sin ninguna herida en el cuerpo. Aquella era sin duda una historia interesante que contar junto al fuego de la chimenea, con una insólita trascendencia en lo que respectaba a su protagonista y su escenario; no obstante, concluí que los chismosos de Providence no podían haber tenido conocimiento de ella en general. De lo contrario, la coincidencia en los nombres habría suscitado una reacción drástica y asustada; de hecho, el que hubiera circulado entre unos pocos ¿no podría haber precipitado quizá esos disturbios que habían hecho desaparecer finalmente a los Roulet de la localidad?



La bahía de Narragansett, en un mapa de Charles Blaskowitz (1777).

Empecé entonces a visitar la casa maldita con más frecuencia, estudiando la malsana vegetación del jardín, inspeccionando todas las paredes de la construcción y examinando minuciosamente cada centímetro del suelo de tierra del sótano. Al final, con el permiso de Carrington Harris, mandé hacer una llave para la desusada puerta del mismo que daba directamente a Benefit Street, dado que prefería disponer de un acceso más inmediato al exterior que el que las oscuras escaleras, el vestíbulo de entrada y la puerta principal podían proporcionar. Allí, donde la morbosidad acechaba de manera más sofocante, busqué y husmeé durante largas tardes en las que la luz del sol se filtraba por las ventanas cubiertas de telarañas y la puerta desbloqueada —que me situaba a apenas unos pocos metros de la plácida acera de la calle— me transmitía una sensación de seguridad. Nada nuevo recompensó mis esfuerzos —sólo el mismo olor deprimente a humedad y las mismas vagas impresiones de hedores nocivos y manchas nitrosas en el suelo—, e imagino que muchos transeúntes debieron de observarme con curiosidad a través de los rotos cristales de las ventanas.

Finalmente, a sugerencia de mi tío. decidí probar a hacer una visita nocturna al sitio; y una tormentosa medianoche barrí con el haz de una linterna eléctrica el mohoso suelo, con sus extrañas manchas y sus hongos deformes y parcialmente fosforescentes. El lugar había suscitado en mí un

curioso desaliento esa misma tarde, y casi ni me sorprendí cuando vi definirse de forma particularmente clara entre los depósitos blanquecinos —o eso me pareció— la «figura encogida» cuya existencia había sospechado desde mi niñez. Se distinguía con una nitidez asombrosa y nunca antes vista, y mientras la observaba me pareció percibir de nuevo la fina y rielante exhalación amarillenta que me había sobresaltado aquella tarde lluviosa de muchos años atrás.

Esta se elevó sobre la mancha de moho antropomórfica junto a la chimenea; un vapor sutil, ligeramente nauseabundo y casi luminiscente que mientras flotaba de manera temblorosa en el húmedo aire del sótano pareció adquirir vagos y sobrecogedores esbozos de forma, y que después, gradualmente, se fue desdibujando en una masa nebulosa y ascendiendo por el oscuro interior de la gran chimenea dejando un fuerte hedor tras de sí[46]. Fue algo verdaderamente horrible, y más aún en mi caso por lo que sabía del lugar. Negándome a huir, me quedé mirando cómo se esfumaba, y mientras lo hacía tuve la impresión de que aquel vapor estaba a su vez mirándome a mí ávidamente con unos ojos más imaginados que visibles. Cuando le conté aquello a mi tío, se entusiasmó mucho; y, tras una tensa hora de cavilaciones, llegó a una firme y drástica decisión. Considerando la importancia del asunto y la magnitud de nuestra relación con él, mi tío insistió en que ambos pusiéramos a prueba —y destruyéramos si era posible— al horror de la casa pasando juntos una o varias noches de tenaz vigilancia en aquel sótano mohoso e infestado de hongos.

IV.

EL MIÉRCOLES 25 de junio de 1919, tras la debida notificación a Carrington Harris —que no incluyó ninguna suposición sobre lo que esperábamos encontrar—, mi tío y yo llevamos a la casa evitada dos sillas y un catre plegables, junto con algunos aparatos científicos de mayor peso y complejidad. Todo esto lo colocamos en el sótano durante el día y después tapamos las ventanas con papel, teniendo pensado regresar a la caída de la tarde para nuestra primera noche de vigilancia. Habíamos cerrado con llave la puerta del sótano a la planta baja de la casa; y, dado que podíamos hacer lo mismo con la que daba al exterior, estábamos preparados para dejar allí nuestros caros y delicados aparatos —que habíamos obtenido en secreto y a un precio muy elevado— tantos días como fuera necesario prolongar nuestras vigilias. El plan era mantenemos despiertos los dos hasta muy tarde y después hacer guardias individuales hasta el amanecer en tumos de dos horas, primero

yo y luego mi compañero, mientras el miembro inactivo descansaba en el catre.

La innata capacidad de liderazgo con la que mi tío obtuvo los instrumentos de los laboratorios de la Universidad de Brown[47] y el Arsenal de Cranston Street[48] y asumió de forma instintiva el mando de nuestra empresa fue un magnífico ejemplo de la vitalidad y la resistencia que un hombre de ochenta y un años es capaz de poseer. Elihu Whipple había vivido su vida de acuerdo con los principios higiénicos que había preconizado como médico, y de no ser por lo que ocurrió posteriormente seguiría estando aquí hoy en la plenitud de sus fuerzas. Sólo dos personas se imaginan qué fue lo que sucedió en realidad: Carrington Harris y yo. Se lo tuve que contar a Harris porque era el dueño de la casa y merecía saber qué había salido de ella. Además ya habíamos hablado con él antes de iniciar nuestra búsqueda, y pensé que tras la desaparición de mi tío entendería la situación y colaboraría conmigo para dar algunas inevitables explicaciones públicas. Se puso muy pálido, pero accedió a ayudarme, y decidió que ya sería seguro alquilar la casa.



El campus de la Universidad de Brown. Fotografía de Chensiyuan.
CC-BY-S.A 3.0.

Afirmar que no estábamos nerviosos aquella lluviosa noche de centinela sería una exageración a la vez burda y ridícula. Si bien, como ya he dicho, no éramos personas que albergaran en modo alguno supersticiones pueriles, el estudio de la ciencia y la reflexión nos habían enseñado que el universo tridimensional que conocemos comprende una mínima fracción de toda la materia y energía que hay en el cosmos. En este caso una abrumadora preponderancia de pruebas extraídas de numerosas fuentes fidedignas apuntaban a la existencia persistente de ciertas fuerzas de gran poder y, por lo

que a la perspectiva humana respecta, de excepcional malignidad. Decir que creíamos realmente en vampiros u hombres lobo sería una afirmación imprudentemente amplia. Más bien habría que decir que no estábamos dispuestos a negar la posibilidad de que se dieran ciertas formas alteradas de fuerza vital y de materia disgregada que resultan desconocidas y no están identificadas, y que se presentan muy raramente en el espacio tridimensional debido a su relación más estrecha con otros sectores espaciales; pero que, con todo, se hallan lo bastante cerca de la frontera con el nuestro como para permitirnos ser testigo de apariciones ocasionales que, al no disponer de una percepción adecuada del universo, tal vez nunca podamos esperar comprender.

En resumen, mi tío y yo teníamos la impresión de que una serie incontrovertible de hechos señalaban la presencia de una influencia persistente en la casa evitada; atribuible a uno u otro de los despreciados colonos franceses de dos siglos atrás, y aún activa por obra de leyes extrañas y desconocidas que rigen el movimiento atómico y electrónico[49]. Que la familia de Roulet había poseído una afinidad antinatural con otros dominios de la existencia —mundos oscuros que sólo inspiran repulsión y tenor a la gente normal— era algo que su historia documentada parecía demostrar. Entonces, ¿no habrían activado los disturbios de aquella pasada década de 1730 ciertos patrones cinéticos en el morboso cerebro de uno o más de ellos —particularmente en el del siniestro Paul Roulet— que sobrevivieron de forma misteriosa a los cuerpos asesinados y enterrados por la turba, y que siguieron actuando en algún espacio multidimensional siguiendo las líneas de fuerza originales determinadas por un odio exacerbado hacia la comunidad circundante?

Sin duda, una cosa así no era imposible desde el punto de vista de la física o la bioquímica, a la luz de una nueva ciencia moderna que incluye las teorías de la relatividad y la acción intraatómica. Sería fácil imaginar un cúmulo de materia o energía de otra dimensión, con forma definida o sin ella, que se mantuviera vivo mediante substracciones imperceptibles o inmateriales de la fuerza vital o los tejidos y fluidos corporales de otros seres más tangiblemente vivos en los cuales penetra y con cuyo organismo se funde completamente en algunas ocasiones. Podría ser activamente hostil, o podría estar gobernado simplemente por un instinto irracional de supervivencia. En cualquier caso, un monstruo así ha de ser a la fuerza desde nuestra perspectiva una aberración y un intruso, cuya extirpación constituye un deber primordial para cualquier hombre que no sea un enemigo de la vida, la salud y la cordura del mundo.

Lo que nos tenía desconcertados era nuestro total desconocimiento del aspecto con el que podríamos encontrar a aquel ser. Ninguna persona cuerda la había visto jamás, y pocos habían llegado a sentir su presencia de manera clara. Podía estar hecho de energía pura —una forma etérea que habitara fuera del mundo material—, o ser quizá parcialmente corpóreo: una extraña masa plástica de contornos imprecisos capaz de cambiar a voluntad a vagas aproximaciones de los estados sólido, líquido y gaseoso, así como de otro estado de tipo insustancial no formado por partículas. Tanto la mancha de moho antropomórfica del suelo como la forma del vapor amarillento y la curvatura de las raíces de los árboles apuntaban cuando menos hacia una vaga conexión reminiscente con la forma humana; pero cuán representativa o permanente podía ser aquella similitud era algo imposible de decir con certeza alguna.

Habíamos ideado dos armas para combatirlo; un gran tubo de Crookes[50] especialmente adaptado que funcionaba con una potente batería eléctrica y que estaba provisto de unas curiosas pantallas y reflectores, en caso de que el ente resultara ser intangible y sólo fuera posible hacerle frente con radiaciones etéreas fuertemente destructivas, y un par de lanzallamas militares del tipo empleado en la guerra mundial[51], por si se comprobaba que era parcialmente corpóreo y susceptible de destrucción mecánica; puesto que, al igual que los supersticiosos pueblerinos de Exeter, estábamos dispuestos a calcinar el corazón de aquel ser, si es que tenía corazón alguno que calcinar. Instalamos todo este agresivo aparataje en el sótano, en posiciones cuidadosamente elegidas con respecto al catre, las sillas y el punto frente a la chimenea donde el moho había adoptado formas extrañas. Aquella evocadora mancha, por cierto, era sólo levemente apreciable cuando colocamos nuestro mobiliario e instrumental, y también cuando regresamos a última hora de la tarde para comenzar de manera propiamente dicha la vigilancia. Por un momento, dudé ligeramente de que la hubiera visto alguna vez en su forma más clara y definida; pero entonces recordé las leyendas.

Nuestra noche de vigilancia en el sótano comenzó a las 10 p. m., hora de verano[52], y a medida que fue avanzando no vimos indicio alguno de que fueran a producirse acontecimientos relevantes. El tenue brillo de las farolas azotadas por la lluvia que se filtraba desde el exterior, sumado a una débil fosforescencia irradiada por los aborrecibles hongos del interior, permitía ver la chorreante piedra de las paredes, de la cual había desaparecido todo rastro del encalado; la húmeda, fétida y dura tierra manchada de moho del suelo con sus hongos obscenos; los podridos restos de lo que en su día habían sido

taburetes, sillas y mesas, así como otros muebles de formas menos reconocibles; las gruesas tablas y sólidas vigas del entarimado del piso superior; la vieja y deteriorada puerta de listones que conducía a la leñera y cámaras similares bajo otras partes de la casa; la ruinosa escalera de piedra con su destrozado pasamanos de madera, y la tosca y cavernosa chimenea de ladrillos ennegrecidos en la que unos pedazos de hierro oxidado revelaban la presencia en otros tiempos de ganchos, morillos, un asador, un aguilón y una portezuela para el horno empotrado[29‡]; todas estas cosas, nuestro austero catre y sillas plegables, y la pesada y compleja maquinaria de destrucción que habíamos traído.

Al igual que en mis propias exploraciones anteriores, habíamos dejado la puerta a la calle cerrada sin llave, de modo que dispusiéramos de una conveniente vía de escape directa en caso de que las apariciones fueran demasiado poderosas como para poder hacerles frente. La convicción que teníamos era que nuestra presencia continuada durante la noche haría manifestarse a cualquier entidad maligna que allí se escondiera, y que, estando preparados, podríamos deshacemos de ella con uno u otro de los medios con que nos habíamos provisto en cuanto la hubiéramos identificado y observado lo suficiente. Cuánto tiempo podría requerir hacerla salir y acabar con ella, no teníamos ni idea. Se nos pasó por la cabeza, asimismo, que nuestra empresa distaba mucho de ser segura, dado que nadie era capaz de decir con qué fuerza podía aparecer el ser. Pero los dos consideramos que valía la pena correr el riesgo, así que nos embarcamos en aquella caza solos y sin vacilación, conscientes de que el buscar ayuda de otras personas únicamente nos expondría al ridículo y frustraría quizá por completo nuestro propósito. Tal era nuestra disposición de ánimo mientras hablábamos; cosa que hicimos hasta bien entrada la noche, cuando la creciente somnolencia de mi tío me hizo recordarle que se echara a dormir durante las dos horas que le correspondían.

Algo parecido al miedo enfrió mi optimismo mientras estaba sentado allí a solas en plena madrugada; y digo a solas porque alguien que vela junto a una persona dormida está ciertamente sola, quizá más de lo que es capaz de comprender. Mi tío respiraba muy fuerte, con hondas inhalaciones y exhalaciones acompañadas por el rumor de la lluvia de afuera y salpicadas por otro lejano y desesperante ruido de goteras dentro de la casa —pues esta era repulsivamente húmeda incluso en los días de tiempo seco, y, con aquella tormenta, parecería un auténtico pantano—. A la luz de los hongos y de los mortecinos rayos que se colaban desde la calle a través de las ventanas

tapadas, examiné con detenimiento la antigua y floja mampostería de las paredes; y en un momento dado en que la maloliente atmósfera del lugar parecía estar a punto de ponerme enfermo, abrí la puerta y miré a un extremo y otro de la calle, regalándome los ojos con sus familiares vistas y las narices con su saludable aire. Pese a todo, no ocurrió nada que premiara mi vigilancia, y bostecé reiteradamente conforme la fatiga fue imponiéndose a la aprensión.

Entonces me llamaron la atención los agitados movimientos de mi tío mientras dormía. Durante la última mitad de la primera hora, se había dado la vuelta en el catre varias veces de manera inquieta, pero ahora respiraba de un modo curiosamente irregular, exhalando de vez en cuando suspiros que recordaban en no pocos aspectos a gemidos de asfixia. Lo enfoqué con el haz de mi linterna y vi que tenía la cara vuelta hacia el lado contrario del catre, así que, tras levantarme e ir hasta allí, volví a encender la linterna para comprobar si parecía estar sintiendo algún dolor. Lo que vi me puso sorprendentemente nervioso, teniendo en cuenta su relativa trivialidad. Debió de ser simplemente por la asociación de cualquier tipo de circunstancia extraña con la siniestra naturaleza del lugar en el que estábamos y nuestra misión, ya que la circunstancia no era en sí aterradora ni antinatural. Era solamente que la expresión facial de mi tío, turbada sin duda por los extraños sueños que nuestra situación inducía, revelaba una considerable agitación y resultaba completamente atípica en él. Por lo común solía presentar un semblante afable y educadamente tranquilo, en tanto que ahora parecía haber toda una variedad de emociones luchando en su interior. Creo, en general, que fue aquella *variedad* lo que más me inquietó. Mi tío, mientras jadeaba y se revolvía de forma cada vez más alterada en el catre con unos ojos que ahora se habían abierto súbitamente, daba la impresión de ser no un solo hombre sino muchos, y hacía pensar que había algo curiosamente ajeno en él.

De repente empezó a musitar cosas de manera confusa, y no me gustó el aspecto de su boca y sus dientes mientras lo hacía. Sus palabras eran al principio indistinguibles. y entonces —con un tremendo respingo— reconocí algo en ellas que me llenó de un miedo helador hasta que recordé la amplia educación de mi tío y el sinfín de traducciones que había hecho de artículos de antropología y folclore aparecidos en la *Revue des Deux Mondes*[53]. Pues el anciano y venerable Elihu Whipple estaba murmurando *en francés*, y las pocas frases que alcancé a distinguir parecían estar relacionadas con los mitos más siniestros que había llegado a adaptar de la famosa revista parisina.

De pronto la frente de mi tío se perló de sudor, y entonces el anciano se levantó bruscamente del catre, medio despierto. El galimatías en francés se transformó en un grito en inglés, y la ronca voz profirió con estentórea agitación: «¡Me ahogo, me ahogo!». En ese instante mi tío despertó del todo, y, al tiempo que su expresión facial se relajaba hasta recuperar la normalidad, me cogió de la mano y empezó a contarme un sueño cuyo significado esencial sólo fui capaz de conjeturar con cierto sobrecogimiento.

Según me dijo, se había alejado flotando de una serie de escenas oníricas muy normales hasta otra cuyo carácter extraño no había estado relacionado con nada que hubiera leído jamás. Era de este mundo, y al mismo tiempo no lo era: una borrosa confusión geométrica en la que podían verse elementos de cosas familiares en combinaciones tremendamente insólitas y perturbadoras. Había algo que recordaba de manera vaga a una serie de imágenes extrañamente desordenadas y superpuestas unas con otras: una amalgama en la que los principios fundamentales del tiempo y del espacio parecían haberse diluido y entremezclado de una forma sumamente ilógica. En aquel caleidoscópico vórtice de imágenes fantasmales se veían a veces instantáneas —si cabe utilizar el término— particularmente nítidas pero inexplicablemente heterogéneas.

En un momento dado a mi tío le pareció estar tendido dentro de una fosa abierta que había sido cavada sin cuidado, mientras una muchedumbre de rostros enmarcados por mechones de cabello lacio y sombreros de tres picos lo miraba desde lo alto con gesto ceñudo e iracundo. Después le pareció estar otra vez en el interior de una casa —aparentemente antigua—, pero los detalles y los habitantes de la misma no paraban de cambiar, de modo que en ningún momento podía estar seguro de las caras ni de los muebles, o ni siquiera de la habitación en sí. dado que las puertas y las ventanas parecían cambiar continuamente con la misma rapidez que los objetos de tipo supuestamente más móvil. Era un sueño raro —terriblemente raro—, y mi tío pareció casi avergonzado, como si esperase hasta cierto punto que no le creyera, cuando afirmó que de las extrañas caras muchas habían tenido de manera inequívoca los rasgos de la familia Harris. Además, mientras todo esto ocurría, mi lío había experimentado una sensación personal de ahogo, como si una presencia ubicua se hubiera extendido por su cuerpo y hubiera intentado apoderarse de sus procesos vitales. Me estremecí al pensar que estos últimos, con todo el deterioro de ochenta y un años de funcionamiento ininterrumpido, hubieran entrado en conflicto con fuerzas desconocidas que podrían haber amedrentado perfectamente al organismo más joven y fuerte;

pero un instante después reflexioné que los sueños son sólo sueños, y que aquellas desagradables visiones sólo podían ser, como mucho, la reacción de mi tío a las investigaciones y expectativas que habían ocupado últimamente nuestros pensamientos de manera exclusiva.

La conversación, asimismo, tendió enseguida a disipar mi sensación de extrañeza, y al final me rendí ante los bostezos e hice uso de mi tumo en el catre. Mi tío parecía ahora muy desvelado, y acogió con agrado aquel periodo de vigilancia aunque la pesadilla lo hubiera despertado mucho antes del fin de las dos horas que le correspondían. El sueño no tardó en vencerme, y me vi inmediatamente atormentado por sueños de un tipo sumamente perturbador. Sentí, en mis visiones, una soledad infinita y abismal, acompañada por una hostilidad que llegaba en oleada de todas partes y se abatía sobre algún tipo de prisión en el que me hallaba confinado en postura yacente. Parecía estar atado y amordazado, y ser objeto de escarnio por parte de los reverberantes gritos de una distante multitud que se encontraba sedienta de mi sangre. El rostro de mi tío se me apareció evocando en mí impresiones menos agradables que en la vida real, y recuerdo haber hecho vanos y numerosos esfuerzos por liberarme e intentos de gritar. No fue un sueño agradable, y durante un segundo no lamenté el resonante alarido que se abrió camino a través de las barreras del reino de Morfeo y me hizo despertar de golpe completamente sobresaltado y espabilado de tal modo que todos los objetos ante mi vista se destacaron con más claridad y realismo de lo normal.

V.

HABÍA ESTADO ACOSTADO con la cara vuelta en dirección contraria a la silla de mi tío. de tal forma que en el instante de mi súbito despertar solamente vi la puerta a la calle, la ventana que quedaba más al norte y la pared, el suelo y el techo de la parte septentrional de la estancia, todo ello fotografiado con malsana viveza en mi cerebro con una luz más brillante que el resplandor que emitían los hongos o los rayos que se filtraban desde la calle. No era una luz intensa, ni siquiera medianamente fuerte; desde luego no lo suficiente, ni de lejos, para leer un libro normal. Aun así proyectaba en el suelo una sombra de mí y de mi catre, y poseía una claridad amarillenta y penetrante que apuntaba a algo más potente que la simple luminosidad: algo que advertí con malsana nitidez pese a que dos de mis otros sentidos se estaban viendo violentamente asaltados; pues en mis oídos reverberaban los ecos de aquel espantoso grito, al tiempo que mis fosas nasales se revolvían contra el hedor que llenaba la habitación. Mi mente, igual de alerta que mis

sentidos, reconoció la grave anomalía, y de manera prácticamente automática me levanté de un salto y me giré para asir los destructivos instrumentos que habíamos dejado apuntando a la mancha de moho frente a la chimenea. Mientras lo hacía, me daba pavor lo que habría de ver, ya que el grito había salido de la garganta de mi lío y no sabía contra qué amenaza tendría que defenderle a él y a mí mismo.

Sin embargo, al final la visión fue más terrible de lo que había temido. Hay horrores que superan a todos los demás, y este fue uno de esos epítomes del reino de las pesadillas que el cosmos se reserva para destruir a unos pocos condenados y desgraciados. De la tierra infestada de hongos se elevaba una vaporosa luz cadavérica, amarilla y enfermiza, que burbujeaba y se enroscaba hasta una altura gigantesca con vagos contornos parcialmente humanos y parcialmente monstruosos, a través de los cuales yo podía ver la chimenea y el hogar que estaban detrás. Era toda ojos —voraces y burlones—, y la rugosa cabeza insectoide terminaba en lo alto en un fino hilillo de vapor que describía unas cuantas volutas repulsivas y acababa desapareciendo por el hueco de la chimenea. Digo que vi esa cosa, pero sólo a través de una retrospección consciente llegué a distinguir de un modo preciso su aborrecible esbozo de forma. En el momento sólo era para mí una nube bullente y tenuemente fosforescente de repugnancia fungosa que se encontraba envolviendo y deshaciendo en una abominable masa plástica la única cosa en que estaba centrada toda mi atención. Esa cosa era mi tío —el anciano Elihu Whipple—, quien con facciones cada vez más ennegrecidas y descompuestas me miraba de soslayo y farfullaba incoherencias mientras extendía hacia mí unas garras chorreantes que buscaban despedazarme, movidas por la furia que aquel horror había despertado.

El instinto que confiere la rutina fue lo único que evitó que me volviera loco. Había estado practicando a fin de estar preparado para el momento crucial, y ese entrenamiento mecánico me salvó. Identificando que aquel burbujeante ente maligno no era ningún tipo de sustancia a la cual pudiera afectar la materia o la química material, e ignorando por consiguiente el lanzallamas que asomaba su enorme y borrosa silueta a mi izquierda, le di al interruptor de encendido del aparato con el tubo de Crook.es y concentré sobre aquella escena de inmortal blasfemia las radiaciones etéreas más potentes que la habilidad del hombre es capaz de extraer de los espacios y fluidos de la naturaleza. Se produjo entonces una neblina azulada y un frenético chisporroteo, y me pareció percibir una atenuación de la fosforescencia amarillenta. Pero advertí que dicha atenuación se debía

únicamente al contraste, y que las ondas de la máquina no estaban teniendo ningún efecto en absoluto.

Entonces, en medio de aquel espectáculo demoníaco, presencié un nuevo horror que me hizo dar varios gritos y buscar de manera torpe y tambaleante aquella puerta a la silenciosa calle, sin importarme qué terroríficas aberraciones liberase con ello ni qué opiniones o juicios negativos atrajera sobre mi persona. En el interior de aquella difusa mezcla amarilloazulada, la figura de mi tío había iniciado un nauseabundo derretimiento cuya naturaleza escapa a toda descripción, y durante el cual se sucedieron velozmente en su rostro en desaparición unos cambios de identidad como sólo una mente enloquecida alcanzaría a imaginar. Era al mismo tiempo un demonio y una muchedumbre, un osario y un desfile de época. Iluminada por los variados y cambiantes haces de luz, aquella cara gelatinosa adquirió una decena, una veintena, una centena de aspectos; sonriendo sardónicamente, mientras descendía hasta el suelo encima de un cuerpo que se derretía como una vela, con la caricaturizada fisonomía de una legión de extraños que no lo eran tanto.

Distinguí los rasgos característicos de la familia Harris, masculinos y femeninos, adultos e infantiles, así como también otros viejos y jóvenes, toscos y finos, familiares y desconocidos. Durante un segundo apareció fugazmente una deteriorada reproducción de una miniatura de la pobre y enloquecida Rhoby Harris que había visto en el Museo de la Escuela de Diseño[54], y en otro momento creí percibir la huesuda efigie de Mercy Dexter tal como la recordaba de un retrato en la casa de Carrington Harris. Fue algo inconcebiblemente espantoso. Hacia el final, cuando un curioso amasijo de semblantes de criados y bebés bullía intermitentemente cerca del suelo plagado de hongos en el que había un charco de grasa verdosa extendiéndose, me pareció como si las proteicas facciones lucharan entre sí y estuvieran tratando de formar contornos semejantes a los de la afable cara de mi tío. Quiero pensar que existió en ese instante, y que trató de despedirse de mí. Creo que mi propia garganta reseca logró articular una despedida entrecortada en el momento en que salí tambaleándome a la calle; a continuación de lo cual un fino reguero de grasa me siguió a través de la puerta hasta la mojada acera.

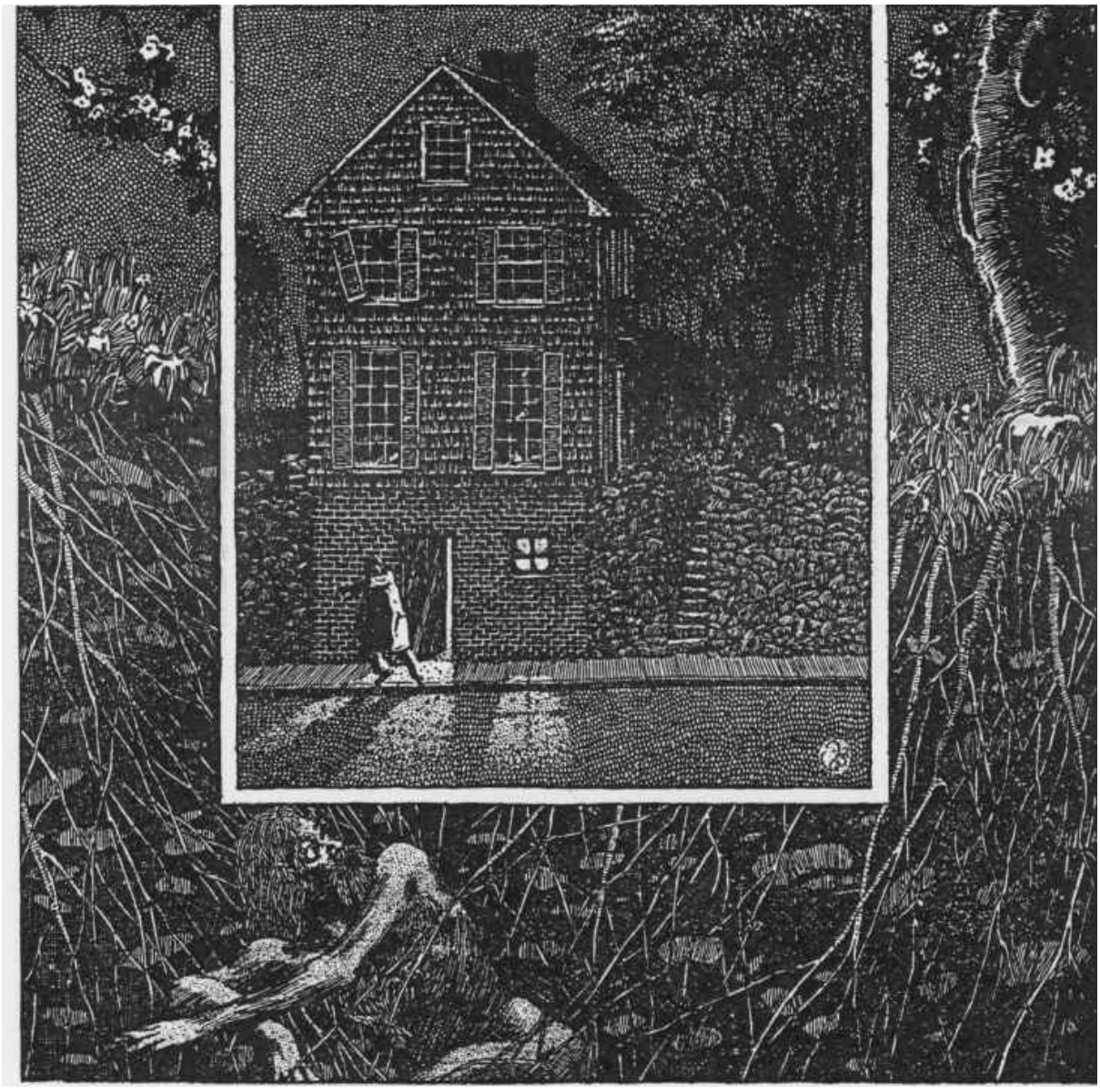


Una paronámica del centro de Providence hasta College Hill, en 1990.
Fotografía por cortesía de Will Hart.

El resto es un horrible borrón en mi memoria. No había nadie en la empapada calle, ni persona alguna en todo el mundo a la cual me atreviera a contar le lo sucedido. Eché a caminar sin rumbo, primero hacia el sur pasando por delante de College Hill[55] y el Ateneo[56]; después bajando por Hopkins Street, y luego cruzando el puente hasta el distrito comercial, donde los altos edificios parecían protegerme del mismo modo que las cosas materiales modernas protegen al mundo de antiguos y malsanos prodigios. Entonces la gris luz del alba fue despuntando húmedamente por el este, haciendo que la arcaica colina y las venerables agujas de sus iglesias se recortaran en el cielo, y llamándome al lugar donde mi terrible trabajo seguía aún inconcluso. Y finalmente fui, empapado, sin sombrero y aturdido a la luz del amanecer, y entre por aquella terrible puerta de Benefit Street que había dejado entreabierta y que aún se mecía misteriosamente a plena vista de los vecinos más madrugadores. con los cuales no me atreví a hablar.

La grasa había desaparecido, dado que el mohoso suelo era poroso. Y delante de la chimenea no quedaba ningún rastro de la gigantesca figura de nitro encogida sobre sí misma. Miré el catre, las sillas, los aparatos, mi abandonado sombrero y el amarilleado canotier de mi tío. Mi aturdimiento era máximo, y apenas era capaz de discernir cuáles de mis recuerdos eran reales y cuáles ensueños. Entonces empecé a hacer memoria poco a poco, y tuve claro que había presenciado cosas más horribles que las que había soñado. Tras sentarme, traté de conjeturar hasta donde la cordura me lo permitía qué había ocurrido exactamente, y cómo podría poner fin a aquel horror en caso de que hubiera sido verdaderamente real. No había dado la impresión de estar hecho de materia ni de éter ni de ninguna otra cosa concebible por la mente humana. ¿Qué otra cosa podía ser, pues, sino alguna clase de *emanación* exótica; un vapor vampiresco como los que las rústicas gentes de Exeter dicen que acechan en ciertos cementerios? Tuve el presentimiento de que aquella era la clave, y miré otra vez el suelo frente a la chimenea donde el moho y el nitro

habían adoptado formas extrañas. Diez minutos después ya había tomado una decisión, y tras coger mi sombrero me fui a casa, donde me di un baño, comí y encargué por teléfono un pico, una pala, una máscara antigás del ejército y seis garrafas[57] de ácido sulfúrico[58], todo lo cual habría de ser entregado a la mañana siguiente en la puerta al sótano de la casa evitada de Benefit Street. Después intenté dormir, pero, al no conseguirlo, pasé las horas leyendo y componiendo versos inanes para contrarrestar mi estado de ánimo.



«Aquella terrible puerta de Benefit Street que había dejado entreabierta». *Weird Tales* 30, 4 (octubre 1937) (ilustrador, Virgil Finlay).

A las 11 de la mañana del día siguiente comencé a cavar. El día estaba soleado, de lo cual me alegré. Seguía solo, dado que, por mucho miedo que le tuviera al horror desconocido que buscaba, me asustaba más la idea de

decírselo a nadie. Posteriormente se lo contaría a Harris sólo por pura necesidad, y porque este había oído historias extrañas de gente mayor que le hacían estar muy poco predispuesto a creerme. Mientras levantaba la hedionda tierra negra frente a la chimenea, haciendo que un viscoso icor amarillo rezumara de los hongos blancos que iba cortando con la pala, me estremecí al pensar con recelo en lo que podría dejar al descubierto. Algunos secretos de las entrañas de la tierra no traen nada bueno a la humanidad, y tenía la impresión de que aquel era uno de ellos.

La mano me temblaba perceptiblemente, pero seguí cavando, de tal forma que al cabo de un rato me hallé dentro de un enorme hoyo hecho por mí mismo. Al ir ahondando el hoyo, que tenía algo menos de dos por dos metros de lado, el repulsivo hedor se intensificó; hecho que me convenció de la inminencia de mi encuentro con el diabólico ser cuyas emanaciones habían maldecido la casa durante más de un siglo y medio. Me pregunté qué aspecto tendría, cuál sería su forma y de qué estaría hecho. y cuánto habría podido crecer en el largo tiempo que llevaba succionando energía vital. Finalmente salí del hoyo y dispersé la tierra amontonada, y luego coloqué las grandes garrafas de ácido bordeando dos de sus lados, de tal modo que cuando fuera necesario pudiese vaciarlas todas en el interior del hueco en rápida sucesión. Después fui echando la tierra fuera sólo por los otros dos lados, trabajando más despacio y poniéndome la máscara antigás cuando el hedor se volvió más fuerte. Pensar que me encontraba tan cerca de un ser indescriptible en el fondo de un hoyo me tenía prácticamente frenético.

De pronto la pala dio con algo más blando que la tierra. Yo sentí un escalofrío, e hice ademán de trepar fuera del hoyo, el cual era ya tan profundo que tenía el borde a la altura del cuello. Pero entonces recobré la valentía, y seguí retirando más tierra a la luz de la linterna eléctrica de la que me había provisto. La superficie que dejé al descubierto era mórbida y vítrea como la carne de pescado: una especie de gelatina cuajada y semipútrida con atisbos de traslucidez. Continué escarbando, y vi que tenía forma. Había una hendidura en una zona donde una parte de la sustancia se encontraba plegada sobre sí misma. El área expuesta era enorme y aproximadamente cilindrica; como un colosal tubo de estufa blancoazulado doblado por la mitad, cuya parte más grande tenía unos sesenta centímetros de diámetro. Seguí escarbando un poco más, y entonces, de repente, salí del hoyo de un salto para alejarme de aquella cosa repugnante, abriendo y tumbando con frenesí las pesadas garrafas y vertiendo una por una su corrosivo contenido en el interior

de aquella fosa y sobre la inconcebible aberración cuyo gigantesco *codo* había visto.

Nunca olvidaré el cegador remolino de vapor amarilloverdoso que se levantó tempestuosamente de aquel hoyo mientras caían los chorros de ácido. Todos los vecinos de la colina hablan del «día amarillo», cuando aparecieron unos horribles gases ponzoñosos generados por los desechos industriales que se vierten al río Providence, pero sé lo equivocados que están respecto a su origen. También hablan del espantoso rugido que se oyó al mismo tiempo proveniente de alguna tubería de agua o conducto principal del gas bajo tierra; mas de nuevo podría corregirlos si me atreviera. Fue una experiencia inenarrablemente sobrecogedora, y no comprendo cómo logré sobrevivir a ella. Lo cierto es que me desmayé tras vaciar la cuarta garrafa, la cual tuve que manipular después de que los gases hubieran empezado a filtrarse dentro de mi máscara; pero cuando me recuperé vi que el hoyo ya no despedía más vapores.



El río Providence, en 2013. El edificio Industrial Trust es visible a la izquierda. Fotografía de boliyou, CC-BY-S.A. 2.0.

Vacié las dos garrafas restantes dentro de él sin ningún resultado especial, y pasado un rato me pareció que ya era prudente volver a rellenar el hoyo con la pala. Se hizo de noche antes de que hubiera terminado, pero el lugar había dejado de dar miedo. La humedad era menos fétida, y todos aquellos extraños hongos se habían marchitado hasta convertirse en una especie de inofensivo polvo grisáceo que volaba por el suelo como si fuera ceniza. Uno de los horrores que moran en las profundidades de la tierra había muerto definitivamente; y el alma demoníaca de un ser impío había ido a parar al fin al infierno, si es que hay uno. Y mientras aplanaba la última palada de tierra mohosa, derramé la primera de las muchas lágrimas con las que he rendido sincero tributo a la memoria de mi querido tío.

A la primavera siguiente ya no brotó más hierba pálida ni maleza extraña en el jardín en terraza de la casa evitada, y Carrington Harris alquiló la vivienda poco después. Aún resulta fantasmagórica, pero su carácter fuera de lo común me fascina; y sentiré un curioso pesar, además de alivio, cuando la tiren abajo para construir en su lugar una tienda ramplona o un vulgar bloque de apartamentos. Los viejos árboles del jardín han empezado a dar pequeñas manzanas dulces, y el año pasado los pájaros anidaron en sus retorcidas ramas.

El horror de Red Hook[1]

La aversión de Lovecraft por Nueva York y sus habitantes está bien documentada. Este relato, escrito en el momento de mayor ebullición de la intensa xenofobia y rabia del escritor por no haber alcanzado sus metas en la ciudad, describe un barrio —situado justo al lado de aquel en el que él vivía— que se ha convertido en un pozo de locura y depravación. La minuciosa atención al detalle de H. P. L., aun en su estado de ira, queda demostrada por su inclusión de la historia de la población neerlandesa de la ciudad. Lovecraft consideraba que el relato era «largo y farragoso», y no muy bueno, pero aun así fue un intento de extraer horror de un lugar que en su opinión no tenía ninguna cualidad positiva, «salvo cosas vulgares y corrientes». El narrador de la historia, Tom Malone, es un precursor de detectives protagonistas posteriores como el Philip Marlowe de Raymond Chandler, el cual también se aventuraba a pisar «malas calles», si bien con más éxito.

> Hay sacramentos del mal a la par que del bien a nuestro alrededor, y vivimos y nos movemos en mi opinión en un mundo desconocido, un lugar donde hay cuevas, sombras y moradores misteriosos. Es posible que el hombre regrese a veces a la senda de la evolución, y creo que hay tradiciones espantosas que aún perviven.
>
> —ARTHUR MACHEN[2]

I.

HACE NO MUCHAS semanas, en una esquina del pueblo de Pascoag, en Rhode Island[3], un hombre alto, fornido y de aspecto saludable que iba caminando por la calle dio pie a un gran número de especulaciones a causa de un extraño episodio de enajenación mental. Al parecer. había estado bajando la colina por el camino de

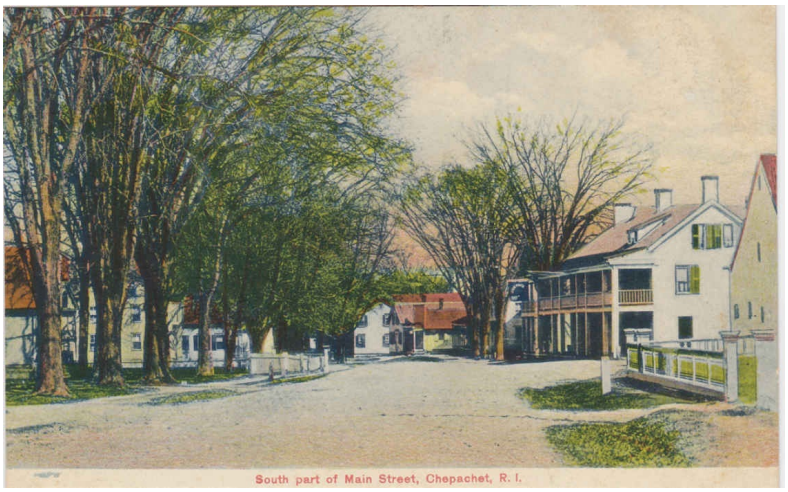
Chepachet[4], y al llegar al centro de la población había torcido a la izquierda por la calle principal, donde varios modestos edificios comerciales aportan un toque urbano. En ese momento, sin ninguna causa aparente que lo provocara, el hombre sufrió su sorprendente episodio, en el cual se quedó mirando raramente por un segundo el más alto de los edificios que tenía delante y acto seguido. con una serie de gritos de terror histéricos, echó a correr de manera frenética hasta que acabó tropezando y cayendo al suelo en el siguiente cruce de calles. Cuando las personas que estaban por allí lo levantaron y le limpiaron el polvo de la ropa, se descubrió que estaba

consciente, físicamente ileso y obviamente recuperado de su súbita crisis nerviosa. El hombre dio algunas explicaciones avergonzadas acerca de una situación muy estresante por la que había pasado y después regresó cabizbajo por el camino de Chepachet, subiendo cansinamente sin mirar atrás ni una sola vez hasta perderse de vista. Era extraño que aquel incidente le hubiera ocurrido a un hombre tan corpulento y robusto y de un aspecto tan normal y capaz, y el que uno de los testigos del suceso comentara que lo había reconocido como el huésped de un conocido lechero que vivía a las afueras de Chepachet no disminuyó en lo más mínimo tal impresión.

Al final se descubrió que el hombre era un detective de la Policía de Nueva York[5] llamado Thomas F. Malone, que en aquel momento estaba disfrutando de un permiso de larga duración bajo tratamiento médico después de haberse enfrentado a un trabajo desmesuradamente arduo en un truculento caso local al que un accidente había conferido un carácter dramático. Varios edificios de ladrillo antiguos se habían venido abajo durante una redada en la que él había tomado parte, y de algún modo la ingente cantidad de víctimas mortales del suceso, tanto de detenidos como de compañeros suyos, le había dejado particularmente conmocionado. A consecuencia de ello, el detective había desarrollado un extraño y agudo terror hacia cualquier edificio que recordara siquiera remotamente a aquellos que se habían derrumbado, de tal forma que los psicólogos habían acabado prohibiéndole que viera ese tipo de cosas por un periodo de tiempo indefinido. Un médico de la Policía que tenía parientes en Chepachet le había sugerido aquel pintoresco pueblecillo de casas coloniales de madera como un lugar ideal para pasar su convalecencia; y allí se había ido el enfermo, tras prometer que no se aventuraría a recorrer las calles bordeadas de edificios de ladrillo de pueblos más grandes hasta que se lo aconsejara a su debido tiempo el especialista de Woonsocket[6] con quien le habían puesto en contacto. Aquel paseo hasta Pascoag para comprar revistas había sido una mala idea, y el paciente había pagado con miedo, magulladuras y humillación su desobediencia.

Eso era lo que los chismosos de Chepachet y Pascoag sabían, y también lo que los especialistas más doctos creían. Sin embargo, en un primer momento Malone les había contado a estos últimos muchas más cosas, y únicamente dejó de hacerlo cuando vio que siempre le correspondían con una incredulidad total. A partir de entonces guardó silencio, y no presentó una sola objeción cuando todo el mundo se mostró de acuerdo en que el derrumbe de unas ciertas viviendas sórdidas de ladrillo en el hamo brooklynense de Red Hook, y el consiguiente fallecimiento de un gran número de bravos agentes de

policía, había alterado su equilibrio nervioso. Se había esforzardo demasiado, según dijeron todos, en su intento de limpiar aquellos focos de desorden y violencia; ciertos detalles ya habían sido suficientemente traumáticos de por sí, siendo sinceros, y la inesperada tragedia fue la gota que colmó el vaso. Esta era una explicación simple que todo el mundo podía entender, y como Malone no era una persona simple se dio cuenta de que era mejor para él dejarlo estar. Insinuar ante gente desprovista de imaginación que había contemplado un horror inconcebible para el ser humano —casas, manzanas y ciudades infectados e infestados por un mal traído de mundos antediluvianos — era sencillamente buscarse acabar en una habitación acolchada en vez de en un apacible retiro campestre, y Malone era un hombre dotado de sentido común, a pesar de su misticismo. Poseía la clarividencia de los celtas para advertir cosas extrañas y ocultas, pero también la agudeza del lógico para detectar apariencias poco convincentes: una combinación que le había hecho llegar muy lejos a sus cuarenta y dos años de vida, y llevado a pisar lugares extraños para un graduado de la Universidad de Dublín[7] nacido en una casona georgiana próxima a Phoenix Park[8].



Una postal de Chepachet (Rhode Island), *ca.* 1920.



Red Hook [Brooklyn), ca 1875.

Y ahora, mientras hacía repaso de las cosas que había visto, sentido y temido. Malone estaba conforme con guardarse para sí el secreto de aquello que podía convertir a un luchador intrépido en un neurótico tembloroso y tornar unos viejos suburbios y una multitud de astutos rostros atezados en una visión de pesadilla e inquietantemente premonitoria. Aquella no era la primera vez que sus impresiones habían tenido que permanecer inexplicadas, pues ¿acaso no había sido un impulso carente de toda explicación razonable el acto mismo de zambullirse en la infernal torre de Babel de los bajos fondos neoyorquinos? ¿Qué podía contar a los prosaicos de las antiguas hechicerías y grotescos portentos que los ojos perspicaces son capaces de detectar en medio de aquel ponzoñoso hervidero en el que la abigarrada escoria de tiempos malsanos entremezcla sus venenos y perpetúa sus obscenas monstruosidades? Él había visto la demoníaca llama verde de los prodigios que se ocultan en ese tumultuoso y esquivo maremágnum de caras codiciosas y corazones blasfemos, y había sonreído diplomáticamente en cada ocasión en que los neoyorquinos que conocía se habían burlado sin excepción de su novedoso enfoque del trabajo policial. Estos se habían mostrado muy chocarreros y cínicos, riéndose de su disparatada búsqueda de misterios incognoscibles y asegurándole que en estos tiempos Nueva York albergaba únicamente cosas vulgares y corrientes. Uno de ellos le había apostado una cuantiosa suma a que ni siquiera era capaz —pese a contar en su haber con un gran número de conmovedoras publicaciones en la *Dublin Review*[9]— de escribir una historia verdaderamente interesante sobre la hez de Nueva York; y, ahora, al recordar todo aquello, Malone se daba cuenta de que la ironía cósmica había

confirmado las palabras de aquel profeta al mismo tiempo que había refutado secretamente su frívolo significado. El horror, tal como había sido finalmente vislumbrado, no podía convertirse en una historia, ya que aquello, al igual que el libro citado por la fuente alemana de Poe, «*er lasst sich nicht lesen*: no se deja leer»[10].

II.

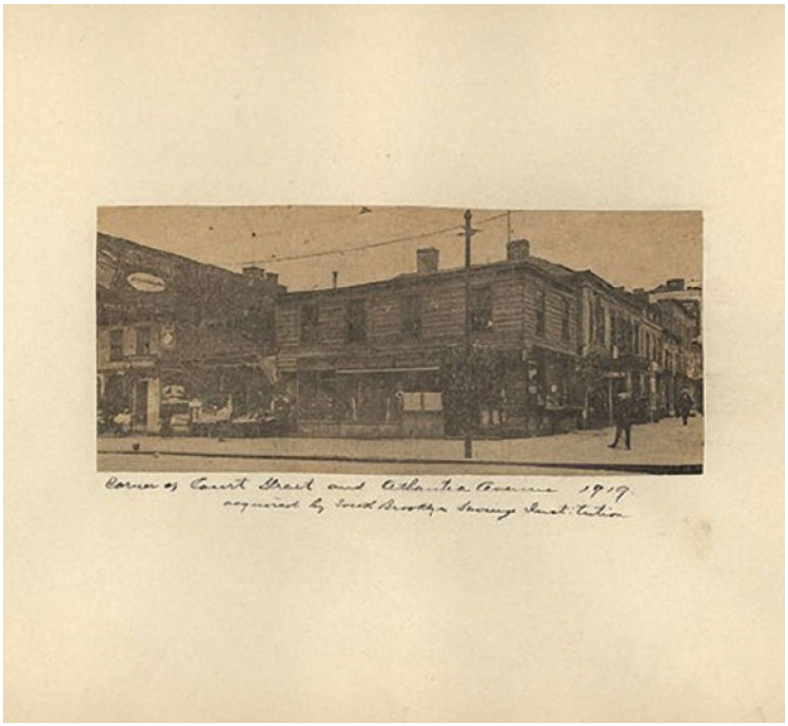
MALONE SIEMPRE HABÍA intuido un misterio latente en la existencia. En su juventud había percibido la belleza oculta y el intenso placer de las cosas, y había sido poeta; pero la miseria, el pesar y el exilio le habían hecho dirigir la mirada hacia regiones más oscuras, y se había estremecido de emoción al ver la presunta obra del mal en el mundo. El día a día había acabado siendo para él en una fantasmagoría de macabros estudios ocultos, que unas veces lo fascinaban y seducían con su secreta perversión a la manera del mejor Beardsley[11], y otras le hacían entrever cosas terribles tras las figuras y objetos más comunes tal como sucede en las obras más sutiles y menos obvias de Gustave Doré[12]. Solía pensar a menudo que era una bendición que la mayor parte de las personas de gran inteligencia se burlaran de los misterios más insondables; dado que —sostenía él— si alguna vez se pusiera a las mentes superiores plenamente en contacto con los secretos que guardan los cultos arcaicos y primitivos, las ideas aberrantes que resultarían de ello no sólo destruirían rápidamente el mundo, sino que también pondrían en riesgo la integridad misma del universo. Todas estas cavilaciones eran indudablemente malsanas, pero Malone las contrarrestaba hábilmente con una lógica aguda y un profundo sentido del humor. Le parecía bien dejar que sus especulaciones siguieran siendo atisbos de cosas prohibidas susceptibles de ser tomadas a la ligera; y la histeria solamente llegó cuando el deber lo metió de lleno en un infierno de revelaciones demasiado repentino e insidioso como para poder escapar de él.

Malone llevaba ya un tiempo destinado en la comisaría de Butler Street[13] de Brooklyn cuando el asunto de Red Hook llegó a sus oídos. Red Hook es un laberinto de miseria multirracial lindante con la antigua zona portuaria que hay justo enfrente de Governor's Island[14], con calles sórdidas que remontan la colina desde los muelles hasta ese terreno más elevado donde las deterioradas Clinton[15] y Court Street empiezan a prolongarse en dirección a la sede de la junta de distrito de Brooklyn[16]. Sus casas, que datan de entre el primer cuarto y mediados del siglo XIX, están hechas mayormente de ladrillo, y algunos de los callejones y atajos menos conocidos poseen ese atrayente

aire de época que las lecturas convencionales nos llevan a denominar «dickensiano». La población es un revoltijo y un enigma sin remedio, con grupos sirios, españoles, italianos y negros que se molestan mutuamente, y restos aislados de comunidades escandinavas y norteamericanas que viven no muy lejos de ellos[17]. Es una babel de ruido e inmundicia, que emite extraños griteríos en respuesta al chapaleo de las oleosas olas en sus mugrientos embarcaderos y a las sobrecogedoras letanías polifónicas de los pitos de los barcos. Hace tiempo reinaba un panorama más agradable en este lugar, con marineros de ojos claros en las calles cercanas a la ribera y exquisitas y suntuosas residencias allí donde las casas más grandes cubren la colina. Pueden encontrarse trazas de esta antigua prosperidad en las elegantes formas de los edificios; en las esbeltas iglesias que salpican la zona, y en los vestigios de la ornamentación y el paisaje urbano originales presentes aquí y allá en pequeños detalles: un gastado tramo de escaleras, una puerta maltrecha, un carcomido par de columnas o pilastras decorativas, o un pedazo de terreno antaño ajardinado con una valla de hierro herrumbrosa y retorcida. Las viviendas se agrupan por lo general en manzanas compactas, y de vez en cuando asoma por los tejados una linterna de contomo acristalado que habla de los días en que las casas de los capitanes y los armadores permanecían ojo avizor a la mar.



El edificio de la antigua comisaría del distrito policial 18 en Brooklyn (Nueva York), probablemente similar a la comisaría de Butler Street (incluyendo una caballeriza).



Esquina de Court Street y Atlantic Avenue (Brooklyn), en 1919.



La sede de la junta de distrito de Brooklyn, en la actualidad.

Desde este gatuperio de podredumbre material y espiritual asaltan el cielo las blasfemias de un centenar de dialectos. Hordas de merodeadores tambaleantes recorren las callejuelas cantando y vociferando, manos furtivas apagan luces y corren cortinas con brusquedad de tanto en tanto, y caras atezadas y picadas de vilezas desaparecen de las ventanas cuando algún forastero se adentra en el barrio. La Policía ha perdido toda esperanza de imponer orden en él o reformarlo, y en vez de ello trata de levantar barreras

que protejan al mundo exterior de su perniciosa influencia. El mido de los coches patrulla se ve respondido por una especie de silencio estremecedor, y aquellos que son detenidos en el vecindario nunca se muestran comunicativos. Los delitos conocidos en el lugar son tan variados como los dialectos existentes en él, y recorren toda la gama desde el contrabando de alcohol y la introducción clandestina de inmigrantes ilegales, pasando por desórdenes y oscuras actividades ilícitas de diversa gravedad, hasta las formas más abominables de asesinato y mutilación. Que estas fechorías visibles no sean más frecuentes no es algo que deba enorgullecer a la comunidad local, a menos que la capacidad de ocultación sea un arte al cual haya que reconocer mérito. En Red Hook entra más gente de la que sale —o, al menos, de la que sale de él por tierra— y aquellos que no hablan más de la cuenta son los que tienen más probabilidades de abandonar sus límites.

Malone descubrió en este escenario un leve tufo a unos secretos más terribles que cualquiera de los pecados que censuran los ciudadanos y lamentan los sacerdotes y los filántropos. Como alguien que aunaba imaginación y conocimiento científico, era consciente de que el hombre moderno, en circunstancias donde impera la anarquía, tiende asombrosamente a repetir en su vida cotidiana y prácticas rituales los más siniestros patrones instintivos del salvajismo simiesco de nuestros ancestros primitivos, y había sido testigo en numerosas ocasiones entre escalofríos de antropólogo de las procesiones de jóvenes aletargados con rostros marcados por la viruela que en las oscuras madrugadas serpenteaban por las calles del barrio entonando cánticos y blasfemias. Se veían grupos de aquellos jóvenes a todas horas: unas veces apostados en las esquinas como vigilantes de mirada aviesa, otras en los portales de las casas tocando inquietantes melodías con instrumentos musicales baratos; echando narcóticas cabezadas o charlando de manera vulgar en lomo a mesas de cafetería cerca del edificio de la junta de distrito, o conversando en susunos junto a taxis cochambrosos parados frente a las altas escaleras de entrada a viejos inmuebles ruinosos que tenían los postigos de sus ventanas firmemente cerrados. Aquellos jóvenes intranquilizaban y fascinaban a Malone más de lo que este se atrevía a confesar a sus compañeros del cuerpo, dado que parecía advertir en ellos algún monstruoso legado secreto: un antiguo patrón diabólico y enigmático completamente ajeno a la sórdida pila de hechos, hábitos y lugares predilectos recabados con tan concienzuda profesionalidad por la Policía. Tenía la sensación de que debían ser los herederos de alguna espeluznante tradición primigenia; partícipes de retazos dispersos y degradados de cultos y ceremonias más

vetustos que la humanidad. Su cohesión y determinación apuntaba a ello, y se notaba en el singular atisbo de orden que había latente tras su repugnante desorden. La lectura por parte de Malone de tratados como *El culto de las brujas en Europa occidental*[18] de la Srta. Murray no había sido en vano, y el detective sabía que hasta años recientes había pervivido sin lugar a dudas entre campesinos y gentes solapadas un aterrador sistema clandestino de cónclaves y orgías que provenían de siniestras religiones anteriores al mundo ario y que figuraban en las leyendas populares como misas negras y aquelarres. Malone no podía creer ni por un momento que estos diabólicos vestigios de magia arcaica y cultos a la fertilidad prehistóricos de origen turanio[19] hubieran sido olvidados por completo en nuestro tiempo, y a menudo se preguntaba cuánto más antiguos y malévolos que las más terribles leyendas murmuradas por la gente podrían ser realmente algunos de ellos.

III.

FUE EL CASO de Robert Suydam[20] el que llevó a Malone al fondo de lo que estaba ocurriendo en Red Hook.

Suydam era un cultivado ermitaño de una antigua familia holandesa, un hombre antaño poseedor de rentas modestas que vivía en la espaciosa pero mal conservada mansión que su abuelo había construido en Flatbush[21] cuando dicho asentamiento era poco más que un agradable grupo de casitas coloniales dispuestas alrededor de la puntiaguda Iglesia Reformada cubierta de hiedra y su vallado cementerio de lápidas neerlandesas. En su solitaria residencia, situada a cierta distancia de Martense Street[22] en medio de un jardín de venerables árboles vetustos, Suydam se había pasado seis décadas entregado a la lectura y las cavilaciones, exceptuando un periodo hacía una generación en el que había zarpado hacia el Viejo Mundo y estado allí ocho años desaparecido. No podía permitirse tener sirvientes y apenas dejaba que unas pocas visitas turbaran su completa soledad, evitando amistades íntimas y recibiendo a sus escasos conocidos en una de las tres habitaciones de la planta baja que mantenía en orden: una inmensa biblioteca de techo alto cuyas paredes estaban atestadas de arriba abajo con ajados volúmenes de aspecto denso, arcaico y vagamente repulsivo. El crecimiento del pueblo y su absorción final dentro del distrito de Brooklyn no habían tenido ninguna relevancia para Suydam, y él mismo había ido siendo cada vez menos relevante para sus convecinos. La gente mayor aún lo reconocía en la calle, pero para la mayor parte de los nuevos residentes de la zona era simplemente un anciano extraño y corpulento cuyo desgreñado cabello blanco, barba de

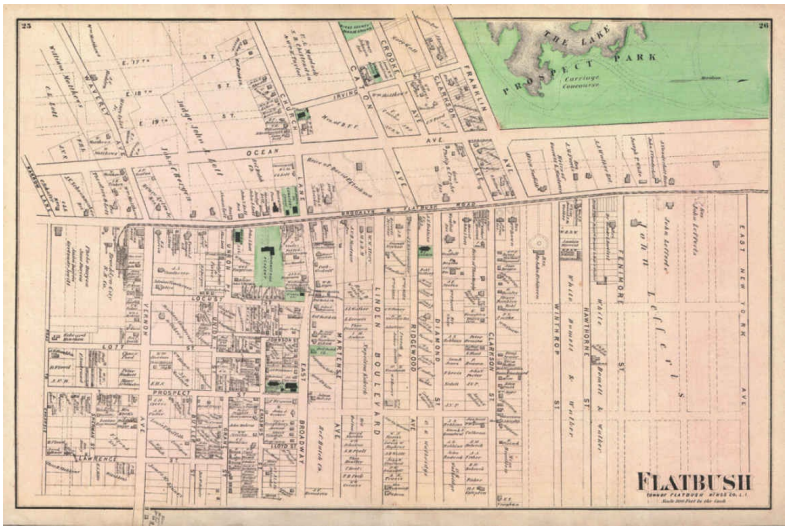
varios días, lustrosa ropa negra y bastón de puño dorado le hacían merecedor de una mirada divertida y nada más. Malone no lo había visto nunca hasta que el deber le hizo investigar aquel caso, pero sí que había oído hablar de él como una autoridad realmente profunda en el campo de las supersticiones medievales, y en una ocasión había querido echar un vistazo, por pasar el rato, a un opúsculo suyo ya descatalogado en torno a la Cábala[23] y la leyenda de Fausto[24] que un amigo había citado de memoria.



La Iglesia Reformada de Flatbush, *ca.* 1899-1909.



La Iglesia Reformada, en 2010.
Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.



Un plano de Brooklyn en el que figura Martense Street (Flatbush), 1873.

Suydam se convirtió en un «caso» cuando unos parientes lejanos suyos —los únicos que tenía— trataron de conseguir su incapacitación judicial por motivos de demencia. La acción de estos familiares resultó inesperada para el resto de la gente, pero fue emprendida en realidad sólo después de una prolongada observación y un doloroso debate. Se basó en ciertas alteraciones extrañas de su manera de expresarse y sus hábitos; alusiones absurdas a

portentos inminentes, e incomprensibles visitas reiteradas a barrios de mala reputación de Brooklyn. Su imagen personal se había ido volviendo más y más desaliñada con el paso de los años, y en aquel momento se paseaba por las calles como un auténtico mendigo, siendo visto por amigos avergonzados en estaciones de metro, o perdiendo el tiempo en conversaciones con grupos de extraños de aspecto moreno y siniestro en los bancos que hay cerca de la sede de la junta de distrito. Cuando hablaba era para farfullar acerca de poderes ilimitados que se encontraban prácticamente a su alcance, y para hablar una y otra vez con mirada ladina de palabras o nombres místicos como «Sefirot», «Asmodai» y «Samael»[25]. El proceso judicial reveló que estaba gastando todos sus ingresos y dilapidando su hacienda en la compra de curiosos libros importados desde Londres y París, así como en el mantenimiento de un sórdido piso sótano en el barrio de Red Hook donde pasaba prácticamente todas las noches, recibiendo a insólitas delegaciones de camorristas y extranjeros de sangre mestiza y oficiando aparentemente algún tipo de ceremonia tras los estores verdes de sus misteriosas ventanas. Los detectives asignados al seguimiento del anciano declararon haber oído desde la calle extraños gritos, cantos y brincos en estos ritos nocturnos, cuyo peculiar arrebatamiento y desenfreno les hizo estremecerse pese a lo frecuentes que eran las orgías extrañas en aquel barrio alcoholizado. Con todo, cuando llegó la vista del caso, Suydam logró mantener su libertad. Ante el juez sus modales se volvieron urbanos y racionales, y el anciano admitió sin reparo el raro comportamiento y extravagante lenguaje que había acabado por adquirir debido a su excesiva dedicación al estudio y la investigación. Se hallaba enfrascado, según dijo, en pesquisas sobre ciertos aspectos del folclore europeo que requerían un contacto sumamente cercano con grupos extranjeros, así como con sus canciones y danzas populares. La idea de que una vil sociedad secreta estuviera aprovechándose de él, tal como insinuaban sus parientes, era obviamente absurda, y demostraba el tristemente escaso entendimiento que tenían de él y su trabajo. Una vez que salió vencedor con sus tranquilas explicaciones, se le permitió marchar con total libertad; y los detectives contratados por los Suydam. los Corlear[26] y los Van Brunt[27] fueron enviados a casa con resignada indignación.

Fue entonces cuando entró en el caso una alianza de inspectores federales y policías, entre ellos Malone. Las fuerzas de la ley habían estado vigilando las acciones de Suydam con interés, y habían sido invitadas a ayudar a los detectives privados en numerosas ocasiones. Durante el desempeño de esta labor se descubrió que las nuevas compañías de Suydam se contaban entre los

criminales más perversos y violentos que habitaban las tortuosas callejuelas de Red Hook, y que al menos un tercio de ellos eran delincuentes conocidos que ya tenían repetidos antecedentes por robo, desórdenes públicos y tráfico de inmigrantes. De hecho, no habría resultado nada exagerado decir que el círculo personal del viejo erudito coincidía casi a la perfección con los peores elementos de las bandas organizadas que desembarcaban clandestinamente a cierta escoria asiática indescriptible e inclasificada que había sido sabiamente rechazada en la isla Ellis[30‡]. En los abarrotados y paupérrimos edificios de viviendas de Parker Place[28] —una calle que tiene hoy otro nombre— donde Suydam tenía su piso sótano, se había desarrollado una colonia sumamente inusual de individuos de ojos rasgados y etnia desconocida que utilizaba el alfabeto arábigo, pero que era repudiada de manera elocuente por la nutrida comunidad de sirios establecida en Atlantic Avenue y sus inmediaciones. Todos ellos podrían haber sido deportados por no tener papeles, pero el legalismo es lento en actuar, y uno no alborota el avispero de Red Hook a no ser que la presión pública lo obligue a ello.



Asmodeo.

Aquellos individuos solían ir a una iglesia de piedra ruinosa, utilizada los miércoles como sala de baile, que erguía sus contrafuertes góticos en las proximidades de la zona más infame de los muelles. Nominalmente era católica; pero ningún cura de Brooklyn le otorgaba el más mínimo prestigio y legitimidad, y los agentes de la Policía estaban de acuerdo con ellos cuando

escuchaban los ruidos que salían del templo por las noches. En los momentos en que la iglesia se encontraba vacía y a oscuras, Malone creía oír a menudo unas ásperas y graves notas sobrecogedoras provenientes de un órgano oculto a gran profundidad bajo tierra, al tiempo que no había un transeúnte que no le tuviera pavor a los alaridos y retumbos de tambores que acompañaban los oficios religiosos visibles. Suydam, al ser preguntado al respecto, dijo creer que aquel ritual era algún vestigio de cristianismo nestoriano[29] con influencias del chamanismo que se practicaba en el Tíbet[30]. La mayor parte de los feligreses —conjeturó el anciano— eran de raza mongólica, originarios de alguna región del Kurdistán[31] o sus alrededores; y Malone no pudo evitar recordar que el Kurdistán es la tierra de los yazidíes[32], los últimos supervivientes de los adoradores del diablo persas. Sea como fuere, el operativo de la investigación a Suydam confirmó a todas luces que aquellos nuevos inmigrantes ilegales estaban inundando Red Hook de manera cada vez más populosa; entrando en el barrio gracias a alguna mafia marítima con la que los agentes de aduanas y la Policía portuaria no habían logrado dar, invadiendo Parker Place, extendiéndose rápidamente colina arriba y siendo recibidos con curiosa fraternidad por los otros diversos habitantes de la zona. Sus figuras achaparradas y características fisonomías de ojos entornados, grotescamente combinadas con llamativa ropa americana, aparecían de forma cada vez más numerosa entre los haraganes y granujas que rondaban la sede de la junta de distrito; hasta que al final se consideró necesario determinar su número, averiguar sus lugares de procedencia y ocupaciones, y, si era posible, encontrar un modo de detenerlos a todos y ponerlos en manos de las verdaderas autoridades de inmigración. A esta tarea resultó asignado Malone por acuerdo entre las fuerzas federales y locales, y nada más comenzar su investigación en Red Hook el detective presintió que estaba a punto de enfrentarse a terrores indescriptibles, con la dejada y desaliñada figura de Robert Suydam como adversario y villano.



Estación de tren de la Long Island Rail Road en Atlantic Avenue (Brooklyn), *ca.* 1910.

IV.

LOS MÉTODOS DE la Policía son variados e ingeniosos. Malone, por medio de paseos discretos, conversaciones cuidadosamente informales, oportunos ofrecimientos de tragos de petaca y acertados interrogatorios a detenidos intimidados, se enteró de muchos detalles concretos sobre aquel movimiento cuyo aspecto había empezado a resultar tan ominoso. Los recién llegados eran kurdos, en efecto, pero de un dialecto misterioso y desconcertante para la precisa filología. Aquellos que trabajaban vivían principalmente como estibadores o vendedores ambulantes sin licencia, si bien era habitual encontrarlos sirviendo en restaurantes griegos y atendiendo en pequeños puestos de periódicos. Aun así, la mayor parte de ellos no parecían contar con ningún medio de subsistencia, encontrándose ligados de manera evidente a actividades clandestinas de las cuales el contrabando de alcohol[33] y otras mercancías era la menos inenarrable. Habían llegado en barcos de vapor —cargueros sin ruta fija, según parecía— y sido desembarcados de manera furtiva durante noches sin luna en botes de remos que se deslizaban con sigilo bajo un cierto muelle y seguían un canal secreto hasta una cisterna escondida

entre los cimientos de una casa. Malone no había logrado dar con el muelle, el canal ni la casa, ya que los recuerdos de sus informadores eran extremadamente confusos, al tiempo que su lenguaje resultaba en gran medida indescifrable hasta para los intérpretes más capaces. Tampoco había conseguido obtener ninguna información veraz sobre los motivos de su introducción sistemática en el país. Eran reacios a hablar del lugar exacto del que procedían, y nunca bajaban la guardia hasta el punto de revelar las organizaciones que los habían buscado y ayudado a llegar a los Estados Unidos. De hecho, parecían asustarse terriblemente cuando se les preguntaba por las razones de su presencia allí. Los maleantes de otras razas eran igual de taciturnos, y lo máximo que era posible sonsacarles era que un dios o una gran orden sacerdotal de alguna clase les había prometido poderes insólitos y glorias y señoríos sobrenaturales en una tierra extraña.

La asistencia tanto de recién llegados como de viejos delincuentes a las intencionadamente discretas reuniones nocturnas de Suydam era una cosa muy habitual, y la Policía no tardó en descubrir que el antiguo ermitaño había alquilado varios pisos más para acomodar a aquellos invitados que conocían su contraseña, de tal suerte que al final acabó ocupando tres casas enteras y proporcionando escondite de modo permanente a muchos de sus extraños asociados. Ahora apenas pasaba tiempo en su mansión de Flatbush. pisándola únicamente según parecía para coger y dejar libros; y su semblante y comportamiento habían adquirido un cierto toque de locura. Malone lo interrogó en dos ocasiones, pero fue rechazado de malas maneras en cada una de ellas. Suydam aseguró no saber nada de ningún plan misterioso ni actividades secretas, y no tenía idea alguna de cómo podían haber entrado los kurdos en el país ni lo que pretendían. Lo que a él le interesaba era estudiar el folclore de todos los inmigrantes del barrio sin que nadie lo molestase, lo cual no era de ningún modo justificado incumbencia de la Policía. Malone mencionó la admiración que sentía por el antiguo opúsculo de Suydam sobre la Cábala y otros mitos, pero ello sólo ablandó al anciano momentáneamente. Este percibió una intrusión, y contestó a su visitante con un desprecio nada ambiguo; hasta que Malone se marchó indignado, y recurrió a otros canales de información.



Paisaje del Kurdistán. Fotografía de Adnan Moradi, CC-BY-S.A. 0.4.

Qué habría descubierto Malone de haber podido seguir trabajando ininterrumpidamente en el caso es algo que nunca sabremos. El hecho es que un estúpido conflicto entre las autoridades municipales y federales suspendió las investigaciones varios meses, durante los cuales el detective estuvo ocupado con otras tareas. Aun así Malone no perdió el interés en el caso en ningún momento, ni dejó de asombrarse por lo que empezó a sucederle a Roben Suydam. Al mismo tiempo que una oleada de secuestros y desapariciones sembraba una gran conmoción por Nueva York, el desaliñado erudito inició una metamorfosis tan sorprendente como absurda. Un buen día, fue visto cerca de la sede de la junta de distrito con el rostro perfectamente afeitado, el cabello bien recortado y un atuendo impecable y elegante, y cada día a partir de entonces se advirtió en él algún extraño cambio positivo. Siguió manteniendo en todo momento su recién adquirida pulcritud, añadió a ello un brillo en la mirada y una precisión en el habla insólitos, y comenzó poco a poco a desprenderse de la corpulencia que durante tanto tiempo había deformado su figura. El anciano, al cual ahora la gente le echaba a menudo menos años de los que tenía en realidad, adquirió una elasticidad en el paso y una jovialidad de ánimo a juego con la nueva apreciación compartida, presentando además un curioso oscurecimiento del cabello que, de alguna forma, no daba la impresión de ser producto de un tinte. Con el paso de los

meses. Suydam empezó a vestirse de manera cada vez menos conservadora, y acabó por dejar pasmadas a sus nuevas amistades renovando y redecorando su mansión de Flatbush; hogar cuyas puertas abrió en una serie de recepciones, invitando a todos los conocidos que fue capaz de recordar, y brindando una especial bienvenida a los familiares ya totalmente perdonados que hacía bien poco habían intentado recluirlo. Algunos asistieron por curiosidad, otros por sentido de la obligación; pero todos se vieron inesperadamente encandilados por la novedosa cortesía y urbanidad del antiguo ermitaño. Según afirmó, había completado la mayor parte del trabajo que se había autoimpuesto, y, dado que acababa de heredar una cierta propiedad de un amigo europeo medio olvidado, se disponía a pasar los años que le quedaran en una radiante segunda juventud que el bienestar, el cuidado y la dieta le habían hecho posible disfrutar. Fue viéndosele cada vez menos por Red Hook, y cada vez más alternando con la alta sociedad en cuyo seno había nacido. La Policía se percató de que los maleantes se congregaban ahora en la vieja iglesia y sala de baile en vez de en el piso sótano de Parker Place, aunque este último y sus recientes anexos seguían inundados de actividades perniciosas.

Entonces ocurrieron dos incidentes; ambos relativamente independientes entre sí, pero de enorme interés para el caso tal como Malone lo concebía. Uno fue un discreto anuncio en el *Eagle*[34] del compromiso de Robert Suydam con la Srta. Cornelia Gerritsen de Bayside[35], una joven de excelente posición que estaba emparentada de manera lejana con el provecto novio; en tanto que el otro fue una redada de la Policía urbana en la iglesia y sala de baile tras haberse recibido aviso de que alguien había visto por un instante la cara de uno de los niños raptados en una de las ventanas del sótano. Malone tomó parte en aquella redada, y registró el lugar con mucho detenimiento una vez dentro; y si bien no se encontró nada —de hecho, el edificio estaba completamente desierto cuando accedieron a él—, el intuitivo celta se sintió vagamente perturbado por un gran número de cosas en su interior. Había paneles pintados de manera tosca que no le agradaron; paneles que representaban efigies sagradas con expresiones particularmente mundanas y sardónicas, y que a veces se tomaban libertades que ni siquiera el sentido del decoro de un profano era capaz prácticamente de tolerar. Tampoco le gustó la inscripción en griego que había grabada en la pared encima del púlpito; un antiguo conjuro con el cual se había tropezado una vez durante sus días como universitario en Dublín, y que rezaba, traducido literalmente:

> Oh, amiga y compañera de la noche, tú que le regocijas con los ladridos de la jauría y la sangre derramada, que vagas envuelta en sombras entre las tumbas, tú que estás ávida de sangre y traes

terror a los mortales, Gorgo, Mormo, luna con mil caras, ¡contempla con mirada propicia nuestros sacrificios![36]

Cuando leyó esto, Malone se estremeció, y pensó vagamente en las ásperas y graves notas de órgano que creía haber oído bajo la iglesia en ciertas noches. Volvió a estremecerse al ver las manchas de color herrumbroso que cubrían el borde de un cuenco de metal que descansaba sobre el altar, *y se* detuvo con nerviosismo en un momento en que sus fosas nasales parecieron detectar un curioso y repugnante hedor procedente de alguna parte del vecindario. El recuerdo de aquel órgano no se le iba de la cabeza, así que Malone inspeccionó el sótano con especial diligencia antes de marcharse. El lugar le resultaba sumamente aborrecible; pero, después de todo, ¿acaso eran los blasfemos paneles e inscripciones algo más que obras simples y toscas perpetradas por gente ignorante?

Cuando llegó la fecha de la boda de Suydam. la epidemia de secuestros se había convertido ya en un notorio escándalo en los periódicos. Si bien la mayoría de las víctimas eran niños pequeños de las clases más pobres, el creciente número de desapariciones había despertado un sentimiento de enorme rabia. Los tabloides clamaban por que la Policía hiciera algo al respecto, y una vez más la comisaría de Butler Street envió a sus hombres a peinar las calles de Red Hook en busca de pistas, hallazgos y criminales. Malone se alegró de retomar la investigación, y se enorgulleció de llevar a cabo una redada en una de las casas de Parker Place propiedad de Suydam. Lo cierto es que no se encontró ningún niño robado allí, a pesar de los gritos que supuestamente se oían en el lugar y de la faja de tela roja recogida en el angosto patio delantero[31‡]; pero los dibujos y burdas pintadas presentes en las desconchadas paredes de la mayor parte de las habitaciones, así como el rudimentario laboratorio químico hallado en el desván, ayudaron a convencer al detective de que estaba sobre la pista de algo tremendo. Los dibujos eran estremecedores: monstruos espantosos de todas formas y tamaños, y parodias de figuras humanas que resulta imposible describir. Las pintadas estaban escritas en rojo, con caracteres que variaban entre los alfabetos árabe, griego, romano y hebreo. Malone no fue capaz de entender gran cosa de lo que decían, pero lo que sí consiguió descifrar resultó ya suficientemente ominoso y cabalístico por sí solo. Había una frase frecuentemente repetida, escrita en una especie de griego helenístico hebraizado, que evocaba las más terribles invocaciones demoníacas de la decadencia del periodo alejandrino:

HEL . HELOYM . SOTHER . EMMANUEL . SABAOTH . AGLA . TETRAGRAMMATON . AGYROS . OTHEOS . ISCHYROS . ATHANATOS .

JEHOVA . VA . ADONAI . SADAY . HOMOVSION. MESSIAS . ESCHEREHEYE[37].

Por todas partes se alzaban amenazadores círculos y pentáculos que hablaban sin ningún lugar a dudas de las extrañas creencias y ambiciones de quienes vivían allí de manera tan sórdida. Fue en el sótano, sin embargo, donde se encontró lo más raro de todo: una pila de lingotes de oro auténticos, tapados despreocupadamente con un trozo de arpillera, cuyas relucientes superficies presentaban los mismos espeluznantes jeroglíficos que también adornaban las paredes. Durante la redada la Policía encontró únicamente una resistencia pasiva por parte de los orientales de ojos entrecerrados que salieron en enjambre por cada una de las puertas. Al no hallar nada relevante, se vieron obligados a dejar todo como estaba; no obstante lo cual, el capitán del distrito escribió una nota a Suydam aconsejándole que prestara atención al tipo de inquilinos y protegidos que acogía, en vista del creciente clamor de la opinión pública.



Muelles de Chelsea. *ca.* 1910

V.

ENTONCES LLEGÓ LA boda de junio y la gran expectación que suscitó. Flatbush se había engalanado alegremente para el momento, cerca del mediodía, y autos adornados con banderines abarrotaban las calles aledañas a la vieja iglesia holandesa, en la que un toldo se extendía desde la puerta hasta la calzada. Jamás hubo en el barrio acontecimiento más grandioso en estilo y escala que los esponsales entre Suydam y Gerritsen, y el cortejo que

acompañó a la novia y el novio hasta el muelle de la Cunard[38] estuvo formado, si no exactamente por la flor y nata de la elegancia, como poco por una página entera del *Social Register*[39]. A las cinco en punto se intercambiaron adioses con la mano, y el mastodóntico transatlántico se separó poco a poco del largo muelle, viró lentamente su proa hacia mar adentro, se deshizo de su remolcador y puso rumbo a las vastas extensiones acuosas que conducían a las maravillas del Viejo Mundo. Ya de noche el buque dejó atrás el antepuerto, y los pasajeros que aún no se habían retirado a descansar vieron las estrellas centellear sobre un océano inmaculado.

Nadie puede asegurar qué fue lo primero en atraer la atención, si el vapor volandero[32‡] o el grito. Probablemente fueron simultáneos, pero no tiene sentido hacer cálculos. El grito salió del camarote de los Suydam, y el marinero que echó abajo la puerta tal vez podría haber referido cosas aterradoras si acto seguido no se hubiera vuelto completamente loco; de hecho, profirió un alarido más estridente que las primeras víctimas, y después echó a correr por la nave con una sonrisa bobalicona en el rostro hasta que fue atrapado y retenido. El médico del barco que entró en el camarote y encendió las luces un momento más tarde no perdió el juicio, pero tampoco le contó a nadie lo que vio hasta tiempo después, cuando se carteó con Malone en Chepachet. Había sido un asesinato —por estrangulación—, pero sobra decir que aquellas monstruosas marcas en el cuello de la Sra. Suydam no podían haber sido producidas por las manos de su esposo ni por las de ningún otro ser humano, o que sobre la blanca pared se había visto por un instante en abominable color rojo una rúbrica que. transcrita posteriormente de memoria, parecía haberse tratado nada menos que de la palabra «LILITH»[40] escrita con los aterradores signos de la lengua caldea[41]. Sobra decir estas cosas por la rapidez con la que desaparecieron. En cuanto a Suydam, lo mínimo que se podía hacer era impedir que nadie más entrara en el camarote hasta que uno supiera qué pensar. El doctor le ha asegurado claramente a Malone que no llegó a ver aquella COSA. El ojo de buey abierto, justo antes de que encendiera las luces, se nubló durante un segundo con una cierta fosforescencia, y por un momento pareció oírse el tenue eco de una débil risita diabólica que venía del oscuro exterior; pero no se vio ninguna silueta como tal. Como prueba de ello, el doctor señala el hecho de que todavía conserve la cordura.

Entonces el vapor volandero acaparó toda la atención. De él se largó[33‡] un bote, y una horda de insolentes rufianes morenos que vestían como oficiales de la marina mercante treparon a bordo del buque[42] temporalmente

detenido. Querían a Suydam o su cadáver; se habían enterado de su viaje, y por ciertas razones estaban seguros de que moriría. La cubierta del capitán era prácticamente un caos; pues en aquel momento, entre las noticias que llegaban del doctor desde el camarote y las exigencias de los hombres del vapor, ni al más inteligente y aplomado de los marineros se le ocurría qué hacer. De pronto el líder de los visitantes, un árabe de labios repulsivamente negroides, sacó un papel sucio y arrugado y se lo entregó al capitán. Aquel papel llevaba la firma de Robert Suydam. y contenía un extraño mensaje que decía;

> En caso de accidente o fallecimiento repentino o inexplicable por mi parte, le ruego que entregue mi cuerpo vivo o muerto a) portador de esta nota y sus compañeros sin hacer preguntas de ningún tipo. Para mí. y quizá también para usted, todo depende de su cooperación absoluta. Ya habrá tiempo para explicaciones; no me falle ahora.
>
> ROBERT SUYDAM

El capitán y el doctor se miraron, y este le susurró algo a aquel. Finalmente, con cara de cierta impotencia, los dos asintieron en silencio y mostraron el camino hasta el camarote de Suydam. El doctor indicó al capitán que apartara la mirada mientras abría la puerta y dejaba pasar a los extraños marineros, y no respiró tranquilo hasta que estos hubieron salido en fila con su fardo después de un rato inexplicablemente largo de preparativos. El cuerpo iba envuelto en la ropa de cama de los lechos, y el médico se alegró de que su contorno no se distinguiera muy bien. De algún modo los hombres lograron bajar el bulto por el costado del barco y llevarlo hasta su vapor sin que se viera su contenido. El transatlántico reanudó entonces la marcha, y el doctor y un responsable de servicios fúnebres del barco fueron al camarote de los Suydam a fin de realizar aquellos de estos últimos que les fueran posibles. Cuando el segundo le preguntó al primero por qué había extraído toda la sangre del cuerpo de la Sra. Suydam, el médico no llegó a afirmar que no lo hubiera hecho; y tampoco señaló los huecos vacíos en el botellero del camarote, ni el olor en el lavabo que revelaba un apresurado vaciado del contenido original de las botellas que faltaban. Los bolsillos de aquellos hombres —si es que eran hombres— habían estado terriblemente abultados en el momento en que habían abandonado la embarcación. Dos horas después, el mundo se enteró por la radio de todo lo que debía saber acerca del horrible suceso.

VI.

ESA MISMA NOCHE del mes de junio, sin que tuviera aún noticia alguna de lo sucedido en alta mar. Malone se encontraba terriblemente ocupado en las callejuelas de Red Hook. Un súbito revuelo parecía haberse extendido por el barrio, y como si el boca a boca hubiera puesto sobre aviso a los vecinos de algún hecho fuera de lo común, estos se habían concentrado con expectación en las inmediaciones de la iglesia de piedra y los edificios de viviendas de Parker Place. Acababan de desaparecer tres niños —niños noruegos de ojos azules de las calles cercanas a Gowanus[43]— y corrían rumores de que estaba gestándose una turba entre los robustos vikingos de aquella zona. Malone había estado pidiendo con insistencia a sus colegas durante semanas que acometiesen una limpieza general, y por fin. impulsados por unas circunstancias más perceptibles para su sentido común que las conjeturas de un dublinés fantasioso, habían acordado llevar a cabo un asalto definitivo. El clima de agitación y peligro de aquella noche había sido el factor decisivo, y al filo de la medianoche un equipo de redada con integrantes reclutados de tres comisarías irrumpió en tromba en Parker Place y sus alrededores. Se derribaron puertas, se arrestaron noctámbulos y se desalojó por la fuerza de cuartos iluminados con velas a inconcebibles multitudes de extranjeros mestizos que iban ataviados con túnicas ornamentadas, mitras y otros accesorios inexplicables. Mucho se perdió en medio de la confusión, pues se tiraron cosas a todas prisa por pozos cuya existencia nadie había previsto y se amortiguaron olores delatores mediante el rápido encendido de inciensos de penetrante aroma. No obstante, había manchas de sangre por todas partes, y Malone experimentó un escalofrío con cada brasero o altar aún humeante que vio.

Quería estar en varios sitios a la vez, y se decidió por ir al piso sótano de Suydam únicamente después de que un mensajero hubiera informado de que la iglesia y sala de baile ruinosa se encontraba totalmente vacía. Pensaba que el piso debía de contener alguna pista acerca de una secta de la cual el erudito ocultista se había convertido con diáfana claridad en núcleo y líder; y fue con auténticas esperanzas que el detective registró de arriba abajo las mal ventiladas habitaciones, notó el leve olor a podredumbre que flotaba en ellas y examinó los curiosos libros, instrumentos, lingotes de oro y botellas con tapones de cristal que había desperdigados sin ningún cuidado por distintas partes. En un momento dado, un escuálido gato blanquinegro se deslizó lentamente entre sus pies y lo hizo tropezar, volcando al mismo tiempo un vaso de boca ancha lleno hasta la mitad con un líquido rojo. El susto fue grande, y hasta el día de hoy Malone no está seguro de lo que vio; pero en

sueños todavía visualiza a ese gato mientras se escabullía rápidamente con ciertas deformaciones y peculiaridades monstruosas. Después vino la puerta cerrada del trastero, y la búsqueda de algo con lo que tirarla abajo. Había un pesado taburete por allí cerca, y su duro asiento fue más que suficiente para romper los viejos paneles de madera. Una grieta se abrió y agrandó, y toda la puerta cedió… pero desde el *otro* lado; de donde brotó un tumultuoso huracán de viento glacial preñado de todos los hedores del infiemo y surgió una fuerza succionadora cuya naturaleza no era terrenal ni celestial, y que, enroscándose de manera consciente alrededor del paralizado detective. lo arrastró a través del hueco de la puerta y lo precipitó a un espacio sin límites invadido por susurros y lamentos, y risotadas burlonas.

Naturalmente se trató de un sueño. Todos los especialistas le han dicho eso, y Malone no tiene nada que demuestre lo contrario. De hecho, preferiría que así fuera; dado que entonces la visión de viejos edificios sórdidos de ladrillo y de caras extranjeras de tez morena no causaría una mella tan honda en su alma. Pero en el momento todo fue horriblemente real, y nada consigue borrar el recuerdo de aquellas criptas tenebrosas, aquellas arcadas colosales y aquellas figuras infernales a medio formar que caminaban en silencio con zancadas de gigante, sosteniendo cosas medio devoradas cuyas partes aún vivas pedían piedad a gritos o reían presas de la locura. Olores de incienso y descomposición se unían en nauseabunda connivencia, y el negro aire bullía con las vagas moles semiinvisibles de seres elementales informes dotados de ojos. Oscuras aguas viscosas lamían embarcaderos de ónice en alguna parte, y en un momento dado se oyó el escalofriante tintineo de unas campanitas estridentes que recibían con alegría la risita demencial de una criatura desnuda y fosforescente que apareció nadando en dirección a tierra, salió del agua a cuatro patas y se encaramó a un pedestal de oro labrado situado a cierta distancia para sentarse en cuclillas encima de él con aire malicioso.

Avenidas de oscuridad infinita parecían extenderse radialmente en todas direcciones, a tal punto que cabía imaginar que allí se encontraba la raíz de una plaga destinada a enfermar y engullir ciudades, y a sumir naciones en el fetor de una pestilencia híbrida. Allí había penetrado el pecado cósmico, y comenzado la sonriente marcha de la muerte exacerbada por ritos impíos que había de corrompernos a todos hasta convertimos en aberraciones fungosas demasiado horrendas para el abrazo de la tumba. Allí recibía Satán a su corte babilónica, y se lavaban los miembros leprosos de la fosforescente Lilith en la sangre de la inmaculada infancia. Incubos y súcubos aullantes proferían alabanzas a Hécate, y engendros sin cabeza gañían a la Magna Mater[44].

Cabras brincaban al son de flautas de timbre aborrecible y mortecino, y egipanes[45] perseguían sin descanso a faunos contrahechos triscando sobre rocas retorcidas como sapos hinchados. Moloch y Astaroth no estaban ausentes, pues en aquella quintaesencia de todos los infiernos los límites de la consciencia se derrumbaban, y la imaginación humana quedaba expuesta a vistas de cada reino del honor y cada dimensión prohibida a los que el mal ha sido capaz de dar forma. El mundo y la naturaleza estaban indefensos contra aquellos asaltos desde los abiertos pozos de la noche, y ninguna persignación o plegaria podía contener la monstruosa tromba de horror[46] que había sobrevenido cuando un erudito provisto de la odiosa llave se había encontrado con una horda poseedora del cerrado y rebosante cofre del saber demoníaco de las eras.

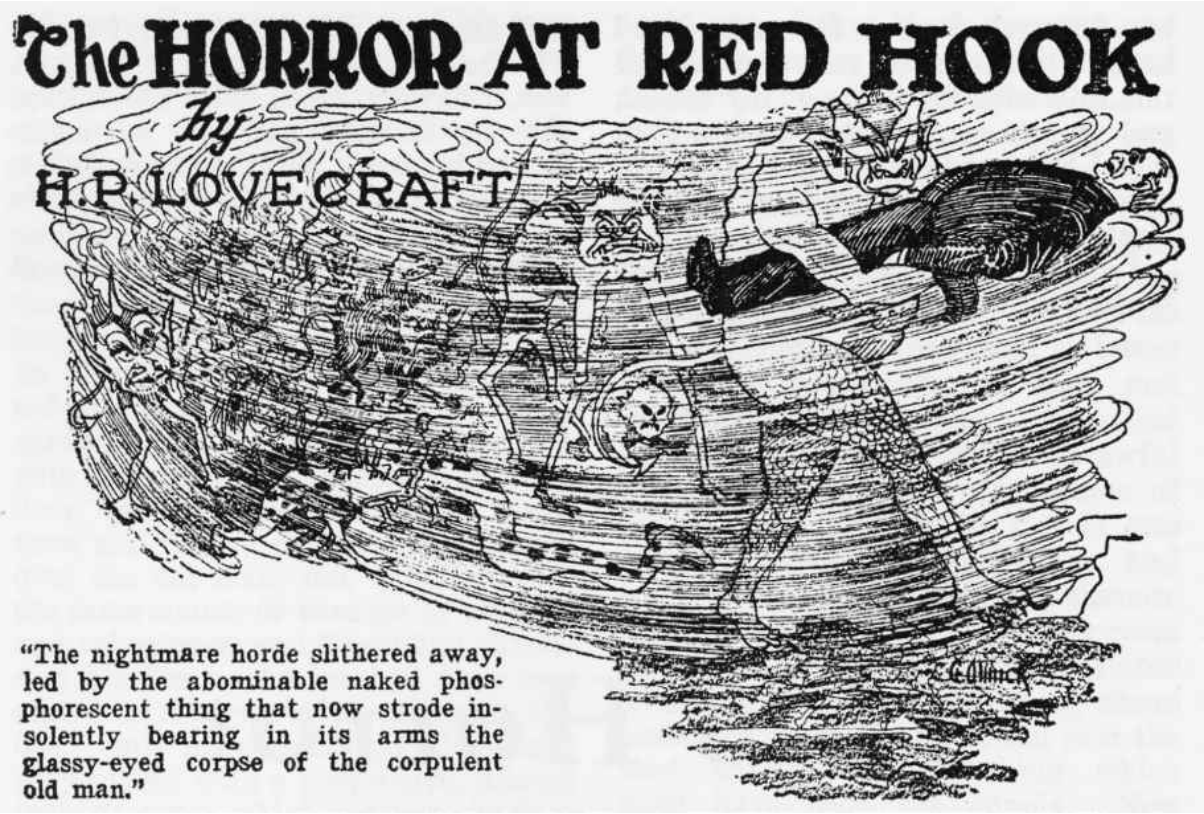
De pronto un rayo de luz atravesó estas visiones, y Malone oyó un eco de remos entre las blasfemias de cosas que deberían estar muertas. Una barca con un farol en la proa apareció surcando rápidamente las aguas, fue amarrada a una argolla de hierro en el viscoso embarcadero de piedra y vomitó varios hombres de piel oscura que cargaban con un fardo alargado envuelto en ropa de cama. Aquellos hombres llevaron el fardo hasta la desnuda criatura fosforescente encaramada al pedestal de oro labrado, y esta emitió una risita ahogada al mismo tiempo que posaba una garra sobre las sábanas. Después desenvolvieron el bulto y sostuvieron erguido frente al pedestal el cadáver gangrenoso[47] de un anciano corpulento con barba de varios días y un desgreñado cabello blanco. La criatura fosforescente rio de nuevo, y los hombres sacaron botellas de sus bolsillos y ungieron sus pies de rojo, dándole a continuación las botellas para que bebiera de ellas.

De pronto, saliendo de una amplia galería que se extendía interminablemente hacia lo lejos, se oyó el demoníaco castañeteo y resuello de un órgano blasfemo, que exhalaba con estertóreos bramidos una infernal caricatura de notas graves, ásperas y sardónicas. Aquello electrizó al instante a todos los seres que allí pululaban; y, formando de inmediato un cortejo ceremonial, la pesadillesca horda se alejó en bamboleante hilera en pos del sonido: cabra, sátiro y egipán; íncubo, súcubo y lémur[48]; sapo retorcido y elemental informe; aullador de rostro canino y caminante silencioso entre tinieblas; todos siguiendo a la abominable criatura desnuda y fosforescente que se había sentado en cuclillas sobre aquel trono de oro labrado, y que ahora avanzaba con paso insolente y resuelto llevando entre sus brazos el cadáver de ojos vidriosos del anciano corpulento. Los extraños hombres de piel oscura danzaban en la cola del cortejo, y toda la columna brincaba y

saltaba con furor dionisíaco. Malone los siguió tambaleándose, delirante y confuso, y lleno de dudas sobre su lugar en aquel mundo o en cualquier otro. Pero entonces, al cabo de unos pocos pasos, se volvió, dio un traspié y se desplomó sobre la fría y húmeda piedra, jadeando y estremeciéndose mientras aquel órgano diabólico seguía sonando y los aullidos, tamborileos y campanilleos de la demencial procesión se iban apagando de forma gradual.

Malone fue vagamente consciente de horrendos coros y sobrecogedores graznidos a lo lejos. De vez en cuando un lamento, un quejido o una oración ceremonial llegaba flotando hasta él a través de la negra galería. y finalmente se escuchó el espantoso conjuro griego cuyo texto había leído encima del púlpito de aquella iglesia:

Oh, amiga y compañera de la noche, tú que te regocijas con los ladridos de la jauría *(se oyó de pronto un aullido horrible)* y la sangre derramada *(luego sonidos indescriptibles que contendían con malsanos chillidos)*, que vagas envuelta en sombras entre las tumbas *(un susurro sibilante)*, tú que estás ávida de sangre y traes terror a los mortales *(estridentes golpes de voz de una miríada de gargantas)*, Gorgo *(repetido en respuesta)*. Mormo *(repetido con éxtasis)*, luna con mil caras (*suspiros* y *son de flautas)*, ¡contempla con mirada propicia nuestros sacrificios!



«La pesadillesca horda se alejó en bamboleante hilera, siguiendo a la abominable criatura desnuda y fosforescente que ahora avanzaba con paso insolente y resuelto llevando entre sus brazos el cadáver de

ojos vidriosos del anciano corpulento».
Weird Tales 9, 1 (enero 1927) (ilustrador: George Ochterlony Olinick).

Cuando el cántico acabó, se alzó un clamor general, y unos sonidos siseantes ahogaron casi por completo el ronco y grave bramido del disonante órgano. Después una bocanada de asombro como de multitud de gargantas, y una babel de ladridos y balidos articulados: «¡Lilith, Gran Lilith, contempla a tu prometido!». Más gritos, un vocerío airado y un ruido seco y entrecortado de pisadas de un hombre a la carrera. Las pisadas se aproximaron, y Malone se levantó sobre los codos para mirar.

La luminosidad de la cripta, que poco antes se había reducido, había vuelto a aumentar ligeramente; y en medio de aquella luz maligna apareció la figura a la fuga de algo que no debería huir, sentir ni respirar: el cadáver de ojos vidriosos y miembros gangrenados del corpulento anciano, quien ya no necesitaba que lo sostuvieran al haber sido reanimado por alguna infernal hechicería del rito que acababa de concluir. Tras él corría la criatura desnuda y fosforescente de las risitas burlonas cuyo sitio predilecto era el pedestal labrado, y más atrás aún resollaban los hombres de piel oscura y toda aquella pavorosa caterva de seres abominables. El cadáver estaba ganando terreno a sus perseguidores, y parecía tener un objetivo claro, forzando cada uno de sus músculos en descomposición para llegar al pedestal de oro labrado, cuya importancia necromántica era tan enorme a todas luces. Un instante después alcanzó su meta, mientras la horda que iba tras él seguía corriendo afanosamente con un ímpetu más frenético. Esta, sin embargo, no llegó a tiempo, pues con una proeza de fuerza final que separó tendón de tendón y provocó que su fétida mole se desplomara de manera tambaleante en una gelatinosa masa desarticulada, el cadáver de mirada vacua que había sido Robert Suydam logró su objetivo y su triunfo. El esfuerzo había sido tremendo, pero la fuerza ejercida había bastado; y al tiempo que su artífice se derrumbaba en una sucia masa de carne putrefacta, el pedestal que había empujado se desequilibró, se inclinó y finalmente cayó de su base de ónice a las densas aguas que había debajo, dejando tras de sí un último reflejo de oro labrado mientras se hundía con pesadez hasta simas inimaginables en lo más hondo del Tártaro. También en ese momento toda aquella horripilante escena se desvaneció ante los ojos de Malone, y este se desmayó en medio de un estruendo atronador que pareció borrar de la existencia todo el maligno universo.

VII.

AQUEL SUEÑO VIVIDO por Malone, antes de que le hubiera llegado noticia alguna de la muerte y transbordo de Suydam en alta mar, se vio curiosamente acompañado por algunos hechos extraños ligados al caso; aunque ello no es motivo para que nadie crea que el sueño fue real. Los tres viejos edificios de viviendas de Parker Place, aquejados sin duda por un prolongado deterioro en su forma más insidiosa, se derrumbaron sin causa aparente mientras la mitad de los policías participantes en la redada y la mayor parte de los detenidos se encontraban en su interior; y, de unos y otros, la mayoría pereció en el acto. Sólo en los sótanos y trasteros subterráneos se salvaron muchas vidas, y Malone tuvo la suerte de haberse encontrado entonces a gran profundidad bajo la casa de Robert Suydam. Pues el hecho es que estaba allí, tal como nadie está dispuesto a negar. Lo encontraron inconsciente junto al borde de una cisterna de aguas negras como la noche, al lado de un amasijo grotescamente horrendo de carne podrida y huesos a apenas unos metros de él que fue posible identificar por métodos odontológicos como el cadáver de Suydam. El caso estaba claro, dado que era allí a donde conducía el canal subterráneo de los traficantes de personas; y los hombres que se habían llevado a Suydam del barco lo habían traído de vuelta hasta su casa. Nunca se dio con el paradero de estos últimos, o al menos nunca se los consiguió identificar; y el médico del buque no está todavía conforme con las simples certezas de la Policía.

Era evidente que Suydam dirigía una organización de tráfico de personas que operaba a gran escala, ya que el canal que llegaba hasta su casa sólo era uno de varios canales subterráneos y túneles en el barrio. Había una galería que iba desde aquella casa hasta una cripta bajo la iglesia de piedra; una cripta a la cual sólo era posible acceder desde esta última a través de un angosto pasadizo secreto en la pared norte, y en cuyas estancias se descubrieron algunas cosas singulares y terribles. Aquel órgano de sonido grave y bronco estaba allí, y había asimismo una enorme capilla abovedada que contenía bancos de madera y un altar ornamentado con motivos extraños. Las paredes estaban llenas de pequeñas celdas, y en diecisiete de ellas encontraron encadenados —espanta decirlo— a varios cautivos solitarios en un estado de idiocia total, incluyendo a cuatro madres con bebés de aspecto perturbadoramente extraño. Estos bebés murieron al poco tiempo de ser expuestos a la luz del día; una circunstancia que los médicos consideraron hasta cierto punto una bendición. Nadie excepto Malone, entre aquellos que los vieron de cerca, recordó la sombría pregunta de Del Río: *«¿An sint*

unquam daemones incubi et succubae, et an ex tali congressu proles nasci queat?»[49].

Antes de macizarlos, se dragaron concienzudamente los canales, de los que sacaron una impactante colección de huesos serrados y partidos de todos los tamaños. Claramente, se había dado con el origen de la epidemia de secuestros, aunque sólo fue posible relacionar con ella legalmente a dos de los detenidos que sobrevivieron. Estos hombres se hallan actualmente en prisión, dado que no pudieron ser condenados como cómplices de los asesinatos en sí. El pedestal o trono de oro labrado al que Malone se refirió tantas veces como un objeto ocultista de importancia primordial nunca fue hallado, aunque se observó que en un punto concreto bajo la mansión de Suydam el canal se hundía en un pozo demasiado profundo como para dragarlo. El pozo fue cegado por arriba y cubierto de cemento al construirse los sótanos de las nuevas casas, pero Malone especula a menudo sobre qué habrá debajo. La Policía, convencida de que había desarticulado un peligroso grupo de fanáticos y traficantes de personas, entregó a las autoridades federales a los kurdos no condenados, los cuales, antes de su deportación, fueron identificados de manera concluyente como miembros del clan yezidí de adoradores del diablo. El vapor volandero y su tripulación continúan siendo un misterio difícil de resolver, aunque los cínicos detectives están dispuestos otra vez a combatir sus actividades en el contrabando de alcohol y el tráfico de personas. Malone cree que estos detectives demuestran tener una visión tristemente limitada, dada su falta de extrañeza por el sinnúmero de detalles inexplicables y los curiosos puntos oscuros de todo el caso; aunque es también igual de crítico con los periódicos, que únicamente vieron en el asunto un foco de interés morboso y se recrearon en la noticia de una pequeña secta de sádicos cuando podrían haber sacado a la luz pública un horror surgido del corazón mismo del universo. No obstante, Malone está contento de guardar silencio en Chepachet, serenando su sistema nervioso y rezando para que el tiempo desplace poco a poco su terrible experiencia del ámbito de la realidad inmediata al de una pintoresca lejanía semiimaginada.

Robert Suydam descansa al lado de su esposa en el cementerio Greenwood[50]. No se celebró ningún funeral por sus huesos, devueltos en aquellas extrañas circunstancias; y los parientes del anciano dan gracias por el rápido olvido en el que cayó repentinamente todo el caso. De hecho, la relación del erudito con los horrores de Red Hook no llegó a quedar sellada con pruebas legales, puesto que su muerte impidió la investigación a la que de lo contrario se habría enfrentado. Su propio final no se menciona mucho, y los

Suydam tienen la esperanza de que la posteridad lo recuerde únicamente como una persona cortés y solitaria que sentía un cierto interés por la magia inocua y el folclore.

En cuanto al barrio de Red Hook, siempre es el mismo. Suydam vino y se fue; una terrorífica epidemia se concentró allí y luego pasó; pero el siniestro espíritu de la oscuridad y la miseria sigue anidando entre los mestizos que habitan sus viejos edificios de ladrillo, y grupos de merodeadores continúan desfilando en misiones desconocidas frente a ventanas donde luces y rostros retorcidos aparecen y desaparecen sin explicación. El horror ancestral es una hidra con un millar de cabezas, y los cultos tenebrosos se hallan enraizados en blasfemias más profundas que el pozo de Demócrito[51]. El alma de la bestia es omnipresente y victoriosa, y las legiones de jóvenes aletargados con rostros marcados por la viruela de Red Hook aún cantan, maldicen y aúllan mientras marchan en fila de un lugar infernal a otro —nadie sabe de dónde ni adónde —, empujados por leyes irracionales de la biología que posiblemente nunca lleguen a entender. Al igual que antaño, más gente entra en Red Hook de la que sale por tierra; y ya hay rumores de nuevos canales que discurren bajo la superficie hasta ciertos centros de tráfico de alcohol y de cosas más inmencionables.

La iglesia que se usaba también como sala de baile ahora es principalmente lo segundo, y se han visto caras extrañas en sus ventanas por las noches. Hace poco un policía dijo creer que su cripta cegada había sido abierta y despejada de nuevo, y por ningún motivo fácilmente explicable. ¿Quiénes somos nosotros para luchar contra azotes más antiguos que la historia y la humanidad? Los simios bailaron en Asia al ritmo de tales horrores, y el cáncer acecha y se propaga confiado allí donde la clandestinidad se esconde en ruinosas hileras de ladrillo.

Malone no siente escalofríos sin motivo; pues apenas el otro día un agente de policía oyó por casualidad cómo una vieja de tez morena y ojos entrecerrados le enseñaba a un niño de corta edad una jerigonza en voz baja en la penumbra de un patio frente a un sótano. El policía se quedó escuchando, y se extrañó mucho cuando oyó cómo la vieja repetía una y otra vez:

> Oh, amiga y compañera de la noche, tú que te regocijas con los ladridos de la jauría y la sangre derramada, que vagas envuelta en sombras entre las tumbas, tú que estás ávida de sangre y traes terror a los mortales. Gorgo, Mormo, luna con mil caras, ¡contempla con mirada propicia nuestros sacrificios!

Él[1]

Escrito nueve meses antes de que H. P. L. huyera de Nueva York para volver a su refugio de Providence, y basado en una expedición real que hizo a «un pequeño y sucio patio que daba a [el n.º 93 de] Perry Street» en Greenwich Village, el párrafo inicial de este relato no podría reflejar de manera más exacta los propios sentimientos del escritor hacia Nueva York, expresados con todo lujo de detalles en su correspondencia. La historia en sí es una interesante mezcla de la historia real de la Gran Manzana y una visión típicamente oscura del futuro, y la imagen de destrucción final con la que termina conduce la aventura a una sorprendente conclusión.

Lo vi una noche de insomnio en que había salido desesperado a pasear con el fin de salvar mi alma y mi visión de las cosas. Irme a Nueva York había sido un error, ya que, si bien había buscado maravillarme e inspirarme de forma arrebatadora con los bulliciosos laberintos de antiguas callejuelas que serpentean interminablemente desde patios, plazas y muelles olvidados hasta patios, plazas y muelles igualmente olvidados, y con las ciclópeas torres y pináculos modernos que se levantan como una funesta Babilonia bajo la luna menguante, en lugar de ello solamente había encontrado una sensación de horror y angustia que amenazaba con dominarme, paralizarme y aniquilarme[2].

La desilusión había sido gradual. A mi llegada a la ciudad, la había contemplado a la luz del atardecer desde un puente, majestuosa sobre las aguas, con sus increíbles picos y pirámides alzándose como flores delicadas desde cúmulos de neblina violácea para juguetear con las llameantes nubes doradas y las primeras estrellas de la noche. Después se había iluminado ventana a ventana por encima de las rielantes corrientes donde se mecían y deslizaban faroles y aullantes sirenas de voz profunda entonaban inquietantes armonías, y se había convertido ella misma en un constelado firmamento de ensueño, evocador de una suave música embrujadora y equiparable a las maravillas de Carcasona[3], Samarcanda[4], El Dorado[5] y todas las ciudades esplendorosas de las leyendas. Poco después me llevaron por aquellas

antiguas sendas tan queridas por mi fantasía —estrechos pasajes y callejones en curva donde hileras de casas georgianas de ladrillo rojo miraban soñolientas con buhardillas de pequeños cuarterones por encima de puertas columnadas que habían visto pasar palanquines dorados y carruajes—, y, con la euforia de ver cumplido el largamente ansiado deseo de contemplar aquellas cosas, pensé que había adquirido en verdad unos tesoros que con el tiempo harían de mí un poeta.



Carcasona. Fotografía de Chensiyuan. CC-BY S.A. 4 0.

Sin embargo, el éxito y la felicidad no iban a producirse. La brillante luz del día reveló únicamente miseria, ajenidad y la nociva elefantiasis de una piedra cancerosa y trepadora allí donde la luna había dado indicios de belleza y encanto antiguo; y las masas de gente que bullían a lo largo de aquellas calles semejantes a torrenteras eran extranjeros achaparrados y morenos de rostros curtidos y ojos rasgados, forasteros arteros carentes de sueños y de lazos con los lugares a su alrededor, que no podían llegar a significar nada para un hombre de ojos claros de los de toda la vida, de los que ama con el corazón las verdes y hermosas veredas y los blancos campanarios de los pueblos de Nueva Inglaterra.

De modo que, en vez de los poemas que había esperado, únicamente vino a mí una vacuidad estremecedora y una soledad indescriptible; y me percaté al fin de una espantosa realidad que nadie antes se había atrevido a mencionar; el secreto más secreto e impronunciable: que esta ciudad de piedra y estridor[6] no es una prolongación viviente de la Antigua Nueva York de la forma en que Londres lo es de la Antigua Londres y París de la Antigua París, sino que está en realidad completamente muerta, con su cuerpo yacente mal embalsamado e infestado de extraños seres que nada tienen que ver con ella tal como era en vida. Al hacer este descubrimiento, dejé de dormir plácidamente; aunque recuperé una cierta tranquilidad resignada cuando fui

tomando poco a poco la costumbre de evitar las calles durante el día y de aventurarme a salir solamente por las noches, cuando la oscuridad hace aparecer los pocos vestigios del pasado que aún persisten en la ciudad cual fantasmas y las antiguas puertas blancas hacen recordar las robustas figuras que en su día pasaron a través de ellas. Gracias a este modo de alivio fui capaz incluso de escribir unos pocos poemas, y seguí absteniéndome de regresar a mi hogar y con mi gente por miedo a dar la impresión de estar arrastrándome de vuelta a casa como un vil fracasado.

Entonces, una noche de insomnio en que había salido a pascar, me topé con aquel hombre. Fue en un patio recóndito y grotesco del barrio de Greenwich, ya que era allí donde en mi ignorancia me había instalado tras haber oído hablar de él como una zona de residencia idónea para poetas y artistas. Sus anticuadas callejas y casas e inesperadas placitas y patios me habían dejado realmente cautivado, y, cuando descubrí que sus poetas y artistas eran farsantes charlatanes cuyo pintoresquismo es de oropel y cuyas vidas son una negación de toda esa belleza en estado puro que es la poesía y el arte, me quedé en el lugar por amor a aquellas venerables reliquias. Yo las veía en mi imaginación tal como habían sido en sus mejores años, en la época en que Greenwich era un pueblo apacible que aún no había sido engullido por la ciudad; y en las horas previas al amanecer, cuando los jaraneros ya se habían esfumado, solía deambular a solas entre sus enigmáticas y tortuosas callejuelas y cavilar acerca de los curiosos secretos que debían de haber dejado allí generaciones enteras. Aquello mantenía viva mi alma, y me proporcionaba unos pocos de esos sueños y visiones por los que clamaba el poeta que anidaba en mis entrañas.

El hombre se topó conmigo sobre las dos de una nubosa madrugada de agosto, mientras me encontraba recorriendo una serie de patios independientes; hoy sólo accesibles a través de los pasillos de entrada no iluminados de los edificios que los separan de la calle, pero parte antaño de una red continua de pintorescos callejones. Había oído hablar de ellos en vagos rumores, y me di cuenta de que no podían figurar en ningún mapa actual; pero el hecho de que hubieran sido olvidados sólo les confirió mayor encanto a mis ojos, de tal suerte que los había buscado con el doble de mi afán habitual. Ahora que había dado con ellos, mi entusiasmo se vio otra vez redoblado, pues algo en su distribución sugería de manera imprecisa que podían ser sólo unos pocos de un conjunto mucho mayor, con oscuros y silenciosos hermanos recónditamente encajados entre altas paredes ciegas y viviendas vacías y retiradas de la calle, u ocultos en la oscuridad al fondo de

algún pasaje abovedado, ignorados por las hordas de habla extranjera o vigilados por artistas huraños y poco comunicativos cuyas prácticas rehúyen la atención pública y la luz del día.

Me habló sin que mediara invitación, al observar mi disposición y mis miradas de soslayo mientras examinaba unas puertas con aldaba en lo alto de unas escaleras con pasamanos de hierro, con el rostro tenuemente iluminado por el pálido resplandor que emanaba de sus montantes de tracería. El propio rostro del hombre estaba sumido en la oscuridad, y llevaba un sombrero de ala ancha que de algún modo casaba a la perfección con la capa anticuada que lucía; pero me sentí ligeramente inquieto antes siquiera de que se dirigiese a mí. Tenía una figura muy delgada, rayanle en lo cadavérico, y su voz resultó ser increíblemente tenue y hueca, aunque no especialmente grave. Según dijo, me había visto en varias ocasiones mientras deambulaba por las calles, y había deducido que me parecía a él en su amor por los vestigios de tiempos pasados. ¿No me agradaría quizá contar con la guía de un gran veterano en aquellas exploraciones, conocedor además de una información local mucho más profunda que cualquiera que pudiera haber adquirido alguien que, saltaba a la vista, acababa de llegar a la ciudad?

Mientras hablaba, alcancé a ver su cara por un instante bajo el amarillento haz de luz de una buhardilla solitaria. Era un semblante anciano y noble, apuesto incluso; y presentaba los signos de un linaje y un refinamiento inusuales para la época y el lugar. No obstante, algo en él me perturbó casi tanto como me agradaron sus facciones; quizá era demasiado pálido, o demasiado inexpresivo, o desentonaba demasiado con el entorno como para que me hiciera sentir cómodo o tranquilo. Aun así lo seguí, ya que en aquellos días sombríos mi búsqueda de la belleza y el misterio de otros tiempos era lo único que tenía para mantener viva mi alma, y consideré un raro favor del destino el haberme encontrado con alguien cuyas similares exploraciones parecían haber llegado mucho más lejos que las mías.

Algo en la noche compelió al hombre encapado a guardar silencio, y durante una larga hora me guio por las calles sin palabras innecesarias; haciendo únicamente comentarios brevísimos relacionados con nombres antiguos, fechas y cambios, y dirigiendo mi avance en gran medida por medio de gestos mientras nos metíamos por intersticios, pasábamos de puntillas por corredores. trepábamos por encima de tapias de ladrillo y. en una ocasión, atravesábamos a gatas un bajo pasadizo abovedado de piedra cuya inmensa longitud y sinuoso trazado acabaron por hacer desaparecer cualquier mínima idea de cuál era mi situación geográfica que hubiera conseguido mantener.

Las cosas que vimos eran muy antiguas y maravillosas, o al menos así lo parecían a la escasa y dispersa luz bajo la cual las observé, y jamás olvidaré las tambaleantes columnas jónicas, pilastras acanaladas, postes de cercas de hierro rematados por urnas, ventanas de arcos adintelados y montantes de abanico decorativos que parecían volverse más pintorescos y extraños cuanto más nos adentrábamos en aquel laberinto sin íin de antigüedad desconocida.

No nos tropezamos con persona alguna, y a medida que transcurría la noche íbamos viendo cada vez menos ventanas iluminadas. Las primeras farolas que encontramos habían sido de aceite, y con el antiguo diseño en rombos. Posteriormente reparé en unas que contenían velas; y finalmente, tras atravesar un horripilante patio sin alumbrado en el que mi guía tuvo que conducirme con su mano enguantada a través de una oscuridad total hasta una estrecha puerta de madera en una tapia alta, llegamos a un trozo de callejón iluminado únicamente por faroles delante de las casas, uno por cada siete: faroles de hojalata de increíble aspecto colonial, con partes superiores cónicas y agujeros perforados en los laterales.

Aquel callejón ascendía en una pronunciada pendiente —más pronunciada de lo que había creído posible en esa zona de Nueva York—, y el extremo superior se encontraba completamente bloqueado por el muro cubierto de hiedra de una finca particular, más allá del cual alcancé a ver una pálida linterna[34‡], y copas de árboles que se agitaban al contraluz de una vaga claridad en el cielo. En ese muro había una pequeña puerta arqueada, de roble negro y tachonada de clavos, que el hombre procedió a abrir con una pesada llave. Tras conducirme hasta el otro lado, avanzó en medio de una negrura absoluta por lo que parecía ser un camino de gravilla, y finalmente subió por una escalera de piedra hasta la puerta de una casa, la cual, utilizando la llave, abrió para mí.

Pasamos adentro, y al hacerlo comencé a sentirme mareado por culpa de un olor a moho infinitamente apestoso que salió a nuestro encuentro, y que debía de ser producto de siglos de malsano deterioro. Mi anfitrión no dio la impresión de notarlo, así que por cortesía no comenté nada mientras me conducía al piso de arriba por una escalera curva, me llevaba por un pasillo y me hacía pasar a una habitación cuya puerta oí al hombre cerrar con llave al entrar. Seguidamente lo vi correr las cortinas de tres ventanas de pequeños cuarterones que apenas resultaba posible distinguir del fondo iluminado del cielo; tras lo cual se acercó a la repisa de la chimenea, prendió una llama con eslabón y pedernal, encendió dos velas de un candelabro de pared con doce brazos e hizo un gesto encareciéndome que habláramos en voz baja.

A la tenue luz del candelabro, vi que nos encontrábamos en una biblioteca panelada, espaciosa y bien amueblada que databa del primer cuarto del siglo XVIII, con magníficos frontones sobre las puertas, una preciosa comisa dórica y un panel decorativo de chimenea soberbiamente tallado con remate en urna y volutas. Espaciados a lo largo de las paredes sobre las atestadas librerías había retratos familiares de buena factura, todos ennegrecidos hasta una enigmática opacidad y con un parecido inequívoco con el hombre que en ese momento me hacía señas para que ocupara una silla junto a la elegante mesa Chippendale[7]. Antes de tomar asiento él mismo al otro lado de la mesa, mi anfitrión se quedó parado por un instante como avergonzado: y entonces, tras quitarse con lentitud los guantes, el sombrero de ala ancha y la capa, se dejó ver de manera teatral con un atuendo de plena época georgiana que incluía desde un peinado en coleta y volantes fruncidos al cuello hasta calzones, medias de seda y unos zapatos con hebilla en los que no me había fijado previamente[8]. Dejándose caer entonces en una silla con respaldo en forma de lira, se puso a mirarme con atención.

Despojado de su sombrero, el hombre adquirió un aspecto de extrema vejez que antes apenas resultaba visible, y me pregunté si aquel desapercibido signo de singular longevidad no sería uno de los motivos de mi inquietud inicial. Cuando por fin habló, su voz tenue, hueca y cuidadosamente contenida tembló en no pocos momentos; y a veces tenía muchas dificultades para entender lo que decía mientras lo escuchaba con excitado asombro y un sentimiento de alarma que crecía por momentos pero que en parte me negaba a aceptar.

—Tiene ante usted, caballero —empezó a decir mi anfitrión—, a un hombre de hábitos muy excéntricos, por cuyo atuendo no es necesario presentar disculpas a alguien de su inteligencia e inclinaciones[9]. Al reflexionar sobre tiempos más felices, no he tenido reparo en indagar con precisión sus costumbres ni en adoptar su manera de vestir y sus modales: un capricho que no ofende a nadie si se practica sin ostentación. He tenido la suerte de conservar la residencia campestre de mis antepasados, pese a que se viera engullida tiempo atrás por dos poblaciones; primero Greenwich. que creció aquí a partir del año 1800, y después Nueva York, que se unió hacia 1830. Había numerosas razones para que esta casa siguiera en posesión de mi familia, y yo no he faltado al cumplimiento de tales obligaciones. El señor que la heredó en 1768 estudió ciertas artes e hizo ciertos descubrimientos, todos ellos relacionados con fuerzas que tienen su morada en esta parcela concreta, y que son sumamente merecedoras de la más férrea custodia. Tengo

la intención de enseñarle ahora algunos efectos curiosos de esas artes y descubrimientos, en el más absoluto de los secretos: y creo que puedo liarme lo suficiente de mi juicio de la gente como para no desconfiar en modo alguno de su interés ni de su lealtad.

El hombre hizo una pausa, pero yo sólo fui capaz de asentir con la cabeza. He dicho que me encontraba alarmado, mas, con todo, para mi alma no había nada más mortífero que la mundanal vida cotidiana de Nueva York, y ya fuese aquel anciano un excéntrico inofensivo o un conocedor de artes peligrosas mi única opción era atender a sus palabras y satisfacer mi anhelo de maravillas con lo que fuera que pudiera ofrecerme. De modo que seguí escuchando.

—Para… mi antepasado —prosiguió con voz tenue—, en la voluntad del ser humano parecían residir ciertas cualidades sumamente notables; cualidades que ejercían un dominio prácticamente insospechado no sólo sobre los actos de uno mismo y de otros, sino también sobre todo tipo de fuerzas y materias de la naturaleza, y sobre muchos elementos y dimensiones considerados más universales que la propia naturaleza. Si se me permite decirlo, mi ancestro se mofaba de la inviolabilidad de cosas tan fundamentales como el espacio y el tiempo, y utilizaba con fines extraños los ritos de ciertos pieles rojas de sangre mestiza que antaño acampaban en esta colina. Aquellos indios se mostraron coléricos cuando la casa fue construida, y exigieron de manera irritantemente pertinaz que se les permitiera acceder a sus terrenos en las noches de luna llena. Durante años estuvieron saltando la tapia a hurtadillas cada mes cuando podían, y llevando a cabo ciertos actos furtivos. Entonces, en el año sesenta y ocho, el nuevo señor de la propiedad los sorprendió en medio de sus actividades, y se quedó atónito por lo que vio. A partir de aquel día negoció con ellos, y les dio acceso libre a sus terrenos a cambio de que le explicaran exactamente y en profundidad lo que hacían; descubriendo así que los abuelos de aquellos indios habían recibido parte de aquella tradición de sus ancestros pieles rojas y parte de un viejo holandés en la época de los Estados Generales[10]. Y, mal rayo le parta, mucho me temo que el señor debió de servirles un ron monstruosamente malo, fuese o no a propósito; ya que una semana después de haber averiguado el secreto ya no quedaba nadie más sobre la faz de la tierra que lo conociese. Usted. caballero, es el primer extraño al cual se le ha revelado que existe tal secreto, y voto a Dios que no me habría arriesgado a jugar hasta tal punto con… las fuerzas… de no haber estado buscando usted cosas del pasado con tantas ganas.

Me estremecí al ver que el hombre empezaba a utilizar un lenguaje más coloquial… y salpicado de expresiones informales de otra época. Siguió hablando.

—Pero debe saber, caballero, que lo que… el señor… aprendió de aquellos salvajes mestizos sólo fue una pequeña parte de todo el conocimiento que llegó a reunir. No en balde había estudiado en Oxford, o hablado con un viejo quimista[11] y astrólogo en París. Se dio cuenta, en fin, de que el mundo entero no es sino el humo de nuestros intelectos; algo más allá del control de la gente vulgar, pero que los iniciados pueden expeler e inhalar como si de una bocanada de buen tabaco de Virginia se tratase. Aquello que queremos, podemos crearlo a nuestro alrededor; y aquello que no. podemos borrarlo por completo de la existencia. No diré que esto sea totalmente cierto en general, pero sí lo bastante como para proporcionar un bonito espectáculo de vez en cuando. A usted, me figuro, le complacería poder disfrutar de una visión de otras épocas más vívida que la que su imaginación le ofrece; así pues, haga el favor de reprimir cualquier miedo por lo que tengo pensado enseñarle. Venga a la ventana y guarde silencio.

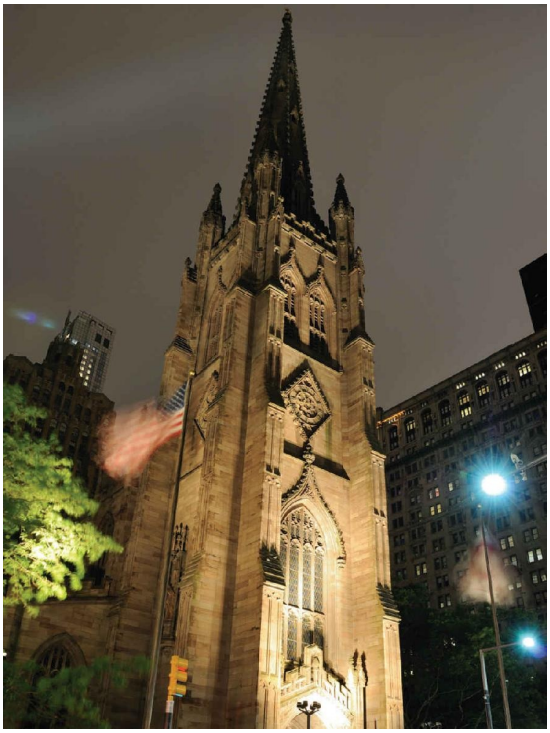
Mi anfitrión me cogió entonces de la mano para llevarme hasta una de las dos ventanas del lado largo de la maloliente habitación, y en cuanto sus dedos desenguantados tocaron los míos me quedé aterido. Su piel, aun siendo firme y seca, estaba fría como el hielo; y poco faltó para que me soltara de él. Pero entonces pensé otra vez en la vacuidad y el horror del mundo real, y me preparé con audacia a seguirlo adondequiera que pudiera conducirme. Una vez en la ventana, el hombre descorrió las cortinas de seda amarilla y me hizo mirar la oscuridad del exterior. Durante un segundo no vi nada más que una miríada de diminutas luces danzantes, muy a lo lejos; pero entonces, como en respuesta a un insidioso movimiento de la mano de mi anfitrión, un relámpago destelló sobre el paisaje, y al otro lado de la ventana contemplé un mar de vegetación exuberante, incólume, y no el mar de tejados que cualquier mente en su sano juicio esperaría. A mi derecha centelleaba siniestramente el Hudson[35‡], y frente a mí divisé en lontananza el malsano brillo de una inmensa marisma constelada de nerviosas luciérnagas. Acto seguido el relámpago se apagó, y una sonrisa maléfica iluminó el céreo rostro del anciano nigromante.

—Eso fue antes de mi época… antes de la época del señor que heredó la propiedad. Intentémoslo de nuevo, se lo ruego.

Me sentí al borde del desfallecimiento, más incluso de lo que la detestable modernidad de aquella ciudad maldita me había hecho sentir.

—¡Dios bendito! —dije en un susurro—, ¿puede hacer eso para *cualquier época*? —Y cuando él asintió con la cabeza, y enseñó los restos renegridos de lo que en su día habían sido unos colmillos amarillentos, yo me agarré a las cortinas para no desplomarme. El hombre, no obstante, me sujetó con aquella terrible garra helada e hizo una vez más su insidioso gesto.

El relámpago volvió a destellar, pero esta vez sobre un paisaje que no era del todo extraño. Era Greenwich, el Greenwich de antaño, con algún que otro tejado o fila de casas aquí y allá, tal como lo conocemos hoy, pero con hermosos y verdes caminos, campos y prados comunales. La marisma seguía reluciendo más allá del pueblo, pero en último término vi las agujas de lo que entonces era toda Nueva York; con la Trinidad. Saint Paul y la Iglesia de Ladrillo[12] dominando sobre sus hermanas, y una difusa nube de humo de leña flotando por encima del conjunto de la población. Yo respiraba fuertemente, pero no tanto por la visión en sí como por las posibilidades que mi imaginación evocaba de forma aterradora.



La aguja de la Iglesia de la Trinidad, en Nueva York.
Fotografía de Gryffindor, CC-B Y-S.A. 3.0.

—¿Puede… se atreve a… viajar *lejos*? —Pronuncié estas palabras con sobrecogimiento, y creo que él lo compartió por un segundo; no obstante lo cual la sonrisa maléfica volvió a asomar.

—*¿Lejos?* ¡Las cosas que he visto le dejarían petrificado y trastornado! En el pasado más remoto… o en el *futuro*… ¡observa, bobo gimoteante!

Y al tiempo que decía aquello con un susurrante gruñido el anciano hizo un nuevo gesto, haciendo aparecer en el cielo un destello más cegador que cualquiera de los anteriores. Durante tres segundos enteros pude atisbar aquella visión pandemoníaca, y en ese tiempo contemplé un paisaje que me atormentará en sueños por el resto de mi vida. Vi los cielos infestados de extraños objetos voladores, y bajo ellos una infernal ciudad negra de colosales terrazas de piedra, con pirámides impías que se proyectaban violentamente hasta la luna y luces diabólicas que brillaban desde innumerables ventanas. Y pululando repulsivamente por galerías suspendidas en el aire VI a los habitantes de piel amarilla y ojos rasgados de aquella urbe**[13]**, horriblemente ataviados con túnicas de color naranja y rojo, y bailando como dementes al ritmo de furiosos timbales, obscenos crótalos**[14]** y el lamento desquiciado de unas sirenas mortecinas cuyos incesantes cantos fúnebres subían y bajaban en intensidad como las ondulantes olas de un maligno océano de bitumen.

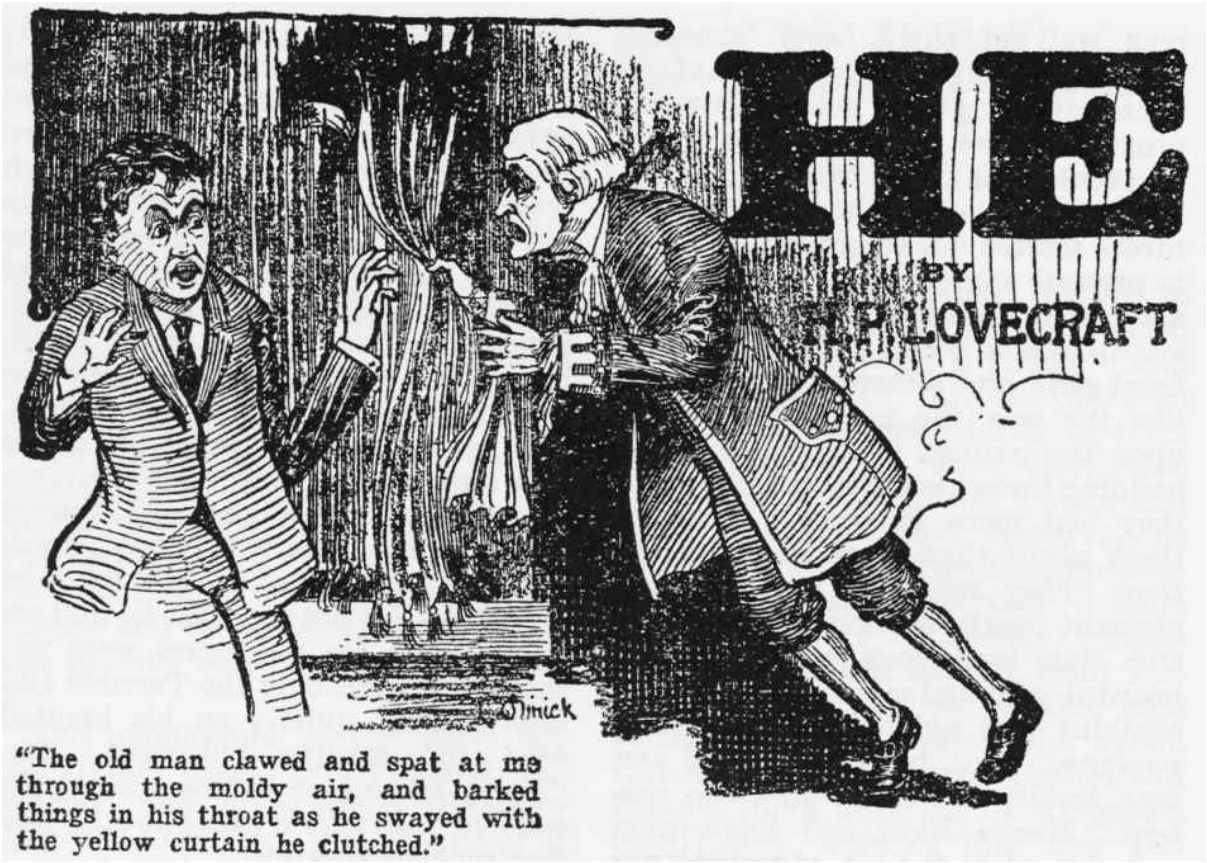
Contemplé aquel paisaje, como digo, y oí en mi mente el blasfemo y disonante tumulto**[15]** que lo acompañaba. Era la estridente culminación de todo el horror que aquella ciudad muerta había llegado a despertar en mi alma, y olvidando cualquier mandato de guardar silencio grité, grité y grité en tanto sufría un colapso nervioso y las paredes se estremecían a mi alrededor.

Entonces, cuando el destello se apagó, vi que mi anfitrión también estaba temblando, mientras una expresión de terror espantosa borraba parcialmente de su semblante la retorcida mueca de cólera que mis gritos habían ocasionado. El hombre se tambaleó, trató de agarrarse a las cortinas igual que yo había hecho antes y agitó la cabeza con furia, como un animal cazado. Dios sabe que tenía motivos, pues al extinguirse los ecos de mi grito se oyó otro sonido tan terriblemente significativo que si no perdí la cordura o la consciencia en el acto fue únicamente por el embotamiento emocional que sufría. Era el crujido continuado y furtivo de las escaleras que estaban al otro lado de la puerta cerrada, como si una horda descalza o calzada con pieles se encontrara subiendo por ella; y, finalmente, una cautelosa pero resuelta sacudida del picaporte de latón que resplandecía a la débil luz de las velas. El anciano trató de arañarme y escupió hacia mí a través del fétido aire de la habitación. y espetó cosas entre dientes mientras se balanceaba con la cortina amarilla a la que estaba agarrado.

—La luna llena… maldito seas… tú… perro escandaloso… tú los has llamado, ¡y han venido a por mí! Pies con mocasines… hombres muertos… Que Dios os fulmine, diablos rojos, yo no envenené vuestro ron… ¿acaso no he mantenido a salvo vuestra condenada magia?… fuisteis vosotros los que

bebisteis hasta reventar, malditos seáis, pero necesitáis echarle la culpa al señor de la casa… ¡dejadme en paz! Soltad ese picaporte… no tengo nada para vosotros aquí…

En ese momento los paneles de la puerta se vieron sacudidos por tres golpes muy pausados, y el frenético hechicero comenzó a echar espumarajos por la boca. Su miedo, que estaba tornándose en arrojada desesperación, dejó lugar a un resurgimiento de su ira contra mí; y el anciano dio un paso tambaleante hacia la mesa en cuyo borde me encontraba yo apoyado para sostenerme. Las cortinas, que él seguía teniendo agarradas con su mano derecha mientras trataba de arañarme con la izquierda. acabaron por tensarse tanto que se soltaron de sus altos enganches, dejando que la luz de la luna llena que el resplandor del cielo nocturno había presagiado inundara la habitación. Al ser bañadas por aquellos rayos verdosos las velas palidecieron, y una nueva apariencia de decrepitud se extendió por la apestosa habitación con su carcomido pandado, su suelo combado, la estropeada repisa de su chimenea, su mobiliario desvencijado y su raída pañería. También lo hizo sobre el anciano, ya fuera por la misma causa o por el miedo y vehemencia de este último; y observé cómo su piel se arrugaba y ennegrecía mientras se tambaleaba cerca de mí e intentaba esforzadamente desgarrar mi carne con sus garras de buitre. Sólo sus ojos se mantuvieron intactos, clavándose ferozmente en mí con una protuberante y dilatada incandescencia que fue intensificándose conforme la cara que los enmarcaba se iba carbonizando y consumiendo.



«El anciano trató de arañarme y escupió hacia mí a través del fétido aire de la habitación, y espetó cosas entre dientes mientras se balanceaba con la cortina amarilla a la que estaba agarrado».
Weird Tales 8, 3 (septiembre 1926) (ilustrador: George Ochterlony Olinick).

Los golpes en la puerta se repitieron entonces con mayor insistencia, presentando esta vez un matiz metálico. La cosa negruzca que tenía frente a mí había quedado reducida a una cabeza con ojos, que trataba impotentemente de avanzar en mi dirección reptando sobre el cada vez más hundido suelo y lanzaba de tanto en tanto débiles y pequeños salivazos de rencor eterno. Entonces una serie de tajos rápidos y destructivos atacaron los endebles paneles de la puerta, y vi el brillo de un *tomahawk*[36‡] que hendía la rajada madera. Yo no me moví, porque me era imposible hacerlo; así que me quedé mirando con aturdimiento cómo la puerta caía hecha pedazos y dejaba entrar una colosal e informe riada de una substancia negra como la tinta que se encontraba salpicada de unos ojos brillantes y malévolos. Irrumpió viscosamente como una inundación de petróleo que hubiera reventado un mamparo podrido, tiró una silla al extenderse por el suelo y finalmente se deslizó bajo la mesa y a través de la habitación hasta donde la cabeza ennegrecida con ojos continuaba mirándome con odio. La substancia envolvió la cabeza, tragándosela por completo; y un instante después ya había comenzado a retirarse, llevándose consigo su carga invisible sin tocarme,

saliendo de nuevo por aquella puerta tenebrosa y bajando por las ocultas escaleras, que volvieron a crujir como antes, aunque en orden inverso.

En ese momento el suelo cedió finalmente, y caí deslizándome sin respiración en la oscura habitación de abajo mientras me ahogaba con telarañas y el terror amenazaba con hacerme perder el conocimiento. La luna verdosa, que brillaba a través de unas ventanas rotas, me dejó ver la puerta entreabierta del vestíbulo; y. mientras me levantaba del suelo cubierto de yeso y me liberaba de los restos colgantes del techo, vi pasar por delante de ella un espantoso torrente de negrura en el cual resplandecía una legión de ojos torvos. Aquella cosa estaba buscando la puerta al sótano, y, cuando la encontró, se metió por ella y desapareció. Noté entonces que el suelo de aquella habitación inferior estaba cediendo igual que antes lo había hecho el de la de arriba, y después de que un estruendo en la parte superior de la casa se hubiera visto seguido de la caída de un objeto que había pasado por delante de la ventana oeste, y que debía de haber sido la linterna del tejado. Liberado ya de los escombros de forma provisional, atravesé a (oda prisa el vestíbulo hasta la puerta principal de la casa; y al verme incapaz de abrirla, agarré una silla y rompí una ventana, tras lo cual salí frenéticamente por ella al descuidado jardín en el que la luz de la luna bailaba sobre hierbas y hierbajos que llegaban al metro de altura. La tapia era alta, y todas las puertas estaban cerradas con llave; pero moviendo una pila de cajas que había en un rincón conseguí alcanzar el borde superior del muro y agarrarme a la gran urna de piedra instalada sobre él.

En medio de mi agotamiento, sólo logré ver a mi alrededor paredes, ventanas y viejos tejados a la mansarda desconocidos para mí. La empinada calle por la que había llegado no se veía por ninguna parte, y lo poco que sí alcanzaba a ver resultó rápidamente barrido por una neblina que cubrió todo como un alud, a pesar del intenso resplandor de la luna. De pronto la urna a la que me hallaba agarrado comenzó a temblar, como si también estuviera sufriendo el mismo mareo mortal que yo; y un instante después mi cuerpo estaba precipitándose en caída libre a una suerte incierta.

El hombre que me encontró dijo que debía de haberme arrastrado un largo trecho a pesar de mis múltiples fracturas, pues había un rastro de sangre que se alejaba hasta donde tuvo el valor de mirar. La inminente lluvia no tardó en borrar aquel vínculo con el escenario de mi terrible experiencia, y los informes solamente pudieron recoger que había aparecido de no se sabe dónde, a la entrada de un pequeño y sucio patio que daba a Perry Street[16].

Nunca intenté volver a aquellos tenebrosos laberintos, ni tampoco diría a ningún hombre en su sano juicio cómo llegar hasta allí si pudiera. Quién o qué era ese anciano individuo, no tengo la menor idea; pero vuelvo a decir que esa ciudad está muerta y llena de honores insospechados. Adónde ha ido *él*, lo desconozco; pero yo he regresado a mi hogar, a los limpios caminos de Nueva Inglaterra que la fragante brisa del mar recorre al anochecer.

Aire frío[1]

Este relato escalofriante (mis disculpas) es uno de los más adaptados por los dibujantes y guionistas de cómics, y se asemeja a muchas historias de terror de los años cincuenta. Es el último de la producción lovecraftiana que está ambientado en Nueva York, y no contiene elementos verdaderamente sobrenaturales, tratándose más bien de una historia sombría acerca de un experimento que sale mal. En él se sugiere asimismo que el Dr. Muñoz, está en contacto con científicos de ideas afines a las suyas, igual que sucede en el círculo formado por Joseph Curwen y sus corresponsales en El caso de Charles Dexter Ward. *La historia, que bebe en «La verdad en el caso del señor Valdemar» de Poe y «La novela del polvo blanco» de Machen, refleja los sentimientos de H. P. L. hacia los horrores de las masas de Nueva York.*

Me pides que explique por qué me asusto de una corriente de aire frío; por qué tiemblo más que otras personas al entrar en una habitación a baja temperatura, y parezco sentir asco y náuseas cuando el frescor del anochecer se abre paso lentamente a través de la calidez de un benigno día de otoño. Hay quienes dicen que reacciono al frío de la misma forma que otros a un mal olor, y soy el último en negar tal impresión. Lo que haré será relatar la situación más horrible con la que me he encontrado en la vida, y dejar que seas tú quien juzgue si ello constituye o no una explicación aceptable de mi peculiaridad.

Es una equivocación creer que el horror se encuentra ligado de manera inextricable a la oscuridad, el silencio y la soledad. Yo lo hallé a plena luz de una media tarde, en medio del estrépito continuo de una metrópolis y en el abarrotado interior de una pensión cutre y vulgar con una casera prosaica y dos hombres fornidos junto a mí. En la primavera de 1923 había conseguido un trabajo aburrido y mal remunerado en una revista de la ciudad de Nueva York; y, dado que no podía pagar ningún alquiler cuantioso, empecé a recorrerme una casa de huéspedes barata tras otra en busca de una habitación que reuniera las características de un estado decente de limpieza. un mobiliario soportable y un precio muy razonable. Pronto quedó claro que

todas las opciones a mi disposición eran malas, pero al cabo de un tiempo di con una casa en la calle 14 Oeste[2] que me desagradó mucho menos que las demás que había tanteado.



El n.° 317 de la calle 14 Oeste (Manhattan), en 2010.
Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.

El lugar era una mansión de cuatro plantas con fachada de gres rojizo[37‡] que parecía datar de finales de los cuarenta, y que estaba provista de interiores en madera labrada y mármol cuyo manchado y deslustrado esplendor apuntaba a un declive desde elevadas cotas de exquisita opulencia. En las habitaciones, amplias y de techos altos, y decoradas con un papel pintado inconcebible y comisas de estuco ridiculamente recargadas, persistía un deprimente olor a humedad de matices culinarios vagos e inidentificables; no obstante lo cual los suelos estaban limpios, la ropa de cama y la mantelería eran tolerablemente decentes y el agua caliente no estaba fría o apagada con demasiada frecuencia, de modo que acabé considerando la pensión al menos un lugar soportable para hibernar hasta que fuera posible disfrutar otra vez de una vida de verdad. La casera, una española desaseada y casi barbuda que se apellidaba Herrero, no me molestaba con chismorreos o con críticas por que la luz de mi habitación en el pasillo exterior del tercer piso estuviera encendida hasta tarde; y mis compañeros de alojamiento eran tan silenciosos y reservados como uno podría desear, al tratarse en su mayor parte de

españoles de una categoría ligeramente superior a la más ramplona y ordinaria. Sólo el ruido de los tranvías que pasaban bajo mi ventana resultó ser una molestia importante.

Llevaba unas tres semanas instalado allí cuando se produjo el primer incidente extraño. Una tarde a eso de las ocho oí como si algo estuviera salpicando el suelo de la habitación, y me di cuenta de repente que me estaba llegando desde hacía rato un olor acre a amoniaco. Al mirar a mi alrededor, vi que el techo estaba húmedo y goteando, aparentemente por culpa de una filtración en una de las esquinas del lado que daba a la calle. Ansioso por atajar el problema de raíz, bajé a toda prisa al sótano para decírselo a la casera, quien me aseguró que el asunto se solucionaría enseguida.

—El doctor Muñoz ha derramao sus produtos químicos —me explicó a gritos mientras subía presurosa las escaleras por delante de mí—. Está demasiao'nfermo pa ir él mismo al médico, y su estao no deja d'empeorá, pero se niega a recibí ayuda de naide. Trata su enfermedá d'una manera muy estraña: se pasa's día'ntero dándose unos baños que sueltan un olor raro, y no pue escitarse ni calentarse. Se'ncarga él mismo de toas sus tareas domésticas; su pequeña habitación está llena de frascos y máquinas, y ha dejao d'ejercé como médico. Pero'n tiempos fue uno muy'mportante; mi padre'n Barcelona ha oído hablá d'él, y hace nada l'arreglao un brazo al fontanero, que s'hizo daño de repente. Nunca sale de casa, sólo a l'azotea, y mi chico el Esteban le trae comida, la colá y sus medicinas y produtos químicos. ¡Dios mío, cómo huele 'sa sal amoniacá[3] qu'el hombre usa pa mantenerse fresco!

La Sra. Herrero desapareció escaleras arriba en dirección al cuarto piso y yo volví a mi habitación. El amoniaco dejó de gotear, y mientras limpiaba lo que había llegado al suelo y abría la ventana para airear el cuarto sentí los pesados pasos de la casera por encima de mí. Nunca había oído al Dr. Muñoz —a excepción de ciertos ruidos como de una máquina de gasolina—, dado que sus pisadas eran suaves y ligeras. Me pregunté por un segundo cuál podría ser la extraña afección de aquel hombre, y si su obstinado rechazo a que otras personas lo ayudasen no sería producto de una excentricidad relativamente infundada. Hay un enorme sufrimiento —reflexioné de manera perogrullesca— en la situación de una persona eminente que ha venido a menos.

Tal vez nunca habría conocido al Dr. Muñoz de no haber sido por el ataque al corazón que me sobrevino una mañana mientras escribía sentado en mi cuarto. Algunos médicos me habían avisado del peligro de tales episodios, y sabía que no había tiempo que perder; así que, recordando lo que la casera

había dicho sobre la ayuda que el inválido había proporcionado al fontanero herido, subí con gran esfuerzo al piso de arriba y llamé débilmente a la puerta que se encontraba encima de la mía. Mi llamada obtuvo una respuesta en un inglés muy correcto por parte de una curiosa voz que llegó desde una cierta distancia a mi derecha, y que preguntó quién era yo y qué quería; y, una vez que se lo dije, la puerta de al lado a aquella a la que yo había acudido se entreabrió ligeramente.

Noté entonces una corriente de aire frío: y, aunque estábamos en un día muy caluroso de finales de junio, tirité al tiempo que cruzaba el umbral hasta una gran estancia cuya lujosa y exquisita decoración me sorprendió en medio de aquel nido de miseria y sordidez. Un sofá cama desempeñaba en ese momento su papel diurno de asiento, y los muebles de caoba, suntuosas cortinas y tapices, cuadros antiguos y añejas librerías hacían pensar más en el estudio de un caballero que en un dormitorio de pensión. Me percaté entonces de que la habitación justo encima de la mía —la «pequeña habitación» llena de frascos y máquinas que la Sra. Herrero había mencionado— era simplemente el laboratorio del doctor, y que el hombre hacía vida principalmente en el espacioso cuarto de al lado cuyos prácticos recovecos y amplio baño contiguo le permitían esconder todos los tocadores y utensilios que podían resultar un estorbo. El Dr. Muñoz, sin ningún lugar a dudas, era un hombre de buena cuna, gran refinamiento y gusto selecto.

La figura que tenía ante mí era corta de estatura pero exquisitamente proporcionada, e iba vestida con un atuendo un tanto formal de corte y talle perfecto. Una corta barba entrecana adornaba un rostro aristocrático de expresión imperiosa aunque no arrogante, y unos anticuados quevedos[4] cubrían los redondos y oscuros ojos y coronaban una nariz aquilina que conferían un aire morisco a una fisonomía por lo demás principalmente celtíbera[5]. Un cabello tupido y bien recortado que sugería visitas regulares de un peluquero lucía una elegante raya sobre una frente alta; y, en su conjunto, la impresión que transmitía era una de notable inteligencia y de la más elevada casta y educación.

Con todo, cuando vi al Dr. Muñoz en medio de aquella corriente de aire frío, sentí una repugnancia que nada en su aspecto podía justificar. Lo único que podría haber proporcionado un motivo físico para dicha sensación era el tono lívido de su tez y la gelidez de su tacto, e incluso estas cosas deberían haber sido perdonables teniendo en cuenta la afección que yo sabía que padecía. Podría haberse debido, asimismo, al extraño frío que me enajenaba;

pues un frío como aquel no era normal en un día de tanto calor, y lo anormal siempre suscita aversión, desconfianza y miedo.

No obstante, la admiración me hizo olvidar pronto mi repugnancia, dado que las portentosas aptitudes del extraño médico quedaron patentes de inmediato a pesar de la frialdad glacial y el temblor de sus manos de aspecto exangüe. El hombre entendió claramente cuál era mi necesidad nada más verme, y se ocupó de ella con Ja pericia de un maestro al tiempo que me tranquilizaba con una voz delicadamente modulada, aunque extrañamente apagada e impersonal, diciéndome que era el más implacable de todos los enemigos declarados de la muerte, y que había invertido su fortuna y perdido todas sus amistades al dedicar su vida a unos singulares experimentos que tenían como objetivo la elusión y erradicación de la misma. El tipo parecía tener algo de fanático bienintencionado. y siguió divagando de manera casi verborreica en tanto me auscultaba el pecho y preparaba un bebedizo adecuado con medicinas traídas del pequeño laboratorio. Resultaba evidente que la compañía de un hombre de buena familia constituía una rara novedad para él en aquel sórdido entorno, viéndose impulsado a hablar con desacostumbrada locuacidad a medida que le iban asaltando numerosos recuerdos de días mejores.

Su voz, aunque extraña, resultaba al menos tranquilizadora; y yo ni siquiera era capaz de percibir que tomara aire mientras las fluidas frases se derramaban con fina verbosidad de sus labios. Trató de distraerme de mi propio ataque hablando de sus teorías y experimentos; y recuerdo el tacto con el que me consoló por mi dolencia cardíaca al insistir en que la voluntad y la consciencia son más poderosas que la propia vida orgánica, de tal suerte que, si un cuerpo estaba originalmente sano y se preservaba con cuidado, este podía conservar por medio de un proceso científico de mejora de estas cualidades una especie de animación nerviosa aun cuando sufriera las más graves discapacidades, defectos o incluso ausencias en caso de lesiones de órganos concretos. A lo mejor algún día —dijo medio en broma— ¡podría enseñarme a vivir, o al menos a poseer una especie de existencia consciente. sin corazón alguno! Él, por su parte, estaba aquejado de una complicación de diversas enfermedades que requería un tratamiento muy estricto, parte del cual consistía en mantener siempre baja su temperatura corporal. Cualquier incremento notable de esta última podía, en caso de prolongarse en el tiempo, llegar a tener consecuencias mortales para él; y el frío de su habitación —unos 12 o 13 grados centígrados— se mantenía gracias a un sistema de

absorción que refrigeraba con amoniaco[6], y que tenía unas bombas cuyo motor de gasolina yo había oído a menudo desde mi habitación de abajo.

Tras verme aliviado de mi ataque en un tiempo maravillosamente breve, me marché de la gélida habitación convertido en un admirador incondicional del dotado y confinado doctor. Después de aquella vez le hice frecuentes visitas con el abrigo puesto, durante las cuales le escuchaba hablar de investigaciones secretas y resultados casi espantosos, y me estremecía ligeramente cuando examinaba los volúmenes poco convencionales y asombrosamente antiguos de sus librerías. Con el tiempo, puedo agregar, sus hábiles cuidados lograron curarme prácticamente por completo y definitivamente de mi dolencia. Parece ser que el hombre tampoco despreciaba los conjuros de los medievalistas, dado que creía que aquellas crípticas fórmulas encerraban raros estímulos psicológicos que podían tener posiblemente efectos singulares sobre la sustancia de un sistema nervioso que hubiera perdido ya sus pulsaciones orgánicas. Logró conmoverme cuando me habló del anciano Dr. Torres de Valencia, que había trabajado con él en sus primeros experimentos dieciocho años atrás mientras sufría la grave enfermedad de la que habían derivado sus problemas de salud actuales. Justo después de que el venerable médico hubiera salvado a su colega, él mismo sucumbió al despiadado enemigo contra el que había combatido. Quizás el esfuerzo había sido demasiado grande, ya que el Dr. Muñoz dejó claro con voz susurrante —aunque sin dar detalles— que los métodos curativos puestos en práctica habían sido sumamente extraordinarios, involucrando medios y procesos que otros galenos[7] de edad avanzada e ideas conservadoras no veían con buenos ojos.

Con el paso de las semanas, observé apenado que mi nuevo amigo estaba sufriendo en efecto un deterioro físico lento pero inequívoco, tal como la Sra. Herrero había indicado. El aspecto lívido de su rostro se intensificó, su voz se volvió más apagada y difícil de entender, sus movimientos musculares perdieron cierta coordinación y su mente y voluntad mostraron menos fortaleza e iniciativa. El hombre no parecía ignorar en modo alguno este triste cambio, y poco a poco su manera de expresarse y su conversación se tiñeron de una ironía truculenta que me hizo recuperar en parte la ligera repulsión que había sentido en un primer momento hacia él.

El médico desarrolló raras excentricidades, aficionándose a las especias exóticas y al incienso egipcio hasta tal punto que su habitación olía como la cripta de un faraón enterrado en el Valle de los Reyes[8]. Al mismo tiempo empezó a insistir en que necesitaba más aire frío, así que con mi ayuda amplió

el sistema de tuberías de su habitación que hacía circular el amoniaco y modificó las bombas y el alimentador de su máquina refrigerante hasta que consiguió mantener la temperatura a sólo 1 o 4 °C, y finalmente incluso a —2 °C; aunque en el baño y el laboratorio el frío era por supuesto menos intenso, al objeto de que el agua no se congelase y los procesos químicos no se vieran dificultados. El inquilino de la habitación de al lado se quejó del aire helado que se filtraba por las rendijas de la puerta que comunicaba ambos alojamientos, así que le ayudé a colocar unas cortinas muy gruesas para eludir el problema. Una especie de horror creciente, de mentalidad extravagante y morbosa, pareció apoderarse de él. Hablaba constantemente de la muerte, pero reía de manera falsa cuando se aludía con delicadeza a cosas tales como preparativos de entierro o funerarios.

En resumidas cuentas, se convirtió en una compañía desconcertante e incluso horripilante: pero debido a la gratitud que sentía hacia él por haberme curado no podía abandonarlo dejándolo en manos de los extraños que lo rodeaban, y procuraba limpiar el polvo de su habitación y atender sus necesidades diariamente, abrigado con un grueso gabán que había comprado especialmente a tal propósito. Me ocupaba asimismo de hacer la mayor parte de sus compras, y algunos de los productos químicos que el doctor encargaba a boticarios y proveedores de material de laboratorio me dejaban boquiabierto de perplejidad.

Una creciente e inexplicable atmósfera de pánico pareció aflorar en tomo a su aposento. Toda la casa, como he dicho, olía a humedad; pero el olor era más intenso en su habitación, a pesar incluso de todas las especias y el incienso, y de los acres productos químicos de los ahora incesantes baños que insistía en tomar sin ayuda de nadie. Me di cuenta de que debía de estar relacionado con su enfermedad, y me estremecí al cavilar sobre qué mal podía ser aquel. La Sra. Herrero se santiguaba cuando lo veía, y dejó sin reservas que yo me ocupara de él. no permitiendo siquiera que su hijo Esteban continuara haciéndole recados. Cuando le sugería que fuera a ver a otros médicos, el enfermo se enfurecía tanto como se atrevía a hacerlo. Era evidente que temía el efecto que pudieran tener en su cuerpo las emociones intensas, mas aun así su voluntad y su motivación aumentaban en vez de disminuir, y se negaba a guardar cama. La lasitud de sus anteriores días de enfermedad se vio sustituida por un retomo de su fiera determinación, de tal modo que parecía disponerse a plantar cara al demonio de la muerte justo en el momento en que aquel viejo enemigo le iba a dar caza. Dejó prácticamente de fingir que comía, lo cual, curiosamente, siempre había sido algo así como

una formalidad en su caso; y lo único que parecía impedir que sufriera un colapso absoluto era su fortaleza mental[9].

Adquirió la costumbre de escribir largos documentos de algún tipo, los cuales sellaba cuidadosamente y forraba con órdenes de que los transmitiera a su muerte a ciertas personas que nombraba; en su mayoría eruditos de las Indias Orientales, pero también en una ocasión un célebre médico francés al cual se da hoy generalmente por muerto y sobre el cual se han dicho en susurros las cosas más inconcebibles. Al final quemé todos aquellos papeles sin entregar y sin abrir. El aspecto y la voz del doctor se volvieron completamente aterradores, y su presencia prácticamente insoportable. Un día de septiembre una inesperada visión fugaz del doctor le provocó un ataque epiléptico a un hombre que había ido a reparar la lámpara de su escritorio; un ataque para el cual el primero prescribió un remedio eficaz mientras se mantenía completamente fuera de la vista. Aquel hombre, aunque parezca mentira, había vivido en sus carnes los horrores de la Gran Guerra sin haber sufrido en ningún momento un tenor tan absoluto.

Entonces, a mediados de octubre, aconteció de manera pasmosamente súbita el mayor horror de todos. Una noche a eso de las once se rompió la bomba de la máquina frigorífica, de tal suerte que en cuestión de tres horas el proceso de refrigeración con amoniaco se tornó imposible. El Dr. Muñoz me llamó dando golpes en el suelo, y yo me puse a trabajar frenéticamente para arreglar la avería mientras mi anfitrión profería maldiciones en un tono cuyo carácter exánime y estertóreo resultaba indescriptible. Mis torpes esfuerzos, con todo, fueron inútiles; y cuando hice venir a un mecánico de un taller 24 horas cercano descubrimos que no se podía hacer nada hasta por la mañana, debiendo conseguir entonces un nuevo émbolo. La rabia y el miedo del ermitaño moribundo, que estaban acrecentándose hasta proporciones grotescas, parecían tener muchas probabilidades de arruinar lo que quedaba de su debilitado cuerpo; y en un momento dado un espasmo le hizo cubrirse los ojos con las manos y entrar a toda prisa en el cuarto de baño. Salió de él andando a tientas con la cara tapada por un fuerte vendaje, y ya nunca volví a ver sus ojos.

El frío en la habitación estaba disminuyendo sensiblemente, y en tomo a las cinco de la mañana el doctor se retiró al baño, ordenándome que le fuera consiguiendo todo el hielo que pudiera de las tiendas de alimentación y cafeterías que permanecían abiertas toda la noche. Cuando regresaba de mis salidas a veces desalentadoras y dejaba mi botín frente a la puerta cerrada del baño, podía oír un agitado chapoteo al otro lado, y una voz ronca y turbia que

ordenaba: «¡Más… más!». Finalmente despuntó un cálido día, y las tiendas fueron abriendo una a una. Le pedí a Esteban que ayudara a traer hielo mientras yo conseguía el émbolo de la bomba, o si no que encargara este último mientras yo continuaba ocupándome del hielo; mas, atendiendo a las instrucciones de su madre, se negó en rotundo.



«Salió de él andando a tientas con la cara lapada por un fuerte vendaje, y ya nunca volví a ver sus ojos». *Weird Tales* 34, 3 (septiembre 1939) (ilustrador: Harry Ferman).

Al final pagué a un haragán con pinta desastrada que me encontré en la esquina de la Octava Avenida para que siguiera llevando hielo al paciente de una pequeña tienda que le dije, y yo me concentré diligentemente en la tarea de encontrar un émbolo para la bomba y contratar a unos obreros competentes que la instalasen. La tarea se antojó interminable, y me puse casi tan furioso como el solitario doctor al ver pasar las horas en una tensa ronda en ayunas de llamadas telefónicas infructuosas y en una búsqueda febril de sitio en sitio, yendo de acá para allá en metro y tranvía**[10]**. Hacia el mediodía logré dar con un proveedor adecuado lejos en el centro de la ciudad, y aproximadamente a la una y media de la tarde llegué a la pensión con el material necesario y dos fuertes e inteligentes mecánicos. Había hecho todo lo que había podido, y esperaba llegar a tiempo.

Un negro terror, sin embargo, lo había hecho antes que yo. La casa estaba sumida en un enorme revuelo, y por encima del alboroto de voces asustadas

oí a un hombre que rezaba en tono profundo. Algo diabólico flotaba en el aire, y los inquilinos hablaban de ello con sus rosarios agarrados al pecho mientras les llegaba el olor que salía por debajo de la puerta cerrada del doctor. El haragán que yo había contratado, parece ser, había huido gritando con ojos enloquecidos al poco de haber traído hielo por segunda vez; quizá como consecuencia de un exceso de curiosidad. Era imposible, naturalmente, que hubiera cerrado la puerta con llave al salir; no obstante lo cual la puerta se encontraba ahora bloqueada, seguramente desde dentro. No se oía nada en el interior, excepto una especie de lento y denso goteo indescriptible.

Tras consultarlo brevemente con la Sra. Herrero y los mecánicos, a pesar de un miedo que me roía las entrañas, sugerí echar la puerta abajo; pero la casera encontró un modo de hacer girar la llave desde fuera con un chisme de alambre. Previamente habíamos abierto las puertas de todas las demás habitaciones de aquel rellano, y subido todas las ventanas al tope[38‡]. Y entonces, con las narices protegidas por pañuelos, entramos temblando en aquella maldita habitación sur, que resplandecía bajo el cálido sol de primera hora de la tarde.

Una especie de reguero viscoso y oscuro se extendía desde la puerta abierta del baño hasta la puerta del rellano, y de ahí al escritorio, donde se había acumulado un pequeño y espantoso charco. Allí había algo garrapateado a ciegas con lápiz en un trozo de papel embadurnado de una repugnante pringue que parecía haber sido extendida por las mismas garras que habían trazado aquellas apresuradas últimas palabras. Después el reguero iba hasta el sofá y terminaba allí de manera inenarrable.

Qué había o había habido en el sofá es algo que no puedo ni me atrevo a decir aquí[11]. Pero esto es lo que logré descifrar entre escalofríos del pringoso papel antes de que sacara una cerilla y lo redujera a cenizas; lo que descifré aterrorizado mientras la casera y los dos mecánicos salían corriendo frenéticamente de aquel horrible lugar para contar su incoherente y balbuceante historia en la comisaría más cercana. Aquellas palabras nauseabundas parecían casi imposibles de creer bajo aquel sol amarillo, con el estrépito de los coches y los camiones elevándose ruidosamente desde la abarrotada calle 14, pero admito que en ese momento lo hice. Ahora no sé qué creer, francamente. Hay cosas sobre las que es mejor no pensar, y lo único que puedo decir es que detesto el olor a amoniaco, y que me siento desfallecer cuando noto una corriente de aire más frío de lo normal.

«Ha llegado mi fin —decía aquella fétida nota garabateada—. No queda hielo; el hombre se asomó y huyó despavorido. Cada minuto que pasa hace

más calor, y los tejidos no aguantarán mucho más tiempo. Supongo que recuerda… lo que dije sobre la voluntad, los nervios y la preservación del cuerpo una vez que los órganos dejan de funcionar. Era una buena teoría, pero imposible de mantener indefinidamente. Había un deterioro gradual que no había previsto. El Dr. Torres lo sabía, pero el trauma lo mató. No fue capaz de soportar lo que tuvo que hacer; se vio obligado a rescatarme de un lugar extraño y tenebroso cuando atendió mi carta y me ayudó a recuperarme. Y mis órganos ya nunca volvieron a funcionar. Hubo que hacerlo a mi manera, mediante preservación artificial; *pues sepa usted que morí en aquella ocasión, hace dieciocho años*».

La extraña casa elevada entre la niebla[1]

Aunque «La extraña casa elevada entre la niebla» se desarrolla de manera íntegra en la región de Arkham, concretamente en Kingsport, un pueblo inventado por Lovecraft, este se inspiró para escribirla en «los colosales acantilados de Magnolia» (situados en la costa este de Massachusetts) y en los cabos cercanos a Gloucester (una ciudad del mismo estado). La historia presenta un tono similar al de los relatos dunsanianos de H. P. L., evocando dioses de leyenda. Sin embargo, a diferencia de lo que le ocurre al narrador de esos relatos anteriores, Thomas Olney alcanza una feliz serenidad tras su contacto directo con lo sobrenatural, lo cual quizá sea un reflejo de la creciente madurez del propio Lovecraft.

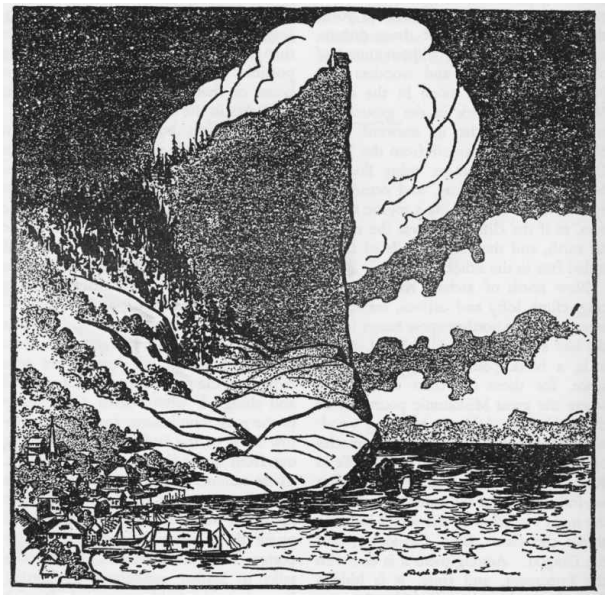
Por las mañanas la bruma se eleva desde el mar junto a los acantilados que hay más allá de Kingsport[2]. Asciende blanca y liviana desde las profundidades hasta donde flotan sus hermanas las nubes, preñada de sueños, pastos fríos y húmedos y cuevas de leviatanes. Y después, cuando la lluvia estival cae quedamente sobre los empinados tejados de los poetas, las nubes esparcen pedazos de esos sueños, a fin de que los hombres no vivan sin el rumor de los antiguos y extraños secretos y prodigios que los planetas se cuentan solamente entre ellos en mitad de la noche. Cuando las grutas de los tritones se llenan de historias, y las caracolas en sus ciudades de algas tocan canciones bacanálicas que aprendieron de los Viejos Dioses, entonces grandes bancos de bruma se elevan en ávido tropel hasta el cielo cargados de fábulas, y los ojos que contemplan el océano desde los acantilados ven únicamente una blancura misteriosa; como si el borde del precipicio fuera el borde del mundo entero, y las solemnes campanas de las boyas tañeran libres en el éter del país de las hadas.

Al norte del viejo Kingsport los riscos ascienden a gran altura de un modo curioso, terraza sobre terraza, hasta que el más septentrional de ellos pende en el cielo como una nube gris que flotara inmóvil. A solas está, una punta rocosa que descuella en el espacio infinito, ya que la costa tuerce allí bruscamente en el punto donde el gran Miskatonic[3] desagua desde las

llanuras que hay más allá de Arkham, llevando consigo leyendas de los bosques de Nueva Inglaterra junto con encantadores recuerdos de sus colinas. Los hombres de mar de Kingsport miran aquel promontorio tal como los hombres de mar de otras regiones miran la estrella polar, y miden la duración de las guardias de la noche por el modo en que oculta o deja ver la Osa Mayor, Casiopea y el Dragón[4]. Para ellos es parte del firmamento, y. en verdad, dejan de verlo cuando la bruma tapa las estrellas o el sol. Esos hombres sienten devoción por algunos de los promontorios, como ese cuyo grotesco perfil llaman Padre Neptuno, o ese otro cuyos escalones en forma de columna denominan la Calzada; pero a este lo temen por su cercanía al cielo. Los marineros portugueses que llegan de una travesía se santiguan cuando lo ven por primera vez, y los yanquis metidos en años creen que escalarlo sería un asunto de mucha mayor gravedad que la muerte, si es que en realidad aquello era posible. Así y todo, hay una antigua casa en lo alto de ese promontorio, y por la noche la gente divisa luces en sus ventanas de pequeños cuarterones.

La antigua casa siempre ha estado ahí, y según dice la gente en ella vive un morador que habla con las brumas matutinas que se elevan desde las profundidades, y que quizá ve cosas singulares por el lado del océano en esas ocasiones en que el borde del acantilado se convierte en el borde del mundo entero y boyas solemnes tañen libres en el blanco éter del país de las hadas. Todo esto lo dicen de oídas, ya que nadie ha visitado jamás aquel risco imponente, y los lugareños prefieren no enfocarlo con sus catalejos. Los veraneantes lo han escudriñado desde luego con sus elegantes prismáticos, pero nunca han conseguido ver nada más que el antiquísimo tejado gris, a dos aguas y cubierto de tejuelas de madera, cuyos aleros llegan casi hasta los rocosos cimientos, así como la tenue luz amarillenta de las pequeñas ventanas que asoman por debajo de dichos aleros al anochecer. Estos veraneantes no creen que un mismo morador haya vivido en la vieja casa durante cientos de años, pero no tienen pruebas que puedan demostrar la verdad de tal herejía a ningún habitante de Kingsport de pura cepa. Incluso el Viejo Terrible[5] que le habla a péndulos de plomo metidos en botellas, compra comida con monedas españolas de oro acuñadas hace siglos y tiene ídolos de piedra en el jardín de su antiquísima casita de Water Street sólo puede decir que esas cosas ya eran así cuando su abuelo era niño, y eso debe de haber sido hace un tiempo inconcebible, cuando Belcher o Shirley o Pownall o Bernard era gobernador de la Provincia de la Bahía de Massachusetts de Su Majestad[6].

Entonces, un verano, llegó a Kingsport un filósofo. Se llamaba Thomas Olney[7], y enseñaba cosas pesadas y de mucha enjundia en una universidad de la bahía de Narragansett. Llegó con una esposa rolliza y niños retozones, y tenía la mirada cansada de ver las mismas cosas durante muchos años y de pensar siempre conforme a las mismas pautas. Contempló las brumas desde la diadema de Padre Neptuno, e intentó adentrarse en su blanco mundo de misterio recorriendo los titánicos escalones de la Calzada. Una mañana tras otra se tumbaba en lo alto de ios acantilados y se asomaba al borde del mundo para contemplar el enigmático éter de más allá, escuchando campanas espectrales y los chillidos desaforados de lo que tal vez eran gaviotas. Después, cuando la niebla se disipaba y el mar se ponía prosaicamente de relieve con el humo de los barcos de vapor, dejaba escapar un suspiro y bajaba hasta el pueblo, donde le encantaba recorrerse las viejas callejas que suben y descienden por la colina y observar los hastiales precariamente inclinados y las curiosas puertas columnadas que tantas generaciones de recios marineros habían cobijado. Y llegó incluso a hablar con el Viejo Terrible, quien no albergaba simpatía por los extraños; y fue invitado a su casita terriblemente vieja en la que los bajos techos y carcomidos pandados oyen ecos de inquietantes soliloquios en las oscuras horas de la madrugada.



«Así y todo, hay una antigua casa en lo alto de ese promontorio, y por la noche la gente divisa luces en sus ventanas de pequeños cuarterones». *Weird Tales* 18, 3 (octubre 1931) (ilustrador: Joseph Doolin).

Naturalmente era inevitable que Olney se fijara en aquella solitaria casita gris en las alturas, encaramada a ese siniestro risco del norte que se funde con la bruma y el firmamento. Siempre estaba allí cerniéndose sobre Kingsport. y

siempre se oían cuchicheos en torno a su misterio por las tortuosas callejuelas del pueblo. El Viejo Terrible contaba con voz sibilante una historia que su padre le había referido a él, sobre que una noche un rayo se había *elevado* desde aquella casita hasta las nubes del cielo; y la abuela Orne[8], cuya minúscula morada de tejado amansardado en Ship Street está totalmente cubierta de musgo y hiedra, hablaba en tono ronco de algo que su propia abuela había oído acerca de que alguien había visto siluetas surgir aleteando de las brumas del este y meterse directamente por la estrecha y única puerta de aquella casa inaccesible; pues dicha puerta se encuentra pegada a) borde del risco, mirando al océano, y sólo se la alcanza a ver desde los barcos que surcan las aguas.

Finalmente, dada su avidez de cosas nuevas y extrañas, y puesto que no lo retenía ni el miedo de los habitantes de Kingsport ni la habitual indolencia del veraneante, Olney tomó una determinación sumamente terrible. Pese a haber sido educado de manera conservadora —o debido a ello, ya que las vidas llenas de monotonía generan un vivo anhelo por lo desconocido— juró con vehemencia que escalaría aquel evitado promontorio del norte y visitaría esa casita gris de las alturas inusualmente antigua. Su parte más racional sostenía, de manera muy plausible, que la vivienda debía de estar habitada por gente que accedía a ella desde tierra adentro subiendo por la cresta más practicable que bordeaba el estuario del Miskatonic. Probablemente compraban en Arkham, sabedores de lo poco que gustaba su morada en Kingsport; o quizá porque no podían descender el promontorio por el lado del pueblo. Olney salió a caminar por los acantilados inferiores hasta el lugar donde el gran risco se alzaba brusca e insolentemente para fraternizar con los cuerpos celestes, y se convenció por completo de que ningún ser humano sería capaz de subirlo o bajarlo por aquella prominente ladera sur. Por el este y el norte el promontorio ascendía verticalmente desde el agua cientos y cientos de metros, de modo que la única posibilidad restante era la cara occidental, que miraba tierra adentro hacia Arkham.

Una mañana de agosto Olney salió temprano de casa con el propósito de encontrar una ruta hasta la inaccesible cumbre. Avanzó lentamente hacia el noroeste por agradables caminos secundarios, pasando junto a la laguna de Hooper y el viejo polvorín de ladrillo en dirección a la zona en la que los pastos se elevan en pendiente hasta la cresta sobre el Miskatonic y proporcionan una hermosa vista de las blancas agujas georgianas de Arkham a través de leguas de río y prados. Allí encontró una sombreada vereda que conducía a Arkham, pero ninguna senda en absoluto en dirección al mar. que

era lo que él quería. Bosques y praderas llenaban todo el terreno hasta la alta y empinada ribera de la desembocadura del río. sin ofrecer el más mínimo signo de presencia humana; ni siquiera una cerca de piedra o una vaca descarriada, sólo la alta hierba, árboles gigantescos y marañas de zarzas que quizá habían visto los primeros indios. Mientras ascendía lenta y trabajosamente en dirección este, cada vez a mayor altura sobre el estuario a su izquierda y más cerca del mar. Olney fue encontrando crecientes dificultades para avanzar; a tal punto que acabó preguntándose cómo diantres se las arreglaban los habitantes de aquella casa malmirada para llegar a la civilización, y si irían a menudo a Arkham a comprar.

Luego el bosque se volvió menos denso, y lejos a su derecha el filósofo oteó las colinas y los antiguos tejados y agujas de Kingsport. Incluso Central Hill[9] se veía enana desde aquella altura, de tal forma que Olney apenas era capaz de distinguir el viejo cementerio junto al Hospital Congregacional[10], bajo el cual, según se rumoreaba. se escondían unas espantosas cuevas o galerías. Por delante de él se extendía una hierba rala y matas de arándanos achaparradas, y más allá, la roca desnuda del promontorio y la aguda cúspide donde se levantaba la temida casita gris. La cresta se volvió entonces más estrecha, y Olney se comenzó a marear al verse en aquella soledad vertiginosa. Al sur de él, el aterrador precipicio sobre Kingsport. y al norte, una caída a pico de más de kilómetro y medio hasta la desembocadura del río. De repente se extendió ante él una gran grieta, de diez metros de profundidad; de modo que se vio obligado a bajar agarrándose con las manos y dejarse caer hasta su inclinado fondo, y después trepar peligrosamente por el interior de una quebrada natural en la pared opuesta. ¡Así que aquella era la manera en que los habitantes de la misteriosa casa viajaban entre la tierra y el cielo!

Cuando Olney salió de la grieta se estaba formando una niebla matutina, pese a lo cual vio con claridad la elevada e impía casita algo más adelante; sus paredes grises como la roca, y su alto tejado a dos aguas que se perfilaba nítidamente sobre la lechosa blancura de los vapores marinos. Y advirtió que no había puerta en ese lado que miraba tierra adentro, sino solamente un par de ventanitas de estilo Tudor con sucios cuarterones de vidrio soplado y emplomado a la manera típica del siglo XVII. Todo a su alrededor eran nubes y caos, y lo único que alcanzaba a ver debajo de él era la blancura de un vacío sin límites. Estaba solo en las alturas con aquella casa extraña y tremendamente perturbadora; y cuando la rodeó de manera sigilosa hasta su parte frontal y descubrió que aquella pared se levantaba a ras del borde del acantilado, de modo que no era posible acceder a la única y estrecha puerta

más que desde el vacuo éter, sintió un claro terror que la altitud no podía explicar por sí sola. Y resultaba muy raro que unas tejuelas tan carcomidas pudieran seguir en su sitio, o que unos ladrillos tan desmoronados formaran todavía una chimenea en pie.

Al tiempo que la bruma se espesaba, Olney rodeó la casa en silencio hasta las ventanas de los lados norte, oeste y sur para intentar abrirlas, mas las encontró todas cerradas; hecho este del que se alegró ligeramente, porque cuanto más veía de aquella casa, menos deseaba entrar en ella. Entonces, un ruido le hizo detenerse. Oyó una llave entrando en una cerradura y un cerrojo que se descorría, y seguidamente un prolongado chirrido como si una puerta pesada estuviera abriéndose de manera lenta y cautelosa. Esto era en el lado del mar que él no veía, donde la angosta entrada se abría a una caída libre de cientos y cientos de metros en el brumoso cielo por encima de las olas.

Entonces sonaron unos pasos grávidos y pausados dentro de la casita, y Olney oyó abrirse las ventanas, primero las del norte, en el lado contrario al suyo, y luego las del oeste justo a la vuelta de la esquina. Las siguientes serían las del sur, bajo los grandes y bajos aleros del lado en que él se hallaba; y hay que decir que se sintió más que incómodo al pensar que tenía aquella detestable casa a un costado y el vacío del reino de las alturas al otro. Al sentir un forcejeo en los vanos acristalados más próximos a él, Olney dobló otra vez sigilosamente la esquina hasta el lado oeste y se pegó a la pared de la vivienda junto a las ahora abiertas ventanas. Era evidente que el dueño había vuelto a casa, aunque no lo había hecho desde tierra firme, ni tampoco desde ningún globo o dirigible que uno pudiera imaginar. Volvieron a sonar pasos, y Olney se movió con cuidado hacia la pared norte; pero antes de que hubiera conseguido ponerse a resguardo una voz lo llamó quedamente, y el filósofo supo que tendría que ver a su anfitrión cara a cara.

Asomado a una de las ventanas del lado oeste había un amplio rostro de barba negra cuyos ojos resplandecían con la huella de visiones inauditas. Pero la voz era dulce, y de un timbre añejo y pintoresco, así que Olney no se estremeció cuando una mano morena se alargó hacia él para ayudarlo a pasar por encima del alféizar y entrar en aquella habitación de techo bajo, paredes paneladas en madera de encina tintórea[39‡] y muebles tallados al estilo Tudor. El hombre iba ataviado con ropajes muy antiguos, y estaba envuelto en una inidentificable aureola de leyendas marinas y sueños de altos galeones. Olney no recuerda muchas de las maravillas que le contó, ni siquiera quién era; pero afirma que era un hombre extraño, amable y lleno de magia: la magia de las ignotas inmensidades del tiempo y el espacio. La pequeña estancia parecía

teñida de un tono verdemar, como si la iluminara una débil luz acuosa, y Olney vio que las ventanas de la alejada pared oriental no estaban abiertas, sino cerradas contra el nebuloso éter con gruesos cristales deslustrados que recordaban a viejos culos de botella.

Aquel anfitrión barbado parecía joven, mas miraba con unos ojos empapados de misterios arcaicos; y, por las historias de cosas antiguas y maravillosas que contó, ha de suponerse que las gentes del pueblo tenían razón al decir que había vivido en comunión con las brumas del mar y las nubes del cielo desde que había habido pueblo alguno que observara su taciturna morada desde el llano. Las horas fueron transcurriendo lentamente, y Olney continuó escuchando fábulas de eras pasadas y lugares lejanos, y oyó cómo los reyes de la Atlántida lucharon contra blasfemos seres resbaladizos que salieron serpenteando de grietas en el lecho oceánico, y cómo el templo columnado y tapizado de algas de Poseidonis[11] es vislumbrado aún a medianoche por los barcos perdidos; visión esta que les hace tener la certeza de que lo están. También se evocaron los tiempos de los titanes, pero al anfitrión le entró un cierto apocamiento cuando habló de la remota y caótica primera edad antes incluso de que los Viejos Dioses hubieran nacido, cuando sólo los *otros dioses* iban a bailar a la cumbre del Hatheg— Kla en el pedregoso desierto próximo a Ulthar, más allá del río Skai[12].

Fue en ese momento cuando se oyeron unos golpes en la puerta; aquella antigua puerta de roble tachonada al otro lado de la cual no había nada más que el abismo de nubes blancas. Olney se asustó, pero el hombre de la barba le indicó que guardara silencio con un gesto y se acercó de puntillas a la puerta para espiar por una minúscula mirilla. No le gustó lo que vio, así que se llevó un dedo a los labios y dio una sigilosa vuelta a la habitación para cerrar con pestillo todas las ventanas antes de regresar al antiguo escaño[40‡] junto a su invitado. Entonces Olney vio pararse sucesivamente frente a los translúcidos cuadrados de cada una de las sucias ventanitas una inquietante silueta conforme el visitante husmeaba alrededor de la casa antes de marcharse; y se alegró de que su anfitrión no hubiera respondido a la llamada. Pues hay cosas extrañas en el gran abismo, y el buscador de sueños ha de tener cuidado de no despertar o encontrarse a las que no debe.

Después comenzaron a crecer las sombras; primero pequeñas sombras sigilosas bajo la mesa, y después otras más audaces en los oscuros rincones pandados. Y el hombre de la barba hizo enigmáticos gestos de oración, y encendió altas velas en candeleras de latón curiosamente labrados. Su mirada se dirigía a menudo a la puerta, como si esperase a alguien, y al final pareció

obtener respuesta en unos golpes singulares desde el otro lado que debían de seguir algún código secreto de enorme antigüedad. Esta vez mi anfitrión no miró siquiera a través de la mirilla, sino que retiró la gran tranca de roble y descorrió el cerrojo, para acto seguido levantar el pestillo de la pesada puerta y abrirla de par en par a las estrellas y la niebla.

Y entonces al son de misteriosas armonías entraron flotando en aquella habitación desde las profundidades todos los sueños y recuerdos de los poderosos dioses submarinos de la tierra. Y había llamas doradas danzando en torno a sus cabellos entreverados de algas, de modo que Olney quedó deslumbrado mientras les rendía honores. El tridentífero Neptuno estaba allí, acompañado de tritones saltarines y fabulosas nereidas, y sobre los lomos de unos delfines se sostenía en equilibrio una enorme concha estriada en la cual viajaba la entrecana e imponente figura del primordial Nodens, el Señor del Gran Abismo[13]. Y los tritones daban inquietantes toques de caracola, y las nereidas hacían sonidos extraños golpeando los grotescos caparazones de criaturas desconocidas que se ocultaban en tenebrosas cuevas bajo el mar. Entonces el milenario Nodens extendió una mano arrugada y ayudó a Olney y su anfitrión a subir a la enorme concha, tras lo cual las caracolas y los gongs levantaron un largo, desaforado y temible fragor. Y hacia el éter infinito se alejó de manera bamboleante aquel cortejo fabuloso, con el ruido de su griterío perdiéndose entre el eco de los truenos.

Durante toda la noche las gentes de Kingsport observaron aquel encumbrado promontorio en los momentos en que la tormenta y la niebla permitían entreverlo, y, cuando hacia primera hora de la madrugada las pequeñas ventanas débilmente iluminadas se quedaran a oscuras, hablaron en susurros de terror y calamidades. Y los hijos y la rolliza mujer de Olney rezaran al almibarado dios verdadero de los baptistas, y pidieron que el caminante consiguiera que le prestasen un paraguas y unos chanclos en caso de que la lluvia no cesara al llegar la mañana. Después el alba salió del mar chorreando y coronada de bruma, y las boyas tañeron solemnes en vórtices de éter blanquecino. Y al mediodía delicadas y encantadoras sirenas reverberaban sobre el océano cuando Olney, seco y ligero de pies, bajó desde los acantilados hasta la antigua Kingsport con la mirada de aquellos que han contemplado lugares lejanos. No alcanzaba a recordar qué había soñado en la cabaña suspendida en las alturas de aquel ermitaño todavía anónimo, ni a explicar cómo había descendido de aquel risco que ningún otro pie había hollado. Tampoco fue capaz en modo alguno de hablar de estas cuestiones salvo con el Viejo Terrible, quien después masculló cosas raras bajo su luenga

barba cana; jurando que el hombre que había bajado de aquel promontorio no era exactamente el mismo que lo había subido, y que en alguna parte bajo ese picudo tejado gris, o entre extensiones inimaginables de esa siniestra niebla blanca, seguía todavía el espíritu perdido de aquel que había sido Thomas Olney.

Y desde aquel momento, a lo largo de lentos y tediosos años de insustancialidad y hastío, el filósofo ha trabajado, comido, dormido y llevado sin ninguna queja la vida que corresponde a un ciudadano. Y ya no anhela la magia de las colinas lejanas, ni suspira por secretos que se vislumbran cual verdes arrecifes en un mar de profundidad insondable. La monotonía de sus días ya no le produce pesar, y su imaginación ha acabado por ceñirse satisfecha a las viejas pautas. Su buena mujer se ha puesto más rolliza y sus hijos se han vuelto más mayores, más aburridos y más útiles, y él siempre sonríe con orgullo, como debe ser, cuando la ocasión lo requiere. En su mirada no hay ningún brillo inquieto, y si alguna vez se para a escuchar las solemnes campanas o las lejanas y delicadas sirenas es únicamente por la noche, cuando los sueños de tiempos pasados vagan por el mundo. El hombre no ha vuelto a pisar Kingsport, ya que su familia no veía con agrado aquellas viejas casas raras y se quejaba de que el alcantarillado era deplorable. Ahora tienen un bonito bungaló en Bristol Highlands**[14]**, donde no hay ningún promontorio que se eleve a gran altura y los vecinos son gente moderna y sofisticada.

En Kingsport, no obstante, corren rumores extraños, e incluso el Viejo Terrible admite algo que su abuelo no le contó. Ya que ahora, cuando el viento sopla de manera tempestuosa desde el norte pasando junto a la elevada y antigua casita que es parte del firmamento, se rompe al fin ese silencio inquietante y ominoso que antes siempre había atormentado a los marineros de Kingsport. Y la gente mayor cuenta que se oyen voces agradables cantando en ella, y risas que se toman en carcajadas con placeres que no tienen parangón en la tierra; y dicen que al caer la noche las pequeñas y bajas ventanas brillan con más intensidad que antes. Afirman, asimismo, que la imponente aurora boreal se deja ver más a menudo en ese lugar, resplandeciendo azul en el norte con vistas de mundos helados mientras la negra silueta del risco y la casita se recorta de manera irreal en un cielo iluminado por trepidantes cintilaciones. Y las brumas del amanecer son más espesas, y los marineros no están tan seguros de que todos los tañidos amortiguados que llegan del mar pertenezcan a las solemnes boyas.

Lo peor de todo, sin embargo, es el debilitamiento de los viejos miedos en el corazón de los jóvenes de Kingsport, que cada vez tienden más a escuchar por las noches los apagados y lejanos sonidos que trae el viento del norte. Juran que esa elevada casita no puede albergar ningún mal o aflicción, pues en las voces que ahora se oyen late la alegría, y con ellas el tintineo de las risas y la música. No saben qué historias pueden traer las brumas a aquel encantado pináculo del norte, pero anhelan obtener algún atisbo de las maravillas que llaman a esa vertiginosa puerta del acantilado cuando las nubes son más densas. Y los patriarcas temen que algún día traten de subir uno a uno aquel inaccesible pico en las alturas, y descubran ios secretos seculares que se ocultan bajo la aguda cubierta de tejuelas que es parte de las rocas, las estrellas y los antiguos miedos de Kingsport. No les cabe duda de que esos jóvenes atrevidos regresarán, pero creen que tal vez se apague entonces un brillo en su mirada y un ansia en sus corazones. Y no desean que la pintoresca Kingsport con sus empinadas callejas y vetustos hastiales viva apática y perezosa a lo largo de los años mientras voz a voz el coro de risas va creciendo en intensidad y desenfreno en aquella desconocida y terrible atalaya donde las brumas y los sueños de las brumas se detienen a descansar en mitad de su viaje desde el mar hasta los cielos.

No quieren que las almas de sus jóvenes dejen los cálidos hogares y las tabernas de tejado amansardado del viejo Kingsport, ni tampoco que las risas y canciones de aquella rocosa altura se oigan más fuerte. Pues de la misma forma que la voz que ha llegado ha traído consigo nuevas nieblas del mar y desde el norte nuevas luces, dicen que otras voces traerán aún más nieblas y más luces, hasta que quizá los dioses de antaño (cuya existencia insinúan únicamente en susurros por miedo a que el pastor de la Iglesia Congregacional los oiga) abandonen las profundidades del océano y la ignota Kadath[15] en el yermo helado y establezcan su morada en aquel risco diabólicamente apropiado tan cercano a las agradables colinas y valles de una tranquila y sencilla comunidad de pescadores. Y esto no es algo que deseen, ya que a la gente común no le agradan las cosas que no son de este mundo; además de lo cual el Viejo Terrible recuerda a veces lo que Olney le contó sobre unos golpes en la puerta de la casa que habían suscitado el miedo de su solitario ocupante, y sobre una silueta inquisitiva que había visto recortarse en la bruma a través de aquellas extrañas ventanas translúcidas de cristales soplados y emplomados.

Acerca de estas cosas, sin embargo, sólo los Viejos Dioses pueden decidir; y mientras tanto la bruma matutina continúa elevándose junto a aquel

vertiginoso y aislado pico con la antigua casa de tejado empinado, aquella casa gris de aleros bajos en la que no se ve a nadie, pero donde la noche trae luces furtivas mientras el viento del norte habla de extraños jolgorios. Asciende blanca y liviana desde las profundidades hasta donde flotan sus hermanas las nubes, preñada de sueños de pastos fríos y húmedos y cuevas de leviatanes. Y cuando las grutas de los tritones se llenan de historias, y las caracolas en sus ciudades de algas tocan canciones bacanálicas que aprendieron de los Viejos Dioses, entonces grandes bancos de niebla se elevan en ávido tropel hasta el cielo cargados de fábulas; y Kingsport, tensamente enclavado sobre acantilados modestos bajo aquel imponente y amenazador centinela de roca, ve únicamente en el océano una blancura misteriosa; como si el borde del precipicio fuera el borde del mundo entero, y las solemnes campanas de las boyas tañeran libres en el éter del país de las hadas.

El modelo de Pickman[1]

Tal como les sucede a muchos protagonistas lovecraftianos, el narrador de este relato queda traumatizado de por vida al vislumbrar una realidad hasta entonces desconocida. En esta ocasión, una amistad somera con un pintor, Richard Upton Pickman, conduce a un atisbo del inframundo. Pickman es en muchos aspectos el alter ego perfecto de Lovecraft: el artista que combina de manera brillante el realismo y una visión del horror cósmico. Los cuadros de Pickman dan como resultado su marginarían del mundo artístico considerado «normal», del mismo modo que Lovecraft creía que su obra lo separaba de la literatura convencional. La historia se desarrolla en un escenario cuidadosamente estudiado del norte de Boston, una zona que Lovecraft exploró personalmente, y que fue demolida en su mayor parte al año siguiente de la publicación del relato.

No tienes por qué pensar que estoy loco, Eliot[2]; hay mucha otra gente con aprensiones más raras que esta. ¿Por qué no te ríes del abuelo de Oliver, que se niega a montar en coche? Si no me gusta el maldito metro, es cosa mía; y de todos modos hemos llegado más rápido en el taxi. Tendríamos que haber subido andando la cuesta desde Park Street[3] si hubiéramos cogido el tren.

Sé que estoy más nervioso que la última vez que me viste el año pasado, pero no hace falta que me interrogues por eso. Dios sabe que hay motivos de sobra para que lo esté, y supongo que puedo considerarme afortunado de hallarme mínimamente en mis cabales. ¿A qué viene el tercer grado? Antes no eras tan preguntón.

En fin, si te empeñas en que te lo cuente, no veo razón para no hacerlo. Quizá debería, en cualquier caso, ya que no paraste de escribirme como un padre angustiado cuando te enteraste de que había dejado de ir al Club de Arte[4] y de verme con Pickman[5]. Ahora que ha desaparecido me paso por el club de vez en cuando, pero mis nervios ya no son lo que eran.

No, no sé qué ha sido de Pickman, y prefiero no imaginármelo. Quizás hayas supuesto que yo sabía ciertas cosas que otros no cuando dejé de verlo; y ese es el motivo de que no quiera pensar adónde ha ido. Dejemos que la

policía encuentre lo que pueda; aunque no será mucho, visto que todavía no saben nada de la vieja casa del North End[6] que Pickman alquiló bajo el nombre de Peten. No estoy seguro de que pudiera dar con ella otra vez; aunque lo cierto es que jamás lo intentaría, ¡ni siquiera a plena luz del día! Sí, sé —o temo saber— por qué la alquiló. A eso voy. Y creo que entenderás antes de que haya acabado mi historia por qué no se lo digo a la policía. Me pedirían que los llevara hasta la casa, pero me sería imposible volver a ella incluso aunque recordara el camino. Había algo allí… y ahora ya no soy capaz de viajar en metro ni de —adelante, ríete también si quieres— bajar a ningún sótano.

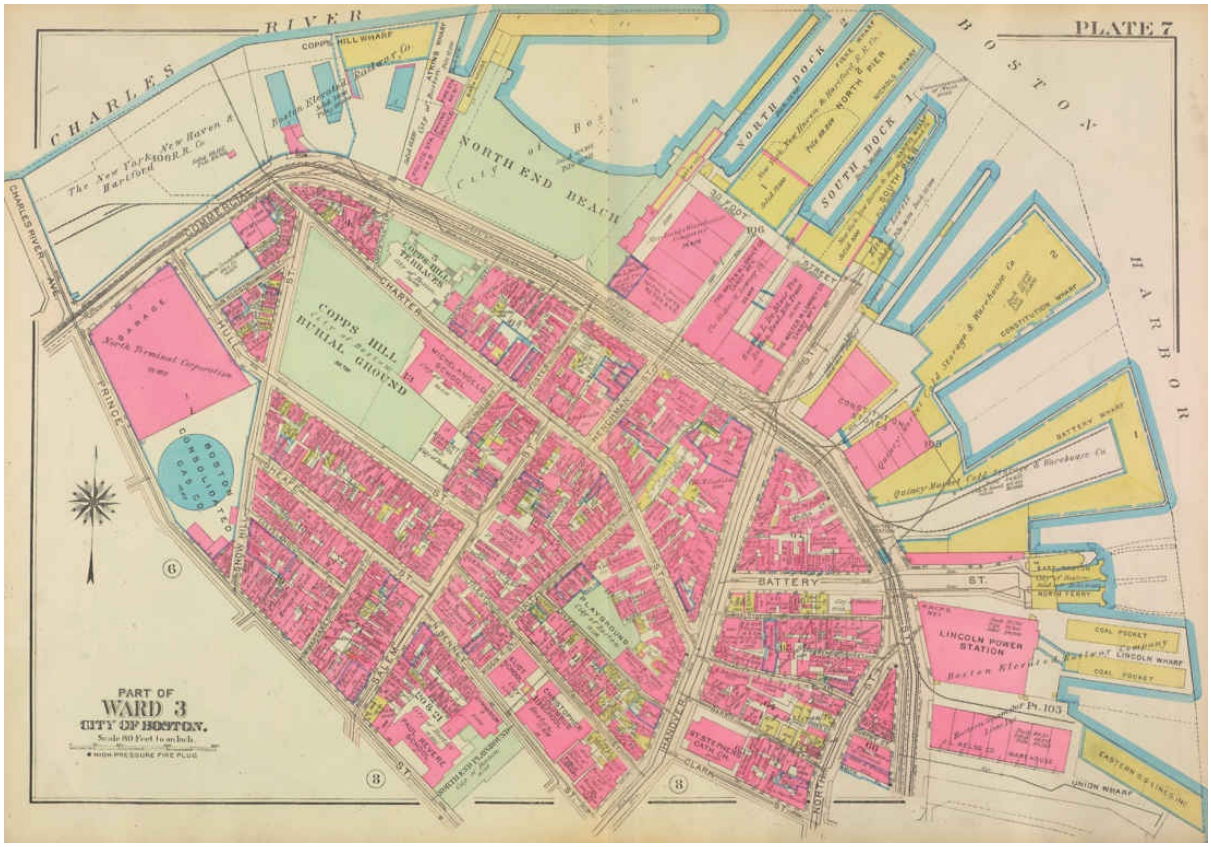


El Club de Arte de Boston, *ca.* 1881-1884.

Supongo que te figurabas que no dejé de ver a Pickman por las mismas razones estúpidas por las que lo hicieron mojigatos como el Dr. Reid, Joe Minot o Bosworth. El arte morboso no me escandaliza, y cuando un hombre tiene el genio que Pickman poseía me parece un honor conocerlo, independientemente de la dirección que tome su obra. Boston no ha tenido nunca un pintor más excepcional que Richard Upton Pickman. Lo dije al principio y lo sigo diciendo, y tampoco varié un ápice mi opinión cuando expuso aquel cuadro titulado *Gul comiendo*[7]. Fue entonces, si te acuerdas, cuando Minot cortó toda relación con él.

Ya sabes que se necesita un gran talento artístico y un hondo conocimiento de la naturaleza[8] para producir material como el de Pickman. Cualquier pintamonas de los que hacen las portadas de las revistas[9] puede dar cuatro brochazos rápidos y decir que ha plasmado una pesadilla. un aquelarre o un retrato del diablo, pero sólo un gran pintor es capaz de hacer que algo así dé pavor de verdad o parezca existir fuera del lienzo. Ello es así

porque sólo un auténtico artista conoce la anatomía real de lo terrible o la fisiología de) miedo: el tipo exacto de líneas y proporciones que conectan con los instintos latentes o los recuerdos hereditarios del horror, así como los contrastes de color y efectos de iluminación adecuados para despertar nuestro dormido sentido de la extrañeza. No hace falta que te diga por qué un Fuseli[1][10] realmente nos produce un escalofrío mientras que el frontispicio de una historia de fantasmas barata nos causa simplemente risa. Hay algo que esos individuos perciben —algo ultraterreno— que son capaces de hacernos percibir a los demás por un momento. Doré[11] tenía ese don. Sime[12] lo tiene. También Angarola, de Chicago[13]. Y Pickman lo tiene como ningún otro hombre antes que él lo ha tenido o —Dios quiera— volverá a tenerlo jamás.



Mapa del North End de Boston, en *Atlas of the City of Boston* (1928), por G. W. Bromley.

No me preguntes qué es lo que ven. En el arte normal y corriente, como sabes, hay un mundo de diferencia entre los dibujos llenos de vida y vitalidad que se toman del natural o de modelos y la basura artificial que los ilustradorcillos profesionales producen como churros según los cánones en un estudio de paredes desnudas. Pues bien, yo diría que el verdadero artista de lo horripilante posee una especie de visión que materializa modelos, o evoca

escenas que podrían considerarse reales, del mundo espectral en el que vive. De cualquier forma, consigue producir unos resultados que están tan alejados de las ensoñaciones estereotipadas de los artistas apócrifos como los del pintor del natural lo están de las creaciones de un caricaturista titulado por correspondencia. Si hubiera llegado a ver lo que Pickman vio… ¡no quiero ni pensarlo! Espera, bebamos algo antes de seguir con el lema. Dios santo, ¡me habría muerto allí mismo si hubiera visto lo que vio ese hombre… si es que era un hombre[14]!

Recordarás que el fuerte de Pickman eran las caras. No creo que nadie más desde Goya[15] fuera capaz de plasmar tal cantidad de sufrimiento puro en un conjunto de facciones o un gesto crispado. Y antes de Goya uno tiene que remontarse a esos tipos del medievo que esculpieron las gárgolas y quimeras de Notre Dame y el monte Saint-Michel. Creían toda clase de cosas… y quizá también veían toda clase de cosas, pues la Edad Media tuvo algunas etapas curiosas. Recuerdo que una vez tú mismo le preguntaste a Pickman, el año antes de irte, de dónde demontre sacaba semejantes ideas y visiones. ¿No te contestó entonces con una desagradable carcajada? En parte fue por eso que Reid dejó de tratarse con él. Como ya sabes, hacía poco tiempo que Reid había empezado a estudiar patología comparada, y no paraba de hacer pomposas «observaciones médicas» sobre la importancia biológica o evolutiva de tal o cual síntoma mental o físico. Decía que Pickman le repugnaba más y más cada día que pasaba, y que casi le producía miedo al final… que los rasgos y la expresión del tipo estaban cambiando poco a poco de un modo que no le gustaba; de un modo que no era humano. Hablaba mucho sobre la dieta, y decía que la de Pickman debía de ser anormal y excéntrica en grado sumo. Imagino que le dijiste a Reid, si es que hablasteis de ello por carta en algún momento. que dejaba que las pinturas de Pickman le crisparan los nervios y atormentaran su imaginación. Yo desde luego se lo dije… en aquel entonces.



Gárgolas de la Catedral de Notre Dame. Fotografía de Pedro J. Pacheco, CC BY-SA 4.0.



El monte Saint-Michel (Francia). Fotografía de Amaustan, CC BY-SA 4.0.

Ten en cuenta, pese a todo, que no dejé de ver a Pickman por nada semejante. Por el contrario, mi admiración por él siguió creciendo, dado que *Gul comiendo* era un logro monumental. Como sabes, el club se negó a exhibirlo, y el Museo de Bellas Artes[16] no quiso aceptarlo como donación; y puedo añadir que nadie deseaba comprarlo, así que Pickman lo conservó en su casa hasta que desapareció. Ahora su padre lo tiene en Salem; ya sabes que

Pickman proviene de una antigua familia de la ciudad, y que tuvo una antepasada bruja a la que colgaron en I692[17].

Adquirí la costumbre de visitar a Pickman bastante a menudo, especialmente desde que empecé a tomar notas para un monográfico sobre arte excéntrico. Probablemente fue su obra lo que me dio la idea, y en cualquier caso descubrí en él una mina de información y sugerencias cuando me puse a trabajar en el texto. Pickman me enseñó todas las pinturas y dibujos que tenía por casa; incluyendo algunos bocetos a plumilla que. de veras lo creo, le habrían valido la expulsión del club si muchos de los miembros los hubieran visto. No tardé mucho en convertirme prácticamente en un ferviente admirador suyo, y solía escucharle hablar durante horas como un colegial sobre teorías artísticas y especulaciones filosóficas de tal absurdidad que lo habrían hecho candidato al internamiento en el Manicomio de Danvers[18]. Mi idolatría, junto con el hecho de que la mayoría de la gente estaba empezando a relacionarse cada vez menos con él, le hicieron desarrollar una íntima confianza conmigo; y una noche me insinuó que si realmente sabía mantener la boca cerrada y no era excesivamente impresionable tal vez me enseñara algo bastante inusual; algo un poco más impactante que cualquiera de las cosas que tenía en casa.

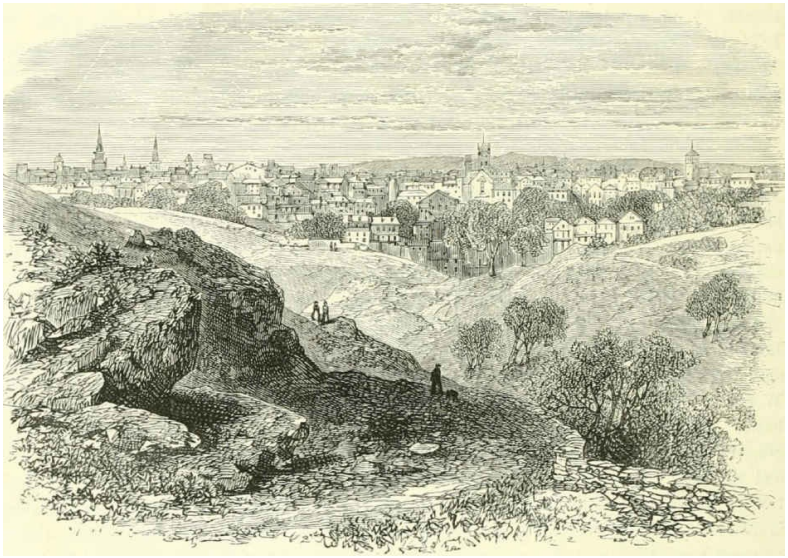
—Ya sabes —me dijo— que hay cosas que no son aceptables en Newbury Street[19]; cosas que están fuera de lugar aquí, y que tampoco pueden concebirse aquí, en cualquier caso. Es mi labor captar los matices del alma, algo que es imposible de encontrar en un conjunto de calles artificiales construidas para nuevos ricos sobre una tierra ganada al río[41‡]. Back Bay no es Boston; no es nada todavía, puesto que no ha tenido tiempo de concentrar recuerdos y atraer espíritus locales. Si hay algún fantasma aquí, son los mansos fantasmas de una marisma y de una ensenada poco profunda; y yo quiero fantasmas humanos, los fantasmas de seres lo bastante desarrollados como para haber contemplado el infierno y conocer el significado de lo que vieron.

»El sitio donde ha de vivir un artista es el North End. Si algún esteta fuese sincero, soportaría habitar en ese barrio marginal por el acervo que atesora. ¡Por el amor de Dios! ¿No te das cuenta de que los lugares como ese no se *construyeron* sin más, sino que en realidad han ido *creciendo*? Una generación tras otra ha vivido, sentido y muerto allí, y en épocas en las que a la gente no le daba miedo vivir, sentir y morir. ¿No sabes que hubo un molino en Copp’s Hill en 1632[20], y que la mitad de las calles actuales estaban ya trazadas en 1650? Puedo mostrarte casas que han aguantado en pie dos siglos

y medio y más; casas que han presenciado sucesos que harían desmoronarse hasta los cimientos a una vivienda moderna. ¿Qué sabe la gente de hoy de la vida y de las fuerzas que se ocultan tras ella? Dices que la brujería de Salem es un cuento de viejas, pero apuesto a que la abuela de mi abuela podría haberte contado algunas cosas. La ahorcaron en Gallows Hill. mientras Cotton Mather[21] observaba la escena con aire santurrón. A aquel miserable le daba miedo que alguien consiguiera liberarse de esta maldita jaula de monotonía… ¡ojalá alguien le hubiera echado un maleficio o le hubiera chupado la sangre una noche!



Newbury Street en la intersección con Massachusetts Avenue (Back Bay, Boston), en 1919.



Gallows Hill, la zona conocida como Proctor’s Ledge, en Salem (Massachusetts), que identificó el historiador Sidney Perley (ilustración de 1861).

»Puedo enseñarte una casa en la cual vivió, y también otra a la que le asustaba entrar a pesar de todas sus lindas baladronadas. Sabía cosas que no se atrevió a poner en ese estúpido *Magnolia* ni en ese pueril *Maravillas del*

mundo invisible[22]. Escucha, ¿sabías que todo el North End albergaba en su día una red de túneles que mantenía las casas de ciertas personas comunicadas entre sí, así como con el cementerio y el mar? Que persigan y enjuicien cuanto quieran bajo el sol… todos los días pasaban cosas que ellos no podían evitar, ¡y por las noches reían voces que no eran capaces de localizar[23]!

»Amigo mío: de diez casas construidas antes de 1700 que aún siguen en pie, y que no han sido reubicadas desde entonces, apuesto a que podría enseñarle algo raro en el sótano de ocho. Apenas pasa un mes sin que uno lea noticias de obreros que encuentran arcos y pozos cegados con ladrillos en tal o cual casa antigua durante unas obras de demolición; el año pasado se podía ver uno cerca de Henchirían Street desde el tren elevado[42‡]. Había brujas y lo que sus hechizos evocaban, piratas y lo que estos traían del mar, contrabandistas, corsarios… ¡y te digo que antaño la gente sabía vivir, y también cómo ampliar los límites de la vida! Este no era el único mundo que un hombre sabio y audaz podía conocer… ¡Y qué asco me da pensar por el contrario en nuestros días, con mentes tan afeminadas que incluso un club de supuestos artistas experimenta escalofríos y convulsiones si un cuadro suscita emociones más fuertes que una reunión para tomar el té en Beacon Street[24]!



Henchman Street, *ca.* 1895-1905.

»Lo único bueno que tiene el presente es que es demasiado estúpido para indagar el pasado a fondo. ¿Qué cuentan en realidad los mapas, los archivos y las guías del North End? ¡Bah! A bote pronto, te aseguro que podría llevarte a

treinta o cuarenta callejuelas y marañas de callejuelas al norte de Prince Street[25] cuya existencia ni siquiera sospechan diez seres vivientes más allá de los extranjeros que pululan por ellas. ¿Y qué saben esos espaguctis de lo que representan? No, Thurber, esos antiguos lugares duermen un hermoso sueño y rebosan de maravillas, terror y escapismo de lo cotidiano, y aun así no hay una sola alma que comprenda lo que son o les saque provecho. O mejor dicho, sólo hay un alma… ¡ya que no he estado escarbando en el pasado para nada!

»Escucha, a ti te interesan esta clase de cosas. ¿Y si te dijera que tengo otro estudio allá arriba, donde soy capaz de percibir el tenebroso espíritu del horror de otros tiempos y pintar cosas que ni siquiera podría imaginar en Newbury Street? Naturalmente, no se lo he mencionado a esos condenados pacatos del club… con Reid. maldito sea. murmurando así y todo que soy una especie de monstruo en pleno descenso por el tobogán de la involución. Sí, Thurber, hace mucho tiempo que decidí que uno ha de pintar el terror de la vida además de su belleza, así que hice algunas exploraciones en sitios donde sabía con razón que habita el terror.

»Tengo una casa que no creo que hayan visto jamás tres hombres blancos en el mundo aparte de mí. No está muy lejos de la vía elevada del tren en lo que a distancia se refiere, pero está a siglos de nosotros en espíritu. La alquilé por el extraño y viejo pozo de ladrillo que hay en el sótano; uno del tipo del que te hablado. La casa está prácticamente en ruinas, así que nadie más quiere vivir allí, y me sabría mal decirte lo poco que pago por ella. Las ventanas están entabladas, pero las prefiero así, dado que no quiero luz natural para lo que hago. Pinto en el sótano, donde el ambiente resulta más inspirador, pero tengo otras habitaciones amuebladas en la planta baja. Es propiedad de un siciliano, y la he alquilado bajo el nombre de Peters.

»Si te animas a venir, te llevaré a la casa esta noche. Creo que te gustarán los cuadros, pues como ya he dicho me he dado un poco de rienda suelta allí. No es un trayecto muy largo; a veces lo hago a pie, ya que no quiero llamar la atención con un taxi en un sitio así. Podemos coger el tren de enlace a Battery Street en South Station, y luego el paseo no es mucho.

En fin, Eliot, después de aquella arenga no me quedó gran cosa que hacer excepto reprimir las ganas de correr en vez de andar cuando salimos en busca del primer taxi libre que viéramos. Cambiamos al tren elevado en South Station. y alrededor de las doce ya habíamos bajado la escalera en Battery Street y echado a andar por la vieja zona portuaria pasando junto al Muelle de

la Constitución. No estuve atento a las bocacalles, y aún no sé decirte por cuál subimos, pero tengo claro que no fue por Greenough Lane[26].



South Station (Boston), en 2017.
Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.



La Casa de los Siete Tejados (House of Seven Gables), en 2015.
Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.

Cuando finalmente torcimos, fue para ascender por una costana desierta y angosta: la más vieja y sucia que he visto en mi vida, con hastiales que parecían a punto de venirse abajo, ventanas de pequeños cuarterones rolos y chimeneas arcaicas y medio desmoronadas que se destacaban contra el cielo iluminado por la luna. No creo que hubiera tres casas a la vista que no hubieran estado ya allí en tiempos de Cotton Mather; desde luego alcancé a ver al menos dos con aleros, y en un momento dado me pareció vislumbrar una cubierta a dos aguas del tipo prácticamente olvidado que se estilaba antes

de que se impusiera el tejado a la mansarda, aunque los estudiosos aseguran que ya no queda ninguna en Boston[27].

Desde esa costana, que se encontraba tenuemente iluminada, giramos a la izquierda por una calleja igual de silenciosa y más estrecha aún que no estaba alumbrada en modo alguno; y pasados unos momentos torcimos en la oscuridad hacia la derecha en lo que creo que fue un ángulo obtuso. No mucho después de esto Pickman sacó una linterna y reveló una antiquísima puerta de diez paneles que parecía terriblemente carcomida[28]. Tras abrirla con una llave, me hizo pasar al interior de un vestíbulo de paredes desnudas con un oscuro pandado de roble que en su día debía de haber sido magnífico; sencillo, por supuesto, pero excitantemente evocador de los días de Andros, Phipps y la brujería[29]. Seguidamente me llevó por una puerta a la izquierda, encendió un quinqué y me dijo que me pusiera cómodo.

Verás, Eliot, soy lo que el hombre de la calle llamaría una persona relativamente «curtida», pero te confieso que lo que vi en las paredes de aquella habitación me provocó un serio vahído. Eran sus pinturas, ¿sabes?, las que no podía pintar o ni siquiera enseñar en Newbury Street; y no mentía cuando dijo que se había dado «rienda suelta». Ten, tómate otra copa… ¡yo necesito una en cualquier caso!

Es inútil que intente describirte cómo eran, porque su carácter espantosa y blasfemamente horrible, increíblemente abominable y moralmente repulsivo se debía a simples detalles que son del todo imposibles de definir con palabras. No tenían en modo alguno la exótica técnica que se aprecia en Sidney Sime, ni tampoco los paisajes transaturninos y hongos lunares que Clark Ashton Smith[30] utiliza para helar la sangre. Los fondos eran en su mayor parte viejos cementerios, bosques profundos, acantilados junto al mar, túneles de ladrillo, antiguas habitaciones pandadas o simples sótanos con paredes de mampostería. El cementerio de Copp’s Hill, que no podía estar a muchas manzanas de distancia de aquella misma casa, era uno de los lugares más representados.

La locura y la monstruosidad radicaban en las figuras que aparecían en primer término —pues el malsano arte de Pickman consistía principalmente en retratos demoníacos—. Aquellas figuras rara vez eran completamente humanas, sino que en muchas ocasiones bordeaban lo humano en diverso grado. Sus cuerpos, por lo general, pese a ser más o menos bípedos, estaban encorvados hacia delante, y presentaban unos rasgos ligeramente caninos. La piel de la mayoría tenía un aspecto vagamente gomoso y desagradable. ¡Uf! ¡Lo recuerdo como si las estuviera viendo ahora! Lo que hacían… bueno, no

me pidas que te dé excesivos detalles. Normalmente aparecían comiendo… no diré el qué. A veces se las representaba en grupo en cementerios o pasadizos subterráneos. y muchas veces parecían estar peleando por su presa; o, mejor dicho, por su apreciada despensa. ¡Y qué terrible expresividad confería Pickman en ocasiones a los semblantes de ojos vidriosos de aquel macabro botín! De vez en cuando los seres aparecían saltando a través de ventanas abiertas en plena noche, o sentados en cuclillas sobre el pecho de personas dormidas, royéndoles la garganta con sus mandíbulas. Un lienzo mostraba un círculo de ellos aullando en tomo a una bruja ahorcada en Gallows Hill, cuyo rostro sin vida guardaba un estrecho parecido con el de aquellos seres.

Pero no vayas a pensar que lo espantoso del tema y la ambientación fue lo que casi me hizo desmayarme. No soy un niño de tres años, y he visto muchas cosas parecidas con anterioridad. ¡Fueron las *caras*, Eliot, esas malditas caras, que miraban maliciosamente y babeaban desde los lienzos como si estuvieran dotadas de aliento! ¡Te juro por Dios, Eliot, que en verdad creo que estaban *vivas*! Ese brujo nauseabundo había despertado los fuegos del infierno en pigmento, y su pincel se había convertido en una varita creadora de pesadillas. ¡Pásame esa licorera, Eliot!

Había un cuadro llamado *La lección…* ¡que el cielo se apiade de mí por haberlo visto! Escucha, ¿eres capaz de imaginar un círculo de indescriptibles seres perrunos acuclillados en un cementerio mientras enseñan a un niño pequeño a alimentarse del mismo modo que ellos? El precio de un niño cambiado**[43‡]**, supongo… ya conoces esc viejo mito que habla de cómo los seres sobrenaturales dejan a su prole en las cunas a cambio de ios bebés humanos que roban. Pickman estaba enseñando qué les ocurría a esos bebés robados, cómo crecen; y entonces empecé a advertir un horrible vínculo entre las caras de las figuras humanas y las no humanas. Pickman, en lodos los peldaños de su malsana gradación entre lo francamente no humano y lo degradadamente humano, estaba estableciendo una conexión y evolución sardónica. ¡Los seres perrunos habían surgido de los hombres!

Y nada más preguntarme cómo imaginaría el artista a las propias crías de esos seres que eran abandonadas entre los humanos en forma de niños cambiados, mis ojos se toparon con una pintura que plasmaba ese mismo pensamiento. En ella se representaba el interior de una antigua vivienda puritana; una habitación de gruesas vigas con ventanas de estilo Tudor, un escaño y toscos muebles del siglo XVII, con la familia sentada en distintas

partes de la estancia mientras el padre leía en voz alta las Escrituras. Se percibía nobleza y reverencia en todas las caras excepto en una, que reflejaba el semblante burlón del averno. Era la de un joven ya bastante maduro, y, si bien pertenecía sin duda a un supuesto hijo de aquel piadoso padre, en lo esencial tenía los rasgos de esos seres impuros. Era su niño cambiado; y en un ejercicio de suprema ironía Pickman lo había pintado con unas facciones perceptiblemente parecidas a las suyas propias.

Para entonces Pickman había encendido una lámpara en una habitación contigua y estaba manteniendo abierta la puerta de manera cortés para mí. mientras me preguntaba si quería ver sus «estudios modernos». No había tenido oportunidad de transmitirle en general mis opiniones —me encontraba demasiado enmudecido por el miedo y la repulsión como para hacerlo—, pero creo que me entendió perfectamente y se sintió muy halagado. Ahora quiero asegurarte otra vez, Eliot, que no soy ningún niño de mamá que grite por cualquier cosa que parezca desviarse un poco de lo normal[31]. No es fácil dejarme atónito. Y recuerda también que justo acababa de recobrar el aliento, y estaba haciéndome a aquellas aterradoras pinturas que convertían la Nueva Inglaterra colonial en una especie de anexo del infierno. Pues bien, a pesar de todo eso. aquella siguiente habitación logró arrancarme un grito sincero, y tuve que agarrarme al marco de la puerta para no desplomarme. La otra estancia había mostrado a un grupo de gules y brujas invadiendo el mundo de nuestros antepasados, ¡pero esta traía el horror directamente a nuestra propia vida diaria!

¡Dios, cómo pintaba ese hombre! Había un estudio llamado *Accidente de metro* en el que un tropel de esos inmundos seres estaba saliendo de alguna catacumba desconocida por una grieta en el suelo de la estación de Boylston Street y atacando a un grupo de gente en el andén. En otro se veía una danza en medio de las tumbas de Copp’s Hill con la ciudad de fondo tal como es hoy. También había varias escenas de sótanos, con monstruos que entraban en ellos sigilosamente a través de agujeros y brechas en la mampostería y sonreían con malevolencia mientras aguardaban acuclillados detrás de toneles o calderas esperando a que su primera víctima bajase por las escaleras.

Un repugnante lienzo parecía representar una amplia sección transversal de Beacon Hill, con hormigueantes legiones de aquellos fétidos monstruos deslizándose por un laberinto de galerías que horadaban el terreno. Las danzas en los cementerios modernos eran un tema pictórico muy frecuente, y, por alguna razón, otro concepto me horrorizó en mayor medida que todos los demás: una escena en una cripta desconocida, donde montones de aquellas

bestias se apiñaban alrededor de otra de ellas que sostenía una conocida guía de Boston y se encontraba de manera evidente leyendo en voz alta. Todas estaban señalando con el dedo un cierto pasaje, y sus caras parecían tan desencajadas por epilépticas y resonantes risas que casi tuve la impresión de oír sus diabólicos ecos. El título del cuadro era *Holmes, Lowell y Longfellow se encuentran enterrados en Mount Auburn*[32].

Cuando poco a poco fui tranquilizándome y acostumbrándome a aquella segunda habitación llena de malsanas y diabólicas obras de arte, comencé a analizar algunas de las razones de mi enfermiza aversión. En primer lugar —me dije—, aquellas cosas me producían rechazo debido a la absoluta falta de humanidad y a la insensible crueldad que revelaban en Pickman. El tipo debía de ser un enemigo acérrimo de todo el género humano para regocijarse de semejante manera con la tortura mental y física y con la degradación de los despojos mortales. En segundo lugar, me aterrorizaban por su misma sublimidad. Su arte era el arte que convencía: cuando veíamos las pinturas, veíamos a los demonios en persona y nos infundían miedo. Y lo curioso era que la fuerza de Pickman no provenía del uso de un estilo muy premeditado o extravagante. No había nada desdibujado, distorsionado o estilizado; los contornos de las figuras y objetos eran nítidos y naturales, y los detalles se distinguían con una claridad casi perturbadora. ¡Y qué decir de las caras!



La estación de Boylston Street (Boston), en 2017. Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.

No fue ninguna simple interpretación artística lo que vimos; fue el mismísimo Pandemónium, representado con absoluta y cristalina objetividad. ¡Por Dios que lo fue! Ese hombre no era en modo alguno un pintor de fantasías ni un adepto del romanticismo; ni siquiera intentaba mostrarnos la efímera y caleidoscópica vorágine de los sueños, sino que reflejaba de manera

fría y sardónica un mundo de horror estable, mecanicista y perfectamente asentado que él veía con todo detalle y viveza con sus propios ojos sin que le temblaran las piernas[33]. Sabe Dios qué mundo podía haber sido ese. o dónde llegó a vislumbrar las blasfemas figuras que trancaban, trotaban y se arrastraban por él: pero fuera cual fuese la enigmática fuente de sus imágenes, una cosa estaba clara. Pickman era en todos los aspectos —en concepto y en ejecución— un concienzudo y meticuloso pintor *realista* de precisión casi científica.

Mi anfitrión estaba ahora conduciéndome hasta su estudio actual en el sótano, y me preparé para hacer frente a algunas terribles impresiones entre los lienzos inacabados. Cuando llegamos al fondo de las húmedas escaleras apuntó con su linterna a un rincón del amplio espacio a nuestro alrededor, dejando ver el borde circular de ladrillo de lo que era a todas luces un gran pozo excavado en el suelo de tierra. Nos acercamos a él. y vi que debía de tener metro y medio de diámetro, con paredes de treinta centímetros cumplidos de grosor y aproximadamente unos quince de elevación sobre el nivel del suelo —un digno trabajo del siglo XVII, si no estaba muy equivocado —. Aquel pozo, dijo Pickman, era el tipo de cosa de la que había estado hablándome: una entrada a la red de túneles que solían socavar la colina. Advertí de forma distraída que el pozo no parecía estar cegado con ladrillos, y que un pesado disco de madera constituía la aparente tapa. Al pensar en los lugares con los que aquel pozo debía de haber estado conectado —si las delirantes insinuaciones de Pickman no habían sido mera retórica—, experimenté un ligero escalofrío; y después me giré para seguir a mi anfitrión, subiendo un escalón y pasando por una puerta hasta el interior de una estancia de buen tamaño provista de un entarimado y amueblada como un estudio. Una lámpara de acetileno proporcionaba la luz necesaria para trabajar.

Las pinturas a medio terminar, instaladas en caballetes o apoyadas contra las paredes, eran tan espeluznantes como las acabadas del piso de arriba, y permitían ver la esmerada técnica del artista. Las escenas se hallaban esbozadas con sumo cuidado, y las líneas de composición dibujadas a lápiz revelaban la minuciosa precisión que Pickman aplicaba a la hora de conseguir la perspectiva y las proporciones adecuadas. El hombre era formidable; lo digo incluso ahora, sabiendo todo lo que sé. Una cámara de grandes dimensiones encima de una mesa llamó mi atención, y Pickman me explicó que la utilizaba para captar paisajes para fondos, de tal forma que luego pudiera pintarlos en el estudio a partir de fotografías en vez de acarrear su equipo de un lado a otro de la ciudad para retratar tal o cual vista.

Consideraba que una fotografía era tan buena como un lugar o un modelo reales para un trabajo prolongado, y afirmó que las utilizaba con regularidad.

Había algo muy perturbador en los nauseabundos bocetos y las monstruosidades a medio pintar que miraban con ojos malévolos desde todos los rincones de la estancia, y cuando Pickman destapó súbitamente un enorme lienzo en el lado más alejado de la luz no pude evitar en modo alguno dar un fuerte grito: el segundo que había proferido aquella noche. El grito reverberó varias veces en el penumbroso y abovedado espacio de aquel antiguo sótano invadido de salitre, y hube de reprimir una reacción impetuosa que amenazó con salir por mi garganta en forma de risa histérica. Dios bendito, Eliot, no sé qué parte de lo que vi fue real y qué producto de un delirio febril. ¡Me parece imposible que la tierra pueda albergar una pesadilla como aquella!

Era una colosal e indescriptible blasfemia de ojos rojos y fieros, que sostenía entre unas garras huesudas algo que había sido un hombre en su día, al tiempo que roía la cabeza de este de la misma manera que un niño mordisquea un bastón de caramelo. Parecía encontrarse acuclillado, y al mirarlo se tenía la impresión de que en cualquier momento podía soltar la presa que tenía entre manos a fin de ir a por otro bocado más jugoso. Pero, maldita sea, no era siquiera el diabólico tema del cuadro lo que hacía que resultara extremada e inolvidablemente pavoroso; ni eso, ni el rostro perruno de orejas picudas, ojos inyectados en sangre, nariz chata y labios babeantes. Tampoco las garras escamosas, el cuerpo cubierto de moho ni las patas semejantes a pezuñas: nada de lo anterior, aunque cualquiera de esas cosas habrían podido llevar perfectamente a la locura a un hombre excitable.

Era la técnica, Eliot, ¡aquella maldita e impía técnica antinatural! Tan cierto como que estoy vivo que jamás había visto en ninguna otra parte un lienzo tan imbuido de vida. El monstruo estaba allí —mirándome con ferocidad y royendo, royendo y mirando—, y tuve claro que sólo una suspensión de las leyes de la naturaleza podía haber permitido que un hombre pintara un ser como aquel sin tener un modelo —sin ese atisbo del inframundo que ningún mortal que no haya vendido su alma al diablo ha tenido jamás.

En una parte en blanco del lienzo, sujeto con una chincheta, había un trozo de papel que se había enrollado hacia arriba: probablemente —pensé— una fotografía a partir de la cual Pickman tenía intención de pintar un fondo tan espantoso como la pesadilla que habría de realzar. Cuando alargué la mano para desenrollarlo y mirar qué era, vi a Pickman dar un súbito respingo como si le hubiera alcanzado un disparo. Mi anfitrión había estado

escuchando con particular atención desde el momento en que mi grito de espanto había provocado inusitados ecos en el oscuro sótano, y ahora parecía sobrecogido por un miedo que, pese a no ser comparable con el mío, era de una naturaleza más física que espiritual. Pickman sacó un revólver y me hizo una seña para que guardara silencio, tras lo cual salió a la estancia principal del sótano y cerró la puerta.

Creo que me quedé paralizado por un instante. Al imitar la actitud de escucha de Pickman, me pareció oír un débil correteo procedente de alguna parte, así como una serie de chillidos o quejidos desde una dirección que no fui capaz de determinar. Pensé entonces en ratas enormes, y sentí un escalofrío. Después escuché una especie de golpeteo amortiguado que por alguna razón me puso toda la carne de gallina; un golpeteo furtivo y hecho a tientas, aunque me es imposible transmitir con palabras lo que quiero decir. Sonaba como madera pesada cayendo sobre piedra o ladrillo… madera sobre ladrillo… ¿a qué me recordaba eso?

Se escuchó otra vez, y más fuerte. Luego se sintió una vibración como si la madera hubiera caído desde una altura mayor que antes. A continuación vino un agudo ruido rechinante, unas palabras incomprensibles vociferadas por Pickman y la ensordecedora descarga de las seis recámaras de un revólver, disparado de manera espectacular tal como un domador de leones lanzaría tiros al aire con intención efectista. Un chillido o gañido apagado, y un golpe sordo. Después un nuevo rechinar de madera contra ladrillo, un breve silencio y la apertura de la puerta… lo cual confieso que me sobresaltó violentamente. Pickman volvió a aparecer entonces con su arma humeante, y maldiciendo a las descomunales ratas que infestaban el antiguo pozo.

—Dios sabe lo que comen, Thurber —dijo con una sonrisa irónica—, pues esos viejos túneles comunicaban con cementerios, guaridas de brujas y la orilla del mar. Pero, sea lo que sea, deben de andar escasas de provisiones, dado que estaban endiabladamente ansiosas por salir. Me imagino que tu grito las atrajo. Es mejor ser cautos en estos sitios antiguos; nuestros amigos roedores son el único inconveniente que tienen, aunque algunas veces pienso que constituyen un elemento positivo como aportación a la atmósfera y el colorido.

Bueno, Eliot, aquel fue el fin de la aventura de aquella noche. Pickman había prometido enseñarme la casa, y bien sabe Dios que lo hizo. Pareció conducirme fuera de aquel laberinto de callejones por otro camino, ya que en el momento en que avistamos una farola nos encontrábamos en una calle bastante familiar con monótonas hileras de edificios adosados y casas viejas.

Resultó ser Charter Street, pero me hallaba demasiado aturdido como para fijarme en dónde habíamos ido a parar exactamente. Ya era muy tarde para coger el tren elevado, así que regresamos andando al centro por Hanover Street. Recuerdo aquella caminata. Nos metimos por Beacon desde Tremont. y Pickman me dejó en la esquina con Joy, donde yo giré. Nunca he vuelto a hablar con él.

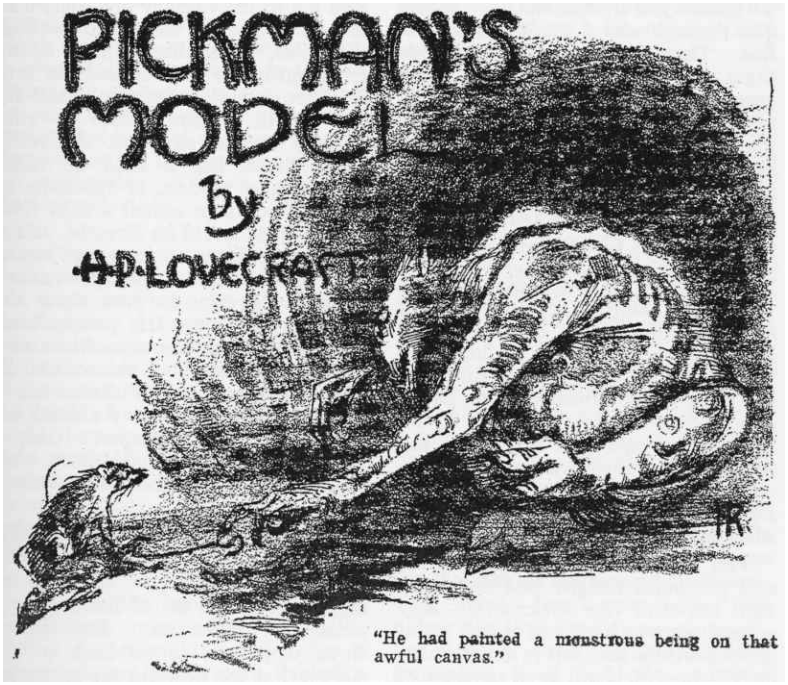
¿Que por qué dejé de verlo? No seas impaciente. Espérate a que pida un café. Ya hemos tenido bastante de lo otro, pero yo por mi parte necesito tomar algo. No, no fueron los cuadros que vi en aquella casa, aunque juro que habrían bastado para que nadie hubiera querido saber nada de él en nueve de cada diez casas y clubes de Boston; y supongo que ya no te preguntarás por qué tengo que mantenerme alejado del metro y de los sótanos. Fue… algo que encontré en mi abrigo a la mañana siguiente. Ya sabes, aquel papel enrollado que estaba clavado en ese espantoso lienzo del sótano; el que pensé que era una fotografía de algún paisaje que tenía intención de emplear como fondo para ese monstruo. Aquel susto final se había producido justo en el momento en que estaba alargando la mano para desenrollarlo, y al parecer me lo había metido en el bolsillo sin darme cuenta. Pero ya está aquí el café… tómalo solo. Eliot. si sabes lo que le conviene.

Así es, ese papel fue la razón de que rompiese el contacto con Pickman; Richard Upton Pickman, el artista más grande que he conocido nunca… y el ser más aborrecible en traspasar jamás los límites de la vida a fin de zambullirse en los abismos de los mitos y la locura. Eliot… el viejo Reid estaba en lo cierto. No era del todo humano. O bien había nacido bajo un signo desconocido, o había hallado un modo de abrir la puerta prohibida. Sea como fuere ahora ya no importa, pues ha desaparecido; ha regresado a la oscuridad mítica que adoraba frecuentar. Espera un segundo, vamos a encender la araña de luces.

No me pidas que explique o conjeture siquiera qué fue lo que queme. Tampoco me preguntes qué fue aquel correteo subterráneo que Pickman quiso hacer pasar por ralas con tanto empeño. Ya sabes que hay secretos que podrían haberse mantenido desde los tiempos de la vieja Salem, y Cotton Mather habla de cosas más extrañas incluso. Ya conoces lo condenadamente realistas que eran los retratos de Pickman; cómo todos nos preguntábamos de dónde sacaba esas caras.

Pues verás… aquel papel no era una fotografía de ningún paisaje, después de todo, sino simplemente una imagen del monstruoso ser que Pickman estaba pintando en ese horrible lienzo. Era el modelo que estaba retratando…

y el fondo tras él, meramente la pared de aquel estudio del sótano, captada con todo detalle. Pero, Dios bendito, Eliot, *era una fotografía del natural*.



«Había pintado un ser monstruoso en ese horrible lienzo». *Weird Tales* 10, 4 (octubre 1927) (ilustrador: Hugh Rankin).

La búsqueda en sueños de la ignota Kadath[1][3*]

Escrita entre octubre de 1926 y enero de 1927, e inédita durante la vida de Lovecraft, esta novela corta aparentemente tan sólo tenía el propósito de ser un experimento en forma de ficción larga, anterior a El caso de Charles Dexter Ward *(escrito unos meses después) y a* En las montañas de la locura *(1931). Incorpora muchos elementos dunsanianos, con insinuaciones de* Vathek *de William Beckford y del propio Mito de Cthulhu de Lovecraft, en una aventura que bien podría haber aparecido en* Boy's Own Magazine. *Randolph Carter, de quien ya se ha dicho que representa a H. P. L. en otras historias, finalmente encuentra consuelo, no en las Tierras del Sueño por las que viaja sino en los recuerdos de su propio hogar.*

Tres veces soñó Randolph Carter[2] con la maravillosa ciudad y tres veces fue apartado de ahí mientras descansaba en la alta terraza que se alzaba sobre ella. Dorada y preciosa, brillaba en el atardecer, con paredes, templos, columnatas y puentes abovedados de mármol veteado, fuentes con tazas de plata y surtidores de agua prismática que salpicaba las amplias plazas y los jardines perfumados, y anchas calles discurrían entre delicados árboles y urnas cargadas de flores y estatuas de marfil dispuestas en relucientes filas. Mientras, en empinadas cuestas orientadas hacia el norte, se escalonaban en hileras tejados rojos y viejos gabletes picudos que albergaban pequeños caminos de adoquines cubiertos de hierba. Era un frenesí de los dioses; una fanfarria de trompetas celestiales y un fragor de címbalos inmortales. El misterio flotaba sobre ella como las nubes sobre una fabulosa montaña jamás visitada; y mientras Carter permanecía sin aliento y expectante en aquel parapeto en forma de balaustrada, le invadió de pronto la angustia y el suspense de un recuerdo casi olvidado, el dolor por lo perdido y la exasperante necesidad de ubicar de nuevo lo que una vez ostentó un lugar épico y crucial.

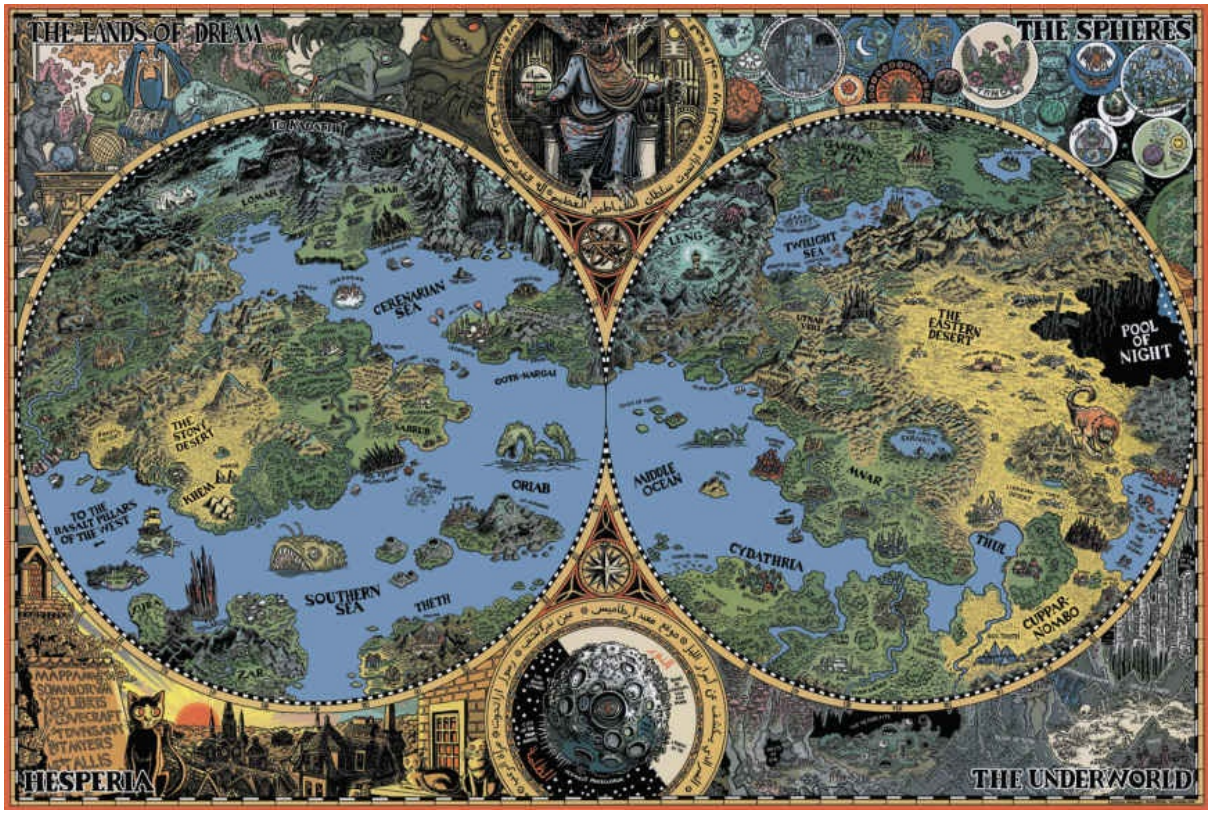
Sabía que para él su significado debió ser en algún momento fundamental; aunque no podía decir en qué ciclo o encarnación la había conocido, o si había sido en un sueño o despierto. Vagamente evocaba destellos de una lejana y olvidada primera juventud, cuando el asombro y el placer empapaban el misterio de los días, y el amanecer y el atardecer por igual marchaban proféticos al son entusiasta de laudes y canciones; abriendo fantasiosas verjas que llevaban hacia otras maravillas sorprendentes. Pero cada noche, mientras permanecía en aquella dominante terraza de mármol con las curiosas urnas y la barandilla labrada, y miraba a lo lejos sobre el ocaso silencioso de esa ciudad de belleza e inmanencia[3] sobrenaturales, sentía el cautiverio de los tiranos dioses del sueño; pues de ninguna sabia manera podía abandonar aquel elevado lugar ni descender la amplia caja marmórea[4] que se extendían de manera interminable hasta donde aquellas calles de arcaica brujería se desplegaban atractivas.

Cuando, por tercera vez, se despertó con aquellos peldaños aún sin descender y aquellas silenciosas calles en el ocaso aún sin recorrer, rezó mucho y con gran devoción a los dioses ocultos del sueño que moran caprichosamente sobre las nubes en la ignota Kadath, en el frío erial que nadie pisa. Pero los dioses no respondieron ni mostraron indulgencia, y tampoco daban ninguna señal favorable cuando les rezaba en sueños y los invocaba en sacrificio por medio de los sacerdotes barbudos Nasht y Kaman-Thah, cuyo templo-caverna con su columna de fuego no se encuentra lejos de las puertas del mundo de la vigilia. Sin embargo, parecía que sus oraciones debían de haber sido escuchadas negativamente, porque ya después de la primera de ellas dejó de contemplar por completo la maravillosa ciudad; como si sus tres atisbos lejanos hubieran sido simples accidentes o descuidos y contrarios a algún plan o deseo oculto de los dioses.

Al final, enfermo con la nostalgia de aquellas rutilantes calles en el ocaso y de los crípticos callejones en las colinas entre antiguos tejados enlosados, y sin ser capaz de dormir o despertar para quitárselos de su mente, Carter decidió adentrarse con audacia donde ningún hombre había ido antes[5] y atreverse a afrontar los desiertos helados de la oscuridad donde la ignota Kadath, velada por las nubes y coronada con estrellas inimaginables, retiene en secreto y nocturnidad el castillo de ónix de los Grandes Dioses.

En un duermevela, descendió los setenta escalones hasta la caverna de la llama y habló de su plan con los sacerdotes barbudos Nasht y Kaman-Thah. Y los sacerdotes agitaron sus cabezas tocadas con *pskents*[6] y juraron que sería la muerte de su alma. Remarcaron que los Grandes Dioses ya habían

mostrado su deseo y que no les es agradable verse acosados por insistentes súplicas. También le recordaron que no sólo ningún hombre había estado en la ignota Kadath, sino que ningún hombre había sospechado en qué parte del espacio podía hallarse; si estaba en las tierras del sueño que rodean nuestro mundo, o en aquellas que rodean algunas insospechadas compañeras de Fomalhaut[7] o Aldebarán[8]. Si se encontraba en nuestras tierras del sueño, podría concebirse como alcanzable; pero, desde el inicio de los tiempos, sólo tres almas completamente humanas habían cruzado y habían vuelto a cruzar los negros e impíos abismos a otras tierras del sueño, y de esos tres, dos regresaron bastante locos. En tales viajes había incalculables peligros locales, así como ese asombroso riesgo final que barbotaba[9] de manera inefable fuera del universo ordenado, donde no llega ningún sueño: esa última plaga amorfa de la más profunda confusión que blasfema y borbotea en el centro de todo el espacio infinito —el ilimitado sultán demoníaco Azathoth—[10], cuyo nombre ningunos labios se atreven a pronunciar en alto y que roe hambriento en salas inconcebibles y oscuras más allá del tiempo, entre el ritmo sordo y enloquecedor de viles tambores y el lamento fino y monótono de flautas malditas; a cuyo detestable latido y chirrido bailan lentos, torpes y absurdos, los enormes y definitivos dioses, los ciegos, mudos, tenebrosos y descerebrados Otros Dioses, cuya alma y mensajero es el reptante caos Nyarlathotep[11].



Mapa de las Tierras del Sueño, de Jason Thompson (reproducida con permiso).

De todo esto, Carter fue advertido por los sacerdotes Nasht y Kaman-Than en la caverna de la llama, pero, aun así, decidió encontrar a los dioses en la ignota Kadath, en el frío erial, dondequiera que se hallara, y obtener de ellos la visión, y el recuerdo, y el cobijo de la maravillosa ciudad del ocaso. Sabía que su viaje sería extraño y largo, y que los Grandes Dioses estarían en su contra; pero, siendo veterano en la tierra de los sueños, tenía muchos recuerdos y mecanismos útiles que le ayudarían. Así que, tras solicitar una bendición de despedida de los sacerdotes y pensando sagazmente en su itinerario, descendió con valentía los setecientos escalones hasta la Puerta del Sueño Profundo y se adentró en el bosque encantado**[12]**.

En los túneles de aquel bosque retorcido, cuyos prodigiosos robles bajos entrelazan sus ramas y brillan tenues con la fosforescencia de extraños hongos, moran los furtivos y sigilosos zoogs, quienes conocen muchos oscuros secretos de mundo de los sueños y algunos del de la vigilia, ya que el bosque, en dos lugares, entra en contacto con las tierras de los hombres, aunque sería desastroso decir dónde están. Ciertos rumores, acontecimientos y desapariciones inexplicables suceden entre los hombres allí donde los zoogs tienen acceso, y está bien que no puedan viajar muy lejos del mundo de los sueños. Pero, por las partes más cercanas del mundo onírico, pasan libremente, revoloteando pequeños, marrones e inadvertidos y portando cuentos picantes de moda para pasar las horas alrededor de sus hogueras en los bosques que aman. La mayoría de ellos viven en madrigueras, pero algunos habitan los troncos de los grandes árboles; y, a pesar de que se alimentan de hongos, se dice que también tienen un ligero gusto por la carne, tanto física como espiritual, porque sin duda muchos soñadores han entrado en ese bosque y no han salido. Sin embargo, Carter no tenía ningún miedo, pues él era un veterano soñador y había aprendido su vibrante idioma y había hecho más de un trato con ellos; había encontrado gracias a su ayuda la espléndida ciudad de Celefaïs**[13]** en Ooth-Nargai, más allá de las colinas de Tanaria, donde reina la mitad del año el rey Kuranes, un hombre al que. en vida, había conocido por otro nombre. Kuranes era la única alma que había estado en los abismos estelares y había regresado sin caer en la locura.

Abriéndose paso ahora por los bajos pasillos fosforescentes entre aquellos gigantescos troncos, Carter emitía barboteos a la manera de los zoogs y escuchaba, de cuando en cuando, en busca de respuesta. Recordó una aldea de esas criaturas en particular, cerca del centro del bosque, donde un círculo de grandes rocas musgosas, en lo que una vez fue un claro, habla de anteriores y

más terribles moradores largamente olvidados, y se apresuró hacia ese lugar. Encontró su camino por los grotescos hongos, que siempre parecen mejor nutridos cuando uno se acerca al terrible círculo donde seres ancestrales bailaban y hacían sacrificios. Finalmente, la mayor luminosidad de aquellos hongos más voluminosos reveló una siniestra inmensidad verde y gris saliendo de la cubierta del bosque hasta perderse de vista. Este era el punto más cercano al anillo de piedras y Carter sabía que estaba cerca de la aldea de los zoogs. Retomando su sonido vibrante, esperó pacientemente, y, al fin, fue recompensado con la impresión de muchos ojos observándole. Eran los zoogs, ya que uno ve sus extraños ojos antes de discernir su pequeña y resbaladiza silueta marrón.

Salieron como un enjambre desde madrigueras escondidas y árboles alveolados, hasta que toda la zona, tenuemente iluminada, cobró vida con ellos. Algunos de los más salvajes rozaron a Carter de un modo desagradable y uno incluso le mordisqueó repugnantemente la oreja; pero esos espíritus caóticos pronto fueron contenidos por sus mayores. El Consejo de Sabios, reconociendo al visitante, le ofreció un calabacino con savia fermentada de un árbol encantado, a diferencia de los otros, que habían crecido de una semilla que alguien dejó caer en la luna; y mientras Carter se la bebía de manera ceremoniosa, un coloquio muy extraño comenzó. Los zoogs, desafortunadamente, no sabían dónde se encontraba la cima de Kadath, ni tampoco podían decir si el frío erial está en nuestro mundo del sueño o en otro. Los rumores de los Grandes Dioses llegaban por igual de todos los puntos y sólo cabía decir que era más probable verlos en las altas cumbres de las montañas que en los valles, ya que en tales cumbres bailaban con nostalgia cuando la luna está por encima y las nubes por debajo.

Entonces, un zoog muy anciano recordó algo que los demás no habían oído, y dijo que en Ulthar, más allá del río Skai, aún se conservaba la última copia de aquellos inconcebiblemente arcaicos Manuscritos Pnakóticos, obra de hombres despiertos en reinos boreales olvidados y llevados a las tierras del sueño cuando los caníbales peludos Gnophkehs sometieron a la ciudad de los templos Olanthoë y acabó con todos los héroes de la tierra de Lomar. Esos manuscritos, dijo, contaban mucho de los dioses; y, además, en Ulthar había hombres que habían visto las señales de los dioses, e incluso un anciano sacerdote que había escalado una gran montaña para observarlos bailar a la luz de la luna[14]. El fracasó, pero su compañero tuvo éxito y murió de una forma indescriptible.

Tras esto, Randolph Carter dio las gracias a los zoogs, que barbotaron amigablemente y le dieron otro calabacino con vino del árbol lunar para que se llevara, y se marchó a través del fosforescente bosque hacia el extremo opuesto, donde el turbulento Skai fluye desde las laderas del Lerion, y Hatheg y Nir y Ulthar salpican el valle. Tras él, furtivos y ocultos, reptaban varios zoogs, pues deseaban saber qué sería de él y llevar de vuelta una leyenda para su pueblo. Los enormes robles se hacían más gruesos a medida que se alejaba de la aldea y buscó con atención un determinado lugar en el que fueran algo más delgados, alzándose más bien muertos o agonizantes entre una anormal densidad de hongos y moho putrefacto y los blandos troncos de sus hermanos caídos. Ahí, Carter se apartaría bruscamente a un lado ya que, en ese lugar, un imponente bloque de piedra descansa en el suelo del bosque; y aquellos que se han atrevido a acercarse a él dicen que tiene un aro de hierro de un metro de ancho. Recordando el arcaico círculo de grandes rocas musgosas, y su posible razón de ser, los zoogs no se detienen cerca de aquel expansivo bloque con su enorme aro, porque se dan cuenta de que todo lo que está olvidado no está necesariamente muerto y no les gustaría ver al bloque levantarse, lenta y deliberadamente, del suelo.

Carter se desvió en el lugar apropiado y oyó a sus espaldas los temerosos barboteos de algunos de los zoogs más tímidos. Sabía que lo seguirían, así que no le molestó, ya que uno se acaba acostumbrando a las anomalías de estas criaturas entrometidas. Llegó a la linde del bosque con el ocaso y el creciente resplandor le hizo saber que se trataba del crepúsculo de la mañana. Sobre las fértiles llanuras que bajaban hacia el Skai vio el humo de las chimeneas de las casas y, a ambos lados, los arbustos y los campos arados y los tejados de paja de una tierra pacífica. En una ocasión se detuvo en el pozo de un caserío para tomar un vaso de agua y todos los perros ladraron asustados a los discretos zoogs que reptaban por la hierba a la zaga. En otra casa, donde había cierto revuelo, hizo preguntas sobre los dioses y sobre si bailaban a menudo en Lerion, pero el granjero y su esposa sólo hacían la Señal de los Viejos[15] y le indicaban el camino a Nir y Ulthar.

A mediodía caminó por la calle principal de Nir, que había visitado una vez y que marcaba el punto más alejado de sus anteriores viajes en esta dirección; y, poco después, llegó al gran puente de piedra, sobre el Skai, en cuyo pilar central los obreros sepultaron a un ser humano sacrificado cuando lo construyeron hacía mil trescientos años. Ya en la otra ribera, la frecuente presencia de gatos (que arquearon, todos ellos, sus lomos ante la cola de zoogs) desvelaba el cercano vecindario de Ulthar; pues en Ulthar, según una

ley antigua y significativa, ningún hombre podía matar un gato[16]. Los suburbios de Ulthar eran muy agradables, con sus pequeñas casitas verdes y sus granjas cuidadosamente valladas; y aún más agradable era el pintoresco pueblo, con sus viejos tejados en punta y sus pisos altos en voladizos y sus innumerables chimeneas y estrechas calles empinadas donde uno podía ver viejos adoquines cuando los elegantes gatos dejaban suficiente espacio. Carter, con los gatos medio dispersos por los entrevistos zoogs. se encaminó directamente hacia el modesto Templo de los Viejos Dioses, donde se decía que estaban los sacerdotes y antiguos archivos; y, una vez dentro de esa venerable tone circular de piedra cubierta por la hiedra —que corona la colina más alta de Ulthar— buscó al patriarca Atal, que había subido al pico prohibido Hatheg-Kla en el desierto pedregoso y había bajado con vida.



Mano de Khamsa. Fotografía de Bernard Gagnon, CC-BY-S.A. 3.0.

Atal, sentado en un estrado de marfil en un engalanado santuario en la parte superior del templo, tenía tres siglos de edad; pero conservaba una mente aguda y buena memoria. De él, Carter aprendió muchas cosas sobre los dioses, pero, ante todo, que, en verdad, se trata sólo de dioses terrenales que gobiernan con debilidad en nuestra tierra del sueño y que no tienen poder o morada en ningún otro lugar. Podrían atender, dijo Atal. a las oraciones de un hombre si están de buen humor, pero uno no debe pensar en escalar hasta su fortaleza de ónix sobre Kadath, en el frío erial. Era una suerte que ningún hombre supiera dónde están las torres de Kadath, pues las consecuencias de ascenderla serían muy peligrosas. El compañero de Atal, Barzai el Sabio, había sido arrastrado al ciclo entre alaridos simplemente por subir el conocido pico de Hatheg-Kla. Con la ignota Kadath, si se encontrara alguna vez, las cosas serían mucho peores, pues, a pesar de que los dioses terrenales pueden

ser superados en ocasiones por un mortal sabio, están protegidos por los Otros Dioses del Exterior, con los que es mejor no discutir. Al menos dos veces en la historia del mundo los Otros Dioses dejaron su sello sobre el granito primigenio de la tierra: una vez en tiempos antediluvianos, como se deduce en aquellas partes de los Manuscritos Pnakóticos demasiado antiguas para ser leídas, y otra en Hatheg-Kla cuando Barzai el Sabio intentó ver a los dioses terrenales bailando bajo la luz de la luna. Así que, dijo Atal, sería mucho mejor dejar a todos los dioses en paz excepto en discretas oraciones.

Carter, aunque decepcionado por el desalentador consejo de Atal y por la escasa ayuda encontrada en los Manuscritos Pnakóticos y en los Siete Libros Crípticos de Hsan, no se desesperó totalmente. Primero preguntó al anciano sacerdote por aquella maravillosa ciudad del ocaso vista desde la terraza con balaustrada, pensando que tal vez pudiera encontrarla sin la ayuda de los dioses, pero Atal no pudo contarle nada. Probablemente, dijo Atal, el lugar pertenecía a su tierra del sueño particular y no a la visión general de la tierra que muchos conocen; y posiblemente se encontrara en otro planeta. En ese caso, los dioses de la tierra no podrían guiarlo, aunque quisieran. Pero esto no era probable, ya que la interrupción de los sueños mostraba con bastante claridad que era algo que los Grandes Dioses querían ocultarle.

Entonces Carter hizo algo malvado: ofrecer a sus ingenuos anfitriones tantos tragos de vino lunar del que le habían dado los zoogs que el anciano se volvió irresponsablemente hablador. Despojado de su cautela, el pobre Atal farfulló alegremente sobre temas prohibidos; habló de una gran imagen que, según reportaban los viajeros, estaba tallada en piedra sólida de la montaña Ngranek, en la isla de Oriab en el mar del Sur, y apuntaba que podía tener similitud con lo que un día forjaron los dioses de la tierra a semejanza de sus propias facciones en los días en los que bailaban bajo la luz de la luna en aquella montaña. Y también comentó entre hipidos que las facciones de esa imagen son muy extrañas, de manera que uno pueda reconocerlas con facilidad, y que señalan la auténtica raza de los dioses.

Ahora, el uso de todo esto para encontrar a los dioses de pronto se hizo evidente para Carter. Es bien sabido que. disfrazados, los más jóvenes entre los Grandes Dioses con frecuencia se casan con las hijas de los hombres, de manera que. por toda la linde del frío erial en el que se alza Kadath, todos los campesinos deben llevar su sangre. Siendo esto así, la forma de encontrar ese erial debe ser ver el rostro de piedra de Ngranek y fijarse en las facciones; después, habiendo tomado buena nota de ellas, salir en busca de rasgos semejantes entre los vivos. Donde fueran más claras y marcadas, los dioses

deberían morar cerca; y cualquier erial pedregoso en la parte trasera de las aldeas de aquel lugar debía ser el punto en el que se alza Kadath.

Muchos de los Grandes Dioses podrían haber aprendido en tales regiones y aquellos con su sangre podrían haber heredado pequeños recuerdos muy útiles para un investigador. Tal vez no sepan de su parentesco, pues a los dioses les disgusta tanto ser conocidos entre los hombres que no se puede encontrar a nadie que haya visto sus rostros de forma deliberada; algo de lo que Carter se dio cuenta incluso cuando buscaba una forma para ascender a Kadath. Pero tendrían extraños y elevados pensamientos, incomprendidos por sus compañeros, y cantarían acerca de lugares lejanos y jardines tan diferentes a cualquiera conocido incluso en la tierra del sueño que el tipo común los llamaría locos; y de todo esto, uno tal vez podría conocer viejos secretos sobre Kadath, u obtener pistas acerca de la maravillosa ciudad del ocaso que los dioses mantenían en secreto. Y aún más. uno podría en determinados casos apoderarse de algún hijo muy querido de un dios como rehén; o incluso capturar a un joven dios en persona, disfrazado y morando entre los hombres con una atractiva doncella campesina por esposa.

Sin embargo. Atal no sabía cómo encontrar el Ngranek en su isla de Oriab y recomendó que Carter siguiera el canturreo del Skai bajo sus puentes hacia el mar del Sur. donde ningún ciudadano de Ulthar ha estado jamás, pero desde donde los comerciantes vienen en barcos o con largas caravanas de mulas y carros de dos ruedas. Allí hay una gran ciudad. Dylath-Leen, pero en Ulthar tiene mala reputación por las galeras negras con tres bancadas de remeros que navegaban hasta allí con rubíes de una costa sin identificar con claridad. Los comerciantes que llegan en esas galeras para tratar con los joyeros son humanos, o casi, pero nunca se ve a los remeros; y no se considera honesto en Ulthar que los comerciantes negocien con navíos negros de lugares desconocidos cuyos remeros no se muestran.

Para cuando le hubo proporcionado esta información, Atal estaba muy adormilado y Carter lo tumbó con suavidad en un sofá con incrustaciones de ébano y recogió su larga barba con decoro sobre su pecho. Cuando se dio la vuelta para marcharse, se dio cuenta de que no le seguía ningún barboteo contenido y se preguntó por qué los zoogs se habían descuidado tanto en su curiosa persecución. Entonces se percató de que todos los gatos, elegantes y satisfechos, de Ulthar lamían sus costillas con especial deleite y recordó los bufidos y los maullidos que había oído débilmente en las zonas más bajas del templo mientras estaba absorto en la conversación del anciano sacerdote. También recordó la forma perversa y hambrienta en la que un joven zoog

especialmente imprudente había observado a un pequeño gatito negro en la calle empedrada de fuera. Y como no había nada en el mundo que le gustara más que los pequeños gatitos negros, se detuvo para acariciar los elegantes gatos de Ulthar mientras lamían sus costillas y no se lamentó de que aquellos curiosos zoogs no le acompañaran más.

Ya estaba atardeciendo, así que Carter se paró en una antigua hospedería en una pequeña calle empinada desde donde se veía la parte baja de la población. Al salir al balcón de su habitación y mirar hacia el mar de tejados rojos y caminos empedrados y agradables campos más lejos, todo apacible y mágico bajo la luz oblicua, juró que Ulthar sería un lugar muy agradable para vivir siempre, de no ser por el recuerdo de una maravillosa ciudad del ocaso que lo incitaba a seguir adelante hacia peligros desconocidos. Entonces llegó el atardecer y las paredes rosas de los gabletes enlucidos se volvieron violetas y místicos, y pequeñas luces amarillas subían flotando de una en una desde las viejas ventanas enrejadas. Y dulces campanas repiquetearon en la torre del templo, más arriba. y la primera estrella titiló suavemente sobre las praderas más allá del Skai. Con la noche vino el canto y Carter asintió con la cabeza mientras los laudistas elogiaban días pasados desde más allá de los balcones con filigranas y los patios teselados de la sencilla Ulthar. Y podría haber sentido incluso dulzura en las voces de los muchos gatos de Ulthar, pero en su mayoría estaban pesados y silenciosos tras su extraño festín. Algunos de ellos se escabulleron a esos reinos crípticos que sólo son conocidos por los gatos y cuyos habitantes dicen que están en el lado oscuro de la luna, donde los felinos saltan desde altos tejados, pero un pequeño gatito negro subió sigilosamente por las escaleras y brincó al regazo de Carter para ronronear y jugar, y se acurrucó cerca de sus pies cuando al fin lo dejó en el pequeño sofá cuyos cojines estaban rellenos de fragantes y adormecedoras hierbas.



Calzada de los Gigantes, Irlanda del Norte.

Por la mañana. Carter se unió a una caravana de comerciantes que se dirigía a Dylath-Leen con la lana hilada de Ulthar y las coles de las ajetreadas granjas de esta ciudad. Y durante seis días cabalgaron al son de los cascabeles por el tranquilo camino junto al Skai, parando algunas noches en las hospederías de pequeños y singulares pueblos pesqueros y otras acampando bajo las estrellas, mientras fragmentos de canciones marineras llegaban desde el plácido río. El campo estaba muy hermoso, con verdes setos y arboledas, y pintorescas cabañas picudas y molinos octogonales.

El séptimo día. una niebla de humo se alzó en el horizonte ante ellos, y después la alta torre negra de Dylath— Leen, que estaba construida principalmente de basalto. Dylath-Leen, con sus delgadas torres angulares, se parece desde lejos un poco a la Calzada de los Gigantes[17], y sus calles son oscuras y poco atractivas. Hay muchas tabernas deprimentes cerca de la miríada de muelles y todo el pueblo está atestado de curiosos marineros de todos los países del mundo, y de algunos de los que se dice que no son de este mundo. Carter preguntó a los hombres extrañamente vestidos de esa ciudad por el pico del Ngranek en la isla de Oriab, y descubrió que lo conocían bien. Los barcos venían de Baharna, en esa isla, y uno de ellos debía regresar allí en

un mes, y Ngranek está sólo a dos días de viaje en cebra desde ese puerto. Pero pocos habían visto al dios con rostro de piedra, porque se encuentra en una cara muy difícil del Ngranek, que da sólo a riscos escarpados y a un valle de siniestra lava. Una vez, los dioses se enfadaron con los hombres que moraban en esa vertiente y hablaron del tema con los Otros Dioses.

Fue difícil conseguir esta información de los comerciantes y los marineros en las tabernas de Dylath-Leen, ya que la mayoría de ellos preferían murmurar sobre las galeras negras. Una de ellas tenía que arribar en una semana, cargada de rubíes, desde su desconocida costa y los lugareños temían verla atracar. Las bocas de los hombres que salían de ellas para comerciar eran demasiado anchas y la forma en la que sus turbantes se retorcían en dos puntas sobre sus frentes era especialmente de mal gusto. Y sus zapatos eran los más pequeños y extraños jamás vistos en los Seis Reinos. Pero lo peor de todo era el tema de los remeros invisibles. Esas tres bancadas de remos se movían con una rapidez, una precisión y un vigor insoportables, y no era correcto que un barco permaneciera en puerto durante semanas mientras los comerciantes negociaban sin que se viera nunca a la tripulación. No era justo para los taberneros de Dylath-Leen. y para los tenderos y los carniceros tampoco; pues no se subía a bordo ni rastro de provisiones. Los mercaderes tan sólo llevaban oro y fornidos esclavos negros de Parg al otro lado del río. Eso era lo único que se llevaron aquellos comerciantes de facciones desagradables y sus remeros invisibles; nunca nada de los carniceros y los tenderos, tan sólo oro y los rechonchos hombres negros de Parg a quienes compraban al peso. Y los olores de esas galeras, arrastrados por los vientos del sur desde los muelles, no se pueden describir. Sólo fumando thag constantemente podían soportarlos los habitantes más duros de las viejas tabernas marineras. Dylath-Leen jamás habría tolerado las galeras negras si tales rubíes se hubieran podido conseguir en otro lugar, pero ninguna mina sobre la tierra del sueño producía nada semejante.

De estas cosas cotilleaba sobre todo la gente cosmopolita de Dylath-Leen mientras Carter esperaba pacientemente al barco de Baharna, que tal vez le llevara a la isla donde se alza, majestuoso y árido, el esculpido Ngranek. Mientras tanto, no dejó de buscar en los lugares favoritos de los viajeros de tierras lejanas cualquier relato que pudieran proporcionarle acerca de Kadath, en el frío erial, o de una maravillosa ciudad de paredes de mármol y fuentes de plata que se veía bajo las terrazas en el ocaso. Sin embargo, de esto no descubrió nada; aunque una vez pensó que un determinado comerciante, viejo y de ojos achinados, miraba de forma particularmente inteligente cuando se

habló del frío erial. Este hombre era conocido por comerciar con las horribles aldeas de piedra en la desierta y fría meseta de Leng, que nadie en su sano juicio visita y cuyos malvados fuegos se pueden ver por la noche desde la lejanía. Se rumoreaba incluso que había negociado con aquel sumo sacerdote al que no hay que describir, que lleva una máscara amarilla aterciopelada cubriendo su rostro y que mora completamente sólo en un prehistórico monasterio de piedra. Que semejante persona pudiera haber tenido el menor trato con tales seres que probablemente moren en el frío erial era indudable, pero pronto Carter descubrió que no servía de nada interrogarlo.

Entonces, la galera negra entró en el puerto más allá del muelle[18] de basalto y el faro alto, silencioso y ajeno, y con un extraño hedor que el viento del sur llevaba hasta el pueblo. El desasosiego recorría las tabernas de toda la zona costera y, pasado un rato, los oscuros comerciantes de boca ancha, con turbantes abultados y pies pequeños, se aglomeraron furtivamente en la orilla para buscar los bazares de los joyeros. Carter los observó con atención y, cuanto más los miraba, menos le gustaban. Después los vio conducir a los rechonchos hombres negros de Parg por la rampa de desembarco, refunfuñando y sudando, hasta esa singular galera, y se preguntó en qué tierras —si se trataba de alguna tierra— estaban destinadas a servir aquellas gordas y patéticas criaturas.

Y en la tercera noche de estancia de aquella galera, uno de los molestos comerciantes le habló, sonriendo con malicia e insinuando aquello que había oído en las tabernas sobre la búsqueda de Carter. Parecía tener conocimientos demasiado secretos para contarlos en público y, aunque el sonido de su voz era insoportablemente odioso. Carter sintió que la sabiduría popular de haber viajado tanto no debía ser pasada por alto. Por tanto, le ofreció ser su invitado en los aposentos cerrados de arriba y sacó lo que le quedaba de vino lunar de los zoogs para soltar su lengua. El extraño comerciante bebió en exceso, pero su sonrisa de superioridad no cambió por la bebida. Entonces sacó una curiosa botella de vino que llevaba con él y Carter vio que dicha botella era un rubí ahuecado, tallado grotescamente con formas demasiado fabulosas para ser comprendidas. Ofreció vino a su anfitrión y. a pesar de que Carter tan sólo bebió el sorbo más pequeño posible, sintió el mareo del espacio y la fiebre de junglas insospechadas. Todo el ralo, el invitado había estado sonriendo, cada vez más y más. Y mientras Carter se sumía en el vacío. lo último que vio fue ese oscuro y odioso rostro convulsionarse con una risa perversa, y algo totalmente innombrable en uno de los abultamientos frontales de esc turbante

naranja que se había desenrollado con las convulsiones de aquella risa epiléptica.

Carter recobró el conocimiento en una atmósfera con un olor terrible bajo un toldo con forma de tienda en la cubierta de un barco, con las maravillosas costas del mar del Sur volando con una rapidez anormal. No estaba encadenado, pero tres de los oscuros y sardónicos comerciantes estaban sonrientes en pie junto a él, y la visión de aquellos abultamientos en sus turbantes casi le hicieron desmayarse, al igual que el hedor que se filtraba por las siniestras escotillas. Vio pasar frente a él las gloriosas tierras y ciudades de las que un compañero de sueños de la tierra —un farero en la antigua Kingsport— había hablado con frecuencia en tiempos pasados[19], y reconoció los templos escalonados de Zar, morada de sueños olvidados; los capiteles de la infame Thalarion, esa ciudad diabólica de mil maravillas donde reina el ídolo Lathi; los jardines-osario de Xura, tierra de placeres insatisfechos, y los promontorios gemelos de cristal, que se encuentran por arriba formando un resplandeciente arco que guarda el puerto de Sona-Nyl. bendita tierra de la imaginación.

Pasadas todas estas espléndidas tierras, el apestoso barco voló de manera insana, apremiado por los anormales braceos de aquellos invisibles remeros de abajo. Y antes de que acabara el día, Carter vio que el timonel no podía tener otro objetivo que los Pilares de Basalto del Oeste, tras los cuales la gente dice que se encuentra la espléndida Cathuria, pero que los soñadores sabios saben que son las puertas a una monstruosa catarata en la cual los océanos de la tierra del sueño se precipitan por completo a una nada abismal y atraviesan los espacios vacíos hacia otros mundos y otras estrellas, y hacia los horribles abismos fuera del universo ordenado donde el sultán demoniaco Azathoth roe hambriento en el caos, entre redobles y sonidos de flauta y el infernal baile de los Otros Dioses, ciegos, mudos, tenebrosos y despistados, con su espíritu y mensajero Nyarlathotep.

Mientras tanto, los tres sardónicos comerciantes no decían palabra sobre sus intenciones, aunque Carter sabía bien que debían estar aliados con aquellos que querían impedir su cruzada. Es sabido en la tierra del sueño que los Otros Dioses tienen muchos agentes mezclados entre los hombres; y todos ellos, completamente humanos o un poco menos que humanos, están dispuestos a cumplir la voluntad de esos entes ciegos y tontos a cambio del favor de su odioso espíritu y mensajero, el caos reptante Nyarlathotep. Por ello, Carter infirió que los comerciantes de turbantes abultados, al enterarse de su temeraria búsqueda de los Grandes Dioses en su castillo de Kadath, habían

decidido apartarlo y llevarlo a Nyarlathotep a cambio de cualquier recompensa que se ofreciera. Carter no podía adivinar cuál podía ser la tierra de aquellos comerciantes en nuestro universo conocido o en los espeluznantes espacios exteriores; tampoco podía imaginar en qué infernal punto de encuentro se encontrarían con el caos reptante para entregarle y reclamar su recompensa. Sin embargo, sabía que ningún ser casi humano como estos se atrevería a acercarse al trono de tinieblas definitivo del demonio Azathoth, en el centro del vacío informe.

Con la puesta de sol, los comerciantes lamieron sus excesivamente grandes labios, con la mirada hambrienta, y uno de ellos bajó y regresó de algún camarote oculto y ofensivo con una olla y una cesta con platos. Entonces, se sentaron juntos bajo el toldo y comieron la carne ahumada que se pasaban de unos a otros. Pero cuando dieron a Carter su ración, descubrió algo terrible en su tamaño y en su forma; esto le hizo palidecer aún más y lanzar esa ración al mar cuando ningún ojo le observaba. Y de nuevo pensó en aquellos remeros invisibles de abajo y el sospechoso alimento del que sacaban su excesiva fuerza mecánica.

Era de noche cuando la galera pasó entre los Pilares de Basalto del Oeste y el sonido de la catarata principal aumentó portentoso desde delante. Y el agua pulverizada de la catarata se elevaba hasta oscurecer las estrellas, y la cubierta se humedeció cada vez más, y la nave se zarandeaba con la creciente corriente en el borde del abismo. Luego, con un extraño silbido y una zambullida. se dio el salto y Carter sintió los terrores de una pesadilla cuando la tierra desaparecía y el gran barco salió disparado, silencioso, como un cometa, hacia el espacio planetario. Nunca antes había conocido las amorfas cosas negras que acechan y brincan y se retuercen por todo el éter, que miran lascivamente y sonríen a cualquier viajero que pueda pasar, y a veces palpan con viscosas garras algún objeto que despierta su curiosidad. Estas son las innombrables larvas de los Otros Dioses y. como ellos, son ciegas y descerebradas, y poseedoras de singulares apetitos y anhelos.

Pero esa ofensiva galera no iba a un lugar tan lejano como Carter había temido, pues pronto vio que el timonel estaba poniendo rumbo a la luna. La luna estaba en cuarto creciente, con un brillo cada vez mayor a medida que se acercaban a ella y que mostraba de manera incómoda sus singulares cráteres y picos. El barco se dirigió al borde y pronto se puso de manifiesto que su destino era ese lado secreto y misterioso que siempre permanece de espaldas a la tierra y que ninguna persona completamente humana, salvo tal vez el soñador Snireth-Ko, ha contemplado nunca. El aspecto desde cerca de la luna

a medida que la galera se acercaba resultó ser muy perturbadora para Carter y no le gustó el tamaño y la forma de las ruinas desperdigadas por todos lados. Los templos muertos en las montañas estaban orientados de tal manera que no podían glorificar a ningún dios íntegro ni apropiado, y en la simetría de las columnas rotas parecía esconderse algún oscuro significado secreto que no invitaba a ser descubierto. Y sobre la estructura y las proporciones de los antiguos adoradores, Carter se negó a hacer conjeturas.

Cuando el barco rodeó el borde y navegó sobre aquellas tierras jamás vistas por el hombre, aparecieron en el extraño paisaje ciertas señales de vida, y Carter vio muchas cabañas bajas, amplias y circulares, en los campos de grotescos y blanquecinos hongos. Se dio cuenta de que estas cabañas no tenían ventanas y pensó que su forma recordaba a las chozas de los esquimales. Luego vio las oleosas olas de un perezoso mar y supo que el viaje iba a ser una vez más sobre las aguas —o, al menos, sobre algún líquido. La galera golpeó la superficie con un sonido peculiar y la extraña forma elástica en la que las olas lo recibieron resultó muy desconcertante para Carter. Ahora se deslizaban a gran velocidad, una vez adelantando a otra galera similar y saludando, pero, por lo general, sin ver nada más que un curioso mar y un cielo que era negro y sembrado de estrellas aun cuando el sol brillaba en él de forma abrasadora.

Al momento, se alzaron frente a ellos las escarpadas colinas de una costa de aspecto leproso y Carter vio las gruesas y desagradables torres grises de la ciudad. La forma en que se encorvaban y se doblaban, la manera en la que estaban agrupadas y el hecho de carecer de ventanas por completo era muy perturbador para el prisionero, y lamentó amargamente la tontería que le llevó a probar el curioso vino de ese comerciante de turbante abultado. A medida que se acercaban a la costa y el odioso hedor de la ciudad aumentaba, vio sobre las escarpadas colinas muchos bosques, algunos de cuyos árboles reconoció como de la misma especie que aquel solitario árbol lunar del bosque encantado de la tierra, de cuya savia los pequeños y marrones zoogs destilaban su peculiar vino.

Ahora Carter podía distinguir figuras que se movían en los malolientes embarcaderos frente a él y cuanto mejor los veía, más los temía y los detestaba. Pues estos no eran hombres en ningún sentido, ni siquiera se parecían a los hombres, sino enormes cosas viscosas de un gris blanquecino que podían expandirse y contraerse a merced y cuya forma principal —aunque la cambiaban a menudo— era la de una especie de sapo sin ojos, pero con una extraña masa de cortos tentáculos rosados que vibraban en la punta

de sus chatos e indefinidos hocicos. Estas cosas se bamboleaban ajetreadas por los muelles, moviendo fardos y contenedores y cajas con una fuerza sobrenatural y, de vez en cuando, saltaban arriba y abajo de alguna galera ahí anclada, con largos remos en sus garras delanteras. También de vez en cuando, aparecía uno conduciendo grupos de esclavos, que de hecho eran casi seres humanos con amplias bocas como aquellos comerciantes que negociaban en Dylath-Leen; sólo que estos grupos, al estar sin turbantes, zapatos o ropa, no parecían tan humanos después de todo. Algunos de estos esclavos —los más gordos, a quienes una especie de supervisor pellizcaba a modo de comprobación— eran descargados de los barcos y encerrados en cajas claveteadas que los trabajadores empujaban hacia almacenes bajos o eran cargados en grandes y pesados furgones.

Una de las veces, uno de los furgones fue cargado y partió, y la fabulosa cosa que lo conducía era tal que Carter se quedó sin aliento, incluso después de haber visto las otras monstruosidades de ese aborrecible lugar. De vez en cuando, un pequeño grupo de esclavos, vestidos y con turbantes como los oscuros comerciantes, eran transportados a bordo de la galera, seguidos por una numerosa tripulación de los viscosos seres formada por oficiales, navegantes y remeros. Y Carter vio que las criaturas casi humanas eran reservadas para las más ignominiosas tareas serviles que no requerían fuerza, como gobernar el timón y cocinar, hacer recados y servir de porteadores, y negociar con los hombres de la tierra o de otros planetas donde comerciaban. Estas criaturas debían haber sido convenientes en la tierra, pues en verdad no eran diferentes a los hombres cuando estaban vestidos, bien calzados y con turbante, y podían regatear en las tiendas de los hombres sin avergonzarse o tener que dar extrañas explicaciones. Pero la mayoría de ellos, salvo los excesivamente flacos o feos, iban desnudos y apilados en cajas y transportados en pesados camiones conducidos por seres fabulosos. Ocasionalmente, otros seres eran descargados y metidos en cajas; algunos muy similares a estos semihumanos, otros no tan parecidos, y otros que no se parecían en nada. Y Carter se preguntaba si aún quedaba alguno de los desdichados y rechonchos hombres negros de Parg por descargar, enjaular y enviar tierra adentro en aquellas repulsivas carretas.

Cuando la galera atracó en un grasiento muelle de roca esponjosa, una horda de pesadilla de seres-sapo se retorcía saliendo por las escotillas, y dos de ellos cogieron a Carter y lo arrastraron a tierra. El olor y el aspecto de esa ciudad son indescriptibles, y Carter sólo pudo captar imágenes sueltas de calles enlosadas y negros portales e inacabables precipicios de grises paredes

verticales sin ventanas. Finalmente, fue arrastrado dentro de un portal, por una puerta baja, y le hicieron subir infinitos escalones en la más absoluta oscuridad. El olor del lugar resultaba intolerable y, cuando Carter fue encerrado en una habitación y le dejaron ahí solo, apenas le quedaron fuerzas para arrastrarse y determinar su forma y dimensiones. Era circular y de unos seis metros de diámetro.

A partir de ese momento, el tiempo dejó de existir. A intervalos, le echaban comida, pero Carter no se planteaba tocarla. Cuál sería su destino, no lo sabía; pero sentía que le retenían hasta la llegada de esa aterradora alma, y mensajero de los Otros Dioses del infinito, el caos reptante Nyarlathotep. Al fin, tras una incalculable sucesión de horas o días, la gran puerta de piedra se abrió de par en par de nuevo y Carter fue conducido a empujones escaleras abajo hasta las calles iluminadas de rojo de aquella aterradora ciudad. Era de noche en la luna y por toda la ciudad se veían esclavos apostados con antorchas.

En una detestable plaza, se formó una especie de procesión; diez de los seres-sapo y veinticuatro casi-humanos armados con antorchas, once a cada lado, uno delante y otro detrás. A Carter lo pusieron en medio de la formación, con cinco seres-sapo delante y ortos cinco detrás, y un casi-humano con antorcha a cada lado. Algunos de los seres-sapo fabricaban flautas de marfil repugnantemente talladas y emitían asquerosos sonidos. La columna avanzó a ritmo de ese infernal sonido de flautas hasta salir de las calles enlosadas y hasta las oscuras llanuras de obscenos hongos, y no tardaron en empezar a ascender por una de las colinas más bajas y de menor pendiente, ubicada a espaldas de la ciudad. Carter no dudaba de que. en alguna aterradora pendiente o en un blasfemo altiplano, el caos reptante aguardaba y deseaba que el suspense acabara pronto. Los lamentos de aquellas flautas impías eran impactantes y habría dado el mundo entero a cambio de algún sonido medio normal, pero estos seres-sapo no tenían voz y los esclavos no hablaban.

Entonces, a través de aquella oscuridad salpicada de estrellas, llegó un sonido normal. Retumbaba por todas las colinas más altas y por todos los escarpados riscos, que propagaban el eco de un grandioso coro del pandemonio. Era el maullido del gato a medianoche y Carter supo al fin que los viejos del pueblo tenían razón cuando hacían suposiciones en voz baja sobre los crípticos reinos que son conocidos sólo por los felinos y a los cuales los más ancianos de estos acuden con nocturnidad y sigilo, saltando desde los altos tejados de las casas. Ciertamente. es al lado oscuro de la luna donde van

a brincar y retozar en las colinas y a charlar con antiguas sombras. y aquí, en medio de aquella columna de fétidos seres. Carter oyó su familiar y amistoso lamento y pensó en los puntiagudos tejados y en los cálidos hogares y las pequeñas ventanas iluminadas de su hogar.

En ese momento, el discurso de los gatos era conocido para Randolph Carter y. en este lejano y terrible lugar, emitió el gemido que resultaba apropiado. Pero no habría sido necesario que lo hiciera, pues incluso en el momento en el que sus labios se abrieron, oyó que el coro aumentaba y se iba acercando, y vio rápidas sombras recortadas contra las estrellas como pequeñas y gráciles formas saltando de colina en colina en legiones apretadas. La llamada del clan había sido emitida y, antes de que la fétida procesión tuviera tiempo tan siquiera de asustarse, una nube de asfixiante pelo y una falange de garras asesinas cayó sobre ella en oleada y de manera tempestuosa. Las flautas pararon, y se oyeron alaridos en la noche. Los moribundos casi-humanos gritaban y los gatos escupían y aullaban y clamaban, pero los seres-sapo no emitieron ni un sonido mientras su apestoso icor verde rezumaba mortalmente sobre esa porosa tierra con los obscenos hongos.

Fue un espectáculo esplendoroso mientras duraron las antorchas, y Carter jamás había visto tantos gatos. Negros, grises y blancos; amarillos, atigrados y mestizos; comunes, persas y maneses; tibetanos, de angora y egipcios; todos ellos estaban ahí en la furia de la batalla, y sobre ellos se cernían ciertos rastros de aquella profunda e inmaculada santidad que engrandecía a su diosa en los templos de Bubastis[20]. Saltaban de siete en siete a la garganta de un casi-humano o al rosado hocico tentacular de un ser-sapo y lo derribaban salvajemente a la fungosa tierra, donde miríadas de compañeros se abalanzaban sobre él y se abrían paso en él con las frenéticas garras y dientes de un furor de combate divino. Carter había cogido una antorcha de un esclavo caído, pero pronto se vio dominado por las crecientes olas de sus leales defensores. Cayó entonces en la más completa oscuridad, oyendo el estruendo de la guerra y los gritos de los vencedores, y sintiendo las suaves patas de sus amigos que saltaban sobre él, a un lado y a otro, durante la refriega.

Al fin, el terror y la fatiga cerraron sus ojos y cuando los abrió de nuevo fue para ver una extraña escena. El gran disco brillante de la tierra, trece veces mayor que el de la luna como la vemos, se había alzado inundando el paisaje lunar con una extraña luz; y a través de todas esas leguas de meseta salvaje y crestas desiguales, se extendía un mar interminable de gatos en ordenada formación. Se agrupaban en círculos concéntricos y dos o tres

líderes fuera de las filas le lamían la cara y ronroneaban para consolarle. De los esclavos y los seres-sapo muertos no había demasiados rastros, pero Carter creyó ver un hueso un poco más allá de donde estaba, en el espacio abierto que había entre él y el sólido círculo de guerreros.

Entonces, Carter habló con los líderes en el suave lenguaje de los gatos y supo que su antigua amistad con la especie era bien conocida y con frecuencia comentada en los lugares en los que los gatos se congregaban. No había pasado inadvertido en Ulthar cuando estuvo ahí, y los elegantes y viejos gatos habían recordado cómo los acarició después de que ellos se hubieran encargado de los hambrientos zoogs, que miraban con malicia a un pequeño gatito negro. Y también recordaban cómo había recibido al pequeño gatito que fue a verle en la hospedería y cómo le había dado un platillo de rica leche la mañana antes de marcharse. El abuelo de ese mismo gatito era el líder el ejército ahora formado, pues había visto la malvada procesión desde una colina lejana y había reconocido al prisionero como un fiel amigo de su especie en la tierra y en el país de los sueños.

En ese momento, sonó un alarido procedente de un pico lejano y el viejo líder detuvo abruptamente su discurso. Era una de las avanzadillas del ejército, estacionada en las montañas más altas para observar al único enemigo que los gatos terrestres temían: los enormes y peculiares galos de Saturno, que por algún motivo no habían olvidado el encanto del lado oscuro de la luna. Tienen una alianza mediante un tratado con los malvados seres-sapo y son enemigos declarados de nuestros gatos terrestres; así que, en esta coyuntura, un encuentro habría sido un tema bastante serio.

Tras una breve consulta entre los generales, los gatos se levantaron y cerraron filas en torno a Carter, y se prepararon para dar el gran salto a través del espacio de vuelta a los tejados de nuestra tierra y su tierra del sueño. El viejo capitán general aconsejó a Carter que se dejara llevar tranquila y pasivamente por las hileras masivas de peludos saltadores, y le explicó cómo saltar cuando el resto saltara y cómo aterrizar con elegancia cuando el resto aterrizara. También ofreció depositarle en cualquier lugar que deseara, y Carter decidió que fuera en la ciudad de Dylath-Leen, de donde había zarpado la galera negra, pues deseaba navegar hacia Oriab y la cresta esculpida del Ngranek, y también advertir a la gente de la ciudad para que dejaran de comerciar con las galeras negras, si en electo esas transacciones podían ser interrumpidas discreta y juiciosamente. Entonces, a la señal, lodos los gatos saltaron elegantemente con su amigo protegido en el centro; mientras, en una

negra cueva en una cumbre no consagrada de las montañas de la luna, seguía aguardando en vano el caos replante Nyarlathotep.

El salto de los gatos a través del espacio fue realmente veloz; y, rodeado de sus compañeros, Carter no vio esta vez la gran informidad negra que acechaba y brincaba y se revolvía en el abismo. Antes de que fuera completamente consciente de lo que había sucedido, estaba de vuelta en su conocida habitación en la hospedería de Dylath-Leen y los sigilosos y amistosos gatos salían a raudales por la ventana. El viejo líder de Ulthar fue el último en marcharse y, cuando Carter le estrechó la zarpa, dijo que podría llegar a casa hacia el alba. Cuando llegó el amanecer, Carter bajó las escaleras y supo que había pasado una semana desde su captura y partida. Aún quedaba una quincena de espera para la llegada del barco que se dirigía a Oriab y, durante ese tiempo, contó lo que pudo en contra de las galeras negras y sus infames formas. La mayoría de los vecinos le creyeron: pero los joyeros tenían tanto apego a los grandes rubíes que ninguno se comprometía formalmente a dejar de negociar con los mercaderes de boca ancha. Si cualquier acontecimiento maligno sobreviniese a Dylath-Leen por dicho comercio, no sería su culpa.

Como en una semana, el deseado barco atracó junto al negro muelle y a la torre del faro, y Carter se alegró de ver que era una embarcación de hombres normales, con los lados pintados y velas latinas amarillas y un capitán de pelo gris con ropas de seda. Su carga era la fragante resina de los bosques internos de Oriab y la delicada cerámica horneada por los artistas de Baharna, y las extrañas figuritas talladas de la antigua lava del Ngranek. Esto se les pagaba en lana de Ulthar y en iridiscentes telas de Hatheg y en marfil que los hombres negros que habitan el río Parg labraban. Carter llegó a un arreglo con el capitán para ir a Baharna y se le dijo que el viaje duraría diez días. Y durante su semana de espera habló mucho con ese capitán de Ngranek. que le comentó que muy pocos habían visto el rostro esculpido en realidad, ya que la mayoría de los viajeros se contentan con conocer sus leyendas, que les contaban los viejos, y los recolectores de lava, y los escultores de las imágenes en Baharna, y después decir en sus lejanos hogares que sí que lo habían visto. El capitán ni siquiera estaba seguro de que alguien, vivo o muerto, hubiera contemplado el rostro esculpido, ya que el lado malo del Ngranek es muy difícil y árido y siniestro, y corren rumores de cuevas cercanas a la cumbre en las que moran las descamadas alimañas de la noche[21]. Pero el capitán no quería decir exactamente cómo podía ser una descarnada alimaña de la noche, pues tales criaturas son conocidas por

acechar con mayor persistencia los sueños de aquellos que piensan con demasiada frecuencia en ellas. Entonces Carter le preguntó al capitán acerca de la ignota Kadath, en el frío erial, y la maravillosa ciudad del ocaso, pero este buen hombre sinceramente no podía decirle nada sobre el tema.

Carter zarpó de Dylath-Leen una mañana temprano, cuando cambió la marea, y vio los primeros rayos de sol sobre las delgadas torres angulares de la lúgubre ciudad de basalto. Y durante dos días navegaron hacia el este, bordeando las verdes costas, y con frecuencia veían los apacibles pueblos pesqueros que trepaban abruptamente por las laderas, con sus tejados rojos y sus chimeneas, desde viejos y somnolientos embarcaderos y de playas repletas de redes extendidas para que se secaran. Pero al tercer día giraron bruscamente hacia el sur. donde el oleaje era más fuerte, y pronto perdieron de vista la tierra. El quinto día, los marineros estaban nerviosos, pero el capitán se disculpó por sus temores diciendo que el barco estaba a punto de pasar por encima de los muros cubiertos de algas y columnas rotas de una ciudad hundida, demasiado antigua para ser recordada, y que, cuando el agua estaba clara se podían ver muchas sombras en movimiento en aquel profundo lugar que desagradaban a la gente sencilla. Además, admitió que muchos barcos se habían perdido en esa zona del mar; se les había saludado cuando estuvieron bastante cerca, y nunca se les volvió a ver.

Aquella noche la luna estaba muy brillante y se podía ver a una gran profundidad bajo el agua. Había tan poco viento que el barco apenas se movía y el océano estaba en calma. Mirando por encima de la borda, Carter vio muchos espectros bajo la cúpula de un gran templo, y, frente a él, una avenida de antinaturales esfinges llevaba a lo que una vez fue una plaza pública[22]. Los delfines entraban y salían alegremente por las ruinas y las marsopas se divertían torpemente aquí y allá, a veces subiendo a la superficie y saltando por encima del mar. Cuando el barco avanzó un poco, el suelo del océano se elevó formando colinas y se podían delinear claramente las formas de las antiguas calles empinadas y las baldeadas paredes de una miríada de pequeñas casas.

Luego aparecieron los suburbios y, finalmente, un gran edificio solitario sobre una colina, de arquitectura más simple que las otras estructuras y mucho mejor conservado. Era oscuro y bajo y cerraba los cuatro lados de una plaza, con una torre en cada esquina, y un patio pavimentado en el centro, y pequeñas y curiosas ventanas redondas por todos lados. Probablemente fuera de basalto, a pesar de que las algas cubrían la mayor parte, y tan solitaria e imponente su ubicación en aquella lejana colina que podría haber sido un

templo o un monasterio. Algunos peces fosforescentes en su interior daban a las pequeñas ventanas redondas cierta apariencia de resplandor, y Carter no reprochó a los marineros por sus temores. Después, a la acuosa luz de la luna, percibió un extraño monolito, muy alto, en medio del patio central y vio que había algo atado a él. Y cuando, tras coger un telescopio del camarote del capitán, vio que lo que estaba atado era un marinero con la ropa de seda de Oriab, bocabajo y sin ojos, se alegró de que la creciente brisa impulsara al barco hacia regiones más saludables del mar.

Al día siguiente hablaron con[23] un barco con velas violetas y rumbo a Zar. en la tierra de los sueños olvidados, con bulbos de unos extraños lirios coloridos como carga. Y en la noche del decimoprimer día, avistaron la isla de Oriab, con el Ngranek alzándose, escarpado y coronado con nieve, en la distancia. Oriab es una isla muy grande y el puerto de Baharna, una poderosa ciudad. Los embarcaderos de Baharna son de pórfido y la ciudad se eleva en grandes terrazas tras ellos, con calles escalonadas que con frecuencia tienen arcos formados por los edificios y los puentes entre ellos. Hay un gran canal que fluye bajo toda la ciudad en un túnel con pórticos de granito y que lleva a Yath, un lago interior en cuya orilla más lejana están las vastas ruinas de ladrillos de adobe de una ciudad primigenia cuyo nombre no se recuerda. Al acercarse el barco a puerto, al atardecer, los dos faros gemelos, Thon y Thal, destellaron a modo de bienvenida y, en todos los millones de ventanas de las terrazas de Baharna se atisbaron suaves luces de manera silenciosa y gradual, a la vez que las estrellas asomaban por encima nuestra en el crepúsculo, hasta que ese escarpado y trepador puerto se convirtió en una brillante constelación colgada entre las estrellas del cielo y los reflejos de esas mismas estrellas en el tranquilo muelle.

El capitán, después de atracar, tomó a Carter como invitado en su pequeña casa en la costa de lago Yath, donde terminan todas las cuestas de la parte trasera del pueblo; y su esposa y los criados sacaron extraños y sabrosos alimentos para deleite de los viajeros. Y en los días siguientes, Carter preguntó por numerosos rumores y leyendas del Ngranek en todas las tabernas y lugares públicos donde los recolectores de lava y los escultores de imágenes se encontraban, pero no pudo hallar ni a uno que hubiera subido las cumbres más empinadas o que hubiera visto el rostro esculpido. El Ngranek era una montaña dura sin nada más que un maldito valle detrás de ella y, además, no se podía tener la certeza de que las descarnadas alimañas de la noche fueran completamente imaginarias.

Cuando el capitán navegó de vuelta a Dylath-Leen, Carter cogió una habitación en una antigua taberna que se abría a un callejón de escalones en la parte vieja del pueblo, que está construida de ladrillo y se parece a las ruinas de la orilla más alejada del Yath. Aquí trazó sus planes para el ascenso al Ngranek y relacionó todo lo que había descubierto, gracias a los recolectores de lava, sobre los caminos que hacia ahí conducían. El tabernero era un hombre muy anciano y había oído tantas leyendas que resultó de gran ayuda. Incluso llevó a Carter a una habitación en la planta de arriba de aquella antigua casa y le mostró un tosco dibujo que un viajero había rallado sobre la pared de arcilla en tiempos pasados, cuando los hombres eran más valientes y menos reticentes a visitar las pendientes más altas del Ngranek. El bisabuelo del anciano tabernero había oído en boca de su bisabuelo que el viajero que ralló aquel dibujo había ascendido al Ngranek y había visto el rostro esculpido, dibujándolo aquí para que otros lo contemplaran: pero Carter tenía serias dudas, ya que los grandes y ásperos trazos de la pared eran apresurados y descuidados, y estaban completamente eclipsados por la compañía de una multitud de pequeñas siluetas del peor gusto, con cuernos y alas y garras y colas enroscadas.

Al final, habiendo conseguido toda la información que podía recogerse en las tabernas y en los espacios públicos de Baharna, Carter alquiló una cebra y una mañana salió por el camino de la costa del Yath hacia aquellas zonas interiores en las que se alza el rocoso Ngranek. A su derecha había onduladas colinas y apacibles vergeles y pulcros caseríos de piedra que le recordaban muchísimo a aquellos fértiles campos que flanqueaban el Skai. Al caer la noche, estaba cerca de las antiguas ruinas sin nombre en la orilla más alejada del Yath y, a pesar de que los viejos recogedores de lava le habían advertido de que no acampara ahí por la noche, amanó su cebra a un curioso pilar ante una pared derruida y extendió su manta en un rincón resguardado bajo algunas tallas cuyo significado nadie podía descifrar. Envolvió a su alrededor otra manta, pues las noches eran frías en Oriab y, después de despertarse una vez al pensar que sentía las alas de algún insecto rozando su cara, cubrió su cabeza del todo y durmió en paz hasta que le despertaron los pájaros magah de los distantes bosquecillos resinosos.

El sol acababa de aparecer por encima de la ladera en la que leguas de primigenios cimientos de ladrillo y erosionadas paredes y ocasionales columnas y pedestales rotos se extendían desoladas hacia la orilla del Yath, y Carter miró alrededor en busca de su cebra. Grande fue su consternación al ver a aquella dócil bestia postrada junto a la curiosa columna a la que había

sido atada, y aún mayor fue su inquietud al descubrir que su transporte estaba muerto y que le habían chupado toda su sangre a través de una singular herida en su cuello. Su bolsa estaba revuelta y se habían llevado varias baratijas brillantes, y por todos lados del polvoriento suelo había grandes huellas con forma palmeada a las que no podía de ninguna manera dar explicación. Las leyendas y los avisos de los recolectores de lava le vinieron a la cabeza y pensó en lo que había rozado su cara por la noche. Luego se echó la bolsa al hombro y caminó hacia el Ngranek, aunque no sin sentir un escalofrío al ver cerca de él, cuando cruzaba las ruinas, un gran arco bajo en la pared de un antiguo templo con peldaños que descienden hasta una oscuridad imposible de escudriñar.

Su camino ahora le llevaba colina arriba a través de una comarca más agreste y parcialmente arbolada, y sólo vio los cobertizos de los carboneros y los campamentos de aquellos que recolectaban resina de los bosques. Todo el aire estaba impregnado con un aroma balsámico y todos los pájaros magah cantaban alegremente y hacían centellear al sol sus siete colores. Hacia el atardecer, llegó a un nuevo campamento de recolectores de lava que regresaban con sacos cargados de las laderas bajas del Ngranek y ahí también acampó, escuchando las canciones y los relatos de los hombres, y los oyó cuchichear sobre uno de ellos al que habían perdido. Había trepado demasiado alto para llegar a una masa de lava tina sobre él y, al anochecer, no había regresado con sus compañeros. Cuando lo buscaron al día siguiente sólo encontraron su turbante; tampoco había rastro en los peñascos sobre los que había caído. No buscaron más, porque los más viejos entre ellos decían que no serviría de nada. Nadie jamás encontraba lo que las descamadas alimañas de la noche se llevaban, aunque incluso estas bestias resultaban tan inciertas que eran casi de fábula. Carter les preguntó si las descarnadas alimañas de la noche chupaban sangre y si les gustaban los objetos brillantes y si dejaban huellas palmeadas, pero todos agitaron sus cabezas negativamente y parecieron asustados ante semejante pregunta. Cuando vio lo taciturnos que se habían vuelto, no preguntó más y se fue a dormir a su manta.

Al día siguiente se levantó con los recolectores de lava y se despidió de ellos cuando se marchaban hacia el oeste y él hacia el este sobre una cebra que les había comprado. Los más ancianos le dieron sus bendiciones y advertencias, y le dijeron que más le valía no ascender demasiado alto al Ngranek, pero, aunque les agradecía sinceramente el consejo, no se vio disuadido de ninguna manera. Pues él aún sentía que debía encontrar a los dioses en la ignota Kadath y conseguir de ellos un camino hacia aquella

encantada y maravillosa ciudad en el ocaso. Hacia mediodía, tras un largo ascenso, se encontró con unas abandonadas aldeas de ladrillo de las personas de las colinas que antaño moraron así de cerca al Ngranek y tallaron imágenes en su fina lava. Aquí vivieron hasta los tiempos del abuelo del anciano tabernero, pero en esa época sentían que su presencia no gustaba. Sus casas habían escalado por la pendiente de la montaña y, cuanto más alto construían, a más personas echaban en falta cuando salía el sol. Al final decidieron que sería mejor marcharse directamente, ya que a veces se atisbaban cosas en la oscuridad que nadie podía interpretar de manera favorable; con lo que finalmente todos ellos bajaron al mar y moraron en Baharna, habitando un barrio muy antiguo y enseñando a sus hijos el viejo arte de la talla de imágenes, que continúan haciendo hasta hoy. Fue de estos hijos de los exiliados hombres de las colinas de quienes Carter había oído los mejores relatos sobre el Ngranek cuando buscaba por las viejas tabernas de Baharna.

Todo este tiempo, el enorme lado sombrío del Ngranek aparecía más y más alto a medida que Carter se acercaba. Había escasos árboles en la parte baja de la ladera, y débiles arbustos sobre ellos, y, después la espantosa roca pelada se alzaba espectral hacia el cielo para mezclarse con la escarcha y el hielo y la nieve eterna. Carter podía ver las grietas y la aspereza de aquella sombría roca, y no veía con buenos ojos la idea de escalarla. En algunos lugares había arroyos sólidos de lava y montones de escoria apilados en pendientes y salientes. Hace noventa eones, antes incluso de que los dioses bailaran sobre esta puntiaguda cumbre, aquella montaña había hablado con fuego y rugido con las voces de los truenos interiores. Ahora sobresalía, silenciosa y siniestra, albergando en el lado oculto aquella secreta imagen titánica, según contaban los rumores. Y había cuevas en aquella montaña que tal vez estuvieran vacías y solitarias con oscuridad añeja o, tal vez —si la leyenda era real—, ocultara honores de formas insospechadas.

El suelo ascendía hasta el pie del Ngranek, finamente cubierto de encinillos y de fresnos, y sembrado de fragmentos rocosos, lava y antiguas cenizas. Encontró las ascuas carbonizadas de muchos campamentos, donde los recolectores de lava tenían por costumbre parar, y varios toscos altares que habían construido bien para redimirse con los Grandes Dioses, bien para repeler aquello con lo que soñaban en los altos pasos del Ngranek y en sus cuevas laberínticas. Al atardecer, Carter llegó a la pila de ascuas más alejada y acampó para pasar la noche, amarrando su cebra a un árbol joven y envolviéndose bien en su manta antes de irse a dormir. Y durante toda la noche aulló un voonith lejano desde alguna orilla de alguna charca oculta,

pero Carter no sintió miedo alguno ante ese tenor anfibio, ya que le habían dicho con certeza que ninguno de ellos se atreve ni siquiera a acercarse a las laderas del Ngranek.

Con la clara luz del sol, Carter emprendió el largo ascenso, llevando su cebra tan lejos como aquel útil animal podía ir y alándola a un fresno atrofiado cuando el estrecho camino cogió demasiada pendiente. De ahí en adelante, trepó solo, primero a través del bosque, con sus ruinas de antiguos pueblos en descuidados claros, y, después, por encima de unos duros hierbajos donde los anémicos arbustos crecían aquí y allá. Lamentó que cada vez hubiera menos árboles, ya que la pendiente era muy pronunciada y todo el camino bastante mareante. Al rato, empezó a distinguir toda la campiña extendida bajo él allá donde mirara; las chozas abandonadas de los talladores, los bosquecillos de los árboles de resina y los campamentos de aquellos que la recolectaban, los bosques donde los prismáticos mahags anidaban y cantaban, e incluso se intuía muy a lo lejos las orillas del Yath y aquellas prohibidas antiguas ruinas cuyo nombre se ha olvidado. Pensó que era mejor no mirar alrededor y siguió escalando y escalando, hasta que los matorrales fueron más y más escasos y, con frecuencia, no había nada más que los duros hierbajos para agarrase.

Después el suelo se hizo más pobre, con grandes parches de roca pelada que afloraban y, aquí y allá, el nido de un cóndor en una grieta. Finalmente, no había nada más que la roca desnuda que, si no llega a ser muy áspera y a estar muy erosionada, apenas habría podido ascender más. Sin embargo, sus montículos, salientes y pináculos eran de gran ayuda; y le alegraba ver, de vez en cuando, el rastro de algún recolector de lava rallado torpemente sobre la friable roca y saber que criaturas completamente humanas habían estado ahí antes que él. Pasada determinada altura, la presencia del hombre se evidenciaba en unos asideros para pies y manos clavados donde se necesitaban y por pequeñas excavaciones donde se había encontrado algún tipo de veta o una corriente de lava. En un punto, un estrecho saliente se había cortado artificialmente y se había llevado a un depósito especialmente rico, bastante apartado a la derecha del camino principal de ascenso. Una o dos veces, Carter se atrevió a mirar alrededor y casi se queda pasmado ante el inmenso paisaje bajo él. Toda la isla, desde donde se encontraba hasta la costa, se extendía ante su vista, con las tenazas de piedra de Baharna y el humo de sus chimeneas, misterioso, en la distancia. Y más allá, el ilimitado mar del Sur con todos sus curiosos secretos.

Hasta entonces había ascendido siguiendo un camino serpenteante alrededor de la montaña, así que el lado más alejado y esculpido aún estaba oculto. Ahora Carter veía un saliente que iba hacia arriba y hacia la izquierda que parecía dirigirse en la dirección que él deseaba, y siguió ese camino con la esperanza de que continuara sin interrupción. Diez minutos después, confirmó que no se trataba de un callejón sin salida, sino que llevaba abruptamente hacia un arco que, tras unas horas de escalada, le llevaría, a menos que se viera repentinamente interrumpido o desviado. hasta aquella desconocida vertiente sur que domina los desolados riscos y el maldito valle de lava. Cuando una nueva comarca apareció ante su vista, descubrió que era más desoladora y agreste que las tiernas que daban al mar que había atravesado. La propia ladera de la montaña también era algo diferente, pues estaba perforada por curiosas grietas y cuevas que no había en la ruta más directa que había abandonado. Algunas de estas estaban por encima de él y otras por debajo, todas abiertas en los escarpados y perpendiculares acantilados y completamente inalcanzables para el pie del hombre. El aire era muy frío en ese momento, pero la escalada era tan dura que no le importó. Sólo le molestaba su creciente enrarecimiento, y pensó que tal vez era esto lo que había hecho dar la vuelta a los otros viajeros y lo que había excitado aquellos absurdos relatos sobre las descamadas alimañas de la noche, con senderos que explicaban la pérdida de los escaladores que se caían de estos peligrosos caminos. No le impresionaron demasiado los relatos de los viajeros, pero tenía una buena cimitarra curva por si había problemas. Todos los demás pensamientos se perdían en el deseo de ver aquel rostro tallado que podría ponerle sobre la pista de los dioses sobre la ignota Kadath.

Al fin, en el temible frío glacial de la zona superior, se encontró de lleno en la cara oculta del Ngranek y vio en las infinitas simas bajo él los peñascos inferiores y los estériles abismos de lava que señalaban la antigua ira de los Grandes Dioses. Se desplegó también una vasta expansión de terreno hacia el sur; pero era una tierra desierta, sin hermosos campos ni chimeneas humeantes, y parecía no tener fin. En este lado no había ningún rastro visible del mar ya que Oriab es una isla grande. Las negras cuevas y las extrañas grietas aún eran numerosas, pero ninguna de ellas era accesible para un escalador. Por encima de estas aberturas, ahora se cernía una gran masa prominente que impedía ver la parte superior, y, por un momento, Carter temió que resultara impracticable. Suspendido varios kilómetros sobre la tierra, a merced de la inseguridad del viento, con nada más que espacio y muerte a un lado y paredes resbaladizas de roca al otro, conoció por un

momento el miedo que hace que los hombres eviten el lado oscuro del Ngranek. No podía dar marcha atrás y el sol ya estaba bajo. Si no hubiera camino para ascender, la noche le sorprendería ahí acurrucado y el amanecer ni le encontraría.

Pero había un camino y Carter lo vio justo a tiempo. Tan sólo un soñador muy avezado podría haber usado aquellos imperceptibles asideros para pies, pero a Carter le fueron suficiente. Superando al fin la inmensa roca colgante, se encontró una pendiente mucho más llevadera que la de abajo, dado que el deshielo de un enorme glaciar había dejado un generoso trecho de marga con salientes. A la izquierda, un precipicio descendía vertical desde alturas desconocidas hasta remotas profundidades, con la oscura boca de una cueva fuera de su alcance, sobre él. Sin embargo, en la otra parte, la montaña se volvía a inclinar bastante e incluso le dejaba espacio para recostarse y descansar.

Por el frío sentía que debía estar cerca de la línea de nieve y alzó la vista para ver qué resplandecientes picos estaban brillando con la rojiza luz del atardecer. Casi seguro que había nieve a varios miles de metros más arriba y. bajo ella, un enorme y prominente peñasco como el que acabada de sortear; colgado ahí por siempre recortado en negro y en fuerte contraste contra la blancura de la helada cumbre. Y cuando vio aquel risco resopló y gritó y. presa del terror, se agarró a la puntiaguda roca, porque aquella titánica prominencia no había permanecido como fue concebida en el albor de la tierra, sino que relucía roja y tremenda en el atardecer con los esculpidos y refinados rasgos de un dios.



Estatuas de la isla de Pascua Fotografía de Voltamix, CC-BY-S.A. 4.0.

Adusto y terrible, resplandecía aquel rostro que el atardecer encendía con fuego. Era tan vasto que ninguna mente podría medirlo y Carter supo en el acto que ningún hombre podría haberlo imaginado. Era un dios esculpido con las manos de los dioses, y miraba hacia abajo. altivo y majestuoso, hacia el explorador. Los rumores decían que el rostro era extraño e inconfundible y Carter vio que efectivamente así era; pues aquellos alargados y estrechos ojos, y las orejas con grandes lóbulos, y aquella nariz fina, y la puntiaguda barbilla, todo en definitiva hablaba de una raza que no es de hombres sino de dioses[24]. Se quedó sobrecogido en aquel elevado y peligroso nido de águilas, a pesar de que era lo que esperaba y lo que había ido a encontrar; pues el rostro de un dios es más asombroso que lo que las predicciones pueden decir y. cuando dicho rostro es más vasto que un templo y se le ve mirando hacia el atardecer en los crípticos silencios de aquel mundo elevado de cuya oscura lava estaba divinamente tallado en tiempos inmemorables, la fascinación es tan fuerte que nadie puede escapar de ella.

Además, aquí se sumaba la sorpresa de la identificación, pues, a pesar de que había planeado buscar por todas las Tierras del Sueño a aquellos cuyo parecido a este rostro les pudiera marcar como hijos de los dioses, ahora sabía que no necesitaba hacerlo. Sin duda, el gran rostro esculpido en la montaña no le era extraño, sino que tenía los rasgos de aquellos a los que había visto en

las tabernas del puerto de Celefaïs, que se encuentra en Ooth— Nargai, más allá de las colinas de Tanaría y que está gobernado por el rey Kuranes, a quien Carter conoció una vez en su vida de la vigilia. Cada año, marineros con ese mismo rostro venían en barcos oscuros desde el norte para cambiar su ónix esculpido por jade tallado y por hilo de oro y pequeñas aves cantoras de Celefaïs, y estaba claro que estos no podían ser otros que los medio dioses que estaba buscando. Su morada no debía estar lejos del frío erial y, dentro de él, la ignota Kadath y su castillo de ónix para los Grandes Dioses. Así que debía ir a Celefaïs, muy lejos de Oriab, y ese viaje le llevaría de vuelta a Dylath-Leen y a remontar el Skai hasta el puente de Nir, y de vuelta al encantado bosque de los zoogs, donde el camino giraría hacia el norte a través de las tierras ajardinadas que bordean las riberas del Oukranos hasta los dorados capiteles de Thran, donde tal vez encontrara un galeón con rumbo al mar Cerenerio.

Pero el anochecer era ahora más espeso, y el enorme rostro tallado parecía más severo en la sombra. Posado en aquel saliente, la noche encontró al explorador y en la oscuridad no podía ni subir ni bajar, sólo permanecer ahí y agarrarse y temblar en aquel estrecho lugar hasta que llegara el día, rogando por quedarse despierto, no fuese que con el sueño aligerara su amarre y cayera por el vertiginoso vacío hasta los peñascos y afiladas rocas del maldito valle. Salieron las estrellas, pero, salvo ellas, todo lo demás no era más que una oscura nada a sus ojos; una nada aliada con la muerte, contra cuya llamada no podía hacer nada más que aferrarse a las rocas y alejarse todo lo posible de un borde invisible. Lo último que vio de la tierra antes de que la noche cerrara fue un cóndor volando cerca hacia el precipicio que se encontraba al oeste, junto a él. y que se alejó a toda velocidad chillando cuando se aproximó a la cueva cuya boca bostezaba justo fuera de su alcance.

De repente, sin ningún sonido de alarma en la oscuridad. Carter sintió que una mano invisible sacaba sigilosamente la cimitarra de su cinto. Después la oyó repiquetear, cayendo por las rocas de abajo. Y entre su persona y la Vía Láctea le pareció ver una silueta terrible de algo inquietantemente delgado, con cuernos y rabo, y con alas de murciélago. Otros seres también habían comenzado a recortar sus siluetas contra las estrellas de poniente, como si un rebaño de difusas entidades saliera aleteando con fuerza y en silencio de esa inaccesible cueva en la pared del precipicio. Entonces, una especie de brazo elástico y frío agarró su cuello y otra cosa agarró sus pies, y fue alzado sin contemplaciones en el aire y zarandeado por el espacio. Pasó otro minuto y

las estrellas desaparecieron, y Carter supo que estaba en poder de las descamadas alimañas de la noche.

Lo llevaron sin aliento a aquella cueva del acantilado y hacia el interior por monstruosos laberintos. Cuando intentó zafarse, como hizo al principio instintivamente, le cosquillearon con saña. Ellas no hacían sonido alguno, e incluso sus alas membranosas eran silenciosas. Estaban horriblemente frías y húmedas y resbaladizas, y sus zarpas le manoseaban de manera aborrecible. Al poco, se zambulleron en un espantoso descenso hacia inconcebibles abismos en un arremolinado y vertiginoso soplo de frío y húmedo aire sepulcral; y Carter sintió que se precipitaban en el vórtice definitivo de chirriante y demoniaca locura. Gritó una y otra vez, pero cada vez que lo hacía las zarpas negras le cosquilleaban con mayor sutileza. Entonces vio a su alrededor una especie de fosforescencia gris y supuso que estarían llegando a aquel mundo subterráneo de horror profundo del que hablaban las oscuras leyendas, que está iluminado sólo por el pálido fuego letal con el que se atufa el aire malsano y las brumas primigenias de los abismos del centro de la tierra.

Por último, bajo él vio las alineaciones grises y los amenazantes pináculos que sabía que debían ser los legendarios Picos de Thok. Terribles y siniestros se alzan en el encantado crepúsculo de las sombrías y eternas profundidades, más altos de lo que se podía pensar y guardianes de los terribles valles en los que los bholes[25] se arrastran y moran en sucias madrigueras. Pero Carter prefirió mirar aquello antes que a sus captores, que en verdad eran unas estremecedoras y toscas criaturas negras recubiertas de una piel suave, aceitosa y similar a la de una ballena, con unos desagradables cuernos que se curvaban hacia dentro, acercándose entre ellos, unas sigilosas alas de murciélago, unas horribles garras prensiles y punzantes colas que hacían restallar de manera innecesaria e inquietante. Y lo peor de todo, jamás hablaban ni se reían, y nunca sonreían porque no tenían rostro alguno con el que sonreír y, donde tenía que haber caras, sólo se veía una sugestiva inexpresividad. Lo único que hacían era agarrar, volar y cosquillear; esa era la naturaleza de las descarnadas alimañas de la noche.

A medida que la bandada descendía en su vuelo, los Picos de Thok se erigían grises e imponentes por todos los lados y uno podía ver claramente que nada vivía en aquel austero e impasible granito de crepúsculo eterno. A niveles aún más bajos, los fuegos letales del aire remitieron y uno se encontraba tan sólo con la negrura primigenia del vacío, salvo por arriba, donde delgados picos se alzaban como espectros. Los picos no tardaron en

estar muy lejos y en la oscuridad no hubo nada más que fuertes corrientes de aire procedentes de las grutas inferiores. Después, finalmente, las descamadas alimañas de la noche se posaron en un suelo repleto de cosas invisibles, que parecían capas y capas de huesos, y dejaron a Carter completamente solo en aquel oscuro valle. Llevarlo allí era la tarea de las descamadas alimañas de la noche que guardaban el Ngranek y, hecho eso. alzaron el vuelo silenciosamente. Cuando Carter intentó seguir su vuelo, descubrió que no podía, ya que incluso los Picos de Thok habían desaparecido de la vista. No había nada en ningún sitio más que tinieblas, y horror, y silencio, y huesos.

Ahora Carter sabía por una fuente incuestionable que estaba en el valle de Pnath[26], donde se arrastran y excavan madrigueras los enormes bholes; pero no sabía qué esperar, ya que nadie ha visto jamás un bhole, ni tan siquiera adivinado su apariencia. Los bholes sólo se conocen a través de vagos rumores, por los crujidos que hacen entre las montañas de huesos y el viscoso tacto que tienen cuando le rozan a uno al pasar. No pueden ser vistos porque se arrastran sólo en la oscuridad. Carter no quería encontrarse con un bhole, así que escuchaba atentamente cualquier sonido en las ignotas profundidades de huesos que le rodeaban. Incluso en este aterrador lugar, tenía un plan y un objetivo, ya que ciertos murmullos sobre Pnath y sus accesos no le eran desconocidos a alguien con quien había hablado mucho en días pasados. Resumiendo, parecía bastante probable que ese fuera el lugar en el que todos los gules del mundo de la vigilia arrojan los despojos de sus festines y, si tenía suerte, podría dar con ese peñasco imponente, más alto incluso que los Picos de Thok, que marca el límite de sus dominios. Las lluvias de huesos le indicarían dónde mirar y. cuando lo encontrara, podría llamar a un gul para que soltara una escala; pues, por extraño que parezca, tenía un vínculo muy particular con estas terribles criaturas.

Un hombre al que había conocido en Boston —un pintor de extrañas imágenes con un estudio secreto en un antiguo e impío callejón cerca de un cementerios[27]— había entablado verdadera amistad con los gules y les había enseñado a comprender la parte más simple de sus repugnantes chirridos y barboteos. Este hombre acabó por desaparecer y Carter estaba seguro de que podría encontrárselo ahora y emplear, por primera vez en la tierra del sueño, aquel lejano inglés de su borrosa vida de la vigilia. En cualquier caso, sentía que podía persuadir a un gul para que le guiara a la salida de Pnath; y sería mejor encontrarse con un gul, que al menos puede verse, que con un bhole, que es invisible.

Así que Carter caminó en la oscuridad y corrió cuando pensaba que oía algo bajo sus pies. En una ocasión, se topó con una pendiente pedregosa y supo que debía ser la base de uno de los Picos de Thok. Después, al fin, oyó un monstruoso traqueteo y un estruendo que provenía de las alturas *y se* convenció de que estaba cerca del peñasco de los gules. No estaba seguro de que le pudieran oír desde aquel valle a varios kilómetros de profundidad, pero sabía que el mundo interior tiene leyes extrañas. Mientras meditaba, le golpeó un hueso volante tan pesado que debía de ser una calavera, con lo que se dio cuenta de su cercanía al funesto peñasco y emitió lo mejor que pudo un grito de angustia que es la llamada de los gules.

El sonido viaja despacio, así que pasó cierto tiempo antes de oír el gruñido de respuesta. Pero finalmente llegó y poco después se le dijo que le lanzarían una escala de cuerda. La espera fue muy tensa, pues no se sabía qué podría haber despertado entre esos huesos con sus gritos. En efecto, no tardó en oír un vago crujido en la distancia. A medida que eso, poco a poco, se acercaba, empezó a sentirse más y más incómodo, ya que no deseaba alejarse del lugar donde le bajarían la escala. La tensión acabó siendo casi insoportable y estaba a punto de huir presa del pánico cuando el ruido sordo de algo golpeando sobre los recientemente amontonados huesos cerca de él apartó su atención del otro sonido. Era la escala y. tras un minuto buscándola a tientas, la tenía firme en sus manos. Pero el otro sonido no cesaba y le seguía incluso mientras escalaba. Había subido más de metro y medio cuando el tamborileo bajo él aumentó considerablemente, y cuando ya llevaba más de tres metros, algo sacudió la escala desde abajo. A una altura de unos cuatro o seis metros, sintió que le rozaba todo el costado algo grande y resbaladizo que se hacía cóncavo o convexo con cada serpenteo, y, de ahí en adelante, escaló con desesperación para escapar del insoportable contacto de aquel repugnante y sobrealimentado bhole, cuya forma ningún hombre puede ver.

Durante horas, escaló con los brazos doloridos y las manos llenas de ampollas, viendo de nuevo los grises fuegos letales y los incómodos pináculos de Thok. Al fin, distinguió sobre él el saliente del gran peñasco de los gules, cuyo lado vertical no podía atisbar; y horas después vio un curioso rostro mirándole a él, como una gárgola mira desde una balaustrada de Notre Dame. Estuvo a punto de soltarse, ya que casi se desmaya, pero un momento después volvió en sí, pues su desaparecido amigo Richard Pickman le había presentado una vez a un gul y conocía bien sus rostros caninos y sus formas consumidas y su inmencionable idiosincrasia. Así que había recuperado el control sobre sí mismo cuando aquella odiosa criatura le sacó del vertiginoso

vacío por encima del borde del precipicio y no gritó ante los despojos medio devorados a un lado, ni ante los círculos de gules en cuclillas que roían y observaban con curiosidad.

Ahora se encontraba en un llano tenuemente iluminado cuya única característica topográfica era la existencia de grandes peñascos y entradas a madrigueras. Los gules se mostraron en general respetuosos, aun cuando uno de ellos intentó pellizcarle mientras otros cuantos escrutaban de forma especulativa su delgadez. Mediante pacientes barboteos, preguntó acerca de su amigo desaparecido y descubrió que se había convertido en un gul de cierta importancia en los abismos cercanos al mundo de la vigilia. Un viejo gul de color verdoso se ofreció a llevarlo a la residencia actual de Pickman; así que, pese a su repugnancia natural, siguió a la criatura a una madriguera espaciosa y se arrastró tras él en la oscuridad del nauseabundo moho. Emergieron en una sombría llanura cubierta con singulares reliquias de la tierra —viejas tumbas, untas rotas y grotescos fragmentos de monumentos— y Carter se dio cuenta con cierta emoción de que probablemente se encontraba más cerca del mundo de la vigilia que en cualquier otro momento desde que había descendido los setecientos escalones desde la cueva de la llama hasta la Puerta del Sueño Profundo.

Ahí, en una tumba de 1768 robada del cementerio del Granero de Boston[28], estaba sentado el gul que una vez fue el artista Richard Upton Pickman. Estaba desnudo y gomoso, y había adquirido tanto la fisionomía de los gules que su origen humano ya era casi imperceptible. Pero aún recordaba un poco de inglés y fue capaz de conversar con Carter con gruñidos y monosílabos, ayudado de vez en cuando por los borboteos de los gules. Cuando supo que Carter deseaba llegar al bosque encantado y, desde ahí, a la ciudad de Celefäis en Ooth— Nargai, más allá de las colinas de Tanaria, le pareció dudoso, porque estos gules del mundo de la vigilia no negocian en los cementerios de la zona alta de la tierra del sueño (eso se lo dejan a los palmípedos wamps, que habitan en las ciudades muertas) y muchos elementos se interponían entre su abismo y el bosque encantado, incluyendo el terrible reino de los gugos.

Los gugos, peludos y gigantes, antaño habían construido círculos de piedra en aquel bosque y ahí hacían extraños sacrificios a los Otros Dioses y al caos reptante Nyarlathotep, hasta que, una noche, una abominación de las suyas llegó a oídos de los dioses de la tierra y fueron desterrados a las cuevas inferiores. Sólo una gran losa de piedra con una anilla de hierro conecta el abismo de la tierra de los gules con el bosque encantado y los gugos tienen

miedo a abrirla por una maldición. Que un soñador mortal pudiera atravesar su reino subterráneo y salir por esa puerta es inconcebible, ya que los soñadores mortales eran su anterior fuente de alimento y tienen leyendas de lo sabrosos que son. a pesar de que el destierro ha restringido su dieta a los lívidos, esos seres repulsivos que mueren con la luz y que viven en las cuevas de Zin y saltan sobre sus largas piernas traseras como los canguros.

Así que el gul que fuera Pickman aconsejó a Carter que abandonara el abismo en Sarkomand, aquella ciudad desierta en el valle bajo Leng**[29]** donde la negra escalera salitrosa, custodiada por leones alados de diorita, conduce desde la tierra del sueño hacia los abismos inferiores, o que regresara a través de un cementerio al mundo de la vigilia y empezar la búsqueda de nuevo a partir de los setenta escalones de sueño ligero hasta la cueva de la llama y los setecientos escalones hasta la Puerta del Sueño Profundo y el bosque encantado. Sin embargo, esto no le venía bien a) explorador, pues no sabía nada del camino de Leng a Ooth-Nargai y tenía pocas ganas de despertar, no fuera a olvidar todo lo que había conseguido en este sueño. Sería desastroso para su búsqueda olvidar los augustos y celestiales rostros de aquellos marineros del norte que comerciaban con ónix en Celefäis y quienes, al ser hijos de dioses, le señalarían el camino al frío erial y a Kadath, donde moran los Grandes Dioses.

Después de mucha persuasión, el gul consintió guiar a su invitado al interior de la gran muralla hacia el reino de los gugos. Había una posibilidad de que Carter pudiera atravesar sigilosamente aquel reino de torres circulares de piedra al atardecer a una hora en la que los gigantes estuvieran saciados y roncando en el interior, y llegar a la torre central con el signo de Koth sobre ella, que tiene las escaleras que llevan hasta esa losa de piedra en el bosque encantado. Pickman accedió incluso a prestarle tres gules para que le ayudaran a levantar la puerta de piedra con una palanca, pues los gugos tienen algo de miedo a los gules y, a menudo, huyen de sus colosales cementerios cuando los ven dándose un festín en ellos.



Charter Street Burying Ground (cementerio de Charter Street), Salem.
Fotografía cortesía de Donovan K. Loucks.

También aconsejó a Carter que se disfrazara de gul, afeitándose la barba que se había dejado (los gules no tienen), revolcándose desnudo en el moho para tener el aspecto adecuado y caminando a zancadas de la forma caída habitual, con la ropa en un fardo como si fuera una exquisitez salida de la tumba. Llegarían a la ciudad de los gugos —que es adyacente a todo el reino — a través de las madrigueras apropiadas y saldrían en un cementerio que no está lejos de la Torre de Koth, donde está la escalera. No obstante, debían tener cuidado con una gran cueva cercana al cementerio, ya que es la boca de las criptas de Zin y los vengativos lívidos siempre están sanguinariamente al acecho de habitantes del abismo superior, a quienes cazan y apresan. Los lívidos procuran salir cuando los gugos duermen y atacan a los gules con tantas ganas como a los gugos, porque no los distinguen. Son muy primitivos y se comen unos a otros. Los gugos tienen un centinela en un lugar estrecho en la cripta de Zin, pero a menudo está adormilado y a veces se ve sorprendido por una partida de lívidos. Aunque los lívidos no pueden vivir bajo la luz natural, pueden soportar la penumbra crepuscular del abismo durante horas.

Así, finalmente, Carter reptó por las interminables madrigueras con tres serviciales gules que portaban la lápida del coronel Nehemiah Derby, difunto en 1719, del cementerio de Charter Street, en Salem[30]. Cuando volvieron a

salir a la luz crepuscular, estaban en un bosque de enormes monolitos cubiertos de líquenes que llegaban casi tan alto como alcanza la vista y que formaban las modestas lápidas de los gugos. A la derecha del agujero por el que salieron a rastras, y entre las hileras de monolitos, había una estupenda vista de las cilindricas torres ciclópeas, que se elevaban sin límite por el aire gris de las entrañas de la tierra. Esta era la mayor ciudad de los gugos, cuyas puertas miden nueve metros de altura. Los gules vienen aquí a menudo porque un gugo enterrado alimentará a la comunidad durante casi un año; incluso con el peligro añadido, es mejor echar mano de los gugos que molestar las tumbas de los hombres. Carter ahora entendía los ocasionales huesos titánicos que había sentido bajo él en el valle de Pnath.

Frente a ellos, y justo en la salida del cementerio, se alzaba un escarpado acantilado perpendicular en cuya base bostezaba una inmensa e imponente cueva. Esta es la que le dijeron los gules que debía evitar a toda costa, ya que era la entrada a las impías criptas de Zin, donde los gugos cazaban lívidos en la oscuridad. Y, en verdad, aquel aviso pronto estuvo bien justificado, ya que en el momento en el que un gul empezó a arrastrarse hacia las torres para ver si la hora de descanso de los gugos se había calculado bien, brilló en la oscuridad de la boca de aquella enorme cueva primero un par de ojos rojizos y amarillentos y, después, otro, indicando que los gugos tenían un centinela menos y que los lívidos realmente tienen un excelente sentido del olfato. Así que el gul regresó a la madriguera e hizo señas a sus compañeros para que estuvieran en silencio. Era mejor dejar a los lívidos a lo suyo y había una posibilidad de que pronto se retiraran, ya que sin duda estarían cansados después de luchar con un centinela gugo en las oscuras criptas. Un momento después, algo como del tamaño de un caballo pequeño, saltó a la luz gris del crepúsculo y Carter se sintió enfermo ante el aspecto de aquella escabrosa y malsana bestia, cuyo rostro resultaba tremendamente humano a pesar de la ausencia de nariz, de frente y de otros aspectos importantes.

Inmediatamente, otros tres lívidos saltaron y se unieron a sus compañeros, y un gul barbotó susurrando a Carter que la ausencia de heridas de batalla era mala señal. Mostraba que no habían luchado contra el centinela gugo y que había pasado sigilosamente junto a él mientras dormía, así que su fuerza y su ferocidad estaban intactas y seguirían así hasta que encontraran y dispusieran de una víctima. Era muy desagradable observar a aquellos asquerosos y desproporcionados animales, que no tardaron mucho en ser una quincena, excavando por todos lados y dando sus saltos de canguro en el gris crepúsculo donde se alzaban torres y monolitos titánicos, pero resultaban aún más

desagradables cuando hablaban entre ellos con las toses y los sonidos guturales de los lívidos. Y, aun así, tan horribles como eran, no lo eran tanto como lo que salió de la cueva tras ellos de manera desconcertantemente repentina.

Era una zarpa de casi un metro de ancho y equipada con formidables garras. Tras ella vino otra zarpa, y tras esta un brazo enorme con pelo negro al que se unían ambas zarpas con dos cortos antebrazos. Después brillaron dos ojos rosas y apareció la cabeza bamboleante del recién despertado centinela gugo, grande como un barril. Los ojos sobresalían unas dos pulgadas por cada lado, oscurecidos por unas protuberancias óseas cubiertas de pelo áspero. Pero la cabeza resultaba especialmente terrible por la boca. Aquella boca tenía enormes colmillos amarillos y recorría de arriba abajo la cabeza, abriéndose vertical en vez de horizontalmente.

Pero antes de que aquel desafortunado gugo pudiera emerger de la cueva y enderezar todos sus seis metros de altura, los vengativos lívidos estaban sobre él. Carter temió por un momento que diera la voz de alarma y despertara a los suyos, hasta que un gul barbotó con suavidad que los gugos no tiene voz y hablan mediante expresiones faciales. La batalla que entonces comenzó en verdad fue terrorífica. Desde todos los lados, los venenosos lívidos atacaban enfervorecidos al medio incorporado gugo, mordisqueándolo y destrozándolo con sus mandíbulas y acometiendo mortalmente con sus duras pezuñas puntiagudas. Tosían todo el rato por la excitación, gritando cuando la enorme boca vertical del gugo ocasionalmente mordía a alguno de ellos, así que el fragor del combate sin duda habría despertado ya a la ciudad dormida, de no haber sido porque el cada vez más debilitado centinela empezó a llevarse la acción cada vez más y más adentro de la cueva. De este modo, el tumulto no tardó en esfumarse de la vista en medio de la oscuridad y sólo algún esporádico eco infernal indicaba su continuación.

Entonces, el más despierto de los gules dio la señal para que todos avanzaran y Carter siguió a los tres acompañantes. que caminaban a zancadas, por el bosque de monolitos y a través de las oscuras y asquerosas calles de aquella horrible ciudad, cuyas torres cilindricas de piedra ciclópea se elevaban hasta perderse de vista. Silenciosamente, avanzaron lentamente a través de aquel pavimento rocoso, mientras oían con repulsión los abominables resoplidos de los gugos. Preocupados por el final de la hora de descanso, los gules fijaron un paso ligero a pesar de que el viaje no era breve, ya que las distancias en aquella ciudad de gigantes eran enormes. Sin embargo, finalmente llegaron a un espacio bastante abierto ante una torre aún mayor

que las demás, que tenía fijado encima de su colosal puerta un monstruoso símbolo en bajorrelieve que hacía temblar a cualquiera sin conocer su significado. Esta era la torre central con el signo de Koth y aquellos enormes escalones de piedra, visibles en el crepúsculo, que la rodeaban eran el inicio de una gran escalera que llevaba a la parte alta de la tierra del sueño y al bosque encantado.

En ese momento comenzó un ascenso interminable en la más completa oscuridad que resultaba casi imposible debido al monstruoso tamaño de los escalones, que estaban diseñados para gugos y, por tanto, tenían casi una yarda de alto. De su número, Carter no podía hacer siquiera una estimación, ya que no tardó en estar tan agotado que los infatigables y elásticos gules se vieron obligados a ayudarlo. Durante todo el interminable ascenso acechaba el peligro de ser detectados y perseguidos; pues, aunque ningún gugo se atreve a levantar la puerta de piedra que da al bosque por miedo a la maldición de los Grandes Dioses, no hay tales restricciones en lo que se refiere a la torre y los escalones, y a los lívidos que escapan con frecuencia se les persigue hasta la cima. El oído de los gugos es tan lino que los pies y las manos desnudas de los escaladores podrían ser escuchados sin problemas cuando la ciudad se despertara; y, sin duda, les habría llevado poco tiempo a los gigantes de pasos largos, acostumbrados como estaban, gracias a sus cazas de lívidos en las criptas de Zin, a ver sin luz, alcanzar su menor y más lenta y torpe presa en aquellos ciclópeos escalones. Resultaba muy deprimente pensar que la silenciosa persecución de los gugos no se oiría en absoluto, sino que llegarían de golpe y pillaría a los escaladores completamente desprevenidos. Tampoco se podía depender del clásico temor de los gugos hacia los gules en aquel extraño lugar donde los gugos gozaban de una ventaja manifiesta. También existía cierto peligro por los furtivos y venenosos lívidos, que con frecuencia saltaban a la torre durante la hora de sueño de los gugos. Si los gugos dormían mucho tiempo y los lívidos regresaban pronto de sus hazañas en la cueva, el olor de los escaladores sería captado con facilidad por aquellos repugnantes y hostiles seres, en cuyo caso sería preferible ser devorados por un gugo.

Luego, tras eones de ascenso, les llegó una tos desde la oscuridad superior y la situación dio un giro inesperado y muy grave. Estaba claro que un lívido, o tal vez más, se había perdido por el interior de la torre antes de la llegada de Carter y de sus guías; y también estaba claro que este peligro estaba muy cerca. Tras un segundo sin aliento, el gul al mando empujó a Carter hacia la pared y dispuso a sus compañeros de la mejor forma posible, con la vieja

lápida levantada para golpear al enemigo cuando estuviera a la vista. Los gules pueden ver en la oscuridad, así que la expedición no estaba tan desesperada como lo hubiera estado si Carter se hubiera encontrado solo. Un momento después, un repiqueteo de pezuñas reveló que al menos una de las bestias estaba bajando a saltos y los gules que sostenían la lápida estaban listos para propinar un golpe desesperado. En ese instante, dos ojos rojizos y amarillentos aparecieron y el jadeo del lívido se hizo audible por encima del ruido de sus pezuñas. Cuando saltó al escalón que estaba justo por encima de los gules, estos hicieron uso de la vieja lápida con una fuerza prodigiosa, de manera que sólo se escuchó un resuello y un estertor antes de que la víctima colapsara hecha un amasijo inmundo. Parecía no haber más bestias y, tras un momento de escucha, los gules le dieron una palmada a Carter como señal de que podía proseguir la marcha. Como antes, se vieron obligados a ayudarlo, y Carter se alegró de abandonar aquel lugar de muerte, donde el zafio cadáver del lívido permanecía invisible en la oscuridad.

Por último, los gules hicieron parar a su acompañante y. palpando sobre su cabeza, Carter se dio cuenta de que habían llegado finalmente a la gran losa de piedra. Abrir del todo aquella enorme abertura era imposible, pero los gules esperaban abrirla lo justo para introducir la lápida a modo de palanca y permitir a Carter escapar por la abertura. Ellos tenían pensado bajar de nuevo y regresar a través de la ciudad de los gugos, ya que su capacidad de evasión era enorme y no conocían el camino terrestre a la espectral Sarkomand con su puerta hacia el abismo, custodiada por leones.

Enorme fue el esfuerzo de aquellos tres gules para levantar la losa de piedra sobre ellos y Carter ayudó a empujar con todas sus fuerzas. Determinaron que el punto correcto para empujar era la parte de la losa que descansaba sobre la escalera, y ahí aplicaron toda la fuerza de sus vergonzosamente alimentados músculos. Un momento después, una ligera luz apareció y Carter, a quien se le había encomendado esa misión, deslizó el canto de la vieja lápida en la abertura. A continuación, tuvo lugar un fuerte forcejeo, pero los avances eran muy lentos y, por supuesto, tenían que regresar a sus posiciones iniciales cada vez que fracasaban en su intento de girar la losa y abrir el portal.

De repente, su desesperación se vio multiplicada por mil por un ruido en los escalones bajo ellos. Sólo era el ruido sordo y el traqueteo de las pezuñas del cadáver del lívido al caer rodando a los niveles inferiores, pero ninguna de las causas posibles para ese movimiento y traqueteo del cuerpo resultaba tranquilizadora. Por lo tanto, conociendo las costumbres de los gugos, los

gules adoptaron un ritmo frenético, y en un tiempo sorprendentemente corto consiguieron levantar la losa tan alto que fueron capaces de sostenerla mientras Carter introducía la lápida hasta dejar una generosa abertura. Entonces ayudaron a Carter a pasar, permitiéndole escalar por sus gomosos hombros y, después, guiando sus pies cuando se agarró al borde del bendito suelo de la zona alta de la tierra del sueño. Un segundo después, ellos también estaban fuera, quitando la lápida y cerrando la losa de piedra mientras que un jadeo se hacía audible bajo ellos. Por la maldición de los Grandes Dioses, ningún gugo jamás emergería de aquel portal, así que, con gran alivio y sosiego, Carter se tumbó silencioso sobre los espesos y grotescos hongos del bosque encantado, mientras sus guías se pusieron de cuclillas en grupo, como hacen los gules, para descansar.

Tan extraño como era el bosque encantado a través del cual viajó hacía tanto tiempo, le parecía un paraíso y una delicia comparado con los abismos que ahora dejaba atrás. No había ni un solo ser vivo por los alrededores, ya que los zoogs evitaban la misteriosa puerta por miedo, y Carter consultó inmediatamente con los gules su rumbo futuro. Ya no se atrevía a regresar por la torre y el mundo de la vigilia no les convenció al enterarse de que debían pasar ante los sacerdotes Nasht y Kaman— Than en la cueva de la llama. Así que finalmente decidieron regresar a través de Sarkomand y de su puerta al abismo, a pesar de que no supieran cómo llegar ahí.

Carter recordó que se ubicaba en el valle debajo de Leng y también recordó de igual manera que había visto en Dylath-Leen un viejo mercader siniestro de ojos rasgados conocido por comerciar en Leng. Por ello, aconsejó a los gules que fueran hacia Dylath-Leen, atravesando los campos de Nir hasta el Skai, y que siguieran el curso del río hasta su desembocadura. Inmediatamente, decidieron hacerlo así y no perdieron tiempo, ya que la creciente oscuridad auguraba una noche completa de viaje. Y Carter estrechó las zarpas de aquellas repugnantes bestias, agradeciendo su ayuda y enviando su gratitud a aquella alimaña que antaño fue Pickman, pero no pudo evitar suspirar con placer cuando se marcharon, pues un gul es un gul y, en el mejor de los casos, un acompañante desagradable para el hombre. Tras eso, Carter buscó una poza en el bosque y se limpió el lodo de las regiones más bajas y después se volvió a vestir con la ropa que tan cuidadosamente había trasportado.

Ya era de noche en aquel temible bosque de monstruosos árboles, pero, debido a la fosforescencia, uno podía viajar como si fuese de día; así que Carter echó a andar por el conocido camino hacia Celefäis, en Ooth-Nargai,

más allá de las colinas de Tanaria. Y mientras andaba, pensó en la cebra que había dejado amarrada a un fresno en el Ngranek, en la lejana Oriab, hacía tantos eones, y se preguntó si algún recolector de lava la habría alimentado y soltado. Y también se preguntó si alguna vez regresaría a Baharna y pagaría por la cebra que mataron por la noche en aquellas antiguas ruinas en la orilla del Yath, y si el viejo tabernero se acordaría de él. Tales eran los pensamientos que le venían a la cabeza en el ambiente de la recuperada zona alta de la tierra del sueño.

Al momento, su avance se vio interrumpido por un sonido proveniente de un enorme árbol hueco. Había evitado el gran círculo de piedras, ya que no le apetecía hablar con los zoogs en ese momento, pero parecía, por esa particular agitación en aquel gigantesco árbol, que en aquel lugar se debía de estar celebrando una importante asamblea. Ai acercarse, advirtió que se trataba de una tensa y acalorada discusión; y poco después fue consciente del tema, que le resultaba de lo más preocupante. En aquella soberana reunión de los zoogs se debatía acerca de declarar una guerra a los gatos. Todo surgía por la pérdida de una partida que había perseguido a Carter hasta Ulthar y que los felinos habían castigado justamente por sus indecentes intenciones. El tema había subido de tono y, ahora, o en el plazo máximo de un mes, los adiestrados zoogs golpearían a toda la tribu felina con una sucesión de ataques sorpresa, cogiendo de improviso a gatos individuales o en grupo, y sin dejar ni la menor oportunidad a la miríada de gatos de Ulthar para movilizarse y contraatacar. Este era el plan de los zoogs y Carter comprendió que debía frustrarlo antes de proseguir con su imponente búsqueda.

Así pues, Randolph Carter se deslizó muy sigilosamente hasta uno de los bordes del bosque y lanzó el maullido del gato a través de los campos iluminados por las estrellas. Y un enorme minino[31] en una granja cercana tomó el relevo y transmitió el mensaje a través de las leguas de praderas interminables a los guerreros, grandes y pequeños, negros, grises, atigrados, blancos, amarillos y mestizos; y resonó en Nir y más allá del Skai, incluso llegando a Ulthar, y los numerosos galos de Ulthar lo corearon y formaron en línea listos para marchar. Era una suerte que la luna no hubiera salido, ya que así todos los gatos estaban en la tierra. Saltando rápida y silenciosamente, salían de cada chimenea y de cada tejado y se desparramaban en un enorme mar peludo por las llanuras hasta el borde del bosque. Carter estaba ahí para recibirlos y la visión de estos gatos sanos y proporcionados resultó realmente un descanso para sus ojos después de todo lo que había visto y entre lo que había caminado en el abismo. Se alegró de volver a ver a su venerable amigo

y antiguo salvador a la cabeza del destacamento de Ulthar, con un collar de su rango alrededor de su elegante cuello y con los bigotes erizados con un ángulo marcial. Mejor todavía, como alférez de esta armada estaba un activo jovenzuelo que demostró no ser otro que el mismo gatito de la hospedería al que Carter había dado un platillo de leche en aquella lejana mañana en Ulthar. Ahora era un gato fornido y prometedor, y ronroneaba al estrechar la mano de su amigo. Su abuelo dijo que le iba bien en el ejército y que podía aspirar a la capitanía tras una campaña más.

Carter les contó el peligro que corría la tribu gatuna y fue recompensado con agradecidos ronroneos de lodos los presentes. Tras consultar con los generales, trazó un plan de acción inmediata que consistía en atacar sin más dilación el consejo zoog y sus otros baluartes conocidos, anticipándose a su ataque sorpresa y obligándoles a llegar a un acuerdo antes de que pudieran movilizar a su ejército invasor. Inmediatamente después, sin perder un instante, el inmenso océano de gatos inundó el bosque encantado y se abalanzó sobre el árbol del consejo y sobre el enorme círculo de piedras. La agitación se convirtió en gritos de pánico cuando el enemigo vio a los recién llegados, y los furtivos y curiosos zoogs de oscuro pelaje opusieron muy poca resistencia. Vieron que habían sido vencidos antes de empezar y los pensamientos de venganza se convirtieron en otros de supervivencia.

La mitad de los gatos ya estaban sentados en formación circular con los zoogs capturados en el centro, dejando un pasillo por el que desfilaban el resto de los prisioneros apresados por otros gatos en otras zonas del bosque. Por fin se discutieron los términos de un armisticio, con Carter como intérprete, y se decidió que los zoogs podían seguir siendo una tribu libre con la condición de que pagaran a los gatos un gran tributo anual de urogallos, codornices y faisanes de las zonas menos fabulosas del bosque. Doce zoogs jóvenes de familias nobles fueron tomados como rehenes para ser custodiados en el Templo de los Gatos en Ulthar, y los vencedores dejaron claro que cualquier desaparición de gatos en las fronteras del territorio de los zoog tendría desastrosas consecuencias para ellos. Expuestos estos temas, la formación de gatos rompió filas y permitieron a los zoogs escabullirse uno a uno a sus respectivos hogares, lo que se apresuraron a hacer con más de una taciturna mirada atrás.

El viejo general ofreció entonces a Carter una escolta a través del bosque hasta la salida a la que deseara llegar, considerando probable que los zoogs albergarían un funesto resentimiento hacia él por haber frustrado su iniciativa bélica. Recibió con gratitud la oferta, no sólo por la seguridad que aportaba,

sino porque le gustaba la agradable compañía de los gatos. Así, en mitad de un agradable y juguetón regimiento, relajado tras el exitoso desempeño de su tarea, Randolph Carter caminó con dignidad a través de aquel encantado y fosforescente bosque de árboles titánicos, hablando de su búsqueda con el viejo general y con su nieto, mientras el resto de la banda se entregaba a fantásticos brincos o perseguían hojas caídas que el aire arrastraba entre los hongos del suelo primaveral. Y el viejo gato dijo que había oído muchas cosas sobre la ignota Kadath, en el frío erial, pero no sabía dónde se encontraba. En cuanto a la maravillosa ciudad del ocaso, ni siquiera había oído hablar de ella, pero con mucho gusto le comunicaría a Carter cualquier información que le llegara.

Le dio al explorador algunas contraseñas de gran valor entre los gatos de la tierra del sueño y le recomendó especialmente al viejo jefe de los gatos en Celefäis, adonde se dirigía. Ese viejo felino, ya algo conocido para Carter, era un majestuoso maltés, y mostraría ser muy influyente en transacciones de todo tipo. Amanecía cuando llegaron al mismo límite del bosque y Carter, aunque reacio, se despidió de sus amigos. El joven alférez, al que había conocido cuando era un gatito, le habría seguido de no ser porque el viejo general se lo prohibió, pero aquel austero patriarca insistió en que el camino del deber estaba con la tribu y el ejército. Así que Carter se marchó solo a través de los campos dorados que se extendían misteriosamente junto a un río bordeado de sauces, y los gatos regresaron al bosque.

El viajero conocía bien aquellas tierras ajardinadas que se extienden entre el bosque y el mar Cerenerio y alegremente siguió el curso cantarín del río Oukranos, que señalaba su ruta. El sol se alzó por encima de las suaves colinas de bosquecillos y prados, y resalló los colores de los miles de flores que tapizaban las lomas y los valles. Una bendita neblina flota sobre toda esta región, donde la luz solar se retiene un poquito más que en otros lugares y dura un poquito más el zumbido musical de los pájaros y las abejas, de manera que los hombres caminan por ahí como por un lugar mágico y sienten mayor alegría y asombro que lo que jamás recordarán.

A mediodía, Carter ya había llegado a las terrazas jaspeadas de Kiran, que bajan hasta la orilla del río y acogen ese templo de belleza al que el rey de Ilek-Vad[32] va desde su lejano reino sobre el mar del ocaso una vez al año en un palanquín dorado para rezar al dios de Ourkranos[33], que le cantaba en su juventud cuando moraba en una granja junto a la orilla del río. Ese templo es completamente de jaspe y abarcaba un acre de terreno con sus muros y jardines, sus siete torres con pináculos y su santuario interior, donde el río

penetra a través de canales escondidos y el dios canta suavemente por la noche. Muchas veces, la luna oye una extraña música cuando brilla sobre esos jardines y terrazas y pináculos, pero si esa música era la canción del dios o el canto de los crípticos sacerdotes, nadie salvo el rey de Ilek-Vad podía decirlo; pues sólo él ha entrado en el templo o visto a los sacerdotes. Ahora, en el sopor del día. aquella caverna y el delicado templo estaban en silencio, y Carter sólo oía el rumor de) enorme río y el murmullo de los pájaros y las abejas mientras avanzaba, caminando bajo un sol encantado.

Toda aquella tarde, el peregrino vagó por las perfumadas praderas y al abrigo de suaves colinas de la ribera del río, que albergaban apacibles casitas cubiertas de paja y santuarios de dioses amistosos esculpidos en jaspe o en crisoberilo. A veces caminaba cerca de la orilla del Oukranos y silbaba a los alegres e iridiscentes peces de aquel caudal cristalino, y otras se paraba entre los susurrantes juncos y observaba el enorme y oscuro bosque en la otra orilla, cuyos árboles bajaban hasta el mismo borde del agua. En anteriores sueños había visto a los pintorescos buopoth salir tímidamente del bosque para beber, pero ahora no podía ver ninguno. De vez en cuando, se detenía a ver cómo un pez carnívoro atrapaba un pájaro pescador, al que había atraído a) agua mostrando sus tentadoras escamas al sol y al que cogía del pico con su enorme boca cuando el cazador alado se abalanzaba sobre él.

Al caer la tarde, remontó una pequeña colina cubierta de hierba y vio ante él, en el atardecer, los miles de capiteles dorados de Thran. Los muros de alabastro de esa maravillosa ciudad son inimaginablemente altos, inclinándose hacia el interior en la parte de arriba y forjados de una única pieza sólida, nadie sabe cómo, ya que son más antiguos que la memoria. Tan altas como son, con sus cien puertas y doscientas tórretas, las agrupadas torres de dentro, todas blancas bajo sus capiteles dorados, aún lo son más; de manera que hombres en la llanura que la rodea puedan verlas elevarse a los cielos, a veces resplandecientemente claras, otras enmarañadas en la parte de arriba con las nubes y la niebla, y otras nubladas por abajo, con sus pináculos brillando libremente por encima de los vapores. Y donde las puertas de Thran se abren al río hay grandes embarcaderos de mármol, con galeones ornamentados con aromático cedro y madera de ébano de Ceilán, sujetos a sus anclas, y extraños marineros barbudos sentados sobre barriles y fardos con jeroglíficos de lugares lejanos. Tierra adentro, más allá de los muros, está la zona de cultivo de este país, donde pequeñas granjas blancas sueñan entre las colinas y estrechos caminos, con muchos puentes de piedra, serpentean con elegancia entre los arroyos y los jardines.

A través de esta verde tierra caminó Carter aquella tarde y vio el ocaso subir desde el río hasta los maravillosos capiteles dorados de Thran. Y justo a la hora del crepúsculo, llegó a la puerta sur y fue detenido por un centinela vestido de rojo hasta que contara tres sueños inverosímiles y demostrara ser un soñador digno de caminar por las empinadas y misteriosas calles de Thran y de visitar los bazares donde las mercancías de los ornamentados galeones se vendían. Entonces se adentró en aquella increíble ciudad a través de un muro tan ancho que la puerta era un túnel, y, de ahí en adelante, caminó entre curvos y ondulantes caminos que serpenteaban, profundos y estrechos, entre torres que se alzaban hacia el cielo. Las luces brillaban a través de las abalconadas ventanas enrejadas y el sonido de laúdes y flautas salía de los patios interiores, donde las fuentes de mármol borboteaban. Carter conocía el camino que debía tomar y se dirigió a las calles más oscuras del río, donde, en una vieja taberna marina, encontró a los capitanes y a los marineros a los que había conocido en una miríada de sueños anteriores. Ahí compró su pasaje a Celefäis a bordo de un gran galeón verde y se quedó a pasar la noche después de hablar seriamente con el venerable gato de la hospedería, que parpadeaba somnoliento ante una enorme chimenea y soñaba con los viejos tiempos de guerras y dioses olvidados.

Por la mañana, Carter embarcó en el galeón con rumbo a Celefäis y se sentó en la proa mientras se soltaba el cordaje y comenzaba el largo viaje al mar Cerenerio. Durante muchas leguas, las riberas eran muy parecidas a las que había por encima de Thran, con curiosos templos aquí y allá alzándose en las colinas más lejanas a la derecha y un tranquilo pueblo en la orilla, con puntiagudos tejados rojos y sus redes tendidas al sol. Consciente de su búsqueda, Carter interrogó a todos los marineros atentamente acerca de aquellos a los que habían conocido en las tabernas de Celefäis, preguntando los nombres y las formas de los extraños hombres con largos ojos rasgados, orejas con grandes lóbulos, delgadas narices y puntiagudas barbillas, que llegaban en oscuros barcos desde el norte e intercambiaban ónix por jade tallado e hilo de oro y rojos pajarillos cantores de Celefäis. Sobre estos hombres, los marineros no sabían demasiado, excepto que hablaban muy poco y propagaban cierto temor entorno a ellos.

Su tierra, muy lejana, se llamaba Inganok, y pocas personas se preocupaban por ir ahí, ya que era una fría tierra crepuscular y se decía que estaba cerca de la desagradable Leng; todo esto a pesar de las altas e infranqueables montañas del lado en el que se creía que estaba Leng, así que nadie podía decir si esta maligna meseta, con sus horribles pueblos de piedra

y su innombrable monasterio, estaba ahí realmente, o si el rumor se trataba sólo de un miedo que las personas tímidas sentían por la noche cuando aquella formidable barrera de picos recortaba su negra silueta contra la luna. Sin duda, los hombres llegaban a Leng desde océanos muy distintos. Sobre las otras fronteras de Inganok, aquellos marineros no sabían nada, ni habían oído hablar del frío erial y de la ignota Kadath, excepto por alguna información muy vaga. Y sobre la maravillosa ciudad del ocaso que Carter buscaba, no sabían absolutamente nada. Así que el viajero no preguntó más sobre cosas lejanas y aguardó hasta que pudiera hablar con aquellos extraños hombres de la fría y crepuscular Inganok, que son la semilla de los dioses, como mostraba el rostro tallado en el Ngranek.

Avanzado el día, el galeón llegó a aquellos recodos del río que atraviesan las perfumadas junglas de Kled. Aquí Carter deseó poder desembarcar, ya que en aquellas marañas tropicales descansan increíbles palacios de marfil, solitarios e intactos, donde antaño moraron fabulosos monarcas de una tierra cuyo nombre se ha olvidado. Los hechizos de los Viejos Dioses mantienen esos palacios sin daños ni envejecimiento, pues está escrito que tal vez algún día sean necesarios de nuevo; y las caravanas de elefantes los han visto desde lejos a la luz de la luna, pero nadie se atreve a acercarse a ellos por temor a los guardianes a los que deben su integridad. Pero el barco siguió adelante y el crepúsculo acalló el murmullo del día, y las primeras estrellas parpadearon respuestas a las primeras luciérnagas de las orillas, mientras la jungla quedaba atrás, dejando tan sólo su fragancia como recuerdo de su presencia. Y durante toda la noche, aquel galeón navegó pasando misterios invisibles e insospechados. En un momento, un vigía informó de fuegos en las colinas hacia el este, pero el somnoliento capitán dijo que era mejor no mirarlos demasiado, ya que no se sabía con seguridad quién o qué los había encendido.

Por la mañana, el río se había ensanchado considerablemente y Carter vio, por las casas en las orillas, que estaban cerca de la gran ciudad comercial de Hlanith, en el mar Cerenerio. Aquí los muros eran de duro granito y las casas sobresalían fantásticas con vigas y gabletes enlucidos. Los hombres de Hlanith son más parecidos a los del mundo de la vigilia que cualquiera de los otros en las Tierras del Sueño, de manera que esta ciudad sólo es buscada por el comercio, pero es apreciada por el buen trabajo de sus artesanos. Los muelles de Hlanith son de roble y ahí amarró el galeón mientras el capitán comerciaba en las tabernas. Carter también bajó a tierra y miró con curiosidad por las bacheabas calles, donde las carretas de madera tiradas por bueyes transitaban y donde los enfervorecidos mercaderes anunciaban sus mercancías

a grito pelado en los bazares. Las tabernas marinas estaban cerca de los embarcaderos, en callejones empedrados salpicados con salitre de las mareas altas, y parecían excesivamente viejos con sus bajos techos ennegrecidos y las verdosas ventanas con forma de ojo buey. Los viejos marineros de aquellas tabernas hablaban mucho de puertos distantes y contaban muchas historias sobre los curiosos hombres de la crepuscular Inganok, pero poco tenían que añadir a lo que los hombres de mar del galeón ya le habían contado. Entonces, al fin. tras mucho descargar y cargar, el barco zarpó hacia poniente y los altos muros y gabletes de Hlanith se hicieron más pequeños mientras la última luz dorada del día los dotaba de una magia y una belleza mayor que la que cualquier hombre les hubiera dado.

Durante dos días y dos noches, el galeón navegó por el mar Cerenerio, sin divisar tierra alguna y sin comunicarse más que con otro único navío. Después, hacia el atardecer del segundo día, se alzó amenazador, justo enfrente, el nevado pico de Aran, con sus ginkgos meciéndose en la parte baja de sus laderas, y Carter supo que había llegado a la tierra de Ooth-Nargai y a la maravillosa ciudad de Celefäis. Al momento, avistaron los brillantes minaretes de aquella fabulosa urbe y las inmaculadas paredes de mármol, con sus estatuas de bronce y el gran puente de piedra donde el Naraxa se junta con el mar. Luego se alzaban las suaves colinas verdes detrás de la ciudad, con sus arboledas y sus jardines de asfódelos, y los pequeños santuarios y casitas sobre ellas; y al fondo, la purpúrea cordillera Tanaria, imponente y mística, tras la cual se extienden caminos prohibidos al mundo de la vigilia y a otras regiones del sueño.

El puerto estaba lleno de galeras pintadas, algunas de las cuales eran de Serannian, la ciudad de mármol y nubes que se encuentra en el etéreo espacio más allá, donde el mar se encuentra con el cielo, y otras eran de puertos más sustanciales en el océano de las Tierras del Sueño. Entre estos navios, el timonel se abrió camino hasta los muelles de fragantes especias, donde el galeón amarró al atardecer, cuando los millones de luces de la ciudad empezaron a titilar sobre el agua. Eternamente nueva parecía esta inmortal ciudad de la imaginación, pues aquí el tiempo no tenía poder de destrucción alguno. Y la turquesa Nath-Horthath sigue siendo como siempre ha sido, y los ochenta sacerdotes coronados con orquídeas son los mismos que la construyeron hace diez mil años. Aún brilla el bronce de las grandes puertas y los pavimentos de ónix jamás se desgastan ni se rompen. Y las enormes estatuas de bronce de las paredes observan a los comerciantes y a los

camelleros, que son más viejos que las mismas leyendas a pesar de que no tienen ni un pelo canoso en sus barbas partidas.

Carter no fue inmediatamente en busca del templo o del palacio o de la ciudadela, sino que se quedó junto al muro que daba al mar entre los comerciantes y los marineros. Y cuando ya era muy tarde para rumores y leyendas, salió en busca de una vieja taberna que conocía bien y descansó soñando con los dioses de la ignota Kadath a los que buscaba. Al día siguiente, buscó por los muelles algún extraño marinero de Inganok, pero le dijeron que no había ninguno en puerto en ese momento y que su galera, proveniente del norte, no tocaría puerto hasta dentro de al menos dos semanas. No obstante, encontró a un marinero thorabonio que había estado en Inganok y que había trabajado en las canteras de ónix de aquel lugar crepuscular; y este marinero dijo que efectivamente había un desierto al norte de las regiones pobladas, que todos parecían temer y evitar. El thorabonio opinaba que este desierto rodeaba los últimos límites de los infranqueables picos hasta la horrible meseta de Leng y que ese era el motivo por el que los hombres lo temían; aunque admitió que sólo había vagos relatos sobre presencias malvadas y centinelas indescriptibles. No podía decir si este podía ser o no el legendario erial en el que se alzaba la ignota Kadath, pero parecía improbable que aquellas presencias y centinelas, si en verdad existían, estuvieran ahí sin razón alguna.

Al día siguiente, Carter subió por la calle de los Pilares hasta el templo turquesa y habló con el Sumo Sacerdote. A pesar de que Nath-Horthath es a quien se adora en Celefäis. todos los Grandes Dioses son mencionados en sus oraciones diurnas, y los sacerdotes estaban bastante versados en sus estados de ánimo. Al igual que Atai en la lejana Ulthar, le aconsejó fervientemente que no intentara verlos, afirmando que son irritables y caprichosos y que están bajo la extraña protección de los descerebrados Otros Dioses del Exterior, cuya alma y mensajero es el caos reptante Nyarlathotep. El celo con el que esconden su maravillosa ciudad del ocaso mostraba claramente que no querían que Carter llegara a ella y resultaba dudoso cómo tratarían a un invitado cuyo objetivo era verlos y suplicar ante ellos. Ningún hombre había encontrado Kadath en el pasado y bien podría ser que ninguno jamás la encontrara en el futuro. Ese tipo de rumores, tal como se comentaban en aquel castillo de ónix de los Grandes Dioses, no resultaban para nada reconfortantes.

Tras dar las gracias al Sumo Sacerdote coronado de orquídeas, Carter abandonó el templo y fue en busca del bazar de los carniceros de carne de

oveja, donde el viejo jefe de los gatos de Celefäis moraba lustroso y satisfecho. Aquel ser circunspecto y gris estaba tomando el sol sobre el pavimento de ónix y extendió una lánguida pata cuando se acercó su visita. Pero cuando Carter repitió las contraseñas y las presentaciones de las que le había provisto el viejo gato general de Ulthar, el peludo patriarca se volvió muy cordial y comunicativo y le contó muchos secretos del acervo popular que saben los gatos de la costa en las cuestas que llevan al mar en Ooth-Nargai. Y lo que fue aún mejor, repitió muchas de las cosas que le habían contado furtivamente los tímidos felinos de la costa de Celefäis sobre los hombres de Inganok, en cuyos oscuros barcos no quiere viajar ningún gato.

Parece que estos hombres tienen un aura extraterrestre a su alrededor, aunque esa no es la razón por la que ningún felino quiere navegar en sus barcos. El motivo para ello es que Inganok alberga sombras que ningún gato puede soportar, así que en todo aquel frío reino crepuscular jamás se oye un alegre ronroneo ni un familiar maullido. Nadie puede decir si esto se debe a los seres que planean sobre los picos de la hipotética Leng, o a los seres que se filtran desde el frío desierto al norte, pero sigue siendo un hecho que en aquella lejana tierra existe un indicio del espacio exterior que no les gusta a los gatos, y al que son más sensibles que los hombres. Por tanto, no quieren viajar en los oscuros barcos que buscan los muelles de basalto de Inganok.

El viejo jefe de los gatos también le dijo dónde encontrar a su amigo, el rey Kuranes, quien en los últimos sueños de Carter había reinado alternativamente en el Palacio de los Setenta Placeres, de cristal rosado, en Celefäis, y en el almenado castillo de la flotante Serannian. Al parecer, ya no encontraba satisfacción en aquellos lugares y había desarrollado un gran anhelo por los acantilados y las tierras bajas inglesas de su niñez donde, en pequeños pueblos de ensueño, las viejas canciones inglesas resuenan por las noches tras las ventanas enrejadas y donde los grises campanarios se asoman, preciosos. a través del verdor de los distantes valles[34]. No podía regresar a estos placeres del mundo de la vigilia porque su cuerpo estaba muerto, pero había hecho lo segundo mejor y había soñado con una pequeña extensión de esa campiña en la zona este de la ciudad, donde las praderas se extienden con elegancia desde los acantilados que dan al mar hasta el pie de las colinas de Tanaria. Ahí moraba, en una mansión gótica de piedra gris con vistas al mar e intentaba convencerse de que eran las antiguas Trevor Towers, donde nació y donde trece generaciones de sus antepasados vieron la luz por primera vez. Y en la costa vecina había construido una pequeña aldea pesquera cornuallesa, con empinados callejones empedrados, instalando en ella a las personas que

tenían los rasgos más ingleses y procurando enseñarles siempre el acento de los viejos pescadores de Cornualles que con tanto cariño recordaba. Y en un valle no muy lejos había erigido una gran abadía normanda cuya torre podía ver desde su ventana. poniendo a su alrededor, en el cementerio, lápidas grises con los nombres de sus ancestros esculpidos en ellas, cubiertas de musgo semejante al de la vieja Inglaterra. Pues, a pesar de que Kuranes era un monarca en la tierra del sueño, con toda la pompa y boato imaginable, todo el esplendor y la belleza, los éxtasis y las delicias, las novedades y las emociones a su disposición, de buena gana habría renunciado a todo el poderío y el lujo y la libertad tan sólo por un bendito día como un sencillo muchacho en aquella pura y silenciosa Inglaterra, aquella vieja y adorada Inglaterra que había moldeado su ser y de la que siempre formaría parte.

Así que, cuando Carter se hubo despedido del viejo jefe gris de los gatos, no fue en busca del palacio del cristal rosa con vistas, sino que salió por la puerta oriental de la ciudad y atravesó los campos de margaritas hacia un picudo gablete que atisbaba entre los robles de un parque que subía hasta los acantilados. Y. al rato, llegó a un gran seto y a una puerta con un pequeño pabellón de ladrillo y, cuando hizo sonar la campana, no salió cojeando ningún lacayo ataviado y elegido, sino un pequeño y barbudo anciano con un blusón que hablaba lo mejor que podía con tonos que evocaban la lejana Cornualles. Y Carter caminó por el sombreado paseo entre árboles, tan parecidos como era posible a los de Inglaterra, y subió por las terrazas que se abrían entre jardines dispuestos como en tiempos de la reina Ana. En la puerta, flanqueada por gatos de piedra a la antigua usanza, fue recibido por un mayordomo con bigote y librea, y fue llevado al momento a la biblioteca donde Kuranes, Señor de Ooth-Nargai y del Cielo que rodea Serannian, meditaba sentado en una silla junto a la ventana, mirando a su pequeña aldea costera y deseando que su vieja niñera apareciera para regañarle por no estar ya preparado para esa odiosa fiesta en el jardín en casa del vicario, con el carruaje ya esperando y su madre a punto de perder la paciencia.

Kuranes, vestido con una bata al estilo de las que diseñaban los sastres londinenses en su juventud, se levantó para recibir a su invitado, pues la visita de un anglosajón del mundo de la vigilia le era muy preciada, aun cuando se tratara de un sajón de Boston, Massachusetts, y no de Cornualles. Y hablaron largo y tendido sobre los viejos tiempos, y los dos tenían mucho que decir ya que ambos eran veteranos soñadores y muy versados en las maravillas de los lugares increíbles. Kuranes, en efecto, había estado más allá de las estrellas en

el vacío definitivo y se decía que era el único que había regresado cuerdo de semejante viaje.

Finalmente, Carter sacó el tema de su búsqueda y preguntó a su anfitrión todas esas cuestiones que ya había preguntado a tantos otros. Kuranes no sabía dónde estaba Kadath ni la maravillosa ciudad del ocaso, pero sí sabía que los Grandes Dioses eran criaturas demasiado peligrosas para ser buscadas y que los Otros Dioses tenían maneras extrañas de protegerlos ante la impertinente curiosidad. Había aprendido mucho sobre los Otros Dioses en lugares lejanos del espacio, sobre todo en aquella región en la que la forma no existe y los gases de colores estudian los secretos más recónditos. El gas violeta S'ngac le había contado cosas terribles acerca del caos reptante Nyarlathotep y le había advertido que nunca se acercara al vacío donde el sultán de los demonios, Azathoth, roe hambriento en la oscuridad. En general, no era conveniente meterse con los Viejos Dioses y, si de manera persistente, denegaban la entrada a la maravillosa ciudad del ocaso, sería mejor no buscarla.

Además, Kuranes dudaba de si su invitado se beneficiaría en algo yendo a la ciudad, aun cuando consiguiera entrar en ella. El mismo había soñado y echado en falta durante muchos años a la hermosa Celefäis y la tierra de Ooth-Nargai, y la libertad y el color, y la maravillosa experiencia de vida libre de cadenas, convencionalismos y estupideces. Pero ahora que ya vivía en aquella ciudad y en aquella tierra, y era su rey, había descubierto que la libertad y la intensidad de vivir se agotan muy rápido y resultan monótonas por la falta de vinculación con nada firme en sus sentimientos ni en sus recuerdos. Era un rey en Ooth-Nargai, pero no encontraba propósito en ello y siempre languidecía al pensar en las viejas cosas familiares de Inglaterra que habían determinado su juventud. Habría dado todo su reino a cambio del repiqueteo de las campanas de una iglesia de Cornualles por las colinas, y los miles de minaretes de Celefäis por los puntiagudos tejados familiares de los pueblecitos cercanos a su hogar. Así que le dijo a su invitado que la desconocida ciudad del ocaso podría no albergar la felicidad que buscaba y que tal vez sería mejor permanecer en la reminiscencia de un sueño glorioso. Porque había visitado a Carter con frecuencia en los viejos días de vigilia y conocía bien las encantadoras laderas de Nueva Inglaterra que le vieron nacer.

Estaba convencido de que, al final, el aventurero sólo anhelaría las escenas de sus primeros recuerdos: el resplandor de Beacon Hill al atardecer, los altos campanarios y las sinuosas y empinadas calles de la pintoresca Kingsport, los viejos techos abuhardillados de la antigua y embrujada

Arkham, y los benditos kilómetros de pradera y valle atravesados por serpenteantes paredes de piedra y los gabletes blancos de las granjas que sobresalían por encima de los verdes emparrados. Todo esto le dijo a Randolph Carter, pero el aventurero mantenía su propósito. Y al final, se separaron, cada uno con su propia convicción, y Carter regresó a través de la puerta de bronce a Celefäis y bajó por la calle de los Pilares hasta el viejo espolón, donde siguió conversando con marineros de lejanos lugares y esperando al oscuro navío de la fría y crepuscular Inganok, cuyos marineros de extraños rostros y sus comerciantes de ónix llevaban la sangre de los Grandes Dioses en las venas.

Una noche estrellada, cuando el Pharos[35] brillaba espléndido sobre el puerto, el ansiado barco entró y marineros y comerciantes con extraños rostros aparecieron de uno en uno y de grupo en grupo en las viejas tabernas junto al espolón. Era muy emocionante volver a ver aquellos rostros vivos tan parecidos a los rasgos divinos en el Ngranek, pero Carter no se apresuró a hablar con los silenciosos hombres de mar. No sabía cuánta soberbia, cuánto secretismo ni cuántos vagos recuerdos tendrían aquellos hijos de los Grandes Dioses, y estaba convencido de que no sería sensato hablarles de su búsqueda o preguntar demasiado sobre el frío desierto que se extiende al norte de su tierra crepuscular. Hablaban poco con las otras personas en aquellas viejas tabernas marineras; se reunían en grupos en rincones remotos y entonaban entre ellos inquietantes canciones de lugares desconocidos o se contaban largos relatos con acentos ajenos a cualquier lugar de la tierra del sueño. Y tan extraños y conmovedores eran aquellos cánticos y relatos, que uno podía adivinar sus prodigios en los rostros de aquellos que los escuchaban, a pesar de que las palabras llegaran con una extraña cadencia y una oscura melodía a oídos profanos.

Durante una semana, los extraños marinos se entretuvieron en las tabernas y comerciaron en los bazares de Celefäis y, antes de que zarparan, Carter había cogido un pasaje en su oscuro navío, diciéndoles que era un antiguo minero de ónix y estaba deseoso de trabajar en sus canteras. Aquel barco era muy bonito y estaba cuidadosamente forjado, hecho de teca con accesorios de ébano y tracerías de oro, y el camarote en el que se alojó el viajero tenía cortinajes de seda y terciopelo. Una mañana, al cambiar la marea, las velas estaban izadas y el ancla levada, y en cuanto Carter se puso en pie en lo alto de la popa vio, bañadas por los primeros rayos de sol, las brillantes paredes y las estatuas de bronce y los minaretes dorados de la intemporal Celefäis hundirse en la distancia, y el pico nevado del monte Aran hacerse cada vez

más y más pequeño. Al llegar el mediodía, ya no había nada a la vista salvo el suave azul del mar Cerenerio, con una galera pintada en la lejanía que se dirigía al reino colgado en las nubes de Serannian, donde el mar se encuentra con el cielo.

Y llegó la noche con esplendorosas estrellas, y el oscuro navío se dirigió hacia el Carro y la Osa Menor cuando estas se mecían lentamente alrededor del polo. Y los marineros cantaban canciones de lugares desconocidos y después, uno a uno. fueron subiendo al castillo de proa mientras los melancólicos observadores murmuraban viejos cánticos y se inclinaban sobre la borda para contemplar los peces luminosos jugando juntos bajo el agua. Carter se fue a dormir a medianoche y se levantó con el despuntar de una joven mañana, observando que el sol parecía estar mucho más al sur de lo que le hubiera gustado. Y durante todo aquel segundo día. hizo progresos en su conocimiento de los hombres del barco, consiguiendo poco a poco que hablaran de su fría tierra crepuscular, de su exquisita ciudad de ónix y de su miedo a los altos e infranqueables picos, tras los cuales se dice que se encuentra Leng. Le dijeron lo que lamentaban que los gatos no se quedaran en la tierra de Inganok y que pensaban que eso se debía a la oculta cercanía de Leng. Del desierto de piedra que se extiende al norte es de lo único que no hablaron. Había algo inquietante en torno a aquel desierto y les parecía más conveniente no admitir su existencia.

En días posteriores hablaron de las canteras en las que Carter decía que iba a trabajar. Había muchas, pues toda la ciudad de Inganok estaba construida de ónix y además se comerciaba con él en grandes bloques pulidos en Rinar, Ogrothan y Celefäis y también en casa, con los mercaderes de Thraa, Ilarnek y Kadatheron para las hermosas mercancías de aquellos fabulosos puertos. Y muy al norte, casi en el frío desierto cuya existencia los hombres de Inganok no querían admitir, había una cantera en desuso mayor que todas las demás, de donde se habían extraído en tiempos inmemoriales bloques tan prodigiosos y descomunales que la simple visión de las oquedades cinceladas sobrecogían de terror a quien las miraba. Nadie podía decir quién había sacado aquellos increíbles bloques ni adónde habían sido trasportados. pero se consideraba que era mejor no pisar aquella cantera, ya que resultaba muy probable que aún conservara recuerdos inhumanos. Así que fue abandonada en el crepúsculo y tan sólo el cuervo y el legendario pájaro shantak anidan en sus inmensidades. Cuando Carter oyó hablar de esa cantera se quedó muy pensativo, ya que sabía por viejas leyendas que el castillo de los Grandes Dioses sobre la ignota Kadath es de ónix.

Cada día, la curva del sol en el cielo era más baja y la neblina que les rodeaba se hacía más y más espesa. Y en dos semanas, no había luz solar en absoluto, tan sólo un extraño y grisáceo brillo crepuscular a través de una cúpula de eterna nubosidad y una fría fosforescencia sin estrellas que, por la noche, se desprendía de la cara inferior de aquellas nubes. Al vigésimo día, avistaron a lo lejos una enorme y dentada roca en el mar, el primer vestigio de tierra que atisbaban desde que el nevado pico del Aran se hiciera pequeño tras el barco. Carter preguntó al capitán el nombre de aquella roca, pero le dijeron que no tenía nombre y que ningún barco jamás se acercaba ahí por los sonidos que brotaban de ella por la noche. Y cuando, en la oscuridad, un sordo e incesante aullido salió de aquel dentado lugar de granito, el viajero se alegró de que no se hubiera parado ahí y de que la roca no tuviera nombre. Los marineros rezaron y cantaron hasta que se dejó de oír el ruido y Carter soñó terribles sueños dentro de sueños a altas horas de la madrugada.

Dos mañanas después de aquello, apareció a lo lejos y hacia el este una gran formación de enormes picos cuyas cumbres se perdían en las perpetuas nubes de aquel mundo crepuscular. Y al avistarlas, los marineros entonaron canciones alegres y algunos se arrodillaron en cubierta para rezar, de modo que Carter comprendió que estaban llegando a la tierra de Inganok y pronto atracarían en los muelles de basalto de la gran ciudad que lleva el nombre de aquel país. Hacia mediodía, una oscura línea costera apareció y, antes de las tres, surgieron por el norte las bulbosas cúpulas y los fantásticos capiteles de ónix de la ciudad. Extraña y curiosa se alzaba aquella arcaica urbe por encima de sus paredes y espigones, todos de un delicado negro con volutas, estrías y arabescos de oro incrustado. Las casas eran altas y con muchas ventanas, y estaban adornadas con flores esculpidas y motivos cuya simetría deslumbraba los ojos con su belleza más resplandeciente que la luz. Algunos acababan en hinchadas cúpulas que terminaban en punta, otras en pirámides escalonadas rematadas con minaretes repletos de rosetones que ponían de manifiesto la desbordante rareza e imaginación. Las murallas eran bajas y en ellas se abrían numerosas puertas. todas bajo un gran arco que se elevaba más allá de la altura normal y que estaban rematados por la cabeza de un dios, esculpida con la misma habilidad mostrada en el monstruoso rostro del distante Ngranek. En una colina en el centro, se erigía una torre de dieciséis lados mayor que todas las demás y que contaba con un altísimo campanario con un pináculo sobre una cúpula aplanada. Este era, según los marineros, el templo de los Viejos Dioses y lo gobernaba un viejo y triste Sumo Sacerdote que guardaba grandes secretos.

De cuando en cuando, el tañido de una extraña campana estremecía la ciudad de ónix, contestada cada vez por un repiqueteo de música mística producida por cuernos, violas y coros de voces. Y de una fila de vasijas trípodes alineada en la galería que rodeaba la alta cúpula del templo salían en determinados momentos brillantes llamas; pues los sacerdotes y las gentes de aquella ciudad conocían bien los misterios primigenios y eran fieles conservadores de los himnos de los Grandes Dioses como se mostraba en pergaminos más antiguos que los Manuscritos Pnakóticos. Cuando el barco entró por el gran malecón de basalto hacia el puerto, los ruidos menores de la ciudad se hicieron audibles y Carter vio los esclavos, marineros y comerciantes en el muelle. Los marineros y comerciantes tenían el rostro extraño de la raza de los dioses, pero los esclavos eran achaparrados, de ojos rasgados, y los rumores decían que de alguna manera habían llegado atravesando o rodeando los infranqueables picos de los valles más allá de Leng. Los muelles se extendían pasada la muralla de la ciudad y sobre ellos había mercancías de las galeras ahí amarradas; además, en uno de los extremos había grandes montones de ónix, tallado y sin tallar, esperando a ser embarcados con destino a los lejanos mercados de Rinar, Ogrothan y Celefäis.

Aún no había empezado a anochecer cuando el oscuro navio echó el ancla en el saliente muelle de piedra y todos los marineros y comerciantes bajaron a tierra en fila de a uno y atravesaron la abovedada puerta de la urbe. Las calles de aquella ciudad estaban pavimentadas con ónix y algunas de ellas eran anchas y rectas, mientras que otras eran tortuosas y estrechas. Las casas junto al agua eran más bajas que el resto y tenían en sus singulares puertas arqueadas ciertos símbolos de oro que se decía que eran en honor a los pequeños dioses familiares que favorecían a cada hogar. El capitán del barco llevó a Carter a una vieja taberna del mar que acogía marineros de países exóticos y le prometió que. al día siguiente, le mostraría las maravillas de la ciudad crepuscular y le llevaría a las tabernas de los mineros de ónix de la muralla norte. Y cayó la noche, y pequeñas lámparas de bronce se iluminaron, y los marineros en aquella taberna cantaron canciones de remotos lugares. Pero cuando, desde su alta torre, la gran campana estremeció la ciudad, y se elevó el repiqueteo de cuernos y violas y voces en respuesta, todos dejaron sus canciones o relatos y se inclinaron en silencio hasta que el último eco se apagó. Pues hay prodigios y rarezas en la ciudad crepuscular de Inganok y los hombres temen ser laxos en sus ritos por miedo a que se abata sobre ellos la fatalidad y la venganza que merodean insospechadamente cerca.

Oculto en las sombras de aquella taberna, Carter vio un ser achaparrado que no le gustó, ya que se trataba, sin lugar a duda, del viejo mercader de ojos rasgados que había visto hacía tanto tiempo en las tabernas de Dylath-Leen, que tenía fama de comerciar con las horribles aldeas de piedra de Leng, que ningún hombre en su sano juicio visitaba y cuyos fuegos malignos se ven por la noche desde lejos, y de haber negociado incluso con el sumo sacerdote que no debe ser descrito, que lleva una máscara de seda amarilla sobre su rostro y mora completamente solo en un prehistórico monasterio de piedra. Este hombre pareció mostrar un extraño resplandor de conocimiento cuando Carter preguntó a los comerciantes de Dylath-Leen sobre el frío erial y Kadath; y en cierto modo, su presencia en la oscura y encantada Ignanok, tan cerca de las maravillas del norte, no resultaba nada tranquilizadora. Desapareció furtivamente de la vista antes de que Carter pudiera hablar con él y los marineros después decían que había llegado con una caravana de yaks, desde algún lugar sin determinar, cargada de colosales y sabrosos huevos de los legendarios pájaros shantak para cambiarlos por las finas tallas de jade que los comerciantes traían de Ilarnek.

A la mañana siguiente, el capitán del barco llevó a Carter por las calles de ónix de la ciudad, oscuras bajo el cielo crepuscular. Las puertas incrustadas y las fachadas decoradas, los balcones labrados y los miradores acristalados, todos resplandecían con un encanto sombrío y refinado; y de vez en cuando, se abría una plaza con pilares negros, columnatas y estatuas de curiosos seres tanto humanos como legendarios. Todas las vistas, ya fueran por calles largas y rectas como por callejones laterales y por encima de cúpulas bulbosas, capiteles y tejados arabescos, eran extrañas y hermosas más allá de las palabras; pero nada era más espléndido que la impresionante altura del gran templo central de los Viejos Dioses, con sus dieciséis caras esculpidas, su cúpula aplanada y su elevadísimo campanario en punta que sobresalía por encima de todos los edificios y que resultaba majestuoso tuviera lo que tuviera delante. Y siempre al este, más allá de los muros de la ciudad y de leguas de pastizales, se elevaban los sombríos y grises flancos de aquellos infranqueables picos tras los que, según se decía, se encontraba la espantosa Leng.

El capitán llevó a Carter al enorme templo que está ubicado, con su amurallado jardín, en una gran plaza redonda a la que las calles llegan como los radios al centro de una rueda. Las siete puertas arqueadas de aquel jardín, todas con un rostro esculpido como los de las puertas de la ciudad, están siempre abiertas y las personas deambulan respetuosamente a voluntad por

los enlosados caminos y a través de los pequeños senderos flanqueados con grotescos hitos y templos a modestos dioses. Y ahí hay fuentes, piscinas y estanques para reflejar el frecuente resplandor de las vasijas trípodes sobre la elevada balconada, todos de ónix y con pequeños peces luminosos traídos por los buzos de las regiones más profundas del océano. Cuando el grave tañido del campanario del templo estremece el jardín y la ciudad, y la respuesta de cuernos y violas y voces repiquetea desde las siete estancias junto a las puertas del jardín, salen de las siete puertas del templo largas columnas de sacerdotes enmascarados y encapuchados vestidos de negro, portando a un brazo de distancia frente a ellos grandes cuencos de los que emana un extraño vapor. Y las siete columnas avanzaban solemnes en fila de a uno, todos con las piernas bien estiradas y sin doblar las rodillas, por los caminos que llevan a las siete estancias, en las que desaparecen para no volver a aparecer. Se dice que hay caminos subterráneos que conectan las estancias con el templo y que las largas filas de sacerdotes regresan a través de ellos; y también se rumorea que las profundas escaleras con peldaños de ónix bajan a unas profundidades cuyos misterios jamás son revelados. Pero sólo son unos pocos los que insinúan que esas columnas de sacerdotes enmascarados y encapuchados no son seres humanos.

Carter no entró en el templo, ya que nadie salvo el rey Velado lo tiene permitido. Pero antes de abandonar el jardín, llegó la hora de la campana y oyó el estremecedor y ensordecedor tañido sobre él, y el alto lamento de cuernos y violas y voces desde las estancias junto a las puertas. Y por los siete grandes caminos asomaban las largas filas de sacerdotes portando sus cuencos, a su particular manera, provocando en el viajero un temor que ningún sacerdote humano suele provocar. Cuando el último de ellos desapareció, se marchó del jardín, percatándose mientras salía de una mancha en el pavimento por el que habían pasado los cuencos. Ni siquiera al capitán del barco le gustó aquella mancha y apremió a Carter para que fueran hacia la colina en la que se alza el maravilloso palacio con múltiples cúpulas del rey Velado.

Los caminos hacia el palacio de ónix son empinados y estrechos, lodos salvo uno ancho y sinuoso en el que el rey y sus acompañantes montan en yak o en carrozas tiradas por yaks. Carter y su guía subieron por un callejón escalonado, entre paredes con incrustaciones que mostraban extraños signos en oro y bajo balcones y miradores en ios que a veces flotaban suaves compases de música o aromas de exóticas fragancias. Enfrente siempre se alzaban aquellos titánicos muros, enormes contrafuertes y bulbosas y

agrupadas cúpulas por las que es conocido el palacio del rey Velado; y, finalmente, pasaron bajo un enorme arco negro y aparecieron en los jardines de recreo del monarca. Ahí Carter se paró embelesado por tanta belleza, pues las terrazas de ónix y los caminos bordeados de columnas, los alegres parterres y los delicados árboles en flor con emparrados hasta las celosías doradas, las urnas de bronce y las vasijas trípodes con preciosos bajorrelieves, las estatuas casi vivas sobre sus pedestales todas de mármol negro veteado, las lagunas de fondo basáltico y las fuentes con peces luminosos, los diminutos templos de iridiscentes pájaros cantores sobre columnas esculpidas, las maravillosas volutas de las enormes puertas de bronce y las floridas parras dispuestas por cada pulgada de las pulidas paredes; todo se unía para formar un panorama cuya belleza superaba la realidad, e incluso en la tierra del sueño resultaba casi fantástica. Todo titilaba como una visión bajo aquel cielo gris crepuscular, con la magnificencia del palacio con sus cúpulas y sus grecas enfrente y la fantástica silueta de los distantes picos infranqueables a la derecha. Y, eternamente, los pequeños pajarillos y las fuentes cantaban, mientras el perfume de exóticas flores se esparcía como un velo sobre aquel increíble jardín. No había ahí ninguna otra presencia humana y Carter se alegraba de que así fuera. Luego se dieron la vuelta y bajaron de nuevo por el callejón de peldaños de ónix, porque al palacio en sí no puede entrar ningún visitante y no está bien visto contemplar demasiado tiempo o demasiado lijo la gran cúpula central, pues se dice que alberga al arcaico padre de todos los míticos pájaros shantak, y este puede enviar extraños sueños a los curiosos.

Tras eso, el capitán llevó a Carter al distrito norte de la ciudad, cerca de la Puerta de las Caravanas, donde se encuentran las tabernas de los comerciantes de yaks y de los mineros de ónix. Y ahí, en una hospedería de techos bajos, se despidieron, ya que al capitán le reclamaban sus negocios mientras que Carter estaba deseoso de hablar con los mineros acerca de las regiones del norte. Había muchos hombres en aquella hospedería, y el viajero no tardó en hablar con algunos de ellos, diciendo que era un antiguo minero de ónix y que estaba ansioso por conocer algunos detalles de las canteras de Inganok. Pero no descubrió mucho más de lo que ya sabía, porque los mineros eran tímidos y evasivos al hablar del frío desierto del norte y de la cantera que ningún hombre visita. Temían a los legendarios emisarios de los alrededores de la montaña en la que se decía que se encontraba Leng y a las malvadas presencias e indescriptibles centinelas del lejano norte entre rocas dispersas. Y murmuraban también que los míticos pájaros shantak no son seres íntegros, y que, de hecho, era mejor que ningún hombre los hubiera visto jamás (pues

aquel fabulado padre de shantaks que habita en la cúpula del rey es alimentado en la oscuridad).

Al día siguiente, alegando que quería inspeccionar todas las diferentes minas él mismo y visitar las granjas dispersas y las pintorescas aldeas de ónix de Inganok. Carter alquiló un yak y llenó hasta arriba las grandes alforjas de cuero de su silla de montar para el viaje. Más allá de la Puerta de las Caravanas, el camino seguía recto entre los terrenos cultivados, con muchas extrañas casas de campo coronadas por cúpulas bajas. Se detuvo en algunas de estas casas para hacer preguntas y una vez encontró a un anfitrión tan austero y reticente, y tan repleto de una inapropiada majestuosidad, similar a la encontrada en las enormes facciones sobre el Ngranek. que creyó sin lugar a duda que al fin había dado con uno de los Grandes Dioses en persona, o al menos con alguien por cuyas venas corrían nueve décimas partes de sangre divina, morando entre los hombres. Y se cuidó mucho de hablar muy bien de los dioses con aquel austero y reticente campesino y de alabar todas las bendiciones que siempre le habían concedido.

Aquella noche, Carter acampó en un prado junto al camino bajo un enorme árbol Iygath al que ató su yak y, por la mañana, retomó su peregrinaje hacia el norte. A eso de las diez de la mañana llegó a un pueblo de pequeñas cúpulas llamado Urg, donde los comerciantes descansan y los mineros cuentan sus historias y reposaban en sus tabernas hasta mediodía. Es aquí donde la gran ruta de las caravanas gira hacia el oeste rumbo a Selam. pero Carter siguió hacia el norte por el camino de las canteras. Durante toda la tarde siguió aquella senda ascendente, que era algo más estrecha que la gran calzada y que ahora llevaba a través de una región con más rocas que campos cultivados. Y al caer la noche, las bajas colinas a su izquierda se habían convertido ya en considerables barrancos negros, lo que le indicaba que ya estaba cerca de la cuenca minera. Durante todo el tiempo, los oscuros flancos de las infranqueables montañas destacaban en el horizonte a su derecha y, cuanto más lejos iba, peores historias oía sobre ellos en boca de los diseminados granjeros y comerciantes y conductores de pesados canos cargados de ónix por los caminos.

La segunda noche acampó a la sombra de un enorme peñasco negro y ató su yak a una estaca clavada en el suelo. Observó la mayor fosforescencia de las nubes en aquel lugar septentrional y más de una vez pensó que veía oscuras siluetas recortadas contra ellas. Y a la tercera mañana. vio la primera de las canteras de ónix y saludó a los hombres que ahí trabajaban con picos y cinceles. Antes del atardecer, ya había pasado por once canteras; aquí el

terreno estaba entregado por completo a los barrancos y los pedruscos de ónix, sin ningún tipo de vegetación y sólo grandes fragmentos rocosos esparcidos por un suelo de tierra negra, con los infranqueables picos grises siempre alzándose adustos y siniestros a su derecha. La tercera noche la pasó en un campamento de mineros cuyas parpadeantes hogueras proyectaban extrañas imágenes sobre los pulidos barrancos al oeste. Y cantaban muchas canciones y contaban muchas historias, mostrando tal sabiduría sobre los tiempos antiguos y los hábitos de los dioses que Carter podía ver que tenían muchos recuerdos latentes de sus progenitores, los Grandes Dioses. Le preguntaron adónde se dirigía y le aconsejaron no ir demasiado al norte; pero él contestó que iba en busca de nuevos yacimientos de ónix y que no asumiría más riesgos que los que eran habituales entre los prospectores. Por la mañana, se despidió de ellos y siguió su camino hacia el ensombrecido norte, donde, según le habían advenido, encontraría la temida y no visitada cantera de la que manos anteriores a las de los hombres habían arrancado prodigiosos bloques de ónix. Pero no le gustó que. al girarse para despedirse por última vez, le pareciera ver acercarse al achaparrado y evasivo viejo comerciante de ojos rasgados, cuyo supuesto comercio con Leng era la comidilla de la distante Dylath-Leen.

Tras pasar dos canteras más. la zona deshabitada de Inganok parecía acabar y el camino se estrechaba hasta convertirse en un empinado sendero para yaks entre los imponentes barrancos negros. Siempre a la derecha, se alzaban los adustos y distantes picos, y cuanto más ascendía Carter por ese reino inexplorado, mayor oscuridad y frío encontraba. No tardó en darse cuenta de que no había huellas de pies o de pezuñas en el negro camino bajo él y comprendió que, en efecto, había llegado a extrañas y desiertas sendas de tiempos remotos. De vez en cuando, un cuervo graznaba a lo lejos o se oían aleteos detrás de alguna vasta roca que le hacían pensar con inquietud sobre el mítico pájaro shantak. Pero, por lo general, estaba solo con su peludo transporte y le preocupó observar que este excelente yak se resistía cada vez más a avanzar, mostrándose más dispuesto a bufar asustado al menor ruido que se encontraran.

En ese punto, el sendero se estrechaba entre relucientes paredes negro azabache y empezaba a mostrar una mayor pendiente que antes. No tenía buenos puntos de apoyo y el yak se resbalaba con frecuencia en los fragmentos rocosos esparcidos por todos lados. Dos horas después, Carter vio frente a él una definida cresta tras la cual no había nada más que el apagado cielo gris y agradeció la perspectiva de un camino llano o cuesta abajo. No

obstante, llegar a esta cresta no era tarea fácil, ya que el trayecto se hacía casi perpendicular y era peligroso por la gravilla negra y las pequeñas rocas sueltas. Finalmente, Carter acabó desmontando y condujo a su dubitativo yak, tirando con fuerza cuando el animal se resistía o se tropezaba y apoyando sus propios pies lo mejor que podía. Entonces, de repente, llegó a la cima y vio lo que había más allá, y lo que vio le dejó sin aliento.

En efecto, el camino seguía recto con una ligera bajada, con las mismas filas de enormes muros naturales, como antes, pero, a la izquierda, se abría un vacío monstruoso, con una extensión de muchísimos acres, donde algún poder arcaico había rajado y desgarrado los originales barrancos de ónix hasta darles la forma de una cantera de gigantes. Adentrándose por el sólido precipicio aparecía aquel boquete ciclópeo y, a gran profundidad en las entrañas de la tierra, se abrían sus oquedades inferiores. No era una cantera hecha por hombres y los lados cóncavos tenían grandes huecos cuadrados de varias yardas de ancho que mostraban el tamaño de los bloques antaño tallados por anónimas manos y cinceles. Muy por encima del borde dentado, enormes cuervos batían sus alas y graznaban, y vagos zumbidos en las invisibles profundidades delataban la presencia de murciélagos, o ur-hags, o seres menos mencionables que acechaban en la infinita oscuridad. Carter se quedó en pie en el estrecho camino en el crepúsculo con el rocoso sendero que descendía ante él, con altos barrancos de ónix a su derecha que seguían hasta donde alcanzaba la vista y altos barrancos a la izquierda, recortados poco más adelante para formar aquella terrible y sobrenatural cantera.

De repente, el yak emitió un grito y se escapó de su control, saltando a su alrededor y saliendo disparado, presa del pánico, hasta que desapareció por el angosto desfiladero hacia el norte. Las piedras pateadas por sus rápidas pezuñas cayeron por el borde de la cantera y se perdieron en la oscuridad sin emitir ningún sonido de haber golpeado el suelo; pero Carter ignoró los peligros de aquel estrecho sendero y echó a correr tan rápido como pudo tras el veloz transporte. No tardaron en reaparecer los acantilados a la izquierda, haciendo del camino una vez más un estrecho carril; y el viajero siguió corriendo tras el yak, cuyas grandes huellas ponían de manifiesto su desesperada huida.

En un momento le pareció oír los sonidos de las pezuñas del asustado animal y aumentó su velocidad gracias a este estímulo. Estaba recorriendo kilómetros y, poco a poco, el camino se iba ensanchando frente a él hasta que supo que no tardaría en emerger en el frío y temible desierto del norte. Los adustos flancos grises de los distantes e infranqueables picos volvían a ser

visibles por encima de los riscos de la derecha y, delante, estaban las rocas y los peñascos de un espacio abierto que se trataba claramente de un anticipo de la oscura e ilimitada planicie. Y, una vez más. aquellos sonidos de pezuñas resonaron en sus oídos, con mayor claridad que antes, pero esta vez le produjeron terror en vez de estimularlo porque se dio cuenta de que no se trataba de las asustadas pisadas de su huido yak. Estos sonidos eran despiadados y decididos, y estaban detrás de él.

La persecución del yak de Carter se convirtió en una evasión de algo invisible, porque, a pesar de que no se atrevía a mirar atrás, sentía que la presencia tras él no podía ser algo íntegro ni mencionable. Su yak debía haberlo oído o sentido antes, y prefirió no preguntarse si le había seguido desde los lugares frecuentados por los hombres o si había salido de aquel pozo en la cantera. Entretanto. los barrancos se habían quedado atrás, con lo que la inminente noche cayó sobre un gran erial de arena y rocas espectrales donde se perdían todos los caminos. No podía ver las huellas de su yak. pero, siempre tras él. se oía aquel detestable ruido de pezuñas, mezclado de cuando en cuando con lo que él creía que eran titánicos aleteos y zumbidos. Tenía tristemente claro que iba perdiendo terreno y sabía que estaba desesperadamente perdido en esc quebrado y maldito desierto de rocas sin sentido y arenas jamás holladas. Tan sólo aquellos remotos e infranqueables picos a la derecha le proporcionaban orientación, e incluso ellos eran menos nítidos a medida que el gris crepúsculo desaparecía y la enfermiza fosforescencia de las nubes ocupaba su lugar.

Entonces, tenue y borroso en el cada vez más oscuro norte ante él, divisó algo terrible. Por un momento pensó que se trataba de una cadena de montañas negras, pero luego vio que era algo más. La fosforescencia de las amenazantes nubes lo mostraba con claridad, e incluso perfilaba las siluetas con el brillo de los vapores del fondo. No podía decir a qué distancia se encontraba, pero debía estar muy lejos. Tenía miles de metros de altura y formaba un enorme arco cóncavo desde los infranqueables picos grises hasta los desconocidos espacios del oeste, y, sin duda, alguna vez había sido una imponente cordillera de montañas de ónix. Pero aquellas montañas habían dejado de serlo, porque unas manos más grandes que las del hombre las había tocado. Silenciosas y acurrucadas en el lecho del mundo, como lobos o espíritus malignos, coronadas con nubes y nieblas, custodiaban eternamente los secretos del norte. Todas juntas formando un enorme semicírculo, aquellas montañas parecían monstruosos perros guardianes con sus patas derechas levantadas, amenazando a la humanidad.

La parpadeante luz de las nubes hacía el efecto de movimiento en sus dobles cabezas mitradas, pero ai seguir adelante, Carter vio levantarse de sus sombrías faldas enormes formas cuyo movimiento no era fruto de una ilusión. Alados y zumbantes, aquellas formas se hacían cada vez más y más grandes, y el viajero supo que su camino había llegado a su final. No se trataba de pájaros o murciélagos conocidos en ningún lugar del mundo o de la tierra del sueño, pues eran más grandes que elefantes y tenían cabeza de caballo. Carter sabía que debían ser pájaros shantak, de mala reputación, y se dejó de preguntar qué malvados guardianes e innombrables centinelas hacían que los hombres evitaran el boreal desierto rocoso. Y cuando finalmente se detuvo resignado, se atrevió a mirar atrás, donde vio venir al trote al achaparrado comerciante de ojos rasgados y mala fama, sonriendo a lomos de un esbelto yak y liderando a una perniciosa horda de maliciosos shantaks, a cuyas alas aún se aferraba la escarcha y el nitrato de potasio de los pozos inferiores.

Atrapado como estaba por míticas e hipocéfalas[36] pesadillas aladas que formaban a su alrededor un enorme círculo diabólico, Randolph Carter no perdió el conocimiento. Altivas y horribles, aquellas titánicas gárgolas se elevaban sobre él, mientras el comerciante de ojos rasgados desmontaba de su yak y se erguía sonriente frente al prisionero. Entonces aquel hombre le hizo una seña a Carter para que subiera a lomos de uno de los repugnantes shantaks y le ayudó al ver que se esforzaba por vencer su aversión. Era difícil subir en ellos, ya que el pájaro shantak tiene escamas en lugar de plumas, y son muy resbaladizas. Una vez sentado, el hombre de ojos rasgados se subió de un salto tras él, dejando que uno de ios increíbles colosos voladores se llevara al esbelto yak hacia el norte, en dirección al círculo de montañas esculpidas.

Lo que siguió fue un espantoso torbellino por el espacio glacial, siempre hacia arriba y al este, hacia los adustos flancos grises de aquellas infranqueables montañas más allá de las cuales dicen que se encuentra Leng. Volaron muy por encima de las nubes, hasta que al fin estuvieron bajo ellos aquellas legendarias cumbres que las gentes de Inganok jamás habían visto y que descansan siempre entre grandes vórtices de brillante neblina. Carter los contempló claramente mientras pasaban por debajo y vio en lo más alto de sus picos extrañas cuevas que le recordaron a las del Ngranek; pero no preguntó a sus captores por nada de esto al percatarse de que tanto el hombre como el hipocéfalo shantak parecían extrañamente temerosos por ellas, y que volaron más rápido y con cierto nerviosismo y mostraron una gran tensión hasta que las dejaron muy atrás.

Entonces el shantak descendió, revelando, bajo un dosel de nubes, una enorme llanura gris y yerma en la que, a grandes distancias, se veían pequeños y débiles fuegos. Mientras descendían, aparecían de cuando en cuando solitarias cabañas de granito y lúgubres pueblos de piedra cuyas diminutas ventanas brillaban con una luz pálida. Y llegaba desde aquellas cabañas y pueblos un agudo soniquete de flautas y un nauseabundo repiqueteo de crótalos que demostraban inmediatamente que las gentes de Inganok tenían razón con sus rumores geográficos. Los viajeros han oído esos sonidos antes y saben que sólo salen de esa fría meseta que los hombres sensatos nunca visitan; aquel endemoniado lugar de maldad y misterio que es Leng.

Alrededor de los débiles fuegos bailaban formas oscuras y Carter sintió curiosidad por saber qué tipo de criaturas podrían ser, pues ningún hombre en su sano juicio había estado en Leng y el lugar sólo se conoce por sus fuegos y cabañas de piedra que se ven desde lejos. Aquellas formas sallaban lenta y torpemente, y con unas contorsiones y unas inclinaciones que no convenían presenciar, así que Carter no se extrañó del monstruoso mal que se les imputaba en las vagas leyendas o del miedo que producía en toda la tierra del sueño su abominable meseta helada. Cuando el shantak voló más bajo, la repugnancia de los bailarines se tiñó de cierta familiaridad infernal y el prisionero siguió forzando su vista y rebuscando en su memoria en busca de pistas sobre dónde había visto antes criaturas semejantes.

Saltaban como si tuvieran pezuñas en lugar de pies y parecían llevar una especie de peluca o casco con pequeños cuernos. No llevaban nada más de ropa, pero la mayoría de ellos eran bastante peludos. Por detrás, tenían colas enanas y, cuando miraban hacia arriba, podía ver la excesiva anchura de sus bocas. Entonces supo lo que eran y que, después de todo, no llevaban ningún tipo de peluca o casco. Pues las crípticas gentes de Leng eran de la misma raza que los incómodos mercaderes de las negras galeras que comerciaban con rubíes en Dylath-Leen. ¡Aquellos comerciantes no humanos del todo que son los esclavos de los monstruosos seres lunares! En efecto, eran los mismos tipos oscuros que secuestraron a Carter en la asquerosa galera hacía tanto tiempo y a cuyas amistades había visto ser conducidas como rebaños por los sucios muelles de aquella maldita ciudad lunar, donde los más flacos trabajaban y los más gordos eran transportados en cajas para satisfacer otras necesidades de sus amorfos amos con forma de pólipo. Ahora veía de dónde provenían aquellas ambiguas criaturas y se estremeció al pensar que Leng debía de ser conocida para estas informes abominaciones de la luna.

Pero el shantak sobrevoló los fuegos y las cabañas de piedra y los menos que humanos bailarines, y planeó sobre las estériles colinas de granito gris y los tenues páramos de piedra y hielo y nieve. Llegó el día y la fosforescencia de las luces dio paso a la neblinosa luz crepuscular de aquel mundo septentrional, y el vil pájaro seguía aleteando con determinación a través del frío y del silencio. A veces, el hombre de ojos rasgados hablaba con su cabalgadura con un aborrecible lenguaje gutural y el shantak le contestaba con sonidos chirriantes que rechinaban como si se arañara un vidrio esmerilado. Todo esto sucedía mientras que la tierra se elevaba más y más y. finalmente, llegaron a un terreno plano barrido por el viento que parecía el mismo techo de un mundo maldito y abandonado. Ahí, completamente solo en el silencio, y en el crepúsculo, y en el frío, se alzaban las toscas piedras de un edificio bajito y sin ventanas, alrededor del cual se erigía un círculo de rudos monolitos. En toda aquella disposición no había nada humano y Carter dedujo por viejos relatos que en realidad estaba en el lugar más temible y legendario de todos, el remoto y prehistórico monasterio en el que mora sin compañía alguna el sumo sacerdote que no debe ser descrito, que lleva una máscara de seda amarilla sobre su rostro y reza a los Otros Dioses y a su caos reptante Nyarlathotep.

El repugnante pájaro se posó en el suelo y el hombre de ojos rasgados se bajó de un salto y ayudó a su prisionero a descender. Carter estaba completamente seguro del propósito de su captura, ya que. sin duda, el comerciante de ojos rasgados era un agente de poderes más oscuros, dispuesto a arrastrar ante sus amos al mortal cuya presunción le había llevado a buscar la ignota Kadath para pronunciar una oración ante los rostros de los Grandes Dioses en su castillo de ónix. Parecía probable que este comerciante fuera el causante de su captura por parte de los esclavos de los seres lunares en Dylath-Leen. y que ahora pretendía hacer lo que sus gatos salvadores habían frustrado: llevar a la víctima a algún encuentro pavoroso con el monstruoso Nyarlathotep y contarle con qué osadía se había intentado buscar la ignota Kadath. Leng y el frío erial al norte de Inganok debían estar muy cerca de los Otros Dioses y sus pasos a Kadath están bien custodiados.

El hombre de ojos rasgados era pequeño, pero el enorme pájaro hipocéfalo estaba ahí para que se le obedeciera, así que Carter le siguió; entraron en el círculo de menhires y cruzaron una puerta arqueada baja hasta aquel monasterio de piedra sin ventanas. Dentro no había luces, pero el malvado mercader encendió una pequeña lámpara de arcilla decorada con morbosos bajorrelieves y empujó a su prisionero a través de un laberinto de

estrechos y sinuosos pasadizos. En las paredes de estos corredores había pintadas espantosas escenas más antiguas que la historia y con un estilo desconocido para los arqueólogos de la tierra. Tras incontables eones, sus pigmentos seguían brillantes, porque el frío y la sequedad de la espantosa Leng mantienen vivas muchas cosas de tiempos primigenios. Carter las vio brevemente bajo los rayos de aquella tenue y bamboleante lámpara, y se estremeció por la historia que contaban.

En aquellos arcaicos frescos acechaban los anales de Leng. y los astados seres con pezuñas y bocas anchas, casi humanos, bailaban perversamente en medio de ciudades olvidadas. Había escenas de antiguas guerras en las que los casi humanos de Leng luchaban contra las hinchadas arañas púrpuras de los valles vecinos; y había escenas también que relataban la llegada de las galeras negras desde la luna, y la sumisión de las gentes de Leng a las amorfas blasfemias con forma de pólipo que saltaban y se retorcían y se arrastraban desde ellas. Aquellas resbaladizas blasfemias de color gris-blancuzco fueron adoradas como dioses y no hubo ni un lamento cuando se llevaron por docenas a sus mejores y más rechonchos hombres en las galeras negras. Las monstruosas bestias lunares acamparon en una escarpada isla en el mar, y Carter sabía por los frescos que esta no era otra que la solitaria roca sin nombre que había visto cuando navegaba rumbo a Inganok; aquella gris y maldita roca que los hombres de mar de Inganok evitaban y desde la que resonaban repugnantes aullidos durante toda la noche.

Y en aquellos frescos también se mostraba el gran puerto y capital de los casi humanos; orgullosa y rodeada de pilares entre los acantilados y los embarcaderos de basalto, y esplendorosa con elevados templos y esculpidas plazas. Grandiosos jardines y calles flanqueadas de columnas llevaban desde los acantilados y desde cada una de las seis puertas, coronadas todas con una esfinge, a una enorme plaza central, y en esa plaza había un par de colosales leones alados custodiando la entrada a una escalera subterránea. Una y otra vez, se mostraban aquellos enormes leones alados, sus poderosos costados de diorita brillando con la luz gris crepuscular del día y la nublada fosforescencia de la noche. Y mientras Carter caminaba a trompicones por delante de la frecuente y repetida imagen. entendió lo que realmente significaba y qué ciudad habían gobernado los casi humanos antes de que llegaran las galeras negras. No cabía error alguno, pues las leyendas de la tierra del sueño son generosas y profusas. Sin duda, aquella ciudad primigenia era nada menos que la famosa Sarkomand. cuyas ruinas se blanqueaban al sol desde millones de años antes de que el primer humano auténtico viera la luz y cuyos titánicos

leones gemelos custodian eternamente los escalones que descienden desde la tierra del sueño hasta el Gran Abismo.

En otros paisajes se mostraban los adustos picos grises que separan Leng de Inganok y los monstruosos pájaros shantak que construyen nidos en los salientes de sus laderas. Y también se mostraban las curiosas cuevas cerca de los pináculos de la cima y cómo hasta el más osado de los shantaks huyen de ellas volando y chillando. Carter había visto aquellas cuevas cuando pasó sobre ellas y se había percatado de su parecido con las del Ngranek. Ahora sabía que su similitud era más que una casualidad, pues en esas imágenes se veía a sus temibles moradores, cuyas alas de murciélago, cuernos retorcidos, colas punzantes, zarpas prensiles y cuerpos gomosos no le eran desconocidos. Había visto aquellas rapaces criaturas de vuelo silencioso con anterioridad; aquellos descerebrados guardianes del Gran Abismo a quienes hasta los Grandes Dioses temen y cuyo señor no es Nyarlathotep, sino el venerable Nodens[37]. Se trataba de las descarnadas alimañas de la noche, que jamás ríen o sonríen porque no tienen rostro y que se revuelven eternamente entre el Valle de Pnath y los accesos al mundo exterior.

El comerciante de ojos rasgados empujó entonces a Carter al interior de un enorme espacio abovedado cuyas paredes estaban talladas con impactantes bajorrelieves y cuyo centro albergaba un gran pozo circular rodeado por seis altares de piedra, con unas manchas horrendas, que formaban un anillo. No había luz alguna en esta vasta y fétida cripta y la pequeña lámpara del siniestro comerciante emitía una luz tan débil que uno podía ir reparando en los detalles poco a poco. En el ala opuesta había un alto estrado de piedra al que se subía por cinco peldaños, y ahí, en un trono dorado, estaba sentada una figura envuelta en seda amarilla con dibujos en rojo y con una máscara de seda dorada sobre su rostro. El hombre de ojos rasgados hizo determinadas señas con las manos a este ser y el que acechaba en las tinieblas respondió alzando una flauta de marfil, tallada con muy mal gusto, con sus zarpas cubiertas de seda y sacando de ella ciertos sonidos aborrecibles bajo su flotante máscara amarilla. Este coloquio continuó durante algún tiempo, y para Carter había algo que le resultaba repugnantemente familiar en el sonido de aquella flauta y en el hedor de aquel lugar maloliente. Le hizo pensar en una aterradora ciudad de luces rojas y en la asquerosa procesión que un día desfiló por sus calles; en eso y en un horrible ascenso a través de los campos lunares más allá, antes de la avalancha de rescate de los amistosos gatos de la tierra. Sabía que la criatura del estrado era sin duda el sumo sacerdote que no debe ser descrito, de quien las leyendas susurran conjeturas tan diabólicas y

depravadas, pero le daba miedo pensar qué podría ser exactamente aquel aborrecible sumo sacerdote.

Entonces, la figura de seda descubrió un poco una de sus zarpas de color gris blanquecino y Carter supo qué era el asqueroso sumo sacerdote. Y en aquel espantoso segundo, el terror puro le llevó a hacer algo que su razón jamás se habría atrevido a intentar, porque en su trastornada conciencia había sitio sólo para un único deseo, el de escapar de aquella cosa rechoncha en el trono dorado. Sabía que un imposible laberinto de piedra se extendía entre él y la fría meseta exterior, y que incluso en aquella meseta, los perversos shantaks seguían esperando: pero, a pesar de todo esto, en su mente sólo estaba la imperiosa necesidad de huir de aquella serpenteante monstruosidad vestida de seda.

El hombre de ojos rasgados había posado su curiosa lámpara sobre uno de los prominentes altares con manchas horrendas junto al pozo y se había acercado un poco para hablar con sus manos con el sumo sacerdote. Carter, hasta ahora completamente pasivo, dio un tremendo empujón al hombre con toda la fuerza salvaje del miedo, de manera que la víctima cayó de golpe por el agujero del pozo, del que los rumores dicen que llega hasta la infernal Cripta de Zin donde los gugos cazan a los lívidos en la oscuridad. Casi en el mismo segundo, cogió la lámpara del altar y salió a toda velocidad hacia los laberintos con los frescos pintados, corriendo a) azar hacia un lado u otro e intentando no pensar en los sigilosos pasos de las amorfas zarpas sobre las piedras tras él. ni el arrastrar ni el retorcerse que debía de estar teniendo lugar atrás, en los oscuros corredores.

Un poco después, lamentó su inconsciente precipitación y deseó haber intentado seguir en sentido contrario los frescos que había pasado cuando entró. Cierto era que resultaban tan confusos y duplicados que no le habrían servido de mucho, pero le hubiera gustado intentarlo al menos. Los que veía ahora eran aún más horribles que aquellos que vio antes, y sabía que no estaba en los corredores que llevaban al exterior. Al poco estaba convencido de que no le seguían y aflojó un poco el paso, pero apenas había recuperado el aliento cuando un nuevo peligro surgió. Su lámpara se estaba apagando y pronto se encontraría en la más absoluta oscuridad, sin ningún tipo de visibilidad o guía.

Cuando la luz se apagó del todo, tanteó lentamente en las tinieblas y rogó a los Grandes Dioses que le proporcionaran la ayuda que pudieran. A veces, sentía que el suelo de piedra se inclinaba, ascendiendo o descendiendo. y en una ocasión se tropezó con un peldaño que no tenía ninguna razón aparente

para estar ahí. Cuanto más se adentraba, más humedad parecía haber, y cuando podía sentir una intersección o la entrada a algún pasadizo lateral siempre elegía el camino que tenía menos pendiente hacia abajo. Sin embargo, estaba convencido de que su trayecto en general era hacia abajo, y el olor a cueva y las incrustaciones en la grasienta pared y en el suelo igualmente le avisaban de que estaba adentrándose en las insanas profundidades de la meseta de Leng. Pero no había aviso alguno de lo que le esperaba después, sólo la cosa en sí, con su terror y su impacto y su caos sobrecogedor. En un momento estaba tanteando entre tinieblas sobre el suelo resbaladizo de un lugar casi nivelado, y al siguiente se precipitó vertiginosamente cuesta abajo, en la oscuridad, por una madriguera que debía de ser casi vertical.

La duración de aquella espantosa caída no la podía precisar, pero le parecieron horas de delirantes náuseas y de histeria extática. Entonces se dio cuenta de que estaba quieto, con las fosforescentes nubes de la nórdica noche brillando sobre él. Estaba rodeado de muros derruidos y columnas rotas, y el pavimento sobre el que yacía estaba perforado por hierbajos dispersos y agrietado por todos lados por los frecuentes arbustos y raíces. Detrás de él, se alzaba un acantilado de basalto, sin cumbre y perpendicular, con su lado oscuro esculpido con repulsivas escenas y agujereado por una arqueada y tallada entrada hacia la oscuridad interior de la que él había salido. Ante él, se extendían filas dobles de pilares y los fragmentos y los pedestales de estos, que hablaban de una antigua y amplia calle; y por las urnas y las fuentes que había en el camino supo que debía haber sido un gran camino entre jardines. A lo lejos, al fondo, los pilares se abren para delimitar una vasta plaza redonda, y en aquel círculo se alzaban imponentes, bajo las espeluznantes nubes nocturnas, un par de cosas monstruosas. Eran enormes leones alados de diorita, con oscuridad y sombras a su alrededor. Sus cabezas grotescas e intactas alcanzaban seis metros de largo y rugían burlones entre las ruinas que los rodeaban. Y Carter sabía sin duda lo que debían ser, pues la leyenda sólo habla de una pareja así. Eran los inmutables guardianes del Gran Abismo y estas oscuras ruinas eran en realidad la primigenia Sarkomand.

Lo primero que hizo Carter fue cerrar y montar una barricada en la arcada del acantilado con bloques sueltos y extraños escombros que había por ahí. No quería que le siguiera nadie del odioso monasterio de Leng, puesto que durante el camino que tenía por delante le acecharían suficientes peligros. No sabía nada en absoluto sobre cómo llegar desde Sarkomand a las zonas pobladas de la tierra del sueño, y tampoco ganaría nada descendiendo a las

grutas de los gules, porque sabía que ellos no estaban mejor informados que él. Los tres gules que le habían ayudado a pasar por la ciudad de los gugos hacia el mundo exterior no sabían llegar a Sarkomand en su camino de vuelta, sino que pensaban preguntar a los viejos comerciantes en Dylath-Leen. No se le pasaba por la cabeza regresar al mundo subterráneo de los gugos y arriesgarse de nuevo en la torre infernal de Koth, con sus ciclópeos peldaños que llevan al bosque encantado, aunque sentía que no le quedaría más remedio si todo lo demás fallaba. Por la meseta de Leng. al otro lado del solitario monasterio, no se atrevía a ir sin ayuda, porque los emisarios del sumo sacerdote debían de ser muchos y al final del viaje sin duda encontrarían a los shantaks. y tal vez otros seres a los que enfrentarse. Si pudiera conseguir un barco, podría navegar de vuelta a Inganok. pasada la dentada y horrible roca en el mar. ya que los primigenios frescos del laberinto del monasterio habían mostrado que aquel temible lugar no está lejos de los embarcaderos de basalto de Sarkomand. Pero encontrar un barco en aquella ciudad deshabitada desde hacía eones era muy poco probable y no parecía factible que se construyera uno él mismo.

Esos eran los pensamientos de Randolph Carter cuando una nueva preocupación empezó a golpear su mente. Durante lodo este tiempo, se había extendido frente a él la gran anchura con forma de cadáver de la legendaria Sarkomand, con sus negros pilares rotos y sus derruidas puertas coronadas con esfinges, y las titánicas piedras y los monstruosos leones alados recortados contra el enfermizo resplandor de aquellas luminosas nubes nocturnas. Luego, al fondo a la derecha vio un resplandor que no procedía de ninguna nube y supo que no estaba solo en el silencio de aquella ciudad muerta. Aquel brillo subía y bajaba a voluntad, parpadeando con un tinte verdoso que no trasmitía ninguna tranquilidad al espectador. Y cuando se acercó en silencio, bajando por las calles llenas de escombros y entre estrechos huecos en las derruidas paredes, percibió que se trataba de una fogata cerca de los muelles con muchas formas borrosas, apiñadas de manera infame a su alrededor, y con un hedor letal por todos lados. Detrás, estaban los aceitosos salpicones del agua del puerto con un gran barco fondeado y Carter se detuvo presa del terror al ver que el barco era en realidad una de las temibles galeras negras de la luna.

Entonces, justo cuando estaba a punto de alejarse sigilosamente de aquella detestable llama, vio cierto revuelo entre las oscuras formas y oyó un sonido peculiar e inconfundible. Era el asustado gemido de un gul que. al instante, aumentó hasta convertirse en un verdadero coro de angustia. Seguro como

estaba a la sombra de las monstruosas ruinas, Carter permitió que su curiosidad conquistara su miedo y siguió de nuevo hacia delante en lugar de retirarse. En una ocasión, para cruzar la calle descubierta tuvo que reptar sobre su estómago como una lombriz y, en otro lugar, tuvo que caminar de puntillas para evitar hacer ruido entre montones de mármol caído. Pero en todas las ocasiones tuvo éxito evitando ser descubierto, así que en poco tiempo había encontrado un lugar detrás de un enorme pilar desde donde podía contemplar toda la escena iluminada con la luz verde. Ahí, alrededor de una espantosa hoguera alimentada por los repulsivos tallos de los hongos lunares, se agrupaba un círculo de bestias de la luna con forma de sapo y sus esclavos casi humanos. Algunos de estos esclavos estaban calentando las puntas de curiosas lanzas de hierro y, de cuando en cuando, las presionaban contra tres prisioneros bien atados que se retorcían ante los líderes del grupo. Por los movimientos de sus tentáculos. Carter dedujo que las bestias lunares de hocico chato estaban disfrutando enormemente del espectáculo y su horror aumentó cuando, de repente, reconoció los frenéticos alaridos y supo que los gules torturados no eran otros que el leal trío que le había guiado de forma segura desde el abismo y que luego habían salido al bosque encantado para encontrar Sarkomand y la entrada a sus nativas profundidades.

El número de malolientes bestias lunares alrededor del fuego verdoso era bastante grande y Carter vio que no podía hacer nada para salvar a sus antiguos aliados. No sabía cómo habían sido capturados, pero se imaginada que las grises blasfemias con forma de sapo los habrían oído preguntar en Dylath-Leen por el camino a Sarkomand y no querían que se acercaran tanto a la odiosa meseta de Leng y al sumo sacerdote que no debe ser descrito. Durante un rato, meditó sobre lo que debía hacer y recordó lo cerca que estaba de la entrada al reino negro de los gules. Ciertamente, lo más conveniente era deslizarse hacia el este, hacia la plaza de los dos leones, y descender inmediatamente al abismo, donde, sin duda, no se encontraría con horrores peores que los de arriba y donde, tal vez, no tardaría en encontrar gules dispuestos a rescatar a sus hermanos y, quizás, a acabar con las bestias lunares de las galeras negras. Se le pasó por la cabeza que el portal, al igual que otras entradas al abismo, podría estar custodiado por rebaños de descarnadas alimañas de la noche, pero ya no temía a aquellas criaturas sin rostro. Sabía que estaban ligadas por un solemne pacto con los gules, y el gul que un día fue Pickman le había enseñado a barbotar una contraseña que ellos comprendían.

De modo que Carter emprendió otra silenciosa marcha por las ruinas, acercándose lentamente a la gran plaza central y a los leones alados. Era una larca delicada, pero las bestias lunares estaban agradablemente ocupadas y no oyeron los ligeros ruidos que accidentalmente hizo dos veces, al tropezar con las piedras dispersas. Finalmente, llegó a un espacio abierto y escogió seguir su camino entre los atrofiados árboles y arbustos que ahí habían crecido. Los gigantescos leones se alzaban terribles por encima suya en el enfermizo resplandor de las fosforescentes nubes nocturnas, pero, con valentía, continuó caminando hacia ellos e inmediatamente se arrastró hasta ponerse frente a sus rostros, pues sabía que era en aquel lado donde encontraría la enorme oscuridad que custodiaban. Las burlonas bestias de diorita estaban sentadas a tres metros la una de la otra, meditando sobre ciclópeos pedestales cuyos lados estaban tallados con aterradores bajorrelieves. Entre las dos estatuas, había un patio empedrado que alguna vez había estado bordeado por balaustradas de ónix. En mitad de este espacio, se abría un pozo negro y Carter no tardó en ver que, en verdad, había llegado al abierto abismo cuyos desconchados y mohosos peldaños de piedra llevaban a la cripta de las pesadillas.

Terrible es el recuerdo de aquel oscuro descenso, en el que las horas pasaban solas mientras Carter daba vueltas y vueltas en la oscuridad bajando una insondable espiral de empinados y resbaladizos escalones. Tan gastados y estrechos eran los peldaños, y tan grasientos por el cieno interior de la tierra, que el escalador nunca sabía a ciencia cierta cuándo esperar una impresionante caída y la precipitación hacia los pozos definitivos; y tampoco sabía cuándo ni cómo las vigilantes descarnadas alimañas de la noche saltarían sobre él, si es que había alguna acechando en ese pasadizo primitivo. A su alrededor, todo era un asfixiante hedor que emanaba de las regiones inferiores y sintió que el aire de estas sofocantes profundidades no estaba hecho para la humanidad. Al poco tiempo, empezó a sentirse muy entumecido y somnoliento, y se movía más por un impulso automático que por un deseo razonado. Tampoco se percató de ningún cambio cuando dejó de moverse del todo en el momento en el que algo sigiloso lo cogió por atrás. Volaba con rapidez por los aires antes de que un malicioso cosquilleo le anunciara que las gomosas alimañas de la noche habían cumplido con su deber.

Consciente del hecho de que se encontraba en el frío y húmedo agarre de los voladores sin rostro. Carter recordó la contraseña de los gules y la pronunció tan alto como pudo entre el viento y el caos del vuelo. Por muy descerebradas que se diga que son las descarnadas alimañas de la noche, el

efecto fue inmediato, ya que todo el cosquilleo acabó de golpe y las criaturas se apresuraron a colocar a su presa en una posición más cómoda. Alentado por esto, Carter se aventuró a dar algunas explicaciones, hablándoles de la captura y la tortura de tres gules a manos de las bestias lunares y de la necesidad de reunir un grupo para ir a rescatarlos. Las descarnadas alimañas de la noche, a pesar de no expresarse, parecieron comprender lo que se les dijo y mostraron mayor premura y propósito en su vuelo. De repente, la densa oscuridad dio paso al gris crepúsculo de las entrañas de la tierra y se abrió ante ellos una de aquellas planas y estériles llanuras donde tanto les gusta a los gules sentarse a roer. Las dispersas lápidas y fragmentos óseos hablaban de los habitantes de aquel lugar; y cuando Carter lanzó un sonoro grito de llamamiento urgente, una veintena de madrigueras sacaron en pocos minutos a sus peludos ocupantes de aspecto perruno. Las descarnadas alimañas de la noche empezaron a volar bajo y posaron a su pasajero sobre sus pies, alejándose después un poco y formando un apretado semicírculo sobre el suelo, mientras los gules saludaban al recién llegado.

Carter barbotó su mensaje rápida y detalladamente a su grotesca compañía y cuatro de ellos partieron al momento a través de diferentes madrigueras para compartir las noticias con otros y reunir así a todas las tropas disponibles para el rescate. Tras una larga espera, un gul de cierta importancia apareció e hizo señas significativas a las descarnadas alimañas de la noche, dos de las cuales emprendieron el vuelo en la oscuridad. A partir de ese momento, había constantes ascensos de encorvadas alimañas hacia la llanura, hasta que finalmente el viscoso suelo estaba casi cubierto de ellas. Mientras tanto, nuevos gules salían arrastrándose de las madrigueras, uno a uno, todos gritando por la excitación y formando una rudimentaria tropa de batalla, no muy lejos de la muchedumbre de alimañas de la noche. A la larga, apareció aquel orgulloso e influyente gul que una vez fue el artista Richard Pickman, de Boston, y Carter le hizo un detallado relato de lo sucedido. El que fuera Pickman, sorprendido por saludar nuevamente a su antiguo amigo, pareció muy impresionado y mantuvo una conferencia con otros jefes, un poco apartados de la creciente multitud.

Finalmente, después de pasar atenta revista, los jefes allí reunidos emitieron ruidos al unísono y empezaron a lanzar órdenes a la turba de gules y descarnadas criaturas de la noche[38]. Enseguida desapareció un nutrido destacamento de cornudos voladores, mientras que el resto del grupo se dividió en parejas que se arrodillaron con las patas extendidas, a la espera de que los gules se fueran acercando uno a uno. Cuando cada gul llegaba a la

pareja de descamadas alimañas de la noche que le había sido asignada, lo cogían y se lo llevaban a la oscuridad, hasta que el último de aquella muchedumbre desapareció, excepto Carter, Pickman y los demás jefes, y un par de alimañas de la noche. Pickman explicó que las descarnadas alimañas de la noche constituían la avanzadilla y los caballos de batalla de los gules y que el ejército se dirigía hacia Sarkomand para hacerse cargo de las bestias lunares. Entonces Carter y los macabros jefes se acercaron a las alimañas portadoras y fueron izados por sus húmedas y resbaladizas zarpas. Un momento después, todos giraban en el viento y la oscuridad, interminablemente subiendo más y más hasta la entrada de los leones alados y las ruinas espectrales de la primigenia Sarkomand.

Cuando, después de un buen rato, Carter vio de nuevo la enfermiza luz del cielo nocturno de Sarkomand, fue para contemplar la gran plaza central bullendo de militantes gules y descarnadas alimañas de la noche. Estaba seguro de que el día no tardaría en llegar, pero el ejército era tan sólido que no sería necesario sorprender al enemigo. El resplandor verde cerca de las madrigueras aún brillaba levemente, pero la ausencia de gritos daba a entender que la tortura de los prisioneros había terminado por ahora. Susurrando instrucciones con sus barboteos a sus transportes, y al resto de la manada de descamadas alimañas de la noche sin jinete frente a ellos, los gules se alzaron al momento en enormes y resonantes columnas y sobrevolaron las lúgubres ruinas hacia la maldita llama. Carter ahora estaba junto a Pickman en la primera fila de gules y vio al acercarse al nauseabundo campamento que las bestias lunares estaban completamente desprevenidas. Los tres prisioneros yacían atados e inmóviles junto a la hoguera, mientras sus captores de cuerpo de sapo descansaban somnolientos por todos lados sin orden alguno. Los esclavos casi humanos estaban dormidos, incluso eludiendo sus deberes de centinelas, unas tareas que en este reino debían de parecerles sencillamente indiferentes.

La bajada en picado final de las descamadas alimañas de la noche y los jinetes gules fue muy repentina y. antes de que se oyese el menor ruido, las grisáceas blasfemias con forma de sapo y sus esclavos casi humanos fueron atrapados por un grupo de alimañas. Las bestias lunares, naturalmente. carecían de voz. e incluso los esclavos no tuvieron opción de gritar antes de que las gomosas garras provocaran su silencio. Fueron horribles las contorsiones de aquellas enormes anormalidades gelatinosas mientras las sardónicas alimañas de la noche las agarraban, pero no había nada que hacer contra la fuerza de aquellas prensiles garras negras. Cuando una bestia lunar

se retorcía con demasiada violencia, una descamada alimaña lo enganchaba y tiraba de sus temblorosos tentáculos rosas, lo que resultaba tan doloroso que la víctima dejaba de forcejear. Carter esperaba ver una gran matanza, pero descubrió que los gules eran mucho más sutiles en sus planes. Dieron ciertas órdenes simples y tajantes a las descamadas alimañas que sujetaban a los prisioneros y confiaron lo demás al instinto, y al instante las desafortunadas criaturas fueron llevadas en silencio al Gran Abismo para ser repartidas de manera imparcial entre bholes, gugos, lívidos y otros moradores de las tinieblas, cuya forma de alimentación no resulta indolora para sus víctimas. Entretanto, los tres gules atados habían sido liberados y consolados por sus victoriosos parientes, mientras varias partidas inspeccionaban los alrededores por si quedaba alguna bestia lunar y abordaban la pestilente galera negra en el muelle para asegurarse de que no escapaba ningún enemigo. Indudablemente, habían capturado a todos, ya que los vencedores no habían podido encontrar ninguna otra señal de vida. Carter, ansioso por conservar una vía de acceso al resto de la tierra del sueño, les pidió que no hundieran la galera ahí anclada, y esta petición le fue concedida, en gratitud a su gesto de comunicar el aprieto del trío capturado. En el barco se encontraron algunos objetos y adornos de lo más curiosos, algunos de los cuales Carter arrojó inmediatamente al mar.

Los gules y las descamadas criaturas de la noche ahora formaron en grupos separados, los primeros interrogando a los compañeros rescatados sobre sucesos pasados. Al parecer, los tres habían seguido las indicaciones de Carter y fueron desde el bosque encantado hasta Dylath— Leen por el curso del Nir y del Skai, robando ropa humana en las solitarias granjas y procurando caminar de la forma más parecida posible a los humanos. En las tabernas de Dylath-Leen sus grotescos modales y rostros habían suscitado muchos comentarios, pero insistieron con sus preguntas sobre cómo llegar a Sarkomand hasta que, al fin, un anciano viajero pudo orientarles. Entonces se enteraron de que sólo un barco hacia Lelag— Leng serviría para su propósito, y se prepararon para aguardar pacientemente a ese navío.

Pero los malvados espías sin duda se habían enterado de todo, pues poco después, una galera negra llegó a puerto y los mercaderes de rubíes de bocas anchas invitaron a los gules a beber con ellos en una taberna. El vino salía de aquellas siniestras botellas grotescamente talladas de un único rubí y, después de eso, los gules se encontraron prisioneros de la galera negra, como ya le había ocurrido a Carter. Sin embargo, esta vez. los invisibles remeros no pusieron rumbo a la luna, sino a la antigua Sarkomand, con la idea de llevar a sus prisioneros ante el sumo sacerdote que no debe ser descrito. Habían

tocado tierra en la escarpada roca en el mar del norte de la que los marineros de Inganok huían y los gules habían visto ahí por primera vez al verdadero capitán del barco; se pusieron enfermos a pesar de su propia brutalidad, ante tal exceso de maligna informidad y nauseabundo olor. Ahí. también, fueron testigos de innombrables pasatiempos de la guarnición de seres sapo — pasatiempos como provocar los aullidos nocturnos que los hombres temen. Tras eso llegó el atraque en la arruinada Sarkomand y el inicio de las torturas, cuya continuidad había evitado el presente rescate.

Pasaron a discutir los planes futuros y los tres gules rescatados sugirieron una incursión en la dentada roca y la exterminación de la guarnición con forma de sapo que se encontraba ahí. A esto, sin embargo, las descamadas alimañas se opusieron, ya que la perspectiva de volar sobre el agua no les agradaba. La mayoría de los gules aprobaban la idea, pero estaban perdidos en cuanto a cómo llevarla a cabo sin la ayuda de las aladas alimañas de la noche. Enseguida Carter, viendo que no podían navegar la galera anclada, se ofreció a enseñarles el uso de las grandes bancadas de remos; a lo que accedieron con entusiasmo. Llegó el gris día y bajo aquel plúmbeo cielo septentrional un selecto destacamento de gules subió a bordo del asqueroso barco y tomaron sus asientos en las bancadas de remos. Carter observó en ellos cierta aptitud para aprender y, antes de que anocheciera, ya se había arriesgado a dar varias vueltas de prueba alrededor del puerto. Sin embargo, no fue hasta tres días después cuando consideró que ya era seguro intentar la expedición de conquista. Entonces, los remeros se prepararon y las descarnadas alimañas se metieron a buen recaudo en el castillo de proa y, finalmente, la partida zarpó. Pickman y los otros jefes se reunieron en cubierta para discutir los planes de abordaje y el procedimiento.

Aquella misma noche ya se oyeron los aullidos de la roca. Su timbre era tal que toda la tripulación de la galera se estremeció visiblemente, pero sobre lodo temblaban los tres gules rescatados, que sabían exactamente lo que aquellos aullidos significaban. No se creyó oportuno atacar por la noche, así que el barco se mantuvo al pairo, bajo las fosforescentes nubes, a la espera del amanecer de un grisáceo día. Cuando hubo suficiente luz y se acallaron los aullidos, los remeros retomaron su boga y la galera se acercó más a aquella dentada roca cuyos pináculos de granito desganaban el cielo apagado de una manera increíble. Los laterales de la roca eran muy escarpados, pero en los salientes que había aquí y allá se podían ver las abultadas paredes de extrañas moradas sin ventanas y las barandillas que protegían los transitados caminos altos. Jamás ningún barco de hombres se había acercado tanto a aquel lugar o,

al menos, nunca se había acercado tanto y se había vuelto a marchar, pero Carter y los gules no tenían miedo y estaban firmemente decididos a rodear la cara este de la roca y buscar los muelles que el trío rescatado había dicho que se encontraban al sur, en el puerto que formaban dos abruptos promontorios.

Dichos promontorios eran prolongaciones de la propia isla y se acercaban tanto el uno al otro que, para entrar, los barcos tenían que pasar de uno en uno entre ellos. Parecía no haber vigilantes en el exterior, así que la galera entiló osadamente hacia aquel escarpado canal y se adentró en las fétidas aguas estancadas del puerto. Aquí, sin embargo, todo era bullicio y actividad, con varios barcos anclados a lo largo de un imponente muelle de piedra y decenas de esclavos semihumanos y bestias lunares pululando por el puerto, transportando cajas y contenedores o conduciendo innombrables y míticos horrores aparejados a pesados carruajes. Había una pequeña aldea de piedra en lo alto del acantilado vertical por encima de los muelles, de la que salía un sinuoso camino que serpenteaba hasta perderse de vista entre los salientes de la roca. Nadie podía decir qué secretos guardaba en su interior aquel prodigioso pico, pero lo que uno veía desde fuera no resultaba nada alentador.

Al ver la galera que se aproximaba, la muchedumbre del puerto mostró un gran entusiasmo: aquellos que tenían ojos miraban atentamente y los que no. movían expectantes sus tentáculos rosáceos. Por supuesto, no se habían percatado de que el navío negro había cambiado de manos, ya que los gules se parecen mucho a los astados casi humanos con pezuñas y las descarnadas alimañas de la noche estaban todas escondidas fuera de la vista. Llegado este momento, los líderes ya habían trazado un plan, que era soltar a las descamadas alimañas en cuanto tocaran puerto y, después, zarpar al instante, confiando todo al instinto de aquellas descerebradas criaturas. Abandonadas en la roca, los cornudos voladores primero atraparían a toda cosa viviente que encontraran y. después, incapaces de pensar en nada más que en términos de instinto de retorno, se olvidarían de su miedo al agua y volarían rápidamente de vuelta al abismo, llevando sus asquerosas presas a los destinos apropiados en las tinieblas, de donde casi nada sale con vida.

El gul que fuera Pickman bajó y dio unas simples instrucciones a las descarnadas alimañas, mientras que el barco ya casi tocaba los ominosos y fétidos muelles. Inmediatamente. Carter se dio cuenta de que los movimientos de la galera habían comenzado a levantar sospechas. Evidentemente, el timonel no se había dirigido hacia el muelle adecuado y los mirones probablemente habían notado la diferencia entre los horrorosos gules y los esclavos casi humanos cuyos lugares ocupaban. Debieron dar alguna alarma

silenciosa, pues, casi al momento, una horda de mefíticas bestias lunares empezó a acudir procedente de las pequeñas puertas de las casas sin ventanas y por el sinuoso camino a la derecha. Una lluvia de curiosas jabalinas golpeó la galera cuando la proa dio contra el muelle, matando a dos gules e hiriendo a otro, pero, en ese momento, se abrieron todas las escotillas para soltar una negra nube de ruidosas alimañas de la noche que se abalanzaron sobre la ciudad como una bandada de cornudos y ciclópeos murciélagos.

Las gelatinosas bestias lunares se habían procurado una gran pértiga y estaban intentando alejar al barco invasor, pero, cuando las descarnadas alimañas de la noche les golpearon, dejaron de pensar en ello. Era un espectáculo terrible ver a aquellos seres sin rostro y gomosos con sus pasatiempos y también resultaba tremendamente impresionante contemplar la densa nube de alimañas extendiéndose por la ciudad y subiendo por el sinuoso camino hasta llegar arriba. A veces, un grupo de los negros seres voladores, por error, dejaba caer desde las alturas a uno de los prisioneros con forma de sapo y la manera en la que estos reventaban resultaba tremendamente ofensiva a la vista y al olfato. Cuando la última descarnada alimaña salió de la galera, los jefes dieron la orden de alejarse y los remeros iniciaron una boga silenciosa, saliendo del puerto entre los promontorios grises, mientras seguía el caos de la batalla y la conquista en la ciudad.

El gul que fuera Pickman concedió a las descarnadas alimañas de la noche varias horas para que sus rudimentarias mentes tomaran una decisión y superaran su miedo a volar por encima del mar, y mantuvo la galera a kilómetro y medio de la escarpada piedra mientras esperaba, cuidando las lesiones de los heridos. Cayó la noche y el gris crepúsculo dejó paso a la enfermiza fosforescencia de las nubes altas, y, todo el rato, los jefes miraban los elevados picos de aquella maldita roca en busca de indicios del vuelo de las descarnadas alimañas. Hacia el amanecer, una mota negra fue vista sobrevolando tímidamente por encima del pináculo más alto y, al poco, la mota se había convertido en una nube. Justo después de que despuntara el día, la nube pareció dispersarse y, un cuarto de hora más tarde, había desaparecido por completo en la lejanía, en dirección al noreste. Una o dos veces pareció que caía algo de la menguante nube al mar, pero Carter no se preocupó, ya que sabía, por observación, que las bestias lunares con forma de sapo no podían nadar. Finalmente, cuando los gules comprendieron que todas las descamadas alimañas de la noche se habían marchado rumbo a Sarkomand y al Gran Abismo con su cargamento condenado, la galera regresó al puerto entre los grises promontorios, y la horrible tripulación al completo

desembarcó y deambuló curioseando por la roca desnuda, por sus torres y viviendas y por sus fortalezas talladas de sólida roca.

Aterradores fueron los secretos descubiertos en aquellas malignas y ciegas criptas, ya que abundaban los restos de sus pasatiempos interrumpidos, con distintos estados de desviación de su estado original. Carter quitó del camino ciertas cosas que de alguna manera seguían vivas y huyó precipitadamente de algunas otras que no sabía a ciencia cierta lo que eran. Las pestilentes casas estaban, en su mayoría, amuebladas con grotescos taburetes y bancos tallados en madera de árbol lunar, y dentro estaban decoradas con indescriptibles y frenéticos motivos. Había incontables armas, herramientas y ornamentos por todas partes, y también unos ídolos tallados en sólido rubí que mostraban seres singulares jamás vistos en la tierra. Estos últimos, pese a su valor material, no invitaban ni a la apropiación ni a la larga contemplación, y Carter se tomó la molestia de reducir cinco de ellos a añicos. Recogió las lanzas y las jabalinas esparcidas y, con el beneplácito de Pickman, las repartió entre los gules. Tales artilugios eran nuevos para los que corren como los perros, pero su relativa simplicidad les facilitó su manejo tras unas breves y concisas indicaciones.

Las zonas más elevadas de la roca albergaban más templos que casas privadas, y en muchas cámaras excavadas en la tierra se encontraron horribles altares esculpidos con cuencos con dudosas manchas y santuarios para la adoración de cosas más monstruosas que los taimados dioses sobre Kadath. Del fondo de un gran templo arrancaba un pasadizo bajo y oscuro que Carter siguió, antorcha en mano, adentrándose por la roca hasta un salón abovedado de enormes proporciones y sin luz, cuyos muros estaban cubiertos de tallas demoníacas y en cuyo centro se abría un fétido pozo sin fondo como el del espantoso monasterio de Leng en el que mora completamente sólo el sumo sacerdote que no debe ser descrito. En el lejano lado oscuro, al otro lado del nauseabundo pozo, creyó distinguir una pequeña puerta de bronce extrañamente forjado, pero por alguna razón sentía un incomprensible miedo ante la idea de abrirla o incluso de acercarse a ella y se apresuró a volver, a través de la cueva, junto a sus desagradables aliados, que deambulaban por ahí con una comodidad y un desenfreno que a él le costaba sentir. Los gules habían visto los inacabados pasatiempos de las bestias lunares, y los habían aprovechado a su manera. También encontraron un tonel de potente vino lunar y se lo llevaban rodando por los embarcaderos para cargarlo y emplearlo en sus tratos diplomáticos, a pesar de que el trío rescatado, recordando sus efectos al beberlo en Dylath-Leen, aconsejó a sus compañeros

que no lo probaran. Había una gran tienda de rubíes de minas lunares, tanto pulidos como sin trabajar, en uno de los sótanos cercanos al agua, pero cuando lo guies descubrieron que no se comían, perdieron todo el interés en ellos. Carter no intentó llevarse ninguno, ya que sabía demasiado acerca de las criaturas que los habían extraído.

De repente, se oyeron excitados sonidos chirriantes que llegaban de los muelles y los inmundos buscadores de comida dejaron sus tareas para mirar hacia el mar y reunirse junto al puerto. Entre los grises promontorios, una nueva galera negra avanzaba rauda y no pasaría ni un instante antes de que los casi humanos en cubierta percibieran que la ciudad había sido invadida y dieran la alarma a los monstruosos seres que iban abajo. Afortunadamente, los gules aún llevaban consigo las lanzas y las jabalinas que Carter les había repartido y, a su orden, aprobada por el ser que fuera Pickman, formaron una línea de batalla y se prepararon para evitar que el barco atracara. Inmediatamente, un estallido de agitación mostraba que la tripulación había descubierto el cambio de situación, y que la parada instantánea de la nave demostró que el superior número de gules se había notado y se había tenido en cuenta. Tras un momento de duda, los recién llegados dieron la vuelta silenciosamente y salieron pasando entre los promontorios nuevamente, pero los gules no creyeron ni por un instante que el conflicto se había evitado. O el oscuro navío buscaba refuerzos, o la tripulación intentaría desembarcar en algún otro lugar de la isla, así que se envió una partida de exploradores hacia el pináculo para ver cuál sería el rumbo del enemigo.

En escasos minutos regresó un gul, sin aliento, para decir que las bestias lunares y los casi humanos estaban desembarcando en las afueras del escabroso promontorio más oriental y que subían por unos caminos ocultos y unos salientes que ni siquiera una cabra podría pisar con seguridad. Casi inmediatamente después, se divisó la galera de nuevo a través del acanalado estrecho, pero sólo un instante. Entonces, al poco, un segundo mensajero llegó jadeante desde arriba para contar que otra partida estaba desembarcando en el otro promontorio; los dos grupos mucho más numerosos que lo que el tamaño de la galera parecía permitir. El propio barco, movido con lentitud por sólo una escasamente equipada bancada de remos, no tardó en dejarse ver entre los acantilados y entró en el fétido puerto como para presenciar la inminente refriega e intervenir si fuera necesario.

Llegado este momento, Carter y Pickman habían dividido a los gules en tres grupos, dos para recibir a las dos columnas invasoras y uno que permanecería en la ciudad. En el acto, los dos primeros treparon por las rocas

en sus respectivas direcciones, mientras que el tercero fue subdividido en dos partidas: una destinada a tierra y la otra al mar. La del mar. comandada por Carter, subió a bordo de la galera anclada y remó en busca de la poco tripulada nave de los recién llegados; con esto, la segunda se retiró a través del estrecho y hacia mar abierto. Carter no la persiguió de inmediato, porque sabía que tal vez se le necesitara con más urgencia cerca de la ciudad.

Mientras, los aterradores destacamentos de bestias lunares y casi humanos habían llegado a lo más alto de los promontorios y sus siluetas se recortaban espantosas contra el crepuscular cielo gris. Las delgadas flautas infernales de los invasores ya habían empezado a chirriar y el efecto general de aquellas híbridas procesiones medio amorfas era tan nauseabundo como el olor que efectivamente desprendían las blasfemias lunares con forma de sapo. Entonces, las dos partidas de gules aparecieron, recortándose también en lo alto. Las jabalinas empezaron a volar desde ambos lados y los crecientes gruñidos de los gules y los bestiales aullidos de los casi humanos poco a poco se unieron a los chirridos infernales de las flautas para formar un frenético e indescriptible caos endiabladamente cacofónico. De vez en cuando, caían cuerpos desde las estrechas crestas de los promontorios que al mar en el exterior o al puerto interior, en cuyo caso eran rápidamente absorbidos por ciertas criaturas submarinas cuya presencia sólo se delataba por las prodigiosas burbujas.

Durante media hora, esta doble batalla rugió bajo el cielo, hasta que los invasores del acantilado occidental fueron completamente aniquilados. Sin embargo, en el oriental, donde parecía estar presente el líder de la partida de bestias lunares, a los gules no les estaba yendo tan bien y, lentamente, se estaban retirando hacia las laderas de la cumbre en sí. Pickman no tardó en enviar refuerzos a este frente procedentes del grupo de la ciudad, que habían sido de gran ayuda en etapas anteriores del combate. Después, cuando acabó la batalla occidental, los victoriosos supervivientes corrieron a auxiliar a sus compañeros en apuros, dando la vuelta a la situación y forzando a los invasores a retirarse por la estrecha cresta del promontorio. Ya habían caído todos los casi humanos, pero el último de los horrores con forma de sapo luchó desesperadamente con grandes lanzas en sus poderosas y repugnantes zarpas. El momento de las jabalinas prácticamente había acabado y la lucha ahora se convirtió en una contienda cuerpo a cuerpo en la que pocos lanceros podían atacar a la vez debido a la estrechez de la cresta.

A medida que la furia y el arrojo aumentaban, el número de los que caían al mar también lo hacía. Aquellos que iban a parar al puerto se encontraban

con una extinción innominable por aquellas criaturas invisibles y burbujeantes. pero los que acababan en mar abierto pudieron nadar al pie de los acantilados y agarrase a los escollos, mientras la protectora galera del enemigo rescataba a varias bestias lunares. Los acantilados eran infranqueables excepto donde los monstruos habían desembarcado, así que ninguno de los gules que estaban en las rocas pudieron reincorporarse a la batalla. Algunos de ellos cayeron bajo las jabalinas de la hostil galera o de las bestias lunares que estaban por encima, pero unos pocos sobrevivieron para ser rescatados. Cuando parecía asegurado el triunfo de las partidas de tierra, la galera de Carter navegó entre los promontorios hasta el navío hostil en mar abierto, parando a recoger a los gules que estaban en las rocas o todavía nadando en el océano. Varias bestias lunares que habían llegado a las rocas o a los arrecifes fueron rápidamente puestas fuera de combate.

Por último, con la galera de las bestias lunares a una distancia prudencial y el ejército de tierra invasor concentrado en un único lugar, Carter desembarcó una tropa considerable en el promontorio oriental a espaldas del enemigo, tras lo cual la lucha fue realmente breve. Atacados por ambos frentes, los fétidos luchadores fueron rápidamente cortados en pedazos o empujados al mar. hasta que. al anochecer, los jefes de los gules acordaron que la isla volvía a estar libre de enemigos. Entretanto. la galera hostil había desaparecido y se decidió que la dentada roca maligna debía ser evacuada antes de que una arrolladora horda de horrores lunares fuera reclutada y se abalanzara sobre los vencedores.

De ese modo, por la noche. Pickman y Carter reunieron a todos los gules y pasaron revista cuidadosamente, descubriendo que habían perdido a más de un cuarto de sus efectivos en las batallas del día. Colocaron a ios heridos en las literas de la galera, ya que Pickman siempre desaconsejaba la antigua costumbre de los gules de rematar y comerse a sus propios heridos, y los individuos disponibles fueron asignados a los remos o a otros puestos donde pudieran resultar más útiles. Bajo la fosforescencia de las nubes nocturnas navegó la galera y Carter no lamentaba marcharse de aquella isla de secretos abominables, cuyo oscuro salón abovedado con su pozo sin fondo y su repulsiva puerta de bronce persistía sin descanso en su imaginación. El día sorprendió al barco frente a los derruidos muelles de basalto de Sarkomand. donde unas cuantas descarnadas alimañas de la noche aguardaban, como centinelas, sentadas como negras gárgolas astadas sobre las columnas rotas y las destrozadas esfinges de aquella temible ciudad que vivió y murió antes de la aparición del hombre.

Los gules acamparon entre las rocas caídas de Sarkomand, enviando un mensajero para que mandaran suficientes descamadas alimañas que les sirvieran de transporte. Pickman y los otros jefes fueron efusivos al mostrar su gratitud a Carter por la ayuda prestada, y Carter empezó a sentir que sus planes en verdad iban por buen camino y que ahora podría pedir ayuda a aquellas temibles criaturas no sólo para salir de aquella zona de la tierra del sueño. sino para emprender su última expedición en busca de los dioses sobre la ignota Kadath y la maravillosa ciudad del ocaso que tan extrañamente retenían de sus sueños. Por consiguiente, habló de estos temas con los jefes de los gules; les contó lo que sabía del frío erial en el que se alza Kadath y de los monstruosos shantaks y de las montañas esculpidas en forma de figuras bicéfalas que la custodian. Les habló del miedo que los shantaks tienen a las descamadas criaturas de la noche y de cómo los enormes pájaros hipocéfalos vuelan gritando desde las negras madrigueras en lo alto de los adustos picos grises que separan Inganok de la odiosa Leng. También les habló de todo lo que había aprendido acerca de las descamadas criaturas de la noche por los frescos en el monasterio sin ventanas del sumo sacerdote que no debe ser descrito; cómo incluso los Grandes Dioses las temen y cómo su señor no era el caos reptante Nyarlathotep, sino el inmemorial Nodens, Señor del Gran Abismo.

Carter barbotó todas estas cosas a los gules ahí reunidos y, al momento, resumió la petición que tenía en mente y que no creía nada extravagante, teniendo en cuenta los servicios que recientemente había prestado a los gomosos y perrunos corredores. Ansiaba fervientemente. dijo, los servicios de suficientes descarnadas alimañas como para llevarle de forma segura por los aires más allá del reino de los shantaks y de las montañas esculpidas, hasta el frío erial más allá de lo que ningún mortal ha llegado. Deseaba volar hasta el castillo de ónix sobre la ignota Kadath, en el frío erial, para suplicar a los Grandes Dioses por la ciudad del ocaso que le negaban, y estaba convencido de que las descarnadas alimañas le podían llevar ahí sin problema alguno, sobrevolando los peligros de la llanura y los horrorosos centinelas bicéfalos esculpidos en las montañas que, eternamente, se sientan en el gris crepúsculo. Pues con las astadas criaturas sin rostro no había peligro alguno, pues eran temidas incluso por los Grandes Dioses. Y aun cuando surgieran dificultades inesperadas por parte de los Otros Dioses, que son propensos a inmiscuirse en los asuntos de los benignos dioses de la tierra, las descamadas criaturas no tienen por qué preocuparse, ya que los infiernos exteriores les son indiferentes

a estos silenciosos y resbaladizos seres voladores, puesto que su amo no es Nyarlathotep, sino que se inclinan sólo ante el poderoso y arcaico Nodens.

Una bandada de diez o quince descamadas alimañas de la noche, barbotó Carter, sin duda serían suficientes para mantener lejos a cualquier combinación de shantaks, aunque tal vez fuese bueno tener también algunos gules en el equipo para que dirigiesen a las criaturas, ya que ellos conocían mejor a los macabros aliados que los hombres. El grupo podía dejarle a él en algún punto conveniente entre los muros que tuviera aquella ciudadela de ónix, esperando en las sombras a su regreso o a su señal, mientras él se aventuraba en el interior del castillo para rezar a los dioses de la tierra. Si alguno de los gules se ofrecía a escoltarlo hasta la sala del trono de los Grandes Dioses, él se lo agradecería, porque su presencia añadiría peso e importancia a su súplica. Sin embargo, no insistiría en ello, pues sólo quería que le transportaran hasta el castillo sobre la ignota Kadath y, desde ahí, a la última etapa de su viaje, que sería la maravillosa ciudad del ocaso, si los dioses se mostraban favorables, o de vuelta a la Puerta del Sueño Profundo que se dirige a la tierra en el encantado bosque, en caso de que sus oraciones resulten vanas.

Mientras Carter hablaba, todos los gules escuchaban con gran atención y, a medida que pasaba el tiempo, el cielo se ennegreció con nubes de aquellas descarnadas alimañas de la noche a las que se habían ido a buscar. Los horrores alados se sentaron en un semicírculo alrededor del ejército de gules y aguardaron respetuosamente mientras los jefes de aspecto perruno estudiaban la petición del viajero terrestre. El gul que fuera Pickman habló seriamente con sus compañeros y, finalmente, le ofrecieron a Carter mucho más de lo que jamás habría esperado. Como había ayudado a los gules en su conquista sobre las bestias lunares, ellos también le ayudarían a él en su osado viaje a reinos de los que nadie había regresado; y no sólo le prestaron algunos de sus aliados, las descarnadas alimañas, sino todo el ejército ahí acampado: los gules veteranos y curtidos en batallas y las descamadas alimañas recién incorporadas, salvo una pequeña guarnición para custodiar la galera negra y el botín capturado en la escalpada roca. Partirían por aire cuando él deseara y, cuando llegaran a Kadath, le escoltaría un nutrido grupo de gules mientras él exponía su petición ante los dioses de la tierra en su castillo de ónix.

Conmovido por una gratitud y una satisfacción indescriptibles, Carter trazó los planes para su osado viaje con los jefes de los gules. Decidieron que el ejército volaría alto, por encima de la horrible meseta de Leng con su monasterio sin nombre y sus malvadas aldeas de piedra, deteniéndose sólo en

los vastos picos grises para consultar con las descamadas alimañas espantadoras de shantaks, cuyas madrigueras convertían en colmenas las cumbres. Después, según el consejo que les dieran aquellas criaturas, elegirían el trayecto final para acercarse a Kadath: bien por el desierto de las montañas esculpidas al norte de Inganok, bien por las regiones más septentrionales de la propia meseta de Leng. Los perrunos gules y las desalmadas alimañas no tenían ningún miedo a lo que aquel desierto jamás hollado pudiera revelar, y tampoco sentían ningún temor que los disuadiera ante la solitaria e imponente Kadath con su misterioso castillo de ónix.

Cerca del mediodía, los gules y las descamadas alimañas se prepararon para emprender el vuelo; cada gul seleccionó la pareja apropiada de cornudas cabalgaduras para que lo llevara. Carter fue colocado a la cabeza de la columna junto a Pickman, y. enfrente de todo, una doble fila de alimañas sin jinete, como vanguardia. A una voz de Pickman, el impactante ejército alzó el vuelo en una nube de pesadilla por encima de las columnas rotas y las destrozadas esfinges de la primigenia Sarkomand, cada vez más y más alto, hasta que incluso el gran acantilado de basalto tras la ciudad fue rebasado, y la fría y estéril meseta de las afueras de Leng se extendía bajo sus ojos. Aún más alto volaron los negros portadores, hasta que incluso esta meseta se hacía pequeña bajo ellos y. cuando pusieron rumbo al norte sobre la meseta del horror barrida por el viento. Carter volvió a ver con un escalofrío el círculo de toscos monolitos y los edificios bajos y sin ventanas que sabía que albergaban a aquella temible blasfemia con máscara de seda de cuyas garras había milagrosamente escapado. Esta vez no hubo ningún descenso cuando el ejército sobrevolaba como murciélagos el árido paisaje, pasando sobre los débiles fuegos de las malsanas aldeas de piedra a gran altura y sin detenerse para nada para observar las mórbidas contorsiones de los cornudos casi humanos con pezuñas que ahí bailaban y hacían sonar flautas eternamente. En un momento, vieron un pájaro shantak volando bajo sobre la llanura, pero, en cuanto los vio. soltó un chillido pernicioso y salió volando hacia el norte presa de un pánico grotesco.

Al atardecer, llegaron a los escarpados picos grises que forman la barrera de Inganok y revolotearon en torno a aquellas extrañas cuevas cerca de las cumbres que Carter recordaba tan temibles como los shantaks. Ante los gritos insistentes de los jefes de los gules, salió de cada elevada madriguera una oleada de cornudas y negras criaturas voladoras, con las que los gules y las descamadas alimañas de la noche a la larga acabaron comunicándose mediante gestos repugnantes. No tardó en verse claro que el mejor trayecto

sería por encima del frío erial al norte de Inganok, ya que la zona norte de la meseta de Leng está repleta de invisibles obstáculos que desagradan incluso a las descarnadas alimañas; influencias abismales que se juntan en un determinado edificio semiesférico sobre unas lomas extrañas que el folclore popular vincula desagradablemente con los Otros Dioses y con su caos reptante Nyarlathotep.

Las alimañas de la noche de las rocas no sabían casi nada sobre Kadath, salvo que debía haber algo maravilloso e imponente al norte, custodiado por los shantaks y las montañas esculpidas. Aludieron a ciertas anormalidades de grandes proporciones en aquellas extensiones jamás holladas y recordaron vagos rumores sobre un reino en el que la noche impera eternamente. Pero datos concretos no podían aportar. Así que Carter y su equipo les dieron las gracias amablemente y, tras cruzar las cumbres graníticas más altas que se alzan en los cielos de Inganok. descendieron por debajo del nivel de las fosforescentes nubes y contemplaron en la distancia aquellas terribles gárgolas sentadas que fueron las montañas, hasta que una mano gigantesca esculpiera la imagen del terror en su roca virgen.

Ahí se sentaban, en un semicírculo infernal, con sus patas sobre la arena del desierto y sus mitras atravesando las luminosas nubes; siniestras, como lobos bicéfalos, con rostros airados y sus manos derechas alzadas, observando oscamente y con malicia el borde del mundo humano y custodiando con horror las fronteras del frío mundo septentrional que no es humano. De su horrible regazo surgían perversos shantaks grandes como elefantes, pero todos ellos huían con risitas demenciales cuando la vanguardia de descamadas alimañas era avistada en el cielo. El ejército voló hacia el norte, por encima de aquellas montañas como gárgolas y de leguas de un tenue desierto en el que nunca se alzaba ningún punto de referencia. Las nubes cada vez eran menos luminosas. hasta que, finalmente. Carter sólo podía ver la oscuridad a su alrededor, pero en ningún momento los alados transportes flaquearon, criados, como estaban, en las criptas más oscuras de la tierra y carentes de ojos, ya que veían con toda la fría y húmeda superficie de su resbaladizo cuerpo. Y volaron más y más, a través de vientos con dudosos olores y sonidos de dudosa procedencia; y recorriendo distancias tan prodigiosas que Carter se preguntaba si seguirían o no en el mundo de la tierra del sueño.

Entonces, de repente, las nubes perdieron consistencia y las estrellas brillaron sobre ellos. Por abajo, todo seguía negro, pero aquellos pálidos faros en el cielo parecían tener un significado y una dirección que jamás habían tenido en ningún otro lugar. No se trataba de que las figuras en las

constelaciones fueran diferentes, sino que las mismas y familiares formas ahora mostraban un significado que antes no transmitían. Todo convergía hacia el norte; cada curva y asterismo[39] del brillante cielo formaba parte de un vasto diseño cuya función era orientar primero la mirada y luego a todo el observador hacia algún secreto y terrible objetivo de convergencia más allá del frío erial que se extendía infinitamente ante ellos. Carter miró hacia el este, donde la gran barrera de picos amurallaba las fronteras de Ignarok, y vio recortada contra las estrellas una dentada silueta que atestiguaba que su presencia continuaba. Estaba ahora más rota, con grietas abiertas y pináculos fantásticamente erráticos, y Carter estudió detenidamente los sugerentes giros e inclinaciones del grotesco perfil, que parecía compartir con las estrellas una sutil tendencia al norte.

Volaban a una velocidad tremenda, de modo que el observador tenía que esforzarse por captar los detalles, cuando, de repente, vio justo por encima de la línea de los picos más altos un objeto, oscuro y móvil, recortado contra las estrellas y cuyo curso era exactamente paralelo al de su extraña expedición. Los gules también lo habían atisbado; Carter lo oyó murmurar entre ellos y, por un instante, creyó que el objeto era un shantak gigante, de un tamaño enormemente superior a la media de la especie. Sin embargo, no tardó en ver que su teoría no se sostenía, porque la forma de la cosa sobre las montañas no era la de un pájaro hipocéfalo. Su perfil recortado contra las estrellas, tan confuso como era, recordaba más a una enorme cabeza con mitra o a un par de cabezas infinitamente magnificadas, y su rápido vuelo arriba y abajo por el cielo parecía que se producía sin alas. Carter no podía decir a qué lado de las montañas estaba, pero no tardó en darse cuenta de que, cuando la altitud de la cordillera descendía, la forma que había visto se alargaba hacia abajo en un cuerpo que tapaba todas las estrellas.

Luego vino un profundo hueco en la cordillera, donde los confines de la transmontana Leng se unían con el frío erial en este lado por un paso bajo a través del cual las estrellas brillaban pálidas. Carter observó esta abertura con sumo cuidado, sabiendo que podría ver recortada contra el cielo tras ella las partes más bajas de la inmensa cosa que volaba de forma ondulante por encima de las cumbres. El objeto ahora había avanzado un poco y todos los ojos del grupo estaban fijos en la grieta en la que inmediatamente iba a aparecer la silueta de la criatura al completo. Poco a poco, la enorme cosa que sobrevolaba las cumbres se acercó al hueco, moderando su velocidad como si fuera consciente de que había dejado atrás al ejército de gules. Durante otro minuto, el suspense fue agudo y, entonces, durante un breve instante, se

reveló la silueta al completo. De los labios de los gules salió un grito de terror y un chirrido medio ahogado de miedo cósmico y el alma del viajero sintió un escalofrío que no había sentido jamás. Pues la descomunal forma bamboleante que coronaba la cumbre sólo era una cabeza —una doble cabeza mitrada— y, bajo ella, con su terrible inmensidad, avanzaba a zancadas por el desierto helado el cuerpo monstruoso e hinchado al que pertenecía. La monstruosidad, enorme como una montaña, caminaba de manera furtiva y silenciosa: aquella deformación con forma de hiena con una silueta antropoide gigante que trotaba al contraluz con su par de cabezas con mitras cónicas que llegaban a media altura del cénit.

Carter no perdió la conciencia, ni siquiera dejó escapar ningún gritó, ya que era un soñador veterano, pero miró hacia atrás horrorizado y se estremeció cuando vio las siluetas de otras monstruosas cabezas por encima del nivel de los picos, avanzando bamboleantes detrás de la primera. Y justo detrás de ellas se veían tres de las portentosas figuras talladas en las montañas bajo la luz de las estrellas del sur. caminando pesadas y sigilosas como lobos, con sus altas mitras balanceándose a miles de metros de altura. Por tanto, las montañas esculpidas no habían permanecido sentadas en aquel rígido semicírculo al norte de Inganok con sus manos derechas alzadas. Tenían tareas que llevar a cabo y no las habían descuidado. Pero era horrible que nunca hablaran y que jamás hicieran el menor ruido al caminar.

Entretanto, el gul que fuera Pickman había dado orden a las descarnadas alimañas de la noche y el ejército al completo se elevó aún más en los aires. La columna se dirigió velozmente hacia las estrellas, hasta que nada se recortó en el cielo, ni la gris cordillera de granito inmóvil ni las esculpidas y mitradas montañas que caminaban. Bajo ellos, todo era oscuridad mientras las voladoras legiones avanzaba hacia el norte entre furiosos vientos e invisibles risas en el éter, y ni un shantak ni ninguna otra entidad menos mencionable subió desde el maligno erial para perseguirles. Cuanto más avanzaban, más rápido volaban, hasta que pronto su mareante velocidad parecía sobrepasar la de una bala de rifle y se aproximó a la de un planeta en su órbita. Carter se preguntó cómo, con semejante velocidad, la tierra aún se extendiera bajo ellos, pero sabía que en la tierra del sueño las dimensiones poseían propiedades extrañas. Estaba convencido de que se encontraban en un reino de noche eterna e imaginó que las constelaciones sobre su cabeza habían enfatizado sutilmente su orientación hacia el norte, reuniéndose todas como si fueran a lanzar un ejército volador al vacío del polo boreal, como los pliegues

de una bolsa se comprimen para sacar de su fondo hasta el último fragmento de su contenido.

Entonces percibió con terror que las alas de las descarnadas alimañas de la noche ya no se movían. Las cornudas cabalgaduras sin rostro habían plegado sus membranosos apéndices y descansaban, bastante pasivas, en el caos del viento que se arremolinaba y se reían mientras las arrastraba. Una fuerza que no era de la tierra se había apoderado del ejército y tanto los gules como las descamadas alimañas de la noche estaban impotentes ante una corriente que les empujaba intensa e inexorablemente hacia el norte, de donde ningún mortal ha regresado jamás. Finalmente, se vislumbró una solitaria y pálida luz en el horizonte frente a ellos que se fue elevando a medida que se acercaban, y bajo ella tenía una mole negra que tapaba las estrellas. Carter supo que debía ser algún faro en la montaña, ya que sólo una montaña podía ser tan vasta como para ser vista desde tan prodigiosa altura.

La luz se fue elevando más y más, así como la negrura bajo ella, hasta que la mitad del cielo del norte estaba oscurecido por la escabrosa mole cónica. Tan alto como viajaba el ejército, aquel pálido y siniestro faro se alzaba por encima, descollando monstruosamente por encima de todos los picos y demás accidentes de la tierra y saboreando el éter sin átomos donde la críptica luna y los alocados planetas dan vueltas. Aquellas montañas que se alzaban ante ellos no era ninguna de las conocidas por el hombre. Las altas nubes allá abajo no eran más que flecos para sus faldas. El mareante aire irrespirable de las capas altas no era más que una faja para sus lomos. Desdeñoso y espectral escalaba aquel puente entre la tierra y el cielo, negro en la noche eterna y coronado con un pskent de desconocidas estrellas cuyo horrible y significativo trazado se iba haciendo cada vez más claro. Los gules chirriaron asombrados cuando lo vieron, y Carter tembló de miedo ante la posibilidad de que todo el veloz ejército se estrellara contra el inflexible ónix de aquel ciclópeo acantilado.

Y la luz se elevó más y más alto, hasta juntarse con las más elevadas órbitas del cénit, y parpadeó hacia los voladores con evidente sarcasmo. Todo el norte bajo ella estaba ya a oscuras; terrible y pétrea oscuridad desde las profundidades infinitas hasta las alturas infinitas, sin más que un pálido y parpadeante fanal posado inalcanzable en lo más alto de toda visión. Carter estudió la luz más detenidamente y al fin vio qué líneas de su oscuro fondo se recortaban contra las estrellas. Había torres sobre esa titánica cumbre; horribles y abovedadas torres sobre pavorosas e incalculables filas y agrupaciones más fantásticas de lo que cualquier hombre pudiera elaborar.

Almenas y asombrosas y amenazantes terrazas, todas negras y diminutas en la lejanía, se recortaban contra el estrellado pskent que brillaba malévolo en el borde superior de aquel espectáculo. Coronando aquel inconmensurable conjunto de montañas había un castillo que rebasaba todo pensamiento mortal y en él brillaba una luz diabólica. Entonces, Randolph Carter comprendió que su búsqueda había acabado y que lo que tenía ante sí era el objetivo de todos sus pasos prohibidos y de todas sus osadas visiones; el fabuloso e increíble hogar de los Grandes Dioses sobre la ignota Kadath.

En el mismo momento en el que se dio cuenta de esto. Carter percibió un cambio en el rumbo de la expedición. inexorablemente sorbida por el viento. Se elevaban de manera abrupta y era evidente que el destino de su vuelo era el castillo de ónix donde brillaba la pálida luz. La negra montaña estaba tan cerca que la velocidad a la que pasaban sus laderas resultaba mareante mientras ascendían, y. en la oscuridad, no podían distinguir nada sobre ella. Cada vez mayores se alzaban las tenebrosas torres del oscuro castillo, y Carter podía ver que resultaba casi blasfemo por su inmensidad. Bien podían sus sillares haber sido tallados por canteros sin nombre en aquel horrible abismo abierto en la roca en la montaña un poco al norte de Inganok, pues tal era su tamaño que un hombre a su lado parecería una hormiga ante los peldaños de la mayor fortaleza terrestre. El pskent de estrellas desconocidas sobre la miríada de torretas con cúpulas brilló con un destello amarillento y enfermizo, de manera que una especie de crepúsculo flotaba entre las oscuras paredes de resbaladizo ónix. El pálido fanal ahora se veía como una única ventana brillante en la parte superior de una de las torres más altas y, mientras el desamparado ejército se acercaba a la cúspide de la montaña, Carter pensó haber detectado antipáticas sombras revoloteando por la débilmente iluminada explanada. Se trataba de una ventana con extraños arcos y con un diseño completamente ajeno a la tierra.

La sólida roca dio paso entonces a los gigantescos cimientos del monstruoso castillo y pareció que la velocidad de la expedición se reducía un poco. Vastas paredes se alzaban y se vislumbró un gran pórtico que absorbió a los viajeros. Todo era noche en el titánico patio y luego llegó la oscuridad más profunda de las cosas más recónditas, al precipitarse por el enorme pórtico arqueado. Vórtices de viento húmedo y helador surgieron en la oscuridad de aquellos laberintos de ónix, y Carter jamás podría decir qué escaleras ciclópeas y corredores se extendían silenciosos en la ruta de su interminable carrera aérea. La terrible zambullida en la oscuridad siempre llevaba hacia arriba y ni un sonido ni un roce ni un destello rompió el denso

velo de misterio. Tan grande como era el ejército de gules y de descarnadas alimañas de la noche, aun así, se perdía en los prodigiosos vacíos de aquel castillo supraterrenal. Y cuando al fin, de repente, se iluminó todo a su alrededor con esa espeluznante luz de aquella habitación de la torre, cuyas elevadas ventanas habían servido de fanal, a Carter le llevó un tiempo distinguir las lejanas y altas paredes y el elevado techo, y le costó darse cuenta de que, en verdad, ya no se encontraba en el infinito aire exterior.

Randolph Carter esperaba haber entrado en la sala del trono de los Grandes Dioses con aplomo y dignidad, flanqueado y seguido por la impresionante fila de gules en riguroso orden ceremonial, y ofrecer su petición como un gran señor libre y poderoso entre los soñadores. Sabía que los Grandes Dioses no superan en poderío a los mortales y había confiado a la suerte que los Otros Dioses y su caos reptante Nyarlathotep no fueran en su ayuda en el momento crucial, como con tanta frecuencia habían hecho antes cuando los hombres buscaban a sus dioses terrenales en sus casas o en sus montañas. Y había esperado desafiar con su horrible escolta incluso a los Otros Dioses si fuera necesario, sabiendo, como sabía, que los gules no tienen amos y que las descarnadas criaturas no obedecen a Nyarlathotep sino al arcaico Nodens como su señor. Pero ahora veía que la celestial Kadath, en su frío erial, estaba en realidad cercada por oscuros e indescriptibles centinelas y que los Otros Dioses sin duda vigilan atentamente a los tranquilos y débiles dioses de la tierra. Aun carentes de poderío sobre los gules y las descamadas alimañas, las descerebradas e informes blasfemias del espacio exterior pueden controlarlos llegado el momento, así que no fue con las prerrogativas de libre y poderoso señor de soñadores como Randolph Carter llegó, con sus gules, a la sala del trono de los Grandes Dioses. Arrastrado y arreado por las tormentosas tempestades de las estrellas, y acosado por horrores invisibles de la inmensidad septentrional, todo el ejército flotaba cautivo y desamparado bajo la espeluznante luz, y cayó sobre el suelo de ónix cuando, obedeciendo una orden muda, los vientos del terror se disiparon.

Randolph Carter no llegó ante ningún estrado dorado, ni había ahí ningún círculo augusto de seres coronados o con halos, con ojos rasgados, orejas de lóbulos grandes, nariz estrecha y barbilla puntiaguda cuyo parecido con el rostro esculpido en el Ngranek pudiera señalarles como aquellos a los que el soñador debía dirigir sus plegarias. Salvo por aquella sala de la torre, el castillo de ónix sobre Kadath era oscuro y sus amos no estaban ahí. Carter había llegado a la ignota Kadath, en el frío erial, pero no había encontrado a los dioses. Sin embargo, la pálida luz seguía brillando en aquella habitación

de la torre, cuyo tamaño era poco menor que todo el exterior y cuyas distantes paredes y techo se perdían de vista en las fluidas y curvadas brumas. Los dioses de la tierra no estaban ahí, eso era cierto, pero no faltaban presencias más sutiles y menos visibles. Cuando los tranquilos dioses de la tierra están ausentes, ios Otros Dioses no dejan de tener representación y, sin duda, el castillo de castillos de ónice estaba muy lejos de encontrarse deshabitado. Con qué atroz forma o formas el terror se mostraría, Carter no lo podía ni imaginar. Sentía que su visita era esperada y se preguntó cómo de cerca le había estado vigilando el caos reptante Nyarlathotep. Porque es a él, a Nyarlathotep. horror de formas infinitas y espíritu terrible y mensajero de los Otros Dioses, a quien sirven las fungosas bestias lunares; y Carter recordó la galera negra que se había desvanecido cuando las anormalidades con forma de sapo vieron perdida la batalla en la dentada roca en el mar.

Reflexionando sobre estas cosas, estaba completamente abrumado en medio de aquella pesadilla que le acompañaba cuando sonó sin previo aviso, a través de la ilimitada habitación pálidamente iluminada, el horrible estruendo de una trompeta diabólica. Tres veces sonó aquel espeluznante y descarado grito, y cuando los ecos del tercer toque enmudecieron con una risita entre dientes, Randolph Carter vio que estaba solo. No podía adivinar adónde, por qué y cómo habían sido arrebatados los gules y las descarnadas alimañas de la noche de su lado. Sólo sabía que de repente estaba solo y que cuales fueran los poderes invisibles que acechaban burlonamente a su alrededor no procedían de la amistosa tierra del sueño terrenal. En ese momento, de los rincones más recónditos de la sala, surgió un sonido. Este también era una rítmica trompeta, pero de una naturaleza completamente distinta a los tres estridentes toques que habían disuelto a su horripilante séquito. En esta suave fanfarria resonaban todas las maravillas y las melodías de los sueños etéreos: exóticas vistas de una belleza jamás imaginada flotaban en cada extraño acorde y en cada sutil cadencia extraterrestre. Los aromas a incienso llegaban para acompañar a las doradas notas y. por encima, surgió una gran luz, con sus colores cambiando en ciclos desconocidos para el espectro terrenal al ritmo de las melodías de las trompetas, creando extrañas y armónicas sinfonías. A lo lejos, brillaban unas antorchas y el ritmo de los tambores palpitaba cada vez más cerca en medio de una atmósfera de tensa expectación.

De las fluidas brumas y de la nube de extraño incienso surgieron dos columnas de gigantescos esclavos negros vestidos con taparrabos de seda iridiscente. Sobre sus cabezas portaban grandes antorchas en forma de cascos

de reluciente metal de las que emanaba la fragancia de bálsamos misteriosos en espirales de humo. En su mano derecha portaban varas de cristal cuyo extremo superior estaba tallado con maliciosas quimeras, mientras que en la izquierda sostenían largas y delgadas trompetas plateadas que hacían sonar por tumos. Llevaban brazaletes y tobilleras de oro y, entre cada par de tobilleras se extendía una cadena dorada que les obligaba a llevar un paso lento. Resultaba aparente que se trataba de auténticos hombres negros de la tierra del sueño, pero parecía menos probable que sus ritos y atuendos fueran completamente de nuestra tierra. A tres metros de Carter. las columnas se detuvieron, al tiempo que sus trompetas sonaron de golpe en los gruesos labios de sus portadores. El estruendo que surgió fue salvaje y exaltado, y más salvaje aún el grito que brotó inmediatamente después de las oscuras gargantas que. de alguna forma y por algún extraño artificio, le hizo estremecer.

Entonces, por el ancho pasillo entre las dos columnas, avanzó una solitaria figura, alta y esbelta, con el joven rostro de un antiguo faraón, vestido con ropajes prismáticos y coronado con un pskent dorado que resplandecía con luz propia[40]. Se acercó a Carter aquella figura majestuosa, cuyo orgulloso porte y rasgos morenos le otorgaban la fascinación de un dios oscuro o de un arcángel caído, y cuyos ojos parecían ocultar el lánguido destello de un humor caprichoso[41]. Habló, y en sus dulces tonos vibró la suave música de las corrientes del Leteo.

—Randolph Carter, —dijo la voz—, has venido a ver a los Grandes Dioses, algo prohibido a los hombres. Los centinelas han hablado de esto y los Otros Dioses han gruñido mientras bailaban torpe y descuidadamente al ritmo de las delgadas flautas en el definitivo y oscuro vacío donde mora el sultán de los demonios cuyo nombre nadie se atreve a pronunciar.

»Cuando Barzai el Sabio escaló el Hatheg-Kla para ver bailar a los Grandes Dioses y aullar por encima de altas nubes bajo la luz de la luna, jamás regresó. Los Otros Dioses estaban ahí e hicieron lo esperado. Zenig de Aforat intentó alcanzar la ignota Kadath en el frío erial y su calavera ahora se encuentra en un anillo en el meñique de alguien que no hace falta mencionar.

»Pero tú, Randolph Carter, te has enfrentado a todo en la tierra del sueño y aún arde en ti la llama de la aventura. No viniste como un curioso, sino como alguien que busca cumplir su deber, y jamás has dejado de venerar a los benevolentes dioses de la tierra. Sin embargo, estos dioses han apartado de tus sueños la maravillosa ciudad del ocaso, y lo han hecho por su propia codicia,

porque ciertamente deseaban la extraña belleza que tu imaginación había creado y juraron que en adelante ningún otro lugar sería su morada.

»Se han marchado del castillo en la ignota Kadath para habitar tu maravillosa ciudad. Por todos sus palacios de mármol veteado pasean por el día y, cuando se pone el sol, salen a los perfumados jardines y contemplan la dorada gloria de los templos y las columnatas, de los arqueados puentes y las fuentes de plata, y de las amplias calles con urnas cubiertas de flores en resplandecientes filas. Y cuando llega la noche, suben a las altas terrazas bajo el rocío o se sientan en esculpidos bancos de pórfido mirando las estrellas, o se asoman por las balaustradas para observar los empinados pueblos al norte, donde, una a una, las pequeñas ventanas sobre viejos gabletes picudos empiezan a brillar delicadamente con la suave luz amarilla de modestas velas.

»Los dioses adoran tu maravillosa ciudad y han abandonado sus maneras de dioses. Han olvidado las altas regiones de la tierra y las montañas que conocieron en su juventud. La tierra ya no tiene dioses que sean dioses, y sólo los Otros Dioses del espacio exterior mantienen la influencia en la olvidada Kadath. En el lejano valle de tu propia juventud. Randolph Carter, juegan ahora imprudentes los Grandes Dioses. Has soñado demasiado bien. ¡oh, sabio archisoñador! pues has arrancado a los dioses de los sueños del mundo de las visiones de los hombres para lanzarlos a aquel que es completamente tuyo, habiendo construido a partir de las pequeñas fantasías de tu infancia una ciudad más bella que todos los espectros anteriores.

»No es bueno que los dioses de la tierra abandonen sus tronos a la araña para que teja sus telas y su reino a los Otros Dioses para que gobiernen a su oscura manera. De buena gana, los poderes exteriores lanzarían el caos y el horror sobre ti. Randolph Carter, que eres la causa de su malestar, pero saben que sólo tú puedes hacer que regresen los dioses a su mundo. En esa tierra del sueño medio vigil que te pertenece, ningún poder de la más oscura noche puede influir y sólo tú puedes alejar a los egoístas Grandes Dioses amablemente de tu maravillosa ciudad del ocaso, para que retornen, a través del crepúsculo septentrional, hasta su acostumbrado lugar sobre la ignota Kadath, en el frío erial.

»Así pues. Randolph Carter, en el nombre de los Otros Dioses, te perdono y conmino a que cumplas mi voluntad. Te ordeno que busques esa ciudad del ocaso que es tuya y que envíes de vuelta a los somnolientos y holgazanes dioses, a los que la tierra del sueño aguarda. No es difícil encontrar esa fiebre rosada de los dioses, esa fanfarria de trompetas sobrenaturales y el estruendo de los címbalos inmortales; ese misterio cuyo lugar y significado te han

perseguido por los salones del mundo de la vigilia y por los abismos del sueño, y que te han atormentado con insinuaciones de recuerdos evanescentes y el dolor de cosas perdidas, impresionantes y trascendentales. No es difícil encontrar aquel símbolo y reliquia de tus días de ensueño, porque, en verdad, no es más que la inalterable y eterna gema en la que toda maravilla reluce cristalizada, iluminando tu camino nocturno. ¡Contempla! Tu búsqueda no debe ser por desconocidos mares, sino por años conocidos y pasados, hacia las brillantes y extrañas cosas de la infancia y los rápidos atisbos de magia, bañados por el sol, que los viejos paisajes despiertan en una mirada joven.

»Porque has de saber que tu dorada y marmórea ciudad de ensueño sólo es la suma de lo que viste y amaste en tu juventud. Es la gloria de los tejados de la ladera de Boston y las ventanas de poniente encendidas con la luz del atardecer; de las flores del fragante Common y la gran cúpula sobre la colina y la maraña de gabletes y chimeneas en el valle violeta donde el Charles discurre perezosamente bajo sus innumerables puentes. Todo esto viste, Randolph Carter, cuando tu niñera te sacó de paseo por primera vez en primavera, y será lo último que veas con los ojos de la memoria y el amor. Y es la antigua Salem, con su historia sombría, y la espectral Marblehead**[42]** escalando sus rocosos precipicios de vuelta a siglos pasados, y la gloria de las torres y los chapiteles de Salem que se ven desde los lejanos pastos de Marblehead, al otro lado del puerto, contra el sol poniente.

»Y es Providence, pintoresca y señorial, con sus siete colinas sobre el puerto azul**[43]**, con verdes terrazas que conducen a campanarios y ciudadelas de una antigüedad aún viva; y Newport, que se eleva fantasmal desde su rompeolas dormido. Arkham está ahí, con sus tejados de granero cubiertos de musgo y sus praderas ondulantes y rocosas detrás; y la antediluviana Kingsport, blanqueada por los años, con apiladas chimeneas y puertos desiertos y buhardillas colgantes, y la maravilla de los altos acantilados y el océano cubierto por brumas lechosas con boyas perdidas mar adentro.

Los fríos valles del Concord, las calles empedradas de Portsmouth, los sombríos recodos de los caminos de la rústica Nueva Hampshire en los que olmos gigantes casi ocultan las blancas paredes de las granjas y los chirriantes brocales de los pozos. Los muelles salitrosos de Gloucester y los ventosos sauces de Truro. Paisajes de distantes pueblos con sus campanarios y colinas detrás de colinas por toda la Orilla Norte; tranquilas cuestas pedregosas y cabañas bajas cubiertas de hiedra a sotavento de los inmensos peñascos del campo de Rhode Island. Los aromas del mar y la fragancia de los campos; el hechizo de los oscuros bosques y la alegría de los vergeles y de los jardines al

alba. Todo esto, Randolph Carter, conforma tu ciudad, porque todo ello eres tú. Nueva Inglaterra te dio la vida y derramó en tu alma un líquido de belleza que no puede perecer. Esta belleza, moldeada, cristalizada y pulida con años de recuerdos y sueños, es tu escalonada maravilla de esquivos ocasos. Y para encontrar ese parapeto de mármol con curiosas urnas y esculpidos pasamanos, y descender al fin todos aquellos interminables peldaños abalaustrados a la ciudad de amplias plazas y prismáticas fuentes, sólo necesitas regresar a aquellos pensamientos y visiones de tu anhelada niñez.

»¡Mira! A través de esa ventana brillan las estrellas de la noche eterna. Incluso ahora resplandecen sobre las escenas que tú has conocido y estimado, bebiendo de su encanto para relucir con más fuerza sobre los jardines del sueño. Ahí está Antares[44] —parpadeando en este momento sobre los tejados de Tremont Street[45]—, tú podías verlo desde tu ventana en Beacon Hill. Más allá de esas estrellas se abren los abismos desde los que he sido enviado por entes descerebrados. Algún día tú también los atravesarás, pero si eres sabio te cuidarás de cometer semejante insensatez, pues de lodos aquellos mortales que han regresado, sólo uno conserva su cordura intacta por los lacerantes y desgarradores horrores del vacío. Terrores y blasfemias se muerden entre ellas en busca de espacio y hay más maldad en los pequeños que en los grandes; aunque eso ya lo sabes por los actos de aquellos que han querido traerte a mis manos, a pesar de que yo mismo no albergaba ningún deseo de destruirte y, de hecho, te habría ayudado a llegar aquí hace tiempo, si no hubiera estado ocupado en otro lugar y si no hubiera sabido que tú mismo encontrarías el camino. Evita, pues, los infiernos exteriores y quédate con las tranquilas y bellas cosas de tu juventud. Busca tu maravillosa ciudad y echa de allí a los abyectos Grandes Dioses, mandándolos amablemente de vuelta a aquellos parajes que pertenecen a su propia juventud y que agualdan, con inquietud, su regreso.

»Más fácil incluso que el camino de la difusa memoria es el que voy a preparar para ti. ¡Mira! Por ahí viene un monstruoso shantak, conducido por un esclavo que, por tu paz de espíritu, es mejor que se mantenga invisible. Monta y prepárate. ¡Ya! Yogash el negro te ayudará con el escamoso horror. Dirígete hacia la estrella más brillante que ves justo al sur del cénit —es Vega —[46], y en dos horas estarás justo sobre las terrazas de tu ciudad del ocaso. Dirígete hacia ella sólo hasta que oigas un lejano canto en el éter superior. Más arriba acecha la locura, así que frena a tu shantak en cuanto la primera nota te atraiga. Entonces, mira de nuevo a la tierra y verás brillar la eterna llama del altar de Ired-Naa en el sagrado tejado de un templo. Ese templo está

en tu ansiada ciudad del ocaso. así que dirígete hacia ella antes de que empieces a prestar atención a los cánticos y estés perdido.

»Cuando te aproximes a la ciudad, dirígete hacia el mismo alto parapeto desde el que, antiguamente, contemplabas la desplegada gloria, azuzando al shantak hasta que lo oigas chillar. Los Grandes Dioses, sentados en sus perfumadas terrazas, oirán ese grito y lo reconocerán, y esto les producirá tanta nostalgia que ninguna de las maravillas de tu ciudad los consolará por la ausencia del terrible castillo de Kadath y el pskent de eternas estrellas que lo corona.

»Entonces debes aterrizar entre ellos con el shantak y dejarles ver y tocar ese asqueroso e hipocéfalo pájaro, mientras que hablas con ellos de la ignota Kadath, de la que hará tan poco que habrás salido, contándoles cómo sus ilimitados salones, donde antes solían saltar y gozar con un fulgor sobrenatural, están ahora solitarios y oscuros. Y el shantak hablará con ellos a la manera de los shantak, pero no tendrá ningún poder de persuasión y sólo servirá para recordar tiempos pasados.

»Una y otra vez tendrás que hablar con los errantes Grandes Dioses sobre su hogar y su juventud, hasta que el último de ellos llore y pida que se le muestre el camino de regreso que han olvidado. En ese momento, puedes soltar al expectante shantak y enviarlo hacia el cielo con el grito de retomo de su especie; al oírlo, los Grandes Dioses brincarán y saltarán con su anterior júbilo e. inmediatamente después, se lanzarán tras el detestable pájaro a la manera de los dioses, a través de los profundos abismos del cielo hasta las familiares torres y cúpulas de Kadath.

»Entonces, la maravillosa ciudad del ocaso será tuya, para quererla y habitarla por siempre, y de nuevo los dioses de la tierra gobernarán los sueños de los hombres desde su trono habitual. Ahora vete; la ventana está abierta y las estrellas aguardan fuera. Tu shantak ya resopla y jadea con impaciencia. Dirígete a Vega a través de la noche, pero gira cuando escuches los cánticos. No te olvides de este aviso, no vaya a ser que impensables horrores le absorban al abismo de la chirriante y ululante locura. Recuerda a los Otros Dioses, son poderosos, y descerebrados, y terribles, y acechan en los vacíos exteriores. Esos son los dioses que debes evitar.

»*¡Hei! ¡Aa-shanta ‘nygh!* ¡Eres libre! Devuelve a los dioses de la tierra a sus lugares favoritos en Kadath y ruega a todo el espacio que jamás te encuentres conmigo en ninguna de mis otras mil formas. Adiós, Randolph Carter, y guárdate de mí, *¡pues yo soy Nyarlathotep, el Caos Reptante!*

Y Randolph Carter, jadeante y mareado en su horrible shantak, salió disparado al espacio, hacia el parpadeo azul y frío de Vega, sin mirar más que una vez atrás, a las agrupadas y caóticas torretas de la pesadilla de ónix en la que aún brillaba la solitaria y pálida luz de aquella ventana por encima del aire y de las nubes de la tierra de los sueños. Enormes horrores con forma de pólipo se deslizaban junto a él y una multitud de invisibles alas de murciélagos aleteaban a su alrededor, pero aun así se aferró a la asquerosa melena de aquel detestable e hipocéfalo pájaro escamoso. Las estrellas bailaban con soma y a cada momento parecían cambiar de posición para formar pálidas señales de fatalidad que le hacían preguntase a uno si no las había visto y temido con anterioridad; y continuamente los vientos el éter aullaban en las vagas tinieblas y en la soledad más allá del cosmos.

De pronto, de la resplandeciente bóveda frente a él. descendió un silencio premonitorio y todos los vientos y horrores se escabulleron como se disipan las sombras de la noche al llegar el amanecer. Estremeciéndose en olas que las volutas de nebulosa hacían extrañamente visibles, apareció un tímido indicio de una lejana melodía, sonando en suaves acordes que nuestro propio universo de estrellas no conoce. Y cuando aquella música aumentó, el shantak alzó sus orejas y se dirigió hacia ella, y Carter, de la misma manera, se inclinó para captar cada hermoso compás. Se trataba de una canción, pero no producida por ninguna voz. La noche y las esferas la cantaban, y ya era vieja cuando el espacio y Nyarlathotep y los Otros Dioses nacieron.

El shantak voló más rápido y su jinete se inclinó aún más, embriagado con las maravillas de los extraños abismos y girando en las espirales de cristal de una magia exterior. Luego, demasiado tarde, recordó la advertencia del malvado, el sardónico aviso del emisario diabólico que había instado al buscador a que se cuidara de la locura de aquella canción. Nyarlathotep le había señalado el camino hacia la seguridad y la maravillosa ciudad del ocaso sólo para burlarse de él; sólo para mofarse había revelado aquel negro mensajero el secreto de aquellos holgazanes dioses, cuyos pasos podía fácilmente torcer a voluntad. Pues la locura y la salvaje venganza del vacío son los únicos regalos de Nyarlathotep a los presuntuosos; y aunque el jinete intentó frenéticamente hacer girar a su repugnante cabalgadura, aquel malicioso shantak, de risita nerviosa, siguió avanzando impetuoso e implacable. batiendo sus enormes y resbaladizas alas con una alegría malvada, y se dirigió hacia aquellos impíos pozos a los que no llegan los sueños; esa última y amorfa maldición de la confusión más profunda donde

babea y blasfema en el centro del infinito el descerebrado sultán demoniaco Azathoth. cuyo nombre nadie se atreve a pronunciar en alto.

Inquebrantable y obediente a las órdenes del infame enviado, aquel pájaro infernal se zambulló a través de las multitudes de seres sin forma que acechaban y se retorcían en las tinieblas, por entre vacuas manadas de entidades a la deriva que palpaban y arañaban, y arañaban y palpaban; las innominadas larvas de los Otros Dioses que. como ellos, son ciegas y descerebradas. y poseen singulares apetitos y anhelos.

Adelante, inquebrantable y obediente, y riendo bulliciosamente al ver las burlas e histerismos en los que se habían convertido la canción de sirenas de la noche y las esferas, aquel espeluznante monstruo escamado transportaba a su desamparado jinete. Lanzado y furioso, atravesó el límite más exterior y alcanzó los abismos más extremos, dejando atrás las estrellas y los reinos de la materia y volando a la velocidad de un meteoro a través del vacío sin forma hacia aquellas inconcebibles y oscuras cámaras más allá del Tiempo, en las que el oscuro Azathoth roe. informe y voraz, entre el amortiguado y enloquecedor ritmo de viles tambores y el fino y monótono quejido de flautas malditas.

Adelante —adelante— a través del abismo gritón, graznante y oscuramente poblado —y entonces, desde alguna tenue y bendita distancia, le llegó una imagen y un pensamiento a Randolph Carter el condenado. Demasiado bien había planeado Nyarlathotep su burla y su tormento, pues le había hecho evocar aquello que ni las ráfagas de terror helado podrían borrar por completo. El hogar —Nueva Inglaterra— Beacon Hill —el mundo de la vigilia.

»Porque has de saber que tu dorada y marmórea ciudad de ensueño sólo es la suma de lo que viste y amaste en tu juventud… la gloria de los tejados de la ladera de Boston y las ventanas de poniente encendidas con la luz del atardecer, de las flores del fragante Common y la gran cúpula sobre la colina y la maraña de gabletes y chimeneas en el valle violeta donde el Charles discurre perezosamente bajo sus innumerables puentes… esta belleza, moldeada, cristalizada y pulida con años de recuerdos y sueños, es tu escalonada y maravillosa ciudad de esquivos ocasos; y para encontrar ese parapeto de mármol con curiosas urnas y esculpidos pasamanos, y descender al fin todos aquellos interminables peldaños abalaustrados a la ciudad de amplias plazas y prismáticas fuentes, sólo necesitas regresar a aquellos pensamientos y visiones de tu anhelada niñez».

Adelante —adelante— vertiginosamente hacia delante, hacia el destino final a través de la oscuridad, donde ciegos seres palpantes tocaban y hocicos daban empujones e innominadas cosas reían y reían y reían. Pero la imagen y el pensamiento aparecieron, y Randolph Carter supo claramente que estaba soñando y sólo soñando, y que, en algún lugar en el entorno, el mundo de la vigilia y la ciudad de su infancia aún estaban. Recordó de nuevo las palabras: «Sólo necesitas regresar a aquellos pensamientos y visiones de tu anhelada niñez». Regresar —regresar— había oscuridad a cada lado, pero Randolph Carter podía regresar.

Aturdido por la agitada pesadilla que atenazaba sus sentidos, Randolph Carter podía girar y moverse. Podía moverse y, si quería, podía bajarse de un salto del malvado shantak que lo llevaba, precipitándose hacia el vacío, bajo las órdenes de Nyarlathotep. Podía bajarse de un salto y desafiar aquellas profundidades tenebrosas cuyos terrores no excedían en horror al innominado destino que acechaba expectante en el centro del caos. Podía dar la vuelta y moverse y saltar… y quería… quería… quería…

El condenado y desesperado soñador saltó de la vasta abominación hipocéfala y cayó a través de interminables vacíos de sensible oscuridad. Los eones giraron, los universos murieron y nacieron de nuevo, las estrellas se hicieron nebulosas y las nebulosas se convirtieron en estrellas. y aún Randolph Carter seguía cayendo por aquellos interminables vacíos de oscuridad sensible.

Después, en el lento y sinuoso curso de la eternidad, el último ciclo del cosmos llegó a otro de sus fútiles finales y todas las cosas volvieron a ser como fueran en los incalculables kalpas[47] anteriores. La materia y la luz nacieron de nuevo como el espacio que una vez las conoció. y los cometas, los soles y los mundos fueron alumbrados entre llamas, pero nada sobrevivió para contar que habían sido y habían desaparecido, habían sido y habían desaparecido, por siempre y siempre, sin un primer comienzo.

Y hubo de nuevo un firmamento, y un viento, y un resplandor de luz morada en los ojos del soñador que caía. Había dioses y presencias y voluntades; belleza y maldad, y el grito de la perniciosa noche privada de su presa. Porque, a través del ignoto ciclo final, había vivido un pensamiento y una visión de la infancia de un soñador, y ahora se reconstruían en un mundo de la vigilia y una vieja y preciada ciudad que encarnaba y justificaba todo ello. Fuera del vacío, el gas violeta de S’ngac le había señalado el camino y el arcaico Nodens gritaba sus consejos desde profundidades insondables.

Las estrellas dieron paso a amaneceres y los amaneceres estallaron en fuentes de oro, carmín y púrpura, y el soñador seguía cayendo. Los gritos desganaron el éter en el momento en el que haces de luz dispersaron los demonios del exterior. Y el viejo Nodens lanzó un aullido triunfal cuando Nyarlathotep, cerca de su presa, se detuvo desconcertado por un resplandor que redujo los cuerpos informes de sus horribles cazadores a polvo gris. Randolph Carter finalmente había descendido las amplias escaleras marmóreas a su maravillosa ciudad, porque había regresado a la hermosa Nueva Inglaterra, que lo había forjado.

Y así, a los acordes de órgano de una miríada de silbidos matutinos, al resplandor del amanecer que teñía de púrpura los cristales junto a la gran cúpula dorada del capitolio estatal en la colina, Randolph Carter saltó, gritando y despierto, en su habitación de Boston. Los pájaros cantaban en jardines escondidos y los perfumes de los emparrados llegaban melancólicos desde la pérgola que su abuelo construyó. La belleza y la luz resplandecían desde la clásica chimenea con esculpida cornisa y desde las paredes grotescamente decoradas, mientras un gato negro se levantaba bostezando en una siesta junto al hogar, interrumpido por el sobresalto y el grito de su amo. Y a inmensas infinidades de distancia, pasada la Puerta del Sueño Profundo y el bosque encantado y las tierras ajardinadas y el mar Cerenerio y los límites crepusculares de Inganok, el caos reptante Nyarlathotep entró meditabundo en el castillo de ónix sobre la ignota Kadath en el frío erial y se burló insolentemente de los débiles dioses de la tierra, a los que había arrebatado violentamente de sus perfumadas fiestas en la maravillosa ciudad del ocaso.

MATERIAL ADICIONAL

Apéndice 1

CRONOLOGÍA DE LA VIDA Y LA CARRERA DE HOWARD PHILLIPS LOVECRAFT[1]

1890 Nace en Providence (Rhode Island), siendo el único hijo de Winfield Scott Lovecraft y Sarah Susan Phillips Lovecraft.

1893 El padre de H. P. L. es internado en el Hospital Butler de Providence.

1898 El padre de H. P. L. fallece en el Hospital Butler. H. P. L. vive con su familia materna y estudia en colegios públicos.

1904 Fallece el abuelo materno de H. P. L., con quien vivían él y su madre. Al menguar sus recursos económicos, los dos se mudan a un piso.

1906 Empieza a escribir una columna de astronomía para el *Pawtuxet Valley Gleaner*.

1908 Sufre una crisis nerviosa y deja el instituto.

1912 Publica algunos poemas en el *Providence Evening Bulletin.*

1914 Se afilia a la United Amateur Press Association.

1917 Trata de alistarse como voluntario en la Guardia Nacional de Rhode Island, pero es rechazado después de intervenir su madre. Escribe «La cripta» y «Dagón».

1919 La madre de H. P. L. es internada en el Hospital Butler. Asiste a una conferencia de Lord Dunsany.

1920 Comienza a escribirse con Frank Belknap Long, un joven de diecinueve años que también llegaría a ser un prolífico escritor de terror.

1921 Su madre fallece. Conoce a Sonia Greene en una convención de periodistas aficionados en Boston. Escribe «El extraño» y «La música de Erich Zann».

1922 Visita la ciudad de Nueva York y Marblehead. Comienza a escribirse con el escritor de *pulps* y pintor Clark Ashton Smith.

1923 Vende sus primeros relatos a *Weird Tales* («Dagón», «Arthur Jermyn», «Los gatos de Ulthar», «El sabueso» y «La declaración de Randolph Carter», de manera conjunta).

1924 Contrae matrimonio con Sonia Greene y se muda a Nueva York; rechaza el puesto de editor de *Weird Tales*.

1925 Sonia se traslada a Cincinnati para dirigir su negocio, dejando a Lovecraft en una pensión del barrio de Red Hook en Brooklyn. Escribe «El horror de Red Hook» y «Él».

1926 Regresa a Providence y se instala con su tía Lillian D. Clark en el n.° 10-12 de Barnes Street. Empieza a cartearse con August Derleth. Escribe «Aire frío», «La llamada de Cthulhu», «La llave de plata» y «El modelo de Pickman».

1927 Termina *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*; escribe *El caso de Charles Dexter Ward* y «El color que cayó del cielo».

1928 Tiene un breve reencuentro con Sonia en Nueva York, pero no residen juntos. Viaja por Vermont y Massachusetts.

1929 Se divorcia de Sonia, aunque no se completan todos los trámites necesarios.

1930 Comienza a escribirse con Robert E. Howard.

1931 Visita Florida. Escribe *En las montañas de la locura* y «La sombra sobre Innsmouth».

1932 Su tía Lillian D. Clark fallece. Escribe «Los sueños en la casa de la bruja».

1933 Se va a vivir con su tía Annie E. P. Gamwell. Escribe «El ser del umbral».

1934-1935 Realiza varias estancias prolongadas en Florida. Escribe «En la noche de los tiempos» y «El morador de las tinieblas».

1936 Empieza a padecer graves dolores estomacales. Una pequeña editorial publica «La sombra sobre Innsmouth» en formato libro.

1937 Muere el 15 de marzo en Providence de un cáncer intestinal. Derleth y Donald Wandrei empiezan a reunir material para una antología de la narrativa de Lovecraft.

1939 Derleth y Wandrei forman Arkham House y publican *The Outsider and Others*.

1943 Arkham House publica una segunda antología de Lovecraft: *Beyond the Wall of Sleep*.

Apéndice 2

LAS HISTORIAS DE H. P. LOVECRAFT. EN ORDEN CRONOLÓGICO[1]

Título	Fecha de escritura o finalización)	Fecha de la primera edición
«The Little Glass Bottle» [La botellita de cristal]	*ca.* 1897	1959
«The Mystery of the Grave-Yard» [El misterio del cementerio]	*ca.* 1898	1959
«The Secret Cave» [La cueva secreta]	*ca.* 1898	1959
«The Beast in the Cave» [La bestia de la cueva]	21 de abril de 1905	junio de 1918
«The Alchemist» [El alquimista]	1908	noviembre de 1916
«The Tomb» [La cripta]	junio de 1917	marzo de 1922
«Dagon» [Dagón]	julio de 1917	noviembre de 1919
«A Reminiscence of Dr. Samuel Johnson» [Una semblanza del doctor Johnson]	verano u otoño de 1917 (?)	noviembre de 1917
«Polaris» [Polaris]	mayo (?) de 1918	diciembre de 1920
«Memory» [Memoria]	1919 (?)	junio de 1919
«Beyond the Wall of Sleep» [Al otro lado de la barrera del sueño)	abril-mayo de 1919	octubre de 1919
«Old Bugs» [El viejo Bugs]	verano de 1919	1959
«The Transition of Juan Romero» [La transición de Juan Romero]	16 de septiembre de 1919	1944
«The While Ship» [La nave blanca)	noviembre de 1919	noviembre de 1919
«The Doom That Came to Sarnath» [La maldición que cayó sobre Sarnath]	3 de diciembre de 1919	junio de 1920

sobre Sarnath]		
«The Statement of Randolph Carter» [La declaración de Randolph Carter]	diciembre de 1919	mayo de 1920
«The Street» [La calle]	finales de 1919	diciembre de 1920
«The Terrible Old Man» [El Viejo Terrible]	28 de enero de 1920	julio de 1921
«The Tree» [El árbol]	enero-junio de 1920	octubre de 1921
«The Cats of Ulthar» [Los gatos de Ulthar]	15 de junio de 1920	noviembre de 1920
«Facts concerning the Late Arthur Jermyn and His Family» [Hechos relativos al difunto Arthur Jermyn y su familia]	junio-noviembre de 1920	marzo y junio de 1921
«The Temple» [El templo]	junio-noviembre de 1920	septiembre de 1925
«Celephaïs» [Celefaïs]	noviembre de 1920	mayo de 1922
«From Beyond» [Del más allá]	16 de noviembre de 1920	junio de 1934
«Ex Oblivione» *[Ex oblivione]*	Probablemente 1920 o 1921	marzo de 1921
«Nyarlathotep» [Nyarlathotep]	diciembre de 1920	enero de 1921
«The Picture in the House» [El grabado de la casa]	12 de diciembre de 1920	julio de 1919 (primavera de 1921)
«The Nameless City» [La ciudad sin nombre]	enero de 1921	noviembre de 1921
«The Quest of Iranon» [La búsqueda de Iranon]	28 de febrero de 1921	julio-agosto de 1935
«The Moon-Bog» [La ciénaga-luna]	marzo de 1921	junio de 1926
«The Outsider» [El extraño]	marzo-agosto de 1921	abril de 1926
«The Other Gods» [Los otros dioses]	14 de agosto de 1921	noviembre de 1933
«The Music of Erich Zann» [La música de Erich Zann]	diciembre de 1921 (?)	marzo de 1922
«The Mysterious Ship» [El buque misterioso]	diciembre de 1921	1959
«Hypnos» [Hipno]	marzo de 1922	mayo de 1923
«Herbert West: Reanimator» [Herbert West, reanimador]	septiembre de 1921-mediados de 1922	febrero-marzo, abril, mayo, junio y julio de 1922
«Azathoth» (inconcluso) [Azathoth]	junio de 1922	1938
«What the Moon Brings» [Lo que trae la luna]	5 de junio de 1922	mayo de 1923
	septiembre de 1922	julio de 1925

«The Unnamable» [Lo innominable]		
«The Hound» [El sabueso]	septiembre-octubre de 1922	febrero de 1924
«The Lurking Fear» [El terror acechante]	noviembre de 1922	enero, febrero, marzo y abril de 1923
«The Rats in the Walls» [Las ratas de las paredes]	agosto-septiembre de 1923	marzo de 1924
«The Festival» [La ceremonia]	finales de 1923	enero de 1925
«Under the Pyramids» [Bajo las pirámides]	febrero-marzo de 1924	mayo, junio y julio de 1924
«The Shunned House» [La casa evitada]	octubre de 1924	1928
«The Horror at Red Hook» [El horror de Red Hook]	1-2 de agosto de 1925	enero de 1927
«He» [Él]	11 de agosto de 1925	septiembre de 1926
«Cool Air» [Aire frío]	febrero de 1926 (?)	marzo de 1928
«In the Vault» [En la cripta]	18 de septiembre de 1925	noviembre de 1925
«The Call of Cthulhu» [La llamada de Cthulhu]	verano de 1926	febrero de 1928
«The Silver Key» [La llave de plata]	otoño de 1926	enero de 1929
«The Strange High House in the Mist» [La extraña casa elevada entre la niebla]	9 de noviembre de 1926	octubre de 1931
«Pickman's Model» [El modelo de Pickman]	finales de 1926	octubre de 1927
The Dream-Quest of Unknown Kadath [*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*]	otoño de 1926 (?)-1 de enero de 1927	1943
«The Descendant» (inconcluso) [El descendiente]	principios de 1927	1938
The Case of Charles Dexter Ward [*El caso de Charles Dexter Ward*]	enero-1 de marzo de 1927	mayo y julio de 1941
«The Colour Out of Space» [El color que cayó del cielo]	marzo de 1927	septiembre de 1927
«Hislory of the *Necronomicon*» [Historia del *Necronomicón*]	finales de 1927	noviembre de 1937
«Ibid» [Ibid]	1928 (?)	enero de 1938
«The Dunwich Horror» [El horror de Dunwich]	verano de 1928	abril de 1929
«The Whisperer in Darkness» [El que susurra en la oscuridad]	24 de febrero-26 de septiembre de 1930	agosto de 1931

At the Mountains of Madness [*En las montañas de la locura*]	enero-22 de marzo de 1931	febrero de 1936
«The Shadow over Innsmouth» [La sombra sobre Innsmouth]	noviembre-3 de diciembre de 1931	1936
«The Dreams in the Witch House» [Los sueños en la casa de la bruja)	enero-28 de febrero de 1932	julio de 1933
«The Thing on the Doorstep» [El ser del umbral]	21 —24 de agosto de 1933	enero de 1937
«The Evil Clergyman» (relato de un sueño) [El clérigo malvado]	antes del 22 de octubre de 1933	abril de 1939
«The Book» (inconcluso) [El libro]	finales de 1933 (?)	1938
«The Shadow Out of Time» [En la noche de los tiempos]	noviembre de 1934-febrero de 1935	junio de 1936
«The Haunter of the Dark» [El morador de las tinieblas]	noviembre de 1935	diciembre de 1936
«Sweet Ermengarde: or, The Heart of a Country Girl» [La dulce Ermengarde]	desconocido (1919-1925)	1943
«Of Evill Sorceries Done in New-England. of Daemons in No Humane Shape» (inconcluso)	desconocido	1945

Apéndice 3

EL CONJURO DE «RED HOOK»

Gerry de la Ree, el editor de *The Occult Lovecraft* (Saddle River [New Jersey], 1975) incluye en dicho opúsculo el siguiente material supuestamente escrito por H. P. L. «perteneciente a [la] colección personal [de De la Ree]». S. T. Joshi conjetura que el material procede de una carta de H. P. L. a Wilfred B. Talman, pero no ha sido capaz de verificar dicha fuente. Según se afirma, H. P. L. escribió:

En cuanto a ese conjuro de «Red Hook», se trata en realidad de un vestigio de ritos antiguos, y aparece mencionado en más de un libro de historia de la magia, así que difícilmente puedo firmarlo como de mi propia autoría. No me extraña que ese conjuro helenístico hebraizado dejara perplejo a un profesor de latín, pues es una muestra de analfabetismo tardoantiguo o medieval que, en cualquier caso, ¡probablemente no tiene ningún significado claro ni sentido sintáctico! E. B. Taylor *[sic]*, el famoso antropólogo, lo califica de «un ejemplo de estudios mágicos en su etapa más decadente»[1]. Cuando escribí «Red Hook» en 1925 creía que esta fórmula era de origen alejandrino, pero lecturas posteriores me inclinan a adscribirla a la Edad Media. Los primeros en utilizarla, no cabe duda, fueron cabalistas judíos, siendo más tarde adoptada por magos europeos en general. No soy ningún erudito —pues por desgracia mis conocimientos de griego son escasos, y completamente nulos en el caso del hebreo—, de ahí que no pueda pretender dar una verdadera traducción. Simplemente la copié letra por letra de un libro de historia de la magia (en el cual no se hacía ningún intento de traducir esta fórmula ni ninguna otra) y traté de hacerme una idea lo mejor que pude de sus términos fundamentales, desempolvando el exiguo curso de griego que di hace tiempo y basándome en el diccionario bíblico del Dr. William Smith para el saber hebraico. El resultado fue algo así:

¡Oh, Señor, Dios Salvador; Alto Mensajero de las Huestes; eres dios todopoderoso por toda la eternidad; reunión mágicamente cuádruple, y ungido, juntos y en sucesión!

Sin embargo, no creo que esta sea una traducción fiel; dado que. como he dicho, no soy ningún erudito y el conjuro es una decadente chapucería agramatical mal escrita que confundiría incluso al hombre más sabio. La versión publicada en la revista[2] tiene unas pequeñas erratas, creo, pero el texto correcto es el siguiente:

HEL * HELOYM * SOTHER * EMMANUEL * SABAOTH *
AGLA * TETRAGRAMMATON * AGYROS * THOES *
ISCHYROS * ATHANATOS * JEHOVA * VA * ADDONAI
* SADAY * HOMOVS1ON * MESSIAS * ESCHEREHEYE*

Analizando las palabras una por una;

Hel es claramente el término hebreo *el*, que significa ‘Señor’ o ‘Deidad’. Las traducciones hechas por ignorantes siempre se toman libertades con los sonidos aspirados.

Heloym, de igual modo, es *Elohim*, la palabra hebrea para deidad en su sentido menos tribal y más generalizado.

Sother es simplemente la palabra griega *Soler* mal escrita; palabra que quiere decir ‘Salvador’.

Emmanuel es el hebreo para ‘Dios con nosotros’, una expresión habitualmente aplicada a la futura encarnación de la deidad que profetiza el Antiguo Testamento, y que supuestamente se cumple en la figura de Cristo.

Sabaoth es una forma helenizada de la palabra hebrea *Tsebaoth*, que quiere decir ‘huestes’ o ‘ejércitos’ y que aparece en las escrituras en la fórmula «Dios, Señor de los Ejércitos». Era una de las palabras favoritas de los ocultistas medievales, y es probable que gracias a ellos acabara adquiriendo el sentido de ‘huestes o ejércitos de espíritus elementales’. Muchas veces me he preguntado si no será en realidad esta palabra, en vez de *Sabbath* (día de descanso)[,] el origen del término *sabbat*, aplicado a las espantosas orgías secretas de los cultos que practican la brujería (como en la expresión *Witches Sabbath* [‘aquelarre’]). Desde luego una palabra que quiere decir ‘multitudes’ resulta mucho más apropiada para las obscenas

convocaciones de la Noche de Walpurgis y Halloween que otra que significa ‘periodo de descanso semanal’.

Agla es una palabra frecuente entre los ocultistas, y resulta habitual encontrarla grabada en las varitas y las dagas de los magos. Está formada con las iniciales de las palabras hebreas que componen la frase: «Eres un dios poderoso por toda la eternidad»[3].

Tetragrammaton es un término griego de configuración mágica identificado con un cierto diagrama cabalístico (fig. 1)[4]. Representa una simbolización mística de los cuatro elementos: aire, agua, tierra y fuego, y se emplea para evocar sus espíritus elementales: respectivamente, silfos, ondinas, gnomos y salamandras. Hay cuatro diagramas mágicos comúnmente reconocidos que aparecen de manera recurrente en ritos ocultistas. Los otros cuatro son el triángulo (equilátero, fig. 2), signo de la Trinidad o de la triplicidad mística de las cosas; el doble triángulo o signo de Salomón (fig. 3), que representa el macrocosmos o la totalidad del universo, y el todopoderoso pentáculo (fig. 4), o estrella de cinco puntas, que simboliza la estrella de Belén y es el agente conjurador más potente de todos[5]. Si aparece con una sola punta arriba, el pentáculo es el signo de Cristo y una ayuda para la magia blanca. Si lo hace con dos. es el signo de Satán y un aliado de los practicantes de magia negra. Pero me estoy desviando del tema.

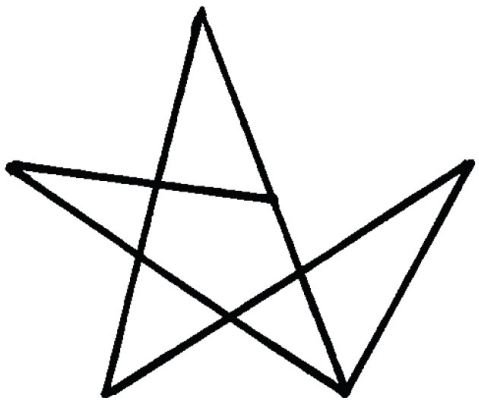


Figura 1

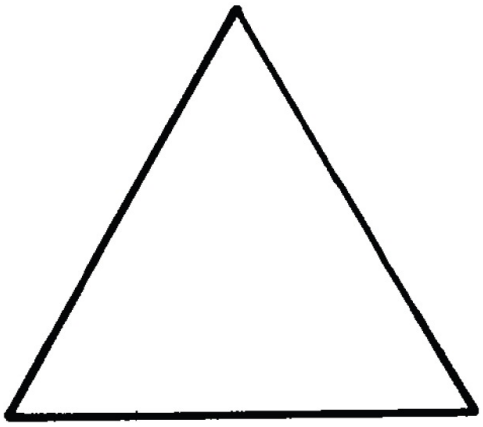


Figura 2

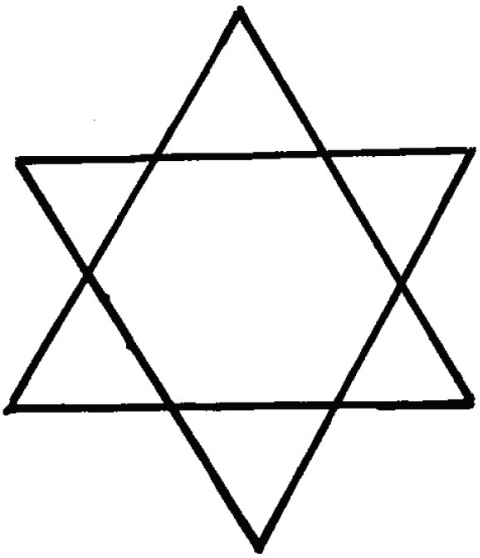


Figura 3

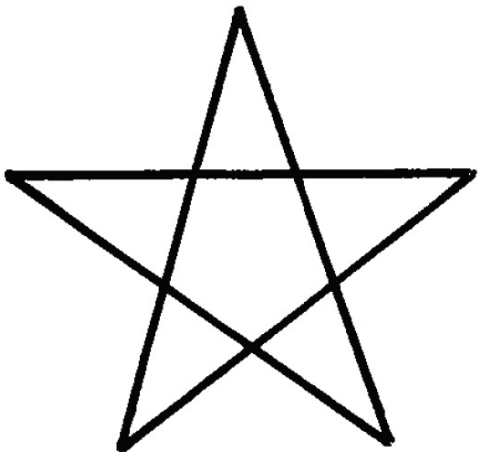


Figura 4

Agyros es probablemente una mala transcripción de la palabra griega *agris*: una ‘asamblea’[6].

Othoes es seguramente una transcripción aún peor de la palabra griega *Othneios*, que significa ‘extraño’.

Ischyros es una palabra griega bien escrita, que quiere decir ‘poderoso’.

Athanatos es otra palabra griega bien escrita y significa ‘inmortal’.

Jehová es la pronunciación habitual moderna del nombre hebreo *Yahweh* [Yavé], que significa el dios tribal supremo e imponente cuyo nombre era demasiado terrible como para que nadie lo pronunciara, a excepción de un sumo sacerdote una vez al año.

¿Va? Me rindo. ¡Soy incapaz de encontrarle significado alguno![7]

Adonai es el nombre alternativo hebreo para *Yahweh*, y el que normalmente se utiliza, dado que el uso informal del auténtico nombre del dios estaba prohibido.

Saday es otro término al que no encuentro significado, aunque lo he visto a menudo en las múltiples fórmulas antiguas que he copiado de distintas fuentes con idea de utilizarlas como detalles coloridos para futuros relatos[8].

Homovsion es probablemente una variante o palabra compuesta decadente relacionada con el término griego *Homov:* ‘juntos’[9].

Messias quiere decir ‘ungido’ en hebreo y, bajo la forma más común «Mesías», es un apelativo habitual para Cristo.

Eschereheye es otro enigma para mí; lo único que se me ocurre es que esta primitiva palabra esté relacionada quizá con el léxico griego para «en línea» o «en fila»[10].

¡Y eso es todo lo que puedo sacar en claro de la fórmula! Aun así. leída en un relato, impresiona igual que si tuviera un significado definido —cosa que seguro tenía para los ingenuos magos y cabalistas del Medievo.

Apéndice 4

ÍNDICE GEOGRÁFICO LOVECRAFTIANO

Lugar[1]	Descripción	Relatos en que se menciona
Abadía de Ballylough (Irlanda)	Destruida por los soldados de Cromwell	«Ibid»
Abu Roash (Egipto)	Una zona de pirámides cerca de Guiza	«Bajo las pirámides»
Academia Histriónica del Sr. Douglass (King Street, Providence, Rhode Island)	Mencionada	*El caso de Charles Dexter Ward*
Adams Street (Innsmouth, Massachusetts)	Calle mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Adare, cabo (Antártida)	Mencionado	*En las montañas de la locura*
Adirondack, montañas (Nueva York)	Zona de una aldea buscada por Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Aforat	Ciudad de origen de Zenig, otro buscador	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
África	Mencionada	«Los gatos de Ulthar», «Hechos relativos al difunto Arthur Jermyn y su familia»
Ai	Un río en Mnar	«La maldición que cayó sobre Sarnath», «La búsqueda de Iranon»
Aira	Una hermosa ciudad, quizá imaginaria	«La búsqueda de Iranon»
Aix (Francia)	Ciudad a la que fueron trasladados los restos de Ibid	«Ibid»
Akurion	Una roca en el lago entre Sarnath e Ib	«La maldición que cayó sobre Sarnath»
Albany (Nueva York)	Ciudad de los alienistas que examinaron a Joe Slater; localidad en la que vive un amigo	«Al otro lado de la barrera del sueño», «El terror acechante», «Ibid»

	de Jan Martense; lugar de residencia de Petrus van Schaack	
Alejandría (Egipto)	Ciudad desde la que zarpa el barco a Australia	«Bajo las pirámides»
Almirantazgo, cordillera del (Antártida)	Mencionada	*En las montañas de la locura*
Alsacia, región de (Francia)	Región de origen de un tripulante del U-29	«El templo»
Amasa Field (Providence, Rhode Island)	Una parcela en la que cavan un hoyo	*El caso de Charles Dexter Ward*
American Cosmograph, teatro (El Cairo, Egipto)	Houdini actuó allí	«Bajo las pirámides»
Anchester (Inglaterra)	Pueblo cercano a Exham Priory	«Las ratas de las paredes»
Angell Street (Providence, Rhode Island)	Calle en la que Archer Harris construyó una casa	«La casa evitada»
Ann, cabo (Massachusetts)	Mencionado	«La sombra sobre Innsmouth»
Antártida	Albergó temporalmente el Trapezoedro Resplandeciente	«El morador de las tinieblas»
Appleton (Wisconsin)	Ciudad de residencia de la familia Trever	«El viejo Bugs»
Arabia	Región donde está la «ciudad sin nombre»; lugar de procedencia de los libros prehistóricos y las tablillas de arcilla que leía Randolph Carter	«La ciudad sin nombre», «La llave de plata»
Arabiso (Capadocia)	Ciudad natal del emperador Mauricio	«Ibid»
Aran, monte	Lugar cercano a Celefaïs	«Celefaïs», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Arizona, desierto de (EEUU)	Mencionado	*En las montañas de la locura*
Arkham	Ciudad mencionada (primera mención en la obra de Lovecraft)	«El grabado de la casa»
Arturo, mundos rojos de	Posible lugar de origen del viajero interestelar que ocupó el cuerpo de Joe Slater	«Al otro lado de la barrera del sueño»
Asia	Se menciona que fue saqueada por Constantino	*En las montañas de la locura*
Asia prehistórica	Lugar donde podría habitar el viajero interestelar que ocupó el cuerpo de Joe Slater	«Al otro lado de la barrera del sueño»
Asia, ciudades olvidadas de	Mencionadas	«El grabado de la casa»
Atenas (Grecia)	Ciudad en la que estaba la Palas de Musides	«El árbol», «Ibid»

Ateneo (Providence, Rhode Island)	El narrador de «La casa evitada» pasaba a menudo junto a él; frecuentado por Charles Dexter Ward	«La casa evitada». *El caso de Charles Dexter Ward*
Athol (Massachusetts)	Un pueblo de camino a Greenfield	«El que susurra en la oscuridad»
Atlantic Avenue (Brooklyn, Nueva York)	Avenida mencionada	«El horror de Red Hook»
Atlantic City (Nueva Jersey)	Ciudad a la que se marchó la Sra. Ward para recuperarse	*El caso de Charles Dexter Ward*
Atlántida	El lugar con el que el capitán identifica la ciudad submarina; mencionado en otras historias	«El templo», «La extraña casa elevada entre la niebla», *En las montañas de la locura*, «En la noche de los tiempos», «El descendiente»
Auckland	Puerto de origen de la goleta de dos palos *Emma*	«La llamada de Cthulhu»
Augusta (Maine)	Ciudad por la que Derby pasó en coche de camino a Arkham	«El ser del umbral»
Australia	País al que se dirigía Houdini	«Bajo las pirámides»
Australia Occidental	Mencionada	«En la noche de los tiempos»
Ayer (Massachusetts)	Un pueblo de camino a Greenfield	«El que susurra en la oscuridad»
Ayiesbury (Massachusetts)	Localidad mencionada (cercana a Dunwich)	«El horror de Dunwich»
Aylesbury, carretera de (Massachusetts)	En el centro-norte de Massachusetts, nada más pasar Dean’s Comers	«El horror de Dunwich»
Ayuntamiento de Providence (Rhode Island)	Lugar frecuentado por Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Bab-el-Azab (El Cairo, Egipto)	Monumento visitado por Houdini	«Bajo las pirámides»
Babilonia	Ciudad mencionada	«La ciudad sin nombre», «La ceremonia», «La llamada de Cthulhu»
Babson Street (Innsmouth, Massachusetts)	Calle mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Back Bay (Boston, Massachusetts)	Un barrio mencionado	«El modelo de Pickman»
Back Street (Kingsport, Massachusetts)	Calle que conduce a la residencia familiar	«La ceremonia»
Back Street (Providence, Rhode Island)	Calle que pasó a llamarse Benefit Street; la casa evitada se encontraba allí	«La casa evitada»
Baharna	La ciudad portuaria de Oriab	

		La búsqueda en sueños de la ignota Kadath
Baile del Diablo, el (Dunwich, Massachusetts)	Una ladera desolada e inhóspita	«El honor de Dunwich»
Ballylough (Irlanda)	Pueblo de unos campesinos que advirtieron acerca del castillo de Kilderry	«La ciénaga-luna»
Bank Street (Innsmouth, Massachusetts)	Calle mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Banof	Un valle lejano pero visible desde Olathoë	«Polaris»
Barcelona (España)	Puerto de origen de la goleta *Fortaleza*	*El caso de Charles Dexter Ward*
Barnes Street (Providence, Rhode Island)	Calle en la que se alojaba el Dr. Willett	*El caso de Charles Dexter Ward*
Bales Street (Innsmouth, Massachusetts)	Calle mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Battery Street (Boston, Massachusetts)	Calle mencionada	«El modelo de Pickman»
Bayside (Nueva York)	El barrio de la prometida de Suydam	«El horror de Red Hook»
Beacon Hill (Boston, Massachusetts)	Un barrio mencionado	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Beacon Street (Boston, Massachusetts)	Calle mencionada	«El modelo de Pickman»
Beardmore, glaciar (Antártida)	Cercano a una base	*En las montañas de la locura*
Belén (Palestina)	Ciudad mencionada	«La ceremonia»
Bellows Falls (Vermont)	Pueblo en el que ganduleaba Walter Brown	«El que susurra en la oscuridad»
Belloy-en-Santerre (Francia)	Pueblo en el que Randolph Carter fue herido durante la Gran Guerra	«La llave de plata»
Bellview (¿Virgina?)	Una plantación en el sur de los EEUU, hogar del noble aventurero Francis Harly. Se desconoce su ubicación.	«Las ratas de las paredes»
Benefit Street (Providence, Rhode Island)	Calle por la que paseaba Poe	«La casa evitada»
Benevolent Street (Providence, Rhode Island)	Calle en la que vive Crawford Tillinghast; parte de la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	«Del más allá», *El caso de Charles Dexter Ward*
Berlín (Alemania)	Ciudad mencionada	«El templo»
		El caso de Charles Dexter Ward

Biblioteca de Investigación de Sión (Brookline, Massachusetts)	Biblioteca en la que Charles Dexter Ward estuvo investigando	
Biblioteca John Carter (Universidad de Brown, Providence. Rhode Island)	Frecuentada por Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Biblioteca John Hay (Universidad de Brown, Providence, Rhode Island)	Frecuentada por Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Biblioteca Pública (Providence, Rhode Island)	Frecuentada por Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Biblioteca Pública de Boston (Copley Square, Boston, Massachusetts)	Biblioteca en la que Charles Dexter Ward estuvo investigando	*El caso de Charles Dexter Ward*
Biblioteca Pública de Newburyport (Newburyport, Massachusetts)	Mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Biblioteca Shepley (Benefit Street, Providence, Rhode Island)	Frecuentada por Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Biblioteca Widener (Universidad de Harvard, Cambridge, Massachusetts)	Biblioteca en la que Charles Dexter Ward estuvo investigando; Wilbur Whateley intenta que la biblioteca le preste el *Necronomicón*	*El caso de Charles Dexter Ward*, «El horror de Dunwich»
Bibliothèque Nationale (París, Francia)	Biblioteca en la que Charles Dexter Ward estuvo investigando	*El caso de Charles Dexter Ward*
Biddeford (Maine)	Ciudad por la que Derby pasó en coche de camino a Arkham	«El ser del umbral»
Bienville Street (Nueva Orleáns, Luisiana)	Calle en la que vive el inspector John R. Legrasse	«La llamada de Cthulhu»
Big Cypress, pantano de	Cercano al cementerio	«La declaración de Randolph Carter»
Bishop, arroyo de (Dunwich, Massachusetts)	Mencionado	«El horror de Dunwich»
Bishop, casa de los (Dunwich, Massachusetts)	Situada al sur del pueblo	«El horror de Dunwich»
Bnázico, desierto	Lugar de origen de camellos, en la tierra de Mnar	«La maldición que cayó sobre Sarnath», «La búsqueda de Iranon»
Boardman Street (Haverhill, Massachusetts)	Calle en la que estaba la granja familiar de los Peaslee, cerca de Golden Hill	«En la noche de los tiempos»
Bolton (Massachusetts)	Ciudad «industrial» cercana a Arkham	«Herbert West, reanimador»
Bolton (Massachusetts)	Ciudad en la que vivía Walter Delapore (posiblemente un	«Las ratas de las paredes»

	Bolton distinto al anterior)	
Boston (Massachusetts)	Posible ciudad de residencia del narrador de «El grabado de la casa», identificada por el viejo debido a su acento; también, ciudad en la que vivían Joel Manton, Francis Wayland Thurston, Zenas Low y Randolph Carter, y en la que Herbert West adquiría material y se labró una reputación como un «afamado especialista en cirugía». Joseph Curwen traía mercancías de Boston.	«El grabado de la casa», «Herbert West, reanimador», «Lo innominable», «La llamada de Cthulhu», «La casa evitada», «La llave de plata», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath, El caso de Charles Dexter Ward*
Boylston Street, metro de (Boston. Massachusetts)	Pintado por Pickman	«El modelo de Pickman»
Brattleboro (Vermont)	Pueblo en el que ganduleaba Walter Brown	«El que susurra en la oscuridad»
Bristol Highlands (Rhode Island)	Barrio al que se trasladaron los Olney	«La extraña casa elevada entre la niebla»
Broad Street (Innsmouth, Massachusetts)	Calle mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Broad Street (Providence, Rhode Island)	Calle mencionada	*El caso de Charles Dexter Ward*
Bullion Street (Providence, Rhode Island)	Calle en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Butler Street, comisaría de (Brooklyn, Nueva York)	Donde estaba destinado Malone	«El horror de Red Hook»
Cabeza del Caballero, taberna de La (Suffolk, Inglaterra)	Cercana a la mansión Jermyn y la «segunda casa» de sir Wade Jermyn	«Hechos relativos al difunto Arthur Jermyn y su familia»
Cabo Verde, islas de (África)	Lugar de origen de muchos sectarios	«La llamada de Cthulhu»
Cactus, montes	En alguna parte del suroeste de los EEUU	«La transición de Juan Romero»
Caerleon (Inglaterra)	Ruinas romanas mencionadas	*El caso de Charles Dexter Ward*
Cafetería de la Corona (Providence, Rhode Island)	Mencionada	*El caso de Charles Dexter Ward*
Caldca	Una región mencionada	«La ciudad sin nombre»
California	Lugar donde vive la colonia teosófica que respondió a la llamada	«La llamada de Cthulhu»
Callao, el (Perú)	Destino de la goleta de dos palos *Emma*	«La llamada de Cthulhu»
	Formación geológica mencionada	

Calzada de los Gigantes (Irlanda del Norte)		*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath, En las montañas de la locura*
Calzada, la (Kingsport, Massachusetts)	Una escalera que sube a los acantilados cercanos a Kingsport	«La extraña casa elevada entre la niebla»
Camorin	Un lugar con bosques fragantes en Cathuria	«La nave blanca»
Campbell, tumba de (Guiza, Egipto)	Cripta mencionada	«Bajo las pirámides»
Cantón (Ohio)	Localidad del manicomio donde supuestamente estaba internado el tío del narrador	«La sombra sobre Innsmouth»
Capella	Una estrella que se ve superada en brillo por una supernova	«Al otro lado de la barrera del sueño»
Capilla de St. Paul (Nueva York. Nueva York)	Iglesia cuya aguja es visible	«Él»
Capitolio estatal (Boston, Massachusetts)	Mencionado	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Capitolio estatal (Providence. Rhode Island)	Frecuentado por Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Carcasona (Francia)	Ciudad mencionada	«Él»
Carfax (Virginia)	La residencia familiar de los Delapore	«Las ratas de las paredes»
Carter, la vieja casa de los (cerca de Arkham, Massachusetts)	Un lugar visitado	«La llave de plata»
Casa de la bruja (Arkham, Massachusetts)	Escenario de sucesos extraños	«Los sueños en la casa de la bruja»
Cathuria	Ciudad mencionada, de la cual se dice que es «esplendorosa»	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Cathuria	La tierra de la esperanza	«La nave blanca»
Catorce Oeste, calle (Nueva York, Nueva York)	El narrador vivía en una casa de huéspedes que estaba en ella	«Aire frío»
Catskill, montañas	Donde vivía Joe Slater	«Al otro lado de la barrera del sueño»
Caude (Francia)	El pueblo de origen de los Roulet, situado en algún lugar de Francia	«La casa evitada»
Celefaïs	Una ciudad en el valle de Ooth-Nargai	«Celefaïs». *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Cementerio de indigentes (Arkham, Massachusetts)	Lugar del cual Herbert West podía robar cuerpos	«Herbert West, reanimador»
Cementerio del Norte (Providence. Rhode Island)	Un lugar en el que se produjo un alboroto	«La casa evitada», *El caso de Charles Dexter Ward*

Cent Street (Providence, Rhode Island)	Calle en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Central Hill (Kingsport, Massachusetts)	Ubicación de un hospital cerca del viejo cementerio[2]	«La ceremonia», «La extraña casa elevada entre la niebla»
Central Square, estación de (Boston, Massachusetts)	Estación de metro mencionada por Danforth	*En las montañas de la locura*
Centro de Comercio (Arkham, Massachusetts)	Edificio mencionado	«Herbert West, reanimador»
Cerenerio, mar	El mar que baña la ciudad de Celefaïs	«Celefaïs». *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Chapman, arroyo (Massachusetts)	Un arroyo en el «páramo maldito» cercano a Arkham	«El color que cayó del cielo»
Chapman, granja (Arkham, Massachusetts)	El laboratorio de Herbert West	«Herbert West, reanimador»
Charlestown (Boston, Massachusetts)	Barrio en el que estaba el muelle de la White Star del que zarpó Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Charter Street, cementerio de (Salem, Massachusetts)	Una lápida robada de él aparece en las Tierras del Sueño	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Cheapside (Providence. Rhode Island)	Una zona mencionada de la ciudad	«La casa evitada»
Chepachet (Rhode Island)	Un pueblo mencionado próximo a Pascoag	«El horror de Red Hook»
Chesuncook (Maine)	Un pueblo al que fue Edward Derby	«El ser del umbral»
Chicago (Illinois)	Ciudad en la que sir Allfred Jermyn luchó con un gorila; donde vivía el Sr. Ernest B. Aspinwall, y también Angarola	«Hechos relativos al difunto Arthur Jermyn y su familia». «La llave de plata». «El modelo de Pickman»
China	Mencionada	«La llamada de Cthulhu»
Christchurch. cementerio de (Arkham. Massachusetts)	Lugar del cual Herbert West podía robar cuerpos	«Herbert West, reanimador»
Church Street (Arkham, Massachusetts)	Calle donde hay una cafetería	«Los sueños en la casa de la bruja»
Church Street (Innsmouth, Massachusetts)	Calle mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Circle Court (Kingsport, Massachusetts)	Plazuela de camino a la residencia familiar	«La ceremonia»
Circle Social Club	Un club en «la calle»	«La calle»
Circular Quay, cala de Sídney (Sídney, Australia)	Puerto en el que el yate de vapor *Alert* se utilizaba como nave comercial	«La llamada de Cthulhu»
Círculo polar antártico (Antártida)	Mencionado	*En las montañas de la locura*

Ciudad sin nombre, la (desierto de Arabia)	Ciudad con la cual se compara la antigua megalópolis de la altiplanicie antartica	«La ciudad sin nombre», *En las montañas de la locura*
Clare Market (Londres, Inglaterra)	Zona en la que se vendió un ejemplar del *Necronomicón*	«El descendiente»
Clark's Corners (Massachusetts)	Población cercana a la casa de Nahum Gardner	«El color que cayó del cielo»
Clinton Street (Brooklyn, Nueva York)	Una calle que delimita el barrio de Red Hook	«El horror de Red Hook»
Club de Arte (Boston, Massachusetts)	Antiguamente frecuentado por Thurber	«El modelo de Pickman»
Club de Arte de Providence (Thomas Street, Providence, Rhode Island)	Un club que criticaba la obra de Thomas Wilcox	«La llamada de Cthulhu»
Cod, cabo (Massachusetts)	Lugar mencionado donde vive una colonia de isleños de las Fiji	«La sombra sobre Innsmouth»
Coin Street (Providence, Rhode Island)	Calle en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Cold Spring, cañada de (Massachusetts)	Lugar mencionado (cercano a Dunwich)	«El horror de Dunwich»
Colegio Moses Brown (Providence, Rhode Island)	El instituto en el que estudió Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
College Hill (Providence, Rhode Island)	Barrio mencionado	«La casa evitada». *El caso de Charles Dexter Ward*, «El morador de las tinieblas»
College Street (Providence, Rhode Island)	Calle mencionada	«El morador de las tinieblas»
Colonia (Francia)	Ciudad en la que Coleridge encontró mil olores	«El viejo Bugs»
Comisaría central de Providence (Rhode Island)	Donde estaba destinado el agente William J. Monahan	«El morador de las tinieblas»
Commoriom (Hiperbórea)	Ciudad con la cual se compara la antigua megalópolis de la altiplanicie antártica	*En las montañas de la locura*
Conanicut, isla de (Rhode Island)	Lugar donde estaba el hospital privado del Dr. Waite en el que Charles Dexter Ward fue encerrado	*El caso de Charles Dexter Ward*
Concord (Massachusetts)	Un pueblo de camino a Greenfield	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*, «El que susurra en la oscuridad»
Cone Mountain (Nueva York)	Un pico mencionado, próximo al monte Tempest	«El tenor acechante»
		El caso de Charles Dexter Ward

Congdon Street (Providence, Rhode Island)	Calle por la que paseaban en carrito a Charles Dexter Ward cuando era un bebé	
Congo, región del (África)	Mencionada por ser el tema del *Regnum Congo* de Pigafetta; explorada por sir Wade Jermyn	«El grabado de la casa», «Hechos relativos al difunto Arthur Jermyn y su familia»
Congo, río (África)	M. Verhaeren era un agente belga en un puesto comercial del río	«Hechos relativos al difunto Arthur Jermyn y su familia»
Connecticut, río (Nueva Inglaterra)	Mencionado	«El que susurra en la oscuridad»
Constantinopla	Ciudad mencionada	«Ibid»
Constitution Wharf (Boston, Massachusetts)	Un muelle por el que pasean Pickman y Thurber	«El modelo de Pickman»
Copp's Hill (Boston, Massachusetts)	Una colina donde se alzaba un molino	«El modelo de Pickman»
Copp's Hill, cementerio de (Boston, Massachusetts)	Uno de los lugares que a Pickman más le gustaba pintar	«El modelo de Pickman»
Cordillera antartica (Antártida)	Mencionada	*En las montañas de la locura*
Corinto	Donde estaba el Hermes de Kalos	«El árbol», «Ibid»
Cornualles (Inglaterra)	La región de origen de *lady* Margaret Trevor	«Las ratas de las paredes», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Court Street (Brooklyn, Nueva York)	Calle que delimita el barrio de Red Hook	«El horror de Red Hook»
Crane Street (Arkham, Massachusetts)	Calle cercana al campus de la Universidad Miskatonic; Peaslee vivía en ella	«Herbert West, reanimador», «En la noche de los tiempos»
Cranston Street, armería de (Providence, Rhode Island)	Tienda en la que el narrador compraba armas	«La casa evitada»
Creta minoica	Mencionada	*En las montañas de la locura*
Crowninshield, vieja casa (High Street, Arkham, Massachusetts)	Donde se instalaron Asenath y Edward Derby	«El ser del umbral»
Cunard, muelle de la (Manhattan. Nueva York)	El muelle desde el que zarpó el transatlántico de Suydam	«El horror de Red Hook»
Cydathria	Una ciudad de Mnar, productora de especias	«La maldición que cayó sobre Sarnath», «La búsqueda de Iranon»
Dampier Street (Pilbara, Australia Occidental)	La calle en la que vivía un ingeniero que escribió a Peaslee	«En la noche de los tiempos»
Dark Mountain (Vermont)	Un monte cercano a Townshend y la vieja casa de Akeley	«El que susurra en la oscuridad»
Darling, puerto (Sídney, Australia)	Puerto de destino del *Vigilant*	«La llamada de Cthulhu»

Dashur (Egipto)	Una zona con pirámides cercana a Guiza	«Bajo las pirámides»
De Grey, río (Australia Occidental)	Un río en la ruta a la excavación	«En la noche de los tiempos»
Dean's Corners (Massachusetts)	Una población cercana a Dunwich	«El horror de Dunwich»
Devonshire (Inglaterra)	El verdadero lugar de nacimiento del narrador	«Una semblanza del doctor Johnson»
Dexter, terreno de Gregory (Olney Street. Providence. Rhode Island)	Un terreno contiguo a la parcela de Joseph Curwen	*El caso de Charles Dexter Ward*
Diablo, arrecife del (frente al puerto de Innsmouth, Massachusetts)	Donde viven los Profundos	«La sombra sobre Innsmouth»
Dime Street (Providence, Rhode Island)	Calle en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Dollar Street (Providence, Rhode Island)	Calle en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Dothur	Una región (¿de Mnar?) productora de aceite	«La maldición que cayó sobre Sarnath»
Doubloon Street (Providence, Rhode Island)	Calle en la que Curwen tenía su almacén	*El caso de Charles Dexter Ward*
Drinen	Una ciudad oriental	«La búsqueda de Iranon»
Dry Gulch	Un asentamiento cercano a la mina Norton	«La transición de Juan Romero»
Dunedin (Nueva Zelanda)	Puerto de origen del yate de vapor *Alert*	«La llamada de Cthulhu»
Dunwich (Massachusetts)	Un pueblo claramente en la zona centro-norte de Massachusetts	«El horror de Dunwich»
Durfee, casa del juez (n.° 49 de Benefit Street, Providence, Rhode Island)	En la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Dylath-Leen	Un puerto marítimo con mala fama	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
East Greenwich (Rhode Island)	El pueblo en el que vivía la familia Roulet	«La casa evitada»
East High School (Massachusetts)	Un instituto del que Joel Manton era director[3]	«Lo innominable»
East Side, distrito (Providence, Rhode Island)	A donde se fue a vivir Archer Harris	«La casa evitada»
Edificio del letrero de la cabeza de Shakespeare (n.° 21 de Meeting Street, Providence, Rhode Island)	Un edificio en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*

Edificio del mercado (Kingsport. Massachusetts)	Cercano a la casa de los antepasados del narrador	«La ceremonia»
Edificio del mercado de 1773 (Market Square, South Main Street. Providence, Rhode Island)	En la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Egeberg, el (Oslo, Noruega)	Un monte cercano a la casa de Johansen	«La llamada de Cthulhu»
Egipto	Lugar donde podría habitar el viajero interestelar que ocupó el cuerpo de Joe Slater; lugar del que surgió Nyarlathotep	«Al otro lado de la barrera del sueño», «Nyarlathotep». *En las montañas de la locura*
El Aguila Dorada, al otro lado del puente (Providence, Rhode Island)	Una tienda regentada por los Russell	*El caso de Charles Dexter Ward*
El Cairo (Egipto)	Ciudad de Egipto en la que se alojó Houdini; puerto del que salió la goleta *Fortaleza* rumbo a Providence	«Bajo las pirámides». *El caso de Charles Dexter Ward*
El Chico y el Libro	Una tienda que compraba género a Curwen	*El caso de Charles Dexter Ward*
El Dorado	Ciudad legendaria mencionada	«Él»
El Elefante	Una tienda regentada por James Green	*El caso de Charles Dexter Ward*
El Unicornio y el Mortero (Providence, Rhode Island)	Una botica al otro lado del Gran Puente, regentada por el Dr. Jabez Bovven	*El caso de Charles Dexter Ward*
Eliot Street (Innsmouth, Massachusetts)	Calle mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Elizabethtown (Nueva Jersey)	Pueblo natal de Phebe Hetfield	«La casa evitada»
Elm, monte (cerca de Arkham, Massachusetts)	Donde se encontró el coche de Randolph Carter	«La llave de plata»
Elmwood Avenue (Providence, Rhode Island)	Avenida mencionada	*El caso de Charles Dexter Ward*
Empire Street (Providence, Rhode Island)	Calle mencionada	*El caso de Charles Dexter Ward*
Erebus, monte (Antártida)	Mencionado	*En las montañas de la locura*
Escuela de Diseño de Rhode Island (Thomas Street, Providence, Rhode Island)	Donde cursaba estudios Thomas Wilcox	«La llamada de Cthulhu»
Escuela de Economía Moderna de Rifkin	Un centro de estudios en «la calle»	«La calle»
Essex, condado de (Massachusetts)	Donde está situada Innsmouth	«La sombra sobre Innsmouth»

Estación del Norte (Boston, Massachusetts)	Lugar donde Peaslee recibió una llamada telefónica	«El que susurra en la oscuridad», «En la noche de los tiempos»
Estados Unidos	Supuesto lugar de nacimiento del narrador	«Una semblanza del doctor Johnson»
Everest, monte	Mencionado	«La ciudad sin nombre»
Exeter (Rhode Island)	Una población que lidió con vampiros	«La casa evitada»
Exham Priory (Inglaterra)	El restaurado castillo de la familia Delapore	«Las ratas de las paredes»
Ezbekiyeh, jardines de (El Cairo, Egipto)	Un parque que visitó Houdini	«Bajo las pirámides»
Fall Street (Innsmouth, Massachusetts)	Calle mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Federal Hill (Providence, Rhode Island)	Donde se alza la Iglesia de la Sabiduría Estelar	«El morador de las tinieblas»
Federal Street (Innsmouth, Massachusetts)	Calle mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Fiji, islas	Mencionadas	«La sombra sobre Innsmouth»
Filipinas	Lugar donde ciertas tribus se volvieron molestas en respuesta a la llamada	«La llamada de Cthulhu»
Fish Street, puente de (Innsmouth. Massachusetts)	En ruinas	«La sombra sobre Innsmouth»
Fitchburg (Massachusetts)	Ciudad mencionada	«El que susurra en la oscuridad»
Flandes (Bélgica)	Donde el narrador estuvo destinado en 1915 durante la guerra	«Herbert West, reanimador»
Flatbush (Brooklyn, Nueva York)	El barrio en el que vivía Suydam	«El horror de Red Hook»
Fleur-de-Lys, edificio (n.° 7 de Thomas Street, Providence, Rhode Island)	Donde vivía Thomas Wilcox	«La llamada de Cthulhu»
Florida	A donde se mudó el padre de Upton por motivos de salud	«El ser del umbral»
Fowler, casa de labor de Goody (Arkham, Massachusetts)	Mencionada	«La llave de plata»
Fráncfort (Alemania)	Donde se imprimió el *Regnum Congo* de Pigafetta	«El grabado de la casa»
Francia	Donde vivía Charles Le Sorcier	«El alquimista»
Franklin, isla de (Antártida)	Mencionada	*En las montañas de la locura*
Fredericksburg (Virginia)	Lugar donde Welcome Harris murió en combate	«La casa evitada»

Frigia	Región mencionada	«Las ratas de las paredes»
Fujiyama, monte (Japón)	Mencionado	*En las montañas de la locura*
Gainesville (¿Florida?) Galia	Una localidad próxima al cementerio Mencionada	«La declaración de Randolph Carter» «Ibid»
Gallows Hill (Boston, Massachusetts)	Lugar mencionado	«El modelo de Pickman»
Gare Centrale (El Cairo, Egipto)	La estación de tren de El Cairo a la que llegó Houdini	«Bajo las pirámides»
Garrison Street (Arkham, Massachusetts)	Calle mencionada	«Los sueños en la casa de la bruja»
George Street (Providence, Rhode Island)	Calle en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
George Street (Providence, Rhode Island)	Calle en la que vivía el Sr. Melville F. Peters	*El caso de Charles Dexter Ward*
Germantown (Pensilvania)	Ciudad de origen del hombre que ofreció un «ingenioso espectáculo mecánico» en Providence	*El caso de Charles Dexter Ward*
Gezira (Egipto)	Una isla en El Cairo que Houdini visitó	«Bajo las pirámides»
Gilman House (Innsmouth, Massachusetts)	El principal hotel de la ciudad	«La sombra sobre Innsmouth»
Gloucester (Massachusetts)	Ciudad mencionada	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Gold Street (Providence, Rhode Island)	Calle en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Golden Ball Inn (Providence, Rhode Island)	Una antigua fonda en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Gotemburgo, puerto de (Gotemburgo, Suecia)	Lugar donde murió Johansen	«La llamada de Cthulhu»
Governors Island (Nueva York)	Una isla frente a la costa de Red Hook	«El horror de Red Hook»
Gowanus (Brooklyn, Nueva York)	Un barrio mencionado	«El horror de Red Hook»
Gran Abismo, el	Próximo a Sarkomand	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Gran Pirámide, la (Egipto)	Mencionada	«El extraño»
Gran Puente, el (Providence, Rhode Island)	En la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	«La casa evitada». *El caso de Charles Dexter Ward*
Granary, cementerio (Boston, Massachusetts)	Una lápida robada de él aparece en las Tierras del Sueño	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Gray’s Inn (Londres, Inglaterra)		«El descendiente»

	Una calle en la que vive un hombre que grita	
Great Russell Street (Londres, Inglaterra)	Una calle en la que se alojó Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Grecia	Se menciona que fue saqueada por Constantino	*En las montañas de la locura*
Green Bay (Wisconsin)	Un lugar al que llegaron las reliquias de Ibid	«Ibid»
Green Lane (Kingsport, Massachusetts)	La calle donde está la casa de los antepasados del narrador	«La ceremonia»
Green. río (Kentucky)	Un río que tiene comunicación con el agua de la cueva	«La bestia de la cueva»
Greenfield (Massachusetts)	La estación a la que llegó Wilmarth	«El que susurra en la oscuridad»
Greenough Lane (Boston. Massachusetts)	Una calle en la que definitivamente no está el estudio de Pickman	«El modelo de Pickman»
Greenwich (Manhattan, Nueva York)	El barrio en el que vivía «él»	«Él»
Greenwood, cementerio (Brooklyn, Nueva York) Groenlandia	Donde están enterrados los Suydam Mencionada	«El horror de Red Hook» «La llamada de Cthulhu»
Guilder Street (Providence, Rhode Island)	Calle en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Guinea	Lugar de origen de «una repulsiva mujer negra» que cuidaba al hijo de sir Wade Jermyn, Philip	«Hechos relativos al difunto Arthur Jermyn y su familia»
Guiza (Egipto)	Región visitada por Houdini	«Bajo las pirámides»
Habana, La	Ciudad de procedencia de los marineros de Curwen	*El caso de Charles Dexter Ward*
Hackers Hall (Providence, Rhode Island)	Un edificio donde Curwen pronunció un discurso	*El caso de Charles Dexter Ward*
Hadoth	Un valle a orillas del nilo	«El extraño»
Haití	Donde se multiplicaron las orgías vudú en respuesta a la llamada	«La llamada de Cthulhu»
Hali, lago	Carcosa está a su orilla	«El que susurra en la oscuridad»
Hammond, drugstore de (Newburyport, Massachusetts)	Una tienda frente a la cual para el autobús	«La sombra sobre Innsmouth»
Hangman, arroyo de (Massachusetts)	Cercano a Arkham	«Los sueños en la casa de la bruja»
Hanwell, Manicomio de (Inglaterra)	Donde internaron a Walter Delapore	«Las ratas de las paredes»

Harlem (Brooklyn, Nueva York)	Barrio mencionado	«Herbert West, reanimador»
Harrow School (Harrow on the Hill, Middlesex, Inglaterra)	Colegio privado mencionado	«El descendiente»
Harvard Square, estación de (Cambridge, Massachusetts)	Una estación de metro mencionada por Danforth	*En las montañas de la locura*
Hatheg	Una ciudad próxima a Ulthar	«Los gatos de Ulthar», «Los otros dioses», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Hatheg-Kla	Una montaña	«Los otros dioses», «La extraña casa elevada entre la niebla», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Haverhill (Massachusetts)	La ciudad natal de Walter Gilman	«Los sueños en la casa de la bruja»
Heliópolis (África)	Ciudad mencionada	«Bajo las pirámides»
Hexham (Inglaterra)	Unas ruinas romanas mencionadas	*El caso de Charles Dexter Ward*
Himalaya, cordillera del (Tíbet)	Mencionada	«El que susurra en la oscuridad», *En las montañas de la locura*
Hlanith	Una ciudad comercial en el mar Cerenerio	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Hobart (Tasmania)	Ciudad en la que el Arkham hizo escala de camino a la región antártica	*En las montañas de la locura*
Hogton (Vermont)	Localidad en la que vivía la dulce Ermengarde	«La dulce Ermengarde»
Holanda, cementerio de	El escenario de la profanación de una tumba	«El sabueso»
Hooper, laguna de (Massachusetts)	A las afueras de Kingsport, en el camino a la cumbre	«La extraña casa elevada entre la niebla»
Hope Street (Providence, Rhode Island)	Calle mencionada	«La casa evitada»
Hope Valley (cerca de Providence, Rhode Island)	El escenario del asalto a un camión	*El caso de Charles Dexter Ward*
Hopkins Street (Providence, Rhode Island)	Una calle por la que pasó andando el narrador	«La casa evitada»
Hospital Congregacional (Kingsport, Massachusetts)	Mencionado	«La extraña casa elevada entre la niebla», «La llave de plata»
Hospital de Saint Mary (Arkham, Massachusetts)	Donde fue hospitalizado el narrador; el narrador de «Lo innominable» y Joel Manton se recuperan también allí	«La ceremonia», «Lo innominable»
Hospital Estatal de Danvers (Danvers, Massachusetts)	Mencionado	«La sombra sobre Innsmouth», «El modelo de Pickman», *La*

		búsqueda en sueños de la ignota Kadath
Hotel Biltmore (Providence, Rhode Island)	Mencionado	*El caso de Charles Dexter Ward*
Hotel Mena House (Guiza, Egipto)	Houdini pasó junto a él	«Bajo las pirámides»
Hotel Shepherd (El Cairo, Egipto)	Houdini se alojó en él	«Bajo las pirámides»
Hungría	País visitado por Justin Geoffrey	«Los sueños en la casa de la bruja»
Huntingdon (Cambridgeshire, Inglaterra)	Un manicomio en el cual internaron a sir Wade Jermyn	«Hechos relativos al difunto Arthur Jermyn y su familia»
Ib	Una ciudad de Mnar, mencionada en «La ciudad sin nombre», con la cual se compara la ciudad de la altiplanicie antartica	«La maldición que cayó sobre Sarnath», «La ciudad sin nombre», *En las montañas de la locura*
Iglesia Baptista (Innsmouth, Massachusetts)	Mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Iglesia Congregacional (Dunwich. Massachusetts)	Mencionada	«El horror de Dunwich»
Iglesia Congregacional (Innsmouth, Massachusetts)	Mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Iglesia Congregacional (Providence. Rhode Island)	Fundada por Joseph Curwen. entre otras cosas	*El caso de Charles Dexter Ward*
Iglesia de la Trinidad (Nueva York, Nueva York)	El narrador ve su aguja	«Él»
Iglesia de Saint John (cementerio secreto, Providence, Rhode Island)	En la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Iglesia de St. Stanislaus (Arkham. Massachusetts)	Parroquia del padre Iwanicki	«Los sueños en la casa de la bruja»
Iglesia del diácono Snow (Providence. Rhode Island)	Iglesia a la que se unió Curwen	*El caso de Charles Dexter Ward*
Iglesia del Dr. Cotton (Providence, Rhode Island)	Iglesia congregacionalista a la que iba Curwen[4]	*El caso de Charles Dexter Ward*
Iglesia del Rey (Providence. Rhode Island)	Mencionada	*El caso de Charles Dexter Ward*
Iglesia del Spirito Santo (Providence. Rhode Island)	La iglesia en la que oficiaba el padre Merluzzo	«El morador de las tinieblas»
Iglesia Metodista Episcopal de Asbury (Arkham, Massachusetts)	Parroquia del joven empleado de una tienda de alimentación	«La sombra sobre Innsmouth»
Iglesia Presbiteriana de Ladrillo (Nueva York, Nueva York)	Iglesia cuya aguja es visible	«Él»
	El centro del barrio	«El horror de Red Hook»

Iglesia Reformada de Flatbush (Brooklyn, Nueva York)		
Ilarnek	Una ciudad de Mnar a orillas del rio Ai	«La maldición que cayó sobre Sarnath», «La búsqueda de Iranon», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Ilek-Vad	Una ciudad de pequeñas torres que se yergue sobre acantilados de cristal, en las Tierras del Sueño	«La llave de plata», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Illinois	El estado donde viven los padres del narrador	«Herbert West, reanimador»
Implan	Una ciudad de Mnar productora de cabritos	«La maldición que cayó sobre Sarnath»
India	Lugar de procedencia del libro de Warren y, más tarde, también de los libros prehistóricos y las tablillas de arcilla que leía Randolph Carter	«La declaración de Randolph Carter», «La llave de plata»
Indias	Lugar de procedencia de algunas mercancías importadas por Joseph Curwen	*El caso de Charles Dexter Ward*
índico, océano	Mencionado	*En las montañas de la locura*
Industrial Trust, faro de la torre (Providence, Rhode Island)	Visible para Blake	«El morador de las tinieblas»
Inganok	Un puerto de las Tierras del Sueño	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Inglaterra	Donde reside el narrador	«El sabueso»
Innsmouth (Inglaterra)	Una localidad costera en la que murió Kuranes	«Celefaïs»
Innsmouth (Massachusetts)	El escenario principal del relato	«La sombra sobre Innsmouth»
Innsmouth, puerto de (Innsmouth, Massachusetts)	Donde se encuentra el arrecife del Diablo	«La sombra sobre Innsmouth»
Instituto Essex (Salem, Massachusetts)	Institución en la que Charles Dexter Ward estuvo investigando	*El caso de Charles Dexter Ward*
Instituto Hall (Kingsport, Massachusetts)	Donde estudió Asenath Waite	«El ser del umbral»
Ipswich (Massachusetts)	Localidad mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Irem	Una ciudad perdida de la península Arábiga	«La ciudad sin nombre»
Irlanda, oeste de	Región en la que cunden rumores y leyendas absurdos en respuesta a la llamada	«La llamada de Cthulhu»

Islandia	País mencionado	«La llamada de Cthulhu»
James	Un río cercano a Carfax, en Virginia	«Las ratas de las paredes»
Jardín de los Dioses (Colorado)	Un parque público mencionado	*En las montañas de la locura*
Jardín Zoológico (El Cairo, Egipto)	Houdini pasó junto a él	«Bajo las pirámides»
Jaren	Una ciudad con murallas de ónice a orillas del río Xari	«La búsqueda de Iranon»
Jenckes Street (Providence)	Calle en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Jermyn, mansión (Suffolk, Inglaterra)	El hogar ancestral de la familia Jermyn	«Hechos relativos al difunto Arthur Jermyn y su familia»
Jerusalén (Israel)	Mencionada	*El caso de Charles Dexter Ward*
Jewel Lake	Un asentamiento cercano a la mina Norton	«La transición de Juan Romero»
Joanna, manantial (Australia Occidental)	Situado 160 km al noroeste de la excavación	«En la noche de los tiempos»
Júpiter, cuarta luna de	Lugar donde podría habitar el viajero interestelar que ocupó el cuerpo de Joe Slater	«Al otro lado de la barrera del sueño»
Kadath	Evidentemente una cumbre o península de las Tierras del Sueño	«Los otros dioses», «La extraña casa elevada entre la niebla», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*, «El horror de Dunwich»
Kadatheron	Una ciudad de Mnar, a orillas del río Ai	«La maldición que cayó sobre Sarnath», «La búsqueda de Iranon», «*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Kadifonek	Un monte junto al altiplano de Sarkis	«Polaris»
Kartianas, colinas	Unas colinas cercanas a Teloth	«La búsqueda de Iranon»
Keene (Nuevo Hampshire)	Una ciudad mencionada	«El que susurra en la oscuridad»
Kendall, estación de (Boston, Massachusetts)	Una estación de metro mencionada por Danforth	*En las montañas de la locura*
Kent (Inglaterra)	Un condado inglés con una casa solariega en la que se consumieron drogas	«Hipno»
Kiel (Alemania)	La ciudad a la que se dirigía el *U-29*	«El templo»
Kilderry (Irlanda)	Una localidad donde Denys Barry compró un castillo	«La ciénaga-luna»
Kingsport (Massachusetts)	El pueblo donde tiene lugar «La ceremonia», donde vive el Viejo	«La ceremonia», «El Viejo Terrible», «La extraña casa elevada entre la niebla», *La*

	Terrible y donde está la extraña casa elevada	*búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Kingsport Head (Massachusetts)	Ubicación de una potente emisora de radio	*En las montañas de la locura*, «La sombra sobre Innsmouth»
Kingsport, puerto de (Massachusetts)	Donde encuentran al narrador	«La ceremonia»
Kingstown (Rhode Island)[5]	El pueblo donde Curwen compraba ganado para su granja	*El caso de Charles Dexter Ward*
Kiran	Lugar que alberga un templo al dios del Oukranos	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Kish (Mesopotamia)	Una ciudad mencionada	*En las montañas de la locura*
Klausenburg (Transilvania)	Una ciudad en la que paró Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Klcd	Una región de junglas fragantes	«La llave de plata», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Kleinstrasse (Altstadt, Praga)	Calle en la que vivía Simon Orne	*El caso de Charles Dexter Ward*
Knapp Street (Milwaukee, Wisconsin)	Calle en la que vivía Robert Blake	«El morador de las tinieblas»
Koth, Torre de	Una escalera a una parte de las Tierras del Sueño	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Kra	Un arroyo, con diminutas cascadas, en Aira	«La búsqueda de Iranon»
Kurdistán	Región de origen de muchos de los inmigrantes de Red Hook	«El horror de Red Hook»
La Sartén y el Pescado (cerca del nuevo café, Providence, Rhode Island)	Una tienda regentada por Clark y Nightingale	*El caso de Charles Dexter Ward*
Lafayette Street (Innsmouth, Massachusetts)	Calle mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Lawrence College (Applcton, Wisconsin)	La universidad en la que estudió Alfred Trever	«El viejo Bugs»
Le Tellier’s (Dover Street, Soho, Londres, Inglaterra)	Lugar de reunión del club literario	«Una semblanza del doctor Johnson»
Lefferts Corners (Nueva York)	El pueblo más cercano al monte Tempest	«El terror acechante»
Lemuria	Mencionado; albergó por un tiempo el Trapezoedro Resplandeciente	*En las montañas de la locura*, «El morador de las tinieblas»
Leng	Un lugar de Asia Central cuya fría meseta desértica alberga un monasterio de piedra	«El sabueso», «Celefaïs», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath, En las montañas de la locura*

Lerion	Una región	«Los otros dioses», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Liberty Café	Una cafetería en «la calle»	«La calle»
Líbico, desierto (África)	Divisado por Houdini	«Bajo las pirámides»
Lidia	Región hasta la cual se extendía la fama de Kalos y Musides	«El árbol»
Limoges (Francia)	El lugar donde el Príncipe Negro perpetró su masacre	*El caso de Charles Dexter Ward*
Liranio, desierto	Mencionado	«La búsqueda de Iranon»
Liverpool (Inglaterra)	Destino del *Victory*; Charles Dexter Ward viajó hasta allí en barco	«El templo», *El caso de Charles Dexter Ward*
Logia masónica, antigua; hoy Orden Esotérica de Dagón (Innsmouth, Massachusetts)	Mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Lomar	Una tierra en las regiones árticas	«Polaris», «La búsqueda de Iranon», «Los otros dioses», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Londres (Inglaterra)	Lugar de origen del ejemplar del *Regnum Congo* de Pigafetta que tenía el viejo: un puerto para otros viajeros e importaciones; donde Walter Delapore compró parte de los adornos de su casa; donde vivía Kuranes; el narrador de «Una semblanza del doctor Johnson» se mudó allí; el narrador de «Hipnos» tenía un estudio allí	«El grabado de la casa», «El sabueso», «Celefaïs», «La llamada de Cthulhu», «Las ratas de las paredes», «Él», *El caso de Charles Dexter Ward*
Lower Green, río (Massachusetts)	Un río en el camino que va de Newburyport a Innsmouth	«La sombra sobre Innsmouth»
Luitpold, Tierra de (Antártida)	Mencionada	*En las montañas de la locura*
Lyon (Francia)	Lugar de publicación del *Dæmonolatreia* de Remigius	«La ceremonia»
Machu Picchu (los Andes)	Mencionada	*En las montañas de la locura*
Main Street (Innsmouth, Massachusetts)	Calle mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Mammoth Cave (Kentucky)	La cueva en la que moraba la bestia	«La bestia de la cueva»
Manicomio de Arkham (Arkham. Massachusetts)	Lugar donde dispararon a Edward Derby	«Los sueños en la casa de la bruja»
Manicomio de Sefton (Sefton, Massachusetts)	A 80 km de Boston, cerca de Arkham	«Herbert West, reanimador»
		«La casa evitada»

Mansion House (Providence, Rhode Island)	La antigua Golden Ball Inn, una fonda mencionada	
Manuxet. río (Massachusetts)	Mencionado	«La sombra sobre Innsmouth»
Maple Hill (Nueva York)	Un pico mencionado, próximo al monte Tempest	«El terror acechante»
Marblehead (Massachusetts)	Una localidad mencionada	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Market Parade (Providence, Rhode Island)	Una explanada pavimentada por Curwen	*El caso de Charles Dexter Ward*
Marsella (Francia)	Puerto del que zarpó el *Malwa*	«Bajo las pirámides»
Marsh Street (Innsmouth, Massachusetts)	Calle mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Martense Street (Flatbush, Brooklyn, Nueva York)	La calle donde vivía Suydam, en una casa retirada de la calzada	«El horror de Red Hook»
Martin Street (Innsmouth, Massachusetts)	Calle mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Martinica	Lugar de procedencia de los marineros de Curwen	*El caso de Charles Dexter Ward*
Massachusetts	Estado en cuyo mundo empresarial se metió de lleno Walter Delapore	«Las ratas de las paredes»
Maumee (Ohio)	Una localidad mencionada, próxima a Toledo	«La sombra sobre Innsmouth»
McMurdo, estrecho de (Antártida)	Mencionado	*En las montañas de la locura*
Meadow Hill (Arkham, Massachusetts)	Una colina mencionada, en la que una vez un correo a caballo vio algo extraño	«Herbert West, reanimador», «Lo innominable», «El color que cayó del cielo», «Los sueños en la casa de la bruja»
Meath, condado de (Irlanda)	Donde se perdió Denys Baerry	«La ciénaga-luna»
Meeting Street (Providence, Rhode Island)	Una calle en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward, conocida antaño como Gaol Lane y King Street	*El caso de Charles Dexter Ward*
Memorial Hall (Providence, Rhode Island)	Un edificio mencionado	«El morador de las tinieblas»
Ménalo, monte (Arcadia)	Donde estaba «el árbol» y bailaban faunos	«El árbol», «La ciénaga-luna»
Mendota, lago (Wisconsin)	Unas tribus cercanas tuvieron las reliquias de Ibid	«Ibid»
Menfis (Egipto)	Ciudad mencionada	«La ciudad sin nombre», «La ceremonia», «Bajo las pirámides»
Meroë (Egipto)	Ciudad mencionada	

		«La ciudad sin nombre», «Los gatos de Ulthar»
Michigan, lago (EEUU)	Unas tribus cercanas tuvieron las reliquias de Ibid	«Ibid»
Mile-End Cove (Providence, Rhode Island)	Una ensenada en cuya zona Joseph Curwen compró unos muelles	*El caso de Charles Dexter Ward*
Milwaukee en el río Menominee (Wisconsin)	Emplazamiento de un puesto comercial	«Ibid»
Miskatonic, valle del	El narrador está viajando por el valle (primera mención en la obra de Lovecraft)	«El grabado de la casa»
Mitre Tavem (Londres, Inglaterra)	La taberna en la que el narrador conoció al Dr. Samuel Johnson	«Una semblanza del doctor Johnson»
Mnar	Una región	«La maldición que cayó sobre Sarnath», «La ciudad sin nombre»
Montpelier (Vermont)	Ciudad mencionada	«El que susurra en la oscuridad»
Mount Auburn, cementerio (Cambridge, Massachusetts)	Pintado por Pickman	«El modelo de Pickman»
Mtal	Una localidad costera de Mnar	«La maldición que cayó sobre Sarnath»
Museo Australiano (Sídney, Australia)	Museo que albergaba la estatuilla de Cthulhu. Se dice de él que está en College Street (así es) y Hyde Park (está enfrente)	«La llamada de Cthulhu»
Museo de Bellas Artes de Boston (Boston, Massachusetts)	Rechazó uno de los cuadros de Pickman	«El modelo de Pickman»
Museo de El Cairo (El Cairo, Egipto)	Mencionado	«Bajo las pirámides»
Museo de la Taberna de Fraunces (Nueva York, Nueva York)	Donde había guardada cierta correspondencia de la época colonial de Rhode Island relativa a Joseph Curwen	*El caso de Charles Dexter Ward*
Muski, la (El Cairo, Egipto)	Una calle por la que pasó Houdini	«Bajo las pirámides»
Namquit, punta (cerca de Providence, Rhode Island)	Donde la goleta *Fortaleza* hacía un alto para dejar parte de su cargamento	*El caso de Charles Dexter Ward*
Nansen, monte (Antártida)	Cercano a una base de exploración	*En las montañas de la locura*
Narath	Una ciudad con puertas esculpidas y cúpulas de	«La llave de plata»

	calcedonia, en las Tierras del Sueño	
Naraxa	Un río cercano a Celefaïs	«Celefaïs», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Narg	Un río de Cathuria que nace en una gruta	«La nave blanca»
Nariel	Unas islas en el océano Medio	«La maldición que cayó sobre Sarnath»
Narragansett. bahía de (cerca de Providence, Rhode Island)	Donde vivían los Roulet, y había lecheros y criadores de caballos; donde el Dr. Dexter tiró un objeto	«La casa evitada», *El caso de Charles Dexter Ward*, «El morador de las tinieblas»
Narthos	Un valle cerca de Narthos	«La búsqueda de Iranon»
Nath-Horthath, templo de	En Ooth-Nargai	«Celefaïs»
Neápolis (Grecia)	Ciudad hasta la cual se extendía la fama de Kalos y Musides	«El árbol»
Neb	Lugar mencionado	«El extraño»
Neck (Pawtuxet, Rhode Island)	Un cabo cercano a Providence donde vivía John Merritt	*El caso de Charles Dexter Ward*
Nefrén-Ka, catacumbas de	Mencionadas	«El extraño»
Neustadt (Praga. Checoslovaquia)	Un distrito en el que Charles Dexter Ward estuvo investigando	*El caso de Charles Dexter Ward*
New Church Green (Innsmouth, Massachusetts)	Donde estaba la sede de la Orden Esotérica de Dagón	«La sombra sobre Innsmouth»
Newburyport (Massachusetts)	Ciudad de la que sale el autobús que toma el narrador	«La sombra sobre Innsmouth»
Newfane (Vermont)	Pueblo en el que ganduleaba Walter Brown	«El que susurra en la oscuridad»
Newport (Rhode Island)	Ciudad de la que era natural María Robbins; lugar de procedencia de algunas mercancías importadas por Joseph Curwen	«La casa evitada», *El caso de Charles Dexter Ward*
Ngranek	Una montaña de las Tierras del Sueño, en la isla de Oriab, en la cual hay esculpida una efigie de los dioses	«Los otros dioses», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Nilo, puente del (El Cairo. Egipto)	Cruzado por Houdini	«Bajo las pirámides»
Nilo, río	Mencionado	«La ciudad sin nombre»
Nilo, valle del (Egipto)	Visitado por Houdini	«Bajo las pirámides»
Nir	Una pequeña ciudad próxima a Hatheg	«Los gatos de Ulthar», «Los otros dioses», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*

Nis	Una sima «sonriente»	«El terror acechante»
Nis, valle de	Un valle por el que discune el río Than	«Memoria»
Nithra	Un río que pasa por Aira	«La búsqueda de Iranon»
Nooseneck Hill (Rhode Island)	La región de la que llegó Ann White	«La casa evitada»
North End (Boston, Massachusetts)	Un barrio en el que Pickman alquiló un estudio	«El modelo de Pickman»
North Kingstown (Rhode Island)	El pueblo natal de Ann White	«La casa evitada»
North Main Street (Salem, Massachusetts)	El lugar en el que estaba la casa de Dexter	«Ibid»
North Point (Kingsport, Massachusetts)	Ubicación del faro a cargo de Basil Elton[6]	«La nave blanca»
Northam Keep (Inglaterra)	La residencia del barón de Northam	«El descendiente»
Northfield (Massachusetts)	Una localidad mencionada	«El que susurra en la oscuridad»
Norton, mina	Una famosa mina de oro en algún lugar del sudoeste de los EEUU	«La transición de Juan Romero»
Noton	Un monte a cuyo pie está el altiplano de Sarkis	«Polaris»
Notre Dame, catedral de (París, Francia)	Mencionada por sus gárgolas	«El modelo de Pickman». *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Nueva Ámsterdam (Nueva York)	Donde vivía Gerrit Martense	«El terror acechante»
Nueva Francia (Canadá)	Destino de unas tropas acuarteladas temporalmente en Providence	*El caso de Charles Dexter Ward*
Nueva Londres (Connecticut)	Ciudad a la que viajó Charles Dexter Ward en sus investigaciones	*El caso de Charles Dexter Ward*
Nueva York (Nueva York)	Puerto de origen del *Victory*; donde inmigrantes del Mediterráneo oriental generaron disturbios en respuesta a la llamada; lugar de procedencia de algunas mercancías importadas por Joseph Curwen	«El templo», «La llamada de Cthulhu», *El caso de Charles Dexter Ward*, «Los sueños en la casa de la bruja»
Nuevo Hampshire	Estado mencionado	«El que susurra en la oscuridad»
Octava Avenida (Nueva York, Nueva York)	Donde el narrador contrató a un haragán desastrado	«Aire frío»
Ofir	Lina región mencionada	«Los gatos de Ulthar»
Ogrothan	Una ciudad comercial mencionada	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*

Olathoë	Una ciudad de mármol en Lomar con la cual es comparada la antigua megalópolis de la altiplanicie antártica	«Polaris», «La búsqueda de Iranon», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath, En las montañas de la locura*
Olney Court (Stamper's Hill, Providence, Rhode Island)	Emplazamiento de una «casa antiquísima» construida y ocupada en un momento dado por Joseph Curwen	*El caso de Charles Dexter Ward*
Olney Street (Salem, Massachusetts)	El lugar en el que estaba la casa de Dexter	«Ibid»
Oonai	La ciudad de los laúdes y el baile, más allá de las colinas Kartianas	«La búsqueda de Iranon»
Ooth-Nargai	Un valle mencionado	«Celefaïs», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Orange Point (Kingsport, Massachusetts)	Un lugar por cuyos acantilados se despeña el narrador	«La ceremonia»
Oriab	Una isla en el mar del Sur de las Tierras del Sueño	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Orion, espada de (constelación)	Un lugar donde podría habitar el viajero interestelar que ocupó el cuerpo de Joe Slater	«Al otro lado de la barrera del sueño»
Orne's Gangway (Arkham, Massachusetts)	Un callejón en el que se produjo un extraño secuestro	«Los sueños en la casa de la bruja»
Osborn, tienda de (Dunwich, Massachusetts)	Mencionada	«El horror de Dunwich»
Oslo (Noruega)	La ciudad de origen del segundo oficial Gustaf Johansen	«La llamada de Cthulhu»
Otaheite (Tahití)	Isla próxima al destino del capitán Obed Marsh	«La sombra sobre Innsmouth»
Ottawa (Canadá)	Lugar donde West se alistó en el ejército	«Herbert West, reanimador»
Oukranos	Un río de las Tierras del Sueño en cuyas orillas se encuentra Thran	«La llave de plata», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Oxus	Un río mencionado, situado en Asia central	«La ciudad sin nombre»
Pacífico Sur, océano	De donde se vio arrancada la luna	*En las montañas de la locura*
Packet Street (Providence, Rhode Island)	Una calle en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Paine Street (Innsmouth, Massachusetts)	Una calle mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Palacio de los Setenta Placeres (Celefais)	El palacio de Kuranes	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Palmira (Siria)		*En las montañas de la locura*

	Una ciudad cuyas esculturas se mencionan	
Panamá, canal de (Panamá)	En la ruta del *Arkham* hacia la Antártida	*En las montañas de la locura*
Panton (Vermont)	La localidad de origen del taquillera de la estación	«La sombra sobre Innsmouth»
Pardon Tillinghast, almacén de (Town Street, Providence, Rhode Island)	Donde estuvo empleado Etienne Roulet	«La casa evitada»
Parg	Ciudad de origen de esclavos negros	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
París (Francia)	Ciudad mencionada	«Él», «La llamada de Cthulhu». «La casa evitada»
Park Avenue (Nueva York, Nueva York)	Avenida en la que vivía la prometida de Galpin	«El viejo Bugs»
Park Street, estación de (Boston, Massachusetts)	Estación de metro mencionada por Danforth	*En las montañas de la locura*
Parker Place (Brooklyn, Nueva York)	Lugar donde estaba el piso sótano de Suydam	«El horror de Red Hook»
Parker, río (Massachusetts)	Un río en la ruta de Newburyport a Innsmouth	«La sombra sobre Innsmouth»
Parry, montañas (Antártida)	Mencionadas	*En las montañas de la locura*
Parsloe’s (St. James’s Street, Soho, Londres, Inglaterra)	Lugar de reunión del club literario	«Una semblanza del doctor Johnson»
Pascoag (Rhode Island)	Un pueblo al que se mudó Malone	«El horror de Red Hook»
Pascua, isla de	Mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Passumpsic, río (Vermont)	Un río en el condado de Caledonia, al norte de Lyndonville	«El que susurra en la oscuridad»
Paterson (Nueva Jersey)	Una localidad visitada por Thurston	«La llamada de Cthulhu»
Pawcatuck, río (Rhode Island)	Un río que cruzó Charles Dexter Ward durante el regreso a su hogar	*El caso de Charles Dexter Ward*
Pawtucket, camino oeste a (Providence, Rhode Island)	Ubicación del Cementerio del Norte	«La casa evitada»
Pawtuxet (Rhode Island)	Lugar de origen de rumores sobre Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Pawtuxet, camino de (Providence, Rhode Island)	Donde estaba la granja de Joseph Curwen	*El caso de Charles Dexter Ward*
Peabody Avenue, puente de (Arkham, Massachusetts)	Un puente sobre el río Miskatonic	«Los sueños en la casa de la bruja»
		«En la cripta»

Peck Valley, cementerio de (Peck Valley)	Donde George Birch se quedó encerrado	
Perry Street (Greenwich, Manhattan, Nueva York)	Una calle próxima al lugar donde vivía «él»	«Él»
Perth (Australia)	La ciudad de origen del Dr. E. M. Boyle	«En la noche de los tiempos»
Petrovitch, panadería de	Un establecimiento en «la calle»	«La calle»
Phoenix Park (Dublín, Irlanda)	Lugar de nacimiento de Malone	«El horror de Red Hook»
Piedra de Boston (Boston, Massachusetts)	Una piedra que supuestamente marca el centro de Boston, mencionada	*El caso de Charles Dexter Ward*
Pilares de Basalto del Oeste	Un monumento en las Tierras del Sueño que señalaba una monstruosa catarata	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Pilares, calle de ios (Celefaïs)	Carter pasó por ella	«Celefaïs», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Pirámide, Gran (Guiza, Egipto)	Donde tuvo lugar la aventura	«Bajo las pirámides»
Pirámide, Segunda (Guiza, Egipto)	Mencionada	«Bajo las pirámides»
Pirámide, Tercera (Guiza, Egipto)	Mencionada	«Bajo las pirámides»
Pirámides de Guiza (Egipto)	Visitadas por Houdini	«Bajo las pirámides»
Placentia	Lugar de nacimiento de Ibid	«Ibid»
Plum, isla (Massachusetts)	Visible desde el camino de Newburyport a Innsmouth	«La sombra sobre Innsmouth»
Pnath	Un valle situado entre los picos de Thok	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Ponapé (islas Carolinas)	Una isla mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Pond Street (Bolton, Massachusetts)	Una calle donde Herbert West tenía una casa	«Herbert West, reanimador»
Port Royal	Lugar de procedencia de los marineros de Curwen	*El caso de Charles Dexter Ward*
Portland (Maine)	Ciudad por la que Derby pasó en coche de camino a Arkham	«El ser del umbral»
Portsmouth (Nuevo Hampshire)	Ciudad mencionada	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Post Office Square (Providence, Rhode Island)	Plaza mencionada	*El caso de Charles Dexter Ward*
Power Street (Providence. Rhode Island)	Una calle en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Power’s Lañe, colina de (Providence, Rhode Island)	Lugar de residencia del capitán Tillinghast	*El caso de Charles Dexter Ward*
	Donde vivía Peleg Harris	«La casa evitada»

Presbyterian Lane (Providence, Rhode Island)		
Primera Iglesia Baptista (Providence, Rhode Island)	En la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Primera Iglesia de Cristo, Científico (Prospect y Meeting Street. Providence, Rhode Island)	En la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Prince Street (Boston. Massachusetts)	Una calle próxima al estudio de Pickman	«El modelo de Pickman»
Prince's (Sackville Street, Londres, Inglaterra)	Lugar de reunión del club literario	«Una semblanza del doctor Johnson»
Prospect Street (Providence, Rhode Island)	Calle en la que se halla la residencia familiar de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Prospect Terrace (Providence, Rhode Island)	Un lugar frecuentado por las niñeras de Charles Dexter Ward cuando era niño	*El caso de Charles Dexter Ward*
Providence (Rhode Island)	Ciudad natal de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Providence, río (Providence, Rhode Island)	Río a cuyos vertidos residuales se atribuyeron equivocadamente unos gases ponzoñosos	«La casa evitada»
Prusia	País de origen del comandante del *U-29*	«El templo»
Psi Delta, sede de la hermandad (Providence, Rhode Island)	Edificio desde el cual unos estudiantes vieron a Blake	«El morador de las tinieblas»
Ptolemais, catacumbas de	Mencionadas	«El grabado de la casa»
Puerta de las Caravanas	Una puerta de la ciudad portuaria de Inganok	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Puerta del Sueño Profundo (Tierras del Sueño)	La entrada a las Tierras del Sueño	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Puerto Saíd (Egipto)	Puerto de llegada del Malwa	«Bajo las pirámides»
Rakus (Transilvania)	El lugar de residencia del barón Ferenczy	*El caso de Charles Dexter Ward*
Rávena (Italia)	Donde fue enterrado Ibid	«Ibid»
Real Sociedad (Sídney, Australia)	Una sociedad científica mencionada	«La llamada de Cthulhu»
Red Hook (Brooklyn, Nueva York)	El barrio en el que patrullaba Malone	«El horror de Red Hook»
Rehoboth (Massachusetts)	El pueblo de origen de una sirviente de la «casa evitada»; también del Dr. Jabez Bowen	«La casa evitada», *El caso de Charles Dexter Ward*
	Al oeste de la base	*En las montañas de la locura*

Reina Alexandra, cordillera de la (Antártida)		
Renania (Prusia)	Región de origen de varios tripulantes del *U-29*	«El templo»
Reservoir Avenue (Providence, Rhode Island)	Una avenida mencionada	*El caso de Charles Dexter Ward*
Rhodes-on-the-Pawtuxet (Rhode Island)	Ubicación de un complejo recreativo frecuentado por Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Richmond (Virginia)	Una ciudad defendida por el padre de Walter Delapore	«Las ratas de las paredes»
Rin, castillos en ruinas junto al	Mencionados	«El grabado de la casa»
Rinar	Una ciudad comercial mencionada	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
River Street (Innsmouth, Massachusetts)	Una calle mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Riverpoint (valle del Pawtuxet, Rhode Island)	Una zona con fábricas de tejidos de algodón	*El caso de Charles Dexter Ward*
R'lyeh	Una gran ciudad de casas de piedra, sumergida bajo las olas; comparada con la antigua megalópolis de la altiplanicie antartica	«La llamada de Cthulhu», *En las montañas de la locura*
Rochambeau Avenue (Providence, Rhode Island)	Una avenida por la que huyó un camión	*El caso de Charles Dexter Ward*
Rokol	Un principado en Mnar	«La maldición que cayó sobre Sarnath»
Roma (Italia)	Mencionada	«La ciudad sin nombre», «Las ratas de las paredes», «Ibid»
Ross, isla de (Antártida)	Mencionada	*En las montañas de la locura*
Ross, mar de (Antártida)	Mencionada	*En las montañas de la locura*
Roterdam (Holanda)	Donde paró el narrador de camino a la iglesia de la que robó un amuleto	«El sabueso»
Round Mountain (Massachusetts)	Una montaña supuestamente cerca de Dunwich, pero que está en realidad en el sur de Massachusetts	«El horror de Dunwich»
Rowley (Massachusetts)	Un pueblo mencionado	«La sombra sobre Innsmouth»
Rué d'Auseil	Una calle de una ciudad desconocida	«La música de Erich Zann»
Rué St. Jacques (París, Francia)	Una calle en la que se alojó Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*

Saco (Maine)	Ciudad por la que Derby pasó en coche de camino a Arkham	«El ser del umbral»
Saint Eloi (Flandes. Bélgica)	Donde estaba el hospital de campaña de West	«Herbert West, reanimador»
Saint-Michel, monte (Francia)	Mencionado	«El modelo de Pickman»
Salem (Massachusetts)	Puerto de origen del barco mercante de Ebenezer, el amigo del viejo; mencionada como ciudad natal de Edmund Carter, el ancestro de Randolph Carter; lugar de residencia original de Joseph Curwen; se llevaron las reliquias de Ibid de allí.	«El grabado de la casa», *El caso de Charles Dexter Ward.* «La llave de plata», «El horror de Dunwich». «El modelo de Pickman». *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*, «Ibid»
Salón de billar de Sheehan (Chicago, Illinois)	Donde tiene lugar la historia	«El viejo Bugs»
Saltonstall Street (Arkham, Massachusetts)	Donde vivía Upton	«Los sueños en la casa de la bruja»
Samarcanda	Ciudad mencionada	«Él»
Samoa	Escala del *Arkham* de camino a la Antártida	*En las montañas de la locura*
San Diego (California)	Ciudad en la que vivía el hijo de Henry Akeley	«El que susurra en la oscuridad»
San Eustaquio	Lugar de procedencia de los marineros de Curwen	*El caso de Charles Dexter Ward*
San Francisco	Ciudad del hospital donde ingresaron al narrador; puerto del que zarpó Thurston, rumbo a Nueva Zelanda	«Dagón», «La llamada de Cthulhu»
San Luis (Misuri)	Donde vivía Robert Leavitt; ciudad que acogió el congreso de 1908 de la Sociedad Arqueológica Estadounidense	«Herbert West, reanimador». «La llamada de Cthulhu»
Saratoga (Nueva York)	Lugar en el que John Burgoyne fue derrotado durante la Guerra de Independencia	«Una semblanza del doctor Johnson»
Sarkis, altiplano de	Donde se levantaba Olathoë	«Polaris»
Sarkomand	Una ciudad desierta al pie de la meseta de Leng	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Sarnath	Una ciudad en Mnar, próxima a Ib	«La ciudad sin nombre», «La maldición que cayó sobre Sarnath»
Saturno	Lugar donde viven unos gatos muy grandes y peculiares	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
	Mencionada	*El caso de Charles Dexter Ward*

Sayle, taberna de (Pawtuxet, Rhode Island)		
Sede de la asamblea colonial (Providence. Rhode Island)	Edificio que se quemó y fue reconstruido con fondos aportados por Curwen	*El caso de Charles Dexter Ward*
Sede de la asamblea colonial de 1761 (Providence, Rhode Island)	En la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Sede de la junta de distrito (Brooklyn, Nueva York)	Mencionada	«El horror de Red Hook»
Selarn	Una ciudad situada en la gran ruta de las caravanas	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Sentinel Hill (Dunwich, Massachusetts)	Una colina mencionada	«El horror de Dunwich»
Serannian	La ciudad de mármol rosa de las nubes	«Celefaïs», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Sharia El-Haram (Guiza, Egipto)	Un camino por el que pasó Houdini	«Bajo las pirámides»
Sharia Mohammed Alí (El Cairo, Egipto)	Una calle por la que pasó Houdini	«Bajo las pirámides»
Ship Street (Kingsport. Massachusetts)	La calle a la que da la puerta trasera de la casa del Viejo Terrible; la abuelita Orne vivía allí	«El Viejo Terrible». «La extraña casa elevada entre la niebla»
Siberia	Mencionada	*En las montañas de la locura*
Sídney (Australia)	Mencionada	«La llamada de Cthulhu»
Sidrak	Un monte cercano a Teloth	«La búsqueda de Iranon»
Silver Street (Providence, Rhode Island)	Calle en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Sinara	Una montaña cercana al río Zuro	«La búsqueda de Iranon»
Siracusa (Sicilia)	Una ciudad cuyo tirano quería una estatua	«El árbol»
Skai	Un río en las Tierras del Sueño, más allá de Ulthar	«Los gatos de Ulthar», «La llave de plata», «Los otros dioses», «La extraña casa elevada entre la niebla», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Sociedad Histórica (Providence, Rhode Island)	Frecuentada por Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Sociedad Histórica de Newburyport (High Street, Newburyport, Massachusetts)	Lugar en el que el narrador estuvo investigando	«La sombra sobre Innsmouth»
Sona-Nyl	La tierra de la fantasía	«La nave blanca», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*

South Londonderry (Vermont)	Pueblo en el que ganduleaba Walter Brown	«El que susurra en la oscuridad»
South Main Street (Providence, Rhode Island)	Calle en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
South Station (Boston, Massachusetts)	Una estación de metro elevada, mencionada por Danforth	*En las montañas de la locura*, «El modelo de Pickman»
South Street (Innsmouth, Massachusetts)	Una calle mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
South Water Street (Providence, Rhode Island)	Calle en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Sovereign Street (Providence, Rhode Island)	Calle en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Spitsbergen	Una isla al norte de la cual navegó Peaslee	«En la noche de los tiempos»
Spoleto (Italia)	Una ciudad mencionada	«Ibid»
State Street (Newburyport, Massachusetts)	Calle en la que había una casa de empeños en 1873	«La sombra sobre Innsmouth»
Stephen Jackson, escuela de (frente al paseo del juzgado, Providence, Rhode Island)	Donde había estudiado Eliza Tillinghast	*El caso de Charles Dexter Ward*
Stonehenge (Inglaterra)	Mencionado	«Las ratas de las paredes»
Sudamérica	De donde era el periódico que publicó una carta con predicciones funestas	«La llamada de Cthulhu»
Suez, canal de (Egipto)	Visitado por Houdini; el *Lexington* lo atravesó	«Bajo las pirámides», «En la noche de los tiempos»
Suffolk (Inglaterra)	Un condado inglés mencionado	«En la noche de los tiempos»
Suken-Nahhasin (El Cairo, Egipto)	Un bazar de cobreros visitado por Houdini	«Bajo las pirámides»
Sultán Hasán, mezquita del (El Cairo, Egipto)	Visitada por Houdini	«Bajo las pirámides»
Sumner, estanque de (Arkham, Massachusetts)	Mencionado	«Herbert West, reanimador»
Sur, mar del	En las Tierras del Sueño	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Surrey, colinas de (Inglaterra)	Mencionadas	«Celefaïs»
Sussex (Inglaterra)	La región natal de sir Geoffrey Hyde	«La cripta»
Swan Point, cementerio (Providence, Rhode Island)	Mencionado, H. P. L. está enterrado en él	*El caso de Charles Dexter Ward*
Tanaría, colinas de	Unas colinas más allá de las cuales estaba Celefaïs	«Celefaïs», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*

Tártaro	Mencionado	«Herbert West, reanimador»
Tau Omega, hermandad estudiantil (Providence, Rhode Island)	Uno de sus miembros fue testigo de lo que ocurrió	«El morador de las tinieblas»
Tebas	La ciudad en la que Tutankamón fue coronado	«Bajo las pirámides»
Tegea (Grecia)	La ciudad en la que residían Kalos y Musides	«El árbol»
Teloth	Una ciudad de granito	«La búsqueda de Iranon»
Tempest, monte (montañas Catskill, Nueva York)	Un lugar donde se producían fenómenos paranormales	«El terror acechante»
Templo de la Esfinge (Guiza)	Donde confinaron a Houdini	«Bajo las pirámides»
Templo de los Gatos (Ulthar)	Mencionado	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Templo de los Viejos Dioses (Ulthar)	Visitado por Carter	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Territorio de los kaliri (el Congo, Africa)	Explorado por sir Arthur Jermyn	«Hechos relativos al difunto Arthur Jermyn y su familia»
Territorio de los onga (Congo, África)	Explorado por sir Arthur Jermyn	«Hechos relativos al difunto Arthur Jermyn y su familia»
Terror, monte (Antártida)	Mencionado	*En las montañas de la locura*
Thalarion	La ciudad de las mil maravillas	«La nave blanca», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Than, río	Discurre por el valle de Nis	«Memoria»
Thapnen, atalaya de (Olathoë)	Donde destinaron al narrador	«Polaris»
Thayer Street (Providence, Rhode Island)	Donde pasaba consulta el Dr. Tobey, el médico que atendía a Thomas Wilcox	«La llamada de Cthulhu»
The Thatched House (St. James's Street, Soho, Londres, Inglaterra)	Lugar de reunión del club literario	«Una semblanza del doctor Johnson»
Thok, Picos de	Unas cumbres legendarias	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Thon y Thal	Los faros de Baharna	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Thorabonia	Una región en las Tierras del Sueño	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Thraa	Una ciudad de Mnar, a orillas del río Ai	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Thran	Una ciudad con chapiteles a orillas del río Oukranos, en las Tierras del Sueño	«La llave de plata», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Thurai	Una montaña	«Los otros dioses»
Tierra de Budd (Antártida)	Región mencionada	*En las montañas de la locura*

Tierra de Graham (Antártida)	Región mencionada	*En las montañas de la locura*
Tierra de Knox (Antártida)	Mencionada	*En las montañas de la locura*
Tierra de la Reina María (Antártida)	Mencionada	*En las montañas de la locura*
Tierra de Totten (Antártida)	Mencionada	*En las montañas de la locura*
Tierra de Victoria (Antártida)	Mencionada	*En las montañas de la locura*
Tierra del Káiser Guillermo (Antártida)	Mencionada	*En las montañas de la locura*
Tiro	Ciudad mencionada	«La llamada de Cthulhu»
Toledo (Ohio)	Donde vivía el narrador	«La sombra sobre Innsmouth»
Torre Eiffel (París, Francia)	Mencionada	«Bajo las pirámides»
Town Street (Providence. Rhode Island)	Calle en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	«La casa evitada», *El caso de Charles Dexter Ward*
Townshend (Vermont)	Un pueblo del condado de Windham donde vivía Henry Akeley	«El que susurra en la oscuridad»
Transilvania	Donde residía el Sr. H.	*El caso de Charles Dexter Ward*
Tremont Street (Boston, Massachusetts)	Calle mencionada	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Trevor Towers (Innsmouth, Inglaterra)	Una propiedad en cuya costa rocosa se encontró el cadáver de Kuranes	«Celefaïs», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Tróade, la (Anatolia, Turquía)	Donde sir William Brinton se labró su reputación	«Las ratas de las paredes»
Trópico de Capricornio	Peaslee creyó estar cerca de él	«En la noche de los tiempos»
Truro (Massachusetts)	Un pueblo mencionado	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Tumba de la Serpiente (Petra)	Mencionada	*En las montañas de la locura*
Turk’s Head, taberna (Gerrard Street, Soho, Londres, Inglaterra)	Lugar de reunión del club literario	«Una semblanza del doctor Johnson»
Ulthar	Una ciudad más allá del río Skai	«Los gatos de Ulthar», «La llave de plata», «Los otros dioses», «La extraña casa elevada entre la niebla», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Universidad Brown (Providence, Rhode Island)	Universidad en la cual enseñaba el Prof. George Gammell Angell; y en la cual el narrador de «La casa evitada» consigue armas	«La llamada de Cthulhu», «La casa evitada»
Universidad de Buenos Aires (Buenos Aires, Argentina)	Mencionada por albergar un ejemplar del *Necronomicón*	«El horror de Dunwich»
Universidad de Dublín (Dublín, Irlanda)	La antigua universidad de Malone	«El horror de Red Hook»

Universidad de Harvard (Cambridge, Massachusetts)	Donde estudió Upton	«El ser del umbral»
Universidad de Nueva York (Nueva York)	Universidad de la que Galpin fue despedido	«El viejo Bugs»
Universidad de Oberlin (Oberlin, Ohio)	Donde estudió el narrador	«La sombra sobre Innsmouth»
Universidad de Oxford (Oxford, Inglaterra)	Donde estudió sir Arthur Jermyn; lugar mencionado	«Hechos relativos al difunto Arthur Jermyn y su familia», «Él», «El descendiente»
Universidad de Princeton (Princeton, Nueva Jersey)	Universidad de la cual era docente el Prof. William Channing Webb	«La llamada de Cthulhu»
Universidad de Sídney (Sídney, Australia)	Mencionada	«La llamada de Cthulhu»
Universidad de Vermont (Burlington, Vermont)	Henry Akeley estudió en ella	«El que susurra en la oscuridad»
Universidad de Wisconsin (Madison, Wisconsin)	Donde estudió Galpin	«El viejo Bugs»
Universidad Johns Hopkins (Baltimore, Maryland)	Concedió a Henry Armitage un doctorado	«El horror de Dunwich»
Universidad Miskatonic (Arkham, Massachusetts)	Mencionada	«Herbert West, reanimador»
Universidad Tulane (Nueva Orleáns, Luisiana)	Mencionada	«La llamada de Cthulhu»
Urg	Un pueblo de casas con tejados abovedados	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Uzuldaroum (Hiperbórea)	Ciudad con la cual se compara la antigua megalópolis de la altiplanicie antártica	*En las montañas de la locura*
Valle de los Reyes (Lúxor, Egipto)	Mencionado	«Aire frío»
Valparaíso (Chile)	Puerto desde el que zarpó el *Vigilant*	«La llamada de Cthulhu»
Valusia	Ciudad con la cual se compara la antigua megalópolis de la altiplanicie antartica: albergó por un tiempo el Trapezoedro Resplandeciente	*En las montañas de la locura*
Victoria, malecón (Londres, Inglaterra)	El narrador pasea por él	«El sabueso»
Viena (Austria)	Ciudad por la que pasó Charles Dexter Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Waltham (Massachusetts)	Una ciudad de camino a Greenfield	«El que susurra en la oscuridad»

Wantastiquet, monte (Nuevo Hampshire)	Mencionado	«El que susurra en la oscuridad»
Washington Street (Innsmouth, Massachusetts)	Calle mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Washington Street, estación de (Boston, Massachusetts)	Estación de metro mencionada por Danforth	*En las montañas de la locura*
Water Street (Innsmouth, Massachusetts)	Calle mencionada	«La sombra sobre Innsmouth»
Water Street (Kingsport, Massachusetts)	La calle en la vive el Viejo Terrible	«El Viejo Terrible»
Waterman Street (Providence, Rhode Island)	La calle en la que vivía la familia de Thomas Wilcox	«La llamada de Cthulhu»
Weddell, mar de (Antártida)	Mencionado	*En las montañas de la locura*
West Street (Auckland, Nueva Zelanda)	Calle en la que vivía el segundo oficial Gustaf Johansen	«La llamada de Cthulhu»
West, río (Vermont)	Un río mencionado en el condado de Windham, más allá de Newfane	«El que susurra en la oscuridad»
Westminster Street (Providence, Rhode Island)	Una calle en la que William Harris construyó una casa	«La casa evitada»
Weybosset Street (Providence, Rhode Island)	Calle mencionada	*El caso de Charles Dexter Ward*
Wheaton Street (Providence, Rhode Island)	Una calle que bordeaba la parcela de la casa evitada	«La casa evitada»
Wilhelmshaven (Alemania)	Ciudad a la que el ¿7-29 esperaba llegar	«El templo»
Williams Street (Providence, Rhode Island)	Calle en la que vivía el profesor George Gammell Angell; en la ruta de paseo habitual de Charles Dexter Ward	«La llamada de Cthulhu», *El caso de Charles Dexter Ward*
Winchendon (Massachusetts)	Un pueblo mencionado	«El que susurra en la oscuridad»
Winnebago, lago (Wisconsin)	Unas tribus cercanas tuvieron las reliquias de Ibid	«Ibid»
Winooski, río (Vermont)	Mencionado	«El que susurra en la oscuridad»
Woonsocket (Rhode Island)	Localidad donde tenía su consulta el especialista de Malone	«El horror de Red Hook»
Xari	Un río gélido	«La búsqueda de Iranon»
Xura	La tierra de los placeres inalcanzados	«La nave blanca», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Yath	Un lago o río donde vivía el capitán del barco de Carter	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Y’ha-nthlei		«La sombra sobre Innsmouth»

	Una ciudad submarina de muchas columnas próxima a Innsmouth	
YMCA (Newburyport, Massachusetts)	Donde se alojó el narrador	«La sombra sobre Innsmouth»
Yorkshire (Inglaterra)	Un condado inglés del que era natural el mayordomo de Ward	*El caso de Charles Dexter Ward*
Yucatán (México)	Donde se encontró una botella con la historia de «El templo»	«El templo»
Yuggoth	Un planeta	«El que susurra en la oscuridad»
Zakarion	Una ciudad onírica	«*Ex oblivione*»
Zar	Una tierra de la que zarpó la nave blanca; morada de sueños olvidados	«La nave blanca», *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Zin	Las bóvedas subterráneas donde habitan los ghasts	*La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*
Zobna	Una ciudad de Lomar	«Polaris»
Zuro	Un río de aguas mansas	«La búsqueda de Iranon»

Agradecimientos

Ha sido un placer zambullirme de nuevo en las obras de H. P. L., y ha habido mucha gente que me ha ayudado en la tarea. Los admiradores de Lovecraft recibieron con los brazos abiertos el primer volumen de mi *H. P. Lovecraft anotado* y apoyaron mucho este segundo en su fase inicial. Quiero dar especialmente las gracias a S. T. Joshi, Stefan Dziemianowicz, Peter Cannon, Jason Eckhardt, al difunto Wilum Pugmire, a Jason Thompson, Ian Ensign, Will Hart y sobre todo a Donovan Loucks, ¡quien hizo horas extras para conseguir fotos de alta calidad! Víctor LaValle escribió una introducción que sobrepasó todas mis expectativas, y es alguien cuya amistad valoro. Gracias también a mi agente, Don Maass, que se ocupó de las habituales cuestiones comerciales, y a mi abogado, Jonathan Kirsch, que ayudó con los derechos. Bob Weil y Marie Pantojan de Liveright fueron editores atentos, y el equipo de Liveright/W. W. Norton, incluyendo a Anna Oler, Don Rifkin, Gabriel Kachuck, Steve Attardo y Jo Anne Metsch, como de costumbre, hicieron de este libro algo mucho más bonito de lo que nunca podría haber imaginado. Janet Byme invirtió cientos de horas en labores de revisión y documentación adicional, y el resultado final refleja su dedicación. Este es el quinto libro que hacemos juntos, y cada uno de ellos ha terminado siendo mucho mejor gracias a su atención. Megan Beatie y yo llevamos ya quince años trabajando juntos, y su buen juicio en el ámbito de la publicidad (y su amistad y entusiasmo) siempre es apreciado. Agradezco en todo momento el apoyo que me dan mis amigos escritores Cornelia Funke, Neil Gaiman, Nancy Holder, Laurie R. King, Nicholas Meyer, Lisa Morton, Bonnie MacBird y Peter Straub, y mis viejos colegas sherlockianos Mike Whelan, Steve Rothman, Andy Peck y Jerry Margolin no dejan nunca de darme ánimos. Mi familia se muestra

siempre comprensiva con mis desapariciones cuando me entrego a la investigación y la escritura. Finalmente, sin mi esposa, Sharon, no sería capaz de terminar jamás ninguno de mis libros. Ella siempre ha sido, y sigue siendo, «la mujer».

Bibliografía citada

AIRAKSINEN, T., *The Philosophy of H. P. Lovecraft: The Route to Horror*, Nueva York, Peter Lang Publishing, Inc., 1999.

ATSMA, B., «Living on Borrowed Time (A Biologist Looks at “M. Valdemar" and “Cool Air”», *Crypt of Cthulhu* 4 (Pascua 1982), pp. 11-13.

BARING-GOULD, S., *Curious Myths of the Middle Ages*, 2.° serie, Londres, Oxford y Cambridge, Rivingtons, 1868.

BELL, M. E., *Food for the Dead: On the Trail of New England’s Vampires.* Middletown (Connecticut), Wesleyan University Press. 2001.

BLACKMORE. L., «Some Notes on Lovecraft’s “The Transition of Juan Romero”», *Lovecraft Annual* 3 (2009), pp. 147-168.

BLOSSER, E, «The Sign of the Magna Mater», *Crypt of Cthulhu 97* (Todos los Santos 1997), pp. 25-27.

BUCHANAN, C., «“The Music of Erich Zann”: A Psychological Interpretation (or Two)», en S. Connors (ed.), *A Century Less a Dream: Selected Criticism on H. P. Lovecraft*, Holikong (Pensilvania), Wildside Press, 2002.

—, «“The Terrible Old Man”: A Myth of the Devouring Father», *Lovecraft Studies* 15 (otoño 1987), pp. 19-31.

BURLESON, D. *R.,H. P. Lovecraft: A Critical Study*, Westport (Connecticut), Greenwood Press, 1983.

—, «“The Terrible Old Man”: A Deconstruction», *Lovecraft Studies* 15 (otoño 1987), pp. 65-68.

BURLESON, M., «The Outsider: A Woman?», *Lovecraft Studies* 22/23 (otoño 1990), pp. 22-23.

CALLAGHAN, G., «Elementary, My Dear Lovecraft: H. P. Lovecraft and Sherlock Holmes», *Lovecraft Annual* 6 (2012), pp. 198-228.

—, «A Reprensible Habit: H. P. Lovecraft and the Munsey Magazines», en R. H. Waugh (ed.), *Lovecraft and Influence: His Predecessors and Successors*, Lanham, Toronto y Plymouth (Reino Unido), The Scarecrow Press, In., 2013, pp. 69-82.

CANNON, P., *H. P. Lovecraft*, Boston, Twayne, Twayne's United States Authors Series, 1989.

—, «The Influence of *Vathek* on H. P. Lovecraft's *The Dream-Quest of Unknown Kadath*», en S. T. Joshi (ed.), *H. P. Lovecraft: Four Decades of Criticism*, Athens, Ohio University Press, 1980, pp. 153-157.

—, «Lovecraft's Old Men», *Nyctalops* 3, 2 (marzo 1981), pp. 13-14.

—, «You Have Been in Providence, I Perceive», *Nyctalops* 2,7 (marzo 1978), pp. 45-46.

Cisco, M., «The Shadow over "The Lurking Fear"», *Lovecraft Annual* 6 (2012), pp. 43-53.

CLORE, D., *Weird Words: A Lovecraftian Lexicon*, Nueva York, Hippocampus Press, 2009.

COFFMAN, E. M., *The War to End All Wars: The American Military Experience in World War I*, Lexington, University Press of Kentucky, 1998.

DENDLE, P., «Patristic Demonology and Lovecraft's "From Beyond"», *Journal of the Fantastic in the Arts* 8, 3 (1997), pp. 281-293.

ELMSLIE, W. A., «The Orthography of African Names and the Principies of Nomenclatura», *Scottish Geographical Magazine* 7, 7 (julio 1891), pp. 370-375.

ELWORTHY, F. T., *The Evil Eye*, Londres, John Murray, 1895. Reedición: Nueva York, Bell Publishing Company, 1989.

FISKE, J., *Myths and Myth-Makers: Oíd Tales and Superstitions Interpreted by Comparative Mythology*. Cambridge (Massachusetts), Riverside Press, 1902.

FRENSCHKOWSKI, M., «Nodens—Metamorphosis of a Deity», *Crypt of Cthulhu* 87 (Lammas 1994), pp. 3-8 y 18.

FULWILER, W., «Reflections on "The Outsider"», *Lovecraft Studies* 1, 2 (primavera 1980), pp. 3-4.

GRAVES, R., *The White Goddess: A Historical Grammar of Poetic Myth*, ed. corregida y ampliada, Nueva York, Farrar, Straus y Giroux, 1966.
HADEN, D., «The Annotated "The Lurking Fear"», en *Lovecraft in Historical Context: A Fifth Collection*, edición privada, 2014.
—, «The Natura of the New York Streets», en *Walking with Cthulhu: H. P. Lovecraft as Psychogeographer, New York City 1924-26, 52-71*, edición privada, 2011.
—, «A Note on the Elder Signs», en *Lovecraft in Historical Context: Further Essays and Notes*, edición privada, 2011, pp. 121-124.
—, «Of Rats and Legions: H. P. Lovecraft in Northumbria», en *Lovecraft in Historical Context: Fourth Collection*, edición privada, 2013, pp. 109-124.
—, «"The Rats in the Watts": Otherness and British Culture», en *Lovecraft in Historical Context: Essays*, edición privada, 2010, pp. 32-37.
HARNER. M., «The Enigma of Aztec Sacrifice», *Natural History* 86. 4 (abril 1977). pp. 46-51.
HASSIG, R.. *Aztec Warfare: Imperial Expansión and Political Control.* Norman, University of Oklahoma Press. 1988.
HAZEL. F. R., «Some Strange New England Mortuary Practices: Lovecraft Was Right». *Lovecraft Studies* 29 (otoño 1993). pp. 13-18.
HITZ. J. K., «Lovecraft and the Whitman Memoir», *Lovecraft Studies* 37 (otoño 1997). pp. 15-17.
HUMPHREYS, B., «Who or What Was Iranon?», *Lovecraft Studies* 25 (otoño 1991). pp. 10-13.
JOSHI, S. T., «Attis and Cybele», *Crypt of Cthulhu* 72 (Invención de la Santa Cruz 1990), pp. 6-8.
—, *H. P. Lovecraft: The Decline of the* Berkeley Heights (Nueva Jersey). Wildside Press. 1990.
—, *I Am Providence: The Life and Times of H. P. Lovecraft.* Nueva York. Hippocampus Press. 2010.
—, *Lovecraft's Library: A Catalogue (Revised and Enlarged),* Nueva York, Hippocampus Press, 2002.
—.,«Topical References in Lovecraft», en *Primal Sources: Essays on H. P. Lovecraft*, Nueva York. Hippocampus Press, 2003. pp. 126-144.
—, «What Happens in "Arthur Jermyn"», en *Primal Soruces: Essays on H. P. Lovecraft*, Nueva York, Hippocampus Press, 2003, pp. 159-161.
KIMBALI.. G. S., *Providence in Colonial Times*, Boston y Nueva York, Houghton Mifflin Company, 1912.

LANE. J.. «The Master of Masks», *Nyctalops 4*, 1 (abril 1991). pp. 62-67.
LENOIR. A., «Dead Lies Dreaming: Lovecraft and the Other Side of Modernity», *Lovecraftian Proceedings: Papers from NecronomiCon Providence: 2013*, n.° l.pp. 53-57.
LÉVI, E., *The Mysteries of Magic:* A *Digest of the Writings of Eliphas Lévi*, A. E. Waite (trad. y ed.), Londres, George Redway, 1886.
LIVESEY, T. R., «Lovecraft and the Ray-Gun», *Lovecraft Annual* (2009). pp. 3-9.
LOVECRAFT, H. P., *The Call of Cthulhu and Other Weird Stories*, S. T. Joshi (ed.), Nueva York, Penguin. 1999.
—, *The Dreams in the Witch House and Other Weird Stories.* S. T. Joshi (ed.), Nueva York, Penguin, 2004.
—, *Lord of a Visible World: An Autobiography in Letters*, S. T. Joshi y D. E. Schultz (cds.), Athens. Ohio University Press, 2000.
—, *Selected Letters, 1911-1924*, A. Derleth y D. Wandrei (eds.), Sauk City (Wisconsin), Arkham House, 1965. *(Selected Letters*, vol. 1.)
—, *Selected Letters, 1925-1929*, A. Derleth y D. Wandrei (eds.), Sauk City (Wisconsin), Arkham House, 1968. *(Selected Letters*, vol. II.)
—, *Selected Letters, 1929-1931*, A. Derleth y D. Wandrei (eds.), Sauk City (Wisconsin), Arkham House, 1969. *(Selected Letters*, vol. III.)
—, *Selected Letters, 1932-1934*, A. Derleth y J. Tumer (eds.), Sauk City (Wisconsin), Arkham House, 1971. *(Selected Letters*, vol. IV.)
—, *Selected Letters, 1934-1937*, A. Derleth y J. Tumer (eds.), Sauk City (Wisconsin), Arkham House, 1976. *(Selected Letters*, vol. V.)
—, «Some Notes on Interplanetary Fiction», *Californian* 3, 3 (invierno 1935), pp. 39-42.
—, «Supernatural Honor in Literatura», *Dagon and Other Macabre Tales* (7.ª edición corregida), S. T. Joshi (ed.), Sauk City (Wisconsin), Arkham House Publishers, Inc., 1965.
MARICONDA, S. J., «Curious Myths of the Middle Ages and "The Rats in the Walls"», en *On the Emergence of "Cthulhu" & Other Observations*, West Warwick (Rhode Island), Necronomicon Press, pp. 53-55.
MARTEN, R. D., «THE PICKMAN MODELS», *LOVECRAFT STUDIES* 44 (2004), PP. 42-80. MELTON, J. G., *The Vampire Book*, Detroit y Londres, Visible Ink Press, 1999.

MCCABE, J., *Morals in the Arab-Persian Civilizaban*, E. Haldeman-Julius (ed.), Girard (Kansas), Haldeman-Julius Company, Big Blue Books B-488, *History of Human Morals*, vol. 6, 1930.

MONTELEONE, P., «The Inner Significance of "The Outsider"», *Lovecraft Studies* 35 (otoño 1996), pp. 9-21.

MOSIG, D. W., «An Analytic Interpretation: The Outsider, Allegory of the Psyche», *The Miskatonic* EOD 7 (agosto 1974). Reeditado en *The Miskatonic: The Lovecraft Centenary Edition*, Glenview (Illinois), The Moshassuck Press, pp. 128-133.

—, «*A Note on The Occult Lovecraft*», *The Miskatonic* EOD 11 (agosto 1975). Reeditado en *The Miskatonic: The Lovecraft Centenary Edition*, Glenview (Illinois), The Moshassuck Press, 1991, pp. 210-211.

—, «Toward a Greater Appreciation of H. P. Lovecraft: The Analytic Approach», *The Miskatonic* EOD 1 (junio 1973). Reeditado en *The Miskatonic: Lovecraft Centenary Edition*, Glenview (Illinois), The Moshassuck Press, 1991, pp. 2-14.

MURRAY, W., «Behind the Mask of Nyarlathotep», *Lovecraft Studies* 25 (otoño 1991), pp. 25-29.

—, «Lovecraft's Ghouls», *Crypt of Cthulhu* 14 (Víspera de San Juan 1983), pp. 8-9, 27.

—, «In Pickman's Footsteps», *Crypt of Cthulhu* 28 (Navidad 1984), pp. 27-32.

—, «A Probable Source for the Drinking Song From "The Tomb"», *Lovecraft Studies* 15 (otoño 1987), pp. 77-80.

NEFF, W., Carta a *Lovecraft Studies* 22/23 (otoño 1990), pp. 66-67.

NOLAN, L., Y NOLAN, J. E., *Secret Victory: Ireland and the War at Sea, 1914- 1918*, Blackrock (Irlanda), Mercier Press. Ltd., 2009.

PARRY-JONES, W. L., *The Trade in Lunacy: A Study of Prívate Madhouses in England in the Eighteenth and Nineteenth Centuries*, Londres, Routledge, 1972. Reeditado en 2013.

PIERSON, R. E., «High House, Shunned Hoúsc and a Silver Key», *Nyctalops* 3, 2 (marzo 1981), pp. 5-9.

POE, E. A., *Complete Poems*, vol. 1 de *Complete Works*, T. O. Mabbott (ed.), Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1978.

PRICE. R. M., «Erich Zann and the Rué d'Auseil», *Lovecraft Studies* 22/23 (otoño 1990), pp. 13-14.

—, «Lovecraft's Concept of Blasphemy», *Crypt of Cthulhu* 1 (Todos los Santos 1981), pp. 3-15.
—, «Lucian's *True Story* and Lovecraft's *Dream-Quest*», *Crypt of Cthulhu* 83 (Pascua 1993), pp. 27-28.
—, «Two Biblical Curiosities in Lovecraft», *Lovecraft Studies* 16 (primavera 1988), pp. 12-13, 18.
—, «The Works of Robert Blake», *Crypt of Cthulhu* 80 (Pascua 1992), pp. 30-32. RÖSSLER, E., *The U-Boat: The Evolution and Technical History of German Submarines*, trad. de H. Erenberg, Annapolis (Maryland), Naval Institute Press, 1989.
SCHAFER, J. C., «H. P. Lovecraft: Aspiring Materialist», *Nyctalops* 4, 1 (abril 1991), pp. 52-59.
SCHWEITZER, D., *The Dream Quest of H. P. Lovecraft*, San Bemardino (California), The Borgo Press, 1976.
SETIYA, K., «Two Notes on Lovecraft», *Lovecraft Studies* 26 (primavera 1992), pp. 14-16.
SHAW, I., *Oxford History of Ancient Egypt*, Oxford, Oxford University Press, 2000.
SHREFFLER, P. A., *The H. P. Lovecraft Companion*, Westport (Connecticut) y Londres, Greenwood Press, 1977.
SKINNER, C. M., *Myths and Legends of Our Own Land*, Nueva York y Filadelfia, J. B. Lippincott & Co.,[4] 1896.
STETSON, G. R., «The Animistic Vampire in New England», *The American Anthropologist* 9, 1 (enero 1896), pp. 1-13.
SWEET, F. H., «Callum's Cot'in—A Plantation Idyl», *The Craftsman* 11 (octubre 1906-marzo 1907), pp. 712-727.
TICKNOR, C., *Poe's Helen*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1916.
WATKINS, A., *Early British Trackways: Moats, Mounds, Camps and Sites*, Hereford (Reino Unido), The Watkins Meter Company, 1922.
WAUGH, R. H., «Dr. Margaret Murray and H. P. Lovecraft: The Witch-Cult in New England», *Lovecraft Studies* 31 (otoño 1994), pp. 2-9.
—, «Documents, Creatures, and History in H. P. Lovecraft», *Lovecraft Studies* 25 (otoño 1991), pp. 2-10.
—, «Lovecraft's Rats and Doyle's Hound: A Study in Reason and Madness», *Lovecraft Annual* 7 (2013), pp. 60-75.
—, *The Monster in the Mirror: Looking for H. P. Lovecraft*, Nueva York, Hippocampus Press, 2006.

—, *A Monster of Voices: Speaking for H. P. Lovecraft*, Nueva York, Hippocampus Press, 2011.

WETZEL, G. T., «The Cthulhu Mythos: A Study», en S. T, Joshi (ed.), *H. P. Lovecraft: Four Decades of Criticism*, Athens, Ohio University Press, 1980, pp. 79-95.



HOWARD PHILLIPS LOVECRAFT (Providence-Rhode Island 1890 - 1937) fue un escritor estadounidense, creador de los «mitos de Cthulhu».

Fue un niño enfermizo y solitario que pasaba horas en la biblioteca de su abuelo, leyendo libros de astronomía, historia de Grecia y Roma, cuentos de hadas, *Las mil y una noches*, y novela gótica y policíaca. A los 12 años escribió su primer poema, dedicado al dios Pan, y tres años más tarde su primer cuento, *La bestia en la cueva*. Sin embargo, su primera obra impresa fue el cuento *El alquimista* (*The alchemist*), publicado en 1908 en *The United Amateur*, aunque hasta 1923 no publicaría ninguno de los relatos que le darían cierto renombre como autor de cuentos de terror: *Dagon*, publicado en *Weird Tales*.

Pasó duros momentos económicos, sobre todo tras la muerte de su madre en 1921, lo que le llevó a trabajar como crítico y revisor de estilo. En esas fechas conoció a Sonia Greene, con quien contrajo matrimonio en 1924, trasladándose a Nueva York; convivieron durante poco tiempo, y en 1926 acordaron un divorcio que no llegaría a materializarse.

Lovecraft regresó a Providence, donde vivió con sus tías. Empezó a publicar con mayor asiduidad en revistas *pulp* y dio comienzo la que se considera la época de su mayor brillantez literaria. El número de su admiradores aumenta, y sus relatos son reconocidos por algunos críticos del género. Así, O’Brien

otorgó tres estrellas en su famosa sección anual de los mejores relatos a *El color surgido del espacio* (*The colour out of space*) y *El horror de Dunwich* (*The Dunwich Horror*); Christine Campbell Thomson reeditó su obra en Inglaterra; Dashiell Hammett hizo una antología en Estados Unidos; y el editor William Crawford publicó en 1936 *La sombra sobre Innsmouth* (*The shadow over Innsmouth*). La narrativa de Lovecraft se encontraba en *Weird Tales*, *Amazing Stories*, *Tales of Magic and Mistery* y *Astounding Stories*. Pese a ello, siguió siendo un autor desconocido para el público en general.

En la casa de sus tías pasó Lovecraft sus últimos años, escribiendo el resto de su obra y manteniendo una abundante correspondencia con admiradores y escritores miembros de su círculo literario, entre ellos Clark Ashton Smith, Robert Bloch y August Derleth.

Murió el 15 de marzo de 1937 de cáncer intestinal y nefritis crónica.

Notas

[1] El apéndice 2 está ordenado cronológicamente. El apéndice 5 del volumen previo publicado por este mismo editor, *The New Annotated H. P Lovecraft* (Nueva York, Live-right, 2014 [ed. cast.: *H. P. Lovecraft anotado*, Madrid, Akal. 2017]). es una lista por orden alfabético de las historias de Lovecraft. <<

[2] Véase el apéndice 6 del volumen anterior para una lista completa. <<

[3] J. C. Oates, «The King of Weird», *New York Review of Books*, 31 de octubre de 1996. <<

[1] Esta historia de Lovecraft. la primera desde 1908, fue escrita en junio de 1917 y publicada en *The Vagrant* 14 (marzo 1922). pp. 50-64, Posteriormente se reeditaría en *Weird Tales* 7 (enero 1926). pp 117-123. [*N. del T.:* este relato ha sido traducido en numerosas ocasiones al español con el titulo de «La tumba» (de hecho, así aparece mencionado en el primer volumen de *H. P. Lovecraft anotado*, tomando como referencia la edición de Valdemar de 2005 y 2007 de la narrativa completa de Lovecraft). o. menos comúnmente, como «El sepulcro» Yo he traducido el título como «La cripta», al considerarlo más correcto y preciso en relación con la historia narrada.] <<

[2] «… para que en muerte a lo menos descanse en plácidas moradas» (Virgilio. *Eneida*, libro VI, línea 371, en *Obras completas de P. Virgilio Marón*, trad. de E. de Ochoa, Madrid. M. Rivadeneyra, 1869).

Palinuro, el timonel de Eneas, cae por la borda durante una travesía, sin que su cuerpo sea jamás recuperado. Al encontrarse con Eneas con motivo de la visita de su señor al inframundo, le ruega que le dé sepultura a fin de que pueda cruzar el río Estigia y, con ello, descansar al fin en paz.

[3] Una ninfa o hada que habita un árbol, por lo general un roble.



La dríade (1884-1885), por Evelyn De Morgan.

<<

[4] Es decir, a mediados del siglo XIX, si consideramos que la historia transcurre en la misma época de su publicación. <<

[5] Las *Vidas de los ilustres* y *excelentes griegos* y *romanos* de Plutarco, conocido también como *Vidas paralelas*, escrito a lo largo de un periodo de dos décadas y terminado probablemente en tomo al 100 d.C. La obra fue traducida del griego original al latín en 1470 y publicada en Roma por el impresor Ulrich Han, de Ingolstadt y Viena. La traducción de Jacques Amyot al francés de 1559 sirvió a su vez de base para la primera traducción al inglés, realizada por *sir* Thomas North en 1579 y reconocida desde hace mucho tiempo como un importante material de referencia para William Shakespeare (especialmente para *Coriolano*, pero también para *Julio César* y otras obras teatrales; véase L. Morrow, «Plutarch's Exemplary Lives». *Smithsonian* [julio 2004]). Entre las primeras traducciones al italiano figuran las de Donato Acciaioli (1478) y Lodovico Domenichi (1560), el segundo de los cuales es conocido por sus accesibles traducciones en lengua vernácula; Domenichi tradujo una amplia variedad de obras: desde Plinio hasta libros de chistes (véase G. W. McClure, *The Culture of Profession in Late Renaissance Italy*, Toronto, University of Toronto Press. 2004). Entre las posteriores traducciones al inglés de las *Vidas paralelas* de Plutarco hay una firmada por el poeta John Dryden en 1683 (y revisada después por Arthur Hugh Clough); Bernadotte Perrin, traductor de la edición perteneciente a la colección Loeb Classical Library de la Universidad de Harvard, señaló en su introducción a la obra que Dryden escribió únicamente el prefacio y la vida de Plutarco, dejando que se encargara del resto un equipo de traductores no citados en el libro (Plutarch, *Lives*, Bury St. Edmunds [Suffolk, Reino Unido], St. Edmundsbury Press, 1914, p. XVIII). Perrin proporciona asimismo un útil resumen de las traducciones más influyentes del libro a lo largo de los siglos, y enumera sus diversas características y defectos.

[*N. del T:* Manuel Cerezo Magán, de la Universitat de Lleida, señala que «Alfonso Fernández de Falencia, cronista y secretario de Enrique IV, traduce por primera vez las *Vidas* al castellano (1491). traducción defectuosa por su ignorancia del griego. También lo hace el humanista protestante español Francisco de Enzinas. cuya traducción directa del griego es elogiada por Menéndez Pelayo: tradujo parte de ellas y las dedicó a Carlos V (1551)» (M. Cerezo Magán. «Juan Fernández de Heredia y Plutarco. Las *Vidas Paralelas*», *Scriptura* 23/24/25 [2016], p. 124). Antes de estas traducciones al castellano, hubo una al aragonés —la primera en una lengua romance—

realizada, o más bien promovida, por Juan Fernández de Heredia en el s. XIV (*ibid*., p. 126).] <<

[6] Plutarco escribe:

Ignórase qué es lo que Piteo [aconsejó a Egeo], o cómo le embaucó para que se ayuntase con Etra. Ayuntóse, y llegando a entender que era con la hija de Piteo con quien había tenido que ver, sospechoso de que podía estar encinta, le dejó un alfanje y unos coturnos, escondiéndolos debajo de una gran piedra, que tenía un hueco hecho a medida para que allí se custodiasen. Revelóselo pues a sola ella; previnole que si diese a luz hijo varón, y creciendo en edad tuviese fuerza para remover la piedra, y recoger las alhajas depositadas, se le enviase con ellas sin comunicarlo con nadie, y antes ocultándolo cuanto pudiese de todo el mundo […] Como ya desde niño [Teseo, el hijo de Egeo y Etra) hubiese dado muestras de reunir con la fuerza y robustez del cuerpo el juicio y la prudencia, llevándole consigo Etra al sitio de la piedra, y descubriéndole la verdad acerca de su nacimiento, le mandó recoger las alhajas paternas, y encaminarse a Atenas. Levantó y abrió la piedra con gran facilidad… *(Las vidas paralelas de Plutarco* [1821], trad. de A. Ranz Romanillos, París, A. Mézin, 1847, pp. 3-4). <<

[7] Lovecraft sacó la idea para esta descripción —y para la escritura en 1917 de todo este relato— de una visita que hizo en junio de ese año con su tía Lillian D. Clark a la tumba de un pariente lejano, Simon Smith. Srnith murió el 4 de marzo de 1711, y fue enterrado en Warwick, Rhode Island. Su cuerpo fue desenterrado posteriormente y trasladado al Cementerio Swan Point de Providence, lugar en el que Lovecraft y Clark vieron este símbolo lapidario, probablemente en la estela funeraria que sustituyó a la original de 1711 (carta a los miembros del «Gallomo» [Alfred Galpin y Maurice W. Moe], enero de 1920; citada en H. P. Lovecraft. *Lord of a Visible World: An Autobiography in Letters,* S. T. Joshi y D. E. Schultz [eds.], Athens, Ohio University Press, 2000. p. 67; véase también H. P. Lovecraft, *The Thing on the Doorstep and Other Weird Stories,* S. T. Joshi [ed… introd. y notas), Nueva York. Penguin, 2001, p. 368). Con todo, Lovecraft deja sin concretar el escenario geográfico en el que se desarrolla el relato, de modo que las tierras de la familia Hyde podrían estar en cualquier parte de Nueva Inglaterra. <<

[8] En el invierno de 1636, Roger Williams fue desterrado de la colonia de la bahía de Massachusetts y compró a los indios las tierras que llamaría Plantación de Providence (las cuales se convertirían con el tiempo en la ciudad de Providence, Rhode Island). En 1640, la colonia estaba ya bien asentada. Nunca se sabrá, sin embargo, qué empujó a *sir* Geoffrey a abandonar Inglaterra para viajar a Norteamérica. <<

[9] Chesterfield, o más correctamente Philip Dormer Stanhope, cuarto *earl* (conde) de Chesterfield (1694-1773), escribió *Letters to His Son on the Art of Becoming a Man of the World and a Gentleman* (Cartas a su hijo sobre el arte de llegar a ser un hombre de mundo y un caballero, 1774), obra cuya difusión pública, no obstante, no aprobó ni llegó a ver. El volumen, publicado por una inelegante violación de la etiqueta en la disposición de los bienes hereditarios de Chesterfield. habría de convertirse irónicamente en un manual de buenas maneras muy popular.

El libro tuvo su origen en el profundo afecto que Chesterfield albergaba por su hijo ilegítimo Philip Stanhope, el cual fue fruto de una aventura amorosa con una institutriz, Madelina Elizabeth du Bouchet, cuando Chesterfield estaba sirviendo como embajador británico en Holanda. Chesterfield comenzó a escribir para el Philip adolescente una serie de cartas con enseñanzas vitales en varios idiomas distintos (entre ellos el latín), con el propósito expreso de dar al muchacho unas nociones básicas de cada uno de ellos. Las cartas, que prevenían contra los modales ordinarios, propugnaban algunas veces ciertas formas de inelegancia, pero aun así su «gracia natural» resultaba cautivadora. A pesar de haber sido escritas exclusivamente para Philip. Eugenia Stanhope. la menesterosa viuda de este, las recopiló y vendió a un editor tras la repentina muerte de su marido antes de haber cumplido los cuarenta por culpa de una hidropesía (edema). Chesterfield murió cinco años más tarde, sin dejar deliberadamente nada en su testamento a Eugenia, pero legando rentas vitalicias a los dos hijos de Philip y esta última. Algunas partes del testamento que demostraban la deshonra en que había incurrido al asegurar el porvenir de sus nietos ilegítimos —algo considerado entonces una falta de etiqueta más estricta que su tacañería hacia su nuera— aparecieron publicadas en *The Gentleman's Magazine* coincidiendo más o menos con la puesta a la venta de *Letters to His Son*…, lo cual aseguró buenas ventas para el libro. Este vio reediciones constantes durante al menos un siglo, siendo tanto el único medio de subsistencia de Eugenia durante las últimas decadas de su vida como lo único por lo que actualmente se recuerda a Chesterfield. <<

[10] El *earl* de Rochester, John Wilmot (1647-1680), famoso por sus versos subidos de tono. <<

[11] Al poeta y dramaturgo John Gay (1685- 1732) se le recuerda sobre todo por *La ópera del mendigo* (1728), obra que inmortalizó con sus canciones a Polly Peachum (un personaje basado en la soprano del siglo XVIII Faustina Bordoni, cuyas riñas escénicas con el de Lucy Lockit parodian la rivalidad profesional entre Bordoni y su compañera Francesca Cuzzoni, la cual ya había sido explotada por panfletistas y escritores satíricos que aseguraban que las cantantes llegaban a arrancarse los cabellos y a arañarse la cara sobre las tablas) y al marido de Polly, el capitán Macheath. El arreglo musical de la ópera corrió a cargo del berlinés Johann Christoph Pepusch, prácticamente un coetáneo de Georg Friedrich Handel cuya precocidad lo llevó a marcharse de casa con catorce años para ocupar cargos profesionales en la corte de Prusia y después en Holanda e Inglaterra, donde consiguió doctorarse en la Universidad de Oxford y. en Londres, trabajó con Gay en el Teatro de Lincoln's Inn Fields. *La ópera del mendigo,* una obra satírica, contiene referencias a los personajes reales de Jonathan Wild. un hombre que cumplió condena en la cárcel por sus deudas, fue asesor del gobierno y acabó siendo ahorcado por robo; Jack Sheppard. un héroe popular que también terminó sus días en la horca, se crió en un hospicio para pobres y era conocido por comerciar con bienes robados y por ser un maestro en el arte de fugarse de la cárcel, y el carismático Robert Walpole, Ministro de Hacienda y Lord del Tesoro, quien asumió el cargo de primer ministro antes de que el título se usara realmente en Inglaterra y fue asimismo blanco frecuente de acusaciones de corrupción y beneficiario de importantes títulos y espléndidos obsequios, entre ellos la casa que hoy se conoce simplemente como el n.º 10 de Downing Street: la actual residencia oficial del primer ministro del Reino Unido. Bertolt Brecht llevó a cabo una adaptación de la obra en *La ópera de tres peniques* (1928). la cual dio origen asimismo a la popular canción «Mack the Knife», compuesta por Kurt Weill y versionada por Louis Armstrong en 1956.



John Gay.



Kurt Weill.

<<

[12] Matthew Prior (1664-1721) fue un diplomático y poeta inglés. <<

[13] Los poetas ingleses de la primera mitad del siglo XVIII, influidos principalmente por Alexander Pope. Los poetas tomaron el nombre del periodo de (César) Augusto de la literatura romana, que incluyó los trabajos de Ovidio, Horacio y Virgilio. <<

[14] Un poeta lírico griego (*ca.* 582 a.C.- *ca.* 485 a.C.). llamado a menudo «el bardo de Teos», cuyo registro compositivo incluía odas C himnos, y cuyo amor no sólo por la bebida, sino también por la belleza masculina y femenina, fue citado por Horacio: «Dicen que no de otra manera ardió por [el flautista y "khitarista"] Batilo el samio el teyo Anacreonte, que tanto lloró su amor con su hueca concha de tortuga y en metro no muy elaborado» (Horacio, *Odas; Canto secular; Epodos*, trad. de J. L. Moralejo. Madrid, Gredos, Biblioteca Clásica Grados, 2007, p. 552).



Anacreonte. Museo del Louvre. s. II/III d.C.

CC-BY-S.A. 2.5.

<<

[15] «La historia no ha tratado bien la poesía de Lovecraft —observa Will Murray en «A Probable Source for the Drinking Song frorn "The Tomb"». *Lovecraft Studies* 15 (otoño 1987), pp. 77-8O—. Sus desahogos dieciochescos son prácticamente ignorados hasta por sus admiradores más fervientes.» Este poema, sin embargo, señala Murray, «es distinto a cualquier otro poema escrito jamás por Lovecraft. De hecho, con su descarado ensalzamiento de la bebida, la promiscuidad y el *carpe diem,* se halla en las antípodas del serio y tranquilo Lovecraft» (*ibid*., p. 77). Murray plantea de forma no muy convincente que H. P. L. podría haber imitado un poema llamado «The Songe», escrito por Thomas Morton, que apareció en *New English Cumian* (titulado también *New Canaan,* Amsterdam, Jacob Frederick Stam, 1637, p. 134); la casa editorial John Wilson and Son publicó en Boston en 1883 una versión de la obra de Morton con introducción y notas de Charles Francis Adams hijo (https://archive.org/stream/newenglishcanaanOOmort/newenglishca-naanOOmort_djvu.txt). En S. T. Joshi y D. E. Schultz, *An H. P. Lovecraft Encyclopedia*, Westport (Connecticut), Greenwood, 2001, p. 272, se sugiere otro posible origen para el poema de Lovecraft. <<

[16] Donald R. Burleson señala que Jervas lleva al habitante del pueblo al lugar «en un periodo de tiempo en que Jervas *mantenía* supuestamente una conexión total con la casa y el secreto de la cripta» (D. R. Burleson, *H. P. Lovecraft: A Critical Study*, Nueva York, Greenwood, 1983, p. 21; la cursiva es mía). <<

[17] Esta es la primera vez que H. P. L. utiliza en sus relatos una de sus palabras favoritas; «blasfemia» (la cual emplea con frecuencia en forma adjetiva: «blasfemo»). En 1927. en su obra maestra «El horror sobrenatural en la literatura» (reeditado en *Dagon and Other Macabre Tales* [séptima edición corregida]. S. T. Joshi [ed.], Sauk City [Wisconsin], Arkham House Publishers, 1965, pp. 365-436.), H. P. L. explicó que un auténtico relato de horror sobrenatural (*Weird*) debe contener al menos un atisbo de «esa concepción sumamente terrible del cerebro humano: una maligna y particular suspensión o anulación de esas leyes fijas de la naturaleza que constituyen nuestra única salvaguardia contra los embates del caos y los entes del espacio insondable» (*ibid*., p. 368). Este es el concepto de «blasfemia» en su sentido bíblico, lo opuesto a la santidad, algo que requiere que los individuos se ciñan a la categoría a la que pertenecen y que las categorías de la creación se mantengan separadas. Véase R. M. Price, «Lovecraft's Concept of Blasphemy». *Crypt of Cthulhu* 1 (Todos los Santos 1981). p. 6. <<

[18] Véase la n. 2. anteriormente. <<

[19] Un tipo de peluca del siglo XVIII en la cual el pelo largo de la parte posterior, recogido a menudo en una trenza o coleta, se enfundaba en una bolsa de seda negra. Las cintas que acompañaban la bolsa al objeto de ceñir esta al cabello se llevaban por lo general hasta la parte frontal y se anudaban formando un lazo, conocido como «solitario», sobre el *stock* (un cuello alto y rígido decorado con hebillas), y a veces se añadía otro lazo en la parte posterior con forma de escarapela [*N. del T:* véase https://vestuarioescenico.wordpress.com/2015/05/23/nomenclatura-del-traje-y-la-moda-solitario-solitaire/. El actor John Malkovich luce este tipo de peluca en la película *Las amistades peligrosas*].



Una peluca de bolsa.

<<

[1] Este relato fue escrito probablemente a finales de primavera o principios de verano de 1918, y apareció por primera vez en *The Philosopher* 1, 1 (diciembre 1920), pp. 3-5. Con el tiempo, saldría reeditado en *Weird Tales* 30. 6 (diciembre 1937), pp. 749-751,759. <<

[2] H. P. Lovecraft, «El horror sobrenatural en la literatura», cit., p. 399. <<

[3] Alpha Ursae Minoris, comúnmente conocida como Polaris o la estrella polar, es en realidad una «estrella múltiple» formada por tres estrellas —Polaris Aa, Polaris Ab y Polaris B— que se orbitan mutuamente a corta distancia y que constituyen el punto más brillante de la constelación llamada Ursa Minor: la Osa Menor. Actualmente se mantiene prácticamente inmóvil en el firmamento encima del polo norte terrestre (su movimiento se limita a un círculo de 1,5° de diámetro que recorre cada veinticuatro horas alrededor del polo norte celeste). Esto no ha sido siempre así: hace 4.800 años, la estrella polar era Thuban, en la constelación del Dragón, y dentro de otros 8.000 años lo será Deneb. en la constelación del Cisne (véase I. Ridpath [ed.], *Norton's Star Atlas*, Nueva York. Pearson Education. 2004, p. 5). El eje polar dibuja un círculo imaginario en el firmamento a lo largo de un periodo de unos 26.000 años, por lo que con el tiempo Alpha Ursac Minoris volverá a ser la estrella polar (Jean Meeus calcula que el periodo de precesión es de 25.770 años; J. Meeus, *Mathematica*] *Astronomy Morsels*, Richmond [Virginia), Willmann-Bell. 1997, capítulo 50). Véase la n. 16, más adelante. <<

[4] Una constelación fácilmente reconocible en el cielo del hemisferio norte, con forma de uve doble. <<

[5] La cuarta estrella más brillante del firmamento después de Sirius. Canopus y Alpha Centauri, y la más brillante del hemisferio norte celeste. Está clasificada como una «gigante roja» por su edad, aunque no tiene un color especialmente rojizo a simple vista, sino más bien amarillo-anaranjado. Según R. H. Alien. «Arcturus ha sido un objeto celeste que ha concitado un enorme interés y admiración en todos los pueblos que han observado el cielo desde tiempos muy remotos, y fue sin duda una de las primeras estrellas a las que se dio nombre» (R. H. Allen, *Star Names: Their Lore and Meaning.* Mineola [Nueva York], Dover Publications, 1963, p. 98). <<

[6] La Cabellera de Berenice, una constelación pequeña y no muy brillante próxima a la Osa Mayor, llamada así por la reina Berenice II de Egipto (267 o 266-221 a.C.); aunque es probable que se llamara en un principio la Cabellera de Ariadna. según Allen *(op. cit.).* <<

[7] Las auroras boreales, gigantescos remolinos de colores espectaculares, son un fenómeno que se produce por la generación de descargas eléctricas cuando los protones y electrones que llegan del sol colisionan con el campo magnético de la Tierra en la ionosfera. Las mayores tormentas geomagnéticas jamás registradas comenzaron el 28 de agosto de 1859; no obstante lo cual, el *Boston Evening Transcript* del 22 de marzo de 1918 informó: «Anoche tuvo lugar una de las apariciones más brillantes de la aurora boreal que se han visto en Boston en muchos años. El despliegue exhibió todos los colores del arco iris. De tanto en tanto, el cielo entero se llenaba de luz caleidoscópica, y los horizontes oriental y meridional relucían con tanta intensidad como el septentrional» (el artículo se reprodujo en el número correspondiente al 22 de marzo de 1918 de *Los Angeles Times*: http://www.solarstorms.org/NewsPapers/1918g.pdf). Esta tormenta solar debió de ocurrir justo antes de que se registraran los sucesos del presente relato. <<

[8] La estrella polar se ve justo sobre nuestras cabezas solamente cuando estamos en el polo norte. «A apenas diez grados del cénit» es prácticamente ese punto de la bóveda celeste. La ciudad se encuentra por consiguiente muy cerca del polo norte —observa Donald R. Burleson—, aunque el aire fuera «cálido» y estuviera «en calma» (D. R. Burleson, *op. cit.,* p. 25). Esto corrobora la revelación posterior de que la visión pertenece al pasado lejano, cuando al parecer el clima en las regiones nórdicas era distinto.

Se ha planteado desde hace mucho tiempo la posibilidad de que se diera una «edad de oro» en un pasado muy remoto y en una tierra (que algunos han denominado «Atlantis» o «la Atlántida») situada en el lejano norte, si bien no hay ninguna prueba de que haya existido nunca una civilización así. El tema es tratado en detalle por un servidor en *The New Annotated Frankenstein.* Nueva York, Liveright, 2017, p. 14, n. 7 [ed. cast.: *Frankenstein anotado,* Madrid, Akal, 2018, p. 16, n. 7J. <<

[9] Aldebarán, Alpha Tauri, es la estrella mis brillante de la constelación de Tauro y una de las de mayor magnitud visual del hemisferio norte celeste. Es de color amarillo-anaranjado y, por edad, una gigante roja. Según Allen, el nombre significa «la que sigue». «Aldebarán era la estrella divina a la que adoraba la tribu [árabe preislámica) de los misām, quienes creían que era portadora de lluvias y que su salida helíaca, si no venía acompañada de chubascos, auguraba un año de malas cosechas» (R. H. Allen, *op. cit.*, p, 384). <<

[10] Esto no es algo que el ojo humano pueda ver: la aparición en una noche nubosa de un sol brillante que no se pone. Es de suponer que el observador está viendo un mundo o una dimensión distintos al nuestro. Nótese que se recoge un fenómeno similar en *La materia oscura* (1995-2000) de Philip Pullman, serie en la cual las auroras son portales a otros mundos que pueden entreverse a través de sus luces. <<

[11] Esta es la primera vez que se menciona esta ciudad mítica, la cual reaparece en «La búsqueda de Iranon» (pp. 113-122, más adelante). *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath* (pp. 419-550, más adelante) y «El montículo» (véase la nota siguiente), <<

[12] Todos estos lugares se encuentran en la tierra de Lomar, mencionada más adelante. En «El montículo» —una historia coescrita entre Lovecraft y Zealia Bishop a finales de 1929 y principios de 1930 (pero que no se publicó hasta 1940)— se dice que dicha tierra está cerca del polo norte. <<

[13] En *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath,* H. P. L. cuenta que «los peludos y caníbales gnophkehs se apoderaron de Olathoë. la de los muchos templos, y dieron muerte a todos los héroes de la tierra de Lomar». Véase el siguiente párrafo, que contiene información contradictoria. Los gnophkehs son también mencionados en «El montículo» (véase la nota anterior). Obsérvese que los bárbaros son «amarillos» (véase la n. 9 de «Nyarlathotep». en *H. P. Lovecraft anotado* [al cual nos referiremos en adelante como «el volumen anterior»], pp. 37-38, por un servidor, y la n. 13 de «Él», pp. 352-368, más adelante). <<

[14] Véase la n. 63 de «El que susurra en la oscuridad», p. 510 del volumen anterior, así como el apéndice 3 de dicho volumen. <<

[15] El poema alude al ciclo de casi 26.000 años que devolverá Polaris (y cualquier otra estrella) a su condición de estrella polar. Véase la n. 3. anteriormente. El narrador da a entender, por tanto, que la experiencia que está teniendo es algo que ha vivido en el pasado, y no simplemente un sueño. <<

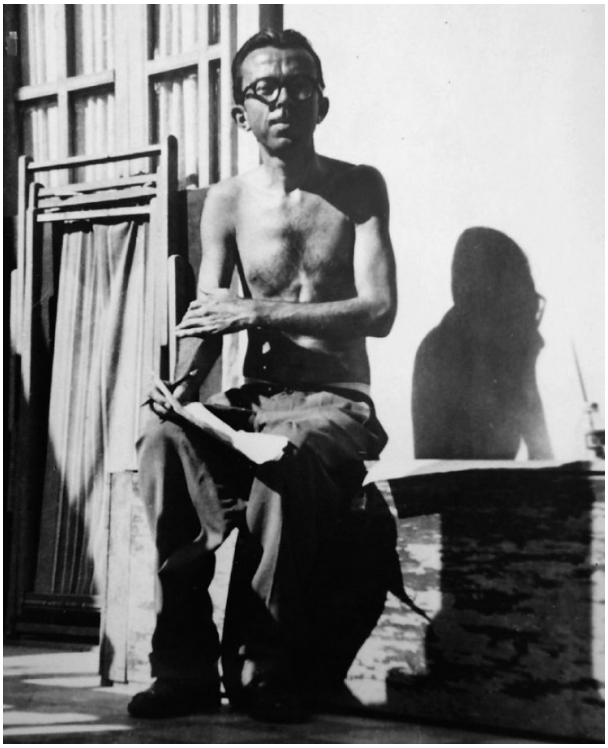
[16] «Esquimal» es un término obsoleto en la actualidad, como resultado, en parte. de la genética forense. Un estudio realizado en 2014 de fragmentos de ADN procedentes de pelo y dientes antiguos recogidos en Siberia, Alaska, Canadá y Groenlandia ha arrojado algunas pistas sobre la ascendencia de los inuits actuales. Dichas pistas indican que estos no son (como se pensaba anteriormente) descendientes de los paleoesquimales (también conocidos como los dorset). una cultura que floreció durante más de 4.000 años, sino de otra totalmente distinta: los thule. Los thule se extendieron rápidamente por la región hace unos 700 años, pero no hay indicios de que los thule y los paleoesquimales se cruzaran genéticamente. En vez de ello, los paleoesquimales simplemente desaparecieron. Las razones exactas de dicha desaparición siguen sin estar claras, aunque todo parece apuntar a que se debió a cambios del clima o a problemas de salud. Véase M. Raghavan *et al.*, «The Genetic Prehistory of the New World Arctic», *Science* 345 (29 de agosto de 2014). 1255832-1-1255832-9. <<

[1] Esta historia fue escrita en 1919, pero no se publicó hasta 1944, año en que fue recogida en el volumen de Arkham House titulado *Marginalia*, a cargo de August Derleth y Donald Wandrei en las labores de edición. Posteriormente se incluyó en la antología *Dagon and Other Macabre Tales*, de la misma editorial, publicada en 1965 con una introducción de Derleth. La reedición que de este libro se hizo en 1986 es una versión corregida con dos nuevas introducciones de S. T. Joshi y T. E. D. Klein en sustitución de la de Derleth. <<

[2] Robert Hayward Barlow (1918-1951), que fue presidente del Departamento de Antropología del Mexico City College entre 1948 y 1951 y especialista en la Mesoamérica indígena, solía verse a menudo en una especie de situación de tutela mutua con escritores mayores que él. Barlow contaría entre sus estudiantes a William Burroughs, quien le llevaba cuatro años: en 1950, el futuro autor de *El almuerzo desnudo*, que vivía entonces en México como beneficiario de la ley de apoyo a los veteranos de la II Guerra Mundial de 1944. recibió clases de Barlow sobre los códices mayas.

El escritor Paul La Farge describe el primer encuentro de Lovecraft y Barlow en 1934, año en que el escritor realizó una extensa visita a la pequeña localidad natal del joven, DeLand (Florida), bautizada así en honor de un filántropo neoyorquino y fabricante del bicarbonato de sodio que se usaba en la levadura en polvo:

> Barlow no había mencionado su edad, y era reacio a enviar una foto suya, según había dicho, porque le había salido «un forúnculo». Lovecraft se sorprendió al descubir, cuando se apeó del autocar en DeLand. que Barlow tenía dieciséis años recién cumplidos. Lovecraft superaba los cuarenta y tres.
>
> Así que ahí estaban los dos: el escritor veterano, con un traje arrugado y una cara «no muy diferente a la de Dante», en palabras de Barlow; y el joven fan, menudo, con cara de comadreja, el pelo negro alisado hacia atrás y gafas de culo de vaso. El padre de Barlow estaba visitando a unos familiares en el norte, y Lovecraft acabó quedándose siete semanas con Barlow y su madre (P. La Farge, «The Complicated Friendship of H. P. Lovecraft and Robert Barlow, One of His Biggest Fans», *The New Yorker*, 9 de marzo de 2017).



Robert H. Barlow, retratado probablemente a finales de los años cuarenta en México.

La Farge cuenta que, como albacea literario de Lovecraft, Barlow se vio frustrado en todo por acólitos de este que le tenían envidia porque H. P. L. le hubiera designado a él para dicha labor. <<

[3] Cuando habla de «las colonias», el narrador parece estar aludiendo a las colonias norteamericanas en los tiempos previos a la Guerra de Independencia estadounidense. No obstante, en este contexto resulta más probable que esté refiriéndose a las colonias *australianas*, que no se confederaron hasta 1901 y eran conocidas, al igual que los Estados Unidos, por ser un lugar donde una persona del continente europeo podía iniciar una nueva vida sin verse lastrado por su reputación o historia pasada. <<

[4] El narrador no revela su edad, aunque sí se refiere a sus experiencias en la India como un capítulo «cerrado» de su vida, lo cual hace pensar que han pasado algunos años -tal vez diez o quince- desde que prestó servicio en el ejército. Resulta agradable imaginar que fuera un oficial del 5.° Regimiento de Infantería (conocido a partir de 1881 como los «Fusileros de Northumberland»), un cuerpo de infantería británico que estaba sirviendo en la India en 1881, y al cual estaba adscrito un tal Dr. John H. Watson como oficial médico adjunto. Con todo, es mucho más probable que fuese un oficial del Real Cuerpo de Ingenieros y aprendiera habilidades de minería en dicho colectivo. Su carrera militar debió de torcerse mucho para que pasara del elevado cargo de oficial del ejército británico a un trabajo de peón común. <<

[5] El Cactus Range (montes Cactus o sierra Cactus) se encuentra en el condado de Nye del estado de Nevada. El libro más completo y exhaustivo sobre la historia de la región es S. Hall. *Preserving the Glory Days: Ghost Towns and Mining Camps of Nye County, Nevada* (edición revisada), Reno. University of Nevada Press. 1999. el cual cataloga de forma profusa y cuidadosa cada concesión de tierras, inversión en el negocio de la búsqueda de oro. campamento. estafa publicitaria, asentamiento ganadero, parcela de terreno, oficina de correos y ruta de diligencias existente desde la década de 1880, e incluye cientos de fotografías de yacimientos abandonados, con mapas e indicaciones detalladas para poder visitarlos en coche. Había decenas de minas de oro en el condado de Nye, si no cientos, pero no hay constancia de que existiera ninguna «mina Norton», famosa o no. Hall señala, no obstante: «En el verano de 1869. [el pequeño asentamiento de] Grant City [en los montes Grant] tenía una población de más de cien habitantes y albergaba varios negocios, entre ellos una taberna, una herrería y la oficina de ensayo de George Norton. Norton tenía unas cuantas concesiones mineras al sur de Grant City» (*ibid*., p. 96). En la zona norte de Nevada había un *rancho* Norton (el cual aparece mencionado normal mente como «Norton's Ranch»; para conocer su ubicación exacta, véase R. Wilden. *General Geology of the Jackson Mountains. Humboldt Countv, Nevada.* Geological Survey Bulletin 1141-D, Washington. DC. US Government Printing Office. 1963, p. 35) cerca de las montañas Jackson y la pequeña localidad de Sulphur. pero el narrador es muy claro en su identificación de los montes Cactus. Podemos concluir quizá que el narrador otorgó a la mina un nombre ligeramente más formal que cualquiera que hubieran tenido las concesiones de George Norton, o bien que cambió el nombre de la mina, no el lugar. <<

[6] *Greaser* es un nombre peyorativo para los mexicanos [*N. del T.:* utilizado antiguamente en los Estados Unidos, y ya mayormente obsoleto], cuyo primer uso documentado se remonta al año 1855, Los payutes (o paiutes, siendo más correctos) son nativos americanos de dos pueblos soshones, los paiutes del norte y los paiutes del sur. Los primeros se encontraban por lo general en el este de California, el oeste de Nevada y el sudeste de Oregón, mientras que los paiutes del sur habitaban la cuenca del río Colorado y el desierto de Mojave en el norte de Arizona, así como el sudeste de California incluyendo el valle Owens, el sur de Nevada y el sur de Utah. Los primeros exploradores que llegaron a la zona pensaron que los paiutes del sur parecían más mexicanos que nativos americanos. Las lenguas modernas de los paiutes tienen sin duda raíces aztecas, pero incluyen elementos ute. <<

[7] Los «antiguos y nobles» aztecas (o mexicas) fueron un imperio que floreció en América Central entre los siglos XIII y XVI d.C., y que surgió de migraciones de los nahua (un grupo de pueblos indígenas asentado en lo que hoy es México y El Salvador) que comenzaron ya en el siglo VI d.C. El explorador español Hernando (o Hernán) Cortés, que se alió con los enemigos de los aztecas en Tenochtitlán, hizo caer el imperio en 1521. Quizás el aspecto más conocido y profundamente cuestionado de esta cultura sea la práctica por su parte de sacrificios rituales humanos. Se ha calculado —si bien de forma poco verosímil, según sostienen también algunos— que se llegaron a despeñar hasta 80.000 prisioneros desde una terraza elevada o escalinata del Templo Mayor de Tenochtitlán, la cual, de hecho, se utilizó como rampa de sacrificios en masa durante un periodo de cuatro días en 1487 con motivo de la reconsagración del templo. Ross Hassig (en *Aztec Warfare: Imperial Expansión and Political Control*. Norman, University of Oklahoma Press, 1995) señaló que «según los cronistas. 80.400 hombres […] de Huexotzinco, Tlaxcallan, Atlixco, Tliliuhqui-Tepec, Cholallan, Tecoac, Zacatlán, Xiuhcoac, Tozapan, Tlappan y la zona de Huaxtec» fueron ofrecidos en sacrificio (*ibid*., p. 205), aunque posteriormente corregiría su estimación a «entre 10.000 y 80.400 personas» (véase R. Hassig, «El sacrificio y las guerras floridas». *Arqueología Mexicana* 11 [2003], p. 47). La BBC redujo dicho número a 4.000; véase J. Glancey. «The Templo Mayor: A Place for Human Sacrifice», *BBC*, 27 de febrero de 2015. El historiador colonial Fernando de Alva Cortés Ixtlilxóchitl, autor del *Códice Ixtlilxóchitl* (escrito a comienzos del siglo XVII), calcula que cada año se sacrificaba a uno de cada cinco hijos de esclavos. En su tesis doctoral «Malinalco: An Expression of Mexica Political and Religious Dominance in a Subject Territory» (Austin, University of Texas at Austin. 2012). Virginia Walker King advierte que «Ixtlilxóchitl estaba escribiendo una historia de los indígenas en español para los lectores españoles» y que su texto fue redactado «más de ochenta años y dos generaciones después de la conquista de América», por lo que «refleja una perspectiva sesgada posterior» (*ibid*., p. 41). Para saber más de la «europeización» de la historia azteca realizada por Femando de Alva Cortés Ixtlilxóchitl, véase G. Brokaw y J. Lee, *Fernando de Alva Ixtlilxochitl and His Legacy*, Tucson, University of Arizona Press, 2015. El códice está digitalizado en la dirección de internet

http://www.famsi.org/rcsearch/graz/ixtlilxochitl/index.html. En «The Enigma of Aztec Sacrifice», *Natural History* 86, 4 (abril 1977), pp. 46-51, el etnólogo Michael Hamer, citando al demógrafo Woodrow Borah, afirmó que los aztecas sacrificaron durante el siglo XV a un 1 por 100 «de la población total [de México central]», *hasta 250.000 personas al año. En Aztecs: An Interpretaron, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, obra que va ya por su décima edición, Inga Clendinnen hace un tratamiento original, sutil y muy ameno de la cultura azteca que sirve asimismo de útil compendio de los estudios previos; al tiempo que habla en tono sensacionalista de «guarderías de niños condenados» (ibid., p. 137) y otras víctimas, Clendinnen reexamina muchas afirmaciones hechas anteriormente.* <<

[8] Una referencia al hinduismo, la tercera religión del mundo en número de adeptos, y la más practicada en la India. Sus principales confesiones son el sivaísmo, el saktismo, el visnuismo y el smartismo. <<

[9] Es de suponer que en sánscrito, tal como sugiere Leigh Blackmore en «Some Notes on Lovecraft's "The Transition of Juan Romero"», *Lovecraft Annual* 3 (2009), p. 163. <<

[10] Se da a entender que el narrador aprendió español en el transcurso de unos estudios en la Universidad de Oxford, otro indicio de lo grande que fue su caída en desgracia. La lengua española habría sido un campo de estudio poco usual a mediados del siglo XIX; si bien la universidad designó a su primer profesor de español, Lorenzo Lucena, en 1858, el Departamento de Español, perteneciente a la Facultad de Lenguas Medievales y Modernas, no se creó hasta 1969. Con todo, en 1895, la Biblioteca de la Taylor Institution de Oxford recibió de Williamina Mary Martin —una mujer identificada en todos los libros de historia posteriores solamente por su nombre— un importante legado: mil libros en español y portugués que, además de distintas ediciones de *El Quijote*, incluía también obras de dramaturgos del Siglo de Oro como Pedro Calderón de la Barca (1600-1681) —o Calderón, a secas— y Lope Félix de Vega Carpio (1562-1635), conocido como Lope de Vega y autor de, entre otras piezas, el drama en verso *Fuenteovejuna* (1619). Gracias a este tesoro, es posible que el narrador aprendiera español leyendo a Cervantes y a otros escritores célebres, en vez de dedicándose únicamente a estudiar el idioma. Quizá fue a Oxford, pero no estudió con un profesor de español, o a lo mejor nunca fue a la universidad, pero aprendió el idioma de un oxoniense. En cualquier caso, no sería hasta tres décadas después de los acontecimientos de esta narración, en 1927, cuando una campaña de financiación llevada a cabo en Londres logró recaudar 25.000 libras con el doble objetivo de crear la cátedra de Español Rey Alfonso XIII y una biblioteca departamental para dichos estudios. <<

[11] No hay constancia de que existiera ninguna población llamada Jewel Lake en el condado de Nye, en Nevada, aunque sí hay una con ese nombre en el norte de California (fundada en 1921) y otra en Colorado. De hecho, según los registros del índice geográfico de la Oficina del Censo de los EEUU para el año 2010 (https://www2.census.gov/geo/docs/maps-data/data/gazetteer/counties_list_32.txt), el condado de Nye sólo tiene unas 17 millas cuadradas de terreno acuoso (44 km^2), frente a más de 18.000 millas cuadradas de terreno seco (47.000 km^2). <<

[12] La primera versión que se llegó a publicar del relato incluía el siguiente apunte:

> * NOTA DEL AUTOR: He aquí una lección de precisión científica para escritores de ficción. Acabo de consultar las fases de la luna en el mes de octubre de 1894 para averiguar cuándo pudo verse una luna gibosa a las dos de la mañana, ¡y he cambiado las fechas para que todo cuadre! <<

[13] El citado epigrama aparece en el encabezamiento del relato de Poe «Un descenso al Maelstrom». publicado por primera vez en *Graham's Magazine* 18 (mayo 1841), pp. 235-241. Pertenece al ensayo de Joseph Glanvill «Against Confidence in Philosophy, and Matters of Speculation»: «Los *caminos* de Dios en la *Naturaleza* (al igual que en la *Providencia*) no son como los nuestros; y tampoco los modelos que elaboramos resultan comparables en modo alguno en sus proporciones a la inmensidad, profundidad e inescrutabilidad de las obras divinas, las cuales encierran en sí mayor *hondura* que *el pozo de Demócrito*» (*Essays on Several Important Subjects in Philosophy and Religión*, Londres, Baker, 1676). En *The Vanity of Dogmatizing*, Londres, Impreso por E. C. para Henry Eversden, 1661, publicado al menos bajo otro título también, Glanvill, uno de los divulgadores de las ciencias naturales más prolíficos del siglo XVII y sin duda uno de los más prolijos, sostuvo de manera célebre que las palabras no tenían significados fijos. <<

[14] F. B. Weeks, en «Geology and Mineral Resources of the Osceola Mining District, White Pine County, Nev.», *U.S. Geological Survey Bulletin* 340-A (1908), pp. 117-133, señala que entre los años 1877 y 1907, en el asentamiento de Dry Gulch dentro del condado de White Pine. adyacente al condado de Nye, la minería de aluvión o placer —consistente en separar manualmente el mineral erosionado de aluviones de gravilla y arena (y diferente de la minería de veta)— arrojó una producción de oro con un valor cercano a los dos millones de dólares. En el mismo periodo, los filones del asentamiento dieron algo menos de un cuarto de millón de dólares. Aunque la minería de aluvión no requería maquinaría, sólo una batea, cajas de esclusa y una tubería forzada modular de acero para la disgregación hidráulica de los yacimientos auríferos (además de mucha mano de obra), las dragas de vapor y diésel no se emplearían en la extracción de oro hasta por lo menos una década y media después de los hechos recogidos por el narrador.

A. H. Koschmann y M. H. Bergendahl, en *Principal Gold-Producing Districts of the United States*, Geological Survey Professional Paper 610, Washington. DC, U.S. Government Printing Office. 1968, indican que en 1865 se encontraron placeres auríferos en un asentamiento de Nuevo México también llamado Dry Gulch, cerca del monte Nogal en Sierra Blanca (*ibid*., p. 207). <<

[15] El dios del sol y la guerra de los aztecas, cuyo nombre se suele escribir de manera más común como *Huitzilopochtli*. Uno de los dos templos de Tenochtitlán (véase la n. 7. anteriormente) estaba dedicado a él. El «gran historiador» que menciona el narrador podría ser el Dr. Daniel Garrison Brinton, editor de la colección *Library of Aboriginal American Literature*, uno de cuyos volúmenes, titulado *Rig Veda Americanas: Sacred Songs of the Ancient Americans, with a Gloss in Nahuatl* (1890; Nueva York, Mythik Press, 2015). contenía numerosas referencias a Huitzilopochtli; o quizá se tratase de William H. Prescott, cuya *History of the Conquest of Mexico*, Nueva York, Harper and Brothers, 1843, también se ajusta al perfil.



Huitzilopotchli.

<<

[1] «La maldición que cayó sobre Sarnath» fue escrita en diciembre de 1919, y se publicó por primera vez en *The Scot* 44 (junio 1920), pp. 90-98. La historia se reeditó en *Weird Tales* 31,6 (junio 1938), pp, 742-746. <<

[2] Mnar vuelve a aparecer en «La ciudad sin nombre» (un relato escrito probablemente en enero de 1921) y en la novela *En las montañas de la locura* (1931). <<

[3] Hay otra Sarnath, una ciudad en el estado indio de Uttar Pradesh. La ciudad es un destino popular para los viajeros por ser el lugar donde Buda impartió sus primeras enseñanzas, y debe su nombre a la reserva de venados que alberga (la palabra sánscrita *Sāranganātha* quiere decir «Señor de los Venados»). <<

[4] Esta es la primera mención de Ib en la obra de Lovecraft. Para encontrar las demás, véase, en el volumen anterior, «La ciudad sin nombre» (pp. 92-107). historia en la cual se dice que fue construida antes de que existiera la humanidad, y *En las montañas de la locura* (pp. 531 -670), en la cual se la califica de «blasfemia prehumana». <<

[5] Kadatheron vuelve a aparecer en «La búsqueda de Iranon» (pp. 113-122, más adelante), un relato escrito el 28 de febrero de 1921, y en *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath* (pp. 419-550, también más adelante). <<

[6] Una ciudad a orillas del río Ai, mencionada también en «La búsqueda de Ira- non» y en *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*. <<

[7] Thraa aparece otra vez en «La búsqueda de Iranon» y en *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath.* <<

[8] Una antigua unidad de longitud; aunque su medida exacta era distinta en cada cultura, un estadio venía a tener entre 175 y 210 metros. <<

[9] El valle de Pnath, un inmenso valle sin luz en las Tierras del Sueño, se menciona también en *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*, y es el tema central de un relato de Robert Blake, un personaje que aparece en la última historia que escribió Lovecraft: «El morador de las tinieblas» (véase el volumen anterior, pp. 912-941). <<

[10] Otro accidente geográfico mencionado en «La búsqueda de Iranon». <<

[11] De nuevo, una antigua unidad de longitud cuya medida exacta variaba de una cultura a otra: entre 450 y 525 mm, distancia que se decía era el largo del antebrazo. La *Jewish Encyclopedia* señala que todas las medidas primitivas estaban basadas en partes del cuerpo, las cuales son variables y hacen necesaria una estandarización en unidades tales como la «ana» o «alna», de la cual había dos, de diferente longitud: una igual a un codo (seis palmos) y otra igual a un codo más un palmo. [*N. del T:* esta unidad tenía diferentes nombres y medidas en cada país o incluso región. La ana a la que se refiere Klinger es la empleada en el Reino Unido. llamada allí *ell*. En España se definía por lo general como la distancia desde el codo a la mano, y se utilizaba principalmente para medir tejidos.] <<

[1] Esta historia, escrita a comienzos de 1920, se publicó por primera vez en *The Tryout 7*, 4 (julio 1921), pp. 10-14, y fue reeditada en *Weird Tales* 8, 2 (agosto 1926), pp. 191-192. <<

[2] Nótese que los nombres son de origen italiano, polaco y portugués, respectivamente. <<

[3] «Localizar en Marblehead [Kingsport] el posible modelo para la casa del Viejo Terrible, fuera cual fuera, constituye no obstante un problema», escribe Philip A. Shreffler en *The H. P. Lovecraft Companion,* Westport (Connecticut) y Londres, Greenwood Press, 1977.

> Hay, en efecto, una Water Street en Marblehead, y se encuentra «cerca del mar» (¡y del Club Náutico de Boston!). Pero Water Street en realidad no es más que un callejón sin salida al final de Front Street que describe una curva a lo largo del puerto de Marblehead; la calle propiamente dicha tiene sólo unos 45 metros de largo y en ella no hay nada más que una casa, que no resulta particularmente evocadora. […] Con todo, si somos capaces de suponer […] que Lovecraft aplicase el nombre de una calle a su propia extensión, entonces Front Street se convierte en la Water Street de la narración: una teoría que resulta especialmente atractiva debido a una casita de una sola habitación situada más o menos en la parte central de Front Street. Delicadamente encajada de costado en la pendiente de la costa, fuera de lugar entre las grandes casas de estilo federal de la zona, está la Guarida del Pirata, a la cual se conoce también por otros nombres diversos como «la casita del pescador» o «la zapatería». […] Existen varias leyendas en tomo a esta tosca y diminuta vivienda, que se encuentra justo frente a lo que se conoce localmente como la bahía Oakum. Hay quien dice que allí se utilizó un tesoro pirata para pagar unas mercancías, mientras que otra historia mantiene que en ciertas noches una persona que esté cerca de la Guarida del Pirata puede oír, flotando en el viento de levante, los gritos aterrorizados de una mujer asesinada por piratas y enterrada en las marismas junto a la costa. […] A pesar de que sólo hay un par de árboles retorcidos cerca de la Guarida del Pirata, y ninguna piedra pintada de forma rara, está la conexión naval, así como leyendas lo bastante macabras como para que el lugar arraigara en la imaginación de Lovecraft (pp. 97-98).

Cabe señalar que es probable que todo esto sean sólo figuraciones optimistas, en el mejor de los casos; H. P. L. no visitó Marblehead hasta 1922. <<

[4] Un puerto de mar imaginario de Nueva Inglaterra, del cual se desvelan más cosas en «La ceremonia», otro relato escrito en octubre de 1923. Lo único que se puede sacar en claro aquí es que es un pueblo situado en la costa atlántica que alberga las calles probablemente cuasiparalelas de Ship Street y Water Street (probablemente cuasiparalelas porque la finca del Viejo Terrible tenía su puerta principal en Water Street y la puerta trasera en Ship Street). Water Street se describe anteriormente como una calle situada «cerca del mar». En 1931, H. P. L. dijo de manera explícita que Kingsport era una versión disimulada de Marblehead, Massachusetts (véase «El grabado de la casa», en el volumen anterior, pp. 39-50, n. 7), aunque también presenta similitudes con Salem (véase «La ceremonia», pp. 119-131, n. 12. en el mismo volumen). <<

[5] Los «clíperes» eran barcos de velas cuadras con armazón de madera (o en algunos casos, a partir de la década de 1860, de hierro), tres o más mástiles y una eslora cinco veces superior a su manga. La Compañía (Británica) de las Indias Orientales, conocida coloquialmente en Inglaterra como la John Company, comerciaba entre Inglaterra, India y China, y, operando prácticamente como una nación en sí misma, mantenía un ejército e imprimía y utilizaba su propia moneda. En el último cuarto del siglo XVIII, una de las principales mercancías que los británicos exportaban a China desde la India (principalmente desde Rangpur, en la provincia de Bengala) era el opio, el cual se utilizaba para pagar productos chinos muy cotizados (como la seda, el té y la porcelana) que luego se llevaban a Occidente. La adicción generalizada al opio obligó a prohibir su importación, lo cual llevó a que la Compañía de las Indias Orientales subcontratara su distribución a armadores privados que operaban en el llamado «comercio del país» (*country trade*) y que compraban la droga en subastas celebradas en Calcuta y Bombay. Estos «comerciantes del país» la vendían después a contrabandistas chinos que navegaban por las aguas del mar de China Meridional y el Shiziyang (la parte alta del estuario del río Perla), y que les pagaban con plata y oro. «La costa china desde Macao hasta Zhoushan es actualmente una zona por la que navegan sin cesar veinte buques dedicados al tráfico del opio. Las aguas de Cantón se convierten en un importante punto de encuentro para más de treinta barcos con el mismo uso», refería el *Chínese Repository*, un periódico publicado por misioneros protestantes, en 1838. Cinco años más tarde, el Rvdo. W. M. Lowrie, durante un viaje a Amoy, hizo constar en su diario que los tres «almacenes de opio» más importantes estaban en el puerto de Tongshan (o Tongsan), en la bahía de Howtowshan y en la isla de Namoa. Véase Z. Yangwen, *The Social Life of Opium in China,* Cambridge, Cambridge University Press, 2005, p. 105. <<

[6] Hacia finales del siglo XIX, a medida que el extrarradio de Providence se fue industrializando, la población inmigrante en la zona pasó de ser mayormente inglesa, irlandesa, alemana y sueca a provenir del este y el sur de Europa y de ciertos países mediterráneos. <<

[7] El 11 de abril de 1920 la luna estaba en cuarto menguante; un año antes, sin embargo, el 11 de abril de 1919, había casi luna llena (la cual se alcanzó el 15 de abril). Con todo, el 11 de abril de 1920 fue un domingo, un día atractivo para que los criminales realizaran su asalto, ya que las calles estarían despejadas de gente durante la noche; el 11 de abril de 1919 cayó en viernes. <<

[8] Donald R. Burleson, en «“The Terrible Old Man”: A Deconstruction», *Lovecraft Studies* 15 (otoño 1987), pp. 65-68, plantea que el Viejo Terrible representa a un dios renacido. Carl Buchanan estudia en detalle esta idea y las raíces míticas de la historia en «“The Terrible Old Man”: A Myth of the Devouring Father», *Lovecraft Studies* 15 (otoño 1987), pp. 19-31. <<

[9] Peter Cannon escribe: «En líneas generales, el Viejo Terrible, por mucho que Lovecraft pretendiera que el lector simpatizase con la “víctima” del relato en vez de con los ladrones, resulta un ser desagradable, no del todo humano» («Lovecraft’s Old Men», *Nyctalops* 3. 2 [marzo 1981]. p. 13). <<

[1] «Los gatos de Ulthar» fue escrito en junio de 1920 y publicado ese mismo año en *The Tryout* 6, 11, pp. 3-9. Después se reeditaría en *Weird Tales* 7. 2 (febrero 1926), pp. 252-254. y, nuevamente, en *Weird Tales* 21, 2 (febrero 1933). pp. 259- 261. La historia se publicó otra vez en forma de cuadernillo bajo el sello de Dragón Fly Press, una edición extremadamente limitada hecha por el amigo de H. P. L. Robert Barlow, e impresa en Florida en 1935. A Lovecraft seguramente no se le pasaría por alto que *ultor*, en latín, significa «vengador». <<

[2] El pueblo de Ulthar vuelve a aparecer en «Los otros dioses», pp. 134-140. más adelante, así como en otros relatos. <<

[3] Cabe suponer que Lovecraft se refiere al nombre latino de Egipto, y no al gobernante Aegyptus, quien fue en la mitología griega un antiguo rey del país citado, hermano gemelo de Dánao. <<

[4] Meroë o Meroe ha sido descrita desde la antigüedad de maneras muy diversas: unas veces como región, otras como «estado comercial» y otras como ciudad. Está situada al sur de la confluencia de los ríos Atbara y Nilo, unos 240 km al nordeste de Jartum; Heródoto calculaba en sus escritos del siglo V que se hallaba «a unos dos meses de viaje al sur de Asuán» (véase S. M. Bumstein, «Herodotus and the Emergence of Meroë», *Journal of the Society for the Study of Egyptian Antiquities* 11 [1978], p. 4). Cuando un ejército egipcio invadió Napata en el 590 a.C., Meroë pasó a ser la capital y corte del reino de Kush (Nubia). Para un útil y breve resumen de la política de Meroë; su comercio y tecnología; sus estelas, baños y pirámides; su lengua y escritura; su tradición matriarcal, y su saqueo y caída en el 350 d.C. a manos de un ejército del reino de Axurn, o Aksum (en la actual Etiopía), véase H. C. Metz y L. Berry (eds.), *Sudan:* A *Country Study* [1992], Washington, DC, Federal Research Division, Biblioteca del Congreso de los EEUU, 2015, pp. 5-9; esta edición revisada incluye ilustraciones de la colección Thomas Leiper Kane de la sección de libros en hebreo de la Biblioteca del Congreso de los EEUU.



Las pirámides de Meroë, en Sudán.

Fotografía de LassiHU, CC-BY-S.A. 1.0.

<<

[5] Otir es una región mencionada en el Génesis, pero cuya ubicación es incierta, habiendo sido situada según los casos en la India. África. Israel y otras partes del mundo. Aparece en los relatos que el amigo de Lovecraft Robert E. Howard dedicó a su personaje Conan de Cimmeria (el cual es mencionado normalmente como «el cimmerio» o «el bárbaro» en las historias —la primera de las cuales se escribió en 1932—. y conocido mayormente como Conan *el Bárbaro* desde la película homónima de 1982. dirigida por John Milius y protagonizada por Arnold Schwarzenegger: para leer un perfil de Milius. véase T. H. Green, «John Milius: The Craziest Man in Hollywood?», *Telegraph*, I de noviembre de 2013). Las historias de Howard están ambientadas en un pasado mítico que se desarrolló supuestamente hace 12.000 años. David Mclntee, en *Fortune and Glory: A Treasure Hunter's Handbook*, Londres. Bloomsbury. 2016. describe el uso anterior por parte de Edgar Rice Burroughs —en *El regreso de Tarzán* (1913)— del topónimo ficticio Opar. derivado del bíblico Ophir (Otir) o Sophir. la mina de la que supuestamente se extraía el oro del rey Salomón (*ibid*., pp. 31-34). (H. P. L. fue uno de los primeros admiradores de Burroughs. acerca del cual expresó efusivos elogios en una carta publicada el 7 de marzo de 1914 en un número de la revista *All-Story*.) Mclntee sitúa las minas del rey Salomón directamente en Kudiramalai, Sri Lanka (*ibid*., pp. 39-41). <<

[6] [*N. del T: cotter*, en el original]. Una persona a la que se permite vivir en una casita de labranza a cambio de trabajo, dinero o tejidos. Adrienne D. Hood, en *The Weaver's Craft: Cloth Commerce, and Industry in Early Pennsylvania*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2003, señala la subsistencia de esta práctica a comienzos del siglo XVIII en Irlanda del Norte. Escocia y Alemania, así como el hecho de que fue traída a América (pp. 26-27). <<

[7] Cfr. con «Días de ocio en el País del Yann» de Lord Dunsany, publicado por primera vez en 1910: «Y los nómadas eran una tribu extraña de piel oscura que bajaba una vez cada siete años de las cumbres de Mloon». Es probable que H. P. L. hubiera leído este relato antes de escribir «Los gatos de Ulthar». <<

[8] En «Los otros dioses», pp. 134-140, más adelante, Atal se ha convertido en sacerdote, y aparece ya como un anciano en *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*, pp. 419-550, también más adelante. <<

[9] Hatheg y Nir aparecen mencionadas de nuevo en «Los otros dioses» y en *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath.* <<

[10] Duncan Norris, en «Lovecraft and Egypt: A Closer Examination», *Lovecraft Annual* 10 (2016). p. 8, señala que Diodoro Sículo, en su *Biblioteca histórica*, asegura haber sido testigo directo de que «tras haber matado a un gato cierto romano, el pueblo concurrió en casa del autor y ni los magistrados enviados por el rey para interceder ni el común temor de Roma lograron librar al hombre del castigo, incluso aunque lo había hecho involuntariamente» (Dio- doro de Sicilia. *Biblioteca histórica: Libios I-III*, trad. de F. Parreu Alasà, Gredos. 2001. Libro I-83, p. 296). <<

[1] El relato fue escrito en 1920 y publicado por primera vez en *The Wolverine* (marzo 1921), pp. 3-11, y *The Wolverine* (junio 1921), pp. 6-11. Se reeditaría en *Weird Tales* 3, 4 (abril 1924), pp. 15-18, con el título «The White Ape» (El simio blanco) y en *Weird Tales* 25, 5 (mayo 1935), pp. 642- 648, como «Arthur Jermyn». <<

[2] Probablemente, una referencia a las teorías de la evolución de Charles Darwin. Se dice que Lovecraft leyó, si no a Darwin, sí a Hugh Elliot (quien había traducido obras del pionero del evolucionismo Jean-Baptiste Lamarck) y a Ernst Haeckel, llegando así a una comprensión imperfecta —o distorsionada— de la selección natural. Se dice también que en este periodo de su carrera Lovecraft era escéptico respecto a la teoría de la relatividad de Einstein. En una carta de abril de 1920 al «Gallomo» *(Letters to Alfred Galpin,* S. T. Joshi y D. E. Schultz [eds. J. Nueva York. Hippocampus Press. 2003. p. 75). el escritor se refirió a la opinión del propio Einstein de que únicamente 12 hombres en todo el mundo eran capaces de comprender plenamente la teoría. En 1923. año en que unas observaciones de un eclipse solar total corroboraron esta última. H. P. L. comenzó a integrar su propia interpretación de la misma en su filosofía general, afirmando: «Todo es azar, casualidad y fugaz ilusión. […] Todo el cosmos es una broma, y únicamente como tal se lo ha de tratar, pues tan real es una cosa como otra» (carta a James F. Morton del 26 de mayo de 1923, en *Selected Letters, 1911-1924,* A. Derleth y D. Wandrei [eds.], Sauk City [Wisconsin], Arkham House, 1965. p, 231; en adelante. *Selected Letters,* vol. I). Sólo poco a poco terminó dándose cuenta de que las aterradoras perspectivas de los efectos del azar y del caos se podían restringir al mundo subatómico. Véase S. T. Joshi. «Topical References in Lovecraft», *Primal Sources: Essays on H. P. Lovecraft,* Nueva York. Hippocampus Press. 2003, p. 40. para leer un análisis de la asimilación de las teorías de Einstein por parte de Lovecraft.



Ilustración de «El simio blanco», título que se le dio a este relato en *Weird Tales* 3, 4 (abril 1924) (ilustrador: William Fred Heitman).

Con todo. Lovecraft sostenía que el mayor antagonista era el *cambio:* «El cambio es el enemigo de todo lo que es realmente digno de aprecio. Es el eliminador de hilos, el destructor de todo lo que es familiar y tranquilizador, y el símbolo y recuerdo constante de la decadencia y la muerte» (carta a Helen V. Sully. 28 de octubre de 1934, en H. P. Lovecraft. *Selected Letters, 1934-1937,* A. Derleth y D. Wandrei [eds.], Sauk Cily [Wisconsin]. Arkham House Publishers. 1976, p. 50; en adelante. *Selected Letters*, vol. V). <<

[3] El narrador de «La llamada de Cthulhu» (en el volumen anterior, pp. 142-182), expresa una opinión similar: «El hecho más piadoso del mundo, en mi opinión, es la incapacidad de la mente humana de correlacionar todo lo que hay en él. Vivimos en una plácida isla de ignorancia en medio de negros océanos infinitos, y no estaba escrito que viajáramos lejos. Las ciencias que tratan de abrir nuevos caminos. cada una de ellas en su propia dirección. apenas nos han perjudicado hasta ahora; pero llegará un día en que la construcción del puzle del conocimiento permitirá acceder a una visión de la realidad —y del espantoso lugar que ocupamos en ella— tan terrorífica que, o bien nos volveremos locos a causa de la revelación, o buscaremos refugio de la funesta luz en la paz y seguridad de una nueva edad oscura». <<

[4] Para conocer los inicios de la antropología (o protoantropología) como campo de estudio, véase A. Curran. «Anthropology», en D. Brewer (ed.), *Cambridge Companion to the French Enlightenment*. Cambridge. Cambridge University Press, 2014. pp. 29-43. <<

[5] Fundado a finales del siglo XIV por Lukeni lua Nimi, el Reino del Congo comprendía en su día gran parte de las actuales Angola, Cabinda. República del Congo. República Democrática del Congo y Gabón. Su capital se llamaba Mbanza. El primer contacto del reino con los europeos tuvo lugar mucho antes de las expediciones de *sir* Wade, en el verano de 1482. cuando el explorador portugués Diego Cao colocó un mojón de piedra en la desembocadura del todavía no cartografiado río Congo, en el lugar que hoy es Shark Point (Angola), reclamando con ello el territorio para el reino de Portugal (véase «Into Africa: Who Was Diego Cão?», *Smithsonian*, 5 de julio de 2010). Cão hizo un segundo viaje en 1485; véase el fascinante libro del etnógrafo y antropólogo de la Universidad de Ámsterdam Johannes Fabian *Remembering the Present: Painting and Popular History in Zaire,* Berkeley, University of California Press, 1996, pp. 22-23, el cual incluye 101 pinturas y una narración del artista zaireño contemporáneo Tshibumba Kanda-Matulu. *Sir* Wade pudo ser uno de los primeros exploradores *ingleses* de la región; la exploración europea del Africa meridional y central fue muy limitada hasta la llegada del siglo XIX. <<

[6] [*N. del T:* esta nota explica aspectos de la trama no revelados aún en este punto del relato, por lo que el lector que no esté familiarizado de antemano con él tal vez prefiera leerla una vez terminada la historia] S. T. Joshi señala que los estudiosos pasan a menudo por alto este detalle: el pecado de *sir* Wade no fue simplemente cruzar su especie con otra no humana, sino, más bien, descubrir el «auténtico origen de toda la civilización blanca», siendo la propia simia blanca producto de un cruce entre especies. «Al casarse con esta simia blanca, *sir* Wade ha dado a sus descendientes, como si dijéramos, una "dosis extra" de la sangre de esta raza corrompida, produciendo las anomalías fisonómicas y temperamentales de la familia Jermyn» (véase S. T. Joshi. «What Happens in "Arthur Jermyn"». en *Primal Sources: Essays on H. P. Lovecraft*, Nueva York, Hippocampus Press, 2003, p. 160). Es, pues, la existencia de esta «raza corrompida». y no simplemente el hecho de que *sir* Wade se casara con la simia blanca, lo que da pie al horror generalizado que expresa el párrafo inicial del relato. <<

[7] Huntingdon, en Cambridgeshire. Inglaterra, fue el lugar de nacimiento de Oliver Cromwell. S. T. Joshi afirma, en su colección de relatos anotados de Lovecraft *The Call of Cthulhu and Other Weird Stories,* Nueva York, Penguin, 1999, que «no había ningún asilo para dementes en la localidad de Huntingdon […] en aquella época» (p. 366, n. 4). Si bien puede estar en lo cierto, en lo que se refiere a una institución pública, de las cuales había muy pocas —y de esas pocas había aún menos disponibles para personas que no fueran indigentes—, es perfectamente posible que hubiera varios manicomios privados en Huntingdon. A mediados del siglo XVIII, había muchos asilos de ese tipo en Inglaterra, aunque no se dispone de ninguna información oficial relativa a sus ubicaciones, propietarios, etc., para épocas anteriores a 1774. Había muchos manicomios ilegales, y los que sí eran legales no emitían informes oficiales. Véase W. L. Parry-Jones. *The Trade in Lunacy: A Study of Private Madhouses in England in the Eighteenth and Nineteenth Centuries,* Abingdon-on-Thames, Routledge. 2013. 1972, p. 29. No resulta sorprendente, pues, que no haya constancia del asilo para dementes de Huntingdon en el que fue internado *sir* Wade. <<

[8] Según *The Herald and Genealogist*, vol. 5, 1870m la familia Jermyn de Rushbrook. en el condado de Suffolk. «aunque no [era] quizá tan antigua como algunas otras familias de Anglia Oriental, estaba desde tiempos remotos muy bien relacionada. siendo además caballerosa y respetable». El linaje de la familia se inicia con Roben Jermyn de Woodton y Hempnall (Norfolk), que murió en 1720 y fue seguramente el padre de *sir* Wade. No obstante. la rama de este último —de manera nada sorprendente, en vista de la historia que aquí se cuenta— fue suprimida del árbol familiar. <<

[9] Gayo Plinio Segundo (Plinio *el Viejo*), al cual la profesora de Clásicas de la Universidad de Cambridge y escritora superventas Mary Beard describe como «el extraordinario polímata romano hoy recordado sobre todo por ser la única celebridad víctima de la erupción del Vesubio en el año 79 d.C.» *(SPQR.* Nueva York. Liveright, 2015, p. 120 [ed. cast.: *SPQR: una historia de la antigua Roma,* Barcelona, Editorial Crítica, 2016]), es quizás al menos igual de famoso por su obra *Historia natural* (publicada *ca.* 77-79 d.C.), una enciclopedia inopinadamente subversiva en 37 volúmenes cuyo principal valor, sugiere Beard. sea tal vez el de constituir una crítica cultural que detalla la opulencia y desigualdad social existente en Roma, así como los estragos provocados o llevados a cabo por sus gobernantes. La sección 24 del libro 36 contiene una escalofriante referencia, hecha casi de pasada, a una ola masiva de suicidios entre obreros que no soportaron el esfuerzo de trabajar en la construcción de la Cloaca Máxima, una enorme red de alcantarillado que aún hoy transporta los residuos de los baños de los romanos. Para atajar la plaga de suicidios, «el rey ideó un extraño remedio nunca concebido excepto en aquella ocasión: crucificó los cuerpos de todos los que habían muerto por su propia mano, a fin de que sus conciudadanos pudieran verlos y las bestias y las aves de presa los despedazaran» (*Pliny's Natural History*, H. Rackham, trad. de W. H. S. Jones y D. E. Eichholz. Cambridge [Massachusetts] y Londres. Harvard University Press y William Heinemann, 1949-1954; disponible en Internet en la dirección http://www.masseiana.org/pliny.htm/#BOOKXXXVI). <<

[10] No queda indicio alguno de que hubiera una taberna llamada así en Suffolk. o en ninguna otra parte. <<

[11] Basándonos en la fecha del internamiento de *sir* Wade, 1765, su hijo Philip debió de servir en la Armada británica durante la guerra de independencia estadounidense (1775-1783). lo cual encaja también con el matrimonio del hijo de Philip. Robert, en 1815. Robert debió de nacer justo antes de que Philip se enrolara en la Marina, entre 1775 y 1780. La descripción de su trayectoria como etnólogo da a entender que se casó mayor, según los cálculos anteriores, entre los treinta y cinco y los cuarenta años de edad. Su segundo hijo, Nevil, habría nacido entre 1817 y 1825, cuando Robert tenía entre cuarenta y cincuenta y tantos años, lo cual sitúa a Nevil entre los veinticuatro y los treinta y dos en el momento en que se fue de casa con la «vulgar bailarina». El hijo de Nevil. Arthur, nació en 1850. de acuerdo con el pasaje que afirma que tenía dos años en 1852. *Sir* Robert debía de ser un hombre tremendamente vigoroso, pese a encontrarse en la setentena en 1850. para haber estrangulado a Samuel Seaton y a sus tres hijos adultos; un vigor atribuible quizás a su composición genética. <<

[12] Los tonga, un grupo étnico y lingüístico concentrado en la cuenca del Zambeze, viven principalmente en la zona sur de Zambia (sumando aproximadamente 1,38 millones de personas en la actualidad, en tomo al 12 por 100 de la población), el norte de Zimbabue (donde en la década de 1950 el traslado forzoso de 60.000 residentes para permitir la construcción de la presa de Kariba provocó una grave hambruna y escasez de agua potable), la provincia de Inhambane en el sudeste de Mozambique y otras partes del Africa meridional, entre ellas Malaui y Botsuana. Su lengua, el chitonga, de origen bantú, no comenzó a enseñarse en las escuelas de educación primaria hasta 2005; antes de ese año. la ley imponía el aprendizaje del shona y del ndebele, hablados hoy por 10 millones y 1.6 millones de personas, respectivamente, de una población total de 14.5 millones en Zimbabue.

Jennyn podría haber interpretado erróneamente que la «t» de «tonga» era un prefijo que quería decir *the* [*N. del T:* «los», en este caso), hecho que habría motivado el equívoco respecto al nombre de la tribu. Tal como se aprecia claramente en el artículo de W. A. Elmslie «The Ortography of African Names and the Principles of Nomenclature», *Scottish Geographical Magazine* 7, 7 (julio 1891). pp. 370-375. había muchas confusiones y malentendidos respecto a cómo funcionaban las normas básicas de nomenclatura en las diversas lenguas africanas. <<

[13] No ha sido posible identificar a este explorador. En el año 1852 murieron dos famosos exploradores o viajeros, el estadounidense John Lloyd Stephens y el angloaustraliano George William Evans; mas ninguno de ellos lo hizo en extrañas circunstancias ni dejó constancia tampoco de haber hecho ningún viaje a Africa. <<

[14] Es decir, en 1886. Como se verá un poco más adelante, el circo al que se unió Jermyn fue el de Barnum & Bailey. <<

[15] Gavin Callaghan, en «A Reprehensible Habit: H. P. Lovecraft and the Munsey Magazines», en *Lovecraft and Influence: His Predecessors and Successors*, R. H. Waugh (ed). Lanham, Toronto y Plymouth (Reino Unido), Scarecrow Press, 2013, señala la fuerte similitud existente con los frecuentes y peligrosos cómbales de boxeo entre Korak —el hijo de Tarzán— y su amigo simio Akut en *El hijo de Tarzán* (1915) de Edgar Rice Burroughs (*ibid*., p. 77). <<

[16] El circo de (P. T.) Barnum y (James A.) Bailey, fundado en 1871, se anunciaba como «El mayor espectáculo del mundo». <<

[17] A finales del siglo XIX. en lo que hoy es la República Democrática del Congo (nombre que adquirió en 1960). el rey belga Leopoldo II estableció una colonia privada propia, que sería conocida a partir de 1885 como el Estado Libre del Congo. La explotación que Leopoldo hizo del territorio y de sus habitantes con el propósito de recolectar caucho se plasmó en actos de violencia como, por ejemplo, mutilaciones: a los niños y adultos que no trabajaban lo suficiente les cortaban la mano derecha. Las muestras de repulsa por esta situación incluyeron la publicación del libro de Joseph Contad *El corazón de las tinieblas* (1899): un cáustico informe del cónsul británico Roger Casement (1903); las incansables actividades de la Asociación Reformista del Congo, fundada en 1904 y dirigida por Edmund Dene Morel, el Dr. Henry Grattan Guinness y Casement; y *El crimen del Congo* (1909) de Arthur Conan Doyle, el cual se publicó justo después de que la colonia pasara a manos del Gobierno de Bélgica y fuese rebautizada como «el Congo Belga». <<

[18] *Kaliri* es un verbo suajili que significa «memorizar» o «recordar». Los dung kaliri son un clan de la provincia de Mongalla en Sudán del Sur (nordeste de África), y según L. F. Nalder (ed.), A *Tribal Survey of Mongalla Province,* Londres, Oxford University Press, 1937, integrantes del clan Bekat, de carácter más amplio (pp. 120- 122). Nalder cita el libro de Charles Gabriel Seligman y Brenda Zara Salaman Seligman *Pagan Tribes of the Nilotic Sudan.* Londres, George Routledge & Sons, 1932, como el tratado antropológico y etnográfico más acreditado del siglo XX acerca de la historia cultural nilótica de Sudán del Sur. Dos de los principales objetos de estudio de los Seligman fueron los dos grupos étnicos más grandes de Sudán del Sur. los dinka y los nuer; algunos de cuyos descendientes, como es bien recordado, recorrerían 60 años más tarde, huyendo de una guerra civil, cientos de kilómetros hasta el noroeste de Kcnia. donde se instaló el campamento de refugiados de la ONU de Kakuma para 10.000 «niños perdidos de Sudán». Estos niños, con edades comprendidas entre los ocho y los dieciocho años, constituían algo menos de la mitad de todos los que habían intentado huir a un lugar seguro, algunos de los cuales fueron niños de corta edad guiados valientemente por otros apenas mayores que ellos. Los supervivientes llegaron a Kakuma (y a otros campos de refugiados) tras haber visto cómo los pequeños a su cuidado morían ahogados, de hambre, por disparos o incluso devorados por cocodrilos. Entre las muchas crónicas que relatan su hoy famoso calvario están la novela de Dave Eggers *What Is the What: The Autobiography of Valentino Achak Deng,* San Francisco, McSweeney's. 2006 [ed. cast.: *Qué es el qué,* Barcelona. Random House, 2008], y los documentales *Lost Boys of Sudan* (2004), dirigido por Megan Mylan y Jon Shenk, y *The Lost Boys* (2002), dirigido por Clive Gordon. <<

[19] Según W. A. Elmslie (véase la n. 13, anteriormente), el uso del apóstrofo es incorrecto: el nombre tribal conecto sería «los nbangu». No hay constancia de que exista ninguna tribu con ese nombre. <<

[20] El rey Alberto I de Bélgica reinó de 1909 a 1934, sucediendo a Leopoldo II (su tío) a la muerte de este. <<

[21] El Real Instituto Antropológico de Gran Bretaña e Irlanda es fruto de la unión en 1871 de la Sociedad Etnológica (fundada en 1842 y sucesora a su vez de la Sociedad Protectora de los Aborígenes, creada en 1837) y la Sociedad Antropológica. Se concedió al Instituto el derecho a añadir la palabra «Real» a su nombre en 1907. <<

[1] Este relato fue escrito en otoño de 1920, antes de «Celefaïs» (el cual se terminó a principios de noviembre de ese año), pero no salió a la luz hasta que apareció publicado en *Weird Tales* 6, 3 (septiembre 1925). pp. 329-336, 429-431. Se reeditó en *Weird Tales* 27, 2 (febrero 1936), pp. 239-244. 246-249. <<

[2] La península mexicana de Yucatán se encuentra a más de 3.000 millas náuticas del lugar donde el narrador dice haber depositado la botella. <<

[3] Pese a tratarse del cumpleaños de Lovecraft, este día apenas ocurrió nada reseñable en la Gran Guerra. En el frente occidental se produjo un ligero avance de las fuerzas británicas al norte de Iprés, y las francesas, inmersas en su tercera ofensiva, tomaron las defensas enemigas al norte de Verdún, capturando 5.000 prisioneros. En el frente oriental las fuerzas rusas se estaban retirando, mientras en el sur las italianas se imponían. Inclinándose de forma alterna en favor de uno y otro bando hasta el otoño de 1918, cuando la ofensiva aliada triunfó y las fuerzas alemanas agotaron sus recursos, la guerra terminó el 11 de noviembre de ese mismo año, con un armisticio. <<

[4] La relativamente efímera Armada Imperial (Kaiserliche Marine) se creó a partir de una guardia costera ya existente (la Norddeustsche Bundesmarine) y la Marina de Prusia. Sus naves se barrenaron al término de la Gran Guerra, en 1919, pero durante la II Guerra Mundial se construyeron mil submarinos nuevos o más.

En la I Guerra Mundial, la Armada comenzó con una flota relativamente pequeña de unos 40 *Unterseeboote*, o submarinos, y para 1917 ya había cuadruplicado dicho número. Al término de la guerra ya había aproximadamente tres veces más. con. según se decía, unos 200 más a medio construir en los astilleros. Aunque la mayoría estaban diseñados para su uso a alta profundidad, el resto se utilizaba en zonas cosieras, para ataques contra el litoral y operaciones de minado.

En la Armada alemana no existía el rango de capitán de corbeta; los grados eran *Leutnant zur See* (más o menos equivalente a un alférez de fragata), *Oberleutnant zur See* (alférez de navío). *Kapitänleutnant* (teniente de navío) y *Käpitan zurSee* (capitán de navio). Los submarinos estaban al mando de un capitán; quizás el capitán original del *U-29* murió, y entonces tomó el mando el oficial de mayor rango. [*N. del T:* según mis propias indagaciones, existía el rango de *Korvettenkapitän zur See* en la Kaiserliche Marine, el cual es equivalente al de *lieutenant commander* que Lovecraft asigna a su narrador en el relato original en inglés, y que yo he traducido. en consecuencia, como «capitán de corbeta» (rangos todos ellos de categoría OF-3 según las equivalencias modernas oficiales de la OTAN. Véase https://militaria.lv/stanag.htm). Con dicho rango, en principio, el personaje podría haber estado al mando de un submarino durante la 1 Guerra Mundial. Véase, por ejemplo, https://uboat.net/wwi/men/commanders/most_successful.xhtml, donde figuran varios *KorvettenKapitän zur See* (KrvKtp.) que tuvieron un servicio meritorio durante la I Guerra Mundial capitaneando submarinos.] <<

[5] El último comandante del auténtico *SM (Seine Majestät) U-29* fue el altamente condecorado *Kapitänleutnant* Otto Weddigen, de treinta y tres años de edad. El *U-29*, que fue puesto en servicio en agosto de 1914, tuvo un periodo de servicio bastante breve, al irse a pique con todos sus tripulantes, Weddigen incluido, el 18 de marzo de 1915 en el Pentland Firth, un estrecho situado en el norte de Escocia, como resultado de una embestida por parle del HMS *Dreadnought.* (El propio capitán Weddigen había hundido ocho naves en la guerra, las cuatro primeras en 1914. siendo comandante del *SM U-9*.) La identidad del *U-29* de Lovecraft es un misterio. <<

[6] Un punto situado unas 1.000 millas náuticas al oeste de la costa de Africa y unas 600 millas al oeste noroeste de las islas de Cabo Verde, al sur del trópico de Cáncer. El submarino recorrió aproximadamente 1.450 millas náuticas desde el lugar donde se llevó a cabo el ataque al *Victory*. <<

[7] Esto fue una semana antes de que llegaran a Francia las primeras tropas estadounidenses que tomaron parte en la guerra. <<

[8] Tras participar en tres patrullas, que tuvieron como resultado el hundimiento de dos barcos, el *U-61* resultó alcanzado por una mina (dejada por el HMS E51) el 29 de noviembre de 1917, hundiéndose junto con toda su tripulación. Capitaneaba la nave el *Oberleutnänt* Theodor Schultz, de veintinueve años. Puede encontrarse una descripción exhaustiva de las actividades de los submarinos alemanes durante las dos guerras mundiales en el sitio web www.uboat.net. <<

[9] Kiel, capital del estado de Schleswig- Holstein y cuartel general de la flota alemana del mar Báltico, era uno de los dos puestos de mando principales de la Kaiserliche Marine durante la Gran Guerra; el segundo estaba en Wilhelmshaven, emplazamiento de la Base Naval del Mar del Norte, que acogía la Flota de Alta Mar. La profusión de bases navales y la complicada estructura de mando de la Armada servían para generar «una inevitable rivalidad burocrática» y «confusión a la hora de implementar políticas», según sostiene Graham Watson, un antiguo profesor de Historia de la Universidad de Gales en Cardiff, en «Organisation of the Imperial German Navy, 1914-1918», http://www. naval-history.net/XGW-GcrmanNavy1914-1918.htm. Esto se vio confirmado a (inales de 1918 cuando el almirante Reinhard Scheer, jefe de un «Mando Supremo» establecido sólo unos meses antes, presentó un plan mayormente secreto para que la Flota de Alta Mar se enfrentara a la Marina Real británica en una batalla campal definitiva. Los marinos alemanes vieron la orden de hacerse a la mar como un suicidio: la flota alemana era muy inferior a la británica en potencia de fuego. Concluyendo que la guerra ya estaba perdida, se negaron a salir de puerto. El plan de Scheer fue abandonado, pero el descontento se extendió de Wilhelmshavel a Kiel, así como a otras partes del Imperio. El motín desencadenó una revolución que derrocó la monarquía imperial e instauró la República de Weimar. En 1943 se publicó en Inglaterra *The Wilhelmshaven Revolt: A Chapter of the Revolutionary Movement in the German Navy, 1918-1919,* un relato de primera mano del timonel y activista numerosas veces encarcelado Ernst Schneider, escrito bajo el pseudónimo «Icarus» (Ícaro). <<

[10] No hay constancia de ningún carguero con ese nombre activo durante la Gran Guerra. Muchos de los cargueros «británicos» utilizados en la guerra se construyeron en astilleros norteamericanos. En los Estados Unidos, a partir de 1942. se bautizaría como «clase *Victory*» (Victoria) a una serie entera de versiones más grandes y mejor equipadas de los antiguos cargueros *Liberty*, y muchas naves vieron incluida la palabra *Victory* en sus nombres. <<

[11] Estas coordenadas señalan un punto en el Atlántico Norte que se encuentra a unas 360 millas náuticas al noreste del grupo central de las islas Azores y a 840 millas náuticas al sudoeste de la costa irlandesa. Se encuentra bastante próximo a la loma submarina llamada Olympus Knoll (45° 25’ N. 27° 40’ O). <<

[12] Los alemanes no eran los únicos que cometían atrocidades así. El 19 de agosto de 1915, como represalia por el hundimiento en mayo de ese mismo año del transatlántico de la naviera Cunard RMS *Lusitania*, que había provocado la muerte de más de mil pasajeros, el capitán de corbeta Godfrey Herbert, comandante del *Q- ship* —o navio señuelo— *Baralong* engañó al *Kapitänleutnant* Bemd Wegener, el comandante del sumergible *U-27*, cuando este último atacó el carguero británico *Nicosian*. El *Baralong*, que navegaba fraudulentamente bajo bandera estadounidense (los EEUU eran neutrales en la guerra en aquel momento), se aproximó entonces para «rescatar» a la tripulación del *Nicosian*. Cuando llegó a las proximidades del *U-27*, izó la bandera británica y disparó a quemarropa, hundiendo el submarino. El capitán Herbert ordenó a sus hombres que mataran a los supervivientes del hundimiento, incluyendo a los que estuvieran desarmados y nadando en el agua, independientemente de que intentaran rendirse o no. La Marina Real silenció toda noticia del incidente. A pesar de que el Gobierno alemán pidió que Herbert fuera juzgado por asesinato, este recibió una distinción militar y un ascenso. Véase L. Nolan y J. E. Nolan, *Secret Victory: Ireland and the War at Sea, 1914-1918*, Blackrock (Irlanda), Mercier Press Ltd., 2009. pp. 126-128. H. P. L. dejó clara su opinión del hundimiento del *Lusitania* en el poema de 1915 «The Crime of Crimes» (El más atroz de los crímenes):

> Enloquecido por la sangre belga recién derramada.
> el bestial prusiano pone rumbo a la profundidad oceánica:
> en el reino de Neptuno el vil cobarde acecha
> y sobre el mundo su acostumbrada maldad despliega.
> Como un perro medroso, ataca a quien no se defiende;
> al derrotar al desvalido, crecido en su valor se siente.

<<

[13] Según se dice, *Schweinehund* [*N. del T.:* literalmente, «cerdo-perro», que es el calificativo que utiliza Lovecraft en el relato original] constituye un insulto terrible para los alemanes, y se utilizaba con frecuencia en las películas y los cómics que representaban la II Guerra Mundial. <<

[14] Los contramaestres eran marineros que tenían a su cargo el cuidado de los elementos estructurales de una nave. Dicho rango o grado no existía en la Armada alemana; su equivalente sería el rango de suboficial de marina. <<

[15] La región de Alsacia. situada en el este de Francia, pasó varias veces de estar bajo dominio francés al alemán y viceversa; un alsaciano, por tanto, no era un «auténtico» alemán, a ojos del narrador. <<

[16] Dacia, una antigua región junto al mar Negro, comprendía parte de los montes Cárpatos. No existía ningún transatlántico llamado así (aunque sí dos, pertenecientes a la Peninsular and Oriental Steam Navigation Company y a la naviera Cunard, con nombres que rimaban parcialmente con *Dacia: Mongolia* y *Laconia).* Sólo unas horas antes del incidente del *Baralong* (véase la n. 13. anteriormente), el submarino *U-24* hundió el transatlántico *Arabic* de la White Star Line con destino a los Estados Unidos, provocando la muerte de entre 40 y 44 personas entre pasajeros y tripulantes (las cifras varían). Tres de las víctimas fueron estadounidenses, lo que llevó a ruidosas protestas por parte del Gobierno de los EEUU. En total, los submarinos alemanes hundieron 19 barcos aliados en agosto de 1915.

Ocho días después del hundimiento del *U-27* y el *Arabic*, el 27 de agosto, el kaiser Guillermo II, siguiendo recomendaciones del canciller Theobald von Bethmann-Hollweg, ordenó que sólo se pudieran hundir barcos de pasajeros después de que estos últimos y los tripulantes de la nave fueran avisados del ataque y rescatados. Con todo, en enero de 1917, Alemania anunció un regreso a su política previa de guerra naval sin restricciones —es decir, que volvería a atacar barcos civiles además de militares—. Véase la n. 4 de «Dagón», en el volumen anterior (pp. 3-11). <<

[17] Véase la n. 10, anteriormente. <<

[18] Wilhelm Bauer, el primer ingeniero de submarinos alemán, diseñó en 1864 una nave que. propulsada por un motor de combustión interno de una sola marcha, tendría una potencia de 100 CV en superficie (230 CV sumergido) y una velocidad subacuática de entre ocho y nueve nudos. Sería seguro hasta una profundidad de casi 30 metros, y habría estado annado con cinco cañones diseñados para disparar bajo el agua. Bauer calculaba que la tripulación de diez hombres podría sobrevis ir durante 24 horas sin renovar el aire, pero incluyó también un sistema de purificación que utilizaba oxígeno y potasa con intención de alargar dicho tiempo de supervivencia 24 horas más.

A Bauer, un aprendiz de tornero mayormente autodidacta, se le ocurrió la idea de crear un submarino viendo a las focas jugar en el Báltico, según se decía *(Engineeríng: An Illustrated Weekly Journal* 20 [30 de julio de 1875], p. 96). Cuando el primer modelo que diseñó y probó a fondo en el mar, el *Brandtaucher* («*buzo* del fuego», en alemán), empezó a hacer agua y se hundió durante su décima travesía, en febrero de 1851, ideó un sistema para sacar de la nave a sus tripulantes —él mismo y otras dos personas— disparándolos hacia la superficie como «muchos tapones de botellas de champan». El gran duque Constantino Nikoláyevich (1827-1892), al cual se le había encomendado la tarea de reformar la Annada rusa, le encargaría posteriormente a Bauer el diseño de un nuevo modelo. Bauer murió a los cincuenta y tres años por complicaciones derivadas de la gota que padecía.

El primer submarino alemán de grandes dimensiones que se construyó antes de 1900. invención del ingeniero de torpedos Karl Leps. era muy rudimentario y no disponía de ningún sistema de ventilación o renovación del aire. El primer sistema de este tipo (que empleaba potasa cáustica, o lejía, y fue desarrollado por la compañía Dräger de Lübeek) apareció en el *U-2*. habiendo sido encargado en 1908. Se había utilizado previamente en minería, en el «equipo respiratorio Dräger, tipo 1907». Bajo la dirección de Hans Techel, el ingeniero de submarinos alemán más famoso de la época, se proyectó que los modelos entre el *U-5* y el (7-8 llevaran incorporado el mismo sistema de purificación de aire. Dicho sistema (que empleaba una versión mejorada de la idea de Bauer. absorbiendo el aire por medio de ventiladores y haciéndolo pasar por filtros de potasa cáustica mientras enriquecía con oxígeno el aire restante) demostró su eficacia en 1911 cuando el *U-3* estuvo a punto de hundirse. Los hombres atrapados en la nave estaban

sufriendo una alta concentración de dióxido de carbono y doro gaseoso, pero el sistema de purificación les permitió sobrevivir durante 27 horas mientras aguardaban su rescate. De hecho, las especificaciones del sistema afirmaban que permitiría respirar a una tripulación de 24 hombres durante 72 horas, y fue un componente básico de todos los sumergibles alemanes durante la Gran Guerra. (Véase E. Rössler, *The U-Boat: The Evolution and Technical History of German Submarines*, Londres, Cassell, 2002.) Hoy se siguen utilizando sistemas parecidos en sitios como la Estación Espacial Internacional, aunque las zeolitas (minerales naturales de tipo poroso que actualmente se fabrican en buena medida de forma sintética) han reemplazado por lo general a la potasa como material absorbente. (Véase https://ntrs.nasa.gov/archive/nasa/casi.ntrs.nasa.gov/20050210002.pdf.) <<

[19] El narrador ha omitido ciertos detalles aquí: los *Unterseeboote* de la época contaban por lo general con dos sistemas de propulsión distintos: motores de queroseno o diésel para el viaje en superficie y motores eléctricos para el subacuático. Había muy pocos submarinos diseñados con un único sistema de propulsión. Las baterías para los motores eléctricos (y las luces y otros sistemas) se cargaban gracias al funcionamiento de los generadores de queroseno y diésel en la superficie, por lo que, incluso en caso de que los motores de superficie resultaran dañados, los motores eléctricos seguirían funcionando mientras quedara energía en las baterías. Así pues, si la nave realmente no podía desplazarse, el daño debía de haber afectado a los trenes de transmisión, o bien tanto a los motores diésel como a los eléctricos. Para «hacer subir y bajar» la nave se habrían llenado o vaciado los tanques de lastre, que se controlaban mediante los motores eléctricos. (De nuevo, véase E. Rössler. *op. cit.*). <<

[20] El reino de Prusia dominaba la confederación alemana, y sus *Junkers*, la nobleza terrateniente, se habían convertido *de facto* en la clase gobernante del Imperio. Aunque Renania —las regiones a ambos lados del Rin— estaba bajo el control de Prusia, los renanos no eran «auténticos» prusianos; de ahí el comentario despreciativo del narrador. <<

[21] La civilización perdida de la Atlántida era un tema popular en la época. En 1896 la Theosophical Publishing Society publicó el libro de 87 páginas *Historia de la Atlántida*. una obra de William Scott Elliot que se reeditaría en 1925 en una edición revisada que incluía también otro ensayo suyo. *El continente perdido de Lemuria* (1904). junto con seis mapas detallados de la configuración del mundo en diferentes eras. Véase la n. 16 de «La llamada de Cthulhu», pp. 142-182, en el volumen anterior. <<

[22] H. P. L. explicó sus intenciones en una carta: «Mi ciudad submarina es obra del hombre; una reluciente metrópolis de nueva planta que en su día alzó sus cúpulas de cobre y columnatas de crisolita hacia radiantes soles atlantes. En mi ciudad moraban apuestos y barbados hombres nórdicos, que hablaban una retinada lengua parecida al griego; y la llama que observó Graf von Altberg-Ehrestein era un fuego sobrenatural encendido por unos espíritus con muchos milenios de antigüedad» (carta a Frank Belknap Long, 26 de enero de 1924. *Selected Letters*, vol. I. p. 287). <<

[1] Este relato, escrito en noviembre de 1920, no se publicó hasta dos años después. en *The Rainbow* 2 (mayo 1922), pp. 10-12, la revista *amateur* de Sonia Greene, quien más tarde se convertiría en la esposa de H. P. L. La historia se reeditaría en *Weird Tales* 34, I (junio-julio 1939), pp. 129-132. <<

[2] Este valle es mencionado de nuevo en *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*, pp. 419-550, más adelante. <<

[3] Este monte también aparece mencionado en *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*. <<

[4] *Sueños de Einstein* (1992) es una encantadora novela de Alan Lightman que explora la idea de que el tiempo podría funcionar de manera distinta en otras realidades diferentes a la nuestra (algo que concuerda con la teoría de la relatividad especial de Einstein). No hay duda de que H. P. L. leyó los primeros trabajos de Einstein y tuvo dificultades, como muchos otros, para entender sus teorías. En «Hipno», un relato escrito en 1922. H. P. L. alude de manera explícita a la teoría de Einstein de que «todo el tiempo y el espacio son relativos». <<

[5] Un gran mar de las Tierras del Sueño, por el cual Randolph Carter navega durante 22 días (en *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*). <<

[6] Mencionada también en *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*. <<

[7] La construcción que ve Kuranes recuerda mucho a la Gran Muralla china (cuya altura media, no obstante, es solamente de unos 7 m). Con una longitud de unos 8.850 km. no cabe duda de que es posible describir la Cuan Muralla como «demasiado gigantesca para haber sido erigida por manos humanas», y durante mucho tiempo ha habido especulaciones (desprovistas de lodo fundamento) de que en su construcción pudieron tomar parte alienígenas. Por desgracia, su historia está hoy bien documentada, y la muralla constituye un testimonio del implacable sacrificio de miles de soldados, campesinos y rebeldes a manos de diversos gobernantes.



La Gran Muralla china, *ca.* 1907.

<<

[8] Esta es la primera mención de la tierra de Leng por parte de Lovecraft, aunque en *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath* aparece como una región de las Tierras del Sueño. En «El sabueso» (pp. 108- 118 del volumen anterior), escrito en octubre de 1922. Leng aparece descrita como parte de «Asia central»; en la novela *En las montañas de la locura*, el narrador dice que Leng. la tierra «más infinitamente antigua» de todas, una «legendaria y terrible meseta», era de manera bastante probable la altísima cordillera descubierta por el equipo de la Universidad Miskatonic (la primera mención del río Miskatonic y de su valle y alrededores tiene lugar en «El grabado de la casa», incluido en el volumen anterior, pp. 39-50). <<

[9] El libro de Fitz Hugh Ludlow *The Hasheesh Eater: Being Passages from the Life of a Pythagorean*, Nueva York. Harper & Bros., 1857, más incluso que la obra de Thomas De Quincey *Confessions of an English Opium-Eater*, Londres. Taylor and Hessey, 1821 [ed. cast.: *Confesiones de un inglés comedor de opio*, Madrid. Alianza Editorial. 2018], de la cual Ludlow se reconoció deudor, describía para el gran público los tormentos y éxtasis ocasionados por esta droga y la adicción a ella. «Mi senda vital […] -decía en su libro- ha discurrido no obstante por reinos tan maravillosos, poco frecuentados y extraños como [los del propio De Quincey], y conduce fuera de los caminos trillados de la mente a aquellos que la siguen» (F. H. Ludlow, *op. cit.*, p. v). El libro tuvo muchas reediciones y fue redescubierto en la década de 1960. El hachís se vendía con total libertad en el siglo XIX. había cientos de «salones de hachís» [*N. del T.:* fumaderos] en Nueva York, Chicago y Boston. y la droga se ofrecía a los turistas en la Exposición Universal de Filadelfia de 1876 que celebraba el centenario de la independencia de los EEUU. Habría que esperar a 1906 para que el gobierno federal le diese la consideración de sustancia nociva para la salud (junto con la marihuana). La venta de marihuana para consumo privado fue prohibida a todos los efectos con la aprobación de la Ley del Impuesto sobre la Marihuana de 1937, promovida por William Randolph Hearst y otros, aparentemente por motivos morales. Algunos historiadores plantean, sin embargo, que es más probable que la oposición de Hearst tuviera como origen su deseo de acabar con el cultivo de cáñamo. el cual representaba una amenaza para el éxito del náilon, otro producto en el que Hearst y otros hombres de negocios habían invertido mucho dinero. Véase R. J. Bonnie y C. H. Whitebread. *The Marihuana Conviction: A History of Marihuana Prohibition in the United States*. Richmond, University Press of Virginia, 1974; el libro se reeditaría posteriormente como *The Marijuana Conviction: The History of Marijuana Prohibition in the United States*, Nueva York, Lindesmith Center Drug Policy Classic, 1999. <<

[10] Los seres que aparecen en el relato de 1919 «Al otro lado de la barrera del sueño». en el volumen anterior, pp. 20-33, no son descritos explícitamente como gases, pero sí parecen carecer de forma corpórea. Un gas inteligente llega a la tierra en «El color que cayó del cielo», otro relato también incluido en el volumen anterior, pp. 359-397, y escrito mucho más tarde, en marzo de 1927. <<

[11] Geoffrey Chaucer, el gran poeta inglés de la Edad Media, vivió *ca.* 1343-1400. <<

[12] Nótese que esta Innsmouth se encuentra en Inglaterra, a las afueras de Londres; en historias posteriores se presenta otra localidad con el mismo nombre situada en Nueva Inglaterra. Por supuesto. era corriente que las poblaciones del Nuevo Mundo adoptaran el mismo nombre que otras de la madre patria (a menudo con el adjetivo «Nuevo/a» delante, como sucede en «Nueva Inglaterra»); no obstante lo cual, esta Innsmouth no figura en ningún índice geográfico de la época. <<

[13] En *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*, Kuranes se refiere a esta mansión como el lugar «donde había nacido y donde trece generaciones de sus antepasados habían visto la luz». Podemos identificar a Kuranes. pues, como un Trevor, una familia provista de una buena representación entre los linajes nobles de Inglaterra (si bien el título de Barón Trevor no fue creado hasta el año 1880). <<

[1] Esta historia, escrita en noviembre de 1920, no salió a la luz hasta que apareció en *Fantasy Fan* I, 10 (junio 1934), pp. 147-151, 160; se reeditaría posteriormente en *Weird Tales* 31, 2 (febrero 1938), pp. 227-231. <<

[2] Una calle de Providence. En *El caso de Charles Dexter Ward*, en el volumen anterior, pp. 198-358, a Ward le encanta pasear por «la elegante zona sur [de Providence] de las calles George, Benevolent, Power y Williams, donde la añeja ladera conserva inalteradas las magníficas pro piedades y los retazos de jardines vallados y de verdes y estrechas costanas en los que perduran tantos recuerdos fragantes» (p. 212). <<

[3] La idea de que el universo posee características o elementos (como los rayos cósmicos, por ejemplo) que son imperceptibles para los cinco sentidos humanos se expone de manera bastante detallada en el libro de Hugh Elliot *Modern Science and Materialism*, Londres, Longmans, Green and Co., 1919, una obra con la cual Lovecraft estaba familiarizado, según cree S. T. Joshi. Véase S. T. Joshi, *I Am Providence: The Life and Times of H. P. Lovecraft*, Nueva York, Hippocampus Press, 2010, pp. 317-319. <<

[4] Una pequeña glándula endocrina situada en el mesencéfalo. Debido a su ubicación en la región más profunda del cerebro. se le ha atribuido desde hace mucho tiempo una importancia metafísica o mística. René Descartes, por ejemplo, consideraba que la glándula pineal era el lugar donde residía realmente el alma humana, conjeturando asimismo que los pensamientos se originaban en ella. No obstante, la única función que parece tener es producir melatonina, una hormona que resulta fundamental para la regulación del sueño. <<

[5] Un «advenedizo» [*N. del T.: parvenu*, en el original] es una persona que ha alcanzado, en este caso, un cierto reconocimiento o fama, pero que no ha conseguido la respetabilidad ni la clase normalmente asociadas a tal condición. Lo que Tillinghast está diciendo aquí es que los endocrinólogos (y los freudianos) saben en realidad menos de lo que la gente cree. Esta frase no aparece en el manuscrito de la historia; sólo está en las versiones publicadas. <<

[6] Esta referencia a un atraco tampoco aparece en el manuscrito de la historia, sólo en las versiones publicadas. S. T. Joshi comenta (en *The Dreams in the Witch House and Other Weird Stories*, Nueva York, Penguin, 2004, p. 404, n. 7) que «no está claro» si la referencia constituye un indicio de que Lovecraft hubiera sufrido personalmente un atraco, pero sí está claro que pasaba a menudo por barrios de mala reputación de East Providence cuando iba andando a visitar a sus amigos C. M. Eddy y Muriel Eddy (a los cuales conoció en 1923). Lovecraft era dueño de varios rifles y pistolas en torno al año 1905 (cuando era el armado líder quinceañero de la Agencia de Detectives de Providence), pero al parecer se deshizo de ellas en algún momento de esa misma década, y no hay constancia de que conservara ninguna en el momento de escribir este relato. <<

[7] La idea de que los ángeles y demonios flotaban invisibles en el aire alrededor de los hombres no era nueva, Peter Dendle explica:

> La demonología de los primeros siglos d.C. se ha conservado en un conjunto considerablemente amplio de fuentes filosóficas, literarias y religiosas que reflejan la interacción de numerosas culturas y tradiciones por todo el Imperio romano y Oriente Próximo. Un supuesto común a muchos de los sistemas cosmológicos descritos, o uno que se halla implícito en ellos, es que el universo está tan poblado por entes espirituales como lo está por entes físicos, y que la naturaleza aborrece por igual el vacío en un reino y en el otro. […] Véase lo que dice el pío abad del siglo XVIII Richalm von Schöntal, cuya santidad le proporciona una percepción aumentada que le permite ver lo que el común de los mortales no puede: «Flotan en el aire como motas en un rayo de sol; están diseminados por todas partes como el polvo; se abaten sobre nosotros como la lluvia; sus legiones llenan el mundo entero; el aire que nos rodea, todo él, en verdad, no es otra cosa que una densa masa de demonios» («Patristic Demonology and Lovecraft's "From Beyond"», *Journal of the Fantastic in the Arts* 8, 3 11997), pp. 282, 284).

El escritor fantástico irlandés Joseph Sheridan Le Fanu incluyó también esta idea en historias como «Té verde» o «El familiar» (ambas aparecidas en su libro *In a Glass Darkly* [1872]). <<

[1] «*Ex oblivione*» fue escrito en 1920 o 1921, y se publicó por primera vez en *The United Amateur* 20, 4 (marzo 1921), pp. 59-60. El título en latín significa literalmente «desde el olvido», pero su sentido aquí es el de «desaparecido y olvidado». <<

[2] «La imagen del muro es una paradoja —afirma Robert H. Waugh en "Documents, Creatures, and History in H. P. Lovecraft", *Lovecraft Studies* 25 (otoño 1991), pp. 2-10—, Normalmente la relevancia de un muro radica en que nos separa de algo concreto situado al otro lado; la mayoría de las veces se construye porque alguien quiere ir más allá de él. […] Pero un muro que no tiene estructura […] interminable, que se extiende sin fin sin tocarse por los extremos, no tiene nada al otro lado y. a diferencia de un muro real, no define un interior y un exterior. […] Al vernos delante de un muro así, no sabemos si nos encontramos dentro o fuera, ni si queremos escapar o entrar» (*ibid*, p. 3). <<

[1] «La búsqueda de Iranon» fue escrito el 28 de febrero de 1921. y publicado por fin en *Galleon* 1, 5 (julio-agosto 1935), pp. 12-20; se reeditaría en *Weird Tales* 33, 3 (marzo 1939), pp, 125-129. <<

[2] De aspecto transparente o translúcido como el vidrio. [*N. del T.: hyaline*, en el original. Tanto este vocablo anglosajón como su equivalente español provienen del latín *hyalinus*, palabra que se deriva a su vez del griego *ὑάλινος*, *hyálinos*, «de cristal». En español el término se emplea casi de manera exclusiva en los campos de la biología y la geología, en referencia a ciertos tejidos o minerales, mientras que en inglés, pese a tratarse de un arcaísmo, parece tener un ámbito de aplicación más general.] <<

[3] La ciudad de Atenas estuvo gobernada por nueve magistrados conocidos como «arcontes», título que era hereditario. Según parece, Teloth está regida por un arcontado. <<

[4] En el léxico de la Antigua Roma, un *lustrum* [*N. del T.:* término del que proviene la palabra española «lustro») era un periodo de cinco años y el inten alo entre la realización de un censo y el siguiente: así pues, una persona podía viajar durante cinco años sin ser adscrita a otra población distinta. La palabra hacía referencia asimismo a un sacrificio y ceremonia que se llevaba a cabo al término de cada censo para celebrar la limpieza de la ciudad. Véase *Ancient Rome: An Anthology of Sources*, ed. trad, e introd, de C. Francese y R. Scott. Indianápolis (Indiana), Hackett, 2014. <<

[5] Véase «La maldición que cayó sobre Sarnath», pp. 35-43, más atrás. <<

[6] Olathoë y Lomar aparecen por primera vez en «Polaris», pp. 18-23, más atrás. <<

[7] Mencionado anteriormente en «La maldición que cayó sobre Sarnath». <<

[8] En *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath* se dice que el lago Yath se encuentra en la gran isla de Oriab. <<

[9] ¿Por qué envejece de repente Iranon? Brian Humphreys, en «Who or What Was Iranon?», *Lovecraft Studies* 25 (otoño 1991), pp. 10-13, sostiene que el «mundo antiguo» mencionado aquí es el mundo de los Grandes Dioses, y que la aparente juventud de Iranon es consecuencia de un parentesco lejano con ellos. Esta relación se ve corroborada por los rezos del anciano que lo escuchó cantar y por la «aureola» que apareció sobre la cabeza del aedo. Su ascendencia —arguye Humphreys— explica el de otro modo inexplicable «envejecimiento instantáneo» de Iranon cuando descubre la verdad sobre sus orígenes (*ibid*., p. 12). <<

[1] Este relato, escrito en el verano de 1921, se publicó por primera vez, en *Weird Tales* 7, 4 (abril 1926), pp. 449-453. <<

[2] Véase, por ejemplo, el innovador artículo de Dirk W. Mosig «An Analytical Interpretation: The Outsider, Allegory of the Psyche». Mosig defendía una visión jungiana de la obra de Lovecraft («Toward a Greater Appreciation of H. P. Lovecraft: The Analytic Approach», *The Miskatonic*, EOD 1 [junio 1973]; reeditado en *The Miskatonic: Lovecraft Centenary Edition*, Glenview [Illinois], The Moshassuck Press, 1991, pp. 2-14, y en *Mosig at Last:* A *Psvchologist Looks at H. P. Lovecraft*, West Wanvick [Rhode Island], Necronomicon Press, 1997, pp. 35-42). <<

[3] La cita está sacada de la estrofa final de «La víspera de santa Inés» de John Keats (versos 372-375), publicado por primera vez en *Lamia, Isabella, The Eve of St. Agnes, and Other Poems* (1820). William Fulwiler, en «Reflections on "The Outsider"», *Lovecraft Studies* 1, 2 (primavera 1980), pp. 3-4, sostiene que el propósito del epígrafe es transmitir al lector que lo que se narra a continuación es un sueño. Cómo explicar si no, argumenta Fulwiler, las siguientes preguntas sin respuesta: «¿Por qué perdió el extraño la memoria? ¿Cómo resucitó? ¿Cómo acabó viviendo en un castillo situado en una caverna subterránea y provisto de una completa biblioteca? ¿Cómo es posible que la caverna estuviera iluminada? ¿Por qué tuvo que irse el extraño hasta Egipto para encontrar tumbas que frecuentar?» (*ibid*., p. 3). <<

[4] A Mollie Burleson le parece que estos comentarios podría hacerlos «tanto un gótico como una mujer de nuestra época», por lo cual concluye que el narrador es «una mujer: una extraña en un mundo dominado por los hombres» («The Outsider: A Woman?», *Lovecraft Studies* 22/23 [otoño 1990], pp. 22-23.) <<

[5] ¿Quién enseñó a leer al narrador? De manera similar, la criatura del *Frankenstein* de Mary Shelley adquiere la habilidad sin necesitar un maestro. Véase *The New Annotated Frankenstein*, Nueva York, Liveright, 2017, p. 157, n. 5 [ed. cast.: *Frankenstein anotado,* Madrid, Akal, 2018, p. 165, n. 5], obra de la cual soy editor, para hallar un análisis sobre la imposibilidad casi absoluta de tal logro. «De hecho —señala Forrest Jackson, en "The Reflection of Narcissus: And How It Applies to Shelley's *Frankenstein* and Lovecraft's 'The Outsider' ", *Crypt of Cthulhu* 13. 3 (Lammas 1994), pp. 9-13—, ello demuestra en parte que para Lovecraft y su personaje la lectura posee un valor objetivo que excluye la necesidad de experiencia» (*ibid*., p. 12). Jackson observa que Peter Cannon. en *H. P. Lovecraft*, Boston, Twayne Publishers, 1989, «cita el pasaje como "una rara admisión de que el aprendizaje a través de los libros tiene sus limitaciones"» (*ibid*., p. 47). <<

[6] S. T. Joshi afirma en *H P. Lovecraft: Decline of the West*, Berkeley Heights (Nueva Jersey), Wildside Press, 1990, p. 120, que estas personas son los descendientes del narrador. <<

[7] Un fantasma o espectro. <<

[8] Apenas cabe dudar —sostiene Paul Monteleone, en «The Inner Significance of “The Outsider”», *Lovecraft Studies* 35 (otoño 1996), pp. 9-21 — de que la figura que recibe aquí al narrador es un cadáver. Con esa revelación, el extraño, que busca una vuelta a la vida y al paso del tiempo, se da cuenta entonces de que detrás de toda vida se esconde «un simple cadáver, un extenso montón de polvo que sueña con el eterno mundo doliente. Esta es su significación íntima; él es la significación íntima de lodo» (*ibid*., p. 21). <<

[9] [*N. del T.: ghouls*, en el original («gules» o «demonios necrófagos»)] La primera referencia de H. P. L., a los *ghouls* en su narrativa fue en 1921 (también aparecen mencionados [*N. del T:* simplemente como «demonios»] en «La ciudad sin nombre», en el volumen anterior, pp. 92-107). Will Murray sostiene, en «Lovecraft's Ghouls», *Crypt of Cthulhu* 14 (víspera de San Juan 1983). pp. 8-9, 27, que H. P. L. no sólo se inspiró en las raíces persas de la palabra (véase la n. 5 de «El modelo de Pickman», más adelante), sino que también basó su concepto de los gules en el mito de Anubis, el dios egipcio con cabeza de chacal que hace de guardián de los muertos (*ibid*., p. 9). <<

[10] Una droga legendaria que hacía olvidar. <<

[11] Nefrén-Ka aparece mencionado también en *El caso de Charles Dexter Ward*, escrito entre enero y marzo de 1927, y «El morador de las tinieblas», escrito en noviembre de 1935. Véase el volumen anterior, pp. 198-358, 912-941. <<

[12] Hadoth aparece también en *El caso de Charles Dexter Ward*. <<

[13] Nitocris, supuestamente la última gobernante de la sexta dinastía de Egipto (2345-2180 a.C.). es recordada por haber invitado a todos sus enemigos a un banquete en un templo bajo el Nilo y haberlo preparado todo para que se ahogaran. Heródoto menciona este episodio en *Los nueve libros de la Historia*, vol. 2, 100. Nitocris aparece asimismo en los escritos del sacerdote e importante historiador Manetón (305-285 a.C.), quien en su *Historia de Egipto* hizo una crónica del reinado de los faraones de Egipto durante un periodo de casi 3.000 años (del 3100 a.C. al 343 a.C.); no obstante, la autenticidad de la figura de esta reina es incierta. Si bien H. P. L. conocía al parecer el relato de Heródoto acerca de Nitocris, es probable que tomara mayor conciencia del personaje cuando escuchó a Lord Dunsany hacer una lectura de su obra teatral *Los enemigos de la reina* (carta a Reinhardt Kleiner, 9 de noviembre de 1919, *Selected Letters*, vol. I, pp. 91-92). <<

[14] El descubrimiento de la imagen reflejada recuerda al cuento de Edgar Allan Poe «William Wilson» (1839), con el que H. P. L. estaba ciertamente familiarizado, y al poema de Alfred de Musset «Noche de diciembre» (1835), descrito como «un diálogo entre el autor y su doble» (y parte del ciclo de cuatro poemas titulado *Noches*). La escena evoca también a grandes rasgos, y en ciertos aspectos, los temas centrales de *El extraño caso del Dr Jekyll* y *Mr. Hyde* (1886) de Robert Louis Stevenson y *El retrato de Dorian Gray* (1891) de Oscar Wilde. ambos parte de la biblioteca de H. P. L., George T. Wetzel, «The Chtulhu Mythos: A Study», en S. T. Joshi (ed.), *H. P. Lovecraft: Four Decades of Criticism*, Athens, Ohio University Press, 1980. pp. 79-95. señala el paralelismo existente con una historia de Nathaniel Hawthorne («Fragmente from the Journal of a Solitary Man», en *The Dolliver Romance and Other Pieces*, Boston, James R. Osgood & Co., 1876) en la que aparece el siguiente pasaje:

> Soñé que estaba paseando por Broadway una mañana de sol radiante, buscando solaz en la amena y bulliciosa vida de esa famosísima avenida. […] Me encontré en medio de esta animada escena con una vaga y confusa idea de que aquel no era el lugar donde me correspondía estar, o de que me había atrevido a salir a la concurrida calle con alguna peculiaridad en mi atuendo o aspecto que me ponía en ridículo. […] Todos los rostros palidecían; las risas se interrumpían […] y los transeúntes huían por doquier como si yo fuese la pestilencia personificada. […]
>
> No di un solo paso más, y lancé una mirada a un espejo que se encontraba en el interior de la tienda más cercana, al fondo del todo. Nada más ver mi propia figura me desperté, con una horrible sensación de terror y aversión hacia mí mismo. […] ¡Había estado paseando por Broadway envuelto en un sudario! <<

Forrest Jackson (véase la n. 5, anteriormente) observa que el narrador de «El extraño», tal como le ocurre a la criatura del *Frankenstein* de Mary Shelley cuando ve en un charco que es un monstruo, queda desolado al contemplar su reflejo. Ambas visiones son consecuencia del hecho de haber estado en compañía de seres humanos normales. «Al final —escribe Jackson—, una vez la monstruosidad ha quedado establecida por el proceso de socialización, sólo

el suicidio o el nepente puede acabar con la imagen del doble y con la locura que esta provoca» (F. Jackson, *op. cit.*, p. 12). <<

[1] Esta historia, escrita probablemente el 14 de agosto de 1921, apareció publicada por primera vez en *Fantasy Fan* 1, 3 (noviembre 1933), pp. 35-38, y se reeditó en *Weird Tales* 32, 4 (octubre 1938), pp. 489-492. <<

[2] Ngranek y la «efigie esculpida» desempeñan un importante papel en *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*, pp. 419-550, más adelante. <<

[3] Robert M. Price plantea en «Two Biblical Curiosities in Lovecraft», *Lovecraft Studies* 7, I (primavera 1988), pp. 12-13. 18. que es posible que Kadath tomara su nombre del «Kadesh» bíblico (Números 13, 26) [*N. del T:* Cades, en español]. William Neff señala también esta identificación en una carta enviada a *Lovecraft Studies* 22/23 (otoño 1990), pp. 66-67. en la cual explica que Cades era «la ciudad condenada de la historia egipcia; la urbe más septentrional del Imperio egipcio (en su periodo de mayor extensión). Estaba fuertemente fortificada y guarnecida (una "ciudad de carros de guerra"). […] Cades fue destruida por orden del faraón-guerrero Tutmosis III al haberse rebelado contra él, y reconstruida posteriormente y destruida una segunda vez por una flota de piratas bárbaros en torno al 1200 a.C.» (*ibid*., p. 67). <<

[4] Un nombre aparentemente ficticio: la palabra significa «departamento» o «sector» en lengua tamil. <<

[5] Lerion es el nombre de la tierra donde nace el río Skai, según se revela en *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*. También es una danza típica de las fiestas populares en Filipinas. <<

[6] El pueblo de Ulthar es mencionado en «Los galos de Ulthar», pp. 49-53, anteriormente. <<

[7] «Libros de la Tierra», en otras versiones del relato, en vez de «libros de Hsan». Estos volúmenes vuelven a aparecer en *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath.* <<

[8] Véase «Polaris», pp. 18-23, anteriormente, para hallar la primera mención de la tierra de Lomar y los Manuscritos Pnakóticos. <<

[9] Véase «Los gatos de Ulthar». <<

[10] Atal aparece como un niño en «Los gatos de Ulthar», y, en *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*, es un barbudo patriarca del Templo de los Viejos Dioses, con trescientos años de edad y «una mente y una memoria aún muy agudas». <<

[11] La festividad de San Juan Bautista, celebrada tradicionalmente el 23 de junio, seis meses antes de Navidad. <<

[12] Un conde; *Landgraf*, en alemán. <<

[13] Un eclipse lunar normal se produce cuando la Tierra se interpone entre el sol y la luna, de tal forma que la sombra de la primera (o su penumbra) se proyecta sobre la superficie de esta última. Los eclipses lunares se pueden predecir con absoluta precisión. Un eclipse lunar *impredecible* sólo puede ocurrir si un objeto *distinto a la Tierra* (y lo suficientemente grande como para proyectar una sombra visible desde ella) pasa entre el sol y la luna. En este caso, el eclipse «no vaticinado» podría deberse a que entre el sol y el luna se cruza la inmensa mole de un dios o de una nave de los dioses. <<

[14] Un río llameante de la mitología griega; uno de los cinco que hay en el inframundo, conocido también como Piriflegetonte. <<

[15] Kieran Setiya señala que «[estas] alusiones al menos empiezan a apuntar a los abismos del espacio exterior y a la insignificancia de la humanidad, temas que cristalizarían en los relatos de los Mitos propios de la carrera posterior de Lovecraft» (véase «Two Notes on Lovecraft», *Lovecraft Studies* 26 [primavera 1992], p. 15). <<

[1] Esta historia, escrita probablemente en diciembre de 1921, se publicó por primera vez en *National Amateur* 44, 4 (marzo 1922), pp. 38-40. Se reeditó en *Weird Tales* 5, 5 (mayo 1925), pp. 219-224, y de nuevo en *Weird Tales* 24, 5 (noviembre 1934), pp. 644-648, 655-656. En 1936, Lovecraft dijo que, de sus historias, era su segunda favorita (siendo la primera «El color que cayó del cielo», en el volumen anterior, pp. 359-397); no obstante, llegó a este veredicto «porque no es tan mala como la mayoría de las demás. Me gusta más por lo que *no* tiene que por lo que tiene» (carta a Wilfred Blanch Talman, 10 de noviembre de 1936, *Selected Letters*, vol. V, p. 348). <<

[2] Un nombre de calle que parece claramente francés, pero que no figura en ningún mapa. Donald R. Burleson afirma, en *H. P. Lovecraft:* A *Critical Study*, cit., que es posible traducirlo como «en el umbral», en el sentido de «en el umbral de enormes y terroríficas revelaciones» (*ibid*., p. 94, n. 26). Robert M. Price se inclina por pensar que el nombre de la calle constituye una referencia concreta a la ventana de Zann (R. M. Price. «Erich Zann and the Rue d'Auseil», *Lovecraft Studies* 22/23 [otoño 1990], p. 13). <<

[3] Por lo tanto -apunta Robert M. Price en «Erich Zann and the Rue d'Auseil», *cit.*-, «es como si la calle transportara al que la recorre a través del tiempo (al pasado), además de a través del espacio». <<

[4] La viola *da gamba* («viola de pierna»), pese a ser similar al violonchelo, tiene una caja de fondo plano y hombros caídos, aberturas acústicas («oídos») en forma de C y entre cinco y siete cuerdas. Era un instrumento popular en el Renacimiento y el Barroco, por lo que resulta poco probable que un músico lo tocara en una «orquestina de baja estofa» (aunque es posible que tocara el violín o el violonchelo en dicha orquesta y que tuviera la viola meramente para su disfrute personal). Aunque el narrador diga que el instrumento «chilla» o «chirría», los términos viola o *viol* [*N. del T:* siendo este último el empleado por Lovecraft en su texto original en inglés] nunca se han usado para referirse al violín, ni tampoco hay nada que indique que Zann sujetara el instrumento pegado a la barbilla. Hemos de aceptar, pues, que el instrumento que este tocaba para el narrador era realmente una viola *da gamba*, que mantenía guardada en una bolsa de tela en vez de en un estuche rígido. A pesar del exhaustivo inventario de la habitación de Zann por parte del narrador, la librería o algún armario debían de haber escondido otro instrumento, probablemente un violín.



Viola *da gamba*, Metropolitan Museum Art, CC-BY-S.A 1.0. <<

Blandot, quien identifica a Zann como «violagambista», es seguramente francés (una suposición que se ve confirmada por el nombre de la calle): en lengua francesa, «viola *da gamba*» se dice *viole*, y un violín es un *violon*. Así pues, no es posible atribuir el error en la identificación del instrumento, si lo hay, a diferencias idiomáticas. Cabe suponer que lo que Blandot pretendía transmitirle al narrador no era que Zann tocaba la viola *en la orquesta*, sino que lo hacía en casa. El sonido de la viola *da gamba* es bastante más grave que el del violín. [*N. del T.:* S. T. Joshi y David E. Schultz confirman en *An H. P. Lovecraft Encyclopedia*, Westport (Connecticut), Greenwood Press, 2001, p. 177, que Lovecraft tenía en mente al escribir el relato un instrumento de gran tamaño que se toca sujetándolo entre las piernas, ya que en una de sus cartas se refiere a Zann como un «chelista», es decir, un violonchelista]. <<

[5] ¿Implica esta afirmación -«que firmaba con el nombre de Erich Zann»- que ese no es su nombre real, sino un nombre artístico? Carl Buchanan señala, en su interpretación freudiana del relato, que «Erich» significa «rey» (en el origen escandinavo del nombre) y que «Zand» es «arena» en holandés, de tal modo que el nombre indica que el hombre es en realidad el Rey del Sueño [*N. del T:* en muchas culturas del norte y oeste de Europa, y de manera particular en las de origen anglosajón, el «arenero» *(Sandman)* es un personaje mitológico que hace dormir a los niños echándoles arena en los ojos; de ahí la identificación que hace Buchanan]. Véase C. Buchanan, «"The Music of Erich Zann': A Psychological Interpretation (or Two)», en S. Connors (ed.), *A Century Less a Dream: Selected Criticisnt on H. P. Lovecraft*, Holicong (Pensilvania), Wildside Press, 2002. p. 225. <<

[6] «Zann es incapaz de expresarse en términos de nuestro mundo», observa Roben M. Price en «Erich Zann and the Rue d'Auseil» (véase la n. 2, más atrás). Su francés es «deplorable», y su intento de comunicarse en alemán sale volando por la ventana a causa del misterioso viento. <<

[7] «Esta línea tiene un carácter claramente onírico y poético -afirma Robert E. Pierson-; ¿dónde flotamos y volamos sino en los sueños? Lovecraft nos está conduciendo forzosamente a un estado de confusión; un estado en el que el sueño y la realidad chocan entre sí y luego se funden extrañamente» (véase R. E. Pierson, «High House. Shunned House and a Silver Key». *Nyctalops* 3, 2 [marzo 1981], p. 6). <<

[1] «El terror acechante», un relato escrito en noviembre de 1922, salió a la luz por entregas en *Home Brew* 2, 6 (enero 1923), pp. 4-10: 3, 1 (febrero 1923), pp. 18-23; 3, 2 (marzo 1923), pp. 31-37, 44, 48; y 3, 3 (abril 1923), pp. 35-42, con ilustraciones de Clark Ashton Smith. H. P. L. ya había escrito para *Home Brew* en 1922 la historia «Herbert West, reanimador» (incluida en el volumen anterior, pp. 45-79). La publicación, que tenía como editores a «El señor George Julian Houtain y su esposa», se anunciaba como «La revista de bolsillo más entretenida del país» y ofrecía «historias con garra; humor cáustico; cotilleos jugosos». El relato se reeditaría posteriormente en *Weird Tales* 11, 6 (junio 1928), pp. 791-804.



Cubierta de la revista *Home Brew* (enero 1923).

<<

[2] Véase «Al otro lado de la barrera del sueño», en el volumen anterior, pp. 20-33. <<

[3] Hay una montaña llamada Tempest Mountain en el estado de Montana (al este de Granite Peak), y el punto más alto de la isla Moreton, en Queensland, frente a la costa este de Australia, se llama Mount Tempest, lugar que aparece descrito en las guías de viajes del país corno «la duna estabilizada más alta del mundo». También hay un pico llamado Mount Tempest en Irlanda. Así y todo, no hay constancia de que exista ningún monte con ese nombre en las Catskill. David Haden, en «The Annotated "The Lurking Fear"» (*Lovecraft in Historical Context: A Fifth Collection.* autoeditado, 2014, p. 46. n. 18), plantea que podría tratarse de una versión camuflada de Tremper Mountain, una montaña en el centro de las Catskill, al pie de la cual hay una pequeña población que se llamó originalmente Ladew Corners. <<

[4] Las lámparas de carburo o acetileno funcionaban con acetileno un gas generado por la reacción química entre el carburo de calcio (CaC_2) y el agua. Estas lámparas, utilizadas [*N. del T.:* a modo de faros] en los coches de caballos victoria- nos, en trenes y en los primeros automóviles Ford Modelo T, se vendían como aparatos de uso doméstico hasta que la iluminación eléctrica ocupó su lugar en todas partes. A principios del siglo XX se utilizaban linternas de carburo o acetileno en el interior de las minas, constituyendo normalmente la única fuente de luz en sus galerías. <<

[5] Las fulguritas, a las cuales se describe acertadamente como «rayos petrificados» (*fulgur* significa «rayo» en latín), son tubos de sílice vitrificado (SiO_2) que se producen cuando un rayo cae en depósitos minerales como arenas ricas en sílice o suelos con una alta concentración de carbonates. Estas rocas subterráneas, que recuerdan a raíces de árboles, no tienen ninguna utilidad práctica, más allá de constituir pruebas materiales de la caída de un rayo.



Lámpara de carburo o acetileno.

Fotografía de SCEhardt, dominio público.

<<

[6] En su artículo «The Annotated “The Lurking Fear”» (véase la n. 3, anteriormente). Haden plantea una posible relación con las leyendas de los gnomos de las Catskill, unos seres que fabricaban una bebida que hinchaba la cabeza de todo aquel que la ingería (véase C. M. Skinner, *Myths and Legends of Our Own Land*, Nueva York y Filadelfia, J. B. Lippincott & Co., [4]1896, un libro conocido por H. P. L.). <<

[7] Véase la n. 5 de «Al otro lado de la barrera del sueño», en el volumen anterior, pp. 20-33, para leer un breve análisis de la extendida opinión de que los residentes de las Catskill eran gente «degenerada». <<

[8] Esta afección se conoce como heterocromía. David Haden dice de ella que es «una manifestación visual de algún tipo de hibridación abominable oculta en el pasado remoto del linaje de los Martense» (D. Haden, *op. cit*., p. 46, n. 18). Es probable que Lovecraft llegase a conocer este apellido familiar gracias a su vasto conocimiento de la Guerra de Independencia estadounidense. Los Martcense (en cuyo árbol genealógico figuraban unos tales Jan y Gerrit Martense) eran unos importantes terratenientes de Brooklyn. Martense Lane (hoy llamada Border Avenue) fue la ruta de ataque que tomó el general británico James Grant en la batalla de Brooklyn de 1776, la primera gran batalla de la Guerra de Independencia. Esta calle se menciona en «El horror de Red Hook», pp. 316-351, más adelante. <<

[9] En 1660, con sólo diez o quince años de edad, Leffert Pietersen van Haughwout emigró desde Holanda hasta Flatbush, una población que entonces formaba parte de Long Island y era conocida como Midwout o Vlacke Bos, nombre este último que en holandés quiere decir «llanura boscosa». Van Haughwout pasó a engrosar las filas de los influyentes colonos holandeses ya establecidos en Nueva York, y, llegado el siglo XVIII. los descendientes del emigrante habían tomado su nombre de pila y lo habían transformado en el apellido familiar. Si bien no hay constancia de ninguna localidad llamada «Lefferts Corner» en las Catskill, en Long Island o en Brooklyn (el distrito neoyorquino del cual Flatbush forma parte hoy), existe un museo dedicado a la familia en Flatbush Avenue: el Lefferts Historie House, hogar en su día de uno de los 14 hijos que tuvo Van Haughwout. La Sociedad Histórica de Brooklyn alberga los papeles de la familia Lefferts, entre los cuales hay documentos de hasta diez años antes de la llegada de Van Haughwout a Nueva York. El barrio residencial de Prospect-Lefferts Gardens, en Brooklyn, está situado en unos terrenos que fueron propiedad en su día de la familia Lefferts. <<

[10] La parábola del hijo pródigo, narrada por Jesucristo en uno de los cuatro evangelios (Lucas 15, 11-32), ensalza el regreso de un joven que. tras haber llevado una vida de despilfarro y haber dilapidado su herencia, se arrepiente y es loado por su padre, hecho que indigna a su trabajador hermano. <<

[11] En el clásico relato de Edith Hamilton, Carente es «un anciano barquero [que] transporta las almas de los muertos hasta la otra orilla [*N. del T:* del río Aqueronte], donde se levantan las adamantinas puertas del Tártaro», el nivel más profundo del inframundo (E. Hamilton, *Mythology: Timeless Tales of Gods and Heroes*, Boston, Little, Brown and Co./Back Bay Books, 1998, p. 43). Cinco ríos separan la tierra de los vivos de la de los muertos: Aqueronte, el río de la aflicción; Cocito (lamentación), el anteriormente mencionado Flegetonte (véase la n. 14 de «Los otros dioses», pp. 134-140, anteriormente), Estigia (el juramento de los dioses) y Lete (olvido).

En «Sombra: una parábola» (1835), Poe habla de «el infecto canal caróntico [que bordea] esas oscuras llanuras del Elíseo». Se dice que el escritor descubrió la palabra «caróntico» en el libro de Jacob Bryant *A New System; or, an Analysis of Ancient Mythology* (1806), obra en la que se cuenta que Estrabón y Plinio empleaban el término para describir cuevas y manantiales que eran fétidos, ponzoñosos o hirvientes; por consiguiente, «caróntico» significa «infernal» en este contexto. Si bien en la *Historia Natural* de Plinio no se ha encontrado ninguna mención semejante, la traducción que Horace Leonard Jones (1879-1954) hizo del decimoséptimo volumen de la *Geografía* de Estrabón (Strabo, *Geography*, Cambridge [Massachussetts], Harvard University Press, Loeb Classical Library, 1923) contiene referencias a neblinosos *plutonio* (plutonios) y a dos *chamnia* (¿carontios?) (*plutonia y charonia* son los plurales de *plutonium* y *eharonium*). Jones señala: «Los *plutonia* eran recintos en los que brotaban emanaciones mefíticas del subsuelo, y recibían ese nombre porque se creía que eran entradas al inframundo. La cueva en sí, dentro del *Plutonium*, se llamaba *Charonium*» (libro 5, cap. 4, n. 317). <<

[12] Hay una Cone Mountain en Nuevo Hampshire, varias en Colorado y otra más cerca de Scottsdale, en Arizona, pero ninguna en Nueva York. Sí que existe, no obstante, un camino rural llamado Cone Moun tain Drive en el pueblo neoyorquino de Queensbury, al sur de Lake George (unos 160 km al norte de la localidad de Catskill). <<

[13] Según el escritor S. E. Dahlinger (en su correspondencia privada con un servidor), hay un asentamiento llamado Maple Hill dentro del término municipal de Rosendale, un pueblo situado al noroeste de New Paltz (Nueva York), en la carretera estatal 32. El asentamiento, no obstante, se encuentra a una altitud de sólo 61 m sobre el nivel del mar. <<

[14] Véase la n. 24 de «La ciudad sin nombre», en el volumen anterior, pp. 92-107, para hallar un apunte sobre el ángel o demonio Abadón. <<

[15] La actual Manhattan, la cual fue, hasta mediados del siglo XVII, el asentamiento neerlandés de Nueva Amsterdam. en la isla de Manhattan; isla que los neerlandeses compraron por 60 florines, unos mil dólares de hoy. Según sostiene el historiador del derecho de la Universidad de Virginia G. Edward White, la isla de Manhattan -de la cual se dijo durante dos siglos que había sido adquirida por una suma equivalente a 24 dólares- en realidad «no se "vendió", al menos no en el sentido inglés de transferir la nuda propiedad de lo vendido» (véase G. E. White, *Law in American History: Vol. I; From the Colonial Years Through the Civil War*, Nueva York, Oxford University Press. 2012, p. 35).

Lovecraft emplea aquí el antiguo nombre de la colonia: en septiembre de 1664 Nueva Amsterdam fue rebautizada como «Nueva York» en honor al duque de York (el rey Jacobo II de Inglaterra), siendo tomada para él por fuerzas británicas que se la arrebataron al entonces director general de la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales Peter Stuyvesant. Los ingleses se quedaron de manera definitiva con la colonia gracias a la firma del Tratado de Breda, cerrado el 31 de julio de 1667.



El «plano de Castello» de Nueva Ámsterdam (Nueva York), 1660.

<<

[16] La Convención de Albany fue un ente de gobierno civil y militar cuyos miembros (provenientes de la ciudad de Albany y del condado de Ulster) eran leales al rey Guillermo y a la reina María de Holanda y no apoyaron la rebelión de 1689-1691 liderada por Jacob Leisler, un adinerado mercader protestante de la ciudad de Nueva York que se opuso a la administración angloneerlandesa impuesta por Inglaterra tras la toma de Nueva Amsterdam. Leisler, quien se autodesignó vicegobernador de Nueva York en diciembre de 1689, fue ahorcado por cargos de traición en 1691. La rebelión de Leisler ha sido estudiada de manera exhaustiva, entre otras razones porque permite entrever las lealtades tanto religiosas como políticas de la época (durante una fase de la rebelión, por ejemplo, los puritanos de Long Island organizaron una marcha hacia la ciudad en señal de protesta). Para leer un meticuloso y fascinante estudio de esta batalla por Nueva York producida en el siglo XVII, incluyendo un análisis de la «Revolución Gloriosa» precedente que derrocó en 1688 al rey Jacobo II, véase S. Terry, «"[F]or King William and Queen Mary, for the Defence of the Protestant Religion and the Good of the Country", Leisler's Rebellion: A Study of Colonial New York and the Formation of Political and Religious Coalitions on the Frontier, 1620- 1691», tesina de fin de máster, Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY). 2013.

Con todo, teniendo en cuenta las fechas mencionadas en el texto (1754-1760). podemos determinar que el narrador se está refiriendo a otro ente político, el Congreso de Albany —al cual se conoce también, para mayor confusión, como la «Conferencia de Albany»—: una asamblea (convocada por la Cámara Británica de Comercio) que reunió a representantes de siete de las nueve colonias británicas de Norteamérica y de las seis naciones de la Confederación Iroquesa (las cuales se retiraron de ella al poco de iniciarse las reuniones), principalmente para discutir un plan de defensa contra los franceses. Benjamin Franklin fue uno de los asistentes (como delegado de Pensilvania) y presentó el Plan de Unión de Albany, el cual recogía principios que se verían posteriormente reflejados en la Constitución de los EEUU. El Plan de Albany comienza así: «Se propone que se lleve a cabo una humilde solicitud al Parlamento de Gran Bretaña para la elaboración de una ley, en virtud de la cual pueda instituirse en Norteamérica un gobierno general que incluya al conjunto de dichas colonias». El Congreso, celebrado en Albany

entre el 19 de junio y el 11 de julio de 1754, sirvió de modelo para otros dos posteriores: el Congreso sobre la Ley del Timbre de 1765 y el Primer Congreso Continental de 1774. los cuales tuvieron un importante papel en el proceso de independencia de los EEUU. <<

[17] Martense debió de luchar en la guerra francoindia de 1754-1763, la parte desarrollada en Norteamérica del conflicto mundial conocido como la Guerra de los Siete Años, la cual, a pesar de su nombre, enfrentaría principalmente a Francia e Inglaterra entre 1756 y 1763. Las colonias británicas de Norteamérica y las tribus nativas americanas leales a ellas combatieron contra Nueva Francia (Canadá, Acadia, Terranova y Luisiana) y otras tribus de nativos americanos leales a los franceses. <<

[18] En este contexto, el término «ciclópeo» alude a la terrible cólera de Polifemo, el cíclope al cual deja ciego Odiseo (tal como se cuenta en la *Odisea* de Homero). Véase también la n. 56 de «Bajo las pirámides», pp. 224-270, más adelante. <<

[19] Véase la n. 12, anteriormente. El río Aqueronte se menciona también en «El horror de Dunwich», en el volumen anterior, pp. 398-450. <<

[20] Este misterioso lugar no vuelve a aparecer en ninguna de las demás historias de H. P. L., ni tampoco figura en ninguna guía geográfica o fuente mitológica (aunque H. P. L. habla de «el valle de Nis» en su poema en prosa «Memoria», escrito en 1919). Es posible que Lovecraft sacara el nombre del poema de Poe «El valle Nis», rebautizado posteriormente como «El valle del desasosiego». Existe un debate entre los estudiosos sobre el sentido que Poe atribuía al citado nombre; uno de ellos propone que se trataba de una corrupción de la palabra gaélica *innis*, que quiere decir «isla», mientras que otro plantea que se basaba en la contracción anglosajona *n'is*, que significaba «no es» (esto es, la irrealidad). En el folclore escandinavo, un *nis* es un duende o espíritu amistoso. El gran especialista en Poe Thomas Mabbott señala: «Muchos lectores advienen que Nis es *sin* ["pecado', en inglés, escrito al revés» (E. A. Poe. *Complete Poems*, vol. 1 de *Complete Works*, T. O. Mabbott [ed.], Cambridge [Massachusetts], Harvard University Press, 1978, p. 194). <<

[21] [*N. del T:* perteneciente o relativo a la Arcadia; idílico, bucólico.] En la Antigüedad, la Arcadia era una región montañosa de Grecia, pero ha acabado por representar (o aludir a) cualquier paraíso bucólico. En sus Eglogas (37 a.C.), Virgilio dice que los arcadios eran «los únicos [dotados de] talento para el canto» (Egloga X). Se dice que la obra *Arcadia* (1504), una historia de amor no correspondido relatada en prosa y verso por el poeta renacentista Jacopo Sannazaro. tuvo al menos un centenar de reediciones a lo largo del siglo XVI: un mínimo de 11 al año; popularidad esta que heredaron las dos versiones de la *Arcadia* (I580-) de *sir* Philip Sidney. C. S. Lewis diría de esta última obra, en 1954, que la profundidad de sus personajes femeninos no fue igualada hasta la aparición de Shakespeare poco tiempo después. <<

[22] Esta visión es un reflejo de las ideas de Alfrcd Watkins, el principal adalid de la teoría de las *ley lines* (véase la n. 5 de «Las ratas de las paredes», pp. 192-223, más adelante). El conocimiento que H. P. L. tenía de las teorías de Watkins se analiza en D. Haden, *op. cit.*, pp. 74-75, n. 76 (véase la n. 3, anteriormente). <<

[23] Destellcante o relampagueante. [*N. del T.: fulgurous*, en el original.] *El libro de los condenados* (1919) de Charles Fort, con el cual H. P. L. quizás estuviese familiarizado (Fort y sus libros aparecen mencionados en «El que susurra en la oscuridad», en el volumen anterior, pp. 451- 530), cita a un tal Tallius que en un libro suyo de 1649, al describir las «piedras del rayo» -piedras caídas del cielo-, decía: «Los naturalistas afirman que se generan en el ciclo por la conglobación de un meteoro fucilante dentro de una nube a causa de la humedad circunfusa» (véase C. Fort. *The Book of the Damned* [1919], Nueva York, Cosimo Classics, 2004, p. 39). <<

[24] Y así, el narrador escapa inexplicablemente del horror por tercera vez. «¿Por qué motivo los Martense, quienes matan por pura maldad además de para alimentarse, le perdonarían una y otra vez la vida al narrador? —se pregunta Michael Cisco en “The Shadow over ‘The Lurking Fear’ ”, *Lovecraft Annual* 6 (2012), pp. 43-53—, ¿y qué razón podría haber para la “tensa y espeluznante pausa” […] o vacilación del ser Martense de la galería, salvo quizá que había reconocido al narrador, por algún indicio sutil, como un miembro de la familia?» (*ibid*., p. 44). Cisco llega a la conclusión de que H. P. L. pretendía dejar claro en un principio que existía una relación de parentesco, pero que abandonó la idea según fue avanzando la historia. <<

[1] Esta historia fue escrita en agosto o septiembre de 1923, y salió publicada en *Weird Tales* 3, 3 (marzo 1924), pp. 25-31. Tanto Gavin Callaghan como Robert H. Waugh señalan similitudes entre este relato y *El sabueso de los Baskerville* de Conan Doyle (escrito en 1901); véase G. Callaghan, «Elementary, My Dear Lovecraft: H. P. Lovecraft and Sherlock Holmes», *Lovecraft Annual* 6 (2012), pp. 198-228, y R. H. Waugh, «Lovecraft¯» Rats and Doyle's Hound: A Study in Reason and Madness», *Lovecraft Annual* 7 (2013), pp. 60-75. El propio H. P. L. llamaba a Poe «[su] Dios de la Narración», mientras que Doyle era su «modelo a seguir» (carta a Reinhardt Kleiner, 2 de febrero de 1916, *Selected Letters*, vol. I, pp. 20-211. <<

[2] Véase, por ejemplo. D. W. Mosig. «Toward a Greater Appreciation of H. P. Lovecraft: The Analytic Approach». cit. <<

[3] Carla a Frank Belknap Long. 8 de noviembre de 1923, en *Selected Letters*, vol. I, p. 259. <<

[4] No hay ningún lugar llamado Exham Priory en Inglaterra. En la localidad septentrional de Hexham, situada en la zona suroeste del condado de Northumberland, al oeste de Newcastle upon Tyne, hay una escuela llamada Hexham Priory School, así como una antigua abadía conocida como Hexham Abbey. Puede encontrarse una historia detallada de la región desde los tiempos de los primeros sajones en J. Rayne (ed.), *The Priory of Hexham: Title Deeds, Black Book. Etc.*, Londres, Durham, 1865; dos volúmenes paginados de principio a fin con números romanos, y con muchas partes en latín. Los anales del priorato, en el vol I, profusamente anotados por Raine, tratan desde epidemias (peste) entre el ganado local (pp. XCIX, IXIV *n.*) hasta la «lamentable imbecilidad» (p. XC) de al menos un monarca inglés en lo que se refiere a batallas, accidentes del terreno, castillos y vías lluviales («un regato llamado el arroyo Denises», p. XIII n.). <<

[5] La idea de que se han ido levantando importantes construcciones sagradas encima de otras previas en el mismo lugar a lo largo del tiempo, al menos en Inglaterra, parece haber tenido su origen en el libro del arqueólogo aficionado Alfred Watkins *Early British Trackways: Moats, Mounds, Camps, and Sites*, Hereford, The Watkins Meter Co.; y Londres, Simpkin, Marshall, Hamilton, Kent & Co., 1922. Watkins planteó que las «líneas de observación» o *leys* que caracterizaban muchos yacimientos arqueológicos importantes eran antiguas rulas ceremoniales o comerciales: «la línea de observación se llamaba *ley* o *lay* [*N. del T*: un término arcaico que significa "prado"]», una «realidad […] arraigada en la mente rural» (*ibid*., p. 12). Véase D. Haden, «"The Rats in the Walls": Otherness and British Culture», en *Lovecraft in Historical Context: Essays*, autoeditado, 2010, pp. 32-37. <<

[6] Rey de Inglaterra (1603-1625) y Escocia (1567-1625). <<

[7] De forma poco sorprendente, el título de «Exham» no aparece en la guía nobiliaria *Peerage, Baronetage and Knightage of Great Britain and Ireland* (en su edición de 1886). Esta guía fue creada originalmente por el periodista irlandés Charles Dod en 1841, y se publicó como un volumen anual incluso tras la muerte de Dod en 1855. <<

[8] En los archivos históricos de los EEUU no aparece ningún Delapore antes de finales del siglo XIX. Hubo uno en Boston en 1882, y en el censo de Nueva York de 1905 hay constancia de varios en Manhattan. Un tal José Delapore vivió en Los Ángeles en 1918. El apellido «De la Poer» parece ser un homenaje tanto a Edgar Allan Poe como a Sarah Helen (Power) Whitman (véase la n. 2 de «La casa evitada», pp. 271-315, más adelante). El libro de Caroline Ticknor *Poe's Helen* (Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1916), que formaba parte de la biblioteca de H. P. L., incluye una historia breve de la familia de Poe y de su «Helen». Ticknor menciona que el padre de Sarah, Nicholas Power, «afirmó ser descendiente de Nicholas le Poer, cuyo castillo Don Isle fue uno de los primeros en ser tomados por Cromwell» (*ibid*., p. 286). Ticknor recoge la reacción de Poe: «Levantó repentinamente la vista con una expresión de sorpresa y placer en el rostro y dijo: "Helen[,] ¡me dejas anonadado!, pues entre algunos papeles de mi abuelo (David Poe, padre) hay uno en el que se hace referencia a un cierto caballero Le *Poer* que era amigo del marqués de Grammont y pariente de nuestra familia"» (*ibid*., p. 159). «En cualquier caso -concluye John Kipling Hitz en "Lovecraft and the Whitman Memoir", *Lovecraft Studies* 37 (otoño 1997), pp. 15-17-, parece muy probable que Lovecraft, intrigado por la ambivalencia de Ticknor, utilizara a la controvertida familia Le Poer como un punto de apoyo histórico para las atroces actividades de los De la Poer en "Las ratas de las paredes"» (*ibid*., p. 16). <<

[9] En el siglo XIX había familias Norrys de largo arraigo en los condados de Hampshire y Lincolnshire, pero no hay constancia de que hubiera ninguna en el norte de Inglaterra. En la guía *Peerage, Baronetage, and Knightage of Great Britain and Ireland* (1886) aparecen familias Norreys, Norris, Norie, Norrie y Norran, pero ninguna de ellas residía tampoco en la zona norte del país. En cualquier caso, todas ellas recibieron sus títulos únicamente durante el siglo XIX. <<

[10] El estilo gótico de arquitectura, que hacia hincapié en la verticalidad y la luminosidad interior de las construcciones, fue el predominante entre los siglos XII y XVII. Unas «torres góticas» habrían sitio muy altas y seguramente puntiagudas, con ventanas de tracería afiligranada (figuras ornamentales alargadas). Quedan pocos ejemplos de este tipo de arquitectura en construcciones no eclesiásticas. <<

[11] El término «románico» alude a la arquitectura típica de los siglos XI y XII, que se caracterizaba por incluir arcos de medio punto, y que precedió al estilo gótico. <<

[12] Los primeros pobladores de las islas británicas, según la mayoría de los etnólogos, fueron los celtas. Llegaron a ellas desde la zona occidental del continente europeo en el I milenio a.C., y las dominaron hasta que el Imperio romano se hizo con su control en tomo al siglo I d.C. Tras la retirada de los romanos de Gran Bretaña en el siglo V. la población celta autóctona en el sur la formaban los galeses o *Cymry* (palabra que quiere decir «la gente»), mientras que el norte estaba ocupado por los gaélicos. Los druidas eran la clase culta o sacerdotal de los celtas; las referencias más antiguas a ellos en los documentos históricos se remontan únicamente al siglo II a.C., si bien su cultura, naturalmente, puede ser mucho más antigua.



Torre gótica en el castillo de Cardill.



Notre-Dame la Grande (Poitiers), un ejemplo de arquitectura románica. Fotografía de Gibert Bochenek, dominio público.

<<

[13] No hay ningún índice geográfico de Inglaterra que recoja una localidad llamada Anchester. Hay una con el nombre de Ancastcr en el condado de Lincolnshire, pero se encuentra a más de 3(X) kilómetros de Hexham. David Haden identifica Anchester con Corbridge, situada 5 km al este del priorato de Hexham (véase la n. 4. anteriormente), muy cerca del emplazamiento de la antigua ciudad romana de Corstopitum. un campamento militar. Haden sostiene que los hallazgos arqueológicos realizados en Corstopitum apoyan la hipótesis de que la ciudad albergaba un culto a Cibeles y Atis (véase D. Haden, «Of Rats and Legions: H P. Lovecraft in Northumbria», *Lovecraft in Historical Context: Fourth Collection.* autoeditado, 2013, pp. 109-124). James Raine, en *The Priory of Hexham*, vol. 2 (véase la n. 4, anteriormente), señala la existencia de grafías alternativas del nombre de Corbridge, como Corbryg, Corebrig y Choresbridge; y que en York (160 km al sur) había un carpintero llamado Gilbert de Corbridge. <<

[14] [*N. del T.: Civil* IVin; en el original.] La alusión a los «dueños de las plantaciones vecinas» (Virginia, por supuesto, era la tierra de las plantaciones de tabaco, cuyos propietarios eran ricos hacendados) deja claro que el narrador se está refiriendo a la Guerra de Secesión estadounidense (1861-1865) y no a la Revolución inglesa (1642-1651) [*N. del T:* conocidas en inglés respectivamente como la American Civil War y la English Civil War]. <<

[15] Desde un punto de vista histórico, el topónimo Carfax proviene de la palabra latina *quadrifurcus*, «cuatro puntas»; es decir, el lugar donde se juntan cuatro caminos: una encrucijada. Es posible, sin embargo, que un caballero sureño de ideas extravagantes propusiera dicho nombre por razones más pintorescas. Carfax, por ejemplo, es el nombre de un cruce de calles en el corazón de Oxford, Inglaterra, al cual se considera el centro de la ciudad, y puede que el antiguo nombre le pareciera cosmopolita a la familia Delapore. Quizá el «Carfax» más famoso sea el principal lugar de descanso de Drácula cerca de Londres, incorrectamente llamado «Abadía de Carfax» en la película de 1931 sobre el personaje. También hay una calle llamada Carfax Place cerca del parque londinense de Clapham Common. Según el libro de la Sociedad Arqueológica de Sussex *Sussex Archaeological Collections Relating to the History and Antiquities of the County*, Lewes (Reino Unido), Famcombe & Co., 1904. a finales del siglo XIX había una calle residencial en Horsham (Sussex) llamada Carfax (*ibid*., p. XXVI). Hoy hay una glorieta peatonal, un quiosco de música o gazebo y un lugar de reunión que llevan ese nombre. <<

[16] Un río de más de 550 km de largo que discurre enteramente por el interior de Virginia. Como Richmond (véase la n. 18, más adelante) era la capital de la Confederación. la mayoría de los enfrentamientos en el teatro oriental de la Guerra de Secesión tuvieron lugar en este estado. Gran parte de Richmond ardió durante los últimos días de la guerra, pero también lo hizo su periferia, así que el hecho de que Carfax resultara igualmente incendiada no ayuda a precisar su ubicación dentro de Virginia. <<

[17] Si bien el narrador parece recordar el día con espanto, es muy posible que el que los negros estuvieran «rezando y dando alaridos» fuera un signo de alegría por parte de los esclavos que se encontraban a punto de ser liberados de su servidumbre. Aunque al principio de la Guerra de Secesión los esclavos capturados eran devueltos a sus «propietarios», para cuando se produjo la destrucción de Richmond estos se consideraban «contrabando» susceptible de ser confiscado por el ejército de la Unión y subsiguientemente liberado. por lo que muchos esclavos buscaron refugio tras las líneas unionistas. La educación favorable a la esclavitud que recibió el narrador en sus años de infancia se hace más evidente aún al descubrir el nombre de su gato, completamente falto de sensibilidad. <<

[18] La capital de Virginia y. durante los años de la Guerra de Secesión, la capital de la Confederación. Delapore pudo haber servido allí en cualquier momento de la guerra. En 1862. el general de la Unión George McClellan trató de tomar la ciudad en lo que acabó por conocerse como la batalla de los Siete Días, pero fracasó en el intento. No obstante, después de un gran número de victorias unionistas en Virginia, Richmond se volvió indefendible y fue devastada por el ejército de la Unión en abril de 1865. Los fuegos arrasaron más de la cuarta parle de los edificios de la ciudad, siendo iniciados muchos de ellos por soldados confederados que se batían en retirada. <<

[19] ¿Qué edad tiene el narrador? Robert H. Waugh ha calculado con cuidado su edad aproximada:

> Como tenía siete años cuando incendiaron la plantación, aparentemente durante el asedio de Richmond del año 1865, es probable que naciera en 1858. Al término de la guerra la familia se trasladó al norte, donde el narrador acabó convertido con los años en «un frío yanqui» […], tan frío que parece mostrar simpatía por los republicanos al morir Harding. En 1904. cuando su hijo tenía diez años, él contaba 46. Tenía 59 cuando su hijo se fue a la guerra y 60 al concluir esta, momento en que el joven regresó como «un lisiado inválido» […] y él compró Exham Priory. Comenzó la reconstrucción de la propiedad cuando tenía 63 años, y había alcanzado los 65 al término de la misma, cuando se mudó a ella y se vio abrumado por los sucesos narrados en la historia. Dado que es posible que naciera antes de lo que suponemos, podemos tener la certeza, habida cuenta de la esperanza de vida normal de la época, de que estamos ciertamente ante el relato de un anciano al que no le queda mucho tiempo, y que cree ser el último de su linaje. (*A Monster of Voices: Speaking for H. P. Lovecraft*. Nueva York, Hippocampus Press, 2011, pp. 61-62.)



El n.° 392 de Main Street, sede de la Sociedad Histórica de Bolton (Massachusetts), construida *ca.* 1750. Fotografía de John Phelan.

<<

[20] El Real Cuerpo Aéreo (*Royal Flying Corps*, RFC), parte del ejército británico, se fusionó con el Real Servicio Aéreo Naval el 1 de abril de 1918, dando lugar a la Real Fuerza Aérea (*Royal Air Force*, RAF). Era un cuerpo militar bastante pequeño - formado por un escuadrón de globos de observación, para la vigilancia estática de las defensas enemigas, y por cuatro escuadrones de aviación-, pero cobró importancia durante la Gran Guerra con la aparición de la fotografía aérea y de las comunicaciones inalámbricas. Al final de la guerra había casi 200 escuadrones en servicio activo y un número igual de escuadrones de entrenamiento. Los pilotos de la RFC no llevaban paracaídas; tal como apunta el teniente coronel retirado de la RAF Ian Philpott, «los pilotos británicos no tenían otra alternativa que pegarse un tiro si su aeronave se incendiaba, pues durante la Gran Guerra no se suministraban paracaídas» (I. Philpott, *The Birth of the Royal Air Force: An Encyclopedia of British Air Power Before and During the Great War, 19I4-1918*, Barnsley [South Yorkshire, Reino Unido]. Pen & Sword Military, 2013, p. 287). <<

[21] ¿Quizá porque mostraba un interés tan escaso por su herencia y no asumía ninguna responsabilidad por los actos de sus antepasados? <<

[22] Uno de los monumentos ceremoniales prehistóricos más reconocibles del mundo. Está compuesto por piedras alargadas y colocadas en posición vertical —conocidas también como menhires—, rematadas por dinteles de piedra, y está situado en Wiltshire (Inglaterra). Esta construcción megalítica, con miles de años de antigüedad, se construyó por etapas desde el 3100 o 3000 a. C. aproximadamente (o tal vez antes: el 3700 a.C., según algunas fuentes) hasta el 1600 a.C. <<

[23] El culto a Cibeles, la Magna Mater (Gran Madre), pudo haber surgido ya en el siglo VIII a.C.; o, según Mara Lynn Keller, en «The Eleusinian Mysteries of Demeter and Persephone: Fertility, Sexuality, and Rebirth», *Journal of Feminist Studies in Religión* 4, 1 (primavera 1988), pp. 27-39, en «el tercer milenio a.C. o incluso antes durante el Neolítico, hallándose vinculado a prácticas religiosas en Creta, Egipto, Anatolia y Mesopotamia». Es posible identificar a Cibeles con Ishtar, Isis, Ma, Ops y otras divinidades. El dios Atis es su hijo o su amante, dependiendo del mito. Roben Graves, en su influyente libro *The White Goddess:* A *Historical Grammar of Poetic Myth* (ed. corregida y ampliada), Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1966 [ed. cast: *La diosa blanca: una gramática histórica del mito poético*, Madrid, Alianza Editorial, 2015], describe esta importante figura:

> La diosa es una preciosa y esbelta mujer de nariz aguileña, rostro mortalmente pálido, labios rojos como bayas de serbal, ojos asombrosamente azules y hermosa melena, capaz de transformarse súbitamente en cerda, yegua perra, zorra, asna, comadreja, serpiente, búho, loba tigresa y sirena o en una vieja repugnante. Sus nombres y títulos son innumerables. Aparece a menudo en las historias de fantasmas con el nombre de «La Dama Blanca», y en las religiones antiguas. desde las islas Británicas al Cáuca- so, con el de la «Diosa Blanca». […] La razón de que el vello se erice, los ojas se llenen de lágrimas, se forme un nudo en la garganta, se perciba un hormigueo en la piel y un escalofrío baje por la columna cuando uno escribe o lee un auténtico poema es que un auténtico poema es necesariamente una invocación a la Diosa Blanca, o la Musa, la Madre de Todo lo Viviente, la antigua fuerza del terror y la lujuria; la araña hembra o la abeja reina cuyo abrazo trae consigo la muerte (*ibid*., p. 24).

Fred Blosser, en «The Sign of the Magna Mater», *Crypt of Cthulhu 97* (Día de Todos los Santos 1997), pp. 25-27, describe el culto de la siguiente manera:

> Es una religión basada en ritos de fertilidad, que se originó en Asia Menor y se extendió hasta Roma en el siglo III a.C. El credo se caracterizaba por una ceremonia orgiástica anual celebrada a las puertas de la primavera en la que los sacerdotes de la secta, los *galli* (galos),

> derramaban su propia sangre para acelerar la resurrección de Atis. el amante o hijo de la diosa, quien había perdido la vida al castrarse a sí mismo. El culto era bien conocido también por el hecho de que los galos eran eunucos. Siendo novicios, emulaban a Atis el Día de la Sangre y ofrecían en sacrificio sus genitales amputados al objeto de acelerar el renacimiento del dios (*ibid*., p. 25).

Si bien resulta tentador ver aquí una referencia indirecta al libro de Margaret Alice Murray *El culto de las brujas en Europa occidental* (véase la n. 18 de «El horror de Red Hook», pp. 316-351, más adelante). Robert H. Waugh concluye que H. P. L. no había leído aun el libro cuando escribió este relato; véase «Dr. Margaret Murray and H. P. Lovecraft: The Witch Cult in New England», *Lovecraft Studies* 31 (otoño 1994), p. 6. <<

[24] DIV podría ser «DIU» escrito en alfabeto latino clásico, un vocablo que significa «duradero» o «cierno». OPS es la diosa romana de la fertilidad, la riqueza y la abundancia, esposa de Saturno y aliada de Cibeles (claramente, algunos de los caracteres se han borrado); así pues, la inscripción rezaba «Eterna Ops, *Magna Mater*». H. P. L. podría haber leído acerca de Ops en el artículo sobre Saturno que J. G. Frazer escribió para la 9.ª edición de la *Enciclopedia británica*. <<

[25] La tercera legión de Augusto no se encontraba acuartelada en Inglaterra; era la segunda, por el contrario, la que estaba estacionada en Isea Silurum (Caerleon- on-Usk), en Gales. Estas legiones eran unidades del ejercito romano, que fueron creadas durante el imperio de César Augusto en el 25 a.C. <<

[26] El reino de Frigia floreció entre el 700 y el 300 a.C. en una región de Anatolia. <<

[27] Los sajones y los anglos (y otras tribus germánicas de Europa) invadieron Gran Bretaña en el siglo V d.C. y colonizaron la isla tras la marcha de los romanos. <<

[28] La «heptarquía» fue el periodo durante el que existieron los siete reinos de la Inglaterra anglosajona, a saber, Northumbria, Mercia, Anglia Oriental, Wessex, Kent, Essex y Sussex. <<

[29] Las principales «crónicas» de este periodo eran narraciones históricas de la Inglaterra anglosajona, la primera de las cuales se cree que fue escrita entre los siglos VIII y IX d.C. Estas obras son conocidas de manera colectiva como las *Crónicas anglosajonas*. Esta referencia en concreto alude probablemente a una crítica, o revisión. de la *Crónica de Winchester*, texto que trata hechos ocurridos entre el 1 y el 1070 d.C., y que constituye uno de los documentos de este tipo más antiguos que se conservan. Esta versión es una copia del siglo XI de la *Crónica de Winchester* original que incluye añadidos procedentes de otra copia del siglo X de una traducción al anglosajón de la obra de Beda el Venerable *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos*, así como de una crónica del año 1001. Esta copia actualizada, y realizada seguramente en el año 1013, resultó gravemente dañada en un incendio en el año 1731. En el siglo XVI se había llevado a cabo una transcripción que sirvió de base para una edición impresa de la *Crónica*, publicada en el año 1643. El narrador alude posteriormente a otra crónica que califica a «un De la Poer [de hombre] "maldito por Dios" en 1307», pero dicho documento no debería confundirse con aquellas que integran las *Crónicas anglosajonas*, dado que estas no recogen ningún acontecimiento posterior al año 1154 d.C. <<

[30] Los daneses y sus aliados noruegos empezaron a llevar a cabo incursiones en Inglaterra alrededor del año 990 d.C. A lo largo de los 25 años siguientes, esas incursiones pasaron a ser una invasión a gran escala, y el día de San Bricio, el 13 de noviembre del año 1002, el rey Etelre- do ordenó «una más que justa exterminación» de todos los daneses en Inglaterra: una de una serie de acciones poco acertadas emprendidas por un monarca al que la historia le ha otorgado el triste sobrenombre de «el Malaconsejado» (*the Unready*, en inglés), el cual constituye tanto un juego de palabras con su nombre, que significa «bien aconsejado», como una corrupción de la palabra *unraed* («falto de consejo»). Al no conseguir el deseado destierro de los daneses, y tras otros errores garrafales que tuvieron el efecto de invitar a los vikingos a acrecentar su dominio. Etelredo acabó marchando al exilio, primero en Normandía y luego en la isla de Wight. En 1016, el hijo de Svend Barbahendida de Dinamarca, Canuto (Knut), fue coronado rey de Inglaterra. (Dos años antes, la muerte de Svend, que había gobernado sobre Inglaterra durante cinco breves semanas, dio lugar a la reaparición de Etelredo, quien fue arrancado del exilio por las autoridades inglesas para que gobernara durante el interregno.) Para saber más sobre Etelredo, véase L. Roach, *Aethelred: The Unready*, New Haven, Yale University Press, 2016. Roach llega a la generosa conclusión de que el protagonista de su estudio «no estaba poco preparado ni malaconsejado, sino ciertamente tocado por la mala suerte» (*ibid*., p. 19).

El reinado de Camilo —el cual se documenta en otra de las *Crónicas anglosajonas* (véase la n. 29. anteriormente), la *Crónica de Peterhorough*— representó una tremenda concentración de poder: en el 1018 y 1028. Canuto se convirtió respectivamente en rey de Dinamarca y de Noruega, pasando a gobernar las tres naciones hasta el año 1035. Los daneses conservaron el trono hasta el 1066, año en que Guillermo el Conquistador se lo arrebató, instaurando el linaje de los reyes normandos. <<

[31] Enrique III, hijo del rey Juan I e Isabel de Angulema, subió al trono a la edad de nueve años y gobernó Inglaterra desde 1216 hasta 1272. La Carta Magna que su padre firmó sólo un año antes de su entronización reconoció el poder de los barones ingleses y representó el primer paso hacia la adopción de un sistema legal de derechos en Inglaterra. Enrique estuvo enfrentado con los barones durante todo su largo reinado, especialmente, a partir de 1258m con Simon de Montfort y su familia, así como con su propio hijo Eduardo. Después de negociar con varias potencias extranjeras -entre ellas el papa- para reforzar su poder, en 1261 Enrique comenzó a otorgar baronías entre personas afines a su gobierno. Al hacer barón a Gilbert de la Poer, el rey habría pretendido conseguir un aliado político. En 1263, De Montfort se hizo con el poder, desencadenando con ello al año siguiente la segunda fase de la Guerra de los Barones, un conflicto dentro del propio reino. El dominio de Enrique se fue debilitando en los últimos años de su reinado, y fue gradualmente cediendo poder a Eduardo, quien le sucedería en el trono con el nombre de Eduardo I (al cual apodarían Eduardo Piernaslargas). <<

[32] Gilles de Rais (*ca.* 1405-1440). conocido también como el *maréchal* de Retz, es descrito por John Fiske, en su obra *Myths and Myth-Makers: Old Tales and Superstitions Interpreted by Comparative Mythology* [1872] (Boston y Nueva York, Houghton, Mifflin & Company. [21]1896). de la siguiente manera: «[El noble,] un mariscal de Francia, un erudito, un patriota y un hombre de vida piadosa, se vio poseído de repente por un incontrolable deseo de asesinar niños. Durante siete años no paró de atraer con engaños a niños y niñas de corta edad a su castillo, a un ritmo aproximado de *dos por semana* (?), y de asesinarlos después de diversas formas, a fin de presenciar su agonía y bañarse en su sangre; experimentando al término de cada ocasión remordimientos sumamente terribles, pero viéndose impulsado a repetir el crimen debido a un ansia irreprimible. Cuando esta iniquidad sin parangón salió finalmente a la luz, se descubrió que el castillo albergaba cubos llenos de huesos de niños. Los horribles detalles del juicio al que fue sometido pueden encontrarse en las historias de Francia de Michelet y Martin» (*ibid*., p. 81). <<

[33] Hablar de Donatien Alphonse François, Marqués de Sade (1740-1814), es hablar de erotismo libertino. Sus novelas, poemas, ensayos y obras teatrales eran una mezcla de filosofía revolucionaria (fue delegado de la Convención Nacional durante la Revolución francesa), blasfemias religiosas y aventuras sexuales, y fue un abierto defensor de un comportamiento al margen de las limitaciones impuestas por la ley, la religión o la moral. Pasó más de treinta y dos años encarcelado, diez de ellos en la Bastilla y muchos otros en manicomios. Murió en uno de ellos: el manicomio de Charenton. <<

[34] Este conflicto, que tuvo lugar entre 1846 y 1848 bajo la presidencia de James K. Polk, supuso la mayor anexión de tierras por parte de los EEUU hasta ese momento. Llegó a su fin con el Tratado de Guadalupe Hidalgo, a través del cual México cedería a los Estados Unidos los territorios de Texas, Arizona, Nuevo México, California, Utah, Nevada, Oregón y Washington, así como otras regiones que serían posteriormente incorporadas a Oklahoma, Colorado, Kansas, Wyoming y Montana. <<

[35] El *vodun* o vudú, como se lo conoce popularmente, es una religión politeísta que apareció cuando los africanos occidentales procedentes del Congo, Angola, Dahomey (actualmente el sur de Benín) y otras regiones que habían sido vendidos como esclavos mezclaron sus creencias y prácticas con las de los cristianos de Haití, Puerto Rico, Cuba, Brasil y las islas del Caribe. Toyin Falola y Kevin D. Roberts, editores de *The Atlantic World, 1450- 2000*, Bloomington, University of Indiana Press, 2008, señalan que «[en] Abomey, en la República de Benín, las deidades reciben el nombre de *vodun*» o «misterios» (*ibid*., p. 124). <<

[36] *Sir* John Clavering (1672-1714), tercer *baronet* de Clavering of Axwell -un señorío situado en el mismo condado de Northumberland que Hexham Priory- es un probable candidato a ser el hombre que aquí se menciona. Este título hereditario se creó en 1620 y desapareció en 1893, con el fallecimiento de *sir* Henry Clavering. <<

[37] El libro de Sabine Baring-Gould *Curious Myths of the Middle Ages*, 2.ª serie, Londres, Oxford y Cambridge, Rivingtons, 1868, publicado originalmente en 1834, contiene un extenso capítulo acerca de la leyenda del obispo alemán Hatto. Según se dice, este último invitó a su castillo a unos feligreses menesterosos que se habían quejado con amargura del hambre que pasaban. Tras reunirlos en el interior de un granero, prendió fuego a este hasta quemarlos vivos a todos, exclamando a continuación que había librado a la región de aquellas «ratas». Al poco tiempo, resultó atacado por una plaga de ratas y ratones. El obispo se refugió en una torre, pero un ejército de alimañas la invadió y acabó con su vida (*ibid*., pp. 182-205).

Baring-Gould recopila varias historias parecidas de otros países y concluye que todos estos mitos (pues es imposible dar credibilidad histórica a ninguna de ellas) provenían de antiguas prácticas de sacrificio humano en las que se dejaba a un sacerdote o príncipe a merced de las ratas con el fin de aplacar a los dioses. Las ratas y los ratones, señala el autor, son en muchas culturas animales sagrados, encarnaciones de almas de seres humanos o incluso de dioses. H. P. L. tenía el libro de Baring-Gould en su biblioteca, según S. T. Joshi; véase S. T. Joshi, *Lovecraft's Library*, *A Catalogue, Revised and Enlarged*, Nueva York, Hippocampus Press, 2002. <<

[38] [*N. del T:* véase la n. 3 de la introducción.] Es bien conocido que H. P. L. tuvo de niño una mascota con el mismo nombre: un nombre que resulta chocante para el lector de nuestros días, pero que, no obstante, se hallaba desgraciadamente en consonancia con la manera en que la cultura blanca dominante representaba la vida afroamericana en el siglo XIX y principios del XX. Donald R. Burleson (en *H. P. Lovecraft:* A *Critical Study*, cit., p. 93, n. 19) está dispuesto a ser indulgente con H. P. L. por compartir las opiniones predominantes de su época, pero no deberíamos: Lovecraft era perfectamente consciente del impacto de la palabra. Su tristemente conocido poema de 1912 «De la creación de los negros» refleja su actitud hacia todas aquellas personas que no eran anglosajones de raza blanca:

> Cuando, en la noche de los tiempos, los dioses crearon la tierra.
> de Jove al hombre se le dio al nacer la imagen bella.
> Como seres inferiores, fueron después las bestias concebidas;
> mas su bajeza respecto de la humanidad era excesiva.
> A fin de llenar el hueco, y tender hasta el hombre un puente,
> las huestes del Olimpo idearon un plan inteligente:
> crearon un animal, semihumano en aspecto,
> al cual colmaron de vicios, y lo llamaron «negro». <<

El despreocupado racismo de De la Poer no suscita ningún desagrado en H. P. L.; antes al contrario, tal como este nos cuenta, la perdición final de De la Poer no es *quién* es, sino su incapacidad para aceptar su legado. Para ahondar en este tema, véase B. A. Drew, *Black Stereotypes in Popular Series Fiction, 1851-1944: Jim Crow Era Authors and Their Characters*, Jefferson (Carolina del Norte), McFarland, 2015. <<

[39] Véase la n. 31 de «Herbert West, reanimador», en el volumen anterior, pp. 51 -91. <<

[40] Cfr. con «Hechos relativos al difunto Arthur Jermyn y su familia», pp. 54-67, anteriormente, relato en el cual se describen acontecimientos similares. <<

[41] Daniel Harley fue un prestigioso explorador británico del ártico que murió en 1878; Francis Harley podría haber sido perfectamente su hijo. Bellview era una conocida plantación de Carolina del Norte que fue vendida en 1811. También había otra plantación con ese nombre cerca de Franklin (Luisiana). que en el año 1878 era propiedad de Bradish Johnson. <<

[42] Un insecticida compuesto por trióxido de arsénico y acetato de cobre. <<

[43] De aspecto similar a un hongo. No está claro qué quiere decir aquí la palabra, pero suena mal. [*N. del T:* una de las acepciones del adjetivo «fungoso» en el diccionario de la RAE es la de ‘esponjoso, fofo, ahuecado y lleno de poros’.] <<

[44] Los getas (*getae*, en latín) o dacios eran una tribu tracia que acabó mezclándose con los visigodos, también llamados tervingios, quienes se encontraban diseminados en asentamientos desde el río Danubio hasta el Dniéster. (El territorio de los ostrogodos o greutungos se extendía entre los ríos Dniéster y Don.) Véase J. B. Calvert. «History of Central Europe». en http:// mysite.du.edu-etuttle/misc/europe.htm/#Goth, artículo que remite a su vez al lector a L. R. Johnson. *Central Europe*, Nueva York, Oxford University Press, 1996. Resulta imposible asignar un significado preciso a estos fragmentos; hay múltiples posibilidades. ¿Son designaciones de estancias -de tal modo que, por ejemplo, *Liber Praeceptiones* alude a un lugar donde se guardan libros de enseñanza-? ¿El *templum* (templo)? ¿El *pontificatus* (las dependencias sacerdotales, quizá)? ¿El lugar donde se guardaban las ofrendas o presentes (*dona*)? <<

[45] Cayo Valerio Catulo, el poeta romano (ca. 84-54 a.C.), trató en su poema n.º 63 la huida de Atis (*Atys*) de su amante-madre Cibeles. La composición, en la cual Atis se castra a sí mismo, va sobre la sexualidad y su fluidez tanto como sobre el mito. S. T. Joshi ofrece una nueva traducción al inglés del poema en su artículo «Attis and Cybele», *Crypt of Cthulhu* 72 (Invención de la Santa Cruz 1990), pp. 6-8. <<

[46] El «sol radiante» que aquí aparece es conocido corno el «sol de Vergina» o «estrella argéada», y estuvo presente en el arte griego desde el siglo VI hasta el siglo II a.C., vinculado con la región de Macedonia. Grecia lo adoptó oficialmente en 1993 como uno de sus símbolos nacionales.



Un ejemplo del «sol de Vergina».

Fotografía de Mysid, dominio público.

<<

[47] Esto es, preguntas sobre si eran manchas de sangre debidas a sacrificios, humanos o de otro tipo. <<

[48] La península de Biga, en la zona noroccidental de Anatolia (Turquía), no lejos de las ruinas de Troya; una región en la cual hubo asentamientos griegos en la Antigüedad clásica. Respecto a Estrabón (*ca*, 64 a.C.-*ca*. 23 d.C.), véase *Strabo on the Troad*, Book XIII, Cap. I, W. Leaf (ed., trad. y comentario), Cambridge, Cambridge University Press, 1923. S. T. Joshi observa que «el carácter mismo de la referencia sitúa estas excavaciones mucho antes del año 1923, la fecha de ios acontecimientos que describe el relato, y el trabajo de Brinton debió de tener lugar sin duda después del espectacular hallazgo de Schliemann del yacimiento arqueológico de Troya en 1867» (S. T. Joshi, «Topical References in Lovecraft», en *Primal Sources: Essays on H. P. Lovecraft*, Nueva York, Hippocampus Press, 2003, p. 135). <<

[49] El presidente Warren G. Harding murió inesperadamente, de un ataque al corazón (aunque se sospechó que pudo tratarse de un crimen), mientras se encontraba alojado en el Hotel Palace de San Francisco el 2 de agosto de 1923. Harding fue el sexto presidente de los EEUU que falleció durante su mandato. <<

[50] El cortesano romano Cayo Petronio Árbitro (*ca.* 27-66 d.C.), o simplemente Petronio, inventó un personaje llamado Trimalción, un antiguo esclavo que alcanza la riqueza, para su novela *Satiricón*. Trimalción es conocido por sus espléndidos banquetes y, aunque probablemente pretendía ser una sátira del emperador de aquel entonces, Nerón, ha acabado por simbolizar los excesos de los nuevos ricos (F. Scott Fitzgerald había dado en un principio a su novela *El gran Gatsby* un título distinto: *Trimalción en West Egg*). Durante mucho tiempo se rumoreó que Harding, cuyas numerosas aventuras extramaritales se hicieron públicas tras su muerte, había tenido una bisabuela afroamericana (aunque unas pruebas de ADN realizadas en 2015 a sus descendientes demostraron que se trataba de algo muy poco probable). <<

[51] El cretinismo, o hipoliroidismo congénito, es una enfermedad provocada generalmente por una carencia de yodo. Se daba de manera frecuente en algunas zonas de Europa y Asia donde la tierra era pobre en dicho elemento. <<

[52] Steven J. Mariconda, en *«Curious Myths of the Middle Ages* and "The Rats in the Walls"» (en *On the Emergence of «Cthulhu» & Other Observations*, West Warwick [Rhode Island], Necronomicon Press, 1995, pp. 53-56), señala las numerosas similitudes existentes entre el abismo de Exham Priory y la cueva del Purgatorio de San Patricio, en el lago llamado Lough Derg, de la cual se dice en el libro de Sabine Baring-Gould *Curious Myths of the Middle Ages*, cit., l.ª serie, pp. 230- 249, que está «a dos días de viaje» de la localidad irlandesa (ficticia) de Valdric. Al entrar en ella, el eremita Patricio advirtió «que de las profundidades de la cueva salían gritos lastimeros, idénticos a los lamentos que dejarían escapar las almas del purgatorio». El Purgatorio fue clausurado por orden del papa a finales del siglo XV, y sustituido finalmente por una iglesia. Actualmente, 15.000 peregrinos llevan a cabo cada año un ayuno de tres días en el lugar, el cual se encuentra en Station Island, una isla accesible por ferri. El pueblo más cercano (en nuestros días) es Pettigo. en el condado de Done- gal. y la estación de tren más próxima está en Sligo, a la cual llegan trenes operados por la Iarnród Éireann (la compañía nacional de ferrocarriles de Irlanda). <<

[53] Montículos de tierra levantados sobre sepulturas. <<

[54] Véase la n. 16 de «Dagón», pp. 3-11, en el volumen anterior. <<

[55] El escritor Ernst Theodor Amadeus Hoffmann, cuyo nombre de nacimiento era Ernst Theodor Wilhelm Hoffmann (1776- 1822) y firmaba sus libros como E. T. A. Hoffmann, es quizá conocido sobre todo por su cuento de 1816 «El Cascanueces y el rey de los ratones» («Der NuBknacker und der Mausekönig») -en el cual se basaría el *ballet* de Tchaikovsky *El cascanueces* (1892)- y por las historias que se representan en la ópera de Offenbach *Los cuentos de Hoffmann* (1881). En su ensayo «El horror sobrenatural en la literatura», Lovecraft decía que los «relatos, novelas e historias breves [de Hoffmann eran] un sinónimo de melosidad en la ambientación y madurez en la forma, aunque tienden a la levedad y la extravagancia, y carecen de los vibrantes momentos de terror crudo y sobrecogedor que podría haber conseguido un escritor menos sofisticado. En general transmiten más lo grotesco que lo terrible» (H. P. Lovecraft, «Supernatural Horror in Literature», en S. T. Joshi [ed.], *Dagon and Other Macabre Tales*, Sauk City [Wisconsin], Arkham House Publishers, Inc., 1965, pp. 389-390). Hoffman -un polímata que estudió Derecho, trabajó como funcionario, se dedicó a la pintura y fue compositor y director de orquesta antes de centrar su atención en la narrativa- fue uno de los autores más influyentes del Romanticismo. Muchos críticos consideran que *Opiniones del gato Murr (Die Lebensansichten des Katers Murr)*, una novela escrita entre 1820 y 1822 que mezcla la autobiografía de un gato con el relato de la vida de un director de orquesta, es su mejor obra. <<

[56] Charles-Marie-Georges Huysmans (1848-1907), o simplemente J. K. Huysmans, es recordado sobre todo por su sombría novela *À rebours* (1884) [*N. del T:* publicada en español bajo el título A *contrapelo* o *Contra natura*], H. P. L. dijo de la literatura de horror sobrenatural francesa: «Más adelante (después de Victor Hugo, Théophile Gautier y Gustave Flaubert] asistimos a una división de la corriente, hecho que produce singulares poetas y fantaseadores de las escuelas simbolistas y decadentistas cuyos oscuros intereses se centran más en las anomalías del pensamiento y del instinto humanos que en lo sobrenatural propiamente dicho, y agudos narradores de historias que, de forma bastante directa, extraen su excitante deleite de los tenebrosos pozos de la irrealidad cósmica. Del primer tipo de "artistas en pecado", el ejemplo más típico lo constituye el ilustre poeta Baudelaire, quien se vio enormemente influido por Poce; mientras que el novelista psicológico Joris- Karl Huysmans, un auténtico hijo del *fin de siècle*, es a un tiempo su resumen y apoteosis» (H. P. Lovecraft, «Supernatural Horror in Literature», cit., p. 392). <<

[57] Los *graffiti* o «grafitis» -mensajes o inscripciones dejados ilícitamente o sin autorización en paredes, puertas y otros sitios públicos- cuentan con una larga tradición. Los que han sido hallados en lugares como las ruinas de Pompeya, el Partenón y el Coliseo son, tal como uno esperaría, del tipo «fulano estuvo aquí», «fulano ama a mengana», «fulano fornicó con mengana». «zutano es [una mala persona]» y «[el espectáculo/la comida/el servicio] aquí es [excelente/terrible]». Véase, por ejemplo, http://www.pompeiana.org/Resources/Ancient/Graffiti%20from%20Pompeii.h <<

[58] Un pitecántropo es un miembro de la (ex) especie *Pithecanthropus erectus*. Se pensó que unos huesos hallados en 1891 por el Dr. Eugene Dubois representaban una especie («el hombre de Java») que constituía el «eslabón perdido» entre los humanos y los simios. El nombre *Pithecanthropus* es una combinación latinizada del griego πίθηκος; (pithekos). que quiere decir 'mono' o 'simio', y ἄνθρωπος (anthrōpos). 'ser humano'. «El "hallazgo" vino seguido de un gran debate -contaba la 11.ª edición de la *Enciclopedia británica* en 1910-1911-, y muchos expertos han expresado puntos de vista contrarios a la teoría del Dr. Dubois. La opinión predominante es que los huesos son humanos. No se cree que representen eso que llaman "el eslabón perdido", la especie que conecta directamente al hombre con los simios, pero casi todas las autoridades en la materia están de acuerdo en que constituyen un eslabón más de la cadena que acerca al hombre a su prototipo simio» (*ibid*., vol. 21. p. 665). El *Pithecanthropus* es clasificado en la actualidad como parte de la especie homínida (prehumana) *Horno erectus*, la cual incluye hoy al llamado «hombre de Pekín» cuyos huesos se encontraron en Zhoukoudian (China) en 1921 y al *Horno erectus georgicus*, la subespecie a la cual se asignaron los restos fósiles hallados en 1991 en Dmanisi (Georgia), en la zona sur del Cáucaso. <<

[59] Si bien la diosa egipcia Isis era representada a menudo con alas, Bast (Bastet). a la cual se retrata generalmente como una gata o leona, carecía de ellas. Originalmente una deidad guerrera, acabó convirtiéndose en una protectora. <<

[60] En «Behind the Mask of Nyarlathotep», *Lovecraft Studies* 25 (otoño 1991), pp. 25-29, Will Murray observa que «[a] los lectores de 1924 de *Weird Tales*, la revista en la que salió publicado por primera vez [este] relato, el nombre vagamente evocador de Nyarlathotep les habría suscitado únicamente una inquietante sensación de misterio, no una de familiaridad» (*ibid*., p. 25). El poema en prosa «Nyarlathotep» había aparecido sólo en *The United Amateur*, una revista poco conocida, en 1920. Murray plantea que Nyarlathotep podría ser un homenaje al científico Nikola Tesla, pero no hay ninguna prueba real que apoye esta conexión. Véase la n. 6 de «Nyarlathotep», en el volumen anterior, pp. 34-38, y en especial, *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*, pp. 419-550, más adelante. <<

[61] «¿Me utilizarías así?». <<

[62] Fred Blosser (véase la n. 23. anteriormente) considera estos gritos una prueba de que los ancestros de Delapore eran sumos sacerdotes de la secta que adoraba a la Magna Mater (F. Blosser. *op. cit*., p. 25). <<

[63] Esta frase aparece también en «The Sin- Eater» (1895), de Fiona Macleod (pseudónimo de William Sharp, 1856-1905), quien la traduce como «Que Dios esté en tu contra y te sea adverso… ¡y que caiga sobre ti una triste muerte!… ¡Desgracia y dolor para ti y los tuyos!». <<

[64] Nótese que el narrador habla en lenguas cada vez más antiguas: inglés arcaico [*N. del T.:* el cual he traducido al español tratando de utilizar un lenguaje y una ortografía que recordasen un poco a nuestro Siglo de Oro], inglés medieval, después latín, gaélico y, para terminar, gruñidos. Roben E. Howard, el creador de Conan, escribió una carta a Farnsworth Wright, el editor de *Weird Tales*, en la que comentaba el uso del gaélico en vez del címrico (galés): «Observo […] que el Sr. Lovecraft […] se atiene a la teoría de Lhuyd en lo que respecta a la colonización de Gran Bretaña por los celtas». Esto derivó en una correspondencia de seis años entre Howard y H. P. L. <<

[65] El Manicomio del Condado de Hanwell o Primer Manicomio del Condado de Middlesex, conocido popularmente como el Manicomio de Hanwell, abrió sus puertas el 16 de mayo de 1831, 13 kilómetros al oeste del centro de Londres. Su función (establecida por ley parlamentaria) era albergar a dementes sin recursos, y sus primeros directores, un matrimonio formado por William Charles Ellis y Mildred Ellis, utilizaron el trabajo de manera terapéutica para tratar a los internos, con resultados positivos. En el recinto había talleres de trabajo como una panadería, un parque de bomberos, una granja, una fábrica de gas y una fábrica de cerveza -la cual se cerró en 1888 cuando se implantó definitivamente una ley del año 1879 dirigida a «facilitar el control y cuidado de los borrachos habituales [posteriormente, "embriagados"]»-. John Conolly, el tercer director de Hanwell. prohibió el uso de las cadenas y grilletes que se habían venido utilizando hasta entonces para sujetar a los pacientes. En 1880 ya había dos mil internos bajo supervisión, y en 1937 el centro se amplió con nuevas alas. Al año siguiente, este pasó a llamarse Hospital de St. Bernard. La institución se integró en el Hospital Ealing en 1985, y actualmente forma parte de la Fundación Psiquiátrica de Londres Oeste (West London Mental Health Trust). <<

[1] Este relato, que fue escrito a instancias de J. C. Henneberger, el fundador de *Weird Tales*, se publicó originalmente bajo la firma del famoso mago y escapista Harry Houdini, un colaborador habitual de la revista (con su columna «Preguntas a Houdini») cuyo nombre había ido unido a por lo menos dos relatos publicados anteriormente en ella, Henneberger pagó a Lovecraft cien dólares por este encargo como negro literario, la mayor suma que el escritor había recibido nunca por uno de sus trabajos. Poco antes de tener que entregar la historia a *Weird Tales*, Lovecraft extravió su única copia mecanografiada de ella en la estación de tren de Providence, cuando iba de camino a Manhattan para casarse con Sonia Greene. Los dos se pasaron entonces su luna de miel en Filadelfia preparando una nueva copia a máquina de la historia a partir del manuscrito original que H. P. L. había guardado.

El relato se publicó (bajo el título «Encerrado con los faraones») en *Weird Tales* 4, 2 (mayo-junio-julio 1924), pp. 3-12; y se reeditó, con el mismo título, en *Weird Tales* 34, I (junio-julio 1939), pp. 133- 150, citándose la autoría de Lovecraft sólo entonces, en una nota del editor. «Harry Houdini, escapista y uno de los mejores magos de todos los tiempos, dictó una noche los detalles de esta emocionante experiencia a un estenógrafo público en el camerino del teatro donde actuaba, hace 15 años. Pero aunque estos hechos fueran narrados por Houdini -quien dio además su visto bueno a las pruebas de imprenta-, la escritura propiamente dicha del relato corrió a cargo del difunto maestro de la literatura de horror sobrenatural. H. P. Lovecraft» (*ibid*., p. 133). Que el título original de la obra iba a ser en un principio «Bajo las pirámides» queda demostrado por el anuncio que H. P. L. puso en marzo de 1924 para intentar recuperar la copia perdida del relato; aun así, este no se publicaría con su título original hasta la antología de S. T. Joshi *The Thing on the Doorstep and Other Weird Stories*, de 2001. Véase S. T. Joshi. *I Am Providence*, cit., pp. 498- 499, para saber más de la historia de la copia mecanografiada perdida.

El bien parecido y muy musculoso Houdini moriría dos años después de la publicación del relato, con sólo cincuenta y dos años, a consecuencia de un incidente en el cual un fan, poniendo a prueba la fama del mago de ser capaz de encajar golpes en el estómago sin mayores problemas, le propinó varios puñetazos seguidos en su camerino. En el transcurso de los ocho días siguientes, Houdini sufriría desmayos en medio de sus actuaciones y sería hospitalizado por una apendicitis que derivaría en peritonitis, de la cual

terminó falleciendo. La relación entre el incidente del camerino y la muerte de Houdini nunca se ha podido probar de manera concluyente. <<

[2] Harry Houdini era el nombre artístico de Erik Weisz, más tarde Ehrich Weiss (1874-1926), hijo de un rabino húngaro emigrado a los EEUU. Houdini cosechó fama primero en Coney Island y después en teatros de vodevil de todo el mundo. Era conocido principalmente por sus sensacionales números de escapismo, los cuales involucraban al principio esposas, camisas de tuerza y ataduras similares, pasando después a jaulas y prisiones sofisticadas. Era asimismo un mago e ilusionista muy popular. Intentó transformar su éxito escénico en una carrera filmográfica, protagonizando cinco películas y creando su propia productora. No obstante, las películas no obtuvieron buenos resultados, así que Houdini regresó a sus espectáculos de magia. Desde que se produjera su prematura muerte, el nombre «Houdini» ha pasado a ser sinónimo de una persona capaz de escapar de cualquier cosa.

Houdini despreciaba a los falsos médiums y dedicó esfuerzos a desenmascararlos. En 1926 contrató los servicios de H. P. L., y de su amigo C. M. (Clifford Martin) Eddy hijo para escribir un libro sobre los milagros religiosos que habría de llamarse *El cáncer de la superstición*. Según la introducción de August Derleth a la detallada descripción general del libro elaborada por H. P. L. -la cual se publicó en H. P. Lovecraft *el al*., *The Dark Brotherhood and Other Pieces*, Sauk City (Wisconsin), Arkham House, 1966-, «Houdini planteó de manera esquemática un libro que él consideraba que había que escribir acerca del origen y la expansión de la superstición, así como de la falacia que esta supone. Sugirió que Eddy podía preparar el libro, y le proporcionó prolijas notas e ideas que quería que aparecieran en él; propuso asimismo que quizá Lovecraft podía dar forma a las notas de tal modo que Eddy trabajara a partir del esquema general elaborado por aquel. Lovecraft no era reacio a la idea, y preparó debidamente [dicho] esquema». En 2016 la casa de subastas Potter & Potter subastó un manuscrito. supuestamente obra de Lovecraft, con 31 páginas de los tres primeros capítulos del libro; hasta donde se sabe, lo único que existe de él. No obstante, sin disponer de más estudios, no está claro que Lovecraft o Eddy -o ambos- escribieran el mencionado borrador. <<

[3] Houdini escribió el libro *The Adventurous Life of a Versatile Artist* (el cual publicó de manera independiente hacia 1906 y fue reeditado por Audubon Printers en una versión revisada en 1922), varios folletos promocionales y el artículo «The Thrills in the Life of a Magician», *Strand Magazine*, 5 de enero de 1919. <<

[4] Wilhelmina Beatrice Rahner (1876-1943) -quien era conocida como Bess Houdini, nació en Brooklyn y se crió como católica- contrajo matrimonio con Houdini en 1894. Bess, de baja estatura y complexión atlética, fue cantante y bailarina antes de conocer a su futuro marido, y trabajó como ayudante en sus números teatrales hasta la muerte del mago, dedicándose posteriormente a preservar su legado. <<

[5] El SS *Malwa* navegó con la bandera de la Peninsular and Oriental Steam Navigation Company desde 1908 hasta 1932, con dos interrupciones: cuando colisionó con un vapor británico en 1910 y cuando prestó servicio como barco de transporte de tropas durante la I Guerra Mundial. Tenía capacidad para 407 pasajeros de primera clase y 198 o 200 de segunda, con una tripulación formada por 341 personas, y viajaba hasta Australia y la India desde el Reino Unido. El buque habría hecho escala en Puerto Saíd, al norte del canal de Suez, en la esquina nororiental de Egipto, yendo de camino a atravesar el canal para después seguir hacia Australia.



Sede de la Autoridad del Canal de Suez en Puerto Saíd (Egipto). Fotografía de Daniel Csörfoly, dominio publico

<<

[6] El canal, una de las mayores proezas de ingeniería del siglo XIX, conecta el Mediterráneo y el mar Rojo extendiéndose a lo largo de una distancia cercana a los 200 km. El proyecto lo dirigió el diplomático y constructor Ferdinad de Lesseps, quien fundó la Compañía del Canal de Suez: la obra dio trabajo a más de un millón y medio de personas y tardó más de diez, años en completarse, siendo inaugurada en 1869. En el trigésimo aniversario de la apertura del canal, en 1899, se erigió una estatua en homenaje a De Lesseps. <<

[7] Ismailía (الإسماعيلية) es una ciudad situada más o menos a la mitad del canal, entre Puerto Saíd y Suez, en la margen occidental.



Estatua de De Lesseps a la entrada del canal de Suez en 1900, Matson Collection. Hoy está en los astilleros de Puerto Fuad.

<<

[8] El teatro más grande de El Cairo en aquella época; se encontraba en la calle Emad-el-Dine, y tenía un aforo de 2.000 localidades.



AMERICAN COSMOGRAPH

Rue Emad-El-Dine LE CAIRE Téléphone 1785

J. DUPLOYER, DIRECTEUR

HORAIRE DES SÉANCES

MATINÉE à 6 heures ‖ SOIRÉE à 9 h. 15

Changement de Programme les Samedis

PRIX DES PLACES

Sans Billets Chocolat Poulain		Avec Billets Chocolat Poulain	
Baignoires face (5 person.)	₱ 50	Baignoires face (5 person.)	₱ 40
» côté »	» 40	» côté »	» 30
Loges Harem »	» 40	Loges Harem »	» 30
» Balcon »	» 30	» Balcon »	» 25
Fauteuils Balcon	» 5	Fauteuils Balcon	» 4
» Parterre	» 4	» Parterre	» 3
» Orchestre	» 3	» Orchestre	» 2
Galerie	» 2	Galerie	» 1

PLACE DE LOGES

Baignoires (face)	₱ 15
» (côté)	» 10
Loges Balcon (côté)	» 8

La Direction se réserve le droit de modifier le présent programme

Impr. de la Société Orientale de Publicité

Un programa del teatro American Cosmograph de El Cairo (Egipto), 1916.

<<

[9] Más correctamente, el Hotel Shepheard, el cual desarrolló su actividad en un principio con el nombre de Hotel des Anglais (Hotel de los Ingleses) cuando abrió sus puertas por primera vez en la década de 1840. Este opulento establecimiento pasó por una exhaustiva renovación en 1909, justo antes de la visita de Houdini. El hotel se quemó en 1952 y volvió a abrir en una ubicación diferente. En 2014 cerró para hacer reformas en sus instalaciones.



Hotel Shepheard, El Cairo (Egipto), década de 1880.



Hotel Shepheard. El Cairo (Egipto), década de 1920.

<<

[10] El historiador Joseph McCabe hace una descripción de la metrópolis cultural e intelectual que era Bagdad:

> El pueblo podía acceder a las escuelas, y había colegios de traductores que ponían las mejores obras de la antigua Grecia a disposición de los lectores árabes. Se fundaron bibliotecas, y se puso en marcha una intensa actividad literaria. También se creó un excelente sistema de policía […] y se abrieron hospitales y escuelas de medicina. Un viajero judío de una época posterior cuenta que […] encontró «muchas casas, calles y hospederías para los pobres con dolencias. todas ellas de gran tamaño» y también «sesenta depósitos de medicinas» que financiaba el califa. Todo hombre sin recursos que caía enfermo vivía de los fondos reales hasta que se recuperaba. Había asimismo un gran sanatorio para dementes en el que se examinaba a los pacientes una vez al mes. Se designaron inspectores para los mercados, y los comerciantes formaron un gremio para acabar con el fraude. Y con el tiempo estas escuelas, bibliotecas, hospitales y demás instituciones se extendieron al resto de las ciudades del reino. (J. McCabe, *Morals in the Arab-Persian Civilization* [Big Blue Books B-488. *History of Human Morals*, vol. 6), E. Haldeman- Julius [ed.], Girard [Kansas], Haldeman- Julius Company, 1930, p. 36.) <<

[11] Harún al-Rashid (todos los nombres a continuación son transliteraciones fonéticas) (763-809 d.C.) se convirtió en califa en septiembre del año 786. Fue el segundo hijo de Al-Mahdi. el cuarto califa de la dinastía abasí, y Al-Jaizurán bint Ata, una esclava yemení tomada consejera de Estado. Su hermano mayor murió en misteriosas circunstancias (hay quien dice que la responsable fue la madre de ambos) un año después de la muerte de su padre, de resultas de lo cual Al-Rashid subió al trono, gobernando hasta su fallecimiento 23 años más tarde. En *The New Plutarch: Lives of Men and Women of Action*, Londres, Marcus Ward & Co., 1881, el arabista Edward Henry Palmer escribió que su reinado «fue uno de los más espléndidos en los anales del califato, siendo entonces las fronteras del imperio más amplias que en cualquier otro periodo de su historia; de tal suerte que la mayor parte de Oriente y una gran porción del África occidental estaban sometidas a sus leyes y pagaban tributos a su tesoro» (*ibid*., p. 54). Según la *Enciclopedia británica* (9.ª ed.):

> Egipto era sólo una provincia bajo su dominio; y el gobernante del mismo, un funcionario designado por él. Ningún otro califa reunió nunca a su alrededor un número tan grande de eruditos, juristas, poetas, gramáticos, cadíes y escribas. por no hablar de los músicos e ingenios que disfrutaban de su mecenazgo. El propio Harún fue un estudioso consumado y un excelente poeta, estando muy versado en historia, costumbres y la gaya ciencia; siempre tenía una cita poética apropiada para cada momento. Poseía un gusto exquisito y una certera capacidad de discernimiento, y su porte señorial hacía que fuera objeto de un profundo respeto por parle de lodos sus súbditos, independientemente de su condición.

Su reinado fue inmortalizado en las historias de Sherezade y *Las mil y una noches*, y muchos estudiosos creen que la figura central de dichas historias, el rey Shahriar, es un retrato apenas disimulado de Al-Rashid. <<

[12] Baedeker, la editorial de guías de viajes más popular de la época (fundada en 1830 por Karl Baedeker), publicó en 1908 la sexta edición revisada de *Egypt and the Sûdân: Handbook for Travellers* (Guía turística de Egipto y Sudán), probablemente la edición disponible en el momento en que se sitúa el relato. La séptima edición no saldría a la venta hasta 1914, pero es posible que fuera la consultada por H. P. L. al escribirlo; existen pequeñas diferencias entre esta última y la edición previa. <<

[13] Según la guía *Baedeker* de 1908:

> Los jardines de Ezbekiyeh […], o simplemente «el Ezbekiyeh», situados en el lugar que ocupaba el antiguo lago Ezbekiyeh y bautizados con tal nombre en honor del heroico emir Ezbek. el general del sultán Kait Bey (1468-1496) que trajo cautivo a El Cairo al general y yerno de Bayazid I. En 1495 se erigió aquí una mezquita, ya desaparecida, en homenaje a su victoria; y aunque el edificio ya no existe, su nombre sigue vinculado al lugar. Estos bellos jardines, que cuentan con varias entradas […], fueron diseñados en 1870 por *M.* Barillet, exjardinero mayor de la ciudad de París. Ocupan un área de casi 8,5 ha y albergan diversos árboles y arbustos raros y hermosos (*ibid*., p. 47). <<

[14] La (calle) «Muski» era una de las tres entradas a la judería de El Cairo, y debía su nombre a los comerciantes de almizcle que frecuentaban la zona [*N. del T:* según la RAE, «almizcle» viene del árabe hispánico *almísk*, este del árabe clásico *misk*, y este a su vez del persa *mušk*].



La calle «Muski» de El Cairo (Egipto), *ca.* 1920.

<<

[15] Un guía. <<

[16] Joel Lane considera que esta descripción es una pista de que se ha de identificar a Reis con Nyarlathotep (véase J. Lane, «The Master of Masks», *Nyctalops* 4, I [abril 1991], p. 63). <<

[17] Augusto (63 a.C.-19 d.C.) fue el primer emperador de Roma, gobernando desde el 27 a.C. hasta su muerte. Según la *Geografía* de Estrabón (publicada *ca.* 20 a.C., con una edición final *ca.* 23 d.C.):

> Tres son las legiones [de unos 5.000 soldados cada una] estacionadas en Egipto. una en la ciudad de Alejandría, y el resto en campo abierto. Aparte de estas, también hay nueve cohortes romanas [de unos 480 hombres cada una] acuarteladas en la ciudad, tres en la frontera con Etiopía en Siena, para vigilar esa zona, y tres en otras partes del territorio. Hay asimismo tres cuerpos de caballería distribuidos en puestos convenientes. <<

[18] Una calle de El Cairo próxima a la ciudadela, lugar de residencia de los gobernantes de Egipto durante siete siglos desde el siglo XII d.C. <<

[19] Una mezquita mameluca, construida en el siglo XIV d.C. La guía *Baedeker* de 1908 describe

> […] la «espléndida mezquita», y el monumento más bello que se conserva de la arquitectura arábigo-egipcia. Se construyó entre los años 1366 y 1359 para el sultán Hasán […], habiendo dirigido las obras quizás un arquitecto sirio, y ha sido restaurada por Herz-Pasha. Las enormes dimensiones del edificio, que ocupa una pendiente rocosa al pie de la Ciudadela, combinadas con el magistral acabado de sus detalles producen un efecto de gran majestuosidad (*ibid*., p. 66). <<

[20] La puerta que protege la entrada a la Ciudadela.



La puerta de Bab-el-Azab, El Cairo (Egipto), siglo XIX.

<<

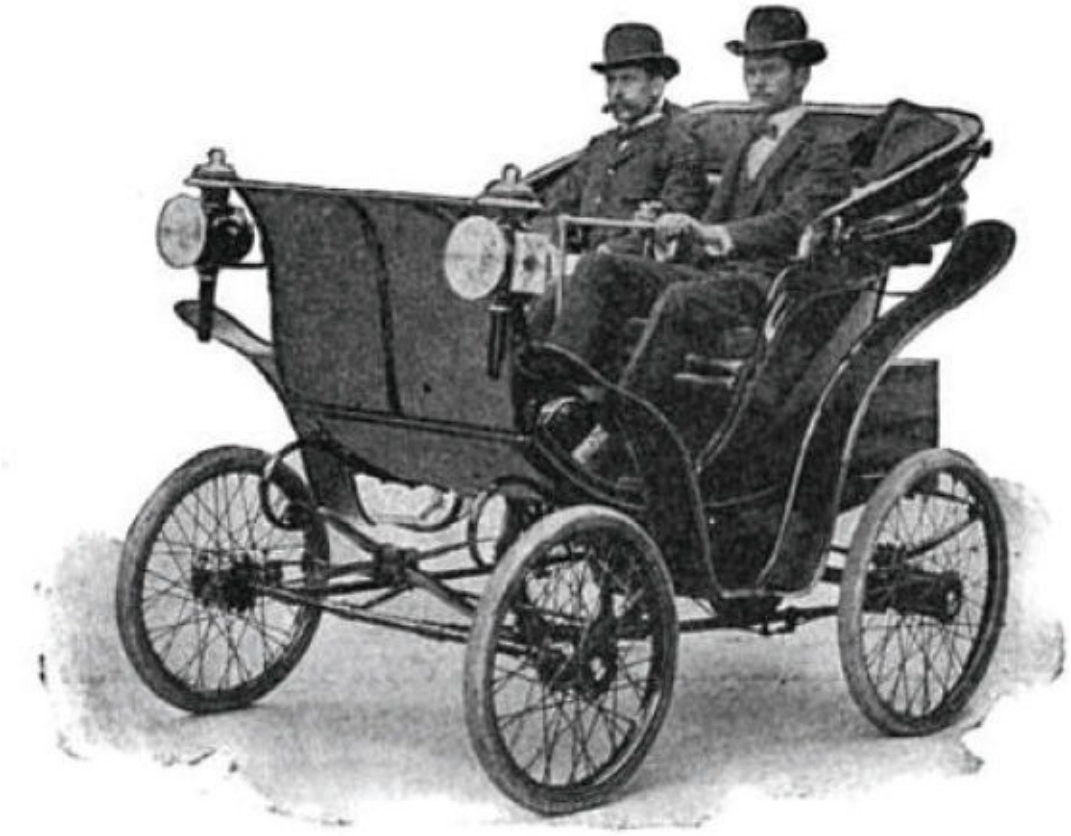
[21] La unión del dios-sol Ra o Re y Horus; era el gobernante del mundo: el cielo, la tierra y el inframundo. <<

[22] Tutankamón gobernó Egipto desde el 1332 hasta el 1323 a.C., trasladando la capital de Ajetatón (o Amama) a Tebas. (Amenhotep IV ya la había desplazado en la dirección opuesta: de Tebas a Ajetatón.) La tumba del rey Tul. como era popularmente conocido en el siglo XX, fue descubierta y explorada por Howard Carter -cuyo nombre inspiró posiblemente el del personaje de H. P. L. Randolph Carter- en 1922. La cobertura informativa del acontecimiento incluyó dos artículos en el *New York Times*, titulados «Exploradores asombrados por el hallazgo de reliquias con gemas incrustadas dentro de una cripta» y «La tumba de Tutankamón está reescribiendo la historia», el 4 y el 27 de diciembre del citado año. Estas y otras noticias similares provocaron una oleada de interés por todo lo relacionado con Egipto. <<

[23] *Khem* significa simplemente ‘negro’, aludiendo a la tierra negra del delta del Nilo (en contraposición con la tierra roja del desierto), pero también era el antiguo nombre del reino. <<

[24] Los antiguos dioses de Egipto, Ra (o Re), un dios solar, se unía por la noche a Osiris, un dios de la oscuridad y la vida después de la muerte. A Isis. la hermana de Osiris, se la representaba normalmente como la diosa madre. Amón, al ser el más desconocido e incognoscible de los dioses. tenía un carácter sumamente sagrado. Se fusionó en algún momento con Ra (Amón-Ra), volviéndose por ello menos inescrutable debido a su asociación con el sol (Ra) Dependiendo de la era. la deidad considerada suprema, a la cual se atribuía la creación del mundo, fue cambiando: por ejemplom Ra e Isis (y por supuesto el misterioso Amón). <<

[25] Un carruaje para dos pasajeros, con un pescante para el cochero.



Un carruaje a motor Riker Victoria, 1900.

<<

[26] El puente de hierro Kobri el Gezira fue construido en 1871-1872, renovado en 1913 y derribado en 1931, tras lo cual fue sustituido en 1933 por el puente de acero de Qasr al-Nil, de 3.701 toneladas. El puente conectaba el centro de El Cairo con la isla de Gezira y el distrito de Zamalek (todo el cual era entonces el extremo sur del deshabitado Bulak) salvando el río Nilo. Henri Alfred Marie Jacquemart (1824-1896) esculpió los leones de bronce en cada una de las cuatro esquinas del puente, estatuas que se trasladaron al Jardín Zoológico de Guiza en 1931.



El puente Kobri el Gezira de El Cairo, 1872.

<<

[27] La guía *Baedeker* de 1908 describe el ébano de Oriente: «El mejor árbol de sombra, tanto por sus cualidades umbrosas co mo por la excelencia de su madera -tratándose además de una especie que crece con una fuerza y facilidad admirables-, es el "ébano de Oriente" *(Albizia lebbeck)*, el cual ha sido llamado erróneamente durante mucho tiempo por los viajeros "acacia del Nilo" (siendo esta, en propiedad, el "espino egipcio" [*N. del T: Acacia nilotica*]). En menos de cuarenta años el ébano de Oriente alcanza una altura de 25 metros y un tronco de importante grosor, al tiempo que las ramas se extienden hasta grandes longitudes por encima de los caminos, llegando a cubrirlos con un espeso dosel de hojas en un periodo de tiempo notablemente breve» (*ibid*., p. LVII). <<

[28] Literalmente, la «calle de las pirámides». <<

[29] La guía *Baedeker* de 1908 dice: «HOTEL MENA HOUSE (Nungovich Co.; director: Herr Klingler [!]), un amplio establecimiento con 180 habitaciones, piscinas, cuadras, pistas de equitación, carruajes, carros para el desierto, *dog-carts* [*N. del T:* un carruaje ligero de dos ruedas y un caballo, normalmente con un solo asiento y espacio detrás de él para llevar perros o equipaje], bicicletas de alquiler, pistas de tenis, biblioteca con 600 libros en inglés, etc.» (*ibid*., p. 31).



El Hotel Mena House de Guiza (Egipto), hoy Marriott Mena House. Fotografía de Paul Mannix, CC BY-S.A. 2.0.

<<

[30] Hoy en día se considera que Keops, el segundo faraón de la dinastía IV, reinó entre los años 2589 y 2566 a.C. (véase I, Shaw, *The Oxford History of Ancieni Egypt*, Oxford, Oxford University Press, 2000, p. 482), y que la Gran Pirámide se construyó entonces. Kefrén gobernó en el 2558-2532 a.C. y Micerino del 2421 al 2414 a.C. Las fechas utilizadas en el relato aparecen en las guías *Baedeker* de 1908 y 1914, las cuales sitúan los reinados de Keops, Kefrén y Micerino en el periodo 2850-2700 a.C. (véase la n. 32). Los egiptólogos han discutido sobre la datación de las diversas dinastías y de las construcciones asociadas a ellas desde que existe dicho campo de estudio. Algunos han llegado a situar el reinado de Keops en fechas tan tempranas como el 3700 a.C.; e incluso recientemente, en la década de 1980, muchos estudiosos seguían usando todavía las que H. P. L. indicó en este párrafo. La aplicación del método de datación por radiocarbono en las pirámides no ha arrojado resultados concluyentes, no obstante lo cual, existe un consenso generalizado en torno a las fechas mencionadas al principio. <<

[31] Este faraón, llamado también Jafra o Jefrén, fue hijo de Jufu. Micerino, al cual se conoce también como Menkaura, fue a su vez hijo de Kefrén. La mayoría de los egiptólogos están de acuerdo en que fue Kefrén quien construyó la Esfinge, aunque algunos especulan -sin pruebas concretas- que esta última y algunas de las pirámides podrían ser incluso 8.000 años más antiguas. <<

[32] La tumba del dignatario egipcio Perneb se erigió *ca.* 2381-2323 a.C. en Sakkara, 40 km al sur de El Cairo, y es del tipo mastaba con laterales escalonados y una cubierta plana. Gran parte de la construcción original, comprada al gobierno egipcio en 1913 se halla en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York y fue descrita en el momento de su adquisición como «menos pretenciosa y elaborada que la tumba contigua de Shepsesre» (*The Tomb of Perneb*, Nueva York, The Metropolitan Museum of Art, 1916, p. 10). Aunque en su día se supuso que Shepsesre había sido hijo de Perneb, actualmente se cree que fue su padre (*ibid*,). La Tumba de Perneb está expuesta en el Met junto con una reconstrucción parcial del muro oeste de la mastaba de Shepsesre. <<

[33] Tutmosis IV, en su afán por llegar a ser faraón de Egipto (afán que vio cumplido, gobernando durante el siglo XIV a.C.), dijo haber tenido un sueño mientras dormía entre las patas de la Esfinge, la cual se encontraba entonces casi totalmente enterrada por la arena. Para conmemorar su sueño, el faraón limpió la arena y erigió una lápida (la «Estela del Sueño») en el lugar. Traducida, la estela dice lo siguiente:

> La estatua del majestuoso Jepri […] descansaba en este lugar, grande en fama, sagrada en respeto, con la sombra de Ra sobre él. Mentís y todas las ciudades a ambos lados de ella acudían a él, con sus brazos en adoración hacia su rostro, portando grandes ofrendas para su *ka*. Uno de aquellos días aconteció que el príncipe Tutmosis llegó aquí a la hora del mediodía mientras viajaba y descansó a la sombra de este gran dios. El sopor [y] los sueños [se apoderaron de él] en el momento en que el sol se encontraba en el cénit. Se encontró entonces con que la majestad de este noble dios le hablaba con sus propios labios igual que un padre le habla a su hijo, diciéndole: «Mírame, obsérvame, Tutmosis, hijo mío. Yo soy tu padre Horemajet- Jepri-Ra-Atón. Yo te haré rey (de la tierra ante los vivos]. […] [Mira, mi estado es como el de un enfermo], pues todos [mis miembros están destrozados]. La arena del desierto, sobre la cual solía alzarme, (ahora) me hace frente; y es apropiado llamarle a hacer aquello que mi corazón ha estado esperando» (I. Shaw, *op. cit.*, p. 254). <<

[34] La guía *Baedeker* de 1908 describe esta tumba como un panteón familiar de la dinastía XXVI

> […] descubierto en 1837 por el Cnel. Vyse, quien le puso el nombre del Cnel. Campbell, el cónsul general británico en Egipto en aquel entonces. Su parte superior, la mastaba propiamente dicha, ha sido completamente destruida, y la fosa (de 16 m de profundidad), en el fondo de la cual hay una cámara sepulcral abovedada con un arco superior de casi 3.5 m de luz, se encuentra actualmente al descubierto. Los laterales de la fosa están separados de la roca circundante por una zanja, cruzada por puentes de piedra sólo en unos cuantos puntos. El sarcófago que descansa en el interior de la cámara sepulcral contenía los restos del escriba real *Pekop Wah-eb-rē-em-yekhet*. un coetáneo del rey Apries. Al lado del sarcófago hay una tapa de piedra esculpida en forma de momia. En las paredes sur y oeste de la fosa hay otros dos sarcófagos dentro de unos nichos; un cuarto sarcófago hallado aquí se guarda hoy en el Museo Británico. Todos estos sarcófagos habían sido profanados y saqueados (*ibid*., p. 135). <<

[35] Según la guía *Baedeker:* «Las pirámides de Dahshûr fueron estudiadas en 1894- 1895 por De Morgans: las de Lisht en 1895 por Gautier y Jéquier. y las de Abu Roash por el Institut Français en 1900-1902» (*ibid*., p. 127). <<

[36] La guía *Baedeker* de 1908 describe el lugar:

> La pirámide escalonada de Sakkara (en árabe. El-Haram el-Mudarrag, es decir, «la pirámide provista de escalones» […]), un elemento muy llamativo del paisaje, puede ser considerada la «Insignia de Sakkara». Fue la tumba del antiguo rey Zoser (de la dinastía 111) y es una de las construcciones de piedra más antiguas de Egipto que se han consenado hasta nuestros días. La pirámide está compuesta por seis niveles, el más bajo de los cuales tiene aprox, 11,5 m de altura; el siguiente, 11 m; el tercero, 10,5 m; el cuarto, 10 m; el quinto. 9.4 m, y el sexto, 8,9 m, al tiempo que cada nivel retrocede horizontalmente 2 m con respecto al que hay debajo de él. La pirámide tiene una altura total cercana a los 60 m (*ibid*., p. 142). <<

[37] Duncan Norris observa -en «Lovecraft and Egypt: A Closer Examination», *Lovecraft Annual* 10 (2016), p. 31 - que la excavación de la tumba de Tutankamón por parte de Howard Carter no ocurriría hasta el 12 de febrero de 1924, de modo que la descripción que hace Houdini de que el faraón «duerme» era aún correcta, aunque el mago por supuesto no podría haber conocido en 1910 la verdadera ubicación de la tumba de «Tut», la cual, en aquel momento, se creía todavía que estaba en la sepultura KV54 del Valle de los Reyes. <<

[38] El fez es un gorro de copa plana sin ala, confeccionado normalmente en fieltro, que acostumbran a llevar los musulmanes.



Un fez. Fotografía de Édouard Hue

<<

[39] Véase la n. 13 de «El extraño», pp. 123-133, anteriormente. <<

[40] Estos versos pertenecen a la carta IV del extenso poema «Alcifrón» de Thomas Moore. publicada por primera vez con su novela *El epicúreo* (1839), y que trataba de la vida de la figura histórica del siglo III cuyo nombre le da título. La obra, muy admirada por Edgar Allan Poe, representaba para Moore un cierto fracaso, a su propio juicio: «Mi plan original, al comenzar la historia del Epicúreo, era escribirla enteramente en verso. […] Pero la enorme dificultad de abordar, rimando, los pequeños detalles de una historia, de tal forma que el poema sea claro sin que acabe resultando prosaico, y, más aún, la larga extensión que me imaginaba que alcanzaría probablemente una narración en verso, me disuadió de llevar más lejos el citado plan» (T. Moore. *The Epicurean, a Tale, and Alciphron, A Poem*, Londres, Chatto & Windus, 1890, p. V).

En el poema de Moore. camino «de Alcifrón en Alejandría a Cleón en Atenas». Alcifrón vaga a los pies de antiguos templos en Menfis (Egipto), adonde ha sido llamado en un sueño; «… las grandes sombras [de los templos] que se alargan huyendo del sol / parecen los primeros pasos colosales de la noche. / extendiéndose a través del valle, para invadir / las lejanas colinas de pórfido con su oscuridad» (*ibid*., carta 11, p. 256). En la vida real. Alcifrón era famoso por sus a artificios literarios como el popular arte cómico de escribir cartas ficticias, adoptando la presunta identidad de, por ejemplo, un criador de cerdos, una cortesana abandonada y diversos «parásitos», o personajes típicos de la comedia griega; véase P. A. Rosenmeyer, *Ancient Epistolary Fictions: The letter in Greek Literature*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004. <<

[41] Un pueblo árabe mencionado en la guía *Baedeker* (p. 138); el cual, según un egiptólogo y profesor adjunto de lenguas semíticas en Harvard de principios del siglo XX, era regularmente saqueado en busca de antigüedades (G. A. Reisner, «Recent Explorations in Egypt», *The Independeny*, 10 de febrero de 1910). <<

[42] Los campesinos o trabajadores agrícolas de Egipto y Oriente Próximo. <<

[43] Una entrada que posee en sí misma importancia arquitectónica. [*N. del T:* en general, una entrada monumental columnada]. <<

[44] Una esfinge es la amalgama de la cabeza de una criatura (un animal o un ser humano) y el cuerpo de un león; una androesfinge es una esfinge con cabeza humana. [*N. del T:* se suele distinguir, siguiendo a Heródoto, entre «androesfinges» y «ginoesfinges»; las primeras tienen cabeza de hombre, y las segundas, de mujer.] <<

[45] Duncan Norris opina, en «Lovecraft and Egypt: A Closer Examination», cit., que H. P. L. no es «nada justo [con Osiris]. Aunque las concepciones modernas de los dioses de los muertos tienden a ser negativas, Osiris era el señor de la vida de ultratumba y la resurrección, una deidad decididamente beneficiosa a ojos de los antiguos egipcios» (*ibid*., p. 33). <<

[46] Una mezcla salina que se obtenía de lechos lacustres en el antiguo Egipto y se utilizaba para embalsamar, en la fabricación de cerámica y como producto de limpieza doméstico o dental, o también, disuelto en agua, como enjuague bucal. <<

[47] El narrador se refiere a «El pescador y el genio», la segunda historia narrada directamente por Sherezade en *Las mil* y *una noches*. <<

[48] Un antiguo instrumento de cuerda, probablemente un arpa triangular. En un artículo sobre la «sambuca», Iain Fenlon. hablando de las *Etimologías*, una enciclopedia del siglo VII en 27 volúmenes, cita a su autor: «Isidoro [de Sevilla] alude a ella como un instrumento de viento, pero es difícil saber de qué está hablando. Siendo precisos, en latín la palabra *sambuca* se refiere a un arpa, pero es poco probable que Isidoro estuviera pensando en un instrumento de cuerda. Este describe la sambuca como una *symphonia*, término que puede significar dos cosas: un instrumento polifónico o, de forma más concreta, un tambor de doble parche». Citando a un segundo estudioso, el musicólogo del siglo XVI Pietro Aaron, Fenlon añade: «la palabra *sambuca* podía haber tenido también otro significado: en italiano, *sambuca* puede hacer referencia a varios instrumentos de viento (gaita, sacabuche), pero también a instrumentos de cuerda (arpa, zanfoña)»; véase I. Fenlon (ed.), *Studies in Medieval and Modern Music*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, p. 17. <<

[49] Un instrumento de percusión compuesto por unas sonajas de metal enganchadas a un mango; Fenlon, citando a Aaron, ofrece otras dos posibilidades: «el ancestro del triángulo […] provisto de platillos de metal que suenan cuando se agita el instrumento» o «el címbalo que utilizaban las muchachas florentinas en sus bailes» (I. Fenlon, *op. cit.*, p 18). <<

[50] Un tambor griego que se toca con la mano, similar a una pandereta. <<

[51] Salas colunmadas. <<

[52] El taumatropo fue un ingenio del siglo XIX, un juguete científico, consistente en una tarjeta o un disco sujeto a un cordel o un trozo de seda, con dos imágenes diferentes, una en cada cara. Se hacen girar los cabos de cordel que cuelgan de cada lado de la tarjeta o disco, y al cabo de unos momentos las dos imágenes, al rotar, generan la ilusión de que son una sola. El efecto demuestra el fenómeno de la persistencia retiniana de las imágenes. Uno de los pares de imágenes más populares era el que presentaba a un pájaro en una cara y una jaula en la otra; cuando se hacía girar el taumatropo. el pájaro parecía encontrarse dentro de la jaula. Se daba también el nombre de «taumatropo» a un disco o cilindro giratorio con imágenes que se veían a través de una rendija, produciendo la ilusión de movimiento (uno de los primeros aparatos de animación). Este tipo de taumatropo se conocía también como «zoótropo» o «fenaquistiscopio» (y. siguiendo la serie continua de aparatos similares, al final llegamos al folioscopio [*N. del T.:* un librito o cuaderno que. al pasar sus páginas a gran velocidad, permite ver una imagen en movimiento]). «Taumatrópicamente». por lo tanto, quiere decir «creando una ilusión». La palabra acabó por utilizarse también con un sentido metafórico. Ver el confinamiento de los criminales en una colonia penitenciaria como algo que sólo tiene efectos positivos podría considerarse un taumatropo intelectual, por ejemplo: «La prosperidad de la colonia y la represión del crimen se presentan a la mente, mediante una especie de rápido giro, como una sola idea combinada. Una dosis moderada de atención fija y serena revela enseguida que uno y otro objeto están pintados en lados opuestos de la tarjeta» (R. Whately, *Elements of Logic*, Boston y Cambridge [Massachusetts], James Munroe and Company, 1855, p. 217). El taumatropo se convirtió, por tanto, en una metáfora de la capacidad de contemplar al mismo tiempo ideas contradictorias, como, por ejemplo, los horrores de condenar a una persona a prisión y los beneficios que ello tiene para la sociedad. <<

[53] Véase la n. 22 de «El terror acechante», pp. 153-191, anteriormente. Polifemo bloqueaba la entrada a su caverna con una roca enorme, tan grande que, según Odiseo, ni siquiera 20 tiros de caballos serían capaces de moverla. <<

[54] La doble corona que llevaban los antiguos reyes de Egipto, cuyo nombre suele escribirse mis comúnmente como *pschent* (del griego ψχεντ).



Un *pschent*.

<<

[55] Algunos críticos han respondido con dureza a este descargo de responsabilidad: Donald R. Burleson dice, por ejemplo: «Sin embargo, y de manera imposible de creer, tras ofrecer una obra que adapta hábilmente la mitología egipcia a una narración que busca horripilar al lector -cosa que logra con pasajes descriptivos de una fuerza inolvidable y perfectamente preparados mediante una cuidadosa intensificación gradual del realismo-, Lovecraft echa a perder hasta cierto punto el relato con la frase final» (D. R. Burleson, *H. P. Lovecraft: A Critical Study*, cit., p. 112). Con todo, dicha frase puede interpretarse también como una más que probable negación de su propia historia por parte de un hombre (Houdini) que se burlaba de lo sobrenatural y se enorgullecía de revelar la falsedad de los fenómenos paranormales. <<

[1] Esta historia fue escrita en octubre de 1924 y publicada por primera vez en 1928 en formato cuadernillo. A la larga, acabaría publicándose en *Weird Tales* 30, 4 (octubre 1937), pp. 418-436.



El n.° 88 de Benefit Street (Providence, 2010), donde vivía Sarah Helen Whitman en el momento de la visita de Edgar Allan Poe.

Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.

<<

[2] Poe cortejó a la escritora Sarah Helen (Power) Whitman -a la cual había conocido en su casa de Providence- durante un periodo de tres meses a finales de 1848. En diciembre, ella accedió a «contraer matrimonio inmediatamente», pero dos días después el compromiso se rompió y Poe regresó a Nueva York, sin que nunca más volviera a ver a Whitman.



Un retrato de Sarah Helen Whitman por John Nelson Arnold (1869), copiado de un original de Cephas Giovanni Thompson pintado en 1838.

<<

[3] Esta fonda se encontraba en el n.° 159 de Benefit Street, pero fue ya demolida.



Mansión House (Providence) en la década de 1940.

<<

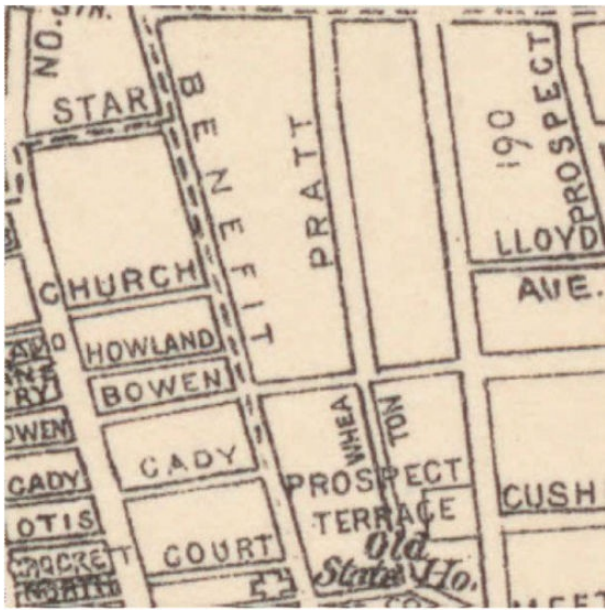
[4] Véase la n. 17 de *El caso de Charles Dexier Ward*, en el volumen anterior, pp. 198-358; gran parte de la acción de esa historia, escrita entre enero y marzo de 1927, tiene lugar también en Providence. En ella se mencionan tanto la iglesia como el Golden Ball Inn. <<

[5] Estas no son «lápidas del siglo XVIII». Según el libro de Gertrude S. Kimball *Providence in Colonial Times*, Boston y Nueva York, Houghton Mifflin Company, 1912 (Kimball, en adelante), una obra que H. P. L. consultaba a menudo, «Cuando la nueva iglesia [que sustituyó a la iglesia del Rey de Towne's Street] -la actual iglesia de St. John- fue construida en 1810, todas las tumbas y lápidas que había frente al templo desaparecieron. No se sabe dónde fueron a parar; muchas de las viejas lápidas se destruyeron o fueron trasladadas a otra parte» (*ibid*., p. 180). <<

[6] La «casa Babbitt», tal como H. P. L. se refirió a esta construcción, está situada en el n.° 135 de Benefit Street, y actualmente se la conoce como la John Mawney House o la Stephen Harris House. En la década de 1920, la propiedad pertenecía en parte a Sophia C. H. Babbitt; después de su muerte, vivió en la casa tina serie de miembros de la familia Babbitt (al igual que lo había hecho la tía de Lovecraft Lillian D. Clark en 1919-1920 trabajando como «cuidadora», según los archivos municipales de Providence). Con todo, H. P. L. le habló a su lía de otra posible fuente de inspiración. Había visto una casa en Elizabeth (Nueva Jersey) que le «recordó a la casa Babbitt. […] Tiempo después su imagen volvió a mi mente con renovada fuerza, hecho que terminó llevándome a escribir una nueva historia de terror ambientada en Providence y basada en la casa Babbitt». La casa de Elizabeth. según dijo, se encontraba en la esquina noreste de la intersección entre Bridge Street y Elizabeth Avenue […] un viejo y terrorífico caserón, un lugar terrible donde debían de haberse cometido actos infames a comienzos del siglo XVII, con una fachada negruzca y sin pintar. un tejado antinaturalmente empinado y una escalera exterior al primer piso enramada de manera asfixiante por una maraña de hiedra tan espesa que resulta imposible no pensar que esté maldita o que la hayan abonado con cadáveres [carta a Lillian D. Clark, 4-6 de noviembre de 1924. *Selected Letters*, vol. I, p. 357]. <<

[7] Un gran cementerio de Providence, situado en la confluencia de North Main Street y Branch Avenue. El lugar es escenario de unas exhumaciones de cadáveres en *El caso de Charles Dexter Weird*. <<

[8] Esta calle está enfrente del parque Prospect Terrace, cerca del antiguo capitolio estatal de Rhode Island (Old State House) y a sólo unas pocas manzanas de la recientemente creada plaza de H. P. Lovecraft (H. P. Lovecraft Square, en la intersección entre Angell Street y Prospect Street).



Un mapa de 1908 en el que aparece Wheaton Street (Geo, H. Walker & Co.).

<<

[9] Debe de ser seguramente una coincidencia que Whipple fuera también el apellido de la tatarabuela de H. P. L., el cual se conservó asimismo, como nombre de pila, en el abuelo y el tío abuelo de H. P. L. Es posible que el Dr. Whipple fuera descendiente del capitán Abraham Whipple, el comandante de uno de los barcos involucrados en el incidente del *Gaspée* (véanse las nn. 66 y 108 de *El caso de Charles Dexter Ward*, en el volumen anterior, pp. 198-358).



En su libro *Lovecraft's Providence & Adjacent Parts* Henry L. P. Beckwith plantea que este bloque podría ser la casa del Dr. Elihu Whipple, obviando el hecho de que se trata de un edificio de arquitectura italianizante situado en el n.° 144 de Benefit Street en vez de una casa de estilo georgiano en la adyacente North Court Street.



El n.° 38 de North Court Street, en 2014.

Esta casa, la tercera más antigua de College Hill (fue construida en 1737), es la que Donovan K. Loucks considera que podría haber sido la residencia del Dr. Elihu Whipple.

Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.



El antiguo capitolio estatal (Old State House). en 2016. (N.° 150 de Benefit Street, Providence).

Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.

<<

[10] La *Monotropa uniflora* (familia Monotropoideae), a la cual se conoce también en inglés (apropiadamente) como *ghost plant* («planta fantasma») o *corpse plant* («planta cadáver»), no contiene clorofila. Es un parásito -es decir, no realiza la fotosíntesis- y puede crecer con facilidad en zonas sin luz solar.



La planta *Monotropa uniflora*: la «pipa de indio».

<<

[11] Sidney S. Rider (1833-1917) fue un historiador de Rhode Island que disfrutó de gran popularidad. El Salón de la Fama de Rhode Island, en su artículo de presentación de Rider en 2007, con motivo de la inclusión de este en la lista de personas ilustres del estado, escribió: «Rider. que vino a vivir a Providence cuando era niño, se dedicó al negocio de los libros, llegando a hacerse cargo de la tienda de Charles Burnett. Al terminar la Guerra de Secesión. Rider comenzó a publicar una sene de cuadernos sobre la historia de Rhode Island. En 1883 lanzó una revista bimensual llamada *Hook Notes*, una publicación que continuó editando durante treinta y tres años. Sus páginas estaban llenas de reseñas, críticas vivaces -a veces malhumoradas- y porfiados ensayos de opinión que cuestionaban las interpretaciones de la historia de Rhode Island que se hacían entonces. En la moderna bibliografía de los estados de Nueva Inglaterra, editada por Roger Parks, figuran más de cien referencias a Sidney Rider» (http://www.riheritagehalloffame.org/inductees_detail. cfm?iid=578). En 1888, Rider escribió un ensayo sobre las supersticiones vampíricas de la población de Rhode Island (S. S. Rider. «The Belief in Vampires in Rhode Island». *Hook Notes* 5, 7 [1888], pp. 37-39). <<

[12] Thomas W. Bicknell (1834-1925) fue un reconocido historiador de Rhode Island. En 1920 publicó la obra en tres tomos *History of the State of Rhode Island and Providence Plantations*, la cual se complementaba con otros tres volúmenes más de biografías. <<

[13] Véase la n. 8, anteriormente, y el mapa junto a ella. <<

[14] Véase *El caso de Charles Dexter Ward*, en el volumen anterior, pp. 198-358, y la n. 9, anteriormente. <<

[15] El Congreso aconsejó a la totalidad de las 13 colonias originales que adoptaran el autogobierno. El 4 de mayo de 1776, la colonia de Rhode Island se convirtió en la primera que abjuró de su lealtad a la Corona inglesa; aun así, sus delegados boicotearon la Convención de Filadelfia de 1787, y Rhode Island fue la última de las 13 colonias en ratificar la Constitución y pasar a ser un estado, el 29 de mayo de 1790. <<

[16] Uno de los colonos que fundaron Providence en 1636 se llamaba William Harris; no obstante, el hijo del William Harris que fue dueño de la casa evitada era «William (hijo)», y por lo tanto ninguno de los dos era descendiente directo del William que fundó la colonia [*N. del T:* en los EEUU es costumbre utilizar números romanos para distinguir a los nietos y otros descendientes sucesivos que tienen el mismo nombre de pila que sus ascendientes directos. Así, a un hijo de «William (hijo)» que se llamara igual que su padre se lo conocería como «William III»; de ahí el comentario que hace Klinger en esta misma nota.]

Philip A. Shreffler escribe en *The H. P. Lovecraft Companion*:

> Las fuentes de inspiración e información para esta historia conforman otra de las típicas mezclas de Lovecraft de hechos históricos y leyendas. La casa evitada del relato, la cual aún es posible ver hoy en Providence (Rhode Island), es la Stephen Harris House. construida en 1764 y ligeramente disfrazada en la narración como la «casa de William Harris» [véase la n. 6. anteriormente]. Esta se encuentra en el n.° 135 de Benefit Street, en el lado oriental de la calle, el más cercano a la cima de la colina. […] Lovecraft describía la casa de forma muy fiel en su historia, y es la gran pendiente de College Hill, la cual Benefit Street atraviesa, lo que provoca que la mayor parte de las viviendas de su parte oriental estén construidas con sótanos al nivel de la acera (y que se adentran en la ladera de la colina), y también que. al mismo tiempo, los pisos superiores de las casas se eleven hasta las copas de los árboles. […] Según una historia que se cuenta sobre los propietarios originales de la casa Harris, esta se levantó justo encima de un antiguo cementerio, cuyos restos fueron todos trasladados de sitio a excepción de los de dos personas. Por lo visto, se olvida ron las tumbas de un francés y su mujer, que todavía continúan enterrados bajo la casa. Supuestamente, cuando los dos hijos de la Sra. Harris murieron, la mujer enloqueció de dolor, y muchas veces se la oía gritar en francés desde una de las ventanas del segundo piso (P. A. Shreffler, *op. cit.,* p. 94). <<

[17] Los hermanos Obadiah Brown (1712- 1762) y James Brown II (1698-1739) fueron los primeros mercaderes de Providence que se dedicaron al negocio de la trata de esclavos en las islas del Caribe. Se dice que su participación, durante la cual Obadiah capitanearía inicialmente las naves de James, fue en un principio breve y poco lucrativa. A la muerte de su hermano mayor, contando veintisiete años de edad y habiendo abandonado ya la trata de seres humanos y contraído matrimonio con su prima Mary Harris (una descendiente del colono William Harris; véase la n. 16) dos años antes, Obadiah asumió la tutela de sus sobrinos, Joseph, John, Nicholas (hijo) y Moses, y les enseñó el oficio familiar en el comercio de ron, cacao y melazas. La familia volvió a dedicarse por una corta temporada a la trata de esclavos en 1759 y finalmente acabó dejando el negocio cuando unos corsarios tomaron una de sus naves. (Véanse también las nn. 86, 104 y 118 de *El caso de Charles Dexter Ward*, en el volumen anterior, pp. 198-358.) <<

[18] Una antigua zona comercial de Providence; en 1820, según Kimball. era «el distrito comercial de moda», siendo Cheapside «el nombre que recibía el lado oeste de North Main Street desde Market Square hacia el norte a lo largo de cuatro o cinco manzanas» (G. S. Kimball, *op. cit.*, p. 373).



Cheapside Block, en 2011; uno de los pocos edificios de época que quedan en la zona.

Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.

<<

[19] Un pequeño pueblo del condado de Bristol (Massachusetts), a sólo 18 km al este de Providence.



La casa de granja de Thomas Carpenter en Rehoboth (Massachusetts), construida *ca.* 1789; ¿podría ser esta la granja Liddeason?

<<

[20] Una isla tropical del este del Caribe que formaba parte del circuito comercial del azúcar. Estuvo bajo control inglés de manera intermitente durante la Guerra de los Siete Años, *y* también de forma ininterrumpida desde 1794 hasta 1815; en los momentos en que no. la controlaron los franceses. Hoy sigue siendo una *región* administrativa de Francia. <<

[21] Cfr, con «El papel pintado amarillo» de Charlotte Perkins Gilman (1860-1935), quien también publicó bajo los nombres de Charlotte Anna Perkins y Charlotte Perkins Stetson. Gilman, una prolífica autora de novelas, relatos y ensayos y una destacada feminista, tras sufrir una depresión posparto, escribió la historia atemporal de una mujer joven a la cual obligan a permanecer en un dormitorio decorado con un horrible papel pintado amarillo y que, por culpa de ello, se ve empujada a la locura. El relato, actualmente un pilar fundamental de los planes de estudio de Lengua de los institutos de secundaria estadounidenses, apareció publicado por primera vez en 1892 en la revista *New England Magazine y* recibió comentarios positivos por parte de H. P. L. en su ensayo «El horror sobrenatural en la literatura». <<

[22] Un pueblo que originalmente era parte de North Kingstown, pero que se constituyó en municipio independiente en 1743. <<

[23] La región agrícola de Nooseneck Hill, situada al norte del río Nooseneck, floreció durante el siglo XIX. A partir de 1800 fue surgiendo en la región una serie de fábricas para la manufactura de hilo de algodón, lana y, posteriormente, cuerdas trenzadas para ventanas de guillotina, cabos de amarre y bramante. Nooseneck alcanzó el tamaño de un pueblo a mediados de la década de 1830 y continuó creciendo hasta la de 1860. cuando los cambios que se dieron en la industria después de la Guerra de Secesión obligaron al cierre de las fábricas. Las líneas de ferrocarril evitaron entonces la zona, y la gente que se quedó en ella no tuvo prácticamente más opción que dedicarse a una agricultura enormemente lastrada por la escasa productividad del suelo y la falta de mecanización. En la época en que se escribió «La casa evitada», muchas de las granjas habían sido abandonadas y la población de toda la zona de West Greenwich había descendido de forma vertiginosa

El origen del nombre de la región es materia de debate. Según el estudio *Historie and Architectural Resources of West Grrenwich, Rhode Island: A Preliminars Report* (Providence [Rhode Island], Rhode Island Historical Preservation Commission, 1978); «La tradición local afirma que surgió del hecho de que [los indios narra gansett utilizaban] lazos con nudos corredizos para cazar ciervos aquí. La teoría que propone [J. R] Cole en su libro *History of Washington and Kent Counties* (1889) es que la extensión de terreno designada por el nombre “Nooseneck”, la cual figura ya en 1819 en un mapa del estado de Rhode Island elaborado por Beno-ni Lockwood, es una estrecha lengua de tierra ubicada entre dos arroyos que se juntan y se convierten en un afluente del río Pawtuxet» [*N. del T: noose* quiere decir ‘soga’ o ‘lazo’, mientras que *neck* puede significar ‘cuello’, ‘lengua de tierra’, etc., dependiendo del contexto]. <<

[24] Esta era una medida de precaución contra los vampiros bien conocida que aparecía recogida en la 9.ª edición de la *Enciclopedia británica*. Es probable que H. P. L. conociera el incidente de Exeter de 1892 por el libro de Charles M. Skinner *Myths and Legends of Our Own Land*, Nueva York y Filadelfia, J. B. Lippincott & Co., [4]1896. Skinner decía en él: «En una fecha tan reciente como 1892, se llevó a cabo una ceremonia de incineración de un corazón en Exeter (Rhode Island) con el propósito de salvar a la familia de una mujer fallecida que se encontraba amenazada por la misma enfermedad que había acabado con la vida de esta última, concretamente, una tisis» (*ibid*., vol. 1, p. 76). George R. Stetson se hacía eco de esto mismo en «The Animistic Vampire in New England», *The American Anthropologist* 9, 1 (enero 1896), pp. 1-13: «En Nueva Inglaterra la superstición vampírica no se conoce por el nombre que le corresponde. Allí se cree que la tisis no es una enfermedad física sino espiritual, una obsesión, o el resultado de la visita de un ser sobrenatural; que mientras el cuerpo de un familiar fallecido de tisis tenga sangre en su corazón, ello demuestra que una influencia oculta está robándosela para dársela a la muerte y actuando para chupar la sangre de los vivos y transferirla al corazón del muerto, provocando así el rápido deterioro de estos últimos» (*ibid*., p. XX). Bram Stoker se inspiró también en las supersticiones de Nueva Inglaterra mientras escribía *Drácula* (1897). Stoker pegó un artículo del *New York World* del 2 de febrero de 1896 titulado «Vampiros en Nueva Inglaterra» en sus notas para la novela (hoy guardadas en el Museo y Biblioteca Rosenbach de Filadelfia). Faye Ringel Hazel analiza el uso que hizo Lovecraft de las leyendas vampíricas en «Some Strange New England Mortuary Practices: Lovecraft Was Right», *Lovecraft Studies* 29 (otoño 1993), pp. 13-18. <<

[25] Según Kimball, «La calle hoy conocida como College Street se creó en 1720 con el nombre de Rosemary Lane [«calle del Romero»]. Sin embargo, cuando el ambiente se cargó de teología, este fino apelativo fue descartado en favor de otro más distintivo, Presbyterian Lane [«calle Presbiteriana»], y debió de resultar un buen camino hacia la salvación, dado que su ancho registrado era de seis metros» (G. S. Kimball, *op. cit.*, p. 194). <<

[26] Nathaniel Greene (1742-1786) inició su carrera militar alistándose como soldado raso en la milicia de Rhode Island conocida como la «Guardia de Kent». Con el tiempo llegó a ser general de brigada en el «ejército de observación» reclutado en respuesta al sitio de Boston de julio de 1775, y en agosto del año siguiente alcanzó el rango de general de división en el Ejército Continental. Al término de la Guerra de Independencia. Greene estaba ampliamente considerado uno de los oficiales más capacitados de George Washington. <<

[27] Israel Angell (1740-1832) fue comandante de las tropas de Rhode Island que integraban el 11.° Regimiento de Infantería del Ejercito Continental. Posteriormente fue ascendido a teniente coronel del 2.° Regimiento de Rhode Island, y luego a coronel. Comandó tropas en la batalla de Monmouth -conocida también como la batalla de Monmouth Court House- el 28 de junio de 1778, en Nueva Jersey, cuando las tropas norteamericanas atacaron la retaguardia de las columnas británicas, cuya defensa estaba a cargo de Cornwallis. Fue la contienda más larga de toda la guerra. Aunque los británicos sufrieron más bajas, la batalla no tuvo un vencedor claro, y ambos bandos se atribuyeron la victoria: un empate láctico cuyos principales hitos por el lado estadounidense incluyeron el liderazgo del general Anthony Wayne en el ataque, la retirada y posterior consejo de guerra del general Charles Lee, y el papel de «Molly Pitcher» (cuyo nombre real se cree que fue Mary Ludwig Hays McCauley, quien tenía veinticuatro años en aquel momento) en el abastecimiento de agua a los soldados y, más tarde, en la carga y recarga de un cañón después de que su esposo, un artillero, resultara herido. Pitcher trabajó posteriormente como miembro del servicio del Capitolio Estatal de Carlisle y acabó recibiendo una pensión como veterana de guerra del parlamento estatal de Pensilvania. <<

[28] Actualmente Elizabeth (véase la n. 6, anteriormente). Esta localidad, la primera capital que tuvo el estado de Nueva Jersey, se fundó en 1664. Lleva el nombre de la esposa de *sir* George Carteret, uno de los dos fundadores originales de la colonia. <<

[29] Esta construcción, conocida también como el puente de Weybosset, conecta Market Square con Westminster Street. Kimball cuenta que «se estima que [en 1770] el número de habitantes era de 1.200 personas, "de las cuales por lo menos cien son hombres libres, aunque no fue hasta hace pocos años que empezaron a construirse casas en esa zona". Sus vecinos son descritos como "comerciantes en su mayoría […] [quienes] mediante diligencia y aplicación […] vencieron muchas dificultades para asentarse en el lugar''» (G. S. Kimball, *op. cit.*, p. 289). <<

[30] Esta calle lleva el nombre de Thomas Angell, un compañero de Roger Williams [*N. del T:* el fundador de la Plantación de Providence, el asentamiento que acabaría convirtiéndose en la Colonia de Rhode Island]. Lovecraft nació en el n.° 194 de Angell Street (el cual cambiaría posteriormente de número al 454). <<

[31] John Cahoone, efectivamente, fue el capitán del *Vigilant*, una balandra de 18 metros, y siguió siéndolo hasta el año 1830. Durante la guerra de 1812 (véase la n. 33) el *Vigilara* atacó el buque corsario británico *Dart*, que había abordado barcos estadounidenses. El ataque ocurrió cuando el *Dart* se estaba acercando a la isla Block (en Rhode Island). <<

[32] Una guerra que libró la joven nación estadounidense contra el Imperio británico, incluyendo sus colonias en Norteamérica. La guerra se declaró en un intento de acabar con las restricciones al comercio, el secuestro de ciudadanos estadounidenses para que sirvieran en la Marina Real británica y el apoyo del Reino Unido a los nativos americanos. El conflicto se resolvió en 1814 con la firma del Tratado de Gante, y aunque los estadounidenses ganaron pocos derechos, con la eliminación de la ofensiva napoleónica el gobierno dejó de tener problemas concretos pendientes. <<

[33] El 23 de septiembre de 1815 un gran huracán golpeó Nueva Inglaterra, provocando que las calles de Providence se vieran invadidas por enormes cantidades de agua y no pocos barcos. Se calculó que los daños alcanzaron un cuarto del valor total de la ciudad. William R. Stapel cuenta en *Annals of the Town of Providence, from Its First Settlement, to the Organiza- don of the City Government, in June, 1832*, Providence, Knowles & Vose, 1843: «Una balandra de unas sesenta toneladas recorrió flotando Weybosset Street y quedó encallada en Pleasant Street, con el mástil erguido y al lado de una casa de ladrillo de tres pisos» (*ibid*., pp. 379-380). <<

[34] En la batalla de Fredericksburg (11-15 de diciembre de 1862) combatieron cerca de 200.000 hombres, más que en cualquier otra de las que habían tenido lugar anteriormente en la Guerra de Secesión. Pese a que las fuerzas de la Unión superaban en número a las tropas confederadas (bajo el mando de Robert E. Lee) en un porcentaje superior al 50%, los defensores del Sur repelieron el asalto del Norte, si bien es cierto que con cuantiosas bajas. La moral de la Unión se hundió tras la batalla, y los confederados recobraron los ánimos tras su abatimiento previo por el fracaso de la invasión del Antietam por parte de Lee tres meses antes.



Fredericksburg (Virginia), en 1863

<<

[35] Una publicación iniciada en 1762 por William Goddard y fusionada en 1825 con el *Rhode Island American*. <<

[36] El *Daily Transcript and Chronicle* (fundado en 1844) cambió de nombre a *Daily Transcript* en 1847 y dejó de publicarse en 1855. <<

[37] Cuando Roger Williams y los colonos empezaron a habitar en Rhode Island, los narragansett llevaban ya probablemente 30.000 años haciéndolo. <<

[38] Un compatriota de Roger Williams y uno de los colonos que fundaron Providence en el año 1636. <<

[39] Véase la n. 11 de *El caso de Charles Dexter Ward*, en el volumen anterior, pp. 198-358. La Rhode Island Historical Society se fundó en 1822, y su sitio web es http://www.rihs.org.



El antiguo Gabinete de la Sociedad Histórica de Rhode Island, en el n.° 68 de Waterman Street (Providence, 2014). Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.

<<

[40] Véase la n. 13 de *El caso de Charles Dexter Ward*, en el volumen anterior, pp. 198-358.



La Biblioteca Shepley (Providence), *ca.* 1920.

<<

[41] East Greenwich se encuentra unos 29 kilómetros al sur sudoeste de Providence. Su población actual es de unos 13.000 ha- hitantes y es el municipio más rico de Rhode Island. Para saber más de la vecina West Greenwich, véase la n. 23, anteriormente. <<

[42] No hay ningún pueblo actual en Francia llamado Caude, aunque sí un Caude- coste y un Gaude. Sabine Baring-Gould sitúa a un tal Jean Roulet (véase la n. 46, más adelante) en Caude, pero no cita ninguna fuente para el nombre del pueblo.

Los hugonotes eran los protestantes franceses del siglo XVI; con el Edicto de Nantes, promulgado en 1598 por el rey Enrique IV, consiguieron una relativa autonomía. No obstante, las guerras de religión se reanudaron en el siglo XVII, y los hugonotes fueron cada vez más perseguidos. En 1685, tras las dragonadas (una política de conversión por la fuerza de los protestantes) puestas en práctica cuatro años antes. Luis XIV revocó el Edicto de Nantes y lo sustituyó por el totalmente desfavorable Edicto de Fontainebleau, que equivalía a una intolerancia religiosa absoluta; por lo que, a comienzos del siglo XVIII, cientos de miles de hugonotes habían huido de Francia. <<

[43] *Sir* Edmund Andros (1637-1714) fue el gobernador real del Dominio de Nueva Inglaterra entre 1686 y 1689, año en que fue capturado por unos rebeldes y depuesto a efectos prácticos. <<

[44] Kimball señala: «En los registros de 1680 aparece otro signo inequívoco [del desarrollo de Providence como puerto marítimo]. Pardon Tillinghast pidió, y obtuvo, “un pequeño terreno frente a su vivienda (por encima de la línea de la pleamar) de seis por seis metros, para construirse un almacén con el privilegio asimismo de un muelle”» (G. S. Kimball. *op. cit.*, pp. 128-129). <<

[45] Véase la historia que Fiske cuenta de Roulet en *Myths and Myth-Makers*, la cual cita como fuente el libro de Sabine Ba- ring-Gould *Hook of Werewolves, Being an Account of a Terrible Superstition* (1865). Fiske repite el error de «Caude» de Baring-Gould, pero concluye no obstante que Roulet, más que un hombre lobo, fue víctima de una regresión a un estado mental primitivo y violento: «Si hubo algún lobo involucrado en el caso, más allá de los que la excitada imaginación de la gente haya podido evocar, es algo que no me atrevo a establecer: pero es seguro que Roulet creía ser un lobo, y que asesinó y devoró a varias personas bajo la influencia de tal delirio» (J. Fiske, *op. cit.*, p. 115). <<

[46] La descripción es bastante similar a la que aparece en *Myths and Legends of our Own Land*, de Skinner:

> En un sótano de la Groen Street de Schenectady apareció, hace unos años, la silueta de una figura humana, pintada en el suelo con moho. Consiguieron hacerla desaparecer barriendo y fregando el suelo, pero volvió a aparecer al poco tiempo, y mes a mes, después de cada vez que la quitaban, la silueta regresaba: una suave y esponjosa masa de moho, siempre con la forma de un hombre yacente. Cuando se descubrió que la casa se levantaba sobre el mismo terreno que el antiguo cementerio holandés, los chismosos conectaron una cosa y otra, y llegaron a la conclusión de que el moho lo producía un espíritu cuya parte mortal había sido enterrada un siglo antes o más en el sitio que ahora ocupaba la casa, y de que el espíritu había escogido aquella manera para hacer saber a la gente que estaban invadiendo su lugar de descanso. […] Pero otra explicación más siniestra era que se trataba de la silueta de un vampiro que estaba intentando salir de su tumba, y que no podía conseguirlo porque se había lanzado un hechizo virtuoso sobre la casa. (Véase la n. 24, anteriormente.) <<

[47] Fundada en 1764 con el nombre de «Universidad de la Colonia Inglesa de Rhode Island y la Plantación de Providence», la Universidad de Brown fue la primera institución de este tipo que aceptó estudiantes de distintas confesiones religiosas.

En vista de la naturaleza ecléctica de los instrumentos obtenidos, no está claro qué laboratorios de Brown facilitaron el equipo. La Facultad de Ingeniería se fundó en 1847, y aunque resulta tentador pensar que el Laboratorio de Biología Marina, creado en 1888, fue una importante fuente de suministros. su vinculación con la Universidad de Brown se extendió únicamente entre los años 2003 y 2013 (antes de entonces era totalmente independiente, y hoy está asociado a la Universidad de Chicago). <<

[48] La Cranston Street Armoury, construida en 1907, fue la sede de la Guardia Nacional de Rhode Island hasta 1996. No obstante, en 1981, su estado de conservación era ya tan malo que no pudo seguir utilizándose con fines públicos. El último ocupante del edificio fue la Brigada de Prevención de Incendios y Artificieros del Estado de Rhode Island. En marzo de 2016, los funcionarios del estado anunciaron tres opciones igualmente desagradables, afirmando que sería necesario invertir 100 millones de dólares para rehabilitar la histórica construcción, 5,5 millones para demolerlo y 1,2 millones para reformarlo de tal modo que se pudiera seguir utilizando de forma segura como un edificio sin actividad (a modo de almacén).



La Cranston Street Armoury (Providence), en 2017. Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.

<<

[49] Es decir, que el narrador da a entender que, con nuevos estudios, la existencia de vampiros y hombres lobo hallaría explicación a través de las leyes de la física. La teoría general de la relatividad de Einstein se completó en 1915, nueve años antes de que Lovecraft escribiera este relato. <<

[50] Estos tubos, desarrollados entre 1869 y 1875 por el tísico William Crookes y otros científicos, se usaron normalmente en investigaciones de las propiedades de los rayos catódicos (corrientes de electrones), descubriéndose que los tubos emitían también rayos X. La siguiente generación de estos aparatos, utilizada principalmente para la generación de este último tipo de radiación. recibió igualmente el nombre de «tubos de Crookes». En el relato, aparentemente, se esperaba que un chorro de rayos X resultara ser un arma eficaz contra lo que fuera que habitara en el sótano. Resulta irónico que H. P. L., quien despreciaba la ciencia-ficción típica de las revistas *pulp* de la época y clamaba contra los «apocalipsis con cañones de rayos y naves espaciales» (en su ensayo «Some Notes on Interplanetary Fiction», *Califor- nian* 3, 3 [invierno 1935], pp. 39-42), equipase al dúo protagonista con un arma que es básicamente ¡un cañón de rayos fijo! Para leer una opinión razonada de por qué H. P. L. pensaba seguramente que los rayos X podrían dañar a un vampiro, véase T. R. Livesey, «Lovecraft and the RayGun», *Lovecraft Animal* (2009), pp. 3-9. <<

[51] Los lanzallamas se remontan a la Grecia del siglo I d.C. y fueron usados por ambos bandos durante la Gran Guerra. El modo básico de funcionamiento no ha variado desde entonces, proyectándose un liquido o gas inflamable al cual se le prende fuego. ¿Por qué no utilizó el narrador el lanzallamas?, se pregunta T. R. Livesey (véase la n. 51, anteriormente).



Lanzallamas en la Gran Guerra.

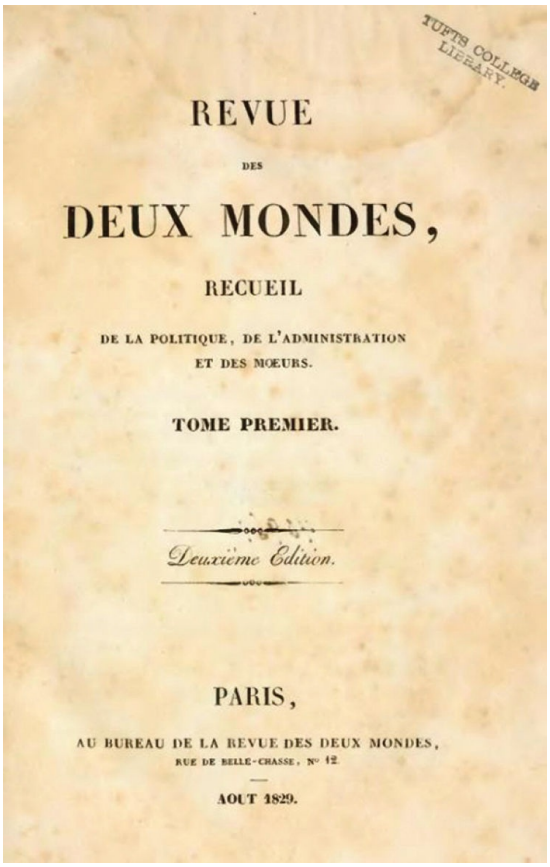
<<

[52] Sin duda, el narrador sintió la necesidad de señalar esto porque el horario de verano no era todavía una norma generalizada en aquel entonces. El Gobierno de los EEUU lo adoptó oficialmente en 1918. como parte de las medidas de apoyo a la campaña bélica de la Gran Guerra, y un año después lo suprimió.

El horario de verano fue una cuestión sorprendentemente polémica. Su derogación fue aprobada por el Congreso como parte de un proyecto de ley agrícola, pero en julio de 1919 el presidente Woodrow Wilson, que era contrario a dicha derogación, se negó a firmar la ley. Una coalición de agricultores y otras personas presionaron al Congreso para que anulara el veto, pero el presidente Wilson rechazó el proyecto de ley de la derogación por segunda vez. Finalmente, el 19 de agosto, la Cámara de Representantes votó a favor de anular el segundo veto y. al día siguiente, el Senado hizo lo propio. Por consiguiente, en la fecha en que tienen lugar los hechos de «La casa evitada», el uso del horario de verano se mantuvo como mandato federal sólo durante un mes más.

Tras la derogación, varios estados y ciudades aprobaron leyes propias de cambio de la hora (entre ellas Providence, el 14 de abril de 1920). pero la oposición a la norma en las regiones agrícolas del nordeste fue intensa. El horario de verano no volvió a reinstaurarse a nivel nacional hasta la implementación del «horario de guerra» en 1942. <<

[53] Una revista francesa que ha estado tratando asuntos literarios, políticos y culturales de forma ininterrumpida desde el año 1829.



La *Revue des Deux Mondes*.

<<

[54] Véase la n. 19 de «La llamada de Cthulhu», en el volumen anterior, pp. 142-182. <<

[55] En la parte este de Providence, al otro lado del río. Es el epicentro de los acontecimientos de «La llamada de Cthulhu». <<

[56] Véase la n. 10 de *El caso de Charles Dexter Ward*, en el volumen anterior, pp. 198-358.



El Athenæum (Ateneo) de Providence (n.°251 de Benefit Street), en 2010. Fotografía Kenneth C. Zirkel, CC-BY-S.A. 3.0.



La Stephen Hopkins House de Providence (n.° 15 de Hopkins Street), en 2010. Fotografía de Kenneth C. Zirkel. CC-BY-S.A. 4.0.

<<

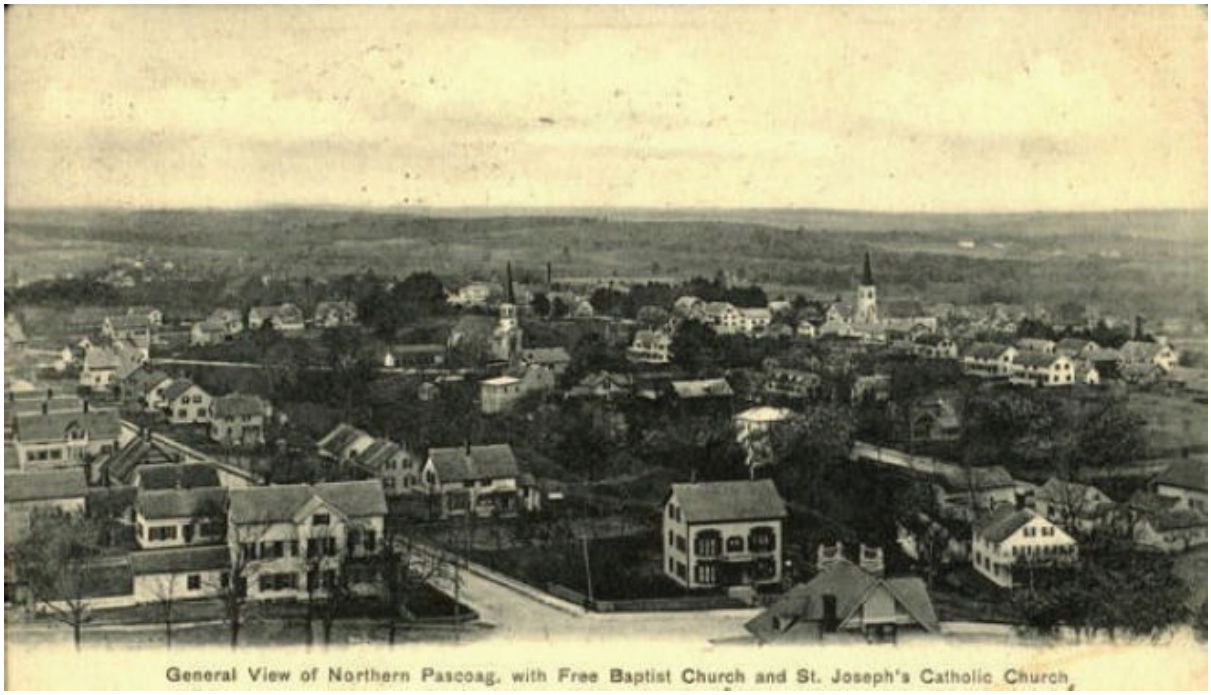
[57] *N. del T.: carboy*, en el original.] Un recipiente de gran tamaño para transportar líquidos. No tiene unas medidas estándar, pero generalmente su capacidad varía entre 20 y 60 litros. ¿A quién llamó el narrador para hacer este excéntrico pedido? <<

[58] Jacqueline C. Schafer señala, en «H. P. Lovecraft: Aspiring Materialist», *Nyctalops* 4, 1 (abril 1991): «El uso del ácido sulfúrico como agente reactivo fundamental posee un innegable trasfondo alquímico, puesto que el azufre, en la epistemología alquímica, representa el principio esencial de la combustión, o la transformación» (*ibid*., p. 56). <<

[1] El relato fue escrito en agosto de 1925 y se publicó por primera vez en *Weird Tales* 9, 1 (enero 1927), pp. 59-73. Según el manuscrito, el título original era «El caso de Robert Suydam», lo cual hace pensar que Lovecraft podría haber sido perfectamente consciente de las similitudes de Malone con los personajes creados por escritores como Dashiell Hammett, cuyo trabajo estaba apareciendo en los años veinte en revistas como *Black Mask*. No obstante, H. P. L. cambió de idea y reservó esa fórmula para *El caso de Charles Dexter Ward*, el cual fue escrito dos años más tarde. <<

[2] Este epígrafe pertenece al capítulo 2 de *La mano roja.* «El incidente de la carta», publicado por primera vez en *Chapman's Magazine* 2, 4 (diciembre 1895), pp. 396- 400. La influencia de Machen (1864-1947), un escritor galés cuyas historias H. P. L. alababa por sus «elementos de horror oculto y terror siniestro» («El horror sobrenatural en la literatura», p. 421), es perceptible en escritores contemporáneos como Stephen King, según sostiene Damien G. Walter en «Machen Is the Forgotten Father of Weird Fiction», *Guardian*, 29 de septiembre de 2009. <<

[3] Una pequeña pedanía de Burrillville, un municipio situado en el extremo noroccidental del estado de Rhode Island. Pascoag era conocida en la época principalmente por sus fábricas textiles.



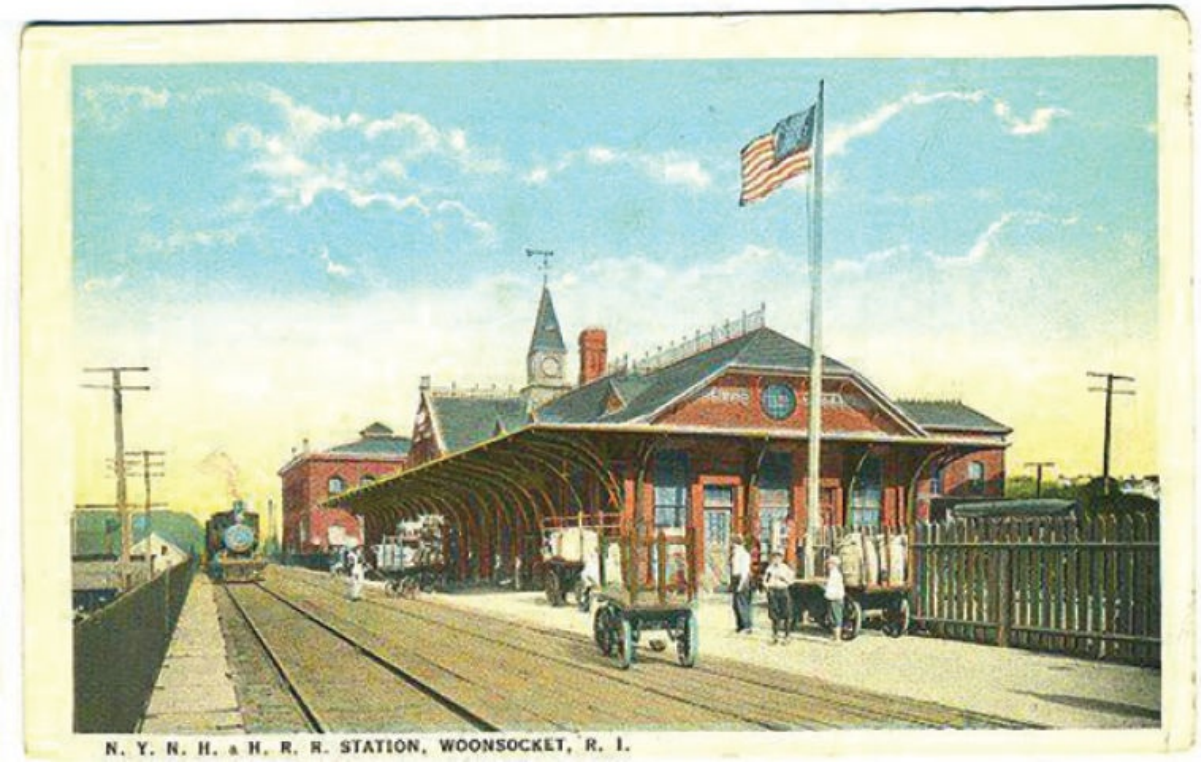
Pascoag (Rhode Island), *ca.* 1906.

<<

[4] Una comunidad cercana aún más pequeña, perteneciente al municipio de Glocester, en Rhode Island. Desde 1926, el pueblo es escenario cada 4 de julio de una cabalgata llamada «the Ancients & Horribles Parade» que se caracteriza por sus proclamas políticas y su humor descarado. En 1927, H. P. L. y C. M. Eddy hijo (para quien H. P. L. hizo varias «revisiones») se aventuraron a visitar Chepachet en busca de un lugar conocido como el «Pantano Sombrío», del cual habían oído hablar. Nunca dieron con él, pero la región pudo haber inspirado al menos el principio del relato de Lovecraft «El color que cayó del cielo» (véase la n. 2 de «El color que cayó del cielo», en el volumen anterior, pp. 359-397), y el entorno formó parte de la historia inacabada de Eddy «Black Noon». En la década de 1990, Chepachet atrajo brevemente la atención del país cuando apareció en unos episodios del popular programa de televisión *Expediente X* como el lugar donde veraneaba en su juventud el personaje protagonista Fox Mulder (David Duchovny), quien dice que Chepachet se encuentra «a veinte millas [*N. del T.:* de Providence], en la carretera 8». No hay ninguna carretera 8 que pase por Chepachet, ni tampoco hay ninguna, de hecho, en todo el estado. <<

[5] En la reorganización del Departamento de Policía de Nueva York que se llevó a cabo en 1918, los detectives fueron trasladados desde nueve oficinas y repartidos entre las 83 comisarías de la ciudad. Había 610 detectives de segundo grado (el rango más bajo), todos los cuales tenían el mismo salario que un agente raso. El Comisario de Policía aconsejó entonces mejorar el sueldo de 150 de ellos para que cobrasen lo mismo que un sargento; este grupo, denominado «de primer grado», percibía un salario que era «aproximadamente un 50 por 100 mayor que el que se estipula para el policía raso mejor retribuido» («Informe anual de 1919», Ciudad de Nueva York, Departamento de Policía, 1920). <<

[6] Una localidad en el borde septentrional del estado de Rhode Island. En 1937, Woonsocket tenía una población de 49.376 personas. Unas tres cuartas partes de ellas eran inmigrantes francocanadienses -una proporción que era del 60 por 100 en 1900-, y había también una importante representación de belgas.



La estación de tren de Woonsocket (Rhode Island) en 1923.

<<

[7] Esto es, el Trinity College de Dublín.



La Universidad de Dublín (Irlanda), *ca.* 1830.

<<

[8] Un parque grande y hermoso situado en la zona oeste de Dublín.



Phoenix Park (Dublín, Irlanda)

Fotografía de dronepicr, CC-BY S A. 2.0.

<<

[9] Una revista que se publicó en Londres desde 1836 hasta 1906. <<

[10] Esta cita pertenece al relato de Edgar Allan Poe «El hombre de la multitud», publicado por primera vez en *Burlón*'s *Gentlemen's Magazine* y en *The Casket* (diciembre 1840). Según el libro *Collected Works of Edgar Allan Toe: Tales and Sketches, 1831-1842* (T. O. Mabbot [ed.], Cambridge [Massachusetts], Belknap Press of Harvard University Press, 1978): «La cita alemana aparece también (atribuida a un libro del "Sr. Matthews") en la observación n.° 46 de las "Fifty Suggestions" de Poe. […] aunque *Buch* es neutro (lo cual exige el uso de *es*), la palabra *hortulus* es masculina. […] Poe tradujo el alemán de manera literal: "no se deja leer". Él interpretó esto como que el libro era demasiado horrible como para que nadie pudiera leerlo de principio a fin: pero lo que la obra original de la que extrajo la frase podía querer decir es que el libro al que se refería tenía una impresión deplorable, o que no había disponible ningún ejemplar de él» (*ibid*., p. 518, n. 19). <<

[11] Aubrey Beardsley (1872-1898) fue un destacado ilustrador inglés al cual se recuerda por sus dibujos morbosamente eróticos y decadentes. Sus ilustraciones para *Salomé* (1894) de Oscar Wilde son probablemente sus trabajos publicados más conocidos. Antes de este libro, un encargo que recibió del editor londinense J. Dent con sólo veinte años, para ilustrar *La muerte de Arturo*, le ayudó a establecerse como ilustrador profesional; una vez completados estos dibujos, que tuvieron una acogida excepcional. Beardsley ya no tuvo que volver a los trabajos de oficinista a los que había estado ligado de forma muy breve y para los cuales, tratándose de un joven aquejado de hemorragias tuberculosas, no estaba hecho. Véase la obra impecablemente documentada de L. G. Zatlin. *Aubrey Beardsley: A Catalogue Raisonné*, New Haven, Yale University Press, 2016. <<

[12] Gustave Doré (1832-1883) fue un ilustrador y pintor francés célebre por. entre otras obras, sus grabados para *La balada del viejo marinero* (1876) y la sensacional obra original *Londres, una peregrinación* (1872), una colaboración con el periodista Blanchard Jerrold que ponía de relieve tanto la elegancia como las privaciones de los habitantes de la ciudad a mediados de la era victoriana, apiñados en andenes de tren de tercera clase, levantando bultos pesados en almacenes o vendiendo pescado en la lonja de Billingsgate. H. P. L. conocía la obra de Doré, especialmente su versión ilustrada de *El paraíso perdido* (1866), y lo menciona de manera expresa en «El modelo de Pickman», pp. 396-418, más adelante. <<

[13] La comisaría del distrito 90, situada entonces en los números 17 y 19 de Butler Street en Brooklyn, y cerrada en 1920 para la realización de importantes reformas. En aquella época, la dotación estaba compuesta por un capitán, cuatro tenientes. seis sargentos y sesenta agentes rasos. <<

[14] Governors Island (el apóstrofo se ha eliminado desde entonces) es una isla de 70 ha situada justo enfrente (a poco más de 700 m) del extremo sur de Manhattan, y más cerca aún del muelle n.° 6 del parque del Puente de Brooklyn (un trayecto en ferri de menos de 400 m); la isla fue rehabilitada y reconvertida en un parque público y lugar de conciertos en 2016. Casi todos sus miradores ofrecen unas vistas espectaculares de la Estatua de la Libertad. la cual se encuentra a tan solamente 2,4 km de distancia. Desde 1783 hasta 1966, Governors Island fue una base del ejército de los EEUU. <<

[15] H. P. L. vivió en el n.° 169 de Clinton Street, en el barrio de Brooklyn Heights, entre los años 1925 y 1926. La calle lleva el nombre de George Clinton, quien fuera gobernador real de la Provincia de Nueva York (cargo para el cual fue nombrado en 1741).



Governors Island (Nueva York) en 1911, vista desde Battery Park (Red Hook está al otro lado de la isla).



Clinton Street (Brooklyn), *ca.* 1935.

<<

[16] El edificio, que se encuentra en el n.° 209 de Joralemon Street y fue diseñado por un tendero y un contratista que ganaron un concurso público y nunca habían ejercido como arquitectos, se construyó en 1848 para que alojara el ayuntamiento de Brooklyn. Cuando esta población se unió a Manhattan en 1898, se convirtió en la sede de la junta de distrito de Brooklyn (Brooklyn Borough Hall).



La sede de la junta de distrito de Brooklyn, en 1888.

<<

[17] «El horror de Red Hook» es la narración más racista de H. P. L., y, a su modo característico, el autor no particulariza nunca en ella a ninguno de los inmigrantes a los que tanto despreciaba. Andrew Lenoir, en «Dead Lies Dreaming: Lovecraft and the Other Side of Modernity», *Lovecraftian Proceedings: Papers from NecronomiCon Providence: 2013*, n.° 1 (Nueva York, Hippocampus Press, 2015, pp. 53-72), plantea que la historia pudo nacer a raíz de la aprobación en mayo de 1924 de una ley federal de inmigración de gran calado que institucionalizaba la homogeneidad racial como una política nacional. Esta ley (conocida como la Ley Johnson-Reed), además de limitar drásticamente el número de inmigrantes de cualquier país que podían entrar cada año, prohibía por completo la inmigración desde Japón, China, Filipinas, Tailandia, Vietnam, Laos, Singapur, Indonesia, India, Malasia, Birmania y Corea. Tambien relajaba las restricciones sobre la inmigración alemana, inglesa e irlandesa (las razas que Lovecraft más admiraba), al mismo tiempo que endurecía las impuestas sobre la procedente de Europa del Este e Italia.

Mientras se estaba debatiendo la ley. Lovecraft escribió:

> Me resulta difícil concebir algo más absoluta y definitivamente repugnante que ciertas calles del Lower East Side a las que [Rheinhart] Kleiner nos llevó a [el amigo judío de H. P. L. Samuel] Loveman y a mí en abril de 1922. Los seres —italo-semítico-mongoloides— que habitaban en aquella espantosa cloaca no podían ser llamados humanos en modo alguno. […] Al salir de esa pesadilla de perversa septicidad fui incapaz de llevarme conmigo el recuerdo de ninguna cara. Lo grotesco del individuo se difuminaba en lo abrumador del colectivo, dejando únicamente en la retina los fantasmales rasgos genéricos de la malsana personificación de la descomposición y la decadencia. [Carta a Frank Belknap Long, 21 de marzo de 1924, *Selected Letters*, vol. 1. pp. 333-334.]

Lovecraft alabó la política xenófoba de la nueva ley al considerar que desincentivaba «la inmigración de grupos raciales radicalmente ajenos a los pobladores originales de Norteamérica», y nueve años después, pecando un poco de iluso, se felicitó diciendo: «No creo que esta sólida política vaya a ser nunca abolida» (carta a J. Vernon Shea, 25 de septiembre de 1933. *Selected*

Letters, 1932-1934, A. Derleth y J. Turner [eds.], Sauk City [Wisconsin], Arkham House, 1971, p. 250: en adelante, *Selected Letters*, vol. IV). <<

[18] El controvertido libro de Murray *El culto de las brujas en Europa occidental* (véase la n. 23 de «Las ratas de las paredes», pp. 192-223, anteriormente) aparece también mencionado en «La llamada de Cthulhu», en el volumen anterior, pp. 142-182 (n. 18). <<

[19] Este término hacía referencia a una familia de lenguas (el llamado grupo uraloaltaico), hoy rechazada, que unía a los pueblos de Eurasia. <<

[20] Suydam es un apellido de larga y venerable tradición en Brooklyn: esta familia holandesa y otros pioneros coloniales gozan de una amplia representación en el cementerio de la Iglesia Reformada Holandesa de Flatbush, situada en el n.° 890 de Flatbush Avenue; y en dos barrios distintos al norte de la iglesia hay sendas calles llamadas Suydam Place y Suydam Street. El censo de 1920 incluía 175 personas con dicho apellido en Nueva York. Véase J. H. Suydam. Rvdo., *Hendrick Rycken, the Progenitor of the Suydam Family in America*, en https://archive.org/stream/hendrickryckenpr00suyd/hendrickryckenpr00 suyd_djvu.txt. <<

[21] Una zona de Brooklyn construida originariamente por colonos holandeses pero que a comienzos del siglo XX había sido ocupada en su mayoría por inmigrantes irlandeses, italianos y judíos. <<

[22] Esta calle recibe su nombre de Joris Martense, un colono neerlandés de tiempos de la Guerra de Independencia estadounidense y uno de los 12 fundadores de la Erasmus Hall Academy (1786), una antigua escuela privada. Su abuelo, Martin Adriance (1668-1754). era el dueño de la granja más grande de Flatbush. que se extendía «desde Caton Avenue hasta la linde norte de las tierras actuales de la Sra. WILBUR a lo largo de Flatbush Avenue, de ahí hacia atrás hasta la línea divisoria que separa New Utrecht y Flatbush. luego hacia el sur una cierta distancia siguiendo dicha línea y finalmente penetrando en New Utrecht» (http://bklyn-genealogy-info.stevemorse.org/Town/Homesteads/MartenseStory.xhtml). <<

[23] La «Cábala» -término que proviene de la palabra hebrea para «recibir»- es una tradición y disciplina mística que tiene su origen en el pensamiento y el estudio judíos; concretamente, con Moisés en el monte Sinaí, según sostiene el profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén Joseph Dan en *Kaballah: A Very Short Introduction*, Nueva York, Oxford University Press, 2005. Durante el Renacimiento, muchos cristianos estudiaron textos cabalísticos judíos extraídos de dos secciones de la Torá que el Talmud prohíbe analizar -la creación del mundo (Génesis) y la visión de Ezequiel del carro celestial (Ezequiel 10, 8-22)-, textos que pasaron a formar parte de los estudios alquímicos del hermetismo. <<

[24] La leyenda alemana habla de un erudito que vende su alma al diablo a cambio de sabiduría. Dicha leyenda ha sido dramatizada y usada como tema por distintos escritores a lo largo de la historia. Dos de las versiones más destacadas son las obras teatrales *La trágica historia del doctor Fausto* de Christopher Marlowe (1604) y *Fausto* de Johann Wolfgang von Goethe (1808), un drama cuyo tema obsesionaba a su autor ya incluso de niño, según cuenta Rüdiger Safranski en *Goethe: Life as a Work of Art*, D. Dollenmayer (trad.), Nueva York, Liveright, 2017, p. 522. Puede encontrarse una tercera versión, naturalmente, en la novela de Thomas Mann *Doktor Faustus* (1947), una alegoría del ascenso del nazismo.



El Dr. Fausto, en una ilustración de 1925 que Harry Clarke dibujó para la traducción de Bayard Taylor (1870-1871) de la obra de Goethe.

<<

[25] Las *sefirot* (ספירות) son las diez emanaciones de Dios en la tradición cabalística. No obstante, según el libro de Gustav Davidson *A Dictionary of Angels: Including the Fallen Angels*, Nueva York, Free Press, 1967, también se llama Sefirot a «un poderoso ángel […] invocado en ritos cabalísticos» (*ibid*., p. 266). Asmedai (אשמדאי), o Asmodeo, es un rey de los demonios según el libro deuterocanónico de Tobías (el cual es aceptado como canónico por la Iglesia católica romana y la ortodoxa oriental); según la cábala, sin embargo. Asmedai es un *cambion*, un ser mitológico producto del comercio carnal de un súcubo y un humano, en este caso Agrat bat Mahlat (מחלת אגבת בת Agrat, hija de Mahlat), un demonio, y el rey David. Samael (סמאל), que quiere decir «veneno [o ponzoña] de Dios», es identificado en el Talmud con el principal arcángel de la muerte, y, según Davidson, es el «caudillo de los satanases […] uno de los espíritus de mayor rango y […] más abyectos que opera en el Cielo, en la tierra y en el Infierno» (*ibid*., p. 255). <<

[26] En el siglo XVII, Jacobus van Corlaer era el propietario de las tierras de labranza que daban a la playa de lo que en aquel entonces se conocía como Corlaer's Hook, en el extremo sur de Manhattan; unas tierras que serían posteriormente vendidas a William Beekman. Durante la ocupación británica de Nueva York el lugar pasó a llamarse Crown Point, pero en el siglo XIX volvió a una versión mal escrita de su nombre anterior. Corlear's Hook (con o sin apóstrofo) -del cual probablemente Lovecraft tomó el apellido, escrito de manera incorrecta-. La zona estaba repleta de muelles y astilleros, y de forma nada sorprendente las prostitutas pasaron a establecerse en ella en gran número. El *Dictionary of Amerieanisms* (1859) de John Russell Bartlett define así la palabra *hooker* [*N. del T.:* 'prostituta', en inglés]: «Una residente del Hook, es decir, una meretriz, una buscona de marineros. Así llamadas por el número de casas de mala reputación que los marineros frecuentan en el Hook de la ciudad de Nueva York (esto es, Corlear's Hook)». Irving Lewis Allen cuenta en parte esto mismo en su libro *The City in Slang: New York Life and Popular Speech*, Nueva York, Oxford University Press, 1993, pp. 184-186. Véase también L. Sante, *Low Life*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2003, pp. 16, 29. 204-207.



Anthony van Corlaer, trompeta de la guarnición de Nueva Ámsterdam.

<<

[27] La familia Van Brunt estaba bien representada en el censo de 1920 de Nueva York, y actualmente hay una Van Brunt Stillhouse, una destilería artesanal, en el barrio de Red Hook. En el relato de Washington Irving «La leyenda de Sleepy Hollow» (1820), ambientado en la localidad de «Tarry Town» (Tarrytown, Nueva York), un personaje llamado Abraham van Brunt (Brom *el Huesos*) sirve de contrapunto al protagonista Ichabod Crane. <<

[28] El *Callejero de las principales ciudades de los Estados Unidos* publicado en 1908 por la Dirección General de Correos de EEUU no recoge ninguna calle con este nombre en los cinco distritos de Nueva York. aunque en el boletín oficial de la ciudad (*The City Record: Official Journal of the City of New York*, vol. 33, parte 5, 1905) hay constancia de una Parker *Street* en el Bronx y una Parker *Place* en la ciudad vecina de Yonkers. (Y, por supuesto, también hay una *Park* Place en Brooklyn.) Hubo una calle llamada Parker Place en Providence, y es posible que H. P. L. utilizara ese nombre para ocultar la ubicación del piso de Suydam. <<

[29] El nestorianismo habla de la desunión entre los aspectos humano y divino de Jesús. Los fundamentos de su doctrina fueron enunciados por Nestorio (386-450 d.C.), patriarca de Constantinopla, y preservados por la Iglesia del Oriente, conocida también como la Iglesia asiria o nestoriana. <<

[30] En su obra «The Soul, Nature Spirits, and Developing a Personal Relationship with Nature and the Natural Environment in the Light of Tibetan Shamanism», John Myrdhin Reynolds dice: «Durante siglos, los practicantes de chamanismo del Tíbet han sido *nyingmapa* [antiguos] o *bonpo* [practicantes de *bon*]» (p. 62). Reynolds sitúa el bon como una religión prebudista -es decir, anterior a la llegada del budismo indio al Tíbet central en el siglo VII-, distinguiendo entre lo que él llama «la alta cultura literaria del budismo y el bon, por un lado, y la cultura y las prácticas tradicionales tibetanas. especialmente el chamanismo y el curanderismo chamánico, por otro» (p. 58) y señalando que se han incorporado textos y ritos bonpo a las prácticas burlistas. El término «bon», afirma, podría derivar de un antiguo verbo tibetano, *'bond pa*, «que significa "invocar a los dioses y a los espíritus"» (p. 61).

Uno de los principios centrales del bon es la restauración de la armonía primordial, y una práctica clave es la comunicación con otras especies por medio de la magia ritual y la clarividencia, realizadas por el chamán o sacerdote. Para saber más sobre textos rituales, principios y modelos de conciencia chamánicos y budistas, véase *ibid*., pp. 63-64, 75-77. etc. Reynolds remite también al lector a la obra clásica de Mircea Eliade *Shamanism: Archaic Techniques of Ecstasy*, Nueva York, Pantheon, 1964, la cual se basó en un trabajo de campo llevado a cabo no en el Tíbet, sino en Siberia. <<

[31] Para definir el Kurdistán, antes es necesario especificar un periodo histórico concreto, dado que sus fronteras han ido variando a lo largo del tiempo. En la Antigüedad, la «tierra de los kurdos» estaba situada entre Mesopotamia y Persia; durante la Edad Media, se encontraba formada por varios emiratos en Oriente Próximo. Algunas de sus regiones formaron parte posteriormente del Imperio otomano, y otras del Imperio safávida (persa) (1501-1722; el Irán actual).

En 1920, tras la desintegración del Imperio otomano, el Tratado de Sèvres no produjo un acuerdo sobre la creación de un estado kurdo. La BBC estima que en la actualidad entre 25 y 35 millones de kurdos -«el cuarto grupo étnico más numeroso de Oriente Próximo»- «habitan una región montañosa que se extiende por distintas partes de Turquía. Irak. Siria. Irán y Armenia» («Who Are the Kurds?», *BBC News*, 14 de marzo de 2016). En *«¿are* and *Kurds-Yezids»*, *Cinergie*, 7 de marzo de 2015, el crítico de cine annenio Artsvi Bakhehinyan examina las relaciones culturales kurdo-armenias a través del prisma de la historia del cine soviético; la película perdida *Bajo el yugo kurdo (Pod vlasyu kurdov)*, o *La tragedia de la Armenia turca*, dirigida por A. I. Minervin (1915); la historia de amor en tiempos de la I Guerra Mundial Z*are* (1926), dirigida por Amo Bek-Nazaryan, y *Kurdos-Yazidíes* (1932), dirigida por Amasi Martirosyan, que aborda la imposición soviética de la agricultura colectiva en un pueblo kurdo.

En 2016-2017, la milicia kurda YPG [*N. del T.:* siglas en kurdo de «Unidades de Protección Popular») luchó como es bien sabido contra el Estado Islámico por el control de Rojava (Siria), con comandos guerrilleros formados por mujeres que se ganaron la atención de la comunidad internacional y que dieron origen a milicias como las Unidades de Protección Femeninas-Sinjar (o Shengal). <<

[32] Una minoría kurda cuya fe, vinculada a las antiguas religiones mesopotámicas, es según se dice más antigua que el islam y el cristianismo. Al menos 40.000 yazidíes viven hoy en las montañas Sinjar de Irak, según las Naciones Unidas; se estima que su población mundial se sitúa entre las 400.000 y 800.000 personas. La veneración de los yazidíes por Melek Taus, el «ángel pavo real» -cuya historia paralela en el islam de una caída en desgracia con Dios provocó una fetua contra todos los practicantes de la religión en 2007-, ha conducido a años de persecución, y es otra vuelta de tuerca a las infundadas acusaciones históricas contra los yazidíes que los tildan de «infieles». <<

[33] [*N. del T: bootlegging*, en el original, termino inglés que podría traducirse literalmente como «llevar en la caña de la bota», pero que se utiliza con el significado de «contrabandear» (principalmente bebidas alcohólicas).] Si bien su origen se remonta a la década de 1880, cuando los estadounidenses llevaban licor de contrabando a los nativos americanos escondiéndolo en la caña de sus botas, el término entró en el argot nacional cuando la Decimooctava Enmienda a la Constitución de los EEUU prohibió la venta (y también la manufactura y transporte) de bebidas alcohólicas en todo el país desde 1920 hasta 1933 (la llamada «Prohibición» o «Ley Seca»). En un principio se denominó *bootleggers* a los importadores de bebidas alcohólicas hechas en el extranjero, pero la palabra acabó por incluir a todos los fabricantes ilegales de bebidas alcohólicas que se vendían en los EEUU. <<

[34] El *Brooklyn Eagle* fue un diario vespertino que se publicó desde 1844 hasta 1955. Según el sitio web del periódico, «En tiempos de la Guerra de Secesión, el *Eagle* era el periódico de tarde con mayor tirada de los EEUU, un hecho que el diario no dudaba en indicar siempre en la esquina superior izquierda de la segunda página. seguido de: "Su valor como medio publicitario es así pues evidente"» (http://www.brooklyneagle.com/aboutus). Walt Whitman trabajó como editor del periódico entre los años 1846 y 1848. <<

[35] Bayside se encuentra en el extremo noroeste del distrito neoyorquino de Queens, a unos 32 km de Flatbush. Es posible encontrar a miembros de la familia Gerritsen, otra familia de origen neerlandés, en el censo de la ciudad del año 1910, aunque no eran residentes de Queens, sino de Brooklyn. <<

[36] Este conjuro está copiado directamente de la 9.ª edición de la *Enciclopedia británica*, vol. XV, p, 202, en concreto del articulo sobre «Magia» escrito por Edward Burnett Tylor doctor en Derecho, miembro de la Real Sociedad de Londres y conservador del Museo de la Universidad de Oxford- como ejemplo de los ritos utilizados para invocar a flécate, la luna, «aquella que envía fantasmas a medianoche». Según Dirk Mosig, su amigo Robert C. Culp descubrió que la fuente original de la cita de la *Enciclopedia británica* era la obra del siglo III d.C. *Philosophumena* (conocida en inglés como *The Refutation of All Heresies* [Refutación de todas las herejías]), atribuida a Hipólito de Roma, quien hacía la siguiente cita de Porfirio de Tiro: «Ven, infernal, terrestre y celestial Bombo, diosa de las amplias calzadas, de las encrucijadas, tú que viajas de una parte a otra por las noches, antorcha en mano, enemiga del día, amiga y amante de la oscuridad, tú que te regocijas cuando las perras aúllan y se derrama sangre caliente, tú que caminas entre los fantasmas y donde reposan las tumbas, tú que estás sedienta de sangre, tú que infundes miedo en el corazón de los mortales, Gorgo, Momio, Luna con un millar de formas, contempla con mirada propicia nuestro sacrificio» (D. W. Mosig, «A Note on *The Occult Lovecraft*», *The Miskatonic*, EOD 11 [agosto 1975]; reeditado en *The Miskatonic: The Lovecraft Centenary Edition*, Glenview [Illinois], The Moshassuck Press, 1991, pp. 210-211). <<

[37] Lovecraft copió este conjuro del artículo «Magia» de Tylor (véase la n. 37). Tylor señala por su parte que el conjuro fue «copiado [por él] con sus errores como un ejemplo de estudios mágicos en su etapa más decadente»; es decir, que Tylor dejó deliberadamente sin corregir la ortografía y la gramática de esta embarullada expresión (que se explica con cierto detalle en el apéndice 3. más adelante) porque deseaba demostrar el bajo nivel de los estudios mágicos en el pasado, que habían tratado el conjuro como una exhortación coherente. H. P. L. transcribió mal la fórmula escrita por Tylor. ya que cambió «Homousion» por «Homovsion». <<

[38] Los buques de la naviera Cunard Line zarpaban en aquella época desde el muelle 51, en el «río Norte» (el río Hudson); posteriormente, sus transatlánticos, al haber aumentado su tamaño exponencialmente. saldrían de los muelles 84-92, dotados de mayor longitud (300 m). A partir de 1910, el muelle 51 se integró en los recién construidos muelles de Chelsea. Los muelles de las navieras White Star Line y Cunard Line eran los principales puntos de paso para aquellos que viajaban a Europa. En 1994 se inició la reconstrucción de los cuatro muelles de Chelsea restantes, los cuales albergan hoy instalaciones deportivas y locales de venta al público (Chelsea Piers Sports and Entertainment Complex).



Muelle de la Cunard (Manhattan), 1920.

<<

[39] El *Social Register* era un libro que pretendía ser una guía de lo que se consideraba la «clase alta»; el equivalente estadounidense al *Burke's Peerage* de Inglaterra. En 1924, el año en que probablemente tuvo lugar la boda de Suydam, la Social Register Association publicaba anualmente 18 libros diferentes para 26 ciudades, y además de nombres y direcciones, el *Social Register* indicaba también los clubes a los que pertenecían los individuos que se mencionaban en el libro, así como «el matrimonio, la muerte y los viajes a y desde Europa de cada persona según pudiera acontecer» (*Social Register, New York 1917 XXXI* 1 (noviembre 1916]).

En el *Social Register* del año 1917 figuran siete personas con el apellido Suydam, pero entre ellas no hay ningún Robert. <<

[40] Lilith tiene una historia larga y complicada, y los cambios que ha ido experimentando en cada cultura dicen mucho de los persistentes miedos que han rodeado a la femineidad, la mujer y el poder. En su origen fue la «doncella de la desolación» *(ardat lili)* de la mitología babilónica, un demonio de los yermos, y, en la asiria, un espíritu alado del viento, cuyo cabello «se agitaba furiosamente como el de un dragón» (según el rey Salomón); acabó convertida en la primera esposa de Adán, antes que Eva. Lilith representó un papel clave en la armonización de las historias sobre la Creación que aparecen en los dos primeros capítulos del Génesis. En el primero. los humanos eran creados a partir del polvo («varón y hembra» a la vez, sin nombre), en tanto que en el segundo. Dios hacía surgir a Eva de la costilla de Adán. Los estudiosos del Talmud plantearon que Lilith pudo ser expulsada del Paraíso por haberse negado a reconocer a Adán como su superior. Tres ángeles fueron a verla para ofrecerle la oportunidad de regresar, pero, cuando ella rehusó. Dios creó a Eva. En la Edad Media Lilith era representada como una lamia (una especie de vampira) o súcubo (un demonio que tiene relaciones sexuales con los hombres mientras duermen), y su prole, los *lilim* (o *lilin*) eran monstruos alados parcialmente humanos. En la tradición cabalística. Lilith es la esposa de Sainad (véase la n. 25, anteriormente). En nuestros días, su figura simboliza a la mujer seductora y malvada o traicionera, la *femme fatale*. <<

[41] Un dialecto del arameo (aunque la nación caldea existió durante unos 400 anos entre los siglos X y VI a.C., y presumiblemente contó» con una lengua propia pero de la cual no ha quedado constancia). Véase D. M. Turpie, *A Manual of the Chaldee Language*, Londres, Williams and Norgate, 1870. <<

[42] Aunque no se menciona el nombre de la embarcación, es probable que se tratara del RMS *Berengaria*, al mando del capitán W. R. D. Irvine, reservista condecorado de la Marina Real británica: el más grande y lujoso de todos los buques de pasajeros de la Cunard y el escogido por los ricos y famosos, el cual se encontraba navegando hacia Southampton vía Cherburgo a finales de junio de 1924. <<

[43] Un barrio dentro de la zona entonces llamada South Brooklyn, y el primer asentamiento agrícola neerlandés que se fundó en ella, en 1636. Más de doscientos años después, el canal de Gowanus (que fue construido a lo largo de un periodo de veinte años, desde 1853 hasta 1874) atraería plantas manufactureras, astilleros y fundiciones. «[Era] difícil no fijarse en uno de las características más distintivas del canal: era una cloaca a cielo abierto», escribe Joseph Alexiou, quien se mudó al barrio en 2006. en su libro *Gowanus: Brooklyn's Curious Canal*, Nueva York, NYU Press, 2015, p. 11. Alexiou aborda los cincuenta años durante los cuales Gowanus fue un próspero aunque fétido e insalubre nodo de transportes -incluyendo historias sobre apuñalamientos de adolescentes, gatitos ahogados y la mafia-, y toca también el renacimiento que ha ido produciéndose en el barrio durante el siglo XXI.



Canal de Gowanus (Brooklyn). *ca.* 1910.

<<

[44] El culto a estas diosas de la fertilidad se trata de forma minuciosa en *El culto de las brujas en Europa occidental* de Murray (véase la n. 18, anteriormente). <<

[45] Un egipán es una forma caprina del dios Pan; los egipanes son, por consiguiente, sátiros. <<

[46] [*N. del T.: Walpurgis-riot of horror*, en el original; algo así como «tromba de honor de la noche de Walpurgis»; para el relato, he optado por traducir la expresión de un modo más breve.] Véase la n. 141 de *El caso de Charles Dexter Ward*, en el volumen anterior, pp. 198-358, para saber más de la noche de Walpurgis (la víspera del Primero de Mayo, es decir, la noche del 30 de abril). En China, Corea del Norte, Cuba y la antigua Unión Soviética, el Primero de Mayo (llamado también Día de los Trabajadores) es un día de homenaje a las personas trabajadoras, el cual se celebra desde hace mucho tiempo en Inglaterra con el nombre de «Día Internacional de los Trabajadores». [*N. del T:* igualmente se celebra en España]. <<

[47] Esta descripción, en caso de que pretenda ser literal, es errónea, dado que Suydam había muerto apenas unas horas antes. Compárese, no obstante, con la descripción metafórica de los habitantes del Lower East Side neoyorquino de la n. 17, anteriormente. <<

[48] En la mitología romana, los «lémures» son fantasmas o espíritus de los muertos que buscan venganza. Linneo llamó así a los primates de Madagascar por su actividad nocturna. <<

[49] «¿Alguna vez han existido demonios, íncubos y súcubos, y de una unión semejante [entre un íncubo o súcubo y un humano] acaso puede darse descendencia?» La pregunta aparece en la obra de Martín del Río *Disquisitionum Magicarum Libri Sex* [Seis libros de disquisiciones en torno a la magia] (1603) y se incluye en el artículo sobre «Demonología» de E. B. Tylor que aparece en la 9.ª edición de la *Enciclopedia británica*, vol. VII, p. 62. <<

[50] El cementerio Green-Wood, para ser exactos, situado en Brooklyn cerca de Prospect Park. <<

[51] Véase la n. 14 de «La transición de Juan Romero», pp. 24-34, anteriormente. <<

[1] Este relato fue escrito el 11 de agosto de 1925 y publicado por primera vez en *Weird Tales* 8, 3 (septiembre 1926), pp. 373-380.



«Un pequeño y sucio patio que daba a Perry Street» (n.° 93 de Perry Streetm Manhattan, 2010). Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.

<<

[2] Un sentimiento claramente compartido por H. P. L. Véase la n. 40 del prólogo del volumen anterior, pp. XIV-LXIV, junto con el texto que la acompaña, para leer algunos comentarios sobre el odio que sentía por la ciudad. <<

[3] Una ciudad fortificada en la región francesa de Languedoc-Rosellón [*N. del T*: Occitania, desde 2016], que sin duda es mencionada aquí por su ciudadela (*la Cité de Carcassonne*, o simplemente *la Cité*), una fortaleza medieval situada dentro de la ciudad que fue restaurada en 1853 por Eugène-Emmanuel Viollet-le- Duc (restaurador también de la catedral de Notre Dame) y que pasó a ser una popular atracción turística. <<

[4] La ciudad de Samarcanda, hoy en Uzbekistán, cerca de Bujará, tiene probablemente casi tres mil años de antigüedad, y, debido a su situación central en la Ruta de la Seda, fue un punto de encuentro de muchas civilizaciones.



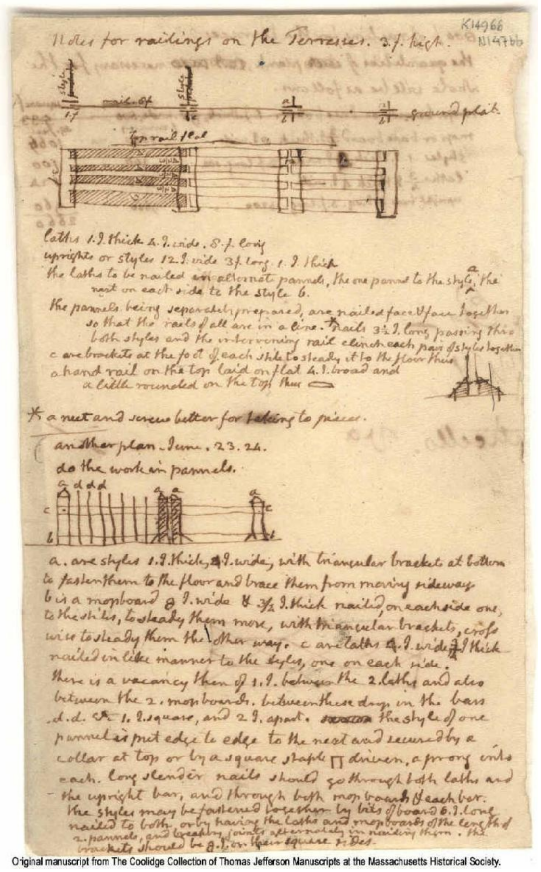
Samarcanda. Fotografía de Ekrem Canli, CC-BY-S.A. 3.0.

<<

[5] Una ciudad de oro legendaria, hoy considerada en gran medida un mito. <<

[6] Un sonido chirriante y desapacible; el término se emplea actualmente en medicina para describir una respiración ruidosa que se asemeja al graznido de un cuervo. <<

[7] Thomas Chippendale fue un renombrado ebanista del siglo XVIII. Su nombre se aplicaría posteriormente a diseños de mobiliario que tenían escaso parecido con sus creaciones; por ejemplo, las barandillas «Chippendale a la chinesca» de Monticello, la plantación de Thomas Jefferson, para las cuales este último dibujó algunos planos.


Original manuscript from The Coolidge Collection of Thomas Jefferson Manuscripts at the Massachusetts Historical Society.

Los planos de Thomas Jefferson para sus barandillas «Chippendale».

<<

[8] «Plena época georgiana» quiere decir en torno al año 1750. La moda entonces la marcaban principalmente los franceses; los hombres llevaban pelucas empolvadas. casacas *y* calzones. <<

[9] Timo Airaksinen, en *The Philosophy of H. P. Lovecraft: The Route to Horror* (Nueva York, Peter Lang Publishing, Inc., 1999), señala que «Él» habla como si conociera al narrador, y plantea que el narrador y «Él» podrían ser «personas ana- logas de distintas épocas» (*ibid*., p. 68). <<

[10] El parlamento de Holanda. <<

[11] Es decir, un alquimista. <<

[12] La Iglesia Presbiteriana de Ladrillo (Brick Presbyterian Church) abrió sus puertas en 1768, encontrándose originalmente en la esquina entre Beekman Street y Nassau Street. En 1858 se trasladó a la zona de Murray Hill, en el cruce de la calle 37 con la Quinta Avenida. Posteriormente, en 1938, lo haría más al norte, hasta Park Avenue y la calle 91. Podemos suponer que la visión que tiene el narrador es de la iglesia original. la anterior a 1858. La Iglesia de la Trinidad (Trinity Church) es una iglesia episcopal en el n.° 75 de Broadway, cerca de la intersección de esta última con Wall Street en el sur de Manhattan. La aguja visible habría sido la de la construcción levantada en 1790, la segunda encamación del templo. (El primero, que fue construido en tomo a 1698, se quemó hasta los cimientos antes de que se erigiera la Iglesia Presbiteriana de Ladrillo.) «Saint Paul» se refiere a la Capilla de Saint Paul, parte de la Iglesia de la Trinidad; se encuentra en Vesey Street, en el sur de Manhattan, y fue construida en 1766. George Washington asistió a un oficio religioso en Saint Paul tras su investidura como presidente de los EEUU, y H. P. L. y Sonia Greene se casaron allí.



La Capilla de Saint Paul (n.° 209 de Broadway, Manhattan), en 2010. Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.

<<

[13] Esta visión refleja las frecuentes expresiones de miedo y ansiedad de H. P. L. por las «hordas amarillas» que inundan la ciudad. Véase también la n. 14 de «Polaris», pp. 18-23, anteriormente, y la n. 9 de «Nyarlathotep», en el volumen anterior, pp. 34-38. <<

[14] [*N. del T: crotala*, en el original, plural de *crotalum*.] La palabra tiene varios orígenes relacionados. El *MacBain's Dictionary* ofrece múltiples significados, desde liquen hasta la palabra para címbalo en irlandés medio o una «campanilla o sonajero con forma de pera». En la Grecia y Roma antiguas, la palabra hacía referencia a unos instrumentos similares a castañuelas; en francés, un *crotale* se define también como una castañuela o címbalo que. según se dice, se utilizaba en el culto a Cibeles, cuyos sacerdotes eran eunucos. <<

[15] *N. del T.: blasphemous domdaniel of cacophony*, en el original. La nota de Klinger se refiere al uso por parte de Lovecraft de la palabra *domdaniel*, la cual no he mantenido en la traducción al considerarla totalmente ajena a nuestro idioma.] Un lugar diabólico o infernal. El término significa «casa de Daniel», y, según Dan Clore, fue «acuñado por Jacques Cazotte y Dom Denis Chavis en su *Continuaron des mille et une nuits* (1788-1793; «Continuación de las mil y una noches») en referencia a una «legendaria caverna submarina en la que se reunía una escuela de hechiceros, la cual Cazotte sitúa "bajo el mar, cerca de Túnez", y Southey, "bajo las raíces del océano"» (D. Clore, *Weird Words: A Lovecraftian Lexicon*, Nueva York, Hippocampus Press, 2009, pp. 196-197). <<

[16] Una calle hoy en el barrio de West Village, en el sur de Manhattan. Esta calle era conocida anteriormente como Henry Street, pero en 1813 se le dio el nombre de Oliver Hazard Perry, un almirante estadounidense que cosechó lama en la guerra de 1812. Véase la fotografía de la p. 352. <<

[1] «Aire fríο» fue escrito en febrero de 1926. Después de que *Weird Tales* lo rechazase en marzo de ese año, salió finalmente a la luz en *Tales of Magic and Mystery* 1, 4 (marzo 1928), pp. 29-34. Posteriormente aparecería también en *Weird Tales* 34, 3 (septiembre 1939), pp. 95-101. <<

[2] George Kirk era un amigo íntimo de H. P. L. que vivía en el n.° 317 de la calle 14 Oeste, en un edificio que, según el biógrafo de Lovecraft S. T. Joshi, es idéntico al que aquí se describe (S. T. Joshi, *I Am Providence*, cit., pp. 390-391). El inmueble es hoy el hotel Chelsea Pines Inn, el cual se encuentra a unos pocos centenares de metros de Jackson Square, una diminuta plaza delimitada por Horatio Street, la Octava Avenida y Greenwich Avenue.



«Baby… It's Cold Inside!», en *Vault of Horror* 17 (1951). EC Cómics.

<<

[3] Ya a comienzos del siglo XIX se fabricaban soluciones frigoríficas con temperaturas más bajas que la del hielo, principalmente para enfriar alimentos y vino, disolviendo sal amoniacal (cloruro de amonio), mezclada con nitro, en agua. Los antiguos romanos hallaron grandes depósitos de sal amoniacal cerca de un templo del dios Anión, así que la llamaron «sal de Amón». La sal de Glauber (sulfato de sodio), mucho menos cara que la sal amoniacal (que se importaba mayormente de Egipto), era un sustitutivo habitual de esta última. <<

[4] Un tipo de gafas que se sujetan en la nariz por medio de una pinza en vez de mediante patillas. Sherlock Holmes descubrió que eran una importante pista en «La aventura de los anteojos dorados» (1904). un caso en el cual se encuentran unos quevedos de mujer en la mano cerrada de una víctima de asesinato. H. P. L. debía de conocer muy bien la historia, que se publicó por primera vez cuando el escritor en ciernes tenía catorce años y era un ávido lector del canon holmesiano. <<

[5] Los celtíberos eran los pueblos de lengua céltica que habitaron la península ibérica antes de la era cristiana. Sus feroces guerreros rendían culto a las dotes físicas. <<

[6] Los sistemas de refrigeración basados en amoniaco se inventaron en el siglo XIX, y aunque los frigoríficos domésticos utilizan hoy tetrafluoroetano (los modelos más modernos) o freón (los más antiguos), los compuestos amoniacales siguen siendo un refrigerante habitual en la maquinaria industrial de refrigeración. En términos sencillos. el refrigerante (el amoniaco) absorbe el calor del aire, y luego un motor (de gasolina en este caso) hace funcionar un compresor que comprime el refrigerante, liberando en el proceso el calor absorbido a medida que el refrigerante se condensa. <<

[7] Galeno (1*2*9-*ca.* 200 d.C.) fue un destacado médico y cirujano romano. «Galenos» se emplea aquí como un término colectivo para los médicos. <<

[8] Un valle de Lúxor (Egipto) en el que durante 500 años, del siglo XI a.C. en adelante, fueron enterrados la mayor parte de los faraones o reyes egipcios.



El Valle de los Reyes (Lúxor).

<<

[9] Bert Atsma, en «Living on Borrowed Time (A Biologist Looks al “M. Valdemar” and “Cool Air”)». *Crypl of Cthulhu* 4 (Pascua 1982), se burla de la explicación aparentemente científica que se ofrece aquí, como si la fuerza de voluntad fuera capaz de impedir la muerte de las células cerebrales. Señala, además, que a temperaturas muy bajas el ADN pierde su funcionalidad y las células no pueden reproducirse. Si bien el frío puede inducir un estado de animación suspendida, salta a la vista que este no es el caso del Dr. Muñoz (*ibid*., pp. 11-12) <<

[10] Según la *Enciclopedia británica* (vol. 31 de la 12.ª edición, 1922), «En Nueva York, por ejemplo, una gran proporción del tráfico urbano en 1920 estaba formado por vehículos motorizados, y en las calles principales los vehículos de tracción animal eran casi una rareza» (*ibid*., p. 995). Sin embargo, de acuerdo con David Haden, «Aunque es efectivamente cierto que […] las ventas de turismos sólo en Brooklyn en 1926 ascendieron a más de 32.000 vehículos (A *Study of All American Markets* [L. M. Barton. Chicago, 1927]), […] parece ser que muchos coches se utilizaban únicamente para viajes especiales, o se compraban únicamente como símbolos de estatus, para exhibirlos los domingos paseando, conforme la economía empezó a despegar hacia lo que posteriormente se conocería como los «locos años veinte», en vez de usarse como medio diario de transporte para ir al trabajo o la escuela como en la actualidad. Esto puede demostrarse señalando que claramente no había ninguna necesidad de aparcamientos para coches en el centro de la ciudad en aquella época» (D. Haden, «The Nature of the New York Streets», en *Walking with Cthulhu: H. P. Lovecraft as Psychogeographer, New York City 1924-26*, edición privada. 2011, pp. 52-71, 56). En lugar de ello. Nueva York alardeaba de amplios medios de transporte público, como tranvías, autobuses. taxis y trenes de metro y cercanías. En 1920, por ejemplo, cuando la población del área metropolitana de Nueva York rondaba los 7.5 millones de personas, se calcula que ya sólo la red de trenes de vapor transportaba unos 298.000 pasajeros diarios entre semana, o casi 75 millones al año («Transportation for Greater New York», *Electric Railway Journal* 56, 22 [27 de noviembre de 1920], pp. 1095-1106).



Tráfico de automóviles en Manhattan (1923).

<<

[11] Darrell Schweitzer señala, en *The Dream Quest of H. P. Lovecraft* (San Bernardino [California], Borgo Press, 1978), que «un cadáver congelado que se descongelara con rapidez debería pudrirse simplemente a un ritmo normal» (*ibid*., p. 33). <<

[1] La historia fue escrita en noviembre de 1926. y publicada cinco años más tarde en *Weird Tales* 18, 3 (octubre 1931), pp. 394-400. <<

[2] Véase la n. 4 de «El Viejo Terrible», pp. 44-48, anteriormente, para leer algunos comentarios referentes a la ubicación de Kingsport. <<

[3] El valle del Miskatonic se menciona por primera vez en «El grabado de la casa» (1920), en el volumen anterior, pp. 39-50. Arkham también es mencionado por primera vez, en esa historia. <<

[4] Se habla de la Osa Mayor y Casiopea en las notas 4 y 5 de «Polaris», pp. 18-23, anteriormente. «El Dragón», conocida también como «la Gran Serpiente», es la constelación de Draco, situada en la parte más alta del hemisferio norte celeste. Hasta 220 de sus estrellas son visibles a simple vista, y todas ellas son circumpolares: es decir, que no se ocultan en ningún momento bajo el horizonte y, como tales, son visibles en el hemisferio norte terrestre. pero no en el sur. Thuban, que fue en su día la estrella polar, es actualmente una de las más insignificantes de las 220. <<

[5] Véase «El Viejo Terrible», pp. 44-48, anteriormente. <<

[6] Jonarhan Belcher fue gobernador real de la Massachusetts colonial desde 1730 hasta 1741; William Shirley, de 1741 a 1749; Thomas Pownall, de 1757 a 1760, y Francis Bernard, de 1760 a 1769. <<

[7] Thomas Olney (¿1605?-1682) fue el primer tesorero de Providence y posteriormente concejal y secretario. Es posible que el Thomas Olney del relato sea un descendiente suyo. <<

[8] La familia Orne es mencionada como un prominente conjunto de residentes de Innsmouth en «La sombra sobre Innsmouth», en el volumen anterior, pp. 671- 751; y Simón Orne aparece en *El caso de Charles Dexter Ward*, también en el mismo volumen, pp. 198-358. Con todo, desconocemos si la «abuela Orne» es descendiente de alguno de ellos. <<

[9] Central Hill aparece mencionada también en «La ceremonia» y en «La llave de plata», ambos en el volumen anterior (pp. 119-131 y 18.3-197 respectivamente). En el segundo de estos relatos. Randolph Carter evoca un recuerdo de infancia de un campanario sobre la colina, pero acto seguido recuerda que la iglesia fue derribada para construir el Hospital Congregacional. <<

[10] El Hospital Congregacional se menciona en «La llave de plata» y «La ceremonia» como un hospital que se encontraba cerca del viejo cementerio de Central Hill. <<

[11] Poseidonis se aborda en detalle en el libro de W. Scott-Elliot *La historia de la Atlántida y el continente perdido de Lemuria* (1925), el cual aparece mencionado en «La llamada de Cthulhu», en el volumen anterior, pp. 142-182 (véase la n. 16 del relato). Según Scott-Elliot, era una isla situada justo al oeste de la costa actual de España, y el núcleo central de los grandes continentes de la Atlántida y Lemuria. Después de tres cataclismos previos a lo largo de las eras, se convirtió en el último vestigio del continente de la Atlántida, y se hundió bajo las aguas en el 9564 a.C. (*ibid*., p. 24). <<

[12] Véase «Los otros dioses», pp. 134-140, anteriormente. <<

[13] Una deidad celta relacionada con la caza, los perros, el mar y la curación. Marco Frenschkowski, en «Nodens—Metamorphosis of a Deity», *Crypt of Cthulhu* 87 (Lammas 1994), pp. 3-8, señala que Nodens se convierte en un símbolo de «el enriquecimiento y la transformación que aguardan a aquel que busca la profundidad de visión» (*ibid*., p. 3). En *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*, Nodens proporciona guía a Randolph Carter durante su huida (véase *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*, pp. 419- 550, y en particular el texto que acompaña a la n. 37, más adelante). Puede que H. P. L. hubiera encontrado una mención a Nodens en la novela corta de Arthur Machen *El gran dios Pan*, publicada en 1894. Nodens no aparece en ningún texto griego o romano (ni se alude a él en las leyendas celtas); por el contrario, su nombre se halla en unas curiosas inscripciones visibles en las ruinas de un templo de Lydney Park (en el condado inglés de Gloucestershire) que parece datar del siglo IV a.C. Frenschkowski analiza en detalle las inscripciones. El estudio etimológico más completo que se ha hecho del nombre «Nodens» es obra de J. R. R. Tolkien. Véase el informe de los arqueólogos R. E. M. Wheeler y T. V. Wheeler, *Repon on the Excavation of the Prehistoric, Roman and Post-Roman Site in Lydney Park, Gloucestershire* (Reports of the Research Commitee of the Society of Antiquaries of London IX, Oxford, 1932), que incluye el ensayo de Tolkien. <<

[14] Una región próxima a Bristol (Rhode Island). Si Kingsport es Marblehead. en Massachusetts. Bristol se encuentra a unos 130 km de distancia de él.



La aduana federal de Bristol (Rhode Island), en 1901. La región de Bristol Highlands es aledaña a Bristol.

<<

[15] Kadath se menciona por primera vez en «Los otros dioses», pp. 134-140, anteriormente. <<

[1] «El modelo de Pickman» fue escrito probablemente en septiembre de 1926; se publicó por primera vez en *Weird Tales* 10, 4 (octubre 1927), pp. 505-514. Robert M. Price, en «Erich Zann and the Rue d'Auseil» (véase la n. 2 de «La música de Erich Zann», pp. 396-418, anteriormente), concluye que «El modelo de Pickman» «trata los mismos temas y utiliza incluso algunas de las mismas imágenes clave. […] Lovecraft transmite con una claridad mucho más evidente en "El modelo de Pickman" lo que quería contar en "Erich Zann". Podría decirse que en los dos relatos Lovecraft ha abordado simplemente el mismo tema en diferentes medios, la música en uno y la pintura en el otro» (*ibid*., p. 13). <<

[2] «Elrot» es la persona que escucha el relato, el cual esta siendo contado, tal como descubrimos después, por «Thurber», a quien Pickman se dirige por tal nombre. <<

[3] Park Street, un intercambiador de transportes del centro de Boston donde confluyen numerosas líneas de metro y tren, se inauguró en 1897 y sufrió una importante renovación en los años 1914-1915. En la época en que está ambientada la historia sólo daba servicio a líneas de metro, ya que las lincas de tren en superficie habían sido reubicadas en 1908. <<

[4] El Club de Arte de Boston [Boston Art Club) lo fundó un grupo de artistas locales en 1854, según su propio sitio web (aunque la primera reunión oficial tuvo lugar en 1855). En 1882 se construyó una magnífica sede para el club en el barrio bostoniano de Back Bay, aunque el descenso en el número de afiliados obligó a los miembros a vender el edificio en una subasta publica en 1950.



El Club de Arte de Boston, en 2003. Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.

<<

[5] La Fundación Nathaniel Derby Pickman aparece mencionada en En *las montañas de la locura* (véase el texto que acompaña la n. 11 del relato, en el volumen anterior, pp. 531-670) como una entidad patrocinadora de la expedición antartica de la Universidad Miskatonic. No sabemos si Nathaniel Derby Pickman y Richard Pickman guardan algún parentesco. Nótese que «Derby» es un apellido de cierto relieve en Arkham (véase «El ser del umbral», también en el volumen anterior, pp. 798-831).

Robert H. Waugh, en *The Monster in the Mirror: Looking for H. P. Lovecraft*, Nueva York, Hippocampus Press, 2006, p. 20, señala que «Pickman» significa ‘aquel que coge o se apodera de algo’; en árabe, غُول (*ghūl*), un espíritu maligno que saquea tumbas y se alimenta de cadáveres, proviene de اغتنام على (*ghāla*), «apoderarse», («Gh» es una trasliteración de la decimonovena letra del alfabeto árabe, «ghayn», غ.) La adaptación inglesa *ghoul* [*N. del T:* la cual ha sido adaptada a su vez al castellano generalmente como «gul»] apareció por primera vez en la obra de William Beckford *Vathek, An Arabian Tale* (1786), con la cual H. P. L. estaba bien familiarizado (véase la n. 40 de *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*, pp. 419-550, más adelante).

Véase también A. Al-Rawi, «The Mythical Ghoul in Arabic Culture», y la respuesta de A. El-Zein, «Doctrinal Islam and Folk Islam», artículos publicados ambos en la revista de la Universidad de California en Berkeley *Cultural Analysis* 8 (2009), pp. 45-69. <<

[6] El North End es la zona más antigua de Boston, cuyo origen se remonta a la época colonial. Situada enfrente del puerto de Boston y el río Charles, para la década de 1920 se había convertido en un barrio deprimido, habitado principalmente por inmigrantes italianos. <<

[7] El propio Pickman se ha convertido en un gul en el momento de los hechos narrados en *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*, pp. 419-550, más adelante. <<

[8] Lo que se quiere decir aquí es que los monstruos, para resultar verdaderamente aterradores, tienen que ser un posible producto de la evolución darwiniana; esto es, que pudieran existir en la realidad. H. P. L. sostenía que «Las historias de horror sobrenatural serias […] logran conmover al lector de manera realista gracias a una rigurosa coherencia intenta y una representación perfectamente fiel de la naturaleza excepto en la dirección sobrenatural que el autor se permite» («El horror sobrenatural en la literatura», p. 421). <<

[9] H. P. L. está menospreciando aquí a un tipo de artistas entre los que figuran maestros tan reconocidos como Margaret Brundage, Hannes Bok, Virgil Einlay (todos los cuales dibujaron cubiertas para *Weird Tales*), Ed Emshwiller, Frank Kelly Freas y Norman Rockwell. <<

[10] Véase la n. 29 de «El color que cayó del cielo», en el volumen anterior, pp. 359-397. <<

[11] Véase la n. 14 de «Dagón», en el volumen anterior, pp. 3-11. <<

[12] Véase la n. 45 de «La llamada de Cthulhu», en el volumen anterior, pp. 142-182. <<

[13] Véase la n. 46 de «La llamada de Cthulhu», en el volumen anterior. <<

[14] Que Pickman no es un hombre parece ser la opinión general de muchos críticos; más bien, es un *changeling* de gul [*N. del T.:* véase la n. 33] (y finalmente se convierte en un gul en *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*). Véase, por ejemplo, R. M. Price, «Erich Zann and the Rue d'Auseil», cit., p. 14. <<

[15] Véase la n. 7 de «El sabueso», en el volumen anterior, pp. 108-118. <<

[16] El Museo de Bellas Artes de Boston (Boston Museum of Fine Arts), fundado el 4 de julio de 1876 en Copley Square, se trasladó a Huntington Avenue en el barrio de Fenway en 1909.



El Museo de Bellas Artes de Boston, en 2017. Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.

<<

[17] Véase en general la n. 12 de «La ceremonia», en el volumen anterior, pp. 119- 131, y varias partes de *El caso de Charles Dexter Ward*, también en el mismo volumen, pp. 198-358, para leer algunos comentarios sobre los juicios por brujería de Salem.

Hay informaciones de que Pickman poseía un ejemplar del *Necronomicón*, En la «Historia del *Necronomicón*», escrita en 1927 pero no publicada hasta 1938 (como un cuadernillo, por Rebel Press [Oakman, Alabama]), Lovecraft hizo constar lo siguiente: «Un rumor aún más vago atribuye la conservación de un ejemplar en griego del siglo XVI a la familia Pickman de Salem; pero, de ser así. el texto desapareció junio con el artista R. U. Pickman a principios de 1926» [*N. del T.:* véase el apéndice 3 del volumen anterior].



El Proctor’s Ledge Memorial, un monumento conmemorativo a las víctimas de los juicios por brujería de Salem, en 2017. Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.

<<

[18] Véase la n. 15 de «La sombra sobre Innsmouth». en el volumen anterior, pp. 671-751.



El Hospital Estatal de Danvers (Massachusetts), en 2015. Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.

<<

[19] Una calle elegante del barrio de Back Bay [*N. del T.:* el Club de Arte de Boston tenía su sede en el n.° 150 de Newbury Street; de ahí el comentario de Pickman]. <<

[20] El cementerio de Copp’s Hill, en el North End, es uno de los más antiguos de Boston. Los primeros entierros en el lugar pudieron producirse ya en 1639, aunque el camposanto no se construyó hasta veinte años más tarde.



El Cementerio de Copp’s Hill (Boston), en 1990.

Fotografía por cortesía de Will Hart.



El Cementerio de Copp’s Hill (Boston), en 2017.

Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.

<<

[21] Véase la n. 12 de «El grabado de la casa», en el volumen anterior, pp. 39-50. <<

[22] *The Wonders of the Invisible World*, el relato que hizo Mather de los juicios por brujería de Salem, se publicó en 1693, un año después de que concluyeran. <<

[23] George T. Wetzel cuenta: «En 1840 unos obreros, mientras cavaban cimientos para unas casas en el lado este de Henchirían Street, en el antiguo North End de Boston, encontraron parte de un arco subterráneo que, hasta al menos 1900, todavía era posible ver en el sótano de una de las viviendas del lugar. Investigaciones posteriores localizaron un túnel que llegaba hasta la residencia de *sir* William Phipps; una vivienda lindante con el cementerio de Copp's Hill, situado en el mismo barrio. Algunos estudiosos han afirmado que el túnel fue construido para operaciones de contrabando durante la Guerra francoindia por un tal capitán Grouchy, un propietario posterior de la residencia Phipps. También se encontró otro túnel similar que se extendía desde la casa de William Hitchinson en North Street, situada enfrente del viejo muelle Hancock cercano a Fleet Street» (G. T. Wetzel, «The Cthulhu Mythos: A Study», en S. T. Joshi [ed.], *H. P. Lovecraft: Four Decades of Criticism*, Athens, Ohio University Press, 1980, p. 89).

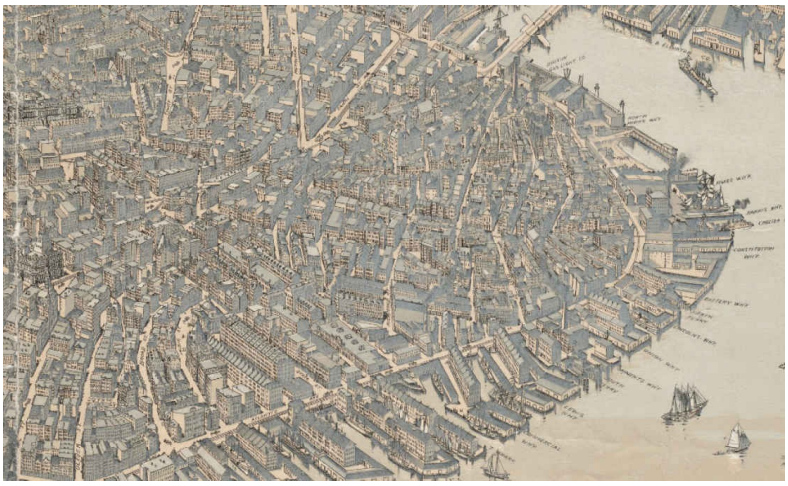


Beacon Street (Boston), *ca.* 1920.

<<

[24] Otra calle elegante de Back Bay. <<

[25] Una calle principal del North End, con gran cantidad de bancos, tiendas y mercados.



El North End en un mapa de Boston de 1899 (no incluye la mayoría de las calles). Para un plano más detallado del arto 1928, véase la p 398, anteriormente.

<<

[26] Véase el mapa del North End de Boston, p. 398, anteriormente.



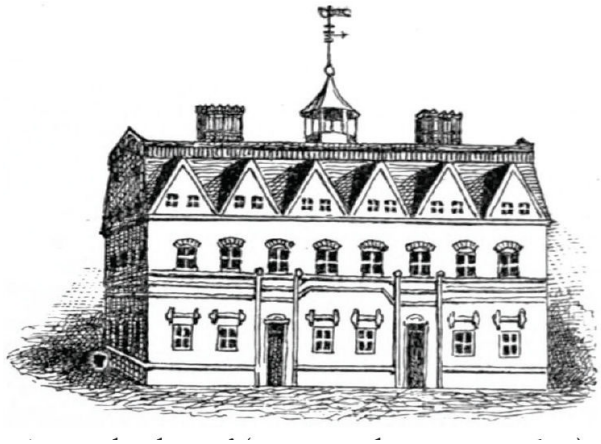
Greenough Lane, mirando al norte desde Charter Street (Boston), 1990. Fotografía por cortesía de Will Hart.

<<

[27] Este es un elemento arquitectónico característico del siglo XVII, visible en la Casa de las Brujas de Salem (Witch House; construida en 1642) y la Casa de los Siete Tejados (House of Seven Gables, *ca.* 1660). El tejado amansardado acabó por reemplazarlo de forma prácticamente generalizada.



La Casa de las Brujas (Witch House) de Salem (Massachusetts), en 2013. Fotografía por cortesía de Donovan K. Loucks.



Un tejado a la mansarda o amansardado («Harvard House», 1677).

<<

[28] Will Murray planteó en 1984 que podría tratarse de Foster Court (en «In Pickman's Footsteps», *Crypt of Cthulhu* 28 [Navidad 1984], pp. 27-32). Robert D. Marten, en «The Pickman Models». *Lovecraft Studies* 44 (2004), pp. 42-80, identifica el lugar como Foster Place, cerca de Foster Court. Véase el mapa de la p. 398, anteriormente.



Foster Court (Foster Street. Boston), en 2017.

<<

[29] Tal como se señala en la n. 44 de «La casa evitada», pp. 271-315, anteriormente, *sir* Edmund Andros fue el gobernador real del Dominio de Nueva Inglaterra, que incluía la Colonia de la Bahía de Massachusetts (entre 1686 y 1689); *sir* William Phipps fue gobernador de la Provincia de la Bahía de Massachusetts (el territorio reorganizado) desde 1692 hasta 1695. <<

[30] Smith (1893-1961), quien adquirió renombre como escritor de fantasía y ciencia-ficción además de como artista, se hizo amigo de H. P. L. en 1923, y ya en 1924 era uno de los pocos a los que H. P. L. veía como sus «iguales sociales» (carta a Frank Belknap Long, 20 de febrero de 1924, *Selected Letters*, vol. I, p. 315). (Los otros a los que Lovecraft mencionaba eran James F. Morton y Rheinhart Kleiner; es de suponer que Long fuera incluido también en el selecto grupo.) Smith ilustró «El terror acechante» (véanse las pp. 154-191. anteriormente). <<

[31] La frase «Soy un hombre maduro y razonablemente sofisticado, y supongo que me conociste lo bastante bien en Francia como para saberlo» aparece aquí en el manuscrito original del relato, escrito a máquina por Lovecraft, y en la edición publicada por *Weird Tales* en 1927; no obstante. Lovecraft proporcionó una versión revisada para la reedición que se hizo en *Weird Tales* 28, 4 (noviembre 1936) y borró la frase en ella. (Véase H. P. Lovecraft, *Collected Fiction: A Variorum Edition*, vol. 2, S. T. Joshi [ed.], Nueva York, Hippocampus Press, 2015, pp. 56, 66.) El narrador se refiere sin duda a que sirvió en Francia durante la Gran Guerra dentro del ejército de los EEUU. En 1918 había más de un millón de soldados estadounidenses estacionados en Francia, de los cuales luchó en el frente aproximadamente la mitad. De todos ellos, unos 50.000 soldados murieron en combate y más de 190.000 resultaron heridos (E. M. Coffman, *The War to End All Wars: The American Military Experience in World War I*, Lexington, University Press of Kentucky, 1968, p. 363). <<

[32] El chiste es que Oliver Wendell Holmes, James Russell Lowell y Henry Wadsworth Longfellow (los fundadores, por cierto, de la revista *Atlantic Monthly* en 1857) estaban todos enterrados en el cementerio Mount Auburn de Cambridge, ¡pero los gules los han sacado de sus tumbas para comérselos!







Lápidas de Holmes, Lowell y Longfellow en el cementerio Mount Aubum (Cambridge, Massachusetts), en 2017. Fotografías por cortesía de Donovan K. Loucks.

<<

[33] Kieran Setiya observa: «No se me ocurre una descripción mejor de su creador. […] En Pickman encontramos al artista ideal de Lovecraft -sincero, brillante, apocalíptico-, y constituye un reconocimiento a su triunfo como escritor de historias de horror cósmico que sus descripciones del *changeling* gul se le puedan aplicar con tanta facilidad a él mismo» (K. Setiya, «Two Notes on Lovecraft». *Lovecraft Studies* 26 [primavera 1992], p. 16). <<

[1] Escrita durante el final de 1926 y 1927, esta historia larga no apareció impresa hasta 1943, mucho después de la muerte de Lovecraft, en la colección de Arkham House, *Beyond the Wall of Sleep*. [*N. de la T:* en castellano, *Más allá del muro del sueño*, se trata de una colección publicada en 1943 que contiene 6 ensayos, 70 poemas y 25 relatos.] El título fue elegido por los editores de dicho volumen de entre estas variaciones encontradas en el manuscrito: *La búsqueda en sueños de Randolph Carter, Un peregrino en las Tierras del Sueño, Una búsqueda/peregrinaje en las Tierras del Sueño. La búsqueda de los dioses de las Tierras del Sueño, Pasada la verja del sueño prof undo. En el Abismo del Sueño. Un buscador en el Abismo del Sueño. La búsqueda de los dioses en Kadath* y *La búsqueda de la ignota Kadath*. H. P. L. la llamaba «una crónica picaresca de aventuras imposibles en el país de los sueños, escrita sin ninguna pretensión de publicación profesional» (carta a William Blanch Taiman, 19 de diciembre de 1926, *Selected Letters*, *1925-1929*. August Derleth y Donald Wandrei [eds.] [Sauk City, Wl, Arkham House, 1968], p. 95; en adelante *Selected Letters*, II). «Picaresca», palabra derivada de *picaro*, un granuja, se suele aplicar a las aventuras de un ruñan, algo deshonesto, pero que resulta un héroe atractivo; lo que no es una descripción demasiado buena de Carter. El manuscrito de *La búsqueda en sueños* nunca fue revisado por H. P. L. ni presentado en ningún lugar para su publicación. Con el tiempo, fue mecanografiado por R. H. Barlow. <<

[2] Carter apareció previamente en «La declaración de Randolph Carter» (escrito en 1919. en el volumen anterior, pp. 12- 19) y «Lo innominable» (1923. también en el volumen anterior, pp. 132-141); aparecerá otra vez en «La llave de plata» (1926. también en el volumen anterior, pp. 183-197). <<

[3] «Inmanencia» sugiere que algo de lo divino está inherente en el mundo material. <<

[4] De mármol, «caja marmórea» hace referencia a una escalera de mármol. <<

[5] Los *trekkies* e incluso los aficionados fortuitos de la serie de televisión *Star Trek* (1966-1969, con continuas reposiciones) notarán la similitud con la frase empleada por el capitán James T. Kirk (William Shatner) en su narración en *off* que forma parte de los créditos de inicio: «Espacio: la última frontera. Estos son los viajes de la nave espacial *Enterprise*. Su misión de cinco años: explorar extraños y nuevos mundos, buscando nuevas formas de vida y nuevas civilizaciones, hasta alcanzar lugares donde ningún hombre ha ido antes». «Ningún hombre» se cambió en las películas y en los *spin-offs* a «nadie» para ser neutrales en cuanto al genero y las especies. Por supuesto. la frase no se originó con Lovecraft; por ejemplo, san Patricio, en su *Confessio*, proclamó haber viajado donde «nadie había ido antes» *(ubi nemo ultra erat)* para bautizar a su Iglesia, ordenar al clero y dar la Comunión. <<

[6] Escrito *pshent* en el original, normalmente escrito *pschent* en inglés y *pskents* en español, nombre helenizado de *sejemty* (del griego ψχεντ), se trata de la corona doble que portaban los antiguos faraones de Egipto. <<

[7] La estrella de primera magnitud de la constelación de *Piscis Austrinisis*, el Pez Austral, al sur de Capricornio y Acuario. Fomalhaut, del árabe «la boca del pez», ha sido vista en otras constelaciones: el astrónomo del siglo II Ptolomeo le asignó su propia constelación y otros la incluían como parte de Acuario. <<

[8] Véase «Polaris», pp. 18-23, n. 10, anteriormente. <<

[9] En el original *Glibber*, palabra que no se encuentra en el *Oxford English Dictionary* ni en ningún otro lugar y que puede parecer un error tipográfico de *gibber* (farfullar en inglés), hablar de forma rápida y confusa. S. T. Joshi confirma en la Variorum Edition que la palabra *glibber* la usa H. P. L. aquí y en otros lugares de la *Búsqueda en sueños* (y en ningún otro sitio; emplea en su lugar *gibber*), pero lo que realmente pretendía Lovecraft con este neologismo no está claro. *Glibbering* (traducido como barbotar o barboteo) parece significar algún tipo de comunicación con demonios y otros moradores de las Tierras del Sueño. <<

[10] Esta deidad aparece en muchos relatos de H. P. L. En «El que susurra en la oscuridad», en el volumen anterior, pp. 451 -530, es descrito como un «monstruoso caos nuclear más allá del espacio curvo». <<

[11] Otra figura frecuentemente mencionada -véase «Nyarlathotep», en el volumen anterior, pp. 34-38. <<

[12] Este pasaje evoca, tal vez deliberadamente. el inicio del *Infierno* de Dante (traducción al inglés de Henry Wadsworth Longfellow. 1867): «A medio camino en el trascurso de nuestra vida / me encontré a mí mismo dentro de un oscuro bosque. / pues el sendero directo se había perdido» [*Midway upon the journey of our life / I found myself within a forest dark. / Fort he straightforward pathway had heen lost*]. Para una discusión sobre las puertas de las Tierras del Sueño, véase «La llave de plata», en el volumen anterior, pp. 183-197, n. 3. Las puertas a los sueños son descritas de una forma muy bonita en el segundo volumen de *The Sandman* de Neil Gaiman. <<

[13] Véase «Celefaïs», pp. 89-98. anteriormente. <<

[14] El relato de su ascenso es «Los otros dioses», pp. 134-140, anteriormente. <<

[15] Los detalles de la «Señal de los Viejos», presumiblemente empleada para repeler los efectos de los Viejos Dioses (véase «La extraña casa elevada entre la niebla», pp. 382-395, anteriormente), son desconocidos, a pesar de que también se menciona en un contexto similar en un fragmento de la historia de H. P. L. «El descendiente» (1927) y en la obra de «revisión» «La última prueba», escrita con Adolphe de Castro el mismo año. Frederick Thomas Elworthy, en su clásico estudio *The Evil Eye* [El mal de ojo] (Londres, John Murray, 1895), escribe: «Si en épocas pasadas las manos han sido vistas como un instrumento del mal cuando se usan de forma maligna, mucho más de lo que se han visto como un instrumento del bien -el poderoso protector contra esa forma especial de mal que se suponía que se proyectaba de una persona en otra, bien por el ojo o por el contacto de la maldad» (p. 234). La *mano cornuta* o «mano cornuda» es el gesto representado en muchas culturas y religiones (incluyendo antiguos santuarios hindúes e iconos cristianos) como una manera de repeler el «mal de ojo» o la mala fortuna. La mano de «hamsa» o de «hamesh» («Khamsa» y «h'amesh» significan «cinco» en árabe y en hebreo, respectivamente), una palma señalando hacia abajo con un pulgar a cada lado (posiblemente la imagen de dos manos, una enfrente de la otra), es otro símbolo común empleado para evitar el mal de ojo.

Véase también «A Note on the Elder Signs». en *Lovecraft in Historical Context: Further Essays and Notes* (autopublicado, 2011), pp. 121-124.



Mano cornuta o señal de la mano enastada.

<<

[16] Véase «Los gatos de Ulthar», pp. 49- 53, anteriormente. <<

[17] Formación geológica que parece un majestuoso vallado de basalto, en la costa septentrional de Irlanda del Norte, bordeando la meseta de Antrim. Decenas de miles de resistentes y elegantes columnas, cuya formación es el resultado de un volcán que tuvo lugar hace 60 millones deaños, conectadas formando una pasarela que serpentea hacia dentro y hacia fuera de lomas cubiertas de hierba junto al mar. Se hace referencia a ella en *En las montañas de la locura*, en el volumen anterior, pp. 531-670. Cuenta la leyenda que Fionn mac Cumhaill, o Finn MacCool, un gigante o un héroe, dependiendo de la fuente, construyó la pasarela para facilitar el combate con el gigante Benandonner. MacCool es el centro del ciclo feniano o ossiánico del folclore irlandés. <<

[18] En el original *mole*, «una estructura maciza, especialmente de piedra, que sirve como embarcadero o espigón» (*Oxford English Dictionary*). Según el *OED*, la palabra proviene de la palabra en latín *moles*, que significa «masa». [*N. de la T*: en el *DRAE*, la primera acepción de la palabra mole también remite a muelle con el sentido de blando.] <<

[19] Esto es una referencia a la historia de H P. L. «La nave blanca», escrita en 1919 y publicada ese mismo año en *The United Amateur*. Ahí, el narrador aun sin ser de Kingsport- es Basil Elton, el farero del «faro de North Point». <<

[20] Una antigua ciudad egipcia en la región del delta del Nilo en el Bajo Egipto, hogar del templo de Bastel. Ubicada a pocos kilómetros de la relativamente poblada y, en comparación, moderna Zagazig, que fue fundada en la década de 1820 para albergar a hombres contratados para excavar canales de irrigación (represas). Bubastis fue capital de Egipto durante la vigesimo- segunda y la vigesimotercera dinastía. Véase «Las ratas de las paredes», pp. 192-223, n. 61. anteriormente. El gusto de Carter aquí por el caos de razas puede ser visto como irónico en el contexto de la propia intolerancia de Lovecraft por la diversidad étnica (véase, por ejemplo. «El Viejo Terrible», pp. 44-48, anteriormente). <<

[21] H. P. L. soñó con las alimañas descarnadas de la noche a los cinco años. En una carta al artista Virgil Finlay, datada el 24 de octubre de 1936 (*Selected Letters*, V, pp. 334-335), las describe como «cosas negras, esbeltas, elásticas con punzantes colas sin pelo, alas de murciélago, y *sin rostro alguno*… No tenían voz. y su única forma real de tortura era su hábito de cosquillearme la tripa… antes de secuestrarme y abalanzarse sobre mí para raptarme». Lovecraft nunca identificó a ninguna persona que le atormentara con cosquillas, pero su habilidad le permitió controlar este y otros miedos infantiles incorporando sus pesadillas a sus ficciones. No menciona a las alimañas descamadas de la noche en ninguna otra historia. <<

[22] Esto es como Atlantis en «El templo», pp. 68-88, anteriormente. <<

[23] «Hablaron con», en el original *spoke*, sin el «con» o «*with*» en inglés, es una forma arcaica del verbo *speak*, hablar, que significa comunicarse con una nave de paso -por ejemplo, «el *Nautilus* habló con el *Lollipop* en lunes» («*the Nautilus* spoke the *Lollipop* on Monday»), <<

[24] Richard Huber apunta que la descripción «podría ser válida no sólo para las imágenes de la isla de Pascua sino también para el propio Lovecraft» («H. P. Lovecraft and Easter Island», *Nyctalops* 4, 1 [n.º 19. abril 1991], p. 60). Véase «La sombra sobre Innsmouth», en el volumen anterior, pp. 671-751, n. 32. Esto parece una ligera exageración -la barbilla de H. P. L. no era realmente «puntiaguda»-, pero el parecido general claramente está. Tal vez la *auto*imagen de Lovecraft incluía una barbilla puntiaguda. Duncan Norris, en «Lovecraft and Egypt: A Closer Examination», p. 6, apunta que la descripción también concuerda con la del faraón herético Akenatón. <<

[25] En el texto de Arkham House de 1965 de August Derleth (en *En las montañas de la locura*) los denomina «dholes» sugiriendo una conexión con los «Doels» mencionados en «El que susurra en la oscuridad», en el volumen anterior, pp. 451 - 530, pero en el manuscrito es simplemente «bholes», y S. T. Joshi corrigió el texto en la edición de 1985 de la colección de 1965. <<

[26] Nótese que Robert Blake, el escritor- narrador de «El morador de las tinieblas», en el volumen anterior, pp 912-941, es el autor de un relato titulado «In thc Vail of Pnath» («El en valle de Pnath») Robert M. Price sugiere que se trata de una referencia encubierta a *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath* («The Works of Robert Blake», *Crypt of Cthulhu* 80 [Eastertide I992], p 311. <<

[27] Se trata claramente de Richard Upton Pickman, de «El modelo de Pickman», pp. 396-418, anteriormente; en breve será identificado (véase más adelante). <<

[28] En Tremont Street (véase n. 45, más adelante). Tiene enterramientos que datan de 1660, incluyendo el de los padres de Benjamín Franklin, el de John Hancock, el de Paul Revere y el de Samuel Adams. También hay una lápida para las víctimas de la Masacre de Boston.



Granary Burying Ground (cementerio del Granero), Boston, 2017.

Massachusetts, 2013.

Fotografía cortesía de Donovan K. Loucks.

<<

[29] Originalmente, Leng se identificó con Tíbet; sin embargo, en *En las montañas de la locura*, es una zona del Antartico. Esto, comenta Peter Cannon (en «You Have Been in Providence, I, Perceive», *Nyctalops*, 2, 7 [marzo, 1978], p. 46. n. 4), «es la única gran discrepancia que se permite Lovecraft en su obra. Incluso entonces, el narrador en "En las montañas de la locura" explica esta confusión cuando dice: "Los mitólogos han situado Leng en Asia Central, pero la memoria racial del hombre -o de sus predecesores- es larga, y podría ser que ciertas historias provinieran de tierras, montañas y templos terroríficos más antiguos que Asia y que cualquier mundo humano que conozcamos"». <<

[30] Véase «Lo innominable», en el volumen anterior, pp. 132-141, n. 3, acerca del cementerio de Charter Street, también conocido como el Viejo Lugar de Entierro (*the Old Burying Point*). Es el segundo cementerio más antiguo de Estados Unidos y el más antiguo de Salem. <<

[31] En el original *grimalkin*, término arcaico para gato, que deriva de *gray* (‘gris’) y Malkin, abreviatura de «Matilda». El *Oxford English Dictionary* remonta su primer uso impreso a 1605. <<

[32] El reino también se nombra en «La llave de plata», en el volumen previo pp.
183-197, escrita tras *La búsqueda en sueños* en 1926. <<

[33] Tal vez este sea el guardián del río Oukranos. <<

[34] La historia de Kuranes se cuenta en «Celefaïs», pp. 89-98, anteriormente. <<

[35] Debe de tratarse de un faro. El más famoso de la historia estuvo en la isla de Pitaros, cerca de la costa de Alejandría, construido por el arquitecto Sostrato de Cnido (probablemente encargado por Ptolomeo 1 Sóter), en el siglo III a.C., con un coste de 800 talentos, según la segunda edición de *A Dictionary of Science, Literature and Art*, William Thomas Brande (ed.) (Londres, Longman, Brown, Green and Longmans, 1852), p. 664. (Con el propósito de comparar, Mark Stansbury-O'Donnell, en A *History of Greek Art* [Chichester, Sussex Occidental, RU, Wiley, 2015]. p. 269, apunta que la construcción del Partenón costó 470 talentos, más 800 por la estatua de Atenea del interior, resultando un total de 1.270 talentos.) Con más de 152 m de alto, el faro de Pharos fue visto como una de las siete maravillas del mundo antiguo; la palabra *pharos* se convirtió en un término genérico para designar un fanal para marineros o una atalaya. <<

[36] Con cabeza de caballo. Robert M. Price señala en «Lucian's *True Story* and Lovecraft's *Dream-Quest*», *Crypt of Cthulhu* 83 (Eastertide, 1993), que Luciano afirmó en su parodia del siglo II d.C., *Historia verdadera*, que él también vio criaturas con forma de ave y caballo en su viaje a la ciudad de los sueños, buitres con tres cabezas que llevaban hombres a sus espaldas a los que Luciano denomina «Caballo-buitres» (p. 26). <<

[37] Se menciona a Nodens por primera vez en «La extraña casa elevada entre la niebla», pp. 382-395, en el texto que acompaña a la n. 13, anteriormente. <<

[38] Así, Carter se alía con una extraña concurrencia de especies. Maurice Lévy, confundido por esta repentina y aparentemente incongruente alianza, lo vio como una prueba de «algunas espectaculares mutaciones de las repugnancias del autor», y un aparente «cambio de actitud» que «no se explica por la cronología». (Véase Maurice Lévy, *Lovecraft: A Study in the Fantasic*, trad. al inglés por S. T. Joshi [Detroit, Wayne State University Press, 1988], p. 104.) Pero como observa Robert M. Price, en «Randolph Carter, Warlord of Mars», *Tekeli-li* 1 (primavera 1991), p. 37, las macabras alianzas de Carter en el inframundo corresponden «con bastante exactitud» con las alianzas alienígenas forjadas por el *doppelgänger* de Carter, John Carter, cuyas aventuras en Marte son documentadas por Edgar Rice Burroughs -«por no mencionar», añade Gavin Callaghan, «las alianzas rutinarias de Tarzán con los infrahumanos babuinos, elefantes y otras bestias de la jungla» («A Reprehensible Habit: H. P. Lovecraft and the Munsey Magazines», p. 72). <<

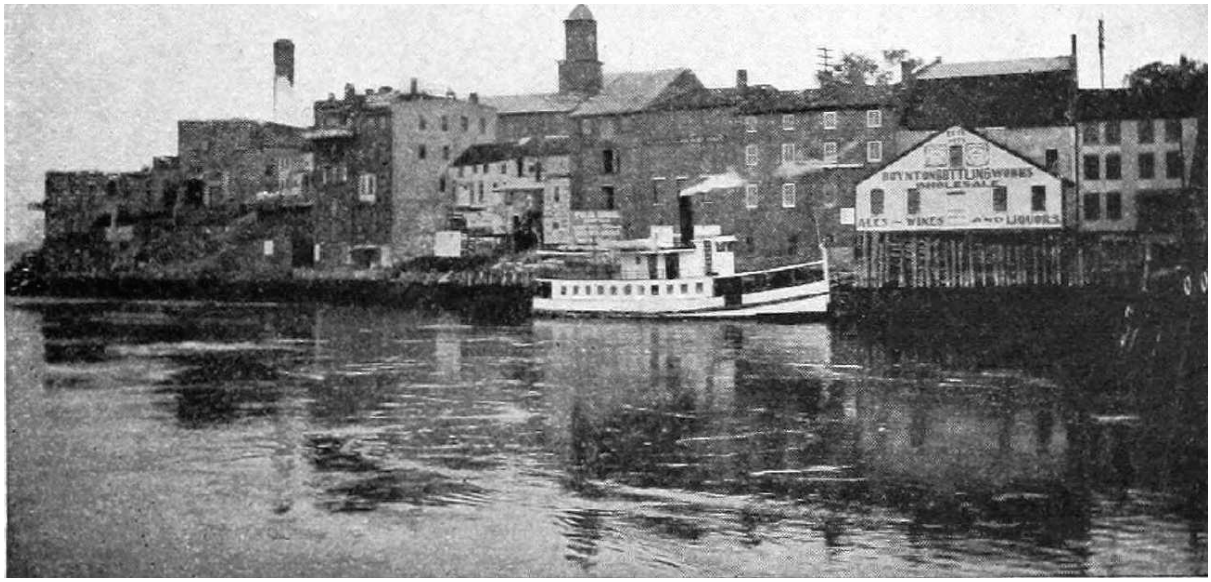
[39] Una agrupación de estrellas, más pequeña que una constelación. <<

[40] Peter Cannon señala la similitud con una figura de Eblis, el objetivo de la búsqueda del protagonista al final de *Vathek*, y sus episodios de William Beckford (1786): «Su persona era la de un joven hombre, cuyas nobles y regulares facciones parecían haber sido deslustradas por vapores malignos… Su pelo suelto mostraba cierto parecido con el de un ángel de luz» (The Influence of *Vathek* on H. P. Lovecraft's *The Dream-Quest of Unknown Kadath*», en H. P. *Lovecraft: Four Decades of Criticism*, S. T. Joshi (ed.) [Athens, Ohio University Press, 1980], p. 156). Cannon encuentra valias similitudes más y señala que H. P. L. escribió a August Derleth a principios de diciembre de 1926 que *Vathek* rondaba su mente en el momento de escribir *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath* (*Selected Letters, 1929-1931*, August Derleth y Donald Wandrei (eds.) [Sauk City, WI, Arkham House, 1969], p. 94; en lo sucesivo *Selected Letters*, III). <<

[41] *«Caprious»* en el original. Según el *Oxford English Dictionary*, una palabra desconocida que significa «un deseo caprino» o «lujurioso». <<

[42] Nótese que en el universo de *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*, Marblehead existe como un lugar separado de Kingsport; Marblehead no se menciona en ninguna otra historia. <<

[43] H. P. L., soñando siempre con Roma y sus valores cívicos, habría apreciado la afirmación de que Providence fue «construida como Roma sobre sus siete colinas… no es superada por ninguna otra ciudad de Estados Unidos en lo que se refiere a residencia y negocios» (Society of Architectural Historians, 1895, citado en la obra de Robert H. Waugh A *Monster of Voices: Speaking for H. P. Lovecraft*, p. 267).



Puerto de Portsmouth, 1917.

<<

[44] El componente principal de la estrella *más brillante* de la constelación de Escorpio, el escorpión, cuyo nombre significa, según *Allen*, el rival o el equivalente a Marte (probablemente por la similitud del color). <<

[45] Carretera principal en Boston y el extremo oriental del Boston Common. Los padres de H. P. L. se casaron en la iglesia episcopal de St. Paul en Tremont Street en 1889. Las «tres montañas» que dan nombre a la calle son Beacon Hill, Cotton Hill, ahora Pemberton Square, y Mount Whoredom (véase Tony Horwitz, «The True Story of the Battle of Bunker Hill», *Smithsonian*, mayo de 2013, y David McCullough, *1779* [Nueva York, Simon & Schuster, 2015]: McCullough se refiere a Mount Whoredom como Boston's red-light district [el distrito de las luces rojas de Boston], p. 27). El nombre Mount Whoredom (monte Prostitución, en castellano) se dice que fue dado por los cartógrafos británicos; una referencia a una colina frecuentada por los soldados a mediados del siglo XVIII cerca de Wool, wich, a las afueras de Londres. Se convirtió en Mount Vemon después de la Revolución. La mayoría de las colinas de Boston han desaparecido con el progreso; véase Rebecca Beatrice Brooks, «History of the Boston Landfill Project: Hovv Boston Lost Its Hills», 2 de agosto de 2011, History of Massachusetts Blog, http://historyofmassachusetts.org/how-boston-lost-its-hills/.



Tremont Street, Boston, 1923

<<

[46] Véase la n. 117 de *El caso de Charles Dexier Ward*, en el volumen anterior, pp. 198-358. <<

[47] Un «kalpa» es un ciclo de la historia en la mitología hindú - tradicionalmente, un día de Brahma, de unos 4.300 millones de años. <<

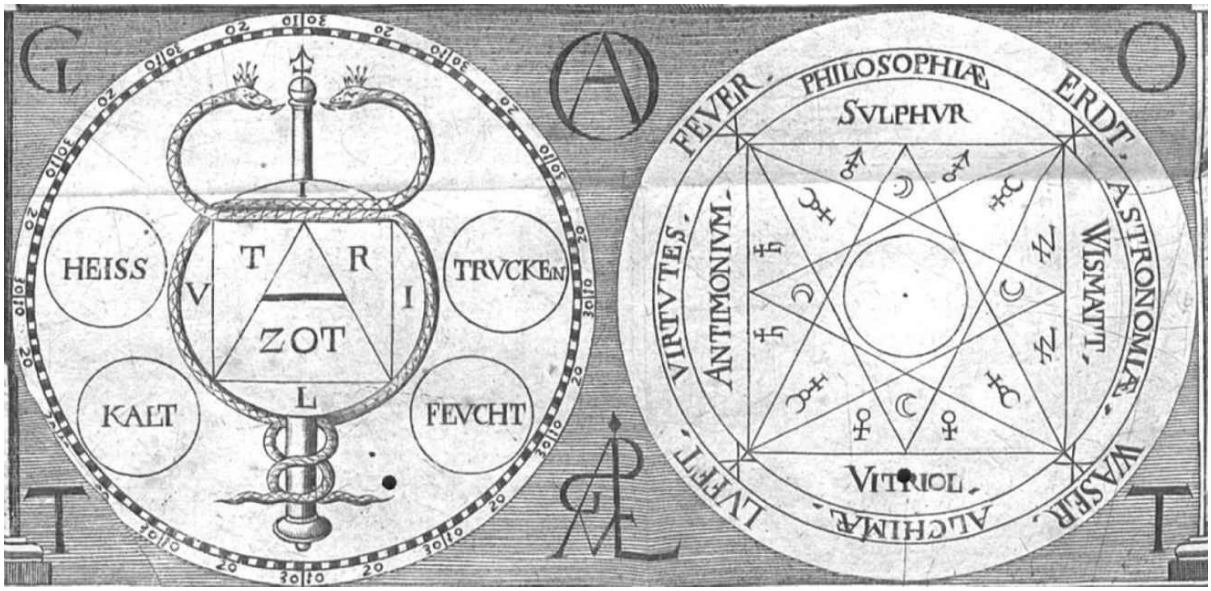
[1] Basada en P. Cannon, *H. P. Lovecraft*, Boston, Twayne, Twayne's United States Authors Series, 1989. <<

[1] Esta lista, basada en S. T. Joshi, *H. P. Lovecraft: A Comprehensive Bibliography*, Tampa (Honda), University of Tampa Press, 2009, omite las narraciones que Lovecraft escribió en colaboración con otros autores, conocidas como sus «revisiones». Hasta la fecha, no se ha llevado a cabo ningún estudio definitivo dirigido a evaluar el grado de participación de Lovecraft en estas últimas, y, si bien algunas pueden considerarse obras suyas prácticamente en su totalidad, es posible que en otras sólo aportara una mínima asistencia editorial [*N. del T.:* dado que las historias mencionadas en esta sección han sido traducidas en numerosas ocasiones y con títulos diversos, para todas las que no figuran en el presente libro ni en el volumen anterior, he citado las traducciones de los títulos utilizadas en H. P. Lovecraft, *Narrativa completa*, J. A. Molina Foix (ed.), vol. 1, Madrid, Valdemar, 2005; y vol. II, Madrid, Valdemar, 2007, a fin de proporcionar al lector una lista coherente.] <<

[1] Tal como ya se ha señalado anteriormente. H. P. L. copió el conjuro del artículo sobre «Magia» de la 9.ª edición de la *Enciclopedia británica*, escrito por Edward Burnett Tylor, doctor en Derecho, miembro de la Real Sociedad de Londres y conservador del Museo de la Universidad de Oxford. Tylor lo atribuye a «un autor de los primeros tiempos del cristianismo». Armen Alexanyan, en «Some Philological Observations on "The Horror at Red Hook"». *Lovecraft Annual* 17 (2017), pp. 37-40, identifica a ese autor como el teólogo del siglo III d.C. Hipólito de Roma (*ibid*., p. 37). <<

[2] H. P. L., se refiere al número de enero de 1927 de *Weird Tales*, que utilizó «EMMANVEL», «OTHEOS» y «ADONAL * SADY». La mayoría de las ediciones, incluyendo aquellas a cargo de S. T. Joshi, utilizan las palabras «OTHEOS» y «ADONAI», así como también la forma griega de «EMMANVEL». <<

[3] AGLA (אגלא) es una sigla de *Atah Gibor Le-oman Adonai*, que quiere decir, como Lovecraft afirma. «Tú, oh, Señor, eres poderoso por toda la eternidad». Esta sigla se encuentra en muchos textos cabalísticos, y aparece como parte de la ilustración mostrada más abajo en el centro de la palabra «GOTT» (‘Dios’) dentro de la monografía alemana de S. Michelspacher, *Der Spiegel der Kunst und Natur*, Augsburgo, 1615, lámina 1.



<<

[4] Puede que H. P. L. esté en lo cierto, pero, de manera más importante, la palabra -que deriva del griego Τετραγράμματον, que significa «(que se compone) de cuatro letras»- se utiliza para designar el nombre de cuatro letras de Dios, יהוה, Yavé o, mal traducido, Jehová. Así pues, en el contexto aquí presentado, se trata simplemente de otra invocación a Dios por su nombre. Los diagramas a los que H. P. L. se refiere eran probablemente unos publicados por primera vez en el siglo XVIII, que incluían la palabra en inglés *Tetragrammaton*, así escrita. <<

[5] Pitágoras planteó que la estrella o pentáculo simbolizaba los cinco elementos que dieron forma al hombre (Tierra, Viento, Fuego, Agua y Espíritu), y la estrella se dibujó de tal modo que coincidiera con la posición de su cabeza, brazos y piernas; posteriormente, los ritos mágicos del Renacimiento lomaron el símbolo como una representación del ser humano. Eliphas Lévi (1810-1875), cuyo nombre real completo era Alphonse Louis Constant y cuyo pseudónimo literario era, según él, una traducción al hebreo de las dos primeras partes del mismo, escribió:



> El pentáculo representa el dominio de la mente sobre los elementos, y es a través de este signo como atamos a los demonios del aire, los espíritus del fuego, los espectros del agua y los fantasmas de la tierra. Es la estrella de los Reyes Magos, la estrella ardiente de las escuelas gnósticas, el signo de la omnipotencia intelectual y la autocracia.
>
> Su comprensión total es la llave de dos mundos: es la filosofía natural y la ciencia natural absolutas. Su uso, no obstante, es sumamente peligroso para los ejecutantes que no lo comprenden de manera total y perfecta. […]Todos los misterios de la magia, todos los símbolos de la gnosis, todas las figuras del ocultismo, todas las llaves cabalísticas de la profecía, están resumidos en el signo del pentáculo: el cual Paracelso proclama el más importante y poderoso de todos. Es sin duda el signo de la síntesis absoluta y universal. (*Mysteries of Magic*, trad. de A. E. Waite, 1886, pp. 189-191.) <<

[6] O una mala transcripción de ἀγοραῖς; (*agoráis*), que significa ‘en los mercados’ o ‘en las calles públicas’. <<

[7] *Va* es un prefijo hebreo que indica un tiempo pasado, como en «Jehová, anteriormente conocido como Adonai». Armen Alexanyan, en «Some Philological Observations on “The Horror at Red Hook”», dice que *VA* es «una conjunción semítica habitual que significa “y”» (*ibid*., p. 40). <<

[8] *The Exhaustive Concordance of the Bible: Showing Every Word of the Text of the Common English Version of the Canonical Books, and Every Ocurrence of Each Word in Regular Order: Together with a Comparative Concordance of the Authorized and Revised Versions, Including the American Variations; Also Brief Dictionaries of the Hebrew and Greek Words of the Original, with References to the English Words* (1890) de James Strong (obra conocida como *Strong's Concordance*) define la palabra hebrea *saday* como 'tierra' o 'campo'. El Dr. Chris Heard, quien escribía anónimamente en un blog bajo el pseudónimo Icosahedrophilia (actividad que ya abandonó), cuestionó dicha definición: «*Saday*, con todo, no constituye ningún misterio para un hebraísta; no cabe duda de que refleja la palabra hebrea *shaddai*, generalmente traducida como "todopoderoso" en las biblias inglesas modernas, como en el nombre divino compuesto *El Shaddai:* "Dios Todopoderoso"». <<

[9] Según la *Enciclopedia católica*, *homoousion* es una palabra griega formada a partir de *homos*, ‘igual’, y *ousia*, ‘esencia’, que expresa la divinidad de Jesús, la doctrina de que el Hijo y la Divinidad tienen ambos la misma esencia. <<

[10] El Dr. Chris Heard, quien escribía anónimamente en un blog como Icosahedrophilia (véase la n. 8, anteriormente), dice: Lovecraft se equivocó al buscar un precursor griego para ESCHEREHEYE, cuando es el hebreo el que encierra la verdadera clave. En un famoso episodio de la Biblia hebrea, Moisés le pide a Dios que le diga quién es, y Dios responde: «Yo soy lo que soy». Al margen de las imágenes de Popeye que siempre me vienen a la cabeza cuando oigo esta afirmación, la frase hebrea se pronuncia: «*ehyeh asher ehyeh*». El término ESCHEREHEYE del conjuro de Lovecraft parece derivar con bastante claridad de las dos últimas palabras de esta frase, puestas juntas, y traducido a nuestro idioma vendría a significar «lo que soy» (o «lo que SOY», si uno quiere dárselas de beato). Por consiguiente, la frase es, en opinión de Armen Alexanyan, «una variante del Tetragrámaton que se utiliza en algunas prácticas cabalísticas relacionadas con el uso del nombre de Dios» (A. Alexanyan, *op. cit.*, p. 40). <<

[1] La tabla no recoge todas las apariciones de los topónimos Egipto, Inglaterra, Nueva Inglaterra, Nueva York, Arkham, Providence y Boston, ni del río Miskatonic o la Universidad Miskatonic, ya que son demasiado numerosas para incluirlas. Sí abarca, sin embargo, todas las historias de H. P. L., incluyendo aquellas que no figuran en ninguno de los volúmenes de *H. P. Lovecraft anotado*. <<

[2] Su nombre, Hospital Congregacional, se revela en «La llave de plata». <<

[3] Existe un «East Boston High School», pero aunque Manton haya «nacido y crecido» en Boston, la historia se desarrolla en Arkham, y no hay nada que indique que él o el narrador estén en la ciudad simplemente de visita. De modo que es probable que el «East High School» se encuentre en Arkham. <<

[4] Más tarde pasaría a ser la Primera Iglesia Unitaria de Providence. <<

[5] En el siglo **xviii,** Kingstown estaba dividida en tres municipios: North Kingstown, South Kingstown y Exeter. <<

[6] La ciudad en la que se encuentra el faro sólo se menciona en *La búsqueda en sueños de la ignota Kadath*. <<

[1‡] *N. del T:* en las notas, textos preliminares y apéndices de esta edición he empleado como criterio general la cursiva para destacar los nombres de libros y revistas, y comillas para los de los relatos y artículos que forman parte de una obra más amplia. También se utiliza la cursiva y las comillas de manera similar para destacar los títulos de obras de arte no literarias, como cuadros e ilustraciones, en función de si son obras independientes o están integradas dentro de otra. En el caso de los textos, se verá que algunos títulos están traducidos al castellano y otros no: lo primero indica que han sido publicados en algún momento en España, con el título mostrado. En caso de existir varias ediciones traducidas de una obra con títulos distintos, por lo general he optado por mencionar el utilizado en alguna de las versiones más recientes. Téngase en cuenta además que. en las referencias a obras traducidas, los números de página remiten a las ediciones originales indicadas en la bibliografía. Para obtener más información sobre estas traducciones y las editoriales que las han publicado, puede consultarse en Internet la base de datos del ISBN.En lo relativo a las citas, cuando el editor original de este volumen menciona pasajes de textos que son traducciones al inglés de obras en otras lenguas, en vez de traducirlas a mi vez del inglés al español he procurado buscar traducciones directas de dichas obras a nuestro idioma, con el objeto de ser lo más fiel posible a estas. En tales casos, indico como referencia el texto del que he extraído la cita en vez del utilizado por Klinger, al considerar que no tiene sentido mantener la referencia original. Entiéndase, no obstante, que la correspondencia entre la cita original de Klinger y la que incluyo yo es exacta. <<

[2‡] *N. del T:* las revistas *pulp*. o *pulps* a secas, eran publicaciones periódicas que contenían relatos cortos, normalmente agrupados por género. Cada *pulp* solía especializarse en uno concreto; así, había revistas con historias de terror, de ciencia-ficción, policiacas, etc., todas las cuales tenían en común tramas efectistas y llenas de acción presentadas con un lenguaje sencillo y directo. Estas revistas, baratas e impresas en un papel amarillento de mala calidad (fabricado con un tipo de pulpa de madera del que derivó el apelativo *«pulp»*), surgieron a principios del siglo XX y alcanzaron su máxima popularidad durante los años veinte y treinta del mismo. Fueron un fenómeno principalmente estadounidense, pero también se publicaron algunos *pulps* en Europa. <<

[3‡] *N. del T.: Nigger* era la manera habitual de referirse a los negros en tiempos de la esclavitud, y se considera un término profundamente racista y ofensivo en la sociedad estadounidense actual. En el relato, he traducido el nombre como «Negrito», entendido como un apelativo despectivo hacia una persona de raza negra, y no uno afectuoso hacia un gato. <<

[4‡] *N. del T.:* una edición que incluye notas de varios críticos o expertos, o bien distintas versiones del mismo texto. <<

[5‡] *N. del T:* y editado en castellano por Akal en 2017, del cual el presente volumen es continuación. <<

[6‡] *N. del T:* H. P. Lovecraft, *The Complete Fiction* [2008], Nueva York, Barnes & Noble, 2011. <<

[7‡] *N. del T:* los calzones, en la vestimenta de las clases altas europeas del siglo XVIII, eran un tipo de pantalón que llegaba desde la cintura hasta justo debajo de las rodillas, en tanto que la mitad inferior de las piernas quedaba cubierta por las medias. Esta moda llegó a las colonias anglosajonas de Norteamérica a través de Inglaterra. <<

[8‡] *N. del T:* la constelación de la Osa Mayor, conocida también popularmente como «el Cazo», la cual tiene forma de carretilla y suele utilizarse para localizar la estrella polar. <<

[9‡] *N. del T.:* en el siguiente diálogo entre Juan Romero y el narrador, las frases en cursiva señalan partes que aparecen en español en el relato original. Lamentablemente, al traducirlo a nuestro idioma, es un detalle que se pierde para el lector hispanoparlante. Recuérdese que, tal como el propio narrador describe un poco más atrás, Juan Romero «apenas chapurreaba el inglés». <<

[10‡] *N. del T: coroner*, en el original. En los países anglosajones de nuestra época, se trata de un funcionario público que se encarga de investigar las circunstancias de cualquier muerte repentina, violenta o sospechosa dentro de su jurisdicción, así como de certificar dicha muerte y ordenar el levantamiento del cadáver. En este sentido, sus funciones son una mezcla de las que corresponderían, en España, a un juez de instrucción y a un médico forense. Como el relato se ambienta en un pequeño pueblo de un mundo fantástico, he optado por traducir *coroner* utilizando un término menos formal, y con un aire más arcaico, que «forense» o «investigado». aun cuando resulte un tanto inusual; «pesquisidor» está recogido como sustantivo en el *Diccionario de la lengua española* de la RAE. y significa «el que hace pesquisas de algo». <<

[11‡] *N. del T:* el padre de su tatarabuelo. <<

[12‡] *N. del T:* «M.» es la abreviatura del francés *Monsieur*, esto es, «señor». <<

[13‡] *N. del T.:* por radiotelegrafía, se entiende. Las naves alemanas no contaron con sistemas de radiotelefonía hasta la década de 1930. Durante la I Guerra Mundial los submarinos tenían que subir a la superficie para poder transmitir, y solían hacerlo únicamente de noche para no ser avistados por el enemigo. <<

[14‡] *N. del T.:* a finales del siglo XIX y principios del XX ya existían trajes de buceo con sistemas autónomos de respiración, algunos de ellos diseñados para soportar altas presiones. De hecho, la primera patente de un traje de buceo con bombona de oxígeno se concedió en una fecha tan temprana como 1878, siendo una invención del ingeniero inglés Henry Fleuss (1851-1933) (véase http://hisioryofdivingmuseum.blogspot.com/2011/11/henry-fleuss-early-scuba-pioneer.html). Aparte de los habituales trajes de buzo con escafandra, ampliamente probados y utilizados desde principios del siglo XIX. algunos pioneros crearon modelos completamente metálicos, similares a armaduras herméticas, que permitían al submarinista sumergirse y respirar a gran profundidad sin sufrir el efecto de las altas presiones subacuáticas. De hecho. la primera empresa que fabricó este tipo de trajes en grandes cantidades fue alemana. Neufeldt und Kuhnke. la cual tenía sede en Kiel y ya hacía pruebas con este tipo de trajes en los años previos a la I Guerra Mundial (véase http://www.there-breathersite.nl/12_Atmospheric%20Diving%20Suits/1913_Neufeldt_und_Kuh Lovecraft, siendo como era un apasionado de las ciencias, estaría sin duda al tanto de estos adelantos tecnológicos de su época, por lo que no es de extrañar que decidiera incluir uno de estos trajes «de metal articulado» en su historia. <<

[15‡] *N. del T.:* las «gualdrapas» (de las que deriva el verbo «engualdrapar», esto es, vestir con una gualdrapa) eran unas coberturas largas de tela que cubrían y adornaban los cuerpos y las patas de las monturas de los caballeros medievales. Solían estar decoradas con los blasones familiares de sus jinetes, y aportaban una cierta protección a los caballos. <<

[16‡] *N del T: coroner*, en el original. Véase la n. 9 de «Los gatos de Ulthar», anteriormente. <<

[17‡] *N. del T:* los aedos eran cantantes itinerantes de la Grecia antigua, que solían interpretar sus canciones -de temática generalmente épica- acompañados de un instrumento musical como la cítara o la lira. Actuaban a menudo en banquetes de la aristocracia, pero también lo hacían para el pueblo llano. Lovecraft se refiere a Iranon, aquí y en otros puntos del relato, simplemente como *singer* («cantante»), pero dada la ciara inspiración grecorromana de la ambientación he creído conveniente traducirlo empleando este término un poco más específico. <<

[18‡] *N. del T: yath-trees*, en el original; lo que parece un árbol inventado por Lovecraft. <<

[19‡] *N. del T.:* el mirto o arrayán es un arbusto perenne y oloroso, de color verde vivo, con pequeñas flores blancas y bayas de color negro azulado. En la Antigüedad clásica, el mirto estaba consagrado a la diosa Venus o Afrodita, y era, por tanto, símbolo del amor y la belleza; «… al igual que todas las plantas de hoja perenne representaba también la inmortalidad. […] griegos y romanos entretejieron mirtos y rosas en las fiestas de esponsales, con alusión a la diosa del amor y el matrimonio. Afrodita. En la actualidad, suele atribuirse a la corona nupcial de mirto el simbolismo de virginidad» (U. Becker, *Enciclopedia de los símbolos*, trad. de J. A. Bravo. Barcelona, Swing, 2008, p. 284). <<

[20‡] *N. del T: tempest* significa en inglés «tempestad» o «tormenta». <<

[21‡] *N. del T:* se conoce como «jardín holandés» a un tipo de jardín formal barroco de pequeña extensión que nació en los Países Bajos durante el siglo XVII. Estos jardines se caracterizan generalmente por el eficaz aprovechamiento del espacio disponible, el cual se compartimento y delimita mediante setos y muretes, y se decora de manera recargada con parterres geométricos de flores y plantas ornamentales, fuentes, estanques, pequeños canales, topiaria y esculturas, a lo cual hay que añadir una serie de paseos simétricos y ordenados que permiten al visitante recorrer y admirar el jardín sin estropear ninguna de sus partes. Un buen ejemplo de este tipo de jardín serían los *Dutch Gardens* del Palacio de Kensington (Londres), o, a mayor escala, los jardines del Palacio de Het Loo (Apeldoorn, Países Bajos), al cual suele llamársele «el Versalles de Holanda». <<

[22‡] *N. del T:* literalmente «mi señor», en neerlandés; un tratamiento antaño equivalente al «don» español o al «milord» inglés. <<

[23‡] *N. del T:* un jardín creado en una depresión del terreno. Los jardines de tipo holandés (véase la n. 16, anteriormente) presentan a menudo esta característica. <<

[24‡] *N. del T:* este tipo de ventana (*«mullioned-window»*, en el original) recibe también el nombre de «ajimez». <<

[25‡] *N. del T.:* «perteneciente al Viejo Mundo o Mundo Antiguo»; véase la n. 51 de *En las montañas de la locura*, en el volumen anterior, pp. 531-670. <<

[26‡] *N. del T:* en astronomía, el punto de la esfera celeste diametralmente opuesto al cénit. <<

[27‡] *N. del T:* los «egipanes» eran seres fabulosos o deidades menores de la mitología griega que estaban relacionados con el dios Pan, y que. como este, tenían torso, brazos y cabeza de hombre y cuernos y patas de cabra. Se entiende que, con el adjetivo «egipánico» («*aegipanic*», en el original), Lovecraft alude a la música que se decía que estos seres de aspecto satírico tocaban con sus características llantas (de Pan). <<

[28‡] *N. del T.:* los tejados «a la mansarda» o «amansardados» son aquellos que tienen dos paños o faldones en cada una de sus vertientes, con el paño inferior de pendiente más acusada que el superior. En este punto el narrador se refiere a un tipo concreto de cubierta amansardada, conocida en inglés como *french roof* o *mansard roof*, que posee cuatro vertientes o aguas, y que es diferente del *gambrel roof*, que sólo consta de dos aguas limitadas por hastiales (véase la n. 9 de «La ceremonia», en el volumen anterior, pp. 119-131). <<

[29‡] *N. del T: Dutch oven*, en el original. En los EEUU este término se utiliza para referirse a diferentes utensilios de cocina, pero en el contexto del relato seguramente alude a un compartimento dentro de la chimenea, cerrado por una «portezuela» de metal, que servía para hornear alimentos (como el pan) aprovechando el calor de la lumbre. <<

[30‡] *N. del T.:* La isla Ellis (Ellis Island) es un islote de 11 ha en las aguas del puerto de Nueva York, cerca de la Estatua de la Libertad. La isla albergó un centro federal de recepción de inmigrantes entre 1892 y 1954, en el cual se controló la entrada a los EEUU de más de 12 millones de personas durante los 62 años que estuvo en funcionamiento. En la isla, los inmigrantes llegados por barco desde Europa y otros continentes debían pasar una inspección en la cual se revisaba su documentación y se los sometía a un examen médico, a fin de comprobar su situación legal y su estado de salud. En caso de que no cumplieran las condiciones establecidas por las autoridades en uno u otro sentido, se les denegaba la entrada en el país. Dichas condiciones se endurecieron muchísimo a partir de la década de 1920, debido a la aprobación de varias leyes de inmigración muy restrictivas (véase la n. 17, anteriormente). Hasta entonces, por la isla pasaron cada año cientos de miles de viajeros llegados de todo el mundo -aunque principalmente de Europa- con el sueño de empezar una nueva vida en los EEUU. Actualmente, las instalaciones del antiguo centro de Ellis Island son una atracción turística: el Museo Nacional de la inmigración. <<

[31‡] *N. del T: areaway*, en el original. En este contexto, el término alude a un patio pequeño y estrecho situado a un nivel más bajo que la calle que da acceso, así como luz y ventilación, a un piso o local sótano en la fachada de un inmueble. Es un elemento típico de muchos edificios residenciales neoyorquinos de los siglos XIX y XX, que cuentan con una escalera central que sube hasta la puerta principal y una secundaria que baja al *areaway* y permite acceder a la vivienda o local del sótano. Una búsqueda de imágenes en Internet por el término *«New York brownstones»*, por ejemplo, permite ver numerosas fotografías del tipo de edificio que, según creo. Lovecraft tenía en mente mientras escribía esta parte del relato. <<

[32‡] *N. del T: tramp steamer*, en el original; un barco de vapor que no realiza una ruta comercial fija, sino que es contratado *ad hoc* para transportar un cargamento concreto hasta otro puerto. <<

[33‡] *N. del T.:* este uso de «largarse» es jerga marinera, y quiere decir ‘hacerse a la mar, o apartarse de tierra o de otra embarcación’ (23.ª ed. del *Diccionario de la lengua española* de la RAE). Lovecraft emplea el verbo inglés *put off*, cuyo significado es equivalente en este contexto. <<

[34‡] *N. del T:* una tone pequeña con vanos que remata la cubierta de un edificio o la cúpula de una iglesia, y que proporciona iluminación cenital. Es un elemento arquitectónico muy típico de las casas de Nueva Inglatena. Véase, por ejemplo. http://www.valleyforgecupolas.com/gallery.xhtml, así como el final del segundo párrafo del capítulo 11 de «El horror de Red Hook». <<

[35‡] *N. del T:* uno de los dos ríos que rodean la isla de Manhattan: concretamente, el que fluye por su margen oeste (el otro es el East River o río Este). El Hudson pasa a apenas unos pocos centenares de metros del barrio de Greenwich Village. <<

[36‡] *N. del T.:* un tipo de hacha corta que utilizaban los indígenas norteamericanos como herramienta o arma de combate. <<

[37‡] *N. del T: brownstone*, en el original. Se conoce con este nombre a un tipo de arenisca o gres de color marrón rojizo que durante los siglos XIX y XX fue un material de construcción muy popular en la Costa Este de los EEUU, particularmente en Nueva York, donde es posible encontrar numerosos edificios de viviendas con fachadas revestidas de este material. <<

[38‡] *N. del T.:* en los EEUU es muy habitual que las casas tengan ventanas de guillotina, con una hoja que sube y baja en vertical. <<

[39‡] *N. del T.: black oak*, en el original. Este árbol *(Quenas velutina)* se conoce en español por diversos nombres vulgares como encina tintórea, quercitrón, cuercitrón o roble negro del este, y es originario de toda la mitad este de Norteamérica. Del interior de su corteza se extrae un tinte vegetal amarillo también llamado quercitrón, muy usado antaño. <<

[40‡] *N. del T:* un banco de madera largo y de respaldo alto. Véase la n. 17 de «La ceremonia», pp. 119-131, en el volumen anterior. <<

[41‡] *N. del T:* el barrio bostoniano de Back Bay se diseñó y construyó a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX sobre unos terrenos ganados al río Charles, con el objeto de satisfacer la demanda de viviendas de lujo en la ciudad. <<

[42‡] *N. del T.:* un ferrocarril urbano que circulaba por Boston sobre vías de tren elevadas. Este sistema de transporte estuvo en funcionamiento en la ciudad desde 1901 hasta 1987. <<

[43‡] *N. del T: changeling*, en el original. Los *changeling* son tradicionalmente criaturas míticas del folclore europeo, hijos de hadas que estas dejan en las cunas en lugar de los bebés humanos que roban, tal como explica Lovecraft. Estos *changeling* podían presentar un aspecto normal, pero un comportamiento extraño, o por el contrario podían tener rasgos físicos singulares que delataran su origen sobrenatural. En España tenemos un ejemplo de este tipo de ser legendario en los *xaninos* del folclore asturiano, bebés hijos de *xanas*, un tipo de hada asociada a las aguas vivas. <<

[1*] Originalmente esta fotografía estaba incluida dentro de una Nota del párrafo siguiente. Nota cuyo texto en idioma original es el siguiente:

> «Strown. HPL loved the archaic flavor of this form of the past participle of “strew” and used it frequently».

La nota estaba enlazada en esta parte del párrafo en idioma original:

> «On August 9, we espied the ocean floor, and sent a powerful beam from the searchlight over it. It was a vast undulating plain, mostly covered with seaweed, and strown**[Aquí]** with the shells of small molluscs. […]».

El párrafo anterior ha sido traducido en el presente libro de la siguiente manera:

> El 9 de agosto vislumbramos el fondo del océano, y lo inspeccionamos con el potente haz de luz del foco reflector. Era una vasta llanura ondulante, cubierta en su mayor parte de algas marinas y salpicada**[Aquí debería ir la nota]** de conchas de pequeños moluscos.

Como es evidente la nota se ha «perdido» en la traducción, no por equivocación de la editorial sino porque la traducción ya no la necesitaba. Como este ejemplo hay muchas otras instancias de Notas en el presente libro que en idioma original tienen sentido pero en la traducción ya no, y por lo tanto, se omiten.

(Con esto se quiere dejar constancia de la existencia de Notas en el libro en idioma original y de la falta, por inutilidad, en la traducción de las mismas y del relato. No es intención del *Editor Digital* hacer un compendio referencial de las mismas, ni sabría cómo hacerlo. Tal cosa desvirtuaría el propósito del presente libro, y no es intención de ePubLibre corregir, añadir o enmendar decisiones editoriales, del o los traductores).

En el caso de la fotografía anterior mencionada ya que no existe la Nota donde debería estar insertada, se ha decidido colocarla sobre el párrafo del relato donde estaría la Nota.

「*Nota del editor digital.*」 <<

[2*] En cursiva en el original.

「*Nota del editor digital.*」 <<

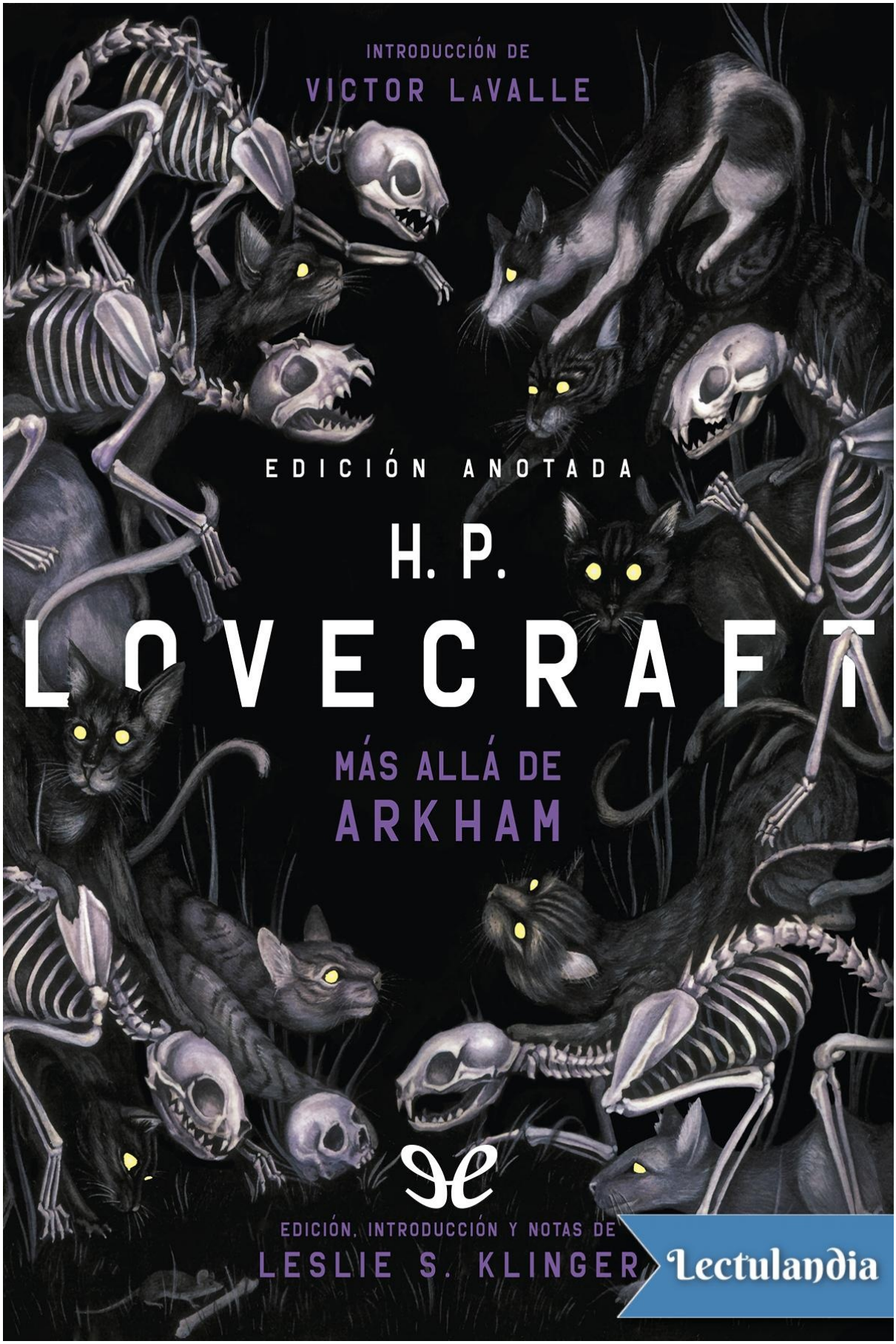
[3*] En cursiva en el original.

Relato traducido por; Lucía Márquez de la Plata.

(El único relato de todo el volumen con atribución de la traductora, el resto del volumen es Anónimo).

「*Nota del editor digital.*」 <<




INTRODUCCIÓN DE
VICTOR LaVALLE
EDICIÓN ANOTADA
H. P.
LOVECRAFT
MÁS ALLÁ DE
ARKHAM
EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE
LESLIE S. KLINGER
Lectulandia